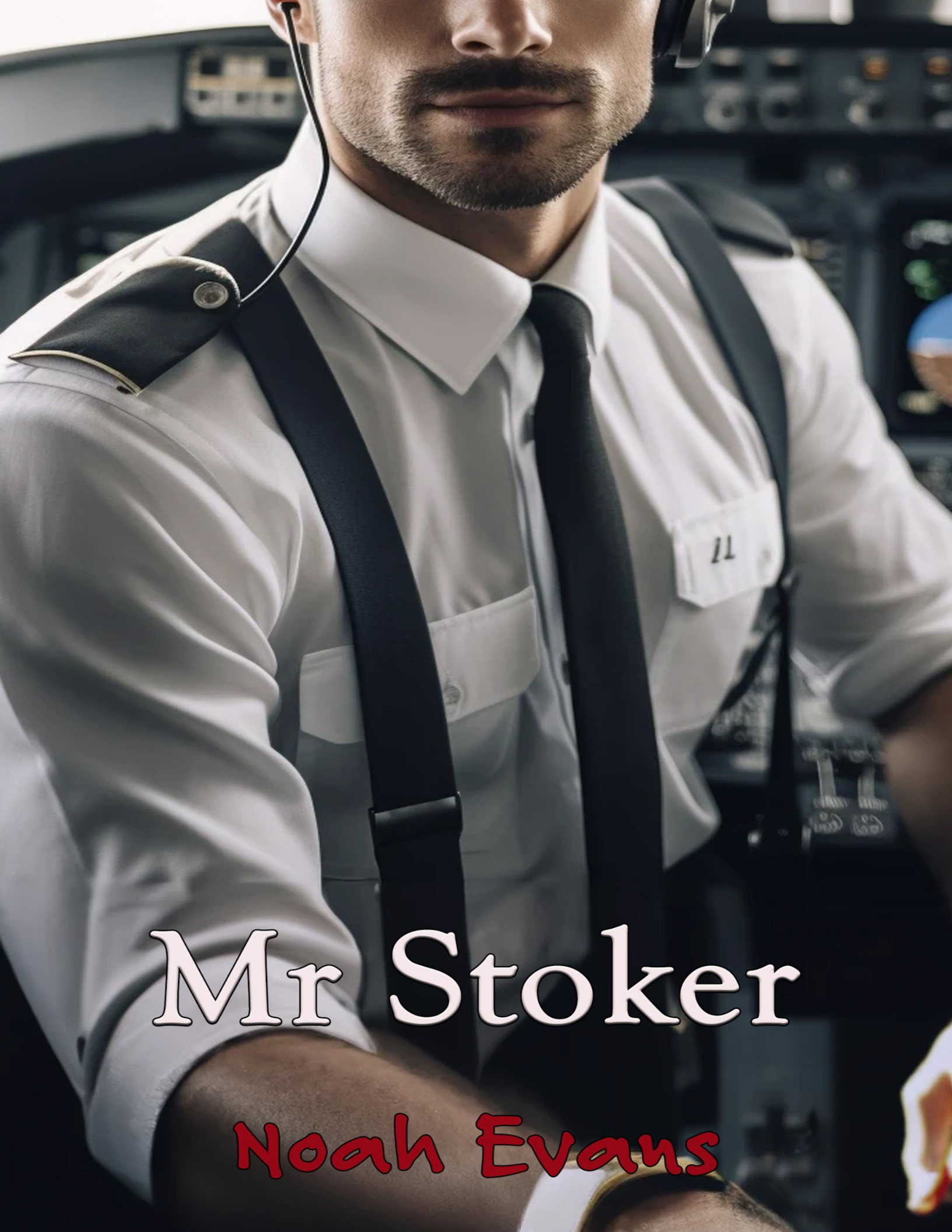

Mr Stoker
Noah Evans

Índice

Título
Preámbulo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
Chat alternativo
38
39
40
Chat alternativo

41
42
Chat alternativo
43
44
45
46
47
48
49
50
51
Chat alternativo
52
Chat alternativo
53
54
55
56
Chat alternativo
57
58
59
60
61
62
Chat alternativo
63
64
65
66
Chat alternativo
67
68
Chat alternativo
69
Chat alternativo
70
71
72
73
74
75
76
77
78

79
80
81
82
83
84
Epílogo
Nota de autora

Mr Stoker

Noah Evans

Preámbulo

Se acababa el carril bici y la carretera se hizo más estrecha.

Mierda.

Si no se había equivocado de camino, no era una carretera muy idónea para recorrerla en bici y sin luz, como tendría que hacer todas las noches, y allí no veía ninguna parada de bus cercana. Era lo que tenían aquellas urbanizaciones de lujosas casas justo a la salida de la ciudad, que la mayoría de los que vivían allí o tenían coche o chófer.

Apartó una mano del manillar para ajustarse el auricular.

—Chica, ¿me escuchas? —Mía tuvo que ponerse en pie para acelerar el paso en una subida de la carretera.

—Sí, se ha perdido la línea un momento, o eso parece. Y ¿dónde están tus cosas? —preguntaba Mary al teléfono.

—Supuestamente están ya allí en la casa, pero ya no sé qué esperarme. Kelly no me ha dado muchos detalles. Realmente no quería que fuese con ellas, pero el perito le ha dicho que la casa no es habitable y que si se derrumba conmigo dentro, el seguro no se haría responsable y ella podría hasta ir a la cárcel —resopló. Hablar y pedalear cuesta arriba no era buena combinación —. Dicen que me han buscado una habitación. He mirado en Google Maps y la casa es como un hotel, pero no tengas duda de que van a meterme en un cuarto de escobas.

Mary reía al otro lado.

—Además, en ningún momento me ha invitado a quedarme, ella siempre me habla de algo temporal, muy muy temporal. —Alzó las cejas y esquivó unas ramas caídas de un árbol.

—Como ella y sus hijas, supuestamente, ¿no?

—No sé cuáles son sus intenciones, la verdad. Y me da exactamente igual lo que hagan. Bastante tengo con lo mío —volvió a suspirar—. La idea de la residencia de estudiantes está eliminada. La pensión de orfandad no me llega. Me han dicho que posiblemente me den una beca el próximo año, pero la cantidad tampoco me da para un año entero de alojamiento y comida.

—Entonces, ¿cuál es el plan?

—Seguir haciendo lo mismo que he hecho estos meses, ahorrar el dinero de la pensión y el trabajo hasta que me pueda ir a algún piso compartido. A ver si este trabajo es para más tiempo, porque esto es desesperante. Ten en cuenta que una vez que me vaya ya no hay vuelta atrás. —Por suerte acababa la cuesta arriba, se asfixiaba hablando y pedaleando a la vez. Exhaló con fuerza—. Si me quedo sin trabajo, me quedaría tirada en la calle, literal.

—Lo siento, de verdad. Cómo te ha cambiado todo en apenas seis meses.

Prefería no valorarlo, todo había sido demasiado rápido. El ictus de su padre un día cualquiera, y ahora que se había acostumbrado a sobrellevar su muerte, el drama de la casa, que no parecía tener problemas a simple vista, pero los cimientos y las vigas llevaban la pena por dentro.

Si no tuviese que sujetar el manillar, se habría llevado las manos a la cara.

—Y encima la carrera. No puedo dedicarle el tiempo que necesito, es imposible avanzar así.

Esquivó otra rama.

—Qué lejos está esto, tía. Acostumbrada a vivir en el centro, va a ser una putada. Sobre todo cuando esté a turno partido, que será todos los días. —Llegaba la cuesta abajo—. Creo que trae más a cuenta quedarme en la biblioteca esos días.

—No parecía tan lejos en el mapa.

—Pues lo está. Esto ya es campo y no hay muchas opciones de caminos, hay que dar una

vuelta enorme o buscarse algo que vuele campo a través.

—¿Una empresa de aviones dices que tiene el amigo de tu madrastra?

—Aviones privados —respondió con ironía—. No te puedes imaginar cómo están ellas desde entonces, y eso que dice que solo es un amigo muy cercano, pero parece que han crecido en la *jet set* las tres. —Ambas rieron—. Ahora se las quieren dar de pijas o algo. Imagínate el TikTok de mi hermana, la aspirante a *influencer*, viviendo en una mansión. La otra creo que no es capaz ni de escribir el pie de un *post* —resopló.

La risa de Mary aumentó.

—Ya he visto el último vídeo de Brit enseñando una piscina cubierta.

—Mira, que se vayan a la mierda. Yo intentaré quitarme de en medio cuanto antes. —Esa vez la rama era más gruesa. Estaba comprobando que aquel camino no tenía mucho trabajo de mantenimiento hecho. Tendría que invadir la carretera para esquivarlo, miró tras de sí asegurándose de que la carretera estaba vacía—. Porque si antes no las soportaba, ahora que no está mi padre y no tengo ningún motivo para hacerlo más que lo impuesto por la necesidad, aún las soporto menos. A Ivy a ratos, pero a Brit y a mi madrastra…

Oyó un pitido agudo y algo oscuro pasó fugaz por su lado produciendo un ruido tremendo. Mía notó cómo la cara se le endurecía del susto y el cuerpo se le bajaba por completo haciendo que casi frenase.

—¡Gilipollas! —gritó aún sin recuperarse del susto.

No sabía cómo habría podido enterarse bajo aquel casco negro, pero lo vio mover la cabeza en un movimiento rápido, para luego acelerar y seguir el camino.

Me cago en tu nación entera.

—Niña, ¿qué ha pasado? —preguntó Mary enseguida.

La joven frenó y puso un pie en el suelo, lo tuvo que desplazar para no caerse de lado.

—Un imbécil con una moto, que no sé de dónde ha salido —resopló—. No sé cómo no me he caído —jadeaba levemente, pero esa vez no era solo del esfuerzo—. Ya lo que me faltaba, romperme algo.

—No seas agorera.

—Sí, porque en mi situación quejarse es por gusto, ¿verdad? —respondió y Mary rio de nuevo—. Tía, de verdad. —Volvió a enderezar la bicicleta y a retomar la marcha. Vio entre los árboles una casa de color *beige* claro, casi blanca—. Creo que ya he llegado.

Un poco más adelante comenzaba el muro.

Esto es enorme.

—¿Cómo es? —preguntó su amiga.

Recorrió el muro con la mirada hasta el punto donde estaba la verja de hierro de la puerta.

—Tan grande que con suerte no tendré que ver a esas tres. —Y eso sonaba tremendamente bien.

—¿Te acuerdas cuando de pequeñas Brit y tú os enganchasteis de los pelos? —dijo Mary y ella rio.

El recuerdo la hizo reír. Tuvo que detenerse al no poder mantener el equilibrio cuando la risa aumentó.

—Tenía nueve años solo y ellas acababan de llegar a mi vida con once y trece. Ahora somos más civilizadas —negó con la cabeza.

Tenía que reconocer que la convivencia con ellas nunca fue fácil. Se bajó de la bici y la empujó unos metros hasta la puerta.

La verja era negra, de hierros retorcidos. Junto a ella había un panel digital.

—Pues llegué —dijo acercando el dedo al panel y este se encendió. Pulsó donde se iluminó una campana.

Sonó una musiquita corta.

—Casa Stoker, buenas tardes, ¿qué desea? —Era una voz de hombre.

Tragó saliva antes de contestar.

—Soy Mía Austen, la…

La puerta doble se abrió.

Me cago en la leche, voy a tener que montarme en la bici otra vez para llegar hasta la casa.

—Señorita Austen, el ama de llaves la espera en el jardín lateral, a su izquierda —añadió el hombre.

—Gracias. —Apretó las manos en el manillar y dio unos pasos hacia dentro.

—¿Qué? ¿Cómo es? —preguntó su amiga.

No podía responder a Mary mientras aquel cacharro estuviese encendido y alguien la escuchase. Así que atravesó la puerta por completo y se alejó mientras oía el motor que retraía la verja hasta cerrarla por completo.

La mansión tenía forma de triángulo, tres plantas cada cual más corta y un ático en la parte del centro que le daba la apariencia de un castillo.

Joder, qué pasada, Kelly y las niñas tienen que estar encantadas.

No quería ni imaginar cómo tendría que ser por dentro.

El jardín estaba agrupado por formas circulares y delimitado por caminos de piedras blancas. En el lado derecho había una fuente, más adelante podía ver un cenador de construcción del mismo tono blanco roto de la casa.

Cada vez que había pasado de largo por aquella urbanización, siempre en bus, solía mirar los colosos inmensos, tan bestiales en cuanto a dimensión y diseño que no podía imaginarse que había gente que podía vivir de aquella manera.

—¿Te has quedado muda? —Escuchó en los auriculares.

—Joder, si me he quedado muda.

Más adelante del cenador podía ver un techo de cristal, desde allí no era capaz de deducir si era un invernadero o un porche acristalado.

—Tía, como las del programa que te gusta ver por las noches.

Mary rio.

—¿Entonces existen? ¿Son de verdad?

Se detuvo cuando el camino central se abrió. El hombre del llamador le dijo que el jardín lateral de la izquierda.

¿La izquierda mía o la de la casa?

La sensación de ser una absoluta intrusa la invadió por completo.

—Yo no tendría que haber venido aquí —dijo bajando la barbilla hacia una de las ruedas de la bici.

—Claro que no, te tendrías que haber buscado un saco y dormir en un parque —respondió Mary—. ¿Por qué no ibas a ir? ¿No están ellas?

—No compares. Kelly es… «amiga especia», según dice, de ese tal Stoker. Me dice amigo especial por no decirme que… en fin —negó con la cabeza—. Vale que hayan venido ella y sus hijas, teniendo en cuenta que aquí no notarán que hay tres huéspedes más. ¿Pero yo?

—Te pongas como te pongas, ellas son tu familia, Mía. ¿Te iban a dejar en la calle con veinte años? Tía, eso no debe ser ni legal.

—Hombre, soy mayor de edad, legal es. —Se dejó caer la bici en el muslo para descolgarse

la mochila.

Cogió aire y lo soltó de golpe.

—Pero es incomodísimo. Soy la agregada, ¿sabes? No me corresponde.

—¿Y a tus hermanastras sí? Son mayores que tú, podrían buscarse la vida también.

—No, no es lo mismo. Esto es como cuando se vinieron a casa. Son sus hijas. Yo no. Yo soy la mochila. —Dejó caer la suya en la cesta delantera.

Alzó los ojos hacia la casa.

—Y aquí no hay nadie. —Se giró para mirar hacia la puerta—. Estoy por largarme ahora mismo.

—Un saco y un banco en el parque —le recordó Mary—. Y esta noche bajan las temperaturas a grados de escarcha. Así que entra ahí y pregunta por el ama de llaves.

Mía dio unos pasos hacia el frente y giró el manillar hacia la izquierda para dirigirse hacia ese lateral de la casa.

Entornó los ojos hacia una zona cubierta en aquella parte izquierda del jardín. Allí podía ver el coche rojo de Kelly, entre varios coches que desconocía.

Y una moto grande, ancha y negra.

Se detuvo de inmediato.

Ahora sí que me voy.

Dio media vuelta hacia la puerta.

—Tía, me voy —dijo.

—¿Y ahora qué ha pasado? —La voz de Mary rezumaba paciencia.

—Que soy el colmo de la mala suerte. —Giró la cabeza para mirar la moto—. El motorista de la carretera es alguien de aquí. ¿Y si era el señor Stoker? Se me va a caer la cara a trozos cuando me eche de su casa por haberlo llamado gilipollas.

Las carcajadas de Mary resonaron en los auriculares.

—Qué te gusta un drama. —Su risa aumentó—. En serio, ¿te escuchas? Entre todas las posibilidades siempre te inclinas por la peor. Es como si quisieras atraer lo malo continuamente. ¿Sigues los vídeos del canal de YouTube que te dije?

—Lo intento, pero me acuesto tan tarde que en cuanto acaba la *intro* me quedo dormida.

—Pues te vendrían muy bien, tienes que trabajar para atraer la positividad y la energía buena a ti. —Hizo una mueca a las palabras de su amiga.

Aunque se había dado media vuelta, aún no había avanzado un paso.

—¿En serio te vas a ir? —preguntó Mary.

—No lo sé todavía —respondió y su amiga rio de nuevo.

—Tía, entra ahí. —La voz de Mary enseguida se endureció.

—¿Y si esa moto es de alguien de la familia?

—¿Y si es del jardinero y estás ahí parada haciendo el imbécil?

—Un jardinero no puede pagar esa moto.

—Vaya, no tienes ni idea de motos y ahora eres especialista en gama alta.

—Tía, eso se nota. —Las llantas de las ruedas eran un espectáculo.

—Anda, dale para adelante y busca al ama de llaves.

Se ayudó con la pierna para darle la vuelta a la bici.

—Vale, pero quédate conmigo —pidió frunciendo el ceño en una expresión de drama inminente.

—Que siiiii. —Tuvo que sonreír ante el tono de paciencia a punto de llegar al límite de Mary.

Se dispuso a rodear la casa por el lado izquierdo, y allí encontró a una mujer con uniforme.

—¿Mía Austen? —dijo—. Mi nombre es Cathelyn Brook, soy el ama de llaves de la casa Stoker.

La mujer alargó la mano hacia ella para estrechársela.

—Te esperaba más temprano —añadió ella.

—Siento las molestias. Estaba más lejos de lo que esperaba. —Mía sonrió incómoda y la mujer miró la bicicleta.

—¿Vienes en bici desde el centro de Londres? —Alzó las cejas después de hacer la pregunta.

—Claro.

No tengo coche, ni moto ni burro.

—Debes estar cansada, ven conmigo. —Al menos la primera impresión de aquella casa era una cara amable.

—Parece simpática la señora. —Oyó decir a Mary a través del auricular.

Ya me estoy arrepintiendo de decirle que se quedara conmigo.

Siguió a Cathelyn a través del jardín.

—Tus cosas ya están en la habitación, si hay algo que te falte me lo comunicas a mí —le dijo la mujer.

Le señaló un pequeño balcón en la primera planta de aquella parte lateral.

—Esa es la tuya —dijo—. En la segunda planta, en esos ventanales, están tus hermanas.

Desde allí abajo se podía ver una terraza larga que ocupaba toda la esquina desde el frente de la casa hasta el lateral, pasando por encima de su pequeño y estrecho balcón. Alzó los ojos, aunque los cristales estaban abiertos no lograba ver a sus hermanastras.

Tres veces más de una planta de nuestra casa.

—No jodas, ¿a que la de ellas es más grande?—dijo Mary al otro lado y Cathelyn calló de inmediato.

—Muy bonitos los balcones —se apresuró a decir Mía sonriendo.

—El de tu madre es también en la segunda planta, pero en la parte frontal —retomó la mujer —. La última planta es la del señor Stoker y el ático de su hijo.

—¿No duermen juntos? Qué fuerte, menudos amigos especiales. —Oyó a Mary por el auricular.

Y no se calla.

Mía sonrió a Cathelyn intentando deducir en su expresión si la había oído.

—Tu madre nos dijo que tu estancia aquí sería breve y que no querías ser una molestia. —Le vio cierto apuro a la mujer al decirlo—. No obstante, hay más habitaciones libres en la zona frontal o en la otra esquina. —La incomodidad en la mujer aumentó—. Si me permites una sugerencia, podríamos cambiarte a una de la segunda planta, junto a tu madre y tus hermanas.

—No, no es necesario —se apresuró a responder.

—Es mucho más amplia y con más comodidades.

—Niña, esa mujer está insistiendo mucho en cambiarte de habitación. —Mary de nuevo al auricular.

Desconocía las razones, ella solo necesitaba una cama, un armario y un escritorio. La bici podría dejarla apoyada en cualquier pared.

Vio a Cathelyn alzar la mirada por encima de su hombro, hacia el frente del jardín. Su gesto hizo que Mía se girase para mirar también.

Un joven atravesaba el camino hacia la zona donde estaban los coches. Era alto y llevaba el pelo castaño despeinado con gran acierto, pero enseguida su mirada se dirigió hacia su cazadora

de piel gruesa negra.

El pecho se le puso del revés de inmediato. Mía se dio la vuelta con rapidez hacia el ama de llaves.

Me cago en mi puta suerte.

No hacía falta ni verlo montado en la moto, con la ropa que llevaba ya era suficiente.

—El hijo del señor Stoker —dijo Cathelyn mirándola a ella de nuevo.

La moto del jardinero, decía la Mary. Esto lo estaba viendo yo venir.

—¿El hijo ha dicho? Ahora para que encima esté bueno. Verás tus hermanastras.

Mía se llevó la mano a la sien y contuvo el arrebato de apagar los auriculares.

Es que es tremenda la Mary.

Y mejor no valorar cómo era el hijo de Stoker sin el cristal negro del casco. Intentó no hacer ningún gesto con la cara.

—¿Quieres que te cambie de habitación? —preguntó la mujer mientras avanzaba hacia la parte de atrás de la casa.

Al cuarto de las escobas, por favor.

—Tía, dile que sí, que ya me está dando mal rollo esa habitación. —Mary de nuevo.

Ayuda, lo que viene a ser ayuda, me da poca.

—No es necesario. —Mía la siguió. Se oyó el motor potente de la moto al arrancar.

—Ostras —dijo Mary. Ahora sí que le iba a colgar—. ¿Eso es el ruido de una moto? No jodas, ¿el hijo?

Mary, hija mía, te llamo luego.

—La entrada está aquí mismo, en el lateral —dijo Cathelyn.

Acercó la mano a la sien de nuevo y con disimulo pulsó el botón de los auriculares mientras comprobaba que la puerta estaba justo debajo de la que sería su terraza.

El sonido aumentó al acelerar y se alejó de inmediato a la vez que la moto enorme se dirigía hacia la puerta.

Un perro enorme salió de la parte trasera de la casa y echó a correr hacia el jardín delantero.

—¡Nilo! Ven aquí —gritó la mujer.

Pero el perro ni miró atrás, aceleraba hacia los jardines de formas circulares de la entrada de la casa.

—¡Nilo! —Vio a Cathelyn sacarse un pequeño teléfono del bolsillo—. Steven, el perro ha salido corriendo hacia la puerta. Te he dicho que hay que encerrarlo si el joven Stoker sale fuera.

Mía dio unos pasos en la dirección por la que se había marchado el perro.

—¿Voy a por él? —preguntó y la mujer frunció el ceño.

—No, Steven es el que se encarga del perro. Además, no es fácil hacerlo volver. Ven aquí, que no te conoce, no vaya a ser que te muerda.

¿Ein?

La joven alzó las cejas.

—Quiero decir… —Notó que regresaba el apuro de la mujer mientras se colocaba bien una horquilla en su pelo cano—. No es un perro peligroso. Solo que no le gusta mucho el contacto y menos con extraños. Así que mejor que lo ignores.

Era un perro tipo golden o labrador, por lo que había podido ver en su fugaz aparición, siempre los había tenido por perros afables.

—¿Seguro que no quieres que te cambie de habitación? —volvió a insistir la mujer.

Lleva razón Mary, me lo ha dicho demasiadas veces, ¿qué tiene de malo la mía?

—Estaré bien, de verdad —sonrió esperando que así la mujer desistiera en su interés—.

Además, solo será para dormir y poco más.

—Sí, ya nos ha dicho tu m… —La mujer entornó los ojos mirándola—. Digo tu madre, no sé si prefieres que me refiera a ella de otra forma.

Se alegró de que Cathelyn se lo consultase. No era agradable escucharla decir «tu madre» cuando nunca se había acercado a serlo.

—Prefiero Kelly, por favor. —Sencillo y rápido de corregir.

Algo que a la mujer no le cogió por sorpresa, por lo que pudo apreciar en su gesto.

—Nos ha dicho que solo vendrás a cenar y dormir el tiempo que andes por aquí.

Que supongo que ella deseará que sea el menor tiempo posible.

Estaba comprobando que en vez de una desgracia, a Kelly le había venido bien la rotura de la casa y su inminente derrumbamiento. Por un lado se mudaba a una mansión y por el otro la perdía de vista a ella.

Aspiró aire por la boca.

—Te dejo que subas a colocar tus cosas y a descansar. —La mujer se apartó—. Te han enviado un correo con mi teléfono, el del jefe de seguridad y el de la cocinera. Cualquier cosa que necesites…

Mía asintió con la cabeza.

—¿Quieres que lleve la bicicleta al aparcamiento?

No, no, no, que me la pones al lado de la moto.

—Aquí está bien. —Mía apoyó el manillar en la fachada de la casa.

El ama de llaves esperó a que pasase por delante de ella para entrar.

—Sube esas escaleras, sabrás cuál es porque tiene las cajas en la puerta —dijo la mujer mientras se detuvo en la puerta de acceso.

Mía se echó la mochila al hombro. Había un pasillo largo frente ella y una escalera estrecha a la derecha. Miró de reojo el pasillo y subió varios peldaños.

—Aunque sabemos que no estarás por aquí la mayor parte del día, el señor Stoker ha establecido hoy una cena a las ocho —dijo la mujer y la joven se giró enseguida para mirarla.

No, no, no, no.

—¿Estarás aquí?

Puff.

Cathelyn estaba siendo muy amable. Y el señor Stoker más aún, permitiéndole quedarse allí el tiempo que necesitase. No podía negarse.

Pero voy a necesitar una cara nueva.

Bajó la barbilla.

Me cago en la leche.

—A las ocho —respondió. Volvió a apoyar la mano en la barandilla—. Muchas gracias, Cathelyn —añadió mientras seguía subiendo escalones.

En cuanto llegó a la primera planta vio las cajas frente a su puerta.

Un pasillo con la pared forrada de madera de color blanco hasta media altura y con una alfombra celeste que formaba un camino en todo el largo del pasillo. Se detuvo en la puerta, era una puerta con formas clásicas muy similares a las que había en su casa, con moldura formando una especie de rectángulo.

Estaba entreabierta. La madera blanca de la pared también recorría la habitación. Una cama individual con una colcha a juego con la alfombra celeste y, por lo que podía ver, también con las cortinas.

Mobiliario sencillo y blanco, con una temperatura más que confortable. Alguien se había

preocupado de dejarle encendido el radiador.

Era pequeño, pero no más pequeño que su dormitorio de siempre. Tenía un armario de tres puertas, una cómoda de cajones, la cama, una mesita de noche y un escritorio junto a un ventanal alto que llevaría al pequeño balcón. Había otra puerta entre el armario y la cómoda, alargó una mano hacia el picaporte. Era un baño con una placa de ducha, un sanitario y un mueble con lavabo y espejo.

Para ella era más que suficiente. Quizá Mary llevaba razón y tenía que empezar a mirar las cosas con otros ojos. Pero tenía que reconocer que le estaba costando.

Se acercó al escritorio y apoyó ambas manos en él mientras bajaba la barbilla. Contuvo la respiración y apretó su lengua contra el paladar. Se había prometido no volver a llorar.

Tan solo tenía veinte años. Un suspiro atrás todo había sido muy diferente.

Se había prometido no llorar. No siempre lo conseguía.

1

Como le había dicho Cathelyn, faltaba una caja. Era justamente la caja donde había guardado los pocos vestidos y ropa que tenía para salir y para los eventos y fiestas.

Pero no tenía plan alguno de ir a ninguna parte, ni tampoco le cabían en aquel armario, así que dónde estuviesen le importaba poco. Solo lo lamentaba por uno de ellos, el de la fiesta de la graduación del instituto. Y no precisamente por el vestido, sino porque su padre había ido con ella a comprarlo, manteniendo la paciencia durante todo el día hasta que encontraron el vestido justo que ella quería.

Los zapatos sí habían aparecido, eran color plata, un zapato de tiras que se agarraba al tobillo, con algo de plataforma delante y un tacón fino. Llevaba unos meses usando solo zapatillas deportivas, no creyó poder aguantarlos más de cinco minutos. Pero allí estaban, recordándole que antes de esa tuvo otra vida con una persona que ya no estaba.

Le habían puesto una rejilla pegada a la pared para poner zapatos. No era muy grande, apenas le cabrían dos pares de deportivas y tenía algún par más. Había apilado las cajas en la terraza, pero allí no había sitio para todas. Así que era mejor idea tirarlas y guardar los zapatos solos.

Buscaría por internet unas cajas que le había visto a sus hermanastras para guardar zapatos, muy estrechas y con el frontal transparente. Teniendo en cuenta que su pie era tamaño mínimo, con suerte le cabrían hasta dos por caja y podría guardarlos en el propio armario.

Resopló, ya casi lo tenía todo ordenado. Regresó a la terraza y cogió dos pares de zapatillas para colocarlas en la rejilla. Las cajas las llevaría a algún contenedor, no estarían muy lejos de la casa.

Se inclinó para coger la pila de cajas e intentando mantener el equilibrio, se echó la torre sobre el cuerpo. La última de ellas se deslizó como si algo estuviese tirando de ella.

—Ostras. —Se había quedado uno de los zapatos plateados enganchado a la tapa.

Dio un manotazo rápido para agarrar zapato y tapa.

Adiós.

Pero solo alcanzó la tapa, y el zapato cayó por encima de la barandilla del balcón. Escuchó una voz abajo. Basculó rápido su cuerpo para mirar abajo.

No puede ser.

Se enderezó con rapidez antes de que Stoker mirase hacia arriba y echó a correr hacia el interior, llevándose las manos a la cara.

—Madre mía. —Se miró en el espejo alargado que había en la pared—. Que le he dado en toda la cabeza.

Se mordió las palmas de las manos mientras miraba de reojo el zapato plateado que quedaba en la terraza, la plataforma y el tacón. Estudiaba ingeniería, podía hacerse una idea al calcular el peso, trayectoria recta, distancia, sin contar si había caído en punta o no.

Es que soy el colmo, estoy gafada. Qué vergüenza, por Dios.

Giró el cuerpo en dirección a la cama. Si no hubiera un canapé, se habría metido debajo.

Yo no pienso salir de aquí hasta mañana.

2

No se despegaba el trapo que envolvía los hielos de la cabeza. Había intentado abrirse el pelo a ver si podía verse alguna herida, tenía algo rojizo, seguramente del propio impacto. Si se palpaba podía notar el bulto, esperaba que el frío parase la hinchazón.

Tenía el zapato sobre la mesa, seguramente le habría caído el tacón de punta. La sensación era como si le hubiese caído un adoquín.

El chat de los Misters ardía con un mensaje tras otro.

—Ahora es el momento en que Stoker le pide a Blake que actúe —decía Wilde.

Brian abrió la cámara del móvil y le hizo una foto al zapato. La envió al grupo.

«¿Ese es el arma?», preguntó Blake y Marlowe comenzó a poner emoticonos de caras llorando, unas a mares y otras de risa.

Resopló.

«Acaban de llegar, ni siquiera las he visto, y ya me tienen hasta las narices», escribió y se miró otra vez en el espejo abriéndose el pelo.

«¿No le vas a devolver el zapato?», preguntó Orwell y el resto pusieron hileras de risas.

Stoker cogió el zapato y cruzó la sala hasta los ventanales. Se llevó el móvil a la boca para grabar un audio.

—¿Devolvérselo? —Cuanto más se le hinchaba el chichón, más se encendía—. Si quiere el zapato que venga a recogerlo al ático, porque ni siquiera ha bajado a disculparse. Se creerá que soy imbécil y no voy a averiguar quién es. —Le dio la vuelta para mirar el número—. Un número treinta y cinco.

Más risas. Soltó el zapato para volver a colocarse el hielo en la cabeza.

«Siempre puedes bajar con él y hacer que se lo prueben una por una», escribió Byron.

«Eso queremos verlo en directo, por favor», dijo Wilde. «La nueva Cenicienta, por Brian Stoker».

«Y cuando lo averigües, ¿qué vas a hacer? ¿Denunciarla? Vas a darle otra alegría más a tu padre y más razones para adorarte», había escrito Orwell.

«Denunciarla es absurdo», decía Blake. «Si ella dice que ha sido sin querer, que posiblemente haya sido así, se traslada a la responsabilidad civil de la casa. Sería como denunciarse a sí mismo».

«Entonces, Stoker, te quedas con el bollo en la cabeza y sin derecho al pataleo», escribió Marlowe.

«¿Sin derecho al pataleo? No me conoces».

«Sí te conocemos, por eso no vamos a despegarnos del móvil en las próximas semanas», respondió Orwell.

Volvieron las risas. Entró un mensaje de Blake.

«¿Qué edades tienen?¿Lo sabes?».

Le dolía mucho la cabeza para seguir escribiendo. Se acercó el móvil a la boca para grabar un audio.

—No tengo ni idea, pero poca, menos de lo que esperaba. Solo he visto a una de lejos con el ama de llaves. Es la misma chica que se me ha cruzado hoy en bici en la carretera y he tenido que esquivar. Que me insultó, por cierto —resopló—. En fin, que voy a tener unas vacaciones maravillosas.

Soltó el audio, se retiró el hielo de la cabeza y se palpó con los dedos. Le dolía hasta el roce.

Entró un audio de Blake.

—¿La esquivaste muy de cerca? Mírale bien los pies —rio su amigo.

«Huele a venganza», escribió Wilde.

Entró otro audio de Blake.

—¿Habéis escuchado bien a Stoker? Primero nos dice que no ha visto a ninguna de ellas y ahora nos suelta que sí, que ha visto a una de lejos y que es la misma que casi atropella hoy en la carretera. Ya nos está ocultando cosas y omitiendo detalles importantes. Hércules, este se quiere escapar de que nos cobremos todo lo que se merece.

Frunció el ceño ante las palabras de su amigo. Entró un audio de Hércules.

—Este no va a escaparse de nada, créeme —respondió Hércules—. A mí me va a tener aquí desde que abra los ojos por la mañana hasta que me acueste.

Llovieron las risas.

—No aparecéis casi nunca por aquí, siempre ando hablando solo, ¿y ahora no tenéis nada que hacer? —Envió el audio.

Hércules grababa de nuevo.

—Voy a poner en práctica eso que siempre me dices de hacer lo mismo que hago, pero con el móvil cerca.

Tuvo que reír.

—Son tremendos —murmuró.

Miró el zapato. ¿Podía ser de aquella chica rubia de la bicicleta?

Entró otro audio, era Blake de nuevo.

—Yo pagaría por verlo observando los pies de esas chicas cada vez que se las encuentre —dijo riendo—. Con lo que has sido siempre con las mujeres. Ya decía yo que estar soltero tanto tiempo no era bueno. Para lo que has quedado, Stoker. —Su risa se amplió.

El resto lo acompañaron con más emoticonos.

—Os estáis coronando y a mí me estáis aumentando el dolor de cabeza. Así que os dejo. —Miró el reloj—. Tenemos cena familiar, una cena de una familia en la que apenas me hablo con el único que conozco y al resto no los he visto en la vida.

«Pues cuando te pillen mirando continuamente debajo de la mesa lo van a flipar», dijo Wilde.

Se despidió con un «bye» y cerró el chat antes de que siguieran diciendo estupideces. Se fue de nuevo hacia el espejo a mirarse el bulto. Esa vez sí logro verse la herida, no llegaba a ser brecha, tan solo un redondel rojo que no sangraba. Le duraría varios días.

3

Estaba sentada frente al escritorio mientras hablaba con Mary. Miró la hora, faltaban cinco minutos para la cena.

—Qué vergüenza, se me va a caer la cara a trozos. —Se llevó la mano a la frente mientras Mary reía al otro lado de los auriculares.

—Yo creo que deberías haber bajado a recoger el zapato.

Mía negó con la cabeza.

—¿Y mirarlo a la cara? Tía, que eran los zapatos plateados. Los de la graduación. ¿Te acuerdas? Diez centímetros más de estatura —volvió a negar—. Le habrá abierto la cabeza.

—¿Has escuchado alguna ambulancia? Pues no te preocupes.

Mía resopló mientras giraba la cara hacia su hombro, se olió en dos golpes, se iba a tener que volver a echar desodorante y colonia. No se fiaba de que la traicionasen las axilas en aquel estado de tensión.

Estiró el brazo en la mesa y dejó caer la frente en él.

—Ese hombre me ha dejado vivir en su casa y el primer día descalabro al hijo —dijo en tono de lamento y Mary empezó a reír.

—Bueno, lo importante, y no me quieres responder, ¿cómo es?

Mía se enderezó enseguida, la hora.

—Tía, tengo que irme, las ocho menos dos minutos y no sé ni dónde es. Esta casa es enorme.

—Dos veces que evitas responderme. Confirmado. Está bueno.

Se echó colonia en las axilas con rapidez y salió del dormitorio.

—Mía, no te escaquees más y descríbemelo.

Tomó el pasillo en dirección a la derecha, a la izquierda solo estaba la escalera que llevaba a la puerta lateral.

—Una vez lo he visto con casco, la segunda demasiado lejos y la tercera desde arriba y con una mano en la cabeza.

—Venga ya. Eso se ve hasta de lejos. —Por el tono de la voz sabía que Mary estaba sonriendo con ironía.

Encontró una puerta doble y la abrió.

Wow.

El suelo y las paredes cambiaban por completo, techos mucho más altos y más anchura en el pasillo. Esa vez sí había espejos y cuadros decorando la pared, puertas pesadas de madera marrón y algún mueble robusto en el recodo de la escalera que descendía a la planta baja.

Se llevó la mano a una de las orejas. Era imposible encontrarlo por sí sola. Tendría que pedir ayuda.

—Tengo que dejarte.

—¿No puedo quedarme? Quiero saber.

Ya lo que me faltaba.

—Luego hablamos. —Le dio al botón y se retiró los auriculares del oído.

Se escuchaba el tintineo de cubiertos, la cocina no estaría lejos. Y, por deducción, el salón donde iban a comer tampoco.

Cogió aire y lo contuvo mientras intentaba afianzar las piernas.

Que sea lo que Dios quiera.

Se guardó el móvil y los auriculares en el bolsillo. Bajó los escalones.

4

Con el volumen del pelo era completamente inapreciable el chichón, era una suerte que empezase unos dedos más atrás del flequillo.

Llegó hasta la planta baja y se dirigió hacia el despacho de su padre. Se detuvo en el espejo, justo frente a la puerta. No se apreciaba absolutamente nada. Vio que en la camisa aún permanecían unas gotas de perfume, se había echado demasiado, multiplicado por cuatro, el número de extrañas que cenarían con ellos aquella noche.

Se pasó la mano por la parte del pecho de la camisa donde estaban las manchas, hasta en el planchado de la ropa notaba que estaba en casa. Nadie planchaba camisas mejor que el ama de llaves de su padre.

Dio unos golpes en la puerta.

—Pasa, Brian. —Oyó la voz de su padre desde dentro.

Stoker abrió la puerta, pero no dio un solo paso hacia dentro, se quedó en el umbral.

—¿Por qué me has llamado? Ya te dije que bajaría a cenar —dijo sin más saludo.

Fue su padre el que tuvo que acercarse a él.

—No volveré a pedirte que cenes con nosotros, solo una vez, esta —aseguró su padre deteniéndose a un metro de él—. Pero prométeme que no montarás ningún número conmigo y disimularás que no las quieres en casa.

Stoker se sujetó con la mano en el marco mientras apoyaba la espalda en la otra parte.

—Eso no entraba en la invitación de esta noche —respondió con media sonrisa.

—Brian. —La voz de su padre se endureció—. Son mis invitadas. Y tú tienes ya treinta años como para comportarte así.

Sin despegar la espalda del marco, giró la cabeza para mirar a su padre.

—Llevo sin madre tan solo dos años, en los que no has hecho más que buscarle una sustituta tras otra sin escuchar mis advertencias. Y todas te han salido mal, o hasta peor. Tú sí que tienes demasiados años para comportarte así. —Despegó la espalda de la pared—. Y esta vez encima la metes en casa a ella, a sus hijas y hasta a otra que ni siquiera es su hija.

—Brian, es diferente. Se les derrumba la casa, no tienen a dónde ir. —Su padre le agarró del brazo para evitar que se fuera.

Brian lo miró sin mover la cabeza.

—Empieza a salir contigo y de repente se les derrumba la casa y se mudan a tu mansión, menuda casualidad. —Entornó los ojos mirando a su padre y se inclinó hacia él—. Diriges un negocio de éxito, te creía más listo.

Liberó su brazo y dio unos pasos hacia el pasillo.

—Esta vez es diferente, Brian. —Lo oyó decir a su espalda—. Esta mujer es de una edad más acorde a la mía.

Brian se detuvo para darse la vuelta y mirarlo.

—Menos mal —respondió con ironía—, porque yo ya empezaba a confundirlas con mis amigas.

Vio a su padre fruncir el ceño.

—Eso ya pasó. —El hombre bajó la vista un instante, luego lo miró a él—. Kelly me gusta. Y espero que también sea de tu agrado. Dale una oportunidad. Y sus hijas son encantadoras.

Brian alzó las cejas.

—¿Sus hijas son encantadoras? Las dos, ¿verdad? Porque hay otra niña rubia alojada en la zona del servicio que supongo que no será tan encantadora y por eso está separada de la familia.

—Le encantaba cerrarle la boca a su padre y que tuviese que tragarse sus palabras—. Kelly debe ser maravillosa, estoy seguro —añadió y se giró para seguir pasillo adelante.

—Ella solo estará aquí de paso, mientras busca a dónde irse —respondió y sus palabras lo hicieron darse media vuelta de nuevo—. Es solo temporal. Y si no lo es, yo mismo ordenaré que la pasen a este lado.

—Hasta lo que me habías dicho, las otras tres también estaban de paso. Pero que no piensen salir de aquí es algo que no me coge de sorpresa. —Abrió la puerta del pasillo y encontró a una mujer de mediana edad, de pelo rubio rojizo y bien peinado.

El olor a flores y frutas enseguida se mezcló con el suyo. Al lado de ella había dos chicas, una más alta que la otra.

—Tú debes de ser Brian Stoker. —La mujer le sonrió enseguida.

—Y usted la señora Austen —respondió dejándose invadir por aquel olor mientras ella se inclinaba para besarle la mejilla.

Sus hijas enseguida se alinearon con su madre para besarlo.

—Ellas son Ivy y Britany —añadió la mujer.

Ivy era la más alta y tenía el pelo largo y castaño, peinado con suaves ondas, como iban peinadas la mayoría de mujeres de aquella edad. A pesar de todo el arreglo y de tener un cuerpo esbelto y de buenas formas, en la cercanía comprobó que no era el tipo de rostro que solía gustarle en las mujeres. La chica tenía una sonrisa bonita y parecía encantada de conocerle.

Britany no era tan alta como su hermana, sin embargo, su cara le resultaba más atrayente. Sus labios gruesos se abrieron para sonreírle. Britany tenía el pelo rubio apagado, peinado liso le llegaba un poco más abajo de los hombros. Las formas de su cuerpo también resaltaban más que las de su hermana; haría algún tipo de deporte, no había otra explicación para que hasta sus brazos estuviesen torneados bajo una manga de licra.

Las ropas de las tres mujeres eran similares, faldas y camisas, cada una de un color, la de la madre por debajo de las rodillas y las de las hijas dejando ver una pequeña porción de muslo. Muslo que le confirmaba que Britany no pasaba sentada la mayor parte del día.

Se alejó de ellas y sus perfumes para dejar que su padre las saludara. Y bajó la mirada hacia el suelo brillante de mármol, donde se reflejaban los tacones de aguja. Los pies de Ivy eran más grandes que los zapatos que encontró. En cuanto a Britany, quizás a ella podrían encajarle.

Alzó la vista y vio la mirada de la joven. Que pensase que se había detenido en sus piernas era algo que le daba exactamente igual. Que encima se sintiese halagada por ello era algo que le importaba incluso menos.

Britany era hermosa, no podía negarlo, y podría verse atraído por ella en un momento dado. Pero era una más de tantas con las que podría estar, con el estigma de ser la hija de la nueva novia de su padre.

Vio una cabeza rubia en el centro del *hall* de las escaleras, justo donde estaba la puerta doble del salón en el que iban a cenar, y basculó el cuerpo para verla y que Kelly y su padre no la tapasen mientras salían de aquel pasillo.

Su altura era aún menor que la de Britany. Tenía el pelo rubio dorado, con una caída lisa con algo de curva hacia el final, tal y como la había visto sobre la bici y en el jardín lateral.

Bajo aquel flequillo curvo, había dos ojos enormes de un celeste muy claro, medio grisáceo medio transparente, con unas pestañas enormes que resaltaban en una piel demasiado blanca.

La joven se giró hacia ellos y sonrió. Vio a sus hermanastras rebasarla y girarse mirando a su madre.

—Mía —dijo Kelly—, él es Austin Stoker.

La chica sonrió y sus pómulos se alzaron levemente haciendo que su rostro tomase la forma de una muñeca de colección que no duraría ni media jornada en un escaparate, porque se la llevaría el primer coleccionista que pasase por allí.

—Muchas gracias. —La oyó decir, aunque antes de eso había dicho algo más, pero lo había hecho en voz baja, inapreciable para nadie más que no fuese su padre.

—Él es mi hijo Brian. —La voz de su padre hizo que ella girase la cara y él se encontrase de frente con un rostro demasiado angelical y que no esperaba encontrar en una joven que lo insultó desde una bici y a la que la velocidad y la carretera le impidieron observar bien.

Dio unos pasos hacia ella mientras bajaba la vista para mirarla. Los ojos de Mía Austen de cerca eran completamente transparentes, y sobre todo enormes. Su nariz era pequeña, apenas un leve adorno que se mimetizaba con su cara. El rosa acertado del maquillaje de sus mejillas contribuía aún más a aquel aspecto inocente de princesa de cuento infantil. Y la raíz clara de sus pestañas le revelaba que de no llevar rímel, el espectáculo de aquel abanico negro se perdería.

Joven y de aspecto angelical, quizás por eso se había empeñado en que era casi una niña. No lo era, al menos no lo suficiente como para no haber sido consciente de que él se había demorado más tiempo del que debiera frente a ella.

Pero estaba acostumbrado a otro tipo de mujeres, más similares a sus hermanastras. Féminas arrolladoras, conscientes de su atractivo y que sabían potenciar y mostrar su lado sensual.

—Encantada. —Mía fue rápida en retirarse de su mejilla.

Esperó a que todos entrasen mientras bajaba los ojos hacia el suelo de mármol. Mía llevaba unas botas de pala ancha. Frunció el ceño, era menuda, perfectamente podría tener un pie pequeño dentro de ellas, más aún que el de Brit.

Tampoco su atuendo iba acorde con el del resto de su familia, la chica llevaba unos *leggins* marrones y un jersey largo color *beige*. La ropa que podría llevar cualquier joven un día cualquiera de clases en la universidad. Pero eso tenía explicación.

Aquella chica no era parte de la familia que querían acoger los Stoker. No necesitaba causar buena impresión por encima de sus encantos naturales y podría permitirse dejar caer un zapato y no disculparse.

Tomaron asiento. Su padre se sentó a un extremo y le pidió a Kelly que presidiera la mesa al otro, sus hijas enseguida la rodearon. Así que le tocó el único asiento que había libre, entre su padre y la hija exuberante. Y en frente de un ángel como los que decoraban el jardín principal.

Sintió una punzada en la parte superior de la cabeza, el antiinflamatorio no era suficiente para eliminarlo del todo. Apretó los labios y volvió a levantar la vista hacia la joven de apariencia inocente y de no haber roto un plato. Sin embargo, y posiblemente, a juzgar por su tamaño menudo, bien podría ser la dueña del zapato y del tacón.

Y él seguía enfadado entre la presencia de todas ellas allí y el golpe.

Pero las barreras defensivas de aquella chica eran de otro mundo.

Estuvo a punto de dejar pasar el golpe.

5

El olor que desprendían su mejilla y su cuello era tan intenso que tuvo que alejarse rápido de él. Había perfumes que deberían estar prohibidos, principalmente los que mezclaban madera, nardos y canela. Un fondo dulce que conseguía impregnarse en la piel con tan solo un leve roce y seguir flotando cerca de su nariz mientras daba pasos alejándose de la mirada de Brian Stoker.

Contuvo la respiración hasta que estuvo lo suficiente lejos de él y desvió la mirada hacia las puertas abiertas del salón. Que se hubiese hecho el silencio los instantes en los que aquella mirada altiva, soberbia y repleta de seguridad estuvo detenida en ella, tampoco la había ayudado mucho.

Stoker era guapo, guapo hasta poder hacer perder el norte a jóvenes con veinte años, de esas que siempre tuvieron poco tiempo para andar con chicos y, por ende, solo podían tener un experiencia vaga y torpe con hombres. Si es que alguna vez los conocieron.

Stoker poco tenía que ver con los que había tenido cerca.

Tragó saliva y entró en el salón. Tenía forma circular, que sumado a una decoración clásica y recargada que mezclaba el *beige* con el rosa claro, si no fuese por las ropas modernas de sus comensales, hubiese sido como entrar en una cápsula del tiempo dentro de un castillo barroco.

Anduvo despacio hacia la mesa. No sabía por qué estaba viendo venir que le tocaría el peor sitio. El señor Stoker estaba sentado en un extremo y le había hecho la seña a Kelly para que se sentara en el otro, donde sus hijas enseguida se agolparon, una a cada lado. Así que solo quedaban dos asientos, uno frente a otro, para ella y para Brian Stoker.

Quedaba una última decisión, junto a Ivy o junto a Brit. No tenía ni que valorarlo, con Ivy nunca se había enganchado de los pelos.

Se detuvo junto a la silla mientras Brian Stoker se situaba frente a ella al otro lado de la mesa, valorándolo bien, casi todos los sitios eran malos.

Alzó levemente la mirada hacia el frente. La camisa morada de Stoker se abría bajo su cuello y dejaba a relucir una pequeña porción de piel tirante en la que era mejor no fijarse demasiado.

Se sentó a la par de él. Podía ver la sonrisa de Brit y miró de reojo a su otra hermanastra.

Están encantadas con Stoker.

Un camarero le llenó la copa de agua y Mía la cogió para beber, comprobando que el olor a él llegaba hasta su lado de la mesa. Tuvo que contener la respiración. Olerlo significaba rememorar su escueto contacto con él, aquella pequeña porción de cuello, el lóbulo de su oreja, el ángulo marcado de su barbilla o lo que desprendía su cercanía.

—Me ha dicho Cathelyn que ya estáis todas instaladas —dijo el señor Stoker.

No podría estar sin respirar toda la cena, expulsó el aire y volvió a aspirar despacio.

La sopa humeaba y desprendía cierto olor a pescado que le hizo recordar que en todo el día solo había comido dos barritas energéticas por la mañana.

Oyó a Kelly y a sus hermanas agradecerle la amabilidad al señor de la casa.

—Gracias —añadió ella también.

Sintió de nuevo la mirada de él y se prometió no volver a abrir la boca durante toda la cena. Quizá aquella manera de mirarla era por el zapato, quizá lo vio caer desde su balcón y estaba esperando una disculpa.

Una disculpa allí mismo, delante de Kelly y las hijas. Y delante de su padre.

Qué vergüenza, ni pensarlo.

Tragó saliva y juntó las rodillas bajo la mesa, escondiendo los pies bajo su propia silla y apoyando las puntas de las botas en el suelo. Todo sería para nada, era imposible ocultar los pies,

ni siquiera unas botas de patas de elefante, que con la calefacción daban un calor de la leche. Era consciente de que tenía un número de pie poco común, y de que ella era visiblemente de menor estatura que sus hermanastras.

Así que debe de intuir que he sido yo, aunque no viera el zapato caer.

Volvió a alzar los ojos hacia él. Brian Stoker se había inclinado levemente sobre su plato. Su cabeza estaba bien a lo que alcanzaba a ver, Mary podría llevar razón y el golpe quizá no había sido para tanto.

Sobre una barbilla oscurecida por el leve vello, pudo apreciar la forma redondeada que tomaban sus labios al soplar el humo de su cuchara.

Volvió a contener la respiración y bajó la mirada hacia su propio plato.

Claro que Stoker no tenía nada que ver con ninguno que hubiese tenido cerca jamás. Lo otros eran demasiado jóvenes, carecían del cúmulo de hormonas varoniles suficientes, con Stoker estaba comprobando que cuando las hormonas explotaban al máximo nivel, el resultado era para permitirse pocos juegos.

Aprovechó el aire contenido para soplar también su cuchara. El calor de la sopa le vino bien para suavizar la garganta, se le estaba quedando seca.

Mía lo miró un instante y vio que el pecho de Brian se hinchaba levemente con la respiración. Lo había leído demasiadas veces, estaba comprobando que la escritora Irina Yadav lo había explicado de manera muy cercana a la realidad en sus novelas, esas que leía y releía por las noches. Exactamente igual. Había hombres que desprendían algo que quedaba suspendido en el aire a su alrededor, motas de un imán que atraía cada extremidad hacia él sin que pudiese interponer mucho impedimento.

Quizás esa era la razón por la que Brit había envuelto con su mano la parte superior del brazo de Stoker para que él la atendiera. Brit era una mujer a la que le encantaba la cercanía con los hombres y verse perseguida. Estaba mucho más acostumbrada que ella a tratarlos, aunque estaba convencida de que ninguno tenía el nivel de testosterona que tenía ese. Ella la vio con algunos, a Mary solían gustarle los novietes de Brit. No estaban al nivel. No lo estaban. Ninguno.

Volvió a bajar la mirada hacia su plato. No había prestado atención a la estupidez que había dicho Brit, pero Ivy y su madre rieron. Mía alzó la vista de nuevo y pudo ver al señor Stoker sonreír. Sin embargo, Brian no había hecho ningún movimiento de labios y dirigió la mirada hacia la mano de Brit que seguía en su brazo, pero ella se tomó tiempo para apartarla.

Menuda fresca.

Y Stoker, en un movimiento rápido, dirigió sus ojos hacia ella, sin venir a cuento, sin que hubiese abierto la boca, sin que ni siquiera hubiese reído con el resto. Lo vio entornar los ojos levemente, las intenciones de decir algo eran claras.

—Motos y aviones, te gusta todo lo que sea velocidad —había dicho Brit.

Le agradeció a Brit la intromisión. La mirada de Stoker desprendía una seguridad que lograba empujar su espalda y su cuello hacia abajo.

Está tremendamente encantada con Mr Stoker.

Y era para estarlo. Le gustaba aquel punto desaliñado en su pelo, el peinado deformado por la velocidad parecía ir con él aunque no se hubiese secado del todo de la ducha.

—Siempre —respondió él.

—Mi hijo fue el piloto más joven de la compañía, y no penséis que tuvo ventaja, pasó todas las pruebas —dijo el señor Stoker con orgullo y Brian lo miró de reojo. Por un momento su expresión pareció retroceder unos años, tornándose a la de un niño que acababa de alcanzar la adolescencia.

Hala, ahora entiendo lo de ir como una bala por la carretera.

Brit empezó a preguntar por los tiempos que tardaba en el trayecto desde su trabajo a la casa. Y se inició una conversación de carreteras a la que no le prestó mucha atención.

—Aunque yo tardo mucho menos —dijo Brian y oyó la risa de Ivy.

Atropellando ciclistas.

Mía miró de reojo a su madrastra, también estaba encantada con los Stoker y todo lo que los rodeaba. Kelly nunca hizo ni el intento de hacerla sentir parte de la familia. No lo iba a hacer en ese momento, que estaba cerca de quitársela de encima y de entrar en una nueva familia que le permitiría una vida que nunca ninguna de ellas había llevado. Así que supuso que les gustaría que estuviese callada.

El señor Stoker se interesó por el trabajo de Brit, ella era psicóloga en un centro en Londres. Luego lo hizo con Ivy, que ya había comenzado a impartir clases de alemán en una escuela de idiomas, también en el centro.

Y le tocaba a ella.

—Mía está en la universidad aún —dijo Kelly en cuanto el señor Stoker puso sus ojos en ella.

—Señorita Austen, ¿quiere más? —El camarero fue el primero en darse cuenta de que su plato estaba vacío.

La sopa de pescado del primer plato estaba tremendamente sabrosa o tenía demasiada hambre. Teniendo en cuenta que el camino en bici era demasiado largo y la energía de establecer sus cosas en la habitación, se hubiese comido tres platos de sopa como aquel.

Negó con la cabeza. Hubiese aceptado más, pero no era muy cortés delante de los Stoker ir allí a engullir como un oso acabado de salir de la hibernación.

Alzó los ojos y se encontró con los azul zafiro de Brian Stoker.

—Estudia ingeniería —añadió Kelly y vio un leve movimiento en los músculos de la cara de él. No sabía si era un intento de esconder que le había sorprendido.

—Uno de los estudios de Brian —respondió su padre.

¿Uno de ellos?

Esperaba que su esfuerzo por ocultar la sorpresa hubiese dado mejor resultado que los de él. Pero no se imaginaba a aquel hombre hundido entre libros en una biblioteca. Quizás tenía demasiados prejuicios con aquel tipo de hombres, a pesar de leer novelas de Irina Yadav. La había escuchado en alguna entrevista decir que los hombres de sus novelas no existían.

Sí existen.

—Aeronáutica —dijo Brian sin dejar de mirarla.

Esa parte no le sorprendía, aviones al fin y al cabo. Ella aún no había decidido especialidad, estaba en su segundo curso. Así que la estaban introduciendo en el amplio abanico entre el que tendría que elegir.

Stoker entornó los ojos hacia ella.

—¿Piensas ir y venir todos los días en bicicleta hasta aquí? —preguntó él y enseguida madrastra e hijas la miraron a ella, a Stoker, y de nuevo a ella.

Tuvo que apoyar la cuchara en el plato, porque de pronto pesó sobremanera y su mano no era capaz de sostenerla.

—Mía no tiene carnet de conducir —se apresuró a responder Kelly por ella—. Su padre pensaba que era demasiado joven para conducir.

Vio que Brian alzó las cejas y ladeó levemente la cabeza. Mantenerle la mirada era incómodo, más aún cuando el resto de comensales la observaban.

—Demasiado joven, ¿cuántos años son? —volvió a preguntar él.

—Veinte —respondió Kelly de nuevo, regresando la atención a su plato, lo que hizo que Mía regresase a los diferentes postres que le había colocado el camarero del salón.

—¿Mía es muda? Creo que no. —Ella se sobresaltó al oírlo y alzó la cabeza mientras todo su cuerpo dio un respingo en la silla.

—Brian. —La voz autoritaria de Stoker pareció hacer retumbar la mesa.

—Solo estoy preguntando —replicó su hijo.

Vio a Stoker fulminarlo con la mirada.

—A ratos, cuando le conviene —dijo Brit en voz baja y ella giró los ojos y le clavó la mirada.

—Ya lo hemos hablado antes, Brian. —El señor Stoker había bajado la voz también.

—Me pides que baje a cenar… ¿Y no me vas a dejar abrir la boca?

—No de esa manera.

—No tiene importancia —intervino Kelly.

Mía soltó la cuchara de nuevo en el plato.

—No soy muda, pero a mi hermanastra le encantaría. —Esa vez fue Kelly la que la fulminó con la mirada.

Vio que Brian tensó la mandíbula conteniendo la sonrisa.

—Disculpa esta falta de respeto —se apresuró a decirle Kelly al señor Stoker.

—Disculpa tú también a mi hijo.

Su mirada se cruzó de nuevo con la de Brian.

—Creo que aquí la principal falta de respeto es haber alojado a una de ellas aparte.

—Brian. —La voz contenida de Stoker estaba perdiendo el temple.

Vio a Brian soltar la servilleta en la mesa de manera brusca mientras se ponía en pie.

—Aunque así se puede deducir quién se va pronto y quién se queda —añadió.

—¡Brian! —El señor Stoker había perdido la paciencia.

—Esto ha sido una mala idea —le respondió su hijo retirándose de la mesa.

Brian se giró a medio camino de la puerta para mirarlos.

—He encontrado un zapato de fiesta en el jardín, y como hasta hoy no había mujeres en esta casa que no fuesen empleadas, deduzco que es de alguna de vosotras. La dueña puede pasar a recogerlo del ático.

—¡Brian! —Su padre se puso en pie también, pero el hijo dio un portazo.

Jo-der. Vaya ambientito que hay aquí. Ni se va a notar lo de Brit y yo.

Miró de reojo al señor Stoker.

—Disculpad a mi hijo, no tengo palabras. —Volvió a sentarse—. Lo siento, de verdad.

Kelly sonrió.

—No tiene importancia, entiendo que piense que estamos invadiendo su casa.

No es que lo piense el chaval. Es que de verdad estamos invadiendo su casa.

Y ella encima le había metido un zapatazo en la cabeza.

—¿Tú has perdido algún zapato? —le preguntó Brit a Ivy.

—Aún los estoy colocando, no tengo ni idea —respondió su otra hermanastra.

Brit la miró a ella.

—Y esta no tiene zapatos de fiesta —negó sacando la lengua en un ademán—. A lo mejor se ha salido alguno de una caja en el transporte.

—No tenéis que subir a por él, pediré que lo bajen —intervino el señor Stoker.

—No pasa nada, será por zapatos. —Kelly reía—. Tienen demasiados. Si no lo echan de

menos es porque no los usaban.

Miró a sus hijas.

—En cuanto coloquemos lo que nos queda, te avisaremos si nos falta alguno —añadió.

Mía dejó la servilleta en la mesa.

—Yo me tengo que ir al dormitorio ya, mañana entrego un trabajo —dijo al señor Stoker, que asintió con la cabeza—. Gracias por todo. No seré una molestia mucho tiempo.

—El tiempo que necesites, como ves, en esta casa hay sitio de sobra —le respondió él y ella sonrió, lo que hizo que él la imitase. No sabía por qué su sonrisa tenía ese poder de réplica. Si Brit hubiese tenido ese don, lo hubiese explotado al máximo.

Se retiró de la mesa y se dirigió a la puerta.

—Mía —la llamó el señor Stoker y se dio media vuelta antes de salir—. Si necesitas hacer cualquier tipo de trabajo de aeronáutica para la universidad, estás invitada a mi empresa.

Ella volvió a sonreírle y asintió con la cabeza dándole las gracias. Tenía que reconocer que le acababa de salvar uno de sus grandes problemas cercanos. La bombilla dentro de la cabeza se le encendió enseguida.

—Creo que le tomaré la palabra.

Daba la asignatura por suspendida.

—Cuando quieras —Stoker sonrió.

Vio que a Kelly no le hacía mucha gracia la idea, pero estaba en una fase de aparentar ante el dueño de la casa, más le valía no decir nada. Y menos aún después del despliegue que había hecho el joven Stoker.

Cogió aire y lo contuvo. Quizás su cuerpo se había sublevado tanto contra Brit que no había sido consciente en el momento. Su estómago no era inmune ahora que lo meditaba.

Salió al pasillo después de dar las buenas noches y echó todo el aire de golpe. No fue capaz de vaciarse por completo. Volvió a echar el aire hasta vaciar los pulmones.

Se lo merecen, por gilipollas.

Que no fuesen bien recibidas por todos en aquella casa le era placentero aunque ella fuese una de las no gratas.

Que les den a las tres.

La peor de sus pesadillas se había cumplido, quedarse sola con ellas. Sin tener más remedio que quedarse pegada a ellas. Primero porque aquella en ruinas también era su casa, segundo y principalmente, porque no tenía a dónde ir. No tenía familia cercana con confianza suficiente. Tampoco nadie se había ofrecido a acogerla. Estaba sola y en la calle, sin dinero, sin trabajo y con una escueta pensión de orfandad que no le duraría muchos años.

Y lo peor de todo, echaba de menos a su padre. Lo echaba de menos tanto que no podía pararse a pensarlo o se hundiría por completo. Le había costado mucho aceptar su situación, le había llegado a afectar en los estudios más de lo que quisiera, y en ese momento no se podía permitir caer otra vez.

Se detuvo para mirar el cruce de pasillos, allí solo había una escalera y no era la suya, esa era de gruesa madera brillante y la suya era más sencilla.

Fue en ese momento cuando entendió el modo de insistir del ama de llaves. Ella no estaba con la familia, su pasillo era diferente y estaba alejado de los señores de la casa.

Eran las habitaciones del servicio.

Y le daba exactamente igual, para ella era suficiente.

Dio media vuelta y se dirigió hacia otro pasillo. Si encontraba la puerta de salida, sería más fácil dar la vuelta por el jardín. Se detuvo en una de las puertas abiertas y no pudo evitar mirar en

su interior.

Walaaaaa. Menuda biblioteca.

Apoyó una mano en la puerta y se asomó. No era solo una habitación, tras un arco podía ver la profundidad y un segundo arco más lejano con otra sala más, con las paredes repletas de libros.

En el centro había una mesa larga con una maqueta de un avión antiguo. Con la media luz de la chimenea pudo ver algunos detalles, ladeó la cabeza. Un globo como los de la vuelta al mundo en ochenta días. Un submarino…

Julio Verne.

Antes de aficionarse a la novela romántica solía leer de todo. En ese momento no quería leer nada que no tuviese finales excelentes, y su querida Irina nunca le fallaba en eso. Ni en eso ni en transmitirle sentimientos que necesitaba y que hacían que las horas previas de ir a dormir fueran el mejor momento del día.

Nada olía como cientos de libros con las pastas pegadas unos a otros. Inspiró aire despacio, no podía entender lo que le transmitía aquel olor. Entonces recordó que se le había pasado el plazo de la biblioteca y que tenía que devolver los cuatro libros que tenía arriba en el dormitorio o no podría sacar el nuevo libro de Irina hasta pasadas dos semanas, como poco. Llevaba tiempo contando los días para la nueva publicación, y solía presentarse en la puerta de la biblioteca antes de la hora de abrir para no quedarse sin ella. Últimamente no podía permitirse muchos libros en propiedad.

Pero, al parecer, los Stoker tenían más libros de los que se podrían leer en toda una vida. Inclinó el cuerpo para meterse dentro de cintura para arriba y echó la mirada hacia atrás por si había alguien en el pasillo que pudiese verla husmeando.

La pared era una pasada, la madera formaba un arco en la parte central con baldas y más libros rellenándola.

Y ese olor…

Un olor a papel de distintas edades, cerró los ojos e inspiró, el aroma se acababa de mezclar con algo más.

Dios.

Enseguida se irguió para escabullirse tras la puerta abierta.

—Señorita Austen.

Me pilló.

Puso una mano en la puerta y se asomó despacio, bajando la barbilla. Allí, bajo uno de los arcos de madera que formaban un acceso entre salas, estaba Brian Stoker. Su figura en pie impresionaba aún más que sentado, o su vista se había habituado a verlo sentado los instantes de la cena y volvía a verlo demasiado alto y con unas dimensiones considerables en todos los sentidos.

En una biblioteca. Lo imaginaba mejor en un gimnasio o en un centro de depilación láser. No en una biblioteca con aire barroco y con olor a libro centenario. Dejar de respirar era la mejor opción, o no podría con aquella mezcla explosiva de su olor favorito mezclado con las partículas que desprendía el de Stoker y que parecía tener adherido ese imán invisible que solía describir Irina. Según ella, los hombres que lo tenían solían saberlo.

Alzó la mirada hacia él. Lo sabía tan bien como sabría que ella no estaba acostumbrada a la cercanía fresca, como Brit y como Ivy.

—Lo siento, me he perdido —respondió sin dar un paso al frente.

Stoker dio unos pasos hacia ella y se detuvo a mitad de camino entre el arco y la puerta

donde estaba Mía, justo a la altura de la mesa.

—Pues por aquí no hay salida, como puedes ver. —Tuvo que abrir la boca para tragarse el bochorno a sus palabras con cierto tono pedante.

Ya me parecía a mí que no era solo medio idiota. Lo es entero.

Que tuviese ese tono soberbio y pedante, haciéndoles saber que no eran bienvenidas por su parte, no tenía el mismo efecto placentero cuando estaba ella sola. Pero era el precio, lo prefería así.

—No quería molestar. —Agarró el picaporte.

No pensaba volver a poner un pie en la parte decorada de la casa. Así sería invisible, como si no estuviera allí. En la zona del servicio nadie la vería.

—No volveré por aquí, lo siento —añadió tirando de la puerta para cerrarla.

—¿Por qué? —Oyó y la detuvo a un palmo del cierre—. ¿No te gustan los libros?

Alzó la mirada para ver a través de la abertura de la puerta. Stoker seguía junto a la mesa.

—Habrías pasado de largo —añadió él y lo vio dejar un libro sobre la mesa para dirigirse hacia la puerta.

La sintió oscilar, él la abría desde dentro y tuvo que retirarse por si su intención era salir.

—¿Tienes algún autor favorito? —le preguntó atravesando el umbral y saliendo al pasillo casi sin mirarla. Dio unos pasos más alejándose de ella y de la biblioteca. Con Stoker de espaldas tuvo que apreciar la tirantez de su pantalón blanco, donde acababa la curva de la espalda.

Es exactamente igual a ellos, a los de los libros. Por donde lo mire.

Quizás fue su demora al responder lo que lo hizo girarse para mirarla y ella desvió la vista enseguida de sus pantalones, esperaba que no se hubiese dado cuenta.

—Irina Yadav. —Volvió a agarrarse al picaporte de la puerta, no estaba segura de si la habría pillado o no y notaba cómo se le endurecía la cara levemente con cierto bochorno.

Stoker contuvo la sonrisa.

¿Te hace gracia que lea novela romántica? Me acabas de tocar las narices, ¿lo sabes?

—Segunda sala a la izquierda —respondió él girándose de nuevo para seguir alejándose. Lo perdió de vista en el primer recodo pasillo abajo.

Pufff.

Había que soltar el aire una vez que Stoker pasaba de largo.

Menuda novata que estoy hecha. Pareceré gilipollas. Madre mía.

Miró el interior de la biblioteca. No sabía si, a pesar de su explícita demostración de rechazo en la casa, aquellas palabras eran una invitación a que entrase y cogiese algún libro.

La verdad era que le venían muy bien. Los había dejado todos en casa, solo tenía los de la biblioteca y ya estaban más que leídos. Y llegar hasta su casa en bici y volver era algo para pensar dos veces. Estaba demasiado lejos.

Sobre la mesa estaba el libro que había soltado Stoker. Dio unos pasos hacia ella, aún quedaba algo de su olor en el aire, entre el otro que tanto le fascinaba.

Y este también me fascina.

Malo, muy malo, ya tenía el lodo demasiado al cuello de por sí, como para añadir otro peso que la hundiese aún más. Lo de Stoker no era ni siquiera alcanzable de imaginar más que a través de los libros como los de Irina.

A un metro de la mesa ya podía ver la portada.

Alice in wonderland.

Contuvo la sonrisa y sintió un hilo de nervio desde el esternón hacia arriba.

Dirigió la mirada hacia el arco que llevaba a la siguiente sala.

A la izquierda.
Irina, aquella noche la necesitaba.

6

Soltó el móvil en el sofá para ponerse la camiseta de algodón. Sonaba la voz de Blake.

—Eso lo sabía yo, que este metía la pata en la cena. Si es que no sabe callarse. ¿Ya das por sentado que no piensan irse?

Cogió el móvil para grabar un audio

—Es que no piensan irse.

«¿Y qué más te da? Tu padre es feliz, ahí tenéis sitio de sobra. ¿Te molestan? Vete a otra de las casas, tenéis más», dijo Wilde.

—¿Que yo me vaya de mi casa para que ellas estén aquí a su aire? ¿Yo? Que se vayan ellas.

Nuevo audio de Blake.

—Mira que te gusta una batalla. Llevas meses fuera de la casa y te daba igual. Y ahora no quieres salir de ahí porque piensas que han ido a quitártela.

Vio que Marlowe escribía.

«Eso es un instinto muy arraigado, puedo ponerte muchos ejemplos en la naturaleza. Y ya conoces a Stoker, esa parte suya infantil no madura. Va a quedarse a joder a su padre todo lo que pueda».

Resopló después de leerlo.

«Yo quiero saber de ellas. ¿Tan terribles son?», preguntó Byron.

Stoker se acercó el móvil a la boca.

—No son naturales ahora mismo, quieren ser impecables y se desviven por agradar. Madrastra elegante con dos hijas guapas que intentan demostrarle a mi padre que esta casa necesita de presencia femenina.

—¿Guapas? ¿Y estás a disgusto? ¿Dónde está Stoker? —Era la voz de Hércules.

Wilde escribía.

«Dos hijas, pero son tres. ¿Y la otra?».

«La otra no es su hija», respondió escribiendo también.

«Eso ya lo sé, te estoy preguntando por cómo es».

Stoker metió los labios entre los dientes, no podía demorarse en responder o enseguida se pondrían a decir estupideces. Y tenía que alejarlos de las estupideces.

«Bueno, esa es demasiado joven, tiene cara de un angelito que no ha roto un plato en su vida. Le pones una cinta negra en la cabeza y es Alicia, la de Wonderland».

Nadie respondía. Quizá se había excedido en su intento y lo habían notado. Comenzó a arrepentirse de haberlo puesto, aunque lo de Alicia era totalmente cierto.

«Señores». Era Blake, no puso nada más.

Mierda.

Y llegaron los emoticonos de risas.

«Stoker ya se nos ha desviado de cuento. Alicia, dice», escribió Wilde y llegaron más risas.

«¿Cara de no haber roto un plato? Entonces esa es la del zapatazo. Cuando vienen de fábrica angelicales suele ser defensa natural. La evolución de la especie», dijo Blake y llegaron más risas.

Stoker resopló y se asomó a la cristalera. Dimitri, el de mantenimiento, no se había demorado en hacer el encargo a pesar de habérselo hecho a aquellas horas. Estaba acuclillado junto a la bicicleta de la joven Austen para ponerle la luz delantera. Si pensaba ir a clase en bicicleta, tendría que salir de la casa antes de que amaneciese, y en aquella carretera no había ninguna luz.

Llevaba reflectantes en las ruedas, sin embargo, ningún faro para alumbrarse. No iba a llegar muy lejos, la atropellarían.

El cielo estaba cubierto, llovería de un momento a otro, tampoco sabía cómo pensaba hacer el camino con lluvia. Tenía que reconocer que no era el lugar idóneo para una joven sin medio de transporte sofisticado, y no creyó que su padre pusiera a su alcance el chófer de la casa. Ya le habían dejado claro que en aquella «nueva familia» ella estaba aparte.

Y hasta eso lo enfurecía. Irían todas fuera de la casa cuanto antes.

Nilo metió el hocico entre su cadera y su brazo para que lo acariciase. Su móvil vibraba sin cesar. Puso la mano sobre el perro a la vez que miraba hacia la pantalla.

«Yo voto por que esa es la del zapato», dijo Hércules.

Más risas. Frunció el ceño leyendo.

«Y yo», decía Wilde.

Se apresuró a responder.

«Es un zapato de fiesta y no tiene pinta de usar zapatos de fiesta».

«¿Está intentando desviarnos del cuento? Está intentando desviarnos del cuento», escribió Blake.

Más risas. Se llevó el móvil a la boca.

—No estoy hoy para estupideces. Me duele la cabeza del golpe y tengo un cabreo de narices. Os dejo.

Envió el audio y enseguida se mostró en azul, habían accedido todos a él como cuervos. Negó con la cabeza y contuvo la sonrisa. Hacía nada era él el que hacía eso también.

«Y yo pregunto», escribió Byron, «¿dónde están tus ganas de encontrar a la dueña del zapato para hacerle imposible su estancia en la casa?».

Alzó las cejas ante la ironía de Byron, era del último que lo esperaba.

«Él también intuye que el zapato es de la que tiene cara de angelito y le pones una cinta negra y es Alicia en el país de las maravillas. No piensa decirle nada, se está escabullendo», respondió Wilde.

Se llevó de nuevo el móvil a la boca.

—De eso nada, pienso encontrar a la dueña del zapato —respondió con rapidez, la cabeza comenzaba a punzarle de nuevo.

«¿Tú no te ibas? Pues déjanos aquí con nuestras apuestas y nuestras risas», le dijo Blake.

Sabía por experiencia que nada de lo que dijese iba a remediarlo. Así que les dejó un «Bye» y soltó el teléfono.

Volvió a asomarse a la cristalera, las gotas comenzaban a llenar el cristal. El empleado de mantenimiento había acabado con la bicicleta de Mía Austen.

Solo esperaba que a Dimitri no se le fuese la lengua si ella preguntaba que de quién había sido la idea. Con la luz apagada de la biblioteca, pudo comprobar que aquella expresión inocente y una voz tenue y dulce podrían llegar a ser muy persuasivas aunque preguntase una sola vez.

Cogió aire despacio y lo contuvo. Recordar la expresión de Mía en la biblioteca le hacía ser consciente de que quizás se había pasado de estúpido en la cena. Pero no podía remediarlo, no las quería allí. De ninguna de las maneras. Ni a las tres principales ni a su derivada.

Quería la casa vacía, tal y como estaba tan solo unos días antes.

La lluvia se hizo intensa, se retiró del ventanal. Dio una voz ordenando que se encendiese la televisión, que ocupaba una pared lisa y blanca frente al sofá. Por suerte, el ático era completamente de su propiedad, nadie podría molestarlo allí. Aunque ni siquiera podía disponer del sofá al completo, Nilo había ocupado la mitad del largo. Sonrió al mirarlo, tendría que

empujarlo para acomodarse.

Nilo se resistió a apartarse, pero consiguió hacerlo a un lado, estiró las piernas al completo y dejó caer la espalda que enseguida se inclinó para coger la forma y envolverlo en una postura más que placentera. Miró el móvil, seguía vibrando. Si volvía al chat, sabía que aquellas punzadas en la cabeza se harían más fuertes.

¿Sería ella la dueña del zapato?

Necesitaba tiempo para recuperar el enfado por el golpe que tenía antes de bajar a la cena.

7

Se había puesto el pijama y había encendido la lámpara de la mesita de noche. Escuchaba a través de los auriculares que Mary estaba trasteando en su neceser de lacas de uñas, el sonido de cristal era inconfundible.

Tumbada en la cama, se tapó hasta el pecho y se recostó en los almohadones que la mantenían lo suficiente elevada como para estar cómoda.

—Menudo idiota —le dijo a su amiga.

—La verdad es que un poco brusco sí que ha sido —respondió Mary, se había dejado de escuchar el cristal.

—Me voy a cagar como se entere de que el zapato es mío —resopló mirando al techo—. Si es que soy una cajita de desastres.

Se oyó la risa de Mary.

—Lo mismo no se entera nunca, vete a saber. Y qué más da. Ni que lo hubieses hecho queriendo.

Mía se llevó la mano a la frente.

—Mary, lo que yo te diga, me voy a cagar. —Se llevó una segunda mano a la frente.

—Claro, te va a colgar de los tobillos en las mazmorras. De verdad, se te mete cada tontería en la cabeza…

Frunció el ceño sin dejar de mirar en el techo escayolado las formas que producía la sombra de la luz amarilla de la lámpara.

—¿Y tus hermanastras?

Mía se quitó las manos de la frente.

—Uff, están encantadas, pero no encantadas a secas. Encantadas con cola, ¿sabes?

Mary reía al otro lado.

—¿Para tanto es?

—Joder, que si es, Mary. No importa lo que te explique, no te lo imaginas. Como los de los libros de Irina, exactamente así.

—Hostias, estoy deseando verlo.

Mía cogió el libro de la mesita de noche y lo abrió pasando las páginas con rapidez resbalando el pulgar.

—Pero es demasiado similar, se le ve completamente encantado de conocerse a sí mismo. Sabe lo que pensamos todas cuando estamos cerca de él y encima parece que le hace gracia. Ego puro…

—Qué morbo, por Dios.

—¿Morbo?

—Y tanto, tía. A todo le ves el lado malo. Imagina cómo tiene que emp...

—¡Mary! —la cortó con rapidez. Aunque tenía que reconocer que con tanta similitud a los protagonistas de Irina Yadav, a ella también se le había pasado por la cabeza.

El calor en las orejas fue inmediato. Se llevó el dorso de la mano a la boca y lo mordió.

—Vale, Mía, duérmete. Mañana tienes que levantarte temprano para seguir meditando la mala suerte que tienes. Hala, hasta mañana.

Resopló al oír a Mary. Su amiga siempre le decía que tenía que ver el lado bueno de las cosas. Ese lado era tremendamente invisible.

Se despidió de Mary y colgó. Cogió el libro de Irina, era curioso cómo, según en qué

biblioteca, un libro podía oler diferente. Y conservaba su olor aunque te lo llevases a otro lugar. Aquel libro olía a la biblioteca de los Stoker.

Se lo llevó a la nariz e inspiró levemente antes de abrirlo. Le gustaba. La biblioteca era una fantasía, con aquellas ventanas ciegas de madera que decoraban la pared y que estaban repletas de libros.

Si pudiese elegir, cogería un saco y se mudaría a aquella porción de la casa.

Pero debía tener cuidado de no pisar aquella parte de la casa. Ya el joven Stoker lo había dejado claro. No las quería allí.

Y estaba dispuesta a ser la más mínima molestia.

Solo esperaba que le ampliasen turno en el trabajo, era su única esperanza para poderse ir cuanto antes.

Ya había leído aquel libro tres veces. Le encantaba, fue una suerte que lo tuviesen allí. Necesitaba escapar.

8

Se había despertado mucho antes de lo que le correspondía. Era lo que tenía dormir en una cama extraña, en un lugar extraño y en el que no se encontraba bien.

Se levantó para comprobar si los truenos que había escuchado cada vez que se le había roto el sueño habían cesado. Retiró la cortina celeste y el visillo blanco. No llovía, pero la bruma espesa le impedía ver hasta el muro de la casa.

Soltó la cortina y puso la mochila sobre la silla del escritorio. Guardó el neceser de maquillaje, otro segundo más pequeño con el aseo de los dientes, y metió un desodorante y un pequeño bote de plástico con colonia.

A partir de ese momento, su vida en una mochila para poder pasar el día fuera, como si fuese una indigente. Casi lo era. Respiró y contuvo el aire dentro. Seguía guardando enseres de la facultad y personales. No regresaría hasta la noche. Ni siquiera sabía si tendría que llevar su cena ella misma o habían previsto alimentarla durante su estancia.

Metió en la mochila barritas energéticas por si acaso.

Fue al baño a asearse. Al quitarse el pijama comprobó que las piernas las tenía doloridas. No estaba acostumbrada a aquellos trayectos tan largos. Se colocó unos *leggins* y un jersey grueso.

Después de ponerse el plumífero, se colgó otra mochila más pequeña a la espalda y cogió la otra grande por el asa. Cualquiera que la viese salir así pensaría que iba a mudarse. Contuvo la risa cuando se vio en el pasillo.

La puerta de salida que había bajo las escaleras estaba aún cerrada, esperaba que no con llave.

Desde dentro podía abrirse quitando un pestillo que se accionaba a través de una tuerca. Luego un segundo y un tercero. No podría cerrarlo desde afuera, así que esperó que nadie se molestara.

En cuanto puso un pie a la intemperie, su boca comenzó a espirar vaho a bocanadas, la humedad era horrible. Se dirigió hacia su bicicleta. Alguien la había cambiado de sitio, la había dejado apoyada en la pared y estaba en el aparcamiento lateral.

Junto a la moto de Stoker.

Por suerte, a aquellas horas no importaba mucho dónde estuviera. Frunció el ceño, aquella gente tenía hasta surtidores de gasolina, no podía creer hasta dónde llegaba el poderío en las altas familias. Todo comodidad, una comodidad en la que no podía pararse a pensar. Su realidad era diferente. Muy diferente.

Le dio un bocado a una barrita. Tendría que mirarse bien la alimentación. No podía estar a base de comer porquerías, le daría un desmayo en mitad de la carretera cualquier día. Pero ni tenía tiempo ni recursos para otra cosa.

Un segundo y tercer bocado y la engulló por completo mientras apoyaba la mochila grande en el transportín trasero para atarla. Pudo apreciar unos cables que caían manillar abajo.

¿Qué coño es esto?

Había algo en la parte delantera de la bicicleta, justo encima de la rueda.

Un pequeño faro.

No jodas.

Ni siquiera se le había pasado por la cabeza, aunque ahora que lo pensaba, la oscuridad era un gran problema en aquel camino y con su horario.

¿Aquí hay hadas?

Inspeccionó el faro mientras ladeaba la cabeza. No había podido ser por Kelly ni por ninguna

de sus hijas. A ellas les daba igual que se matase por la carretera, eso pondría fin a tener que cargar con ella. Tendría que ser idea del ama de llaves, aquella mujer parecía amable, lo mismo sabiendo que tendría que salir temprano y regresar tarde, le pidió a alguien que le pusiese una luz a la bicicleta.

Fuese quien fuese, era algo que agradecía enormemente. Era un camino que no conocía, y tremendamente difícil ya de día, como para recorrerlo de noche. Eso sin contar con que ella no era de piedra, y que le daba miedo una carretera tan larga y solitaria.

Pero no podía pararse a pensar en eso o no sería capaz de salir de la casa.

Se subió a la bicicleta, estaba congelada y húmeda a pesar de haber estado bajo techo toda la noche. Miró de reojo la moto de Stoker, no entendía de motos, absolutamente nada, pero era tan alta, ancha y de apariencia tan poderosa que le llamaba mucho la atención. Tenía partes en negro brillante con otras en negro mate que no hacían más que aumentar más aquella estética sublime.

Rodeó la moto despacio sin acabar de montarse en la bici y una vez la tuvo a un par de metros, colocó los pies en los pedales y echó a andar. Supuso que el dolor de piernas acabaría en cuanto entrase en calor.

La luz de la garita estaba encendida, el guarda nocturno no tardó en activar la verja para que se abriese.

Una vez atravesó la puerta del muro, el aire pareció hacerse intenso, también el viento y la bruma. Frenó la bici y puso un pie en el suelo, miró la carretera, oscuro era una palabra muy vaga para describir aquello.

El camino bordeado por algunos árboles parecía acabar tan solo unos metros más adelante, donde la oscuridad y la bruma lo cubrían todo. Era como si tras uno de aquellos troncos pudiese aparecer el lobo de un momento a otro.

Contuvo la respiración. Si no lo hacía, perdería el trabajo. Y no podía permitirse perder el trabajo. Tenía un turno muy temprano en el que trabajaba en una cafetería cerca del campus para atender el desayuno. La suerte quiso que la hija de su jefe tuviese una tienda de cosas frikis en un centro comercial justo en frente y que estuviese buscando a una chica para atenderla por las tardes.

Así que entraba en la cafetería por la mañana temprano, luego se iba a clase hasta mediodía, en el que a veces regresaba al trabajo para atender la comida. Y luego se dirigía hacía la tienda. Al cerrar, de vuelta a casa.

Lo de entregar trabajos y estudiar no sabía para cuándo dejarlo.

Puso un pie en el pedal.

No era tan dramático cuando vivía a un bus o un rato en bici del campus y el trabajo.

Luego dice Mary que mire el lado bueno.

Tendría que meterse en aquella bruma oscura, una especie de agujero ansioso por engullirla. El escenario de una película de terror, un cuento oscuro.

Y que no llueva.

Supuso que el primer día sería el peor. Luego se acostumbraría. Si es que había forma de acostumbrarse a aquello. Emprendió la marcha.

El camino no acababa en la parte oscura, sino que continuaba pareciendo acabar unos metros adelante una vez y otra. Algunas ramas estaban tan curvadas que cuando la luz las alumbraba parecían brazos de gigantes a punto de agarrarla.

Y acojona de la leche.

Le punzaba el pecho y sentía ligeras las piernas. No había nadie, absolutamente nadie por ninguna parte. Solo había luces en cada garita del muro de cada una de las casas, y estas se

acabaron.

Carretera y bosque.

No voy a ser capaz.

No sabía si era por el viento frío y la velocidad, pero los ojos se le humedecieron. Aumentó la velocidad, cuanto antes llegara a algún lugar poblado, mejor. Aquello era una completa locura, acabaría atropellada o de alguna manera peor.

Y sola.

La sensación de soledad completa, aunque estuviese sin compañía, solo la había conocido en todo su esplendor desde que falleciera su padre. Antes era diferente. Estar sola era algo puntual y pasajero.

La humedad se hizo intensa a la par que la sensación de vulnerabilidad al estar sola en medio de la bruma, las ramas y el bosque.

Escuchó un chasquido tras ella y se sobresaltó.

¿Qué coño?

Giró la cabeza un segundo, pero tras ella se veía aún menos que al frente, la luz del foco solo podía alumbrarla delante. Un segundo chasquido. Si era una persona, iba en bici también porque no se veían faros de coches ni de ningún otro vehículo.

Ahora para que me esté siguiendo un loco.

Aumentó la velocidad y bloqueó su cuello para no volver a mirar atrás.

Un chasquido más y esa vez lo acompañó una especie de jadeo.

Ay madre, que es un bicho.

No sabía qué podría ser peor.

Y la estaba alcanzando, porque podía distinguir las pisadas rápidas de sus patas. Esa vez no tuvo más remedio que girar la cabeza.

—¡Ahhhh! —Vio una sombra que se levantaba.

Torció el manillar de la bici y tuvo la suerte de poner el pie antes de que se volcase del todo.

La sombra tomó color y forma.

Ostras, el perro de los Stoker.

Con la lengua colgando y asfixiado de correr. El animal se detuvo y de sus fauces salía una columna de vaho que emborronaba su imagen. La miraba fijo y emitió un gruñido grave.

Encima me va a morder.

Enderezó la bici despacio, si pedaleaba rápido, podría escapar de él. Su movimiento de pie hizo que el perro gruñera de nuevo, esa vez más fuerte, y levantase el labio para enseñarle los dientes.

Ufff, voy de mal en peor, pero a una velocidad que ni la moto de Stoker.

Fue despacio colocando el pedal, y en un movimiento rápido echó a correr. Vio que el animal se abalanzaba y le enganchó los dientes en un tobillo, pero no dejó de pedalear. No había hundido los dientes del todo en ella.

—Pero ¿qué haces? —Sacudió el pie, pero el perro seguía sin soltarla.

Verás la hostia que me voy a dar.

El peso del perro era como un freno, apenas podía avanzar con él colgando de un tobillo.

—Me cago en tu puta… —Volvió a sacudir el pie sin mucho éxito, el perro gruñó de nuevo y su sonido la hizo detenerse al completo.

La bici se inclinó por completo y tuvo que dejarla caer al suelo. Nilo seguía sin soltarle el tobillo.

Ahora a ver cómo me escapo del puñetero perro.

Si hubiese querido morderle el tobillo, ya lo hubiese hecho, lo tenía completamente atrapado entre los dientes. Pero parecía solo querer fastidiarle el camino.

Se descolgó la mochila y buscó su móvil. Llamó al teléfono de seguridad que le había dado el ama de llaves.

—Soy Mía Austen, el perro de los Stoker se ha escapado y me ha seguido. Y ahora no me suelta el pie.

Volvió a sacudirlo, pero cuando lo hacía el gruñido de Nilo era tremendo. Al otro lado, el de seguridad le dijo que irían a por él. Colgó.

—A ver si no tardan, porque encima voy a perder hasta el trabajo.

Se inclinó en el suelo para poner la bicicleta derecha, pero Nilo alzó los ojos para mirarla mientras su garganta emitía otro sonido grave y Mía la dejó en el suelo otra vez.

—Esto lo cuento y no se lo cree nadie. —Miró la hora, era una suerte haberse levantado temprano.

Vio los faros de un coche que se acercaba.

—Por lo menos no han tardado —dijo como si el perro pudiese entenderla.

El coche se detuvo a un par de metros de ella, era el señor de la garita de seguridad.

—No lo he visto salir, lo siento —dijo bajando del coche.

—Yo tampoco. —Intentó mover el pie para que el vigilante viese que la tenía sujeta. El perro volvió a gruñir, pero esa vez soltándole el tobillo y el hombre se detuvo a media distancia.

Mía dio un paso atrás.

Madre mía, ahora la ha tomado con este.

—¡Nilo, ven! —le dijo el guarda, pero el gruñido del perro aumentó.

Con esa seguridad con la que lo has dicho… ya sabía yo que no te iba a hacer caso.

Se inclinó para coger la bicicleta.

Pero ni es mi perro ni es mi guarda de seguridad. Yo estoy sola, así que me piro.

Se montó con rapidez y salió veloz. Nilo no se demoró, saltó sobre ella y tuvo que volver a poner un pie, cojeó dos veces antes de caer al suelo.

Ay, que me he roto la muñeca .

—Señorita Austen, ¿está bien?

Se dio media vuelta y sacó la pierna de debajo de la bicicleta.

—Por favor, llévese al perro de una vez que voy a llegar tarde al trabajo —dijo sentándose. Le dolía la muñeca, la giró al comprobar que no se la había lastimado del todo.

Poco le ha faltado.

Miró a Nilo de reojo.

La madre que parió al perro este. Que entre unas cosas y otras me va a dejar sin trabajo.

El guarda intentó acercarse para agarrarlo por el collar, pero el perro se revolvió dando un mordisco en el aire y el hombre no pudo sujetarlo.

—¿No hay un tal Steven que se encarga del perro? —dijo al recordar lo que dijo el ama de llaves.

—Aún no ha llegado a la casa. —El guarda se sacó el teléfono de un bolsillo de la cazadora.

No sabía con quién estaría hablando, pero se alejó de ella y de Nilo, quizás para que no la oyese.

—Nilo, por Dios —le dijo al perro y este la miró con la lengua colgando hacia un lado, como si fuera un perro afable y no la bestia en la que se convertía cuando la veía montarse en la bicicleta—. Que me vas a joder el trabajo.

Apoyó una mano en el suelo para ponerse en pie y vio que el perro se ponía en alerta de

nuevo.

—Si me dejas irme, te traigo un hueso de jamón, ¿vale? A la vuelta —Cogía la bicicleta.

Fue levantar un pie para pasarlo al otro lado de la bicicleta y tener a Nilo enganchado de nuevo con su correspondiente gruñido.

Este tiene un trauma o algo, no es normal.

El guarda regresaba hacia ellos y tras él y su coche, vio un faro único.

—Creo que vienen a por ti. —El aire le llevaba el sonido de un motor poderoso.

A ver si el capullo este es capaz de desengancharlo de mi tobillo.

No llevaba ni cazadora ni casco. Supuso que salió tal y como estaba, y a aquellas horas no sabía ni cómo podía estar ya en chándal y no en pijama.

Quizás no usa pijama…

Se mordió la lengua en un intento de detener la fantasía.

Stoker desvió la dirección hacia los árboles para salirse del carril de la carretera y detuvo la moto a un lado. El motor se silenció de inmediato.

Mía entornó los ojos, con los faros encendidos del coche del guarda apenas podía verlo bien.

—Lo siento, señor Stoker.

—Más lo siento yo. —Lo oyó protestar y vio al guarda meterse tras la puerta del coche.

Si es estúpido por la noche, recién levantado ni me imagino.

—No sabía que estaba suelto —dijo el hombre—. El perro no suele salir hasta que no sale usted.

—Pues hoy ha cambiado de opinión. ¡Nilo! —Dio una voz y el perro lo miró de reojo. Seguía sin soltarla—. ¡Ven aquí ahora mismo!

Ni una mirada ni un buenos días ni unas disculpas por la actitud de su perro. Un capullo.

Pero se levanta tan guapo como se acuesta.

—¡Nilo! —Esa vez sí que vio que el culo del perro se curvaba hacia el suelo, sin embargo, no desistía en su empeño por sujetarla.

Stoker tuvo que dar unos pasos y en cuanto estuvo a media distancia el animal soltó su tobillo.

—Gracias —dijo ella alzando la bicicleta del suelo de nuevo. No obtuvo ni una sola palabra de Stoker, visto lo visto, tampoco la esperaba.

El joven no se acercó más al comprobar que el perro la había soltado, sin embargo, no se movió sin dejar de observar al animal. Mía también lo miraba de reojo mientras alzaba un pie hasta el pedal.

Apretó las manos en el manillar y empujó con el pie izquierdo. El perro se revolvió enganchándole de nuevo el tobillo.

—¡Nilo! —Esa vez Stoker llegó hasta ellos con tanta rapidez que si no cayó de nuevo al suelo, fue porque él la enderezó con un toque rápido de mano, como si fuese una muñeca ligera.

Lo vio agarrar el collar del perro y tirar de él para apartarlo del pedal.

—Vete ya —le dijo sin soltarlo.

Miró a los dos antes de empujar el pedal para avanzar, esa vez Stoker impidió que Nilo hiciese nada para que no pudiera echar a correr.

El aire frío volvió a irrumpirle en la cara. Giró la cabeza un instante, podía ver cómo Stoker metía al perro en el coche del guarda.

La oscuridad y la bruma la envolvieron por completo, a lo lejos podía ver las luces de otra carretera más ancha y transitada, aún le quedaba un rato en la penumbra. Aceleró el paso.

Llegaría tarde.

9

Que Marlowe solo tardase cuatro horas en devolverle la llamada era todo un logro. Por suerte, su amigo no usó ni una sola ironía cuando le contó lo que había pasado por la mañana.

—Nilo no sale nunca si yo estoy en el ático, pero esta mañana me despertó para que le abriese la puerta, supuse que no andaría bien del estómago y que no podía esperar. Y no es normal que reaccione así, y menos con una desconocida. Puede gruñir e incluso marcar si intentan atraparlo, pero no lo que ha hecho hoy. Es como si no…

—Brian. —Se oía la voz solemne de Marlowe al otro lado y se calló de inmediato para oír lo que tenía que decir—. ¿Me estás diciendo que habéis dejado que la joven con cara de angelito que no ha roto un plato salga de madrugada en bicicleta por el camino que lleva de tu casa a la carretera principal? Menos mal que en la casa hay alguien coherente. La pena es que sea un perro y que no lo entendáis.

Stoker alzó las cejas. Se le había pasado por la cabeza, cuando Mía se alejó Nilo no dejaba de mirarlo a él y a ella, como si no pudiese entender cómo él mismo no acudía a detenerla. Una actitud extraña que desconocía en su perro. Quizás era su intención todo el tiempo al llamar a su amigo, que Marlowe se lo confirmase.

Espiró aire despacio.

—Menuda panda de egoístas que estáis hechos —añadió su amigo.

—¿Yo? Ella no es mi responsabilidad. No la conozco de nada, me la han impuesto por cojones aquí. Si no se preocupan los demás, menos me corresponde a mí. Y ya me ha tocado salir de madrugada a por el perro por su culpa.

Se hizo el silencio al otro lado, podía oír la respiración de Marlowe.

—Claro, es responsabilidad de su madrastra o de las hermanas, ¿no?

—Por ejemplo. —Inclinó la cabeza hacia delante y se abrió el pelo con la mano para mirarse el bollo en la cabeza. Seguía doliéndole.

—Y como a ellas se ve que les importa poco, ¿por qué te vas a molestar tú? Menudo gilipollas estás hecho.

—¿Qué parte de que no las quiero aquí no entiendes?

—Que están ahí aunque no quieras, aunque no te guste, en casa de los Stoker. Y tú eres un Stoker.

Se quitó la mano del pelo y se apartó del espejo.

—¿Y por eso me tengo que hacer cargo yo de ella?

—Yo no digo que te hagas cargo de ella, pero al menos puedes evitarle peligros. O tu Alicia sin lacito negro puede acabar atropellada o en manos de algún degenerado.

Por primera vez Marlowe se equivocaba. Alicia sí llevaba un lazo negro, justo en la parte de atrás, uno enorme cuyos picos caían hasta el borde de su pelo. Un peinado que últimamente se estaba poniendo de moda en ciertas jóvenes, y que en Mía aumentaba aquel aspecto de princesa de cuento.

—¿Y qué pretendes que haga? —Bajó los ojos y estaba seguro de que Marlowe le habría notado el cambio en su voz.

—Tenéis dos chófer —respondió Marlowe.

—Están ocupados, uno lo usa mi padre y el otro me han dicho que estará ocupado con Ivy, otra de las hijas de Kelly.

En cuanto lo dijo se dio cuenta de que la había cagado de manera considerable ante Laurence Marlowe. Ahora su amigo ya sabía que había indagado para buscarle solución a Mía.

—Al final no vas a resultar ser tan capullo. —Lo oyó decir y Stoker contuvo la sonrisa.

—No conduce, no tiene otro medio para llegar a la ciudad, encima dicen que tiene un trabajo antes de entrar a clase y otro cuando sale. Cuando venga de vuelta tendrá el mismo problema, la noche. ¿Qué quieres que haga yo? ¿Le pongo un avión?

—Un avión no, pero estás de vacaciones y tienes varios coches y varias motos.

—¿Qué? ¿Yo? ¿Un taxista de estas que han invadido mi casa? De eso nada.

Miró a través de la ventana. Tener la casa invadida no parecía mucho problema cuando todas estaban fuera de la casa Stoker, sin embargo, pronto comenzarían a regresar las hijas de Kelly.

—¿Entonces piensas dejarla salir todos los días en esas condiciones?

No respondió. Llevaba toda la mañana pensando opciones y no las encontraba.

—Tengo que dejarte —le dijo Marlowe—, ha sonado una de las alarmas.

Podía imaginar las alarmas que tenía puestas su amigo allí donde vivía y las razones por las que podían sonar.

—Cuídate, quiero que llegues vivo a la boda de Hércules.

—Claro, para vestirme de fantoche, ¿no? —Rio al escucharlo.

Marlowe colgó y Stoker se retiró el móvil del oído. Miró la hora, ni siquiera sabía a qué hora llegaría Mía. Allí nadie parecía saber nada, solo que trabajaba e iba a clase y que solo estaría en la casa para dormir.

Miró el cielo, no dejaba de llover de manera intermitente y el día siguiente sería peor. Mía tenía un problema. Uno grande.

10

Se despertó de un salto. Se había dormido mientras hablaba con Mary, por suerte el despertador era preciso. Echó una pierna fuera de la cama.

—Hostias. —No podía moverla. Lo intentó con la otra—. ¡Hostias! —Aún menos.

Contuvo la respiración y movió las dos a la vez. Le dolía horrores, agujetas como no había tenido en la vida. Lo intuía, aquellas cuestas y a la velocidad que tenía que recorrerlas porque llegaba tarde en la mañana o porque de vuelta temía a la lluvia, la hizo sudar lo suyo.

Tanto que, tal y como llegó a la casa, se duchó y se echó en la cama a hablar con Mary y no recordaba nada más. Bostezó, el suelo era atroz también, quizás aquellos dolores la querían obligar a seguir durmiendo, pero tenía que salir o llegaría tarde. Eso sin contar con que el perro volviese a perseguirla. Esperaba que después de lo de la mañana anterior lo hubiese encerrado. Stoker parecía más que cabreado, por suerte por la noche no vio a nadie al entrar y no volvió a salir de su habitación.

Se vistió y cogió sus cosas y echó a correr escaleras abajo. Giró los tres pestillos y salió al jardín. Frunció el ceño al ver su bici algo inclinada en la parte de atrás.

No me lo puedo creer.

Quizás había pinchado el día anterior y no era solo por las cuestas por lo que la bicicleta estaba tan dura, aunque no notó absolutamente nada cuando la dejó allí apoyada en la pared.

Que no, que no puedo pensar que tengo mala suerte.…

Negó con la cabeza y resopló mientras se inclinaba a inspeccionarla. Abrió la mochila grande y sacó una pequeña caja de plástico con el kit de pinchazos. Podría comprobar la cámara en la pila con algo de jabón, si tenía suerte y encontraba el pinchazo rápido, no llegaría tarde.

Le dio la vuelta a la bicicleta y desmontó la rueda.

11

Los bigotes de Nilo se le clavaban cerca de los ojos y lo obligó a abrirlos sobresaltado. Aún no había amanecido. De nuevo el animal se comportaba igual y aunque Marlowe le había aclarado la razón, no entendía aquella fijación del perro con Mía, cuando ella y el animal ni siquiera se habían acercado el uno al otro.

Puso la mano en la cabeza de Nilo.

—Tranquilo, que ella hoy no va a ir a ninguna parte —dijo conteniendo la sonrisa.

Pero Nilo salió de la habitación y se dirigió hacia el salón, oyó los ladridos insistentes de cuando quería que le abriese alguna puerta. Frunció el ceño mientras se incorporaba. Lo mismo el animal tendría alguna urgencia esa vez.

Se levantó y se dirigió hacia la puerta para ver al perro, estaba al fondo pegado a la puerta del ático, volvió a ladrar.

Qué demonios.

Dio unos pasos hacia la cristalera. No había nadie en el jardín, dirigió los ojos hacia el lugar donde Mía había dejado la bicicleta por la noche, esa vez no había querido moverla de su lugar para que no sospechase nada. Pero allí no estaba.

Nilo volvió a ladrar, pero él enseguida dirigió la mirada hacia el camino. Los árboles y la bruma no le dejaban ver con claridad, pero a lo lejos pudo ver la tenue luz de un faro.

Alicia, con o sin lazo, parecía tener más recursos de los que esperaba.

12

Estaba inclinada en el suelo para colocar los funkos nuevos que habían llegado. La tienda estaba medio vacía, solo un grupo de estudiantes en el pasillo de los juegos de mesa.

Cuando se puso en pie Mary la detuvo para colocarle bien el lazo, lo había notado flojo desde hacía rato, pero no quería detenerse hasta que hubiese acabado con las cajas de los muñecos.

Su amiga se había acercado a verla, pero, como siempre, no tenía ni un segundo para detenerse con ella.

—Tus teorías van de mal en peor —le decía abriéndole las lazadas tras la cabeza—, ¿cómo te va pinchar él la bicicleta? ¿Te crees que ese tío no tiene nada mejor que hacer?

—Debe de saber ya que el zapato es mío, por eso lo ha hecho. —Cogió la caja vacía en peso para desplazarla.

—Joder, ya no es que sospeches que ha sido él como esta mañana. —Mary contenía la risa —. Ahora estás segura de que Stoker te ha pinchado la rueda de la bici. Lo tuyo no es normal, ¿eh?

—La rueda no estaba pinchada por la noche, no lo estaba, lo habría notado al pedalear. —Soltó la caja tras el mostrador—. Y ese pinchazo no es normal, he tenido muchos pinchazos y ese lo han hecho con algo punzante y redondo.

El timbre de la entrada sonó, era un grupo de chicas que ya conocía bien, clientes habituales y amigas de afición de la dueña. También estudiantes del campus, pero de otras especialidades.

Y eran muy escandalosas entre risas y aquella forma de hablar sin parar. En unos segundos le revolucionaban la tienda como si fuesen niñas, aunque no había ni una que bajase de los veintidós años.

Una de ellas se acercó a Mía.

—Mía, ¿ha llegado Mitsuki? —Aquella manía de llamarse por los nombres anime.

Negó con la cabeza y la chica sonrió. Le gustaba su flequillo, que se abría por un remolino a un lado de la frente, y su pelo liso, era como si aunque no llevase aquellos atuendos complejos que solían llevar aquellas chicas en sus reuniones, ella pareciese salida de cualquier cómic de las estanterías. Ojos enormes incluidos.

—¡Sayu! —llamó otra desde la vitrina de las figuras—. ¡Mira! ¡Mala amiga, ni siquiera nos ha dicho que ya lo habían traído!

Mía miró tras la que llamaban Sayu.

—Acaba de llegar, ni siquiera lo ha visto —respondió Mía y la chica encogió la nariz riendo.

—¿Solo ha llegado uno? —preguntó volviendo a mirar la vitrina.

—Lo echaremos a suertes. —La que se había acercado dio unos pasos hacia las otras.

—¡Mía! —la llamó otra y la señaló con el dedo—. Tienes que convencer a Suki, queremos ir a ese concurso.

Mía frunció el ceño mientras asentía con la cabeza.

—Vuestro viaje a Japón, ya —les respondió con ironía. Verlas a las cuatro juntas en el pasillo de cristales y espejos de las figuras, era una especie de fantasía. Ellas mismas parecían figuras manga. Tuvo que sonreír al mirarlas.

—¿Tan mal cantamos? —Sayu enseñó los dientes y otra de ellas rio.

Mía alzó la mano a la altura de su cabeza y negó con el dedo.

—A mí me gusta. Yo creo que deberíais participar. —Suki le había enseñado el vídeo la tarde anterior, no entendía de música, pero sonaban bien, con algo de ensayo y coordinación no estaría nada mal. Y con aquella presencia, una vez vestidas y arregladas como sabía que hacían

tan bien, iban a ser un espectáculo en el concurso—. Y yo pienso ir a animaros.

Dos de ellas rieron, con Suki serían cinco. Las vería, ¿por qué no? No conocía nada de aquel mundo hasta que comenzó a trabajar en la tienda de Suki, y ahora le parecía más que interesante. Hasta había comenzado a leer cómic cuando no había clientes y cada vez tenía que mirar menos en las chuletas que le había hecho su jefa sobre distintas series y personajes.

A aprenderse las canciones que sonaban en japonés no había llegado aún, pero supuso que en unos meses las controlaría también. Ellas cinco, sin embargo, parecían sabérselas todas.

—Bueno. —Una de ellas se apartó de la vitrina—. Dile a Suki que la esperamos en la cafetería. —Al pasar por su lado le guiñó un ojo.

Salieron todas menos una, la del pelo oscuro. Sabía por Suki que Sayuri o Sayu, como la llamaban, era la que cosía la mayoría de aquellos trajes que usaban en sus fiestas y reuniones. Y según la dueña de la tienda, tenía un gran talento en el dibujo anime y el guion de cómic.

Mary se acercó al hombro de Mía.

—¡Qué pasada de tías! —susurró riendo—. Si se deciden a actuar yo también quiero verlas.

Mía sonrió a Mary y luego miró hacia el pasillo de las vitrinas. La joven seguía mirando la vitrina.

—¡Sayu! —Se sobresaltó al oír a sus amigas—. Vamos.

La vio dar unos pasos sin dejar de mirar las figuras. Al pasar junto a Mía se detuvo.

—Esta semana voy a traerte unas figuras, a ver si me las puedes vender. —Y parecía que le dolía lo que le estaba diciendo.

Por el habla sabía que Sayu no era de allí. Aunque su inglés era muy bueno, no era su idioma materno.

—A ver si hay suerte. —Arrugó la nariz—. Si no ni siquiera estaré aquí para el concurso. Mi casero dice que ya van dos meses y que pague o libere mi habitación. —Volvió a arrugar la nariz.

Sayuri se sacó algo del llamativo bolso. Eran tarjetas.

—Me faltan meses para acabar enfermería, pero ya he trabajado en cuidados domiciliarios de algunos enfermos. —Le dio una tarjeta a ella y otra a Mary—. Si os enteráis de alguien que necesite una enfermera, estoy disponible las veinticuatro horas.

Esta pobre está tan jodida como yo.

—Gracias —le dijo Mía y la miró intentando sonreír—. Y suerte.

La joven se encogió de hombros.

—Necesitaría un milagro, más bien. —Se alejó hasta la puerta de la tienda—. Convence a Suki de todos modos.

Mía amplió la sonrisa. La joven se alejó para seguir el camino de sus amigas.

—Son como poco peculiares —dijo Mary enseñando los dientes—. Pero molan.

Mía bajó los ojos para ver la tarjeta. A pesar de que fuese pintoresca y con un estilo definido y un tanto llamativo, la tarjeta era de lo más simple y formal.

«Jimena Béquer, cuidados paliativos a domicilio».

Se metió la tarjeta en el bolsillo trasero del pantalón.

—A lo que iba. —El silencio cada vez que aquellas jóvenes salían de la tienda hacía hasta daño en los oídos—. Que seguro que me ha pinchado la rueda por estamparle un zapato en la cabeza.

Mary se llevó la mano a la frente riendo.

—He llegado tarde hoy —resopló Mía—. Voy a terminar perdiendo el trabajo y voy a estar jodida.

—No vas a estar jodida, conservarás este, ¿no? —Mary sacudió la mano en el aire.

—Un solo trabajo de unas horas no me da para mudarme a ninguna parte —negó con la cabeza—. Necesito los dos.

—Vas a acabar enferma, ¿lo sabes?

—Enferma voy a acabar si sigo allí. No quiero ni cruzarme a esas tres, y ahora tampoco a Stoker. Y va a ser complicado porque todos viven allí. Una casa nunca es demasiado grande si no quieres cruzarte con los que la habitan. Miedo me da el fin de semana.

—El fin de semana.

Mía asintió.

—Solo espero que ni a él ni a nadie más le dé por pincharme la rueda de la bici —resopló—. Como si ya no tuviese problemas, encima los mosqueos de un tío idiota que vive en el ático de una mansión y conduce motos y aviones.

—Puff, qué morbo.

Miró a Mary de reojo.

—Pues a mí ya se me está atravesando.

Mary alzó las cejas.

—¿Porque se te ha metido en la cabeza que te ha pinchado la rueda? Estás desvariando. —Su amiga dio unos pasos hacia la puerta—. Me voy a tomar café con esas cuatro piradas, seguro que escucharé cosas más cuerdas.

Mía negó con la cabeza.

—Escríbeme cuando llegues a casa…

—O llamarás a emergencias, ya.

Al menos había una persona a la que le preocupaba que no llegase bien a la casa de los Stoker.

Mary se despidió con la mano desde el cristal del escaparate. Mía se inclinó para arrastrar otra de las cajas. Lo de las piernas era una tortura, las agujetas iban a peor y aún le quedaba el regreso a casa.

Pasarían. Todo pasaría. Mantenía la esperanza de que todo podría ir a mejor. Solo esperaba poder aguantar hasta entonces.

13

Stoker se recostó en uno de los sofás de la marquesina, aún era de día, últimas horas de un sol tenue y casi cubierto, pero suficiente como para que la temperatura no fuese desagradable.

Había visualizado las cámaras de seguridad de aquella mañana, y en ellas se veía a Mía comprobando con jabón el pinchazo en la cámara de aire y reparándolo con más destreza de la que esperaba. Fue cuando entendió la amplitud de los bultos que portaba en la bicicleta, era como si llevase consigo un kit de supervivencia.

«Decidme que es una broma vuestra. Que Stoker no le ha pinchado la rueda de la bicicleta a la chica», dijo Hércules.

Vale, había sido una idea estúpida e infantil. Sin embargo, por la noche le había parecido brillante y la solución idónea.

«¿De qué te sorprendes? Stoker haciendo cosas de Stoker. Nada nuevo. No madura», dijo Blake. Por suerte no estaban todos conectados.

«A ver qué se le ocurre mañana al genio, pobre chica». Marlowe había estado inusualmente pendiente de los mensajes desde que habló con él. Y eso le indicaba que tenía que acabar cuanto antes con aquel camino que hacía Mía en la madrugada.

La manera de hacerlo no la tenía. Wilde había aparecido y escribía.

«Conociéndolo, seguirá puteándole la bicicleta hasta que ella se dé cuenta y se la forme. Al tiempo. Con lo fácil que es buscarle un transporte o llevarla él».

Se acercó el móvil a la boca.

—De eso nada, ya os he dicho que ella no es mi responsabilidad.

Se hizo el silencio un instante y eso no era nada bueno.

Luego aparecieron las risas.

«No es su responsabilidad, pero se ha levantado de madrugada a pincharle la rueda de la bicicleta porque no quiere que le pase nada en el camino».

Volvieron las risas.

«Stoker, ¿cómo acabas siempre haciendo esas cagadas monumentales? ¿No aprendes, tío?».

Se llevó la mano a la frente y tuvo que contener la sonrisa.

«Venga, genios, ¿se os ocurre algo mejor?», preguntó esperando qué idea estrella podrían tener ellos. Con las risas aportaban poco.

Byron escribía. Le interesaba su respuesta.

«En primer lugar hablar con ella, saber a dónde va tan temprano y las razones por las que lo hace e intentar buscar una solución».

«Eso sería algo maduro y cuerdo. Pero es Stoker, Byron. Esta madrugada le echará la moto encima a la bicicleta para que mañana no pueda cogerla», dijo Blake.

«Yo voto por lo que dice Byron».

«Y yo por lo que dice Blake. Quiero ver cómo deja caer el otro zapato en la cabeza de Stoker».

Regresaron las risas. Ellos daban por sentado que el zapato era de Mía Austen.

—¡Brian! —Oyó una voz de mujer y alzó la cabeza mientras bloqueaba el móvil para que ellas no pudiesen verlo.

Acababan de entrar en la marquesina y, con su presencia, de romper la tranquilidad de uno de sus lugares sagrados de la casa. Era una suerte que la biblioteca no les interesara tanto.

Kelly iba delante de sus hijas. El olor de los tres perfumes penetró en el habitáculo haciendo incómodo el respirar, una puerta de cristal abierta no era suficiente.

—Llevamos todo el día buscando la manera de hablar contigo —dijo la mujer. Se detuvo a media distancia entre la puerta y el sofá. Sus hijas se colocaron una a cada lado—. Ahora que sabemos lo que piensas, quiero que sepas que te entendemos.

Alzó las cejas al oírla. Seguían empeñadas en parecer amables.

—Por nuestra parte, intentaremos marcharnos lo antes posible. No queremos ser una molestia. Y sentimos mucho tu malestar.

Su hija de menor estatura, la del pelo castaño rojizo liso por los hombros, dio un paso hacia él.

—No hemos venido a quedarnos ni mucho menos. Solo será temporal, pero mientras estemos en la casa queremos que todo vaya bien.

Su mirada se dirigió de nuevo hacia la madre, que hizo el ademán de volver a hablar.

—No vamos a obligarte a estar en nuestra compañía, pero queremos que sepas que siempre serás bienvenido en las cenas, por nosotras y por tu padre. Le encantará.

Si él las había enviado a hablar con él, no estaba teniendo ningún efecto.

—No queremos crear ningún conflicto —añadió Ivy, la otra hija, más alta y de pelo largo a ondas—. Pero necesitamos que nos des la oportunidad.

—Es muy tenso para nosotras estar aquí sabiendo que somos un estorbo.

Brian se puso en pie y las tres tuvieron que alzar la mirada.

—Agradezco su invitación, señora Austen, pero prefiero cenar en el ático. En cuanto a su estancia aquí, y con su compromiso de que no se quedarán un largo tiempo, puedo poner de mi parte. Pero no me pidan mucho más.

Rodeó a las mujeres para alcanzar la puerta.

—Brian —volvió a llamarlo Kelly y él giró levemente la cara para mirarla desde el umbral de la puerta de cristal—. En cuanto al zapato que encontraste, mis hijas pueden ir a comprobar si es suyo en cuanto quieras. Yo he revisado mis zapatos y no me falta ninguno.

—Yo soy el primero que quiere acabar con el misterio.

Bajó los ojos hasta los pies de las damas. La única de las tres posibles dueñas que no usaba tacones en su día a día era una joven con cara de angelito. Sin embargo, los Misters no veían a ninguna otra candidata posible. O quizás ellos querían que fuese ella. Por alguna razón intuían que habría una diferencia.

—Pueden subir luego al ático las tres —dijo dirigiendo la vista al frente—. No volveré tarde.

—¿Las tres? —Oyó decir a la mujer—. Ya le adelanto que mi hijastra no usa ese tipo de zapatos. —Y lo dijo con cierta ironía.

—Y yo le adelanto que ese zapato no es de nadie que estuviese aquí antes de que llegaran. Bajo mi punto de vista, puede ser de cualquiera, incluida su hijastra.

Nilo llegó hasta él y alargó la mano para acariciarle la cabeza. Nilo sabría exactamente a quién pertenecía el zapato. Era una pena que no fuese un perro entrenado para revelárselo o quizás sí lo había hecho y por eso había actuado con Mía Austen de forma diferente. Porque su olor estaba también impregnado en el ático. Algo que ni siquiera había consultado con Marlowe y que si su amigo había intuido, tampoco lo había dicho.

Se alejó de la marquesina y se dirigió hacia el aparcamiento, llamando a Dimitri para que amarrase a Nilo. Anochecía, el sol se perdía demasiado rápido. Alicia con lazo negro pronto emprendería la marcha de vuelta a casa.

14

El joven Stoker se detuvo ante la verja mientras su moto tronaba, un sonido que hacía alarde de la potencia que pudiese llegar a tener. Las tres lo miraban mientras se colocaba el casco, luego se inclinó hacia delante, alzó uno de sus pies y el trueno de la moto aumentó mientras giraba hacia el camino.

—Qué guapo es, por Dios —dijo Ivy en un suspiro, dejándose caer en el sofá.

—Niñas. —La voz de su madre sonó firme—. Es importante que no la caguéis, nuestra permanencia en la casa depende de él. Si nos ganamos a Brian Stoker, no tendremos que regresar a casa.

Se puso en pie y se giró para mirarlas. Britany seguía con la mirada perdida en la verja por donde había desaparecido Stoker.

—Aunque no dependiese de él… —sonrió.

—No os consiento ni un error, ¿me oís? No —volvió a hablar firme—. Esta noche subiréis a ver de quién es el dichoso zapato. Primero lo hará Ivy y luego tú, Brit.

—¿Por qué Ivy primero? —protestó su hija apoyando el codo en el respaldo del sofá.

—Porque es mayor que tú y quizás más cercana al joven Stoker.

—¿Qué más da eso? —Brit miró de reojo a su hermana, en cuanto comprobó que Ivy sonreía más halagada de lo que debería, porque lo que acababa de decir no significaba mucho, notó que Brit entornaba los ojos con cierto recelo. Según su punto de vista, Brit podría tener más posibilidades de llamar la atención de Stoker que Ivy, quizás por eso la había dejado para la última.

—¿Y Mía? —preguntó Ivy.

—A Mía no le diremos absolutamente nada. Ni siquiera sé si es suyo. Siempre lo anda perdiendo todo, no me extrañaría.

—¿Mía un zapato de fiesta? —rio Brit y ella la miró enseguida.

—Los tuvo hace tiempo, no era muy distinta a vosotras en su adolescencia. —Hizo una mueca y chascó los dientes—. Para su padre siempre fue una princesa.

—¿Cuándo va a irse? —preguntó Brit.

—Qué más da si no se la ve por aquí, es como si no estuviera —le respondió su hija mayor.

—No la quiero aquí de todos modos, es como si siguiese dependiendo de nosotras —volvió a decir Brit—. Lleva meses diciendo que se va a ir, pero no se va. Que se vaya de una vez.

—Niñas —las calló de inmediato llevándose un dedo a los labios—. Nadie debe notar que no la queremos aquí, ¿lo recordáis?

—Aquí no hay nadie, mamá.

—Esto está lleno de empleados, no seas inocente, Ivy —le respondió a su hija—. Mía es de nuestra familia y la estamos ayudando hasta que pueda volar sola, ¿vale? Y tranquilas, acabará yéndose. No pienso ofrecerle la más mínima cercanía ni facilidad.

—No se ha quejado de estar con el servicio —dijo Brit.

Kelly volvió a mirar hacia la verja. Su hijastra estaría al llegar, era la hora en la que solía llegar a casa. Ahora estaban mucho más lejos, un camino complicado que recorría en horas oscuras. Quizás no estaría al llegar, llegaría mucho más tarde. Mía Austen haría lo que fuese por salir de allí cuanto antes. Y ella haría lo que fuera para que cumpliese con su decisión.

15

Y ahora la puñetera cadena chirriando. Si es que no me sale una derecha.

Se detuvo para comprobar la cadena, no se había salido, pero necesitaba engrasarla o la banda sonora la acompañaría todo el camino. Y aceite era lo único que no llevaba en las mochilas, desistió después de que un tapón se la jugase y le echase a perder lo que llevaba dentro, incluidas sus barritas, principal sustento de su dieta.

Se volvió a subir. Tendría que aguantarse. Sacó un bote y bebió mientras pedaleaba, le sonaba el estómago. No sabía cuánto tiempo podría estar jugando con él, desde que estaba en casa de los Stoker estaba siendo aún peor, supuso que la diferencia estaba en la cantidad de kilómetros y cuestas, no podría estar a base de barritas energéticas y algún sándwich en la facultad. Necesitaba alimento de verdad.

Suspiró. Si gastaba lo que ganaba al día en comida, no podría irse jamás de allí. Y al parecer, tal y como pasaba en casa los últimos meses, tampoco en casa de los Stoker recibiría su cena. Ni la esperaba estando Kelly cerca.

Estaba más cansada que el día anterior, las agujetas en los muslos tampoco ayudaban. Las consecuencias serían llegar más tarde, pero tampoco tenía prisa. Se ducharía y se echaría a dormir.

El estómago le sonó de nuevo, se prometió la siguiente mañana comer algún desayuno de los que servía en el trabajo. Hasta los *leggins* le estaban quedando flojos, pero el peso le daba igual, su mayor miedo era desfallecer, un mareo, una bajada de tensión o de glucosa, en medio de una carretera oscura.

Se alzó en la bici, comenzaba la cuesta y casi no podía con su cuerpo, si no pedaleaba en pie, tendría que bajarse y hacer la cuesta andando.

Al menos era jueves, el único consuelo que tenían sus piernas era que aquel fin de semana no tendría que trabajar. Necesitaba esos dos días para tumbarse y no mover las piernas más que para ir al baño. Estudiar boca arriba no le suponía un problema.

El sueño la vencía, a medida que había oscurecido los párpados le pesaban de forma considerable. No era normal, solo esperaba no caer enferma.

Aunque con lo crack *que soy, seguro que pillo un gripazo.*

El sonido era aún lejano, pero ya avisaba de la potencia de lo que se acercaba. En aquel camino se solía cruzar con coches que parecían planchas sobre la carretera y que confundían una carretera simple de doble sentido con una de *rally*. Unas veces, camionetas de trabajadores de las lujosas casas del fondo y otras, coches señoriales con sus conductores dentro.

Así iría su hermanastra cada mañana al trabajo. Suspiró, el ruido se acercaba y le tocaba echarse a un lado.

Encima en una curva.

Tendría que parar, una curva sin visibilidad, había exactamente tres de aquellas camino a casa de los Stoker, eran tremendamente peligrosas, ya que se perdía la visibilidad al completo. Ningún coche la vería de frente ni de espaldas.

Se sentó en la bici y la detuvo. Lo que quedaba de cuesta lo haría andando sin más remedio. Resopló mientras se retiraba de la carretera.

El sonido se cruzó con otro extraño, lo había oído alguna vez en la ciudad, era un cambio de marcha, pero en mitad de una carretera oscura acojonaba lo suyo. Retiró la mirada para que el faro no la deslumbrase y la dirigió hacia los matorrales. Tuvo que detener el paso mientras la luz pasaba a través de ella, como si se hubiese metido dentro de una fotocopiadora.

Me acaban de hacer una fotocopia.

Otro cambio de marcha, el sonido se alejaba. Enseguida se giró para mirar, las luces rojas traseras de la inmensa moto negra se perdían en la oscuridad.

—Stoker —dijo en un susurro. Resopló.

No creyó ni que la hubiese visto. Era consciente de que a aquella velocidad y en mitad de la noche era difícil verla.

Una noche de estas me hacen una tortilla.

Era mejor una fotocopia.

Enseguida las piernas le temblaron y ya dudaba si era por el cansancio, quedaba un trozo de cuesta. Las piernas, una tras otra, se movían extrañas, acababa de detener el esfuerzo de golpe y se estaban recuperando.

Volvió a mirar atrás, a aquella altura podía ver la moto de Stoker en el camino bajo, dirección a la ciudad. No sabía hasta qué punto él sería consciente de que estaba conduciendo una moto y no un avión. Con aquel ritmo le daría tiempo de llegar a Londres, tomarse un café y regresar; y ella aún estaría en el camino. Tuvo que contener la sonrisa en un intento nervioso de sujetar algo extraño en el pecho.

Irina, no eres una buena influencia.

Llevaba demasiado tiempo enamorada de cierto tipo de hombres que creyó solo imaginarios. Contuvo la respiración.

Y con la que tengo encima, ando perdiendo el tiempo pensando en estupideces.

Estupideces que al menos la habían obligado a hacer un intento de sonreír cuando todo lo que la rodeaba era para echarse a llorar. Se mordió el labio y volvió a mirar tras de sí.

Parecía que iba solo, casi no le había dado tiempo de verlo y ahora solo era una mota de luz roja en la carretera oscura. Estaba convencida de que, de haber podido, Brit o Ivy irían con él. Pero el joven Stoker, como lo llamaba el ama de llaves, había dejado claro que pensaba clavar un muro entre él y las Austen.

Negó con la cabeza y siguió dando pasos hacia la cima de la cuesta. La última cuesta, la que le marcaba que lo peor había pasado. El resto del camino se hacía ligero.

Podría haber sido al revés. Cuestas camino a la ciudad.

Las había, pero eran livianas. Las peores eran camino a casa por la noche, a última hora cuando su cuerpo estaba al límite.

Llegó al fin arriba y volvió a subirse a la bicicleta. Camino recto de nuevo.

—Un último tirón y llegas a la cama —dijo subiendo el pedal con el empeine.

La cama, la media luz de la lámpara y sus libros. Volar hacia otro mundo mejor un rato antes de la inconsciencia y de que la realidad volviese a despertarla por la mañana.

Empujó el pedal y las ruedas echaron a andar. Tendría que revisar que los pinchazos seguían intactos. Aquello la hizo recordar de nuevo la estrella fugaz que había pasado por la carretera.

Ahora se sentía estúpida de haber pensado que alguien como él se hubiese detenido a pincharle la rueda. Sintió el bochorno en las mejillas en forma de calor.

Qué vergüenza, si se enterase el señor Stoker de lo que le he dicho a Mary.

Se enfadaría, no era para menos. Y ya si se enterase el hijo, con la mala hostia que tenía ya de por sí…

Encima de que le he estampado un tacón en la cabeza, lo acuso de algo vergonzoso. Ni que fuera un niño.

Stoker tendría mejores cosas que hacer. Podría imaginarse sus planes y compañías. De nuevo era consciente de lo poco acostumbrada a aquel tipo de hombres que estaba, que les adhería

acciones que correspondían quizás a los chicos que ella solía tener ceca, infantiles, inmaduros, casi ridículos.

¿Pero Stoker? Enseguida recordó su pelo alborotado, la forma de su cuello y de su mandíbula, sus ojos color zafiro y la forma en la que cogía las curvas con aquel monstruo negro. ¿Pincharle la rueda de la bici?

Ya podía ver las luces a lo lejos de la casa Stoker. Ver tremenda mansión hizo que el bochorno a sus pensamientos aumentase.

Y luego estaba el zapato. Stoker quería que su dueña lo recogiese del ático. Ivy y Brit irían, ellas dos irían a cualquier lugar que les dijese Stoker, solo las tenía que recordar babeando. Y aunque no reconocerían el zapato como suyo, evidentemente les quedaría pequeño. Entonces solo quedaría ella, no tendría que ir ni a probárselo.

Van a pillarme como a una idiota.

Tenía que salir de aquella casa cuanto antes. Oyó de nuevo el sonido infernal del motor, esa vez no había sido consciente hasta que estuvo cerca.

Y claramente se escuchó el cambio de marcha. Solo se detuvo, no se retiró de la carretera, pero no era una curva, quizás ahora sí la vería sin arrollarla.

Cerró los ojos.

Hasta a través de los párpados sintió la luz de los faros.

Otra fotocopia.

Abrió los ojos en cuanto los oídos dejaron de zumbarle. La moto de Stoker se alejaba camino a la casa con un nuevo cambio de marcha, aquel sonido acojonaba lo suyo cuando lo seguía una aceleración considerable y un revuelo de hojas y tierra del suelo.

Madre del amor hermoso.

Tuvo que sacudirse la cara y los ojos. La próxima vez se apartaría en cuanto lo viese acercarse, porque aquel bicharraco de carretera arrasaba todo lo que hubiese en el suelo.

Vio a lo lejos cómo las luces rojas y el faro blanco se detenían en un muro. Entornó los ojos mientras las piernas hacían por pedalear con rapidez.

¿Le ha dado tiempo de llegar a Londres y volver?

Quizás se le había olvidado algo. Era veloz, no una bala. Si no, no tenía mucho sentido que tan solo recorriese el camino a un lado y a otro. O quizás sí, y tan solo quería correr un rato. Tampoco conocía mucho sus aficiones; velocidad y letras. Aviones, motos y libros.

A la Mary se le caerían las bragas.

Apretó los labios sin meditar nada más.

Veinte años, Mía, ¿qué esperabas? ¿Que no te temblase la entrepierna con este tío?

Era como si estuviera prediseñado para tener ese efecto en las mujeres. No solo estaban en los libros.

Detuvo la bici en la verja ya cerrada, y se acercó al timbre.

—Mía Aust… —Ya ni siquiera esperaban a que hablase, le abrían directamente.

Oyó el ladrido de Nilo.

Y este animal qué contento se pone cuando me ve. Que no le echo ni cuenta al pobre.

Y era cierto, Nilo se acercaba a recibirla por las noches. El único que la recibía con cierta alegría desde unos meses atrás.

Alargó la mano hacia la enorme cabeza del perro, que no tardó en girarse hacia la carretera, y arrastró la mano hasta su collar, por si le daba por echar a correr fuera como ya había visto que le gustaba. Lo llevó con ella hasta el jardín delantero de la casa y soltó el collar cuando la verja se cerró.

Que no tengo las piernas para echar a correr carretera abajo otra vez.

Nilo entremetió el hocico en el bolsillo lateral de su anorak.

—Mi cena, de eso nada —le susurró.

La barrita estaba abierta, supuso que era el olor lo que atraía su enorme trufa negra al bolsillo. Lo vio sacar el papel brillante, no fue capaz de quitárselo, era tan rápido como el dueño.

—Sabe peor de lo que huele, aviso —le dijo mientras Nilo se alejaba con el trofeo. Mía volvió a poner la mano en el puño del manillar—. Que te aproveche.

Tampoco creo que tuviese ni alma para pararme a comer.

Se ducharía por la mañana. Los párpados se le caían.

Dejó la bicicleta apoyada en la pared y oyó la voz de Brit.

¿Y Stoker?

Sí, aquella era su voz, le había quedado grabada a fuego.

—Mi hermana aún está en la ducha, si quieres puedo subir a comprobar si es nuestro —dijo Brit.

Claro, y de paso meter la nariz en la zona de Stoker. Será…

Se detuvo junto a la bici sin quitar las manos del manillar. Enseguida se enderezó, en cuanto vio una sombra en el suelo, alguien se acercaba a ese lado de la fachada.

—No tengo ningún problema en esperarla. —Lo oyó responder.

Contuvo la sonrisa.

No te presta atención ni a ti, diva. Digiérelo, capulla.

—Además, creo que acaba de llegar tu otra hermana. Así que en cuanto estéis listas, estaré arriba.

¿Ein?

Se llevó la manga a la boca.

Madreeee.

—Mía no es mi hermana y ya te ha dicho mi madre hoy que ella no usa zapatos de fiesta.

—Que sea tu hermana o no me importa poco. —La réplica fue tan rápida como el motor de su coloso. Mía metió los labios entre los dientes para no reír—. Y lo que piense tu madre de lo que ella use o no menos aún. —Su voz se alejaba, quizás él también—. Os espero arriba.

Toma. Qué pena perderme la cara que se le habrá quedado a la tipa esta.

Una sombra la sobresaltó y se giró mientras la voz de Brit se alejaba, seguramente tras Stoker.

Para una vez que estoy cotilleando, me pillan. Coño, si es que no doy una.

—¿Dónde has aprendido esos modales, niña? —La voz de Kelly era firme—. ¿Y si te ven los del servicio? ¿Esa es la impresión que quieres que tengan de nosotras? ¿Escuchar en las esquinas?

Mía cerró enseguida la boca, le gustaba replicar a Kelly, pero poca defensa tenía cuando Kelly la había pillado haciendo exactamente eso, escuchando tras una esquina. Pero era tan placentero oír cómo Stoker le bajaba los humos a su hermanastra que se hubiese quedado allí pegada media noche a pesar del cansancio.

—Estaba colocando aquí la bici, no estaba escuchando nada —dijo desatando la mochila que ataba al trasportín de la bicicleta.

—¿Estabas escuchando? —La voz de Brit a su espalda no merecía ni que girase su cuerpo derrotado del pedaleo.

Sin embargo, fue Brit la que la rodeó para ponerse frente a ella, cruzada de brazos.

—Aparte de espiar, ¿qué más piensas hacer para que nos acaben rechazando a todas?

—Que nos rechacen no es mi culpa. —Se colgó la mochila y dio un paso a la izquierda para rebasar a Brit y a su madre.

—¿Ah, no? ¿Es nuestra? —Ni siquiera se detuvo, siguió hacia la puerta del servicio.

—Mía Austen. —Era la voz de Kelly y esa vez sí se detuvo.

Austen, un apellido que ambas compartían, pero que ahora Kelly lo decía como si fuese absolutamente ajeno a ella, únicamente propiedad de Mía. Apretó los dientes y giró levemente la cabeza mientras sentía algo extraño en el pecho.

—No te quiero ver merodeando por la casa. Ya has visto en la situación en la que estamos con el joven Stoker, no quiero que nos pongas en una aún peor, ¿te queda claro?

Antes de salir de Londres pensaba devolver los libros a la biblioteca y coger nuevos. En ese momento, dado su estado, solo pensaba en tumbarse en la cama con el libro que fuese. Pero que Kelly le dijese aquello solo la hacía querer ir a la biblioteca aunque fuese a rastras.

—Y menos aún se te ocurra subir al ático como quiere el hijo de Stoker por ese dichoso zapato.

—No es mío —se apresuró a responder mientras una pequeña pompa de aire le subía estómago arriba.

Sentía a Kelly dar pasos hacia ella, Mía seguía inmóvil mientras la mujer se situaba junto a su hombro.

—Me es indiferente de quién narices sea ese dichoso zapato. No te quiero cerca de los Stoker ni de la otra parte de la casa —añadió Kelly.

—Ni escuchando conversaciones ajenas. —Oyó decir a Brit, que se colocaba al lado de su madre.

Mía bajó la barbilla.

Mira que es difícil poner de mi parte, con lo imbéciles que son.

—¿Eso que he oído era una conversación? —soltó y contuvo la sonrisa.

—¡Mamá!

—¡Mía!

Pasaban los años y escasamente aquellas palabras y tonos no habían cambiado un ápice, fuera Ivy, fuera Brit, siempre la riña era para ella.

Su madrastra se inclinó en su hombro, era más alta que la joven, siempre pensó que era una forma de intimidarla. Hacía años que ya no la intimidaba de ninguna de las maneras.

—Si estás viendo una oportunidad para jodernos, quiero que sepas que no voy a permitírtelo. Intenta cualquier estupidez y me aseguraré de que estés en la calle en menos de lo que se dice *Amén*.

Mía entornó los ojos y los dirigió hacia ella. Su madrastra hablaba en susurros, unos tan fuertes y con tanto ímpetu que se habían apreciado gotas de saliva saliendo de su boca, habrían ido todas a parar en su anorak.

Estaba tan cansada que ya no era capaz ni de encenderse. Pero su lengua no estaba tan cansada como sus piernas.

—Si tuvieses el poder de echarme, ya lo habrías hecho —le respondió y la mujer dio un paso atrás para alejarse de ella, como si la joven fuese una apestada, lo que le permitió avanzar—. Puedo moverme por donde me plazca, no soy más molesta que vosotras en esta casa.

—¡Mía Austen! —Esa vez su madrastra alzó la voz y Mía se giró para ponerse de cara a ella.

—Buenas noches —les dijo y volvió a darles la espalda.

Que os den.

—Y suerte con Brian Stoker —sonrió después de decirlo.

Os mandará a donde merecéis.

16

Mía no había crecido de cuerpo más que para llegarles al cuello. Y si era a Ivy, apenas al hombro, según decían, una estatura similar a la de su madre. El enorme lazo negro en su nuca resaltaba en la claridad del pelo, que formaba una leve onda antes de caer sobre sus hombros.

Kelly vio sus mejillas redondeadas de perfil antes de que atravesase la puerta. Al señor Stoker le había agradado tanto que no podría sacarla de allí de la manera apresurada y rápida que quería. Esa embaucadora estela inocente y dulce que desprendía la apariencia de Mía Austen que tanto detestaba y que, por lo que pudo escuchar, era heredada de la antigua señora Austen, no ayudaba a sus planes. Así que solo podía esperar a que se fuera cuanto antes por voluntad propia. Pero Mía no era tan dulce ni tan inocente, la joven era consciente de que ella no tenía poder de nada en aquella casa y de que Brian Stoker las detestaba a todas por igual.

—Mamá, no la soporto, aquí aún menos. —Oyó decir a Brit.

—Shhh —mandó callar a su hija—. Te dije que iba a subir primero Ivy, ¿por qué le has dicho eso al hijo de Stoker? —preguntó y Brit hizo una mueca.

—Dijiste que necesitamos ganarnos a Stoker y mi hermana puede empeorar las cosas. Yo sé actuar con un hombre como él, pero solo tienes que verla cuando Stoker pasa o está cerca, parece imbécil.

Miró a Brit, tenía que reconocer que su hija pequeña llevaba razón. Ivy estaba completamente embelesada con Stoker y se le notaba demasiado, tan solo conseguiría que aquel hombre con el ego superlativo se riera de las circunstancias. Brit era capaz de disimularlo al menos.

Aunque estaba comprobando que ni una ni otra eran capaces de llamar la atención de Stoker ni lo más mínimo.

No entendía cómo un hombre joven como Stoker podría ningunear así a su hija pequeña. Los hombres nunca lo hacían. En cuanto supo que Stoker tenía un hijo pensó que eso le facilitaría las cosas. Pero, al parecer, a Stoker su hija no le parecía lo suficiente y eso le hacía hervir el pecho, y no solo en el sentido íntimo o la atracción, sino en el enorme muro que había establecido entre ellas y él, no dejándolo traspasar un ápice. Aunque no pudiese decirle a aquel niñato egoísta y consentido todo lo que pensaba o lo echaría todo a perder, tenía que ponerle remedio.

—Vale, sube al ático. Quiere saber de quién es el zapato, ¿no? Pues dile que es tuyo, que sientes haberlo perdido. Te disculpas, traes el zapato y lo tiras a la basura.

Sabía que su hija deseaba un acercamiento con Stoker, pero el muro parecía infranqueable. Y si no lograban derrumbarlo, mucho se temía que su relación con el padre poco prosperaría.

Brit dio un paso atrás, se giró y se dirigió hasta la entrada del jardín a la casa, con los contoneos seguros después de haberse salido con la suya y probar suerte con el joven piloto.

Kelly resopló al mirar la puerta del servicio. Tendría que buscar una solución para lo de Mía.

17

Entró en la casa a través de la puerta del porche después de que Nilo lo empujase para no quedarse fuera y se dirigió hacia las escaleras principales. Frunció el ceño mientras seguía con la mirada a su perro, llevaba algo azul brillante en la boca. El animal se giró y le dio con el hocico en la mano.

—¿Qué leches es esto? —Stoker abrió la mano y el perro se lo dejó sobre ella, aunque con el plástico repleto de babas.

Se lo acercó a la cara para leer las letras. Era una barrita energética, él mismo las tomaba algunas veces, pero no reconocía la envoltura, suya no era. No sabía si Nilo la habría sacado de alguna papelera, estaba a medio comer.

—Qué asco, Nilo —protestó desviándose hacia el aseo más cercano. No pensaba ir hasta el ático con aquel plástico pegajoso que a saber de dónde lo habría sacado el perro.

Se lavó las manos bajo el grifo y oyó el ladrido del perro en el pasillo. Quien fuese que estuviese al otro lado no era del agrado de Nilo, algo normal, a Nilo le gustaban aquellas nuevas habitantes tan poco como a él. Aunque solía hacer una excepción con una de ellas, pero el aumento de su ladrido y el rabo alzado del perro indicaban que quien estaba subiendo las escaleras no le gustaba un ápice.

Se secó las manos y salió enseguida del baño, una de las hijas de Kelly, la del pelo castaño rojizo liso y brillante, subía las escaleras con sus enormes zapatos de tacón y una pequeña falda que se ajustaba en sus muslos.

Al ático, sola.

Sintió algo en el pecho que comenzó a calentarlo lentamente. Había dejado claro que las quería a las tres para averiguar de quién era el zapato, si aquella familia le pedía una oportunidad, no estaban poniendo mucho de su parte.

La chica se giró al escuchar al perro y en cuanto lo vio a él sonrió, tenía una sonrisa bonita y segura. Estaba convencido de que fuera de aquella casa hubiese tenido alguna atención más por su parte, pero no estaban fuera, estaban dentro y en una situación que no le gustaba en absoluto.

—Pensaba que estabas arriba. —Britany se situó en el borde del primer escalón del descansillo de las escaleras. La joven entornó los ojos cuando vio que él no decía nada—. El zapato es mío. Siento haberlo perdido.

Brian enseguida bajó la mirada hacia sus pies. Brit llevaba un zapato de tacón fino, de los que acababan en punta, similar al de fiesta que encontró, pero ese era de charol naranja.

—He estado revisando mis zapatos y hay uno sin pareja —añadió Brit sin perder su sonrisa.

Y Stoker dejó caer sus párpados lentamente. El zapato no era de nadie, pero ahora parecía tener una dueña clara. Una dueña que no sabía que aquel zapato había caído en su cabeza desde una altura considerable. «Perdido» no era una palabra correcta.

Encima me están vacilando.

Por la razón que fuese, alguien había decidido que fuese ella quien lo recogiese, quizás porque era la que tenía una seguridad arrolladora, porque pensaban que podría ser la de físico más llamativo a sus ojos, o bien porque quisiesen cerrar ya el asunto mientras el bollo de su cabeza seguía sin deshincharse.

—Sientes haberlo perdido —respondió él regresando los ojos hacia los de Brit, viendo cómo ella cambiaba la postura de sus piernas para mostrar mejor los muslos desde su perspectiva.

Por suerte, todas aquellas artimañas femeninas y sensuales las conocía demasiado bien. Si alguna vez cayó en ellas, y lo hizo muchas veces, fue siendo consciente de que todo estaba

planeado y medido en busca de un objetivo. Solo que esa vez el objetivo no estaba claro.

Brit asintió con la cabeza.

—Se rompió la caja y alguien lo dejaría caer al transportarlo.

Al transportarlo desde un balcón al suelo.

¿Estaría intentando tapar a su hermana? Aunque era la hija menor, era mucho más despierta que Ivy. Pero Ivy era alta y el zapato era de tamaño pequeño.

O quizás todas sus intuiciones eran erróneas y el zapato era de verdad de Brit, que intentaba escabullirse de la reprimenda del golpe, y no de aquella joven de cara celestial que verdaderamente no había roto un plato ni fuera ni dentro de la casa Stoker.

No le quedaba más que creerlo. No podía negarse a darle el zapato.

O sí.

Aún tendría unos minutos para pensar en la manera, justo lo que tardase en llegar hasta el ático.

—Ven conmigo —le dijo y la sonrisa de la chica se amplió.

18

Mía cerró la puerta del dormitorio con rapidez. Juraría que había visto a Kelly entrar por la puerta del servicio, y si lo había hecho solo había una razón. Ella.

Y ella estaba derrotada para enfrentarla. Le pesaban los ojos como los días previos a un virus. Ahora que se le habían enfriado los músculos de las piernas, el dolor era una maldad, apenas podía dar un paso. Mucho peor que el día anterior.

Tengo que ser ridícula andando.

Contuvo la risa, aunque realmente nada tenía gracia. Negó con la cabeza y se llevó la mano a la cara.

Oyó cómo llamaban a la puerta con el puño. Resopló.

—Abre la puerta, Mía. —Su voz era autoritaria, ni siquiera con sus hijas la usaba así. Como siempre, solo con ella.

No pienso abrirle.

Echó a un lado de la cama la mochila, estaba dispuesta a dejarse caer en la cama, vestida y todo, y echarse a dormir. No podía más, el olor procedente de la cocina no había hecho más que aumentar su malestar. El hambre y el cansancio se convertían en fatiga.

Los puños en la puerta sonaron más fuerte.

—Mía, déjate de juegos y abre.

Mía miró la cama un instante, los libros de Irina estaban sobre la colcha. Los apartó y uno de ellos se resbaló y cayó al suelo. Un lugar de difícil acceso con el dolor de piernas. Se acuclilló quejándose del dolor. Kelly pareció oírla, aunque confundió el gemido con algún otro tipo de sonido vacilante.

—¡Abre de una vez! —alzó la voz.

Con el libro en la mano, se dirigió hacia la puerta. En cuanto giró el pestillo, Kelly abrió desde el otro lado, la vio recorrer rápidamente con la mirada la habitación antes de detenerse en ella.

—Escúchame bien, ya no puedes hacer lo que haces. Ya no estás en tu casa, como me decías hace unos días. —Entró sin pedir permiso—. Estás en casa de Austin Stoker y no en la calle gracias a mí. Y ni siquiera haces el intento de parecer agradecida.

Mía abrió la boca para responder, pero Kelly alzó el dedo índice cerca de sus labios para que no se le ocurriese moverlos.

—Pero me da lo mismo si estás agradecida o no, a estas alturas ya no vamos a arreglar nada. Solo quiero que salgas de aquí antes de que yo misma me harte y deje de hacerte el favor de mantenerte con nosotras. Así que empieza tu cuenta atrás en esta casa, Mía Austen.

La vio redondear los agujeros de la nariz para coger aire antes de continuar hablando.

—Mientras tanto… esta casa es tan grande que hasta te será complicado ser una molestia para mí o mis hijas. —Kelly dio un paso hacia el pasillo para salir del dormitorio—. Ni intentes dejarnos mal a ninguna porque ya no tengo razones para soportarte. Ya no compartimos una casa que nos pertenezca a ninguna de las dos. —Seguía con el dedo alzado cerca de los labios de Mía —. Y en cuanto a mis hijas, se acabó. No voy a permitirte ni un desprecio más hacia ellas.

Mía ladeó la cabeza para escapar del dedo que intentaba cerrarle la boca.

—¿Y los de ellas conmigo? —respondió y Kelly entornó los ojos.

Su madrastra se inclinó hacia delante, quizás para igualarle la altura.

—Trata de salir de esta habitación lo menos posible y no te acerques demasiado a los Stoker o esa bicicleta roñosa acabará en el primer contenedor que haya camino a Londres, junto con el

resto de tus cosas.

Mía frunció el ceño.

—¿Por qué no quieres que me acerque a los Stoker?

Vale que el hijo fuese un estúpido y Kelly quisiese evitar más confrontación, pero lo del padre no lo entendía. Un señor amable con el que no tendría mayor problema.

Kelly se había retirado de la puerta, estaba en el pasillo y giró la cabeza para mirarla.

—Porque este lugar es nuestro —respondió Kelly—. Y no quiero que ni contemples la posibilidad de hacerte un hueco.

Mía se apoyó en el marco de la puerta.

—¿Te ha quedado claro? —le preguntó Kelly clavándole la mirada. Pudo notarle unas venillas rojas en el blanco de los ojos.

—Solo una cosa —respondió Mía y agarró la puerta para cerrarla, apretó el pomo de la puerta para contrarrestar el calor del pecho y de la garganta que le producía aquella parte oscura de su familia—. Que Brian Stoker no se ha equivocado con vosotras. —No tenía ni un solo pelo de tonto, de eso no cabía duda. Dos carreras universitarias y cierta afición a la lectura de todo tipo, como había podido comprobar en la biblioteca, no eran ningún farol. No era imbécil y las vio venir. Kelly y sus hijas no pensaban irse de allí de ningún modo, solo querían quitarse de encima al estorbo, es decir, a ella.

Cerró la puerta antes de que Kelly pudiese responder.

Tengo que salir de esta casa cuanto antes, esto va a ir de mal en peor.

El calor en su pecho nunca auguraba nada bueno, solía preceder una bronca de las de monumento. Se pegó el libro al pecho y se dejó caer con la espalda en la puerta.

Tengo que salir de aquí.

19

Entrar en el ático parecía una auténtica satisfacción para la chica, quizás lo era, él mismo la había invitado a subir. Las razones desde luego estaban bien lejos de algún interés paralelo, pero podría dejar que su fantasía se extendiese el tiempo que tardase en averiguar si el zapato era suyo o no.

Que Nilo la observase desconfiado a media distancia tampoco ayudaba, de hecho, no quería quitarle el ojo de encima al perro. Si ya de por sí no le gustaban los desconocidos, en el ático ese sentimiento aumentaba en el perro.

—Voy a por el zapato —le dijo dejándola en la sala de estar y dirigiéndose hacia la zona del dormitorio. No sabía por qué lo había metido dentro cuando siempre lo tuvo en una repisa. La culpa la tenían los Misters, como siempre, lo enredaron para que enviase más fotos del zapato en cuestión.

Como si entendiesen de moda o algo.

Pero le daba exactamente igual lo que pudiese pensar Brit de por qué había guardado el zapato justo donde él dormía. Tampoco ella sabía lo que podría haber tras aquellas paredes y que el vestidor estaba al otro lado.

Cogió el pequeño zapato con la mano derecha y Nilo pasó entre sus piernas para alcanzar con el hocico el zapato. Entre su mano y la enorme nariz de Nilo, parecía aún de menor tamaño. Y junto a sus zapatos del cuarenta y cinco era el zapato de una muñeca.

Una muñeca.

Con las mejillas redondeadas, la nariz respingona y un lazo enorme en la cabeza que la hacía parecer la protagonista de un cuento. Pero en ese momento otra mujer reclamaba aquel zapato como suyo, sin saber que eso la pondría en peor situación. Ni ella ni su madre sabrían nada, por eso insistían con el zapato.

Salió del dormitorio y vio a Brit inspeccionando con la mirada su ático.

—Es muy bonito —le dijo al verse pillada—, como el resto de la casa.

Tanta corrección sonaba a adulación infinita y forzada. Aquellas mujeres cada vez le gustaban menos, y sin embargo a su padre parecían gustarle cada vez más.

Pero Stoker no respondió al cumplido. Era de admirar que a pesar de su sequedad con ella, Brit no mostrase incomodidad en absoluto, estaba comenzando a entender el por qué había subido ella sola. Quizás su hermana hubiese hecho un papel peor.

—Este es. —La joven bajó los ojos hacia el zapato.

Y la idea de que el zapato fuese suyo perdió veracidad. Algo en su pecho subió, un calor extraño al entender que aquellas mujeres intentaban vacilarle sin permitirle encontrar a la verdadera dueña.

Brit alargó la mano hacia el zapato, pero Stoker no hizo ni el intento de soltarlo.

—Muchas gracias por guardarlo estos días. Con la mudanza no me había dado cuenta. —Sintió sus manos un tanto frías sobre la suya para coger el zapato—. De verdad que lo siento.

Ahora ya sabía que tampoco sus disculpas eran sinceras, lo que no entendía era el por qué ese ímpetu por hacerle ver que era suyo cuando no lo era.

Bajó la mirada hacia sus pies, un tacón similar, tampoco de gran tamaño, pero no sabía si con la estrechez suficiente como para entrar en el plateado.

—Pruébatelo —le dijo alzando los ojos hacia la joven.

Y ahí, en el terso y lustroso rostro de Brit, comprobó que todo lo que había pasado por su cabeza era acertado. Ni era suyo ni lo había perdido ni sentía que él lo hubiese encontrado.

—No es necesario, tengo el otro abajo en mi dormitorio. Además, son incomodísimos. Hace

mucho que no los uso.

El calor seguía subiendo por su pecho, que lo tomasen por imbécil no le gustaba nada. Ni siquiera en una tontería como aquella. Prueba suficiente para saber cómo se comportaría su nueva familia en algún tema más importante.

—Incomodísimo. —Stoker giró el zapato para ver el tacón interminable que se clavó en su cabeza y que le dolía cuando se giraba al dormir y lo aprisionaba contra la almohada.

Brit no apartaba la mano del zapato tampoco, aunque él sabía las ganas que tenía de quitárselo y marcharse de allí. Así que lo alejó de ella.

—Siempre me han llamado la atención los zapatos de mujer —dijo mientras Brit alzaba las cejas—. La fuerza en el tobillo y el equilibrio necesario en tan poco apoyo. —Pasó el dedo por el tacón—. Habilidad reservada únicamente a las mujeres, supongo.

Sonrió y volvió a alzar los ojos hacia Brit, quizás la única sonrisa sincera que había visto desde que la encontró en las escaleras.

—No todas las mujeres tienen esa habilidad —dijo ella.

—Las que no la tienen no me interesan. —Dio un paso atrás para alejarse de Brit—. ¿Puedo? —Se inclinó levemente esperando a que ella asintiese. Si tanto se empeñaban en contentarlo, no podría negarse.

—Puedes. —Regresó la seguridad en ella y las dudas de que realmente fuese suyo acudieron.

Brian se detuvo un instante antes de clavar la rodilla en el suelo. Quizás su seguridad había regresado por su cambio de actitud y no por el zapato. Lo comprobaría en unos segundos.

La falda de Brit era corta y supuso que no era de caballero alzar la mirada. Lo último que quería era un acercamiento con ninguna de las hijas de Kelly. Vio cómo la joven sacaba el pie de su zapato comprobando que el tacón no era tan alto como el del plateado, pero supuso que un zapato de fiesta tenía que ser un paso más incómodo que los habituales.

En algo no había mentido, no era del todo inmune a eso de los pies y los zapatos femeninos. Sujetó el tobillo de Brit con una mano y con la otra metió la punta de su pie, que parecía entrar al completo. Alzó la mirada poniendo cuidado de que no se desviase un ápice hacia sus muslos y la dirigió hacia su cara.

—Te he dicho que lo había perdido —le dijo ella sin perder la sonrisa.

La sintió empujar con el pie para acabar de meterlo. Stoker se apresuró a bajar la mirada de nuevo.

Estaba completamente dentro del zapato. Retiró enseguida la mano de su pie.

No puede ser.

Estaba convencido de que no era suyo.

Pero lo era, su pie era más pequeño de lo que aparentaba. Miró de reojo el zapato caído de charol naranja.

Brit apoyó la punta del pie en el suelo y los destellos plateados reflejaron la luz de los focos del ático.

—Hacía tiempo que no los usaba, pero vuelven a gustarme. Me los pondré el fin de semana. —La oyó decir.

Stoker volvió a mirar el zapato en el pie de Brit.

No lo apoya en el suelo.

Volvía el calor al pecho y la garganta.

—¿Sales este fin de semana? —preguntó él poniéndose en pie.

Si lo apoya en el suelo le aprieta y duele. No puede dar un paso con ese zapato.

Se apartó de Brit lo suficiente como para poder alargar la mano y alcanzarla.

—Aún no estoy segura. —Era la respuesta que correspondía. La que daba margen a proponer un plan mejor que el que tuviese.

Alargó la mano hacia ella.

—¿Qué sueles hacer los fines de semana? —Dejó la mano en el aire para que Brit la agarrase.

—Ir a cenar con alguna amiga. —Se agarró a su mano y él tiró levemente para que apoyase el pie en el suelo.

Brit dio un paso con el zapato plateado y enseguida lo dio con el otro para poder retirarlo del suelo.

Stoker se apresuró a soltarle la mano.

—Pues no irás muy lejos con ese zapato —le dijo y la expresión de la chica cambió por completo.

Brian se cruzó de brazos.

—¿De verdad me tomas por imbécil?

—Este zapato es mío. —Brit apoyó el pie con el zapato en el suelo—. No sé a qué te refieres. —Dio unos pasos con más soltura de la que esperaba y Stoker tuvo que detenerla, sabía que aunque lo estuviese conteniendo, se estaba haciendo daño.

—No es tuyo y no sé qué interés tienes en que yo crea que sí. —Volvió a inclinarse en el suelo y acercó las manos al tobillo de Brit, sacó el zapato con cuidado, y no salió con facilidad. Hasta en tan poco tiempo se notaba que sus pies y empeine habían estado aprisionados.

—No es tuyo, Britany, ¿es de tu hermana y le da vergüenza venir aquí? ¿O es de tu no hermana y no piensa venir a por él? —dijo poniéndose en pie con el zapato en la mano.

Brit desvió la mirada.

—Vale, no sé de quién demonios es el zapato. —Le agradeció que dejase aquella farsa. En otras circunstancias, Brit le hubiese gustado, no tenía dudas. Era una mujer de su estilo, de las que acostumbraba a tratar, quizás por eso lo había tenido tan fácil para descubrirla. La joven cogió el suyo del suelo y se sujetó en el respaldo de un sillón para encoger el pie y colocárselo.

—Pero parecías enfadado por haberlo encontrado y solo quería que… —suspiró—, que se pasara ya eso que tienes con nosotras.

Y mintiéndome te parece una buena manera de que se me pase. Hasta mi idea con la rueda de Mía parece ahora buena.

—Necesito tiempo —respondió.

—Necesitas conocernos, pero no pones de tu parte —replicó ella.

La joven alzó las cejas de nuevo.

—¿Tienes novia y no quiere que convivas con otras mujeres? —preguntó con frescura.

—No he tenido novia nunca. —Pudo comprobar en su expresión que aquella respuesta a ella le gustó sobremanera.

—Entonces no lo entiendo. —Ya apoyaba ambos pies sin problemas.

Comprobar que no era de ella, sabiendo que su hermana era de mayor altura, le recortaba las candidatas a la única real que siempre tuvo. Y el calor del pecho y de la garganta se bajó de golpe.

—Tiempo —volvió a repetir él. Ahora le urgía que ella se marchase y lo dejase solo.

Se acercó a la puerta y la abrió para no dejar dudas de lo que quería, le daba igual ser un tremendo estúpido. No le gustaban, cuanto más las trataba, aún menos.

La joven se dirigió hacia la salida.

—Tiempo —dijo ella también—, espero que cambies pronto de opinión. —Le apoyó la mano

en el pecho y le dio una palmada, un gesto que le sorprendió sobremanera—. No estaría mal.

Stoker se enderezó, era frecuente un contacto por parte de las mujeres hacia alguna parte de su cuerpo, unos más atrevidos que otros. Brit dejó caer la mano por su camisa alargando el roce.

—Espero a tus hermanas —le dijo y ella apartó la mano enseguida. Por suerte, tenía experiencia también en apartarlas sin tener ni siquiera que retirarles la mano—. Gracias por venir.

Brit lo miró de reojo, sabía que aunque lo intentase ocultar estaba ofendida. Aquel tipo de mujeres quería que todos los hombres estuviesen a sus pies. No estarlo le supondría una ofensa y un reto.

Ella se despidió a media distancia y bajó las escaleras. Stoker cerró de un portazo.

Nilo se acercó a él metiendo la nariz de nuevo en el zapato. Brian le puso la otra mano sobre la cabeza.

—Tú sabes quién es, ¿la dueña de este zapato tiene el pelo rubio? —preguntó y Nilo movió las orejas al mirarlo. Stoker sonrió a la expresión de su perro—. Y cara de angelito, ¿verdad?

Nilo volvió a mover las orejas mientras Stoker se inclinaba en el suelo y el perro le alcanzó el cuello, tuvo que girar la cabeza para que no le lamiese la boca.

—Cara de no haber roto un plato, pero casi me parte la cabeza —asintió con ironía y negó con la cabeza mirando el zapato. Nilo lo empujó para que siguiese acariciándolo, esa vez metiendo el hocico en su oreja. Miró la cara del perro—. Madrastra, dos hermanastras y pierde un zapato —volvió a reír—. Qué demonios…

Se metió la mano en el bolsillo para sacar el móvil, Blake les acababa de enviar la temática de la fiesta del enlace de Hércules y Michelle.

Abrió la foto, allí estaba la invitación digital que luego enviarían a los invitados con un enorme sobre dorado.

Érase una vez.

Aquello no podía ser real.

20

Se había acostado boca abajo y tenía la cara sobre la colcha. No podía moverse, literal. Ni siquiera había sido capaz de hablar con Mary más que para decirle que estaba bien. Pero acababa de recordar que al día siguiente otro de sus profesores esperaba la temática de la planificación de un trabajo que tendría que entregar la semana siguiente. Y no tenía ni idea.

Por suerte, disponía de una biblioteca de tamaño inusual con una sala de ingeniería, más completa que la de la universidad.

Hasta dentro de un bucle de mala suerte, hay que tener suerte.

Se ayudó con las manos para bajarse de la cama, lo de las piernas era ya inhumano. Cada vez peor. Querían dormir y se negaban a moverse si no era produciendo un dolor espantoso.

Abrió la puerta para salir y recogió los libros de Irina para dejarlos en su lugar, en la estantería con el resto. No quería que pensaran que se los iba a quedar.

Aún no se sabía el camino de memoria, así que tuvo que poner de su parte para no perderse hasta la biblioteca. Sintió el tintineo de platos, estarían preparando el salón para la cena.

Ya quisiera yo cenar.

Pero no había ningún extra para ella en aquella casa más que una cama y un techo. Y aun así estaba agradecida, mal lo tendría, los alquileres de habitaciones habían vuelto a subir. No podría pagarlos con sus dos pequeños sueldos.

Llegó a la biblioteca, estaba cerrada, no habría nadie por suerte. Entró y dejó los libros de Irina en su lugar, divisó uno más grueso de pastas azules para llevárselo aquella noche, pero antes tenía que solucionar el trabajo de la universidad.

La última sala tenía forma circular, era la destinada al trabajo de los Stoker, aviones. Ingeniería mecánica y aeronáutica. Algo de robótica y de informática, aunque todo orientado a la producción de aviones privados que luego vendían o alquilaban a quien pudiese pagarlos.

Por mucho que lo intentaba, no podía imaginar a Stoker conduciendo un bicho de aquellos. Quizás le parecía imposible teniendo en cuenta que ella no sabía conducir ni un coche. Aunque viéndolo con la moto, que ya casi volaba, supuso que podría conducir cualquier cosa con alas.

Sacudió los hombros, no sabía por qué cuando pensaba en aquellas habilidades de Stoker le entraba un extraño escalofrío que la hacía sacudirse.

La culpa la tiene Mary.

Y aquellos comentarios fuera de lugar y de tono.

Un libro de tamaño considerable le estaba llamando la atención más que el resto. Tenía proyectos extraños, con ruedas y maquinaria de otros siglos, estilo a los proyectos de Da Vinci.

El profesor lo fliparía.

Metido entre las hojas, había un papel plegado. Era un proyecto dibujado a mano, las ruedas formaban un avión con la parte interior a la vista, como si fuese una máquina voladora antigua. Una fantasía de un inventor que nunca había visto, ni vería en su vida un vehículo alado.

Al apoyarlo en la mesa dejó caer al suelo otros dos que había en ella.

Mierda.

No era capaz de agacharse a cogerlos. Tampoco el resto de folios que se habían salido de aquel libro llamativo. Suspiró sujetándose en la mesa, preparando su cabeza para inclinarse y cogerlos.

Se sobresaltó al ver una silueta y apretó la mano contra la mesa. Stoker estaba apoyado en uno de los marcos curvos de madera que separaban una sala de otra. Llevaba una camisa azul claro y, acostumbrada a verlo con los colores oscuros de las cazadoras de la moto o la camisa de

la cena, desconocía que el color claro resaltase aún más sus facciones de ensueño.

Mira a cualquier otro sitio que no sea a él, que se nota mucho que eres novata.

Contuvo la respiración. No sabía el tiempo que llevaba allí, lo mismo la vio andar como un pingüino de la mesa a la estantería y dejando caer libros que no había recogido del suelo. Notó el calor hasta en las orejas.

Qué desastre.

—Los libros de Irina están en la otra sala —dijo él—. Así que supongo que no estás aquí por gusto.

Por gusto estaría ahora mismo con la baba colgando en la esquina de la cama. Y estoy aquí, con la baba colgando también, aunque algo menos cómoda.

—No, no es por gusto —dijo bajando la mirada hacia el libro de los proyectos antiguos y fantasiosos.

Stoker seguía en el marco de madera y la estaba poniendo nerviosa. Para colmo, no podía moverse con rapidez ni con soltura, el sueño, el dolor, el cansancio y la falta de comida la hacían parecer pesada y torpe.

Y a aquellas alturas le daba igual lo que Stoker viera en ella. Nunca vería nada más que un estorbo, como Brit, como Ivy, como Kelly. Ella sobraba allí en todos los sentidos.

Tenía que recoger los libros del suelo y no era capaz. Pero con el dueño de aquello delante, no podía dejarlos tirados o podría ser una falta de respeto y dejar de tener el privilegio de acceder a la biblioteca. Y mientras que estuviese en la casa la necesitaba, por fuera y por dentro, para sus estudios y para el alma.

Se inclinó en el suelo apretando los dientes, lo peor no sabía si era agacharse o alzarse, lo comprobaría en unos momentos.

—Recuerdo el tipo de trabajo que te han pedido. —Lo oyó decir desde el suelo. Mía vio que uno de los folios estaba doblado por la mitad, era de un tamaño dos o tres veces más grande que el resto. Lo abrió para verlo—. Ese exactamente que tienes en la mano es el que entregué yo.

Y que lo dijese con aquel orgullo era normal y coherente, teniendo en cuenta lo que estaban viendo sus ojos. Completamente al estilo de la maquinaria Da Vinci y similares. Ruedas tuercas a la vista, un planetario dando vueltas.

—¿Lo llegaste a hacer? —Pregunta estúpida donde las hubiese, teniendo en cuenta que allí tenía los planos.

Encima de guapo a reventar, es un puñetero genio. Joder, y yo con estas piernas y estos pelos.

—Mi tercer *cum laude*, sí.

Y de humildad andamos cortos, eh. Joder, si no se conociese, se inventaría a sí mismo.

No podía levantarse del suelo. No podía, lo había intentado dos veces y era imposible sin que Stoker se diese cuenta del dolor y de la torpeza.

Soltó los libros y los folios sobre la mesa, alargando la mano desde el suelo.

Lo mío es de traca.

Encontró a Brian Stoker frente a ella. Así que se agarró al borde de la mesa y se sujetó a ella para subir aguantando el gemido. Oyó un crujido de algo bajo sus botines. Bajó la cabeza.

Mierda.

Había plantado su suela de goma justo encima del folio doble, sobre el tercer *cum laude* del señor Brian Stoker. Y delante de su cara.

Y no podía ni levantar la pierna para dejar de pisarlo.

Madre mía.

Él bajó la cabeza para mirar hacia su pie.

Me tendría que haber quedado en la cama.

Lo vio alzar únicamente los ojos para mirarla a ella. Las sombras que la tenue luz reflejaba en su cara hacían intenso el contorno de su mandíbula. Y aunque su atractivo aumentaba, también se endureció su imagen haciendo que se tensara.

—Lo siento. —Pero su pie no se levantaba por mucho que lo ordenase. Basculó su cuerpo hacia atrás para alzar un poco el pie, pero no podía retirarlo, él tendría que hacer el resto.

Y estaba comprobando que él no pensaba moverse un ápice.

Stoker se retiró de la mesa para su asombro y se dio media vuelta para salir de la sala.

—Espero que al menos lo limpies antes de entregarlo —dijo antes de perderse en la oscuridad de la siguiente sala, camino a la salida.

Mía se inclinó hacia delante sin dejar de sujetarse a la mesa.

La madre que me parió.

Miró bajo su pie en cuanto vio que Stoker salía de la biblioteca.

A ver cómo coño lo cojo ahora.

No se le había pasado por la cabeza entregarlo tal y como estaba, aunque estaba segura de que sería una nota máxima con esfuerzo cero. El esfuerzo superlativo llegaría a la hora de llevarlo a cabo.

Él era un genio, ella no.

Pero la idea de dedicar ese tiempo de proyecto a otros trabajos la tentaba, sobre todo teniendo en cuenta la debilidad, el cansancio y la falta de tiempo.

Si era capaz de mover la pierna, lo limpiaría y lo entregaría con el plus de que al hacerlo antes de fecha se ganaría un punto extra.

Era una idea formidable, luego llegarían los problemas. Stoker había hecho una máquina tremendamente compleja en estética, supuso que el funcionamiento no sería sencillo tampoco y el requisito indispensable era echarlo a andar.

Apoyó la barriga en el borde de la mesa y retiró al fin el pie. La suela no había quedado muy marcada. Con goma de borrar lo solucionaría.

Oyó un ruido procedente de la entrada de nuevo.

—Nilo, qué susto. —No sabía qué hacía allí habiéndose ido Stoker, el perro solía ser su sombra.

Apartó al perro para que no pisase también la hoja del proyecto. Se sujetó en la mesa y se agachó como pudo para recogerlo. Volvió a apartar el hocico del perro, las confianzas aumentaban y le alcanzó la oreja con una nariz fría y mojada. Tuvo que limpiarse enseguida, no pudo esquivarle la lengua ni levantarse a tiempo con el dolor.

Recibió un lengüetazo áspero y pegajoso de lleno en la boca.

21

Lo de las piernas sabía que se mejoraría en cuanto llevase unos minutos pedaleando, pero lo de la debilidad no parecía mejorar. Iba a peor. Se comió una barrita al levantarse, antes de la ducha ya mordía una segunda que tendría que durarle todo el camino.

Sin embargo, echaba en falta el calor de un vaso de leche o algún caldo que llenase su estómago. Recordó la sopa de pescado de la cena del primer día, y la boca se le hizo agua.

Hacía frío, más frío que los días anteriores y se pondría aún peor a medida que avanzasen los días. Tardó más de la cuenta en bajar las escaleras, con las piernas abiertas, tanto como podía, para tenerlas que doblar lo menos posible. Sentía los cuádriceps endurecidos como piedras.

Abrió los cerrojos y salió al jardín. En cuanto su vista se adaptó a la oscuridad de fuera se llevó las manos a la cabeza.

—No me lo puedo creer —resopló.

Kelly la había amenazado con tirar la bicicleta, aunque no creyó que llegase a tanto, aún menos entrando en escena la flamante y lujosa moto de Brian Stoker. Pero estaba tumbada sobre su bici, de la que solo podía ver parte del manillar y el borde de una rueda.

Quizás esa vez había sido obra del viento.

Se acercó tan rápido como pudo. Ni siquiera podía agacharse, levantarla en peso era imposible, con agujetas o sin ellas. Pesaba demasiado. Tirando solo conseguiría arrastrar la bicicleta con ella, además de arañarla y llevarse la bronca de los Stoker y de su madrastra.

Resopló. A aquella hora no había nadie que pudiese ayudarla, tan solo el guarda de la puerta, que no podría quitarse de su puesto. Así que necesitaba otro plan, uno inteligente que no supusiera mucho tiempo. Abrió la mochila y sacó un cuaderno, un lápiz y la calculadora. Solo tendría que buscar el modelo de la moto para saber su peso.

Se sobresaltó con una silueta, era de media estatura.

—Nilo, un día de estos me matas de un susto —resopló. Y eso era solo apareciendo, ya le daba miedo coger la bici en su presencia, no reaccionaba muy bien.

El perro metió el hocico sobre el cuaderno y no la dejaba escribir. Tuvo que empujarlo un par de veces para poder hacerlo. Luego miró la moto para ver la marca, le llevaría un rato buscar el modelo en el móvil.

—Si es que cada mañana empieza peor. —Quejarse no le valdría de nada. Ya lo sabía por experiencia. Aunque por gusto no se quejaba. Lo suyo era de traca.

Nilo volvió a meter la cabeza en su regazo y lo sintió resbalar el hocico hasta su bolsillo.

—Otra vez no. —Fue rápida esa vez y logró agarrar la barrita antes de que se la llevase, aunque solo pudo salvar la parte comestible, una suerte dentro de aquel caos. Nilo se retiró de ella con el papel azul brillante en la boca y Mía se metió lo que quedaba de barra en la suya o volvería a perderla como la de la noche. Sus ojos se cruzaron con los redondos del perro, que la miraba a media distancia—. No tienes ni idea de lo que es esa barra para mí.

Alargó una mano hacia el animal, seguramente para él era un reto o un juego, no lo entendía. Nilo ladeó la cabeza dejándose acariciar y alzó su oreja, entremetió los dedos tras ella para rascarle.

—Y ahora déjame sacar la bici de debajo de la moto de «tu padre», ¿vale? —Contuvo la sonrisa al decirlo. A ratos no era consciente de que Nilo no era el perro de la casa. Era el perro de Stoker y por lo que decía el ama de llaves, pocas veces se separaba de su dueño.

Salvo para tirarme de la bici o robarme barritas.

Intentó quitarle el envoltorio de la boca para tirarlo a la basura, pero el perro se retiró de ella con rapidez, echando a correr tras la casa.

Suspiró al quedarse sola, ya había perdido demasiado tiempo y cuando liberase la bicicleta tampoco podría pedalear muy rápido. Otra vez llegaría tarde, sus días en el trabajo estaban contados.

22

Bajaba las escaleras del ático mientras se acercaba el móvil a la boca.

—No entiendo qué hacéis todos por aquí tan temprano —grabó y envió.

Sonrió al ver entrar un audio de Alan Blake.

—Nos tienes ansiosos por averiguar cuál es la gran idea del día. —La voz de su amigo hizo que su sonrisa se ampliase.

—Una gran idea de más de quinientos kilos con la que no le servirá su kit de herramientas —respondió en otro audio.

Byron escribía.

«A mí no me interesa tanto qué demonios se le habrá ocurrido hacer con la bicicleta como qué pretende hacer ahora con la chica. ¿Piensas llevarla tú? ¿O esperas que la echen del trabajo y suspenda las clases?».

Se llevó el móvil a la boca de nuevo.

—Byron, lo tengo todo calculado —dijo con tono irónico—. Anoche le pedí al chófer de mi padre que estuviese en la puerta… —Miró el reloj—. En dos minutos. Justo el tiempo de llegar hasta la universidad a la hora que comienzan sus clases.

«Pero no son solo las clases», se apresuró a responderle Byron.

Salió al jardín y su mirada se dirigió enseguida al tejado del *parking*.

Se detuvo en seco.

No me lo puedo creer.

Su moto estaba en pie y no había rastro de la bicicleta de Mía Austen. Ni de ella. Sin embargo, de dos de los hierros superiores del techo colgaban un par de cuerdas y algunos utensilios de jardín que habría usado a modo de polea.

Entornó los ojos intentando deducir qué habría improvisado Mía para levantar aquella bestialidad de kilos y liberar la bici sin ninguna ayuda. Enseguida miró la pantalla de su móvil, podría acceder a las cámaras de seguridad y verla con sus propios ojos.

Abrió la aplicación de las cámaras mientras llegaba un nuevo audio.

—Anoche no nos escribiste y nos dejaste esperando, ¿qué pasó con el zapato? ¿Se lo llegaron a probar? —Era la voz de un profesor universitario con el eco del pasillo vacío de las galerías de las aulas de arte.

Entornó los ojos, las imágenes estaban oscuras, a aquellas horas aún no había amanecido, pero hasta a cámara rápida se podía ver el momento en el que Mía salía al jardín. Detuvo la imagen justo cuando ella apareció, miró la hora, era de unas dos horas y media atrás. Si no se hubiese quedado dormido sobre el libro que estaba leyendo, habría puesto la alarma temprano, al igual que les habría contestado a los Misters como le reclamaba Hércules.

Sintió el hocico de Nilo empujarle la cadera y lo apartó con la mano, encontró algo húmedo y tuvo que detener el vídeo para mirarlo.

—¿Otra vez? —Dejó caer el envoltorio al suelo antes de que se le llenase la mano de babas de perro, y se limpió en el pantalón por inercia.

Aquella mañana le había dejado la puerta entreabierta del ático para que pudiese salir, pensando que ella no saldría de allí. Pero por suerte esa vez no había corrido detrás.

Mía sacaba cosas de su mochila y enseguida apareció en escena su perro.

—Otra vez no responde, ya está ocultando cosas. —Se oía en el chat.

Nilo se acercaba a su cadera y la empujaba con ella. Detuvo la imagen, no podía verse bien, pero parecía que perro y joven forcejeaban por algo. Bajó la cabeza para mirar el papel en el

suelo, luego miró al perro de reojo. Alargó la mano hacia su cabeza y la dejó caer en él.

Volvió a dirigirse al vídeo mientras acariciaba la cabeza de Nilo.

—Es una suerte que haya alguien coherente en la casa. —Recordó las palabras de Marlowe. Sonrió mirando a Nilo de nuevo—. Aunque sea un perro y no lo entendamos.

Negó con la cabeza y accionó el vídeo. Mía había sacado una rueda de debajo de la moto, ya comenzaba a entender alguno de los objetos que encontró bajo el tejado del aparcamiento. Había construido una polea para ayudarse con los propios kilos de la moto para colocarla derecha.

Resopló y negó con la cabeza.

—Stoker, no te hagas el loco, contesta.

Las habilidades resolutivas del ser celestial estaban muy por encima de lo que esperaba. Quizás había obviado su parte ingeniera, tuvo que contener la sonrisa aunque lo hubiese vuelto a dejar como un imbécil.

Miró el móvil. Contarlo significaba soportar las mofas de sus amigos hasta que anocheciera y eso que acababa de amanecer.

Le dio al botón de grabar sin acercarse el móvil, seguía mirando las imágenes de Mía.

—Solo se lo probó una. Pequeño. Claro que le estaba pequeño. Ese zapato parece el de una muñeca. —Se detuvo un instante al verla apoyarse en la pared con una pierna para poder escalar el barrote del tejado. Y eso que sabía los dolores musculares que estaba soportando y que apenas podía moverse, él los conocía bien, los soportaba cada vez que decidía cambiar el entrenamiento. Mía alcanzaba la viga superior en las imágenes del vídeo y pasó una de las cuerdas por ella, después se soltó bajando de un salto. La vio detenerse algo inclinada, le dolería horrores ponerse derecha de nuevo—. Una muñeca con ojos grises enormes y cara de no haber roto un plato, pero que casi me abre la cabeza.

Volvió a contener la sonrisa al verla coger la rueda de la bici y alzarla en el aire para colocarla en su elevador casero.

—Esa voz ha sonado demasiado irónica. —Esa vez era Wilde—. A ver si casi le ha abierto otra cosa.

No podía ver los mensajes escritos al estar visualizando el vídeo, pero el móvil vibraba con los avisos, estarían plagados de risas. Miró de reojo su moto, estaba colocada en su lugar exacto, con las patas puestas. No se imaginaba a aquel pequeño cuerpo colocando las patas y dejándola estable. Tal y como él solía dejarla.

Pero su interés regresó de nuevo al vídeo y a Mía.

—Estáis obviando lo más importante, la chica se le ha vuelto a escapar, ¿no os habéis dado cuenta? —Era Marlowe y en la voz podía notarle que estaba conteniendo la sonrisa.

—Pone la moto a doscientos y el avión a… vete a saber, ¿y se le escapa una joven en bici? Stoker, esperábamos mucho más de ti —Wilde reía.

—Al final el que nunca se ha enamorado solo necesitaba la cara de un angelito para que no viese venir los estacazos. —Era de nuevo Blake, y también reía.

Quitó un instante el vídeo.

—¿Pensáis parar? —les dijo, sería para nada. Eso los animaría aún más. Tenían razones suficientes para darle tanto como pudiesen por cualquier cosa y Mía parecía haberles llamado la atención a pesar de sus intenciones de no resaltarla en absoluto.

Pero ellos tenían un don para presentir cuando lo extraordinario estaba cerca de alguno.

«No», pusieron uno por uno.

—Señor Stoker. —Alzó la cabeza para mirar, ya se le había olvidado que le había pedido el chófer a su padre aquella mañana. Y lo había hecho para nada.

—Puede volver con mi padre —le respondió y el hombre no volvió a abrir la boca, se giró para marcharse hacia el aparcamiento. No sabía si su padre se había ido por sí mismo o si había adelantado su salida para que él pudiese disponer del coche.

Y el problema persistía o empeoraba. Había mirado el tiempo y las lluvias serían intermitentes y poderosas. Lloviese o no aquella tarde noche, a Mía le costaría volver con el barro del camino.

Pero si ella lo sabía o no, poco parecía importarle en su empeño por sacar la bicicleta de debajo de la moto. Sonrió al ver que en sus cábalas no había acertado del todo en el mecanismo de la polea.

Genio.

Le fascinaba la capacidad de improvisación en aquellas cosas. Con instrumentos e informática cualquiera podría ser un buen ingeniero, pero en lo más simple se notaban las habilidades extraordinarias. Y estaba comprobando con sus propios ojos que la muñeca de los pies pequeños traía añadidas cualidades más que sobresalientes, aparte de todo lo que estaba a la vista, que no era poco.

Se dirigió al sofá de la marquesina sabiendo que rebobinaría el vídeo varias veces a lo largo de la mañana para volverlo a ver.

Se sobresaltó al sentir una silueta dando sombra en el sofá. Era Cathelyn, el ama de llaves.

—Disculpe, pero necesito que apruebe su menú de esta semana —le dijo la mujer acercándole una carpeta con una hoja.

Nunca comió lo mismo que el resto de su familia, ni siquiera cuando vivía su madre. Sus necesidades energéticas eran diferentes. Bajó los ojos y cogió el bolígrafo del borde de la carpeta para hacer un garabato. Le devolvió la carpeta a Cathelyn, que se apresuró a retirarse.

—Cathelyn, ¿la señorita Austen come el menú de la familia o el del servicio? —preguntó cuando la mujer ya estaba de espaldas.

—Ninguno de los dos. La señorita Austen no come aquí, señor Stoker.

Frunció el ceño al escucharla mientras Cathelyn se giraba para mirarlo. Su sospecha de que la base de la alimentación de aquella joven eran las barritas, cuyo envoltorio le llevaba Nilo, no había sido muy desacertada.

Volvió a dejar caer la mano sobre la cabeza del perro.

Muy bien, Nilo.

—No suele pisar el comedor y no sale de su habitación, salvo para dirigirse a la biblioteca y nadie me ha dado orden de llevarle nada.

Stoker apartó la mirada de Cathelyn y negó con la cabeza.

—¿Mi padre no ha dado orden de darle de comer? —No era el modo de actuar de su padre.

—Su padre ha dejado todo lo concerniente a las nuevas invitadas de la casa a cargo de la señora Kelly Austen.

—De la madrastra. —Stoker ladeó la cabeza. Cathelyn no podía darle la razón a su ironía, era una mujer muy profesional, pero estaba convencido de que pensaba lo mismo que él—. Es decir, que esa muchacha pedalea desde la ciudad hasta aquí y vuelve a hacerlo por la mañana sin cenar y sin desayunar. —Retiró la espalda del sofá—. Y a nadie le importa en absoluto.

Cathelyn bajó la carpeta hasta su falda.

—Si me permite una observación, señor —dijo y él enseguida alzó los ojos para mirarla—. Creo que esa circunstancia… —la vio dudar si contarlo o no—, no es nueva para Mía Austen.

Stoker se puso en pie con tanta rapidez que Cathelyn se sobresaltó con su gesto y enseguida su expresión cambió por completo a una temerosa.

—Quiero decir, no estoy segura, la chica no ha dicho nada al respecto, pero… —Le vio el apuro en su expresión—. Por favor, no diga nada, ni siquiera a su padre. No es nada basado en algo que yo haya visto. Solo es una observación…

Stoker asintió a la mujer para que se tranquilizase.

—Pero ella nunca esperó ni buscó nada aquí. —La mujer agachó la cabeza—. Como si así hubiese sido siempre. No sé si me explico. No quiero que nadie piense que ando criticando a las invitadas de su padre.

—Tranquila, Cathelyn. No diré nada. —Alargó la mano hasta el brazo de la mujer y se lo apretó. Ella conocía bien sus arrebatos contra ciertas cosas y temía que arremetiese enseguida contra las nuevas inquilinas. Pero nunca implicaría a Cathelyn en nada, él la apreciaba de verdad y sabía bien que su madre la apreciaba en vida. Era parte de aquella casa—. Gracias por tu sinceridad. —La soltó—. Que el cocinero replique otro menú como este para Mía Austen. Y haz un seguimiento de que se lo come. Lo último que quiero en esta casa es un cadáver.

Le cogió la carpeta a Cathelyn y escribió en el menú, hizo un nuevo garabato.

La mujer asintió con la cabeza.

—Gracias, señor Stoker.

Sabía que si dependiese de Cathelyn, hubiese hecho exactamente lo mismo.

—No me las des, solo evita que ella sepa que he sido yo quien ha ordenado esto.

La mandíbula de la mujer se movió en un intento de contener algo que no sabía si decir o no y él enseguida movió la mano para que se retirase sin decirle lo que fuera que pensaba decirle.

—Que ha sido mi padre, idea tuya, lo que sea salvo que he dado orden yo —le dijo y ella asintió.

Cathelyn se apresuró a retirarse y dejarlo solo.

Miró hacia la casa, tenía que hacerse a la idea de que las tres nuevas agregadas seguirían un tiempo tomando té en algún salón o haciéndose fotos con partes de la casa para subirlas a redes sociales o enviarlas a sus amistades, el cambio, su nueva vida. Una vida a costa de ellos.

No podía hacer nada para evitarlo, era la casa de su padre, en parte. Pero de ahí a que también a costa de los Stoker se perpetuase aquel trato discriminatorio y despreciable con Mía Austen, eso no pensaba permitirlo. Aquella muchacha les importaba tan poco a todos que hasta a él mismo conseguía ofenderlo.

No iba a permitirlo de ninguna manera mientras él estuviese allí.

Llegó el primer trueno, el cielo se había ennegrecido por completo.

23

Era viernes y los viernes por la tarde el ambiente en la tienda era peculiar, tocaba la reunión mensual de su jefa y sus amigas.

Estaban en el almacén, Mía se asomó.

—¡Tú no! —Una de ellas le dio un manotazo a otra, que tenía un pincel en la mano dirección a su ojo—. Quiero que me pinte la Sayu.

Mía frunció el ceño, la Sayu tenía una cola para maquillaje. Estaba terminando con Suki, era impresionante la habilidad que tenía para agrandar los ojos y afinar la nariz con solo unos pinceles y un maletín repleto de potingues.

Ella estaba ya maquillada y se había puesto una peluca azul turquesa. Le gustaba mucho más su pelo oscuro, pero suponía que la idea consistía en que los atuendos fuesen lo más llamativos posible.

—¿Disculpa? —Una voz desde la mesa de la caja la hizo enderezarse y sacar la cabeza del almacén.

Era una chica con el pelo negro brillante, la tez clara y los ojos oscuros. Miró a Mía con interés. No iba sola, la acompañaba un hombre que llevaba un abrigo de paño marrón oscuro, clásico y elegante, de aspecto más serio y menos afable que el de la joven.

—Me han dado esta dirección, buscamos a Jimena Béquer, nos han dicho que podríamos encontrarla aquí.

Mía abrió la boca para responder, pero enseguida la cerró y miró de reojo al interior del almacén. No sabía si el jaleo que tenían dentro podría escucharse desde la caja.

—Un momento —les sonrió todo lo que pudo y la joven le devolvió la sonrisa.

—Le digo que la busca…

—Dayana King —respondió la joven—. Dile que me envía su abuela.

Mía asintió con la cabeza y se escabulló hacia el almacén. Sayu estaba inclinada sobre otra de las chicas, y pintaba con corrector una línea en la mitad de su párpado.

—Jimena —le dijo junto a su hombro.

—Un momento, que esto necesita precisión —dijo y sacó la lengua para morderla con los labios mientras seguía la línea.

Mía se inclinó más a su hombro.

—Te busca Dayana King. —Y notó cómo el cuerpo de Jimena rebotaba y la miró enseguida.

—¿Dayana King? —Miró a Mía como si la hubiese llevado ella.

—Dice que la envía tu abuela.

Jimena se llevó las manos a los lados de la cabeza, pudo ver cómo el pincel embadurnado de maquillaje manchaba algunos pelos azules de su peluca.

—¿Mi abuela ha conseguido que Dayana le haga caso?

Mía frunció el ceño. No sabía quién demonios podía ser Dayana, pero a la pobre chica parecía que le había dado un subidón.

—Dile que salgo ahora mismo. —Se miró al espejo enseguida y bajó la mirada hacia su ropa, un vestido negro con las mangas abollonadas y la falda de tul. Un tanto extraño y llamativo, como toda ella—. Dios… y por qué le habrá dicho que venga aquí.

—Aquí es donde te envía tu abuela todos los paquetes —reía Suki—. Se creerá que vives aquí.

—Es que casi vive aquí —respondió la que estaba sentada con el ojo a medio pintar, y el resto rio.

Jimena las miró.

—¿Tengo pinta de enfermera? —les preguntó.

Mía no respondió, pero a juzgar por el estilo que llevaba el hombre del abrigo, ya podría adelantarle que no.

—No puedes perder la oportunidad, sal ahora mismo. —La empujó Suki.

Mía se adelantó para salir antes que Jimena. Vio que el hombre que acompañaba a Dayana había desviado la mirada hacia el lazo negro que llevaba tras la cabeza, no sabía qué interés podría tener un simple lazo, pero Dayana y él se miraron un instante.

Si os sorprende un lazo, vuestra cara en unos segundos va a ser un espectáculo.

Sintió el tul del vestido de Jimena rozarle la mano, y vio los cuellos de ellos dos torcerse de inmediato hacia su derecha. Mía tuvo que apartar la mirada para ocultar la sonrisa, la chica fue capaz de disimular mejor que el hombre que la acompañaba, que desvió la mirada hacia una de las vitrinas. Quizás no era suficiente para asimilarlo así de una vez.

Mía se apartó y sacó unas cajas para poder quitarse de en medio y dirigirse a las vitrinas a hacer tiempo mientras hablaban sin que ella estuviese escuchando.

Volvió a encontrar la mirada de iris grises del hombre que acompañaba a Dayana King a través de uno de los cristales. Intentó recordar si lo conocía de algo. Estaba segura de que no.

La conversación no se demoró mucho, parecía que ambos tenían prisa o que ya habían visto lo que necesitaban ver, pero vio a Jimena darle algunas tarjetas a la joven. El hombre que la acompañaba se despidió de Jimena de lejos, ni siquiera se había acercado a ella, solo Dayana.

Jimena se perdió en la trastienda y ambos se alejaron de la mesa de la caja hacia la salida.

—¿Quieres que a Byron le dé un infarto? —Pudo escucharlo susurrar con una voz grave.

Pudo entender la razón por la que buscaban a Jimena y le apenaba el resultado. Aquella chica necesitaba ayuda, tanto como ella.

—Eso no tiene importancia. —La oyó responder a ella en otro susurro.

—Tú lo conoces. Así que es un no.

Ambos se callaron al pasar por su lado, la mirada de los dos se dirigió a ella a través de una de las puertas de cristal de la vitrina abierta, a su lazo, a sus ojos, a su cara, de nuevo a su lazo. Mía sonrió, no le quedaba otra, aun sin saber qué interés podían tener en ella. Vio cómo la mandíbula de él se movía en un intento de contener la sonrisa, como si su cara sonriente tuviese algo de gracioso.

Dayana, sin embargo, sí le devolvió la sonrisa, una sonrisa demasiado efusiva, quizás estuviese aguantando algo más, una carcajada.

Ambos se despidieron de ella, y Dayana además alzó una de sus manos para acompañar a su adiós.

En cuanto salieron de allí se miró en el reflejo del cristal, no sabía si de entrar en la trastienda se habría llenado con pintura la cara y eso era lo que les había hecho gracia.

Pero no había pintura, lo gracioso estaba en su cara cuando sonreía.

Sonrió a su reflejo y se miró a un lado y otro, era su cara de siempre, nunca le había hecho gracia a nadie.

Pero a estos dos, sí.

Alzó las cejas y dejó de sonreír.

Pues vale.

Se oyeron risas de nuevo en la trastienda.

24

Suki y las suyas ya habían terminado, iban saliendo una por una del almacén. Cada una llevaba un color de pelo, lo del maquillaje y la ropa era de otro mundo. Un mundo de tinta y papel que solía ver en los estantes de cómic de la tienda o en el interior de las vitrinas en las figuras de las muñecas que las cinco adoraban.

—Mía, ¿te vienes? —le dijo Suki y le dio en la nariz. Mía sintió algo pegajoso en la punta de su nariz y se apresuró a restregarse, era un pegote de gel con purpurina.

Jimena bajó la barbilla para mirarla, alzando los ojos con ironía.

—Yo tardo cero coma dos en arreglarte y que no te reconozca ni tu madrastra —le dijo y rio —. Y tengo ahí algún vestido de sobra.

Mía sacudió la cabeza. Si hubiese tenido fuerzas, no le habría importado, era viernes. Aquel sábado lo tenía libre y sin ningún plan más que dormir, descansar y estudiar. Pero no podía con su cuerpo, y no sabía cómo encontraría el camino de regreso a casa con la tormenta que seguía cayendo de manera intermitente y que el techo del centro comercial le decía que aún no había parado. A ratos sonaba como el fin del mundo.

—No puedo, aunque me gustaría. —Echó para atrás uno de los mechones rosas de Suki. Y tenía que reconocer que verse con aquel atuendo era algo que le producía curiosidad.

Jimena y Suki se miraron.

—¿Te imaginas esos ojazos maquillados? —le dijo Jimena a su jefa—. Qué pasada.

Jimena le cogió la barbilla.

—Serías como una muñeca de verdad. Tienes que dejarme un día, ¿vale? Quiero verlo —añadió la chica y Mía asintió al verla tan efusiva—. Su es así, y no eres muy diferente. —La risa de Jimena aumentó.

Mía enseguida se miró en un espejo decorado que había tras la mesa de la caja. ¿Sería eso de lo que se reían la pareja elegante de antes? ¿Que se parecía a los muñecos de ojos enormes que vendía en la tienda? El lazo enorme en la parte posterior de la cabeza tampoco ayudaba. Era algo que había hecho a posta, supuso que ella, que no venía del mundo manga, necesitaba tener algo que la mimetizase con aquel lugar. Entonces vio a un personaje similar a ella en color de pelo y ojos, y esta llevaba la parte delantera del flequillo recogida atrás con un lazo negro. Ya no sabía si había sido una mala idea, si provocaba la sonrisa de los clientes.

Aunque estaba tan cansada que le daba exactamente igual.

El malestar de su cuerpo había comenzado antes que los días anteriores. Estaba en el mismo punto físico que cuando comenzaban las cuestas de regreso a casa, y aún no había salido ni del centro comercial. Pero es que le había tocado cierre, algo de lo que siempre se encargaba Suki, pero que esa vez no le sería posible.

Se oyó cómo el agua aumentaba cayendo contra el techo del centro comercial.

—Tengo el coche abajo, menos mal —dijo Suki—. Así no podemos salir, nos pondríamos perdidas.

Pero ella sí tenía que salir así. Suki le dijo que en la medida de lo posible, los días terribles la llevaría a casa. Pero el diluvio llegó justo cuando tenían reunión.

—Mía, píllate un taxi —le dijo su jefa.

Jimena se apoyó en la mesa de la caja.

—Si tuviese coche, te lo prestaría —dijo la chica—, pero en patinete tendrías el mismo problema.

Mía asintió con la cabeza. Se oyó el murmullo de las otras tres y risas.

—Atentas, atentas, mirad lo que viene por ahí —dijo una de ellas y rieron las tres a coro.

Y enseguida Mía, Jimena y Suki giraron la cabeza hacia ellas, que estaban junto al tótem de seguridad de la puerta de cristal.

Pero los ojos de Mía no tardaron en desviarse hacia el pasillo de tiendas del centro comercial. Era un grupo de cinco personas, entornó los ojos en cuanto reconoció una cazadora de grueso cuero oscuro apoyada en el brazo de uno de ellos. Tenía el pelo tan movido y despeinado que el *look* resultaba tremendamente impecable.

Lo acompañaban dos jóvenes, aunque él les sacaba media cabeza. Y dos chicas que le recordaron tanto a su hermanastra Brit que tuvo que mirarlas dos veces para comprobar que ninguna era ella.

—Es Stoker, por Dios. —Se giró enseguida dándole la espalda a la puerta ante la mirada de Suki, que tenía las cejas alzadas.

—¿Stoker no era un viejo? —preguntó su jefa encogiendo el cuello hacia atrás.

Jimena se dejó caer aún más en la mesa y ladeó la cabeza.

—No seas imbécil, Suki, ese debe de ser el hijo —dijo Jimena, más risas llegaron de las otras tres.

—Chicas, comportaos, que parece que no habéis visto a un tío en la vida —les reprendió Suki.

Una de ellas se giró para mirarla.

—Eso no es un tío, es Dios —le respondió la que llevaba la peluca de un amarillo pollo más que llamativo alzando una mano. Volvieron a reír.

Jimena seguía con la cabeza ladeada.

—En todo momento estamos hablando del tío de la cazadora, ¿no? —preguntó, y Mía sabía que era a ella. Jimena se inclinó más—. Está claro que en patinete no ha venido, así que ahí tienes a tu taxi.

Mía se sobresaltó.

—¿Estás loca? —Se retiró de la mesa—. Y está con sus amigos, ¿cómo voy a decirle…? —Retiró las manos del cristal—. Prefiero irme andando.

Las amigas de Suki se giraron para mirarla.

—¿Se lo digo yo por ti? —preguntó de nuevo la de la peluca amarillo pollo.

—Tías, disimulad, que ha mirado dos veces —les reprendió de nuevo Suki—. ¡Qué vergüenza!

Mía, que seguía de espaldas, cerró los ojos y se llevó una mano a la sien. Stoker era para ella parte del decorado de la casa, una parte inherente a aquel palacio de ensueño. Verlo fuera, y en su ambiente cercano, era algo que no digería, como un sueño abstracto en el que las partes no tenían mucho sentido.

Y él la habría visto, al menos su lazo negro, eso teniendo en cuenta que no supiese ya de antemano dónde trabajaba. Lo podría haber dicho Kelly, esa insistencia para disculpar su ausencia, la que su propia madrastra le imponía en la casa.

Jimena comenzó a tararear la canción que sonaba en aquel momento, Mía no entendía mucho de japonés, pero sonaba muy parecido a lo que estaba escuchando en los altavoces. No le extrañaba que fuese la cantante del grupo.

Suki se inclinó por encima de Jimena apoyando el antebrazo en su espalda.

—No nos habías dicho que Stoker tenía un hijo tan guapo —le dijo entornando los ojos, luego torció los labios en una expresión.

Mía giró levemente la cabeza para mirarla. El ritmo de la música subió y con ella la voz de

Jimena. Le recorrió cierta energía pecho arriba, comenzaba a entender el gusto de aquellas chicas por ese tipo de anime y todo lo que lo rodeaba, transmitía cierta esencia de héroes, algo sumamente agradable y positivo. Aunque tuviese a Stoker a unos metros y ella no pudiese pasar desapercibida porque la acompañaban cinco chicas algo alborotadoras y llamativas.

Pero eso le estaba resultando placentero y no entendía por qué. Quizás la razón era él y no nada de lo demás. El ritmo de la música subió aún más.

—El muñeco despeinado ha vuelto a mirar. —Oyó decir a Suki y Jimena rio dejando media frase de la canción a la mitad para reír.

—Pues ahora no nos eches la culpa, que estamos ya calladas —protestó una de las de la puerta.

Mía se cruzó con los ojos de Jimena, muy cerca.

—Creo que te ha reconocido —le dijo ella—, ha sido un giro doble de cuello, uno a la mitad y otro completo y rápido.

Suki volvió a dejarse caer en Jimena para mirar a Mía.

—Eso se llama un *rompecuello* en toda regla —añadió su jefa—, es algo reflejo y rápido, cuando en el campo de visión hay algo que sorprende sobremanera.

Jimena asentía a las palabras de Suki.

Comenzó otra canción y pudo verles el cambio de expresión en sus caras. Jimena alzó una mano y entonó las primeras palabras de la nueva canción. Luego las dos pegaron sus hombros para dar pequeños botes rápidos. Mía tuvo que reír girándose al completo, aunque significase ponerse cara a la puerta, al pasillo, y a Stoker. Lo que fuese que dijese aquella canción con ritmo y excesivamente alegre, la tenía completamente invadida. Hasta estaba segura de que de no haber estado él presente, también hubiese dado los mismos botes rápidos. El cansancio, la pesadez de los párpados y hasta el dolor de piernas habían pasado a un lado triste y oscuro, un lado sin importancia.

Alzó los ojos para mirar hacia la puerta, pero su altura no era competencia para aquellas chicas con plataformas y tacones altos. Solo pudo ver pelucas de colores llamativos, las tres que faltaban se habían acercado y unido a los botes y a las voces, unas más altas que otras. No tenían la afinación de Jimena, eso desde luego.

La risa de Mía aumentó.

Stoker lo tiene que estar flipando.

Apoyó el antebrazo en el cristal de la mesa para mirarlas mientras cantaban, intentando no desviar la mirada hacia el pasillo tras la puerta de entrada de la tienda. Una parte de ella sentía que Stoker seguía allí y que no la perdía de vista.

25

—¿Ahora dices que no te vienes a cenar? —preguntó Ernest, ya suponía que su tripulación no se conformaría con un solo café. Era Ernest el que lo estaba sustituyendo aquellos días en las rutas de vuelo.

Jenny le tiró del brazo.

—¿En serio? —le dijo la joven—. Eres tú el que estás de vacaciones, no nosotros.

Patrick se inclinó en medio de los tres.

—Encima de que hemos venido porque insistías en venir aquí, que está repleto de universitarios ruidosos —dijo.

Jenny entornó los ojos mirando a su compañero.

—¿Ya no recuerdas cuando eras universitario? Es un viernes por la noche, claro que hacen ruido —replicó ella.

Y ya que habían referido el ruido, nunca había visto algo como lo que había dentro de la tienda donde trabajaba Mía Austen. Aquellas chicas de atuendo más que extravagante parecían salidas de un cómic o de una de aquellas vitrinas.

Desde allí se las oía cantar. Su móvil vibró y enseguida bajó los ojos hacia la pantalla.

«Supongo que… que la moto de Stoker estuviese en el aparcamiento del mismo centro comercial donde está la tienda en donde trabaja la chica con cara de angelito es casualidad, ¿no?», había escrito Blake.

Alzó las cejas al leerlo, y enseguida recorrió el escueto pasillo circular que formaba el centro comercial, pequeño y escueto, y tal y como decían sus compañeros, repleto de estudiantes. No era un lugar que Blake soliese frecuentar. Ni nadie que conociese, salvo Mía.

«Sí, sí, por supuesto», había respondido Wilde acompañando su frase con una cara sarcástica.

Que lo hubiesen pillado era algo que no esperaba. Nadie sabía que iría, él mismo no lo supo hasta última hora, cuando Ernest lo llamó para quedar y una tormenta llevaba azotando Londres y los alrededores demasiado tiempo. En cuanto su compañero le preguntó a dónde ir, no tuvo dudas, al único lugar donde deseaba estar aunque no fuese capaz de reconocérselo ni a su tripulación ni a los Misters.

Pero el regreso de Mía llegó a preocuparle hasta el punto de encontrar la primera excusa para echar a correr hasta la puerta de cristal de la tienda que había nombrado Kelly a mediodía, cuando su padre preguntó por la joven hijastra.

Un café, unos bolos, y esperar a ver cómo le buscaba las vueltas a sus compañeros para perderse y asegurarse de que Mía Austen llegaba bien a la casa Stoker. Pero esa vez no le bastaría con rebasarla a un lado y otro de la carretera. Tal y como estaba el camino, no podría hacerlo en bicicleta, ya con las ruedas enormes y gruesas de la moto tuvo que aminorar la velocidad demasiado. Ella no lo conseguiría.

«No me lo puedo creer». Hércules dejó tras su frase una hilera de risas.

Se apresuró a escribir.

«¿Y qué hacías tú aquí?», preguntó a Blake.

Ernest le puso la mano en el hombro.

—Aquí pasamos de cenar, solo hay comida rápida, ¿seguro que no vienes? —le preguntó. Notó el móvil vibrar entre las manos y bajó la mirada con rapidez tras negar a su compañero con la cabeza.

—¿Qué le pasa a Stoker? Está raro. —Oyó preguntar a Lilly.

«¿Aquí? Con que aún estás allí, eso lo imaginaba yo», respondió Blake y le siguieron más

risas del resto.

—Creo que es por su padre y esa nueva situación en su casa con la pareja y sus tres hijas. —La voz de Ernest era lejana.

«Stoker buscando a una mujer a la puerta del trabajo. Así sin avisar y sin que ella le haya dicho ni siquiera en dónde trabaja. Eso es de plasta, desesperado y cutre, ¿lo sabes? No creí que viviría para verlo».

Más risas. Negó con la cabeza.

«No nos habías dicho que ya lleva el lazo negro, pensábamos que esa parte era de tu invención».

¿La ha visto? La madre que lo trajo.

—Stoker, tío, nos vamos —le dijo de nuevo Ernest alzando la mano para despedirse en una especie de choque, como un apretón de manos.

Se despidió de ellos de manera escueta mientras el móvil le vibraba en la mano. En cuanto se alejaron de él volvió a mirar la pantalla.

—Yo creo que más bien ha quedado con alguien. —Oyó susurrar a Lilly y el resto rio. Pero ya se alejaban.

«Para tu información, ha sido casualidad, yo he ido con Dayana por otro asunto», dijo Blake.

«¿Para el mío?», preguntó Byron.

«Exacto, pero no va a poder ser. Seguimos buscando, no te preocupes».

«Pues daos prisa porque me urge. No sé exactamente de cuántas semanas de embarazo está la chica, pero pronto no estará cómoda».

«Es que la quieres interna y es muy difícil. Casi todas tienen familia, como le pasará a la que tienes».

«Sabes que al menos una de las tres necesito que sea interna».

Wilde puso un emoticono de *stop* y Stoker alzó las cejas.

Me toca de nuevo.

«Blake, deja ahora eso y háblanos de la chica que ha hecho que Stoker eche a correr a un centro comercial de universitarios que no había pisado en su vida», dijo su amigo arqueólogo.

Volvieron las hileras de risas, esa vez se unió Marlowe también. Blake respondió con un emoticono sarcástico.

«Dayana entiende algo de pies y cree que sabe qué número puede tener. Pero os lo voy a decir por privado».

Más risas.

Stoker se apresuró a escribir.

«¿Me vais a tocar mucho las narices?».

«Tanto como me permitan los descansos entre clases y correcciones. Yo tampoco creí que viviría para verte así, por primera vez algo no te da igual. Así que estoy dispuesto a devolverte todas las sandeces que dices por aquí», dijo Hércules.

Alzó la mirada hacia la tienda, parecía que las chicas disfrazadas ya se marchaban. Dio un paso adelante mientras respondía a sus amigos.

«Para vuestra información, solo he venido por la tormenta. Primero me decís que busque una solución y ahora que la encuentro os tiráis a mi cuello».

«Pobre Stoker, que es todo caridad y no lo entendemos», respondió Hércules.

Las chicas ruidosas que estaban en el interior de la tienda ya salían, tuvieron que abrirse en dos hileras al rebasarlo para dejarlo entrar.

«Tened en cuenta el trabajo que va a costarle a Stoker decirle a la chica que ha ido a por ella

para que no vaya sola a casa. Buscará cualquier excusa de que pasaba por allí y ya se iba», añadió Blake.

«Qué poco me conocéis. Os dejo».

Se guardó el móvil.

26

Los últimos clientes solo iban a curiosear, la habían hecho sacar dos figuras de la vitrina para no llevarse nada. Tendría que cerrar ya o irían más curiosos que hacían tiempo para la hora de la cena. Como ya tenía el llavero en la mano, se dirigió a la puerta para cerrar.

Pero la puerta sonó avisándole de que había entrado un nuevo cliente y Mía se detuvo en la esquina del pasillo de las vitrinas.

Contuvo la respiración, con los clientes perdió de vista la puerta y aquel rellano del centro comercial donde estaba él. Pensaba que ya se habría marchado.

Pero al parecer solo se había marchado su grupo de amigos. Stoker estaba solo.

No sabía cómo saludarlo, no era precisamente un amigo, sonreírle como si fuese un cliente tampoco le servía. Ni siquiera sabía qué era lo que hacía allí, no tenía pinta de que aquel centro comercial y el tipo de tiendas que había fuesen nada de lo que a él le interesase. Ropa de bajo coste, tiendas de deporte, pero también de bajo coste, tiendas de videojuegos, la suya propia… quizás la librería, aunque las había más grandes y mejores en otro centro cercano. Por lo demás, una bolera, varias hamburgueserías y pizzerías, un pub donde ponían fútbol todo el día… Nada le casaba mucho con Mr Stoker ni con sus acompañantes.

Le gustaba cómo el aire despeinado podía ser tan tremendamente perfecto y acorde a todo lo que en su cabeza él representaba. Stoker fuera de la casa, en el mundo real, contrastaba aún más con todo lo que estaba acostumbrada a ver. Y lo digería mal.

—Hola. —Fue lo único que dijo Mía, aunque sonara un tanto escueto, quería ahorrarse el «eres lo último que esperaba ver por aquí, pero estoy comprobando que te veo perfecto donde sea».

Calla, calla.

Su mente se desviaba. Culpó enseguida a las malditas novelas.

—He estado esta tarde aquí con mi tripulación y cuando he visto el escaparate recordé que Kelly dijo que trabajabas en esta tienda —dijo él.

Mía alzó levemente las cejas, no había fallado en que había sido su madrastra.

—¿Kelly recuerda el nombre de la tienda? —Era lo único que le sorprendía.

—Solo el nombre del centro comercial y el de la temática de la tienda. —Y al decirlo, desvió la mirada hacia una de las vitrinas frontales—. No había mucha confusión. —Los ojos azul zafiro de Stoker regresaron a ella—. Aquí dentro no habrás sido consciente de lo que hay fuera, pero es imposible que llegues a casa en bicicleta, así que si quieres ahorrarte un taxi, yo voy para allá ahora. Si no tienes otro plan, claro.

Sonó tan simple en su voz que pareció que recoger a una hermanastra del trabajo era algo natural y cotidiano, sin mucha importancia ni nada a lo que tuviese que darle valor.

Pero sí lo tiene.

Tuvo que apretar los abdominales para contrarrestar lo que fuese que se estaba formando en su estómago.

—Iba para casa ahora. —Miró el reloj de gato que había en la pared, junto al espejo decorado —. Y si no es mucha molestia, gracias.

—Si no tardas mucho —se apresuró a responder él con la distancia y la superioridad que lo caracterizaban.

—Tendría que haber cerrado ya. —Ella dio unos pasos hacia la caja—. Tardo unos minutos, no sé si eso es mucho o poco.

Lo miró de reojo para ver su reacción, pero Stoker no dijo nada, miraba una de las muñecas

de la vitrina, precisamente la rubia del lazo negro, su referente a la hora de haber elegido el peinado para trabajar.

Mierda.

Y a él no se le habría pasado por alto el detalle.

—¿Quién es? —preguntó él y en su tono notó cierta ironía.

Tendría que haberle dicho que esperase fuera.

—Niko-Nakayura —respondió ella.

Era un personaje con una de las historias que más le llamaba la atención, en el mundo real era una joven normal, pero tenía la capacidad de poder viajar en el tiempo y en esas otras épocas era poseedora de superpoderes que usaba para cambiar los destinos de los personajes.

Era una historia llena de romanticismo porque se había enamorado de un samurái con un destino terrible. El samurái, obviamente, estaba comprometido con otra.

Solo esperaba que Stoker no viese el cómic bajo la caja registradora.

—¿Puedes sacarla? —preguntó él y ella se sobresaltó al oírlo.

Pero no podía decirle que no.

¿Ahora no hay prisa?

Se quitó de la muñeca la gomilla de la que colgaba el llavero, buscó la del número de vitrina y se la abrió. Esa en concreto de Niko-Nakayura era de las grandes.

No era la más bonita que habían tenido de ella.

Mía la cogió y la colocó sobre la mesa de cristal de la caja, dejó a Stoker con ella mientras cerraba el ordenador, aunque para eso tendría que ponerse de perfil y él comprobaría exactamente cómo su peinado era idéntico al de la chica.

—Con tarjeta. —Lo oyó decir y Mía detuvo el puntero del ratón justo antes de cerrar el programa.

¿Se la lleva? No me lo puedo creer.

Ni siquiera había preguntado el precio, supuso que para él eso no tenía importancia, aunque para ella significasen diez días de trabajo.

Giró la cabeza para mirar a la muñeca y a Stoker, a él pareció divertirle su desconcierto.

—¿Por qué? —le preguntó. Una muñeca así, ¿para Stoker?

Él alzó las cejas.

—¿Eso le preguntas a tus clientes? No venderás mucho. —Su respuesta hizo que enseguida tuviese que desviar la vista hasta el ordenador.

Marcó en el ordenador y puso el datáfono sobre la mesa.

Qué demonios.

—Voy al almacén a por la caja. —Giró el datáfono para ponerlo de cara a él y se metió en la trastienda.

Suspiró buscando la caja en la estantería.

Esto es surrealista.

Se aupó con una escalera para coger la caja y comprobó que tenía dentro el corcho protector. Regresó a la tienda mientras volvía a escuchar el sonido de la puerta.

Mierda, más clientes.

Miró hacia la puerta, pero no eran más clientes. Era un chico. Uno que ya conocía. Un chico medianamente atractivo y simpático, con el que hubiese quedado más de haber tenido más tiempo en sus últimas semanas. No llegó a tener nada con él nunca, aunque sus previsiones eran buenas. De haber tenido tiempo. No lo tuvo, nunca lo tenía.

Y la verdad, en ese momento que podía verlo junto a Stoker, se alegraba de no haber tenido

tiempo.

Esta comparación es una maldad.

Todos tendrían las de perder junto a él. A partir de ese momento su medidor habría cambiado por completo, una medición avanzada y diferente. Una vez incluido el nivel dios arriba, todos los demás bajaban en la escalera sin remedio.

Eugene salía tan mal parado como cualquier otro.

—Siento no haberte avisado —le dijo el chico sonriendo—. Pasaba por aquí y he visto que aún estaba abierta.

Otro que pasaba por aquí.

Tuvo que disimular la sonrisa. Stoker ya había pagado, aún tenía la cartera en la mano, y acababa de empujar el brazo del gato de la suerte, el Maneki-Neko que a Suki le gustaba tener en la mesa de caja, decían que atraía clientela y ella era muy creyente en todo lo asiático.

—Está cayendo una tormenta terrible fuera —añadió Eugene.

Quizás había confundido a Stoker con un cliente, aunque en ese momento lo parecía. Vio que Eugene miró la caja de la muñeca y la muñeca sobre la mesa.

Mía sonrió a Eugene.

—Todos los que entráis aquí decís lo mismo —Mía sonrió—. Ya me está dando miedo hasta salir.

El chico rio, sin embargo, Stoker no reaccionó a sus palabras de ninguna manera. Continuaba siguiendo con la mirada el balanceo del brazo del gato.

—De eso nada, he traído el coche. Podemos ir a cenar, supongo que no habrás cenado aún. Si no tienes otro plan, claro. —Eugene miró la hora.

Ups.

El dedo de Stoker volvió a empujar el gato Maneki, que balanceaba su brazo con más rapidez.

—No, solo pensaba irme a casa. No ha sido mi mejor semana —respondió ella con cierta incomodidad. Y no debería tener ninguna incomodidad. No había quedado con ninguno de los dos, se habían presentado allí sin avisar, casi a la vez y con las mismas razones; pasaban por allí. No les debía nada a ninguno de los dos.

Pero la incomodidad se extendía.

—Tu mejor semana será el día que puedas alejarte de esas idiotas de tu familia y de todo lo que les rodee —soltó Eugene.

Diosssss.

—Ya me temía que el cambio no iba a ser a mejor. Y menos si es como me explicaste, ahora con gente de pasta de su parte se sentirán aún más superiores y lo pagarán contigo.

Diooooooosss.

Stoker detuvo el brazo del gato de la suerte.

—¿Tengo que llevarme la muñeca así? —preguntó y su tono hizo que Eugene se sobresaltase.

—Disculpa. —El joven se retiró de la caja para dejarle sitio, seguramente pensando que era un cliente.

—Disculpa —dijo también ella.

Comenzó a meter la muñeca en la caja.

—¿Y cómo es esa nueva familia rica de tu madrastra? ¿Te miran como a un bicho raro también?

Mía alzó la mirada un instante, pero solo encontró el pecho de Stoker, ni siquiera podía ver a

Eugene. Tuvo que alzar los ojos para mirarle a la cara. No supo digerir del todo la expresión de Stoker, ironía, sarcasmo… le hizo un gesto con las cejas y alzó la barbilla para que respondiese a Eugene.

Vaya sorpresa final que me tenía preparada la semana.

—Para nada, el señor Stoker es muy amable —respondió. El corcho blanco con la muñeca dentro no entraba en la caja. No la habría puesto bien, un solo milímetro hacía que no la pudiese meter. Y comenzaba a ponerse nerviosa. Sacó de nuevo la muñeca para encajarla mejor.

—¿Y tu madrastra permite que sea amable contigo? —rio Eugene, seguía sin poder verlo con el cuerpo de Stoker en medio—. ¿Y el hijo?

Volvió a alzar los ojos hacia la cara de Stoker, este contenía la sonrisa. Volvió a hacerle el mismo gesto con la cara para que respondiese.

—Hace lo que puede —dijo y vio a Stoker fruncir el ceño. Su gesto hizo que algo en su pecho se soltase y con ello la tensión en su cuerpo. Mía contuvo la sonrisa también.

Y esa vez la muñeca encajó y el corcho entró al completo en la caja. Se inclinó para coger una bolsa de las de tela. Regalo de la casa a un cliente algo diferente.

—¿De verdad no te apetece tomar algo? Será rápido. —Nunca había visto a Eugene insistir tanto.

Lo miró y negó con la cabeza, tuvo que contener la sonrisa al ver la expresión de Stoker. Fue una suerte que Eugene estuviese tras él y no lo viera.

Está insistente y suena a desesperación, sí. Es un novato, todos sabemos que tú no. Para ti será divertidísimo, supongo.

—No, hoy necesito llegar a casa temprano —respondió y perdió de vista a Eugene cuando Stoker interpuso su cuerpo nuevamente en su campo de visión.

—Vale, pues si quieres ir directamente a casa, puedo llevarte yo —continuó Eugene .

La nueva expresión de Stoker la hizo volver a contener la sonrisa.

Piensa que es un matado. Pobre chico.

Le dio la bolsa a Stoker y lo empujó con ella en el pecho para que se apartase y pudiese volver a ver a Eugene.

—No es necesario, pero gracias. —Consiguió que Stoker se echase a un lado, pero no perdía aquella expresión que la hacía querer sonreír.

—Claro que lo es —respondió el joven—. Conozco el camino, no es un camino fácil. Y con el tiempo que hace hoy no vas a poder llegar de otra manera.

Stoker volvió a empujar el brazo del gato Maneki y este aumentó su balanceo.

—Sí que puede llegar de otra manera. —Se sobresaltó al escuchar la voz de Stoker, que seguía mirando el brazo del gato balancearse—. Porque Brian Stoker, el que hace lo que puede… —Miró a Mía un instante—. Hoy sí que puede llevarla a casa.

Ella apretó los dientes, no fue capaz ni de mirar a Eugene, no sabría dónde meterse. Y se apenó por él, era un buen chico.

Mía miró al joven al fin, este miraba de reojo a Stoker y luego dirigió los ojos hacia ella.

—Estupendo —dijo, sin embargo—, ¿otro día?

Y no le gustó en absoluto escucharlo, algo que hizo que su estómago bajase a ras del piso. Eugene ahora sabía quién era el hombre de la cazadora motera y pinta de espectáculo de vallas de publicidad. Quizás esa era la razón por la que no lo había visto un rival en absoluto. Bajo los ojos de Eugene, ella no sería candidata de nada, solo una hermanastra pequeña.

Y su estómago volvió a bajar a la altura de al menos el primer garaje subterráneo.

Stoker la miraba de reojo. Ella bajó la barbilla asintiendo con la cabeza y la mantuvo baja,

tuvo que alzar los ojos para mirar a Eugene.

—¿Te llamo mañana? —Regresó la expresión de Stoker—. Me dijiste que estabas de descanso.

¿Te lo dije?

Sería a primeros de mes cuando le dieron el cuadrante, cuando aún vivían en casa y no había brecha en los cimientos, ni siquiera lo recordaba. Era como si fuesen años luz atrás.

Su casa ahora era un cuarto en la parte izquierda de la casa del hombre que tenía delante.

Volvió a asentir, aun sabiendo que ese fin de semana quería estar tumbada hasta que sonase el despertador el lunes por la mañana. Lo de las piernas iba a más y su debilidad también. El olor a comida rápida que entraba a través de la puerta era una torta más que se sumaba a todo lo anterior.

—Mañana te llamo entonces. —Eugene se giró levemente hacia Stoker, era una suerte que siguiese de espaldas a él, compenetrado en el balanceo del Maneki sonriente y que Eugene no pudiese ver la misma expresión que había puesto cada vez que insistía con ella—. Encantado, Mr Stoker.

Aquel Mr Stoker sonaba formal, quizás porque a Eugene Stoker le llevaba tantos años como a ella. Y Stoker al fin se giró para mirar al joven.

—Un placer —respondió y pudo comprobar por la reacción que aquella seguridad arrolladora tampoco era inmune para el resto de hombres, quizás la juventud de Eugene tendría algo que ver o era que Stoker impresionaba a simple vista a todo el mundo.

En la facultad estaba acostumbrada a que más de un chico se interesase por ella a la vez, y nada tenía que ver con lo que tenía ante sus ojos. Efectivamente, para Eugene Stoker no era competencia en absoluto, ni una pizca de recelo.

Lo observó hasta que salió de la tienda, donde volvió a despedirse con la mano. Mía le sonrió y alzó la mano también. Miró de reojo a Stoker, este le dio de nuevo un toque al brazo del gato.

Mía se apresuró a apagar el ordenador. La puerta sonó de nuevo y enseguida se giró para mirar.

—Está cerrado. —A pesar de que él ni siquiera se había dado la vuelta para mirar, su voz sonó tan firme que la pareja que estaba a punto de entrar se detuvo en seco.

—Lo siento —dijo la chica cerrando la puerta de nuevo.

Mía miró a Stoker, parecía que le estaba gustando aquel gato dorado y celeste de barriga gorda y cara sonriente. O más bien su mirada iba más allá, al mecanismo interior que hacía que su brazo no dejase de balancearse.

—Cierra la puerta, pon un cartel de cerrado o lo que sea que hagas antes de cerrar o estaremos aquí hasta mañana. —Alzó las cejas al escucharlo protestar—. Y yo también estoy sin cenar.

Pero si has sido tú el que me has entretenido con la muñeca.

—Debería estar cerrado desde hace quince minutos —añadió él.

Encima.

—Suele pasar cuando vienen clientes a última hora, cuando ya debería estar cerrado —respondió ella y consiguió que él perdiese de vista el mecanismo del gato.

Stoker ni siquiera había movido la cabeza, solo dirigió los ojos a ella. Pero Mía no se detuvo en su mirada ni un instante, se apresuró a coger su mochila de la trastienda y el abrigo. La mochila grande la recogería el lunes a primera hora.

Al final me voy a tener que volver en bici, ya verás.

Cogió las llaves de encima de la mesa de cristal.

—Lista —dijo ella y él al fin se apartó del gato.

Stoker bajó la vista hacia su abrigo un instante, luego se dio media vuelta hacia la puerta. Mía lo siguió y cerró la puerta con llave y accionó la reja que comenzó a desplazarse lentamente hasta abajo. Una vez que llegaba al suelo, le tocaba inclinarse para cerrar los cerrojos inferiores que la anclaban al suelo.

Joder.

Los muslos, dolor terrible que a última hora de la noche era insoportable y le aumentaba el sueño. Se agarró a las rejas para agacharse.

Uffff.

Contuvo la respiración en aquella postura, lo peor era al subir. Volvió a agarrarse a las rejas y se alzó como si fuese a cumplir cerca de un siglo.

Desvió la mirada para no cruzarse con la de Stoker.

Qué vergüenza.

No había que ser muy listo para darse cuenta de la dificultad de movimiento de su cuerpo, y Stoker de listo iba sobrado. Se colocó a su lado y él enseguida se dirigió hacia las escaleras mecánicas que bajaban al sótano.

—Ese chico… —Lo oyó decir y ella alzó levemente las cejas—. No tiene ni idea. Se presenta aquí sin avisar con una excusa absurda para recogerte y llevarte a cenar. Es algo completamente desesperado y de absoluto principiante. —Volvió a poner la misma expresión que en la tienda de espaldas a Eugene y Mía tuvo que contener la sonrisa.

—¿Por qué? —Mía lo miró de reojo mientras se subía a las escaleras mecánicas que descendían—. Es algo completamente admirable y detallista. Está lloviendo y ese camino no se puede hacer como yo lo suelo hacer.

Stoker cambió la expresión.

—Eso es porque estás acostumbrada a otros que hacen lo mismo. Con el tiempo acabarás largándolos por ineptos. —Stoker dio una zancada para bajarse de la escalera. Ella, sin embargo, esperó a que acabase de descender para bajarse.

Atravesaron la puerta del aparcamiento, las motos estaban en un lateral y reconoció el coloso enorme de Stoker.

—¿Sí? —respondió ella—. ¿Y cómo se debe hacer según tú?

Él hizo una mueca.

—No tengo ni idea, pero al menos que no dé vergüenza ajena.

Stoker puso una mano sobre el cofre y abrió una especie de maletero con mucho más fondo de lo que esperaba. Y sacó algo blanco de él.

Blanco con una raya negra, azul y roja, similar a la que tenía su cazadora, y un casco negro.

—¿No tienes ni idea? —decía ella volviendo a mirarlo a él—. ¿Cómo lo haces tú entonces?

—¿Yo? —Guardaba la muñeca—. Nunca lo hago.

Stoker se giró para subirse a la moto.

—¿Salir con mujeres? —No podía creerlo.

—Buscar a mujeres. —Le dio lo blanco que había sacado de la moto y pasó la pierna por encima.

Se encanta, no puede evitarlo.

—Claro, ellas te buscan a ti. —Y sonó aún más irónico de lo que esperaba, tanto que hasta dudó si aún se quedaría en tierra. Lo vio girar la cabeza para mirarla, pero no pudo ver bien su expresión para saber si se había molestado, había desenvuelto el cuero blanco que había bajo el casco. Era una cazadora pequeña, posiblemente de mujer, y talla XS.

Precisamente la suya.

—No buscas a mujeres, pero ¿llevas una cazadora de mujer en la moto? —preguntó alzando las cejas.

—Es de una amiga —respondió él con rapidez, con la misma manera segura de quitarle importancia a todo.

—¿Con la etiqueta colgando? —añadió y lo vio alargar la mano enseguida hacia la etiqueta.

—Por supuesto —dijo dando un tirón a la etiqueta, su tono seguía igual—. Y sube de una vez o llegaremos demasiado tarde.

¿Eso tenía cuatro números?

Sintió su mirada, ella seguía dudando si colocarse aquello o no. Una cosa era que Kelly la viese llegar con Stoker y otra era que llegase montada en la moto y con una cazadora que hacía juego con él y con la moto cuando la noche anterior le dejó claro que no se acercase a él o a su padre. La iba a matar.

—¿Puedes ponértela y subirte de una vez? —Alzó los ojos hacia Stoker, sonaba a orden absoluta.

—¿Y mi abrigo?

—Puedes tirarlo a la basura, no te quitará el frío aquí arriba. —Él sí se había colocado la cazadora y el casco. Solo le faltaban los guantes.

¿Piensa poner este bicho a toda pastilla conmigo encima?

Quizás su cara había sido completamente explícita.

—¿Te dan miedo las motos? —preguntó él y movió levemente las cejas.

—Si van muy rápido, sí. —Se bajó la cremallera del abrigo.

—¿Quieres que vaya a la velocidad de tu bicicleta?

—No, pero…

¿Se lo digo o no?

—Tampoco a la que vas por el camino a tu casa. —Y esa vez él sí alzó las cejas al completo.

—¿Eso es velocidad? —Casi rio y ella se sintió estúpida.

¿No?

Ya estaba dentro de la cazadora, se subió la cremallera y no esperó que fuese tan ligera, la subió hasta su cuello envolviéndose por completo en aquella piel gruesa que tenía un efecto térmico como no había probado nada en su vida.

Mía señaló el asiento trasero, demasiado alto para ella, aún no sabía cómo iba a subirse.

—¿Puedo guardar esto ahí? —Era amplio, cabrían su mochila y el anorak. Y hasta ella misma.

Esa vez Stoker le entregó una pequeña llave para que lo abriera ella misma. Se fijó en que habían salido dos estriberas traseras de la nada. Cerró el cofre de nuevo y le devolvió la llave a su dueño.

A ver cómo subo el pie ahí.

Las piernas le respondían poco y estaba alto, teniendo en cuenta su estatura. Y sin punto de apoyo en ningún otro lugar que no fuese Stoker.

Lo de su estómago ombligo arriba fue inmediato.

Alzó el pie y lo puso en la estribera, no tuvo que meditar si agarrarse a él o no, vio que su brazo se movía y le cogió la mano con aquella textura, basta y suave a la vez, del guante.

Pasó la pierna por encima de la moto con cuidado de que no se le cayese el casco de la otra mano y su culo cayó en aquel asiento cómodo y mullido que se hundió levemente tomando la forma exacta y hundiéndola aún más.

No recordaba haber tenido el culo en un lugar más placentero en su vida. Bajó la barbilla para mirar sus caderas antes de colocarse el casco. Que el culo de Stoker estuviese tan cerca era un añadido más al placer en las caderas.

Se colocó el casco antes de que todo eso se le notase en la cara.

Y aquel bicho se activó, con el casco puesto no era tan tronador como desde fuera.

—¿Preparada? —Se sobresaltó al escuchar la voz de Stoker casi dentro de su cabeza.

Qué demonios, ¿están conectados?

—Sí.

—No —la corrigió él y ella frunció el ceño.

Stoker le había dado a algo, porque sintió cómo metía la marcha en el motor.

Me tiemblan hasta las piernas.

Nunca se había montado en una y menos tan grande. Lo único parecido era el patinete cuando se encontraba a alguna amiga de Suki camino de la facultad a la tienda. Y eso no era un patinete, eran palabras mayores.

Notó la moto moverse levemente y se agarró a Stoker, bajando la mirada para comprobar que había sido solo bajarla de la pata de cabra.

Y casi me da algo.

—Ahora sí. —Lo oyó decir.

Que me agarre, ok. *A eso se refería.*

Aunque más bien se aferraba a él de manera bochornosa. Cerró los ojos al sentir la moto moverse y los mantuvo cerrados cuando comenzaba a coger velocidad. Por dentro del subterráneo no podría correr mucho, así que parte de ella se relajó mientras la inercia empujaba su cuerpo hacia Stoker.

Esto va a gustarme y todo.

Abrió los ojos levemente y vio las luces amarillas de la carretera, ya estaban fuera. Volvió a contener la respiración al escuchar aquel cambio en el motor. La ligereza en su cuerpo se hizo intensa mientras la moto se inclinaba hacia la derecha.

Pufff.

Primera curva con éxito, un nuevo cambio de marcha, y un acelere considerable que la atrajo hacia él de nuevo. No sabía cómo iba a llegar a casa sin que le diese un infarto, cerró los ojos de nuevo. Pero así la ligereza del cuerpo se convertía en un suave mareo que podría llevarla a algo aún peor.

Abrió los ojos.

No vaya a ser que vomite con el cacharro este en la cabeza.

Mejor no imaginarlo.

Con el desnivel de los dos asientos, si se aupaba un poco, podía ver algo de carretera por encima del hombro de Stoker. Se encogió enseguida y la moto aminoró la marcha hasta que se detuvo en un semáforo.

Apartó las manos de él y lo vio girarse para ver qué iba a hacer. Mía metió las manos por dentro de la chaqueta, era una suerte ser menuda en todas partes de su cuerpo, la largura de las mangas le daba margen para meterlas por dentro. Volvió a agarrar a Stoker cuando vio la luz verde en el semáforo.

Esta parte la estoy aprendiendo bien.

Volvió a cerrar los ojos al sentir cómo su cuerpo basculaba a un lado, esa vez el izquierdo.

A las que le va a dar un infarto es a Kelly y a mis hermanastras.

Y si no temiese las posibles consecuencias, hasta resultaba placentero.

Consecuencias…

Pocas quedaban. Ya la dejaban sin comer, no podrían quitarle la comida, solo el alojamiento o el agua caliente. Y eso no les sería fácil, se les rompería el circo de aparentar ser buenas personas.

Abrió los ojos al sentir que de nuevo la moto aminoraba la velocidad.

Y esa vez no era un semáforo.

No podemos haber llegado.

Se aupó levemente, pero sus piernas doloridas no le permitieron alzarse mucho. Dejó caer el culo y ladeó el cuerpo para ver por el lado izquierdo de Stoker.

—¿Dónde estamos? —preguntó al ver que metía la moto en otro aparcamiento techado.

—Te dije que no tardaras mucho. Se ha hecho tarde y tengo hambre. —Lo oyó decir, tendría que decirle que le bajase el volumen de aquel cacharro o la dejaría sorda.

Alzó los ojos para mirar las letras luminosas. Por el nombre era un restaurante italiano.

El estómago no tardó en responderle y el paladar tampoco.

No sabía cuánto necesitaba su cuerpo la pasta mullida y esponjosa hasta que leyó aquel cartel luminoso.

La moto retrocedió y quedó clavada más alzada del suelo. Notó cómo Stoker se movía y volvió a tener su mano enguantada a centímetros de ella. Se la cogió para bajarse.

Lo del dolor y el movimiento no tenía nombre. Volvió a parecer una señora mayor. Vio que Stoker se quitaba el casco y ella lo imitó, comprobando de primera mano cómo su pelo aprisionado volvía a tomar la forma despeinada que tan bien le quedaba.

No lo vio guardar el casco en ninguna parte, supuso que con todo lo que había metido en el cofre ya no cabían.

—Vamos —le dijo.

Ella se apresuró para seguirle el paso.

—¿Hay alguna forma de bajarle el volumen a esto? —le preguntó y lo vio mover la mandíbula, como en un intento de no reír.

Lo del estómago regresó con fuerza y no sabía si el olor a pasta cocida tendría algo que ver.

Stoker le señaló un lateral, había una especie de ruleta, la movió para que ella lo viese.

—No sabía que había cacharros de estos con *bluetooth*. —Se detuvo a mirar el casco por dentro.

—*Bluetooth,* wifi y todo lo que te puedas imaginar. —Stoker atravesó la puerta y la sostuvo para que no se le cerrase a Mía.

Para no soler buscar a mujeres, tiene buenos modales. Y no se le da del todo mal.

Teniendo en cuenta que había hecho todo eso que criticaba de Eugene, presentarse allí sin avisar para llevarla a cenar y luego a casa. Lamentó no tener puesto el casco para poder sonreír libremente.

Si le sumaba aquel olor exquisito era difícil no hacerlo.

—Mr Stoker, me alegra verlo. —El metre parecía conocerlo.

Vio a lo lejos un camarero con un plato que parecía una fuente repleta de espaguetis anchos, no recordaba el nombre. Entornó los ojos, tenía una salsa verde por encima.

—Su reser… perdón, la mesa del fondo.

El estómago le rugió cuando se cruzó otra fuente con una salsa marrón humeante.

Stoker se giró para mirarla y lo vio alzar la mano y moverla a centímetros de sus ojos.

¿Me ha pillado mirando los platos? No me lo puedo creer.

Se llevó la mano a la sien en cuanto él se dio media vuelta para seguir al metre.

Qué vergüenza.

Arrastró la mano hacia su boca. No era capaz de morder aquel cuero; lo estropearía, y la cazadora, aparte de buena, no era suya.

Es de una amiga de Stoker.

No sabía hasta qué punto de amiga. Pero tenía su misma talla. Además, no estaba estrenada.

¿Se la habrá comprado él?

Ladeó la cabeza mientras lo del estómago subía hasta la garganta. Si no lo hubiese tenido rugiendo de hambre, lo hubiese disfrutado completamente.

Se sentó en un sillón mullido, aunque no tan cómodo como la moto. El metre los dejó solos frente a la carta.

—¿Qué quieres? —Stoker abrió la suya.

Madreeee.

No pensaba dejarse allí sus ahorros. Cerró la carta enseguida.

—No quiero nada. —Encogió la barriga, le dolían sus propias palabras.

Stoker se inclinó hacia delante en la mesa.

—O pides algo que te guste, o te pediré yo lo que me parezca —dijo.

Mía se irguió en el asiento.

Una forma brusca de decirme que va a invitarme.

Bajó los ojos hacia la carta de nuevo. Estaba completamente en italiano, no tenía ni idea de lo que era nada.

La cerró de nuevo, alzó los ojos y se encontró con los zafiro de Stoker.

—Eso con salsa verde —dijo y la mandíbula de Stoker se movió, casi pudo verlo sonreír.

Stoker llamó al metre y al decirle los platos pudo comprobar que Stoker parecía hablar perfectamente el idioma.

Es piloto, a veces se me olvida. Viaja y conoce idiomas.

Viajar, una puerta que aún no se le había abierto en su pared de posibilidades, pero que era su objetivo pendiente. Sabía que Stoker tenía suerte, aunque no era capaz de digerir cuánta.

El metre se fue con la nota tomada.

—¿Cuándo vuelves al trabajo? —preguntó ella, sabía que estaba de vacaciones y él le había dicho que había quedado con su tripulación, quizás sus días libres acababan.

—Aún no estoy seguro —respondió y Mía alzó las cejas.

Supuso que ser el hijo del jefe, único hijo del jefe, era una ventaja.

—¿No echas de menos volar? —Un camarero colocó unas copas y dos botellas de agua de cristal.

—Volé ayer, antes de ayer, y también el antes de ayer de ayer —dijo él y ella levantó la mirada hacia Stoker intentando no derramar agua en la mesa—. Pruebo nuevos aviones de la fábrica antes de entregarlos a los compradores, esté de vacaciones o no.

La fábrica de aviones por un lado, y una empresa de aviones privados por otro. El imperio que tenían los Stoker, le mareaba solo pensarlo. Y encima era algo que al joven Stoker le gustaba, volar, correr, velocidad.

Supuso que aquella forma de llevar el pelo era consecuencia de una libertad absoluta.

Aunque no suela buscar a mujeres, no puede ser más perfecto.

—Y tú libras mañana. —Stoker ya había llenado su copa de agua, el cristal se empañaba con el frío.

—Y ya lo tengo ocupado al completo. —Llegó el plato, no había tardado más que segundos.

El de Stoker era el de la salsa marrón humeante, que también olía bien. Lamentó no haberse

decantado por la otra.

Da igual, si lo que sea me va a sentar de maravilla.

—¿Con ese chico?

Carbohidratos, pura energía. Lo necesitaba desesperadamente. Clavó el tenedor en el remolino de espaguetis y los removió para extender la salsa.

—Con trabajos de la facultad.

—¿Piensas darle largas?

Se quemó la boca y tuvo que escupir los pocos espaguetis que se había metido en la boca. Alzó los ojos hacia Stoker.

—¿Ves como no conviene una imagen desesperada? —añadió él.

—No es una imagen desesperada. —Desistió de meterse otro rollo en la boca hasta que se enfriasen.

—Claro que lo es. —Él sí enrollaba los suyos en el tenedor.

Mía entornó los ojos hacia él. Aquella imagen y circunstancias las había visto demasiadas veces, a través de las letras. Le resultaba tan familiar que tuvo la misma sensación cuando vivía situaciones que sabía que había soñado alguna vez.

—Es una imagen amable —replicó y recibió como respuesta aquella expresión que Stoker le ponía a cada invitación de Eugene—. Entonces lo correcto es ignorar a las mujeres, no hablarles bien, no ser amable, no buscarlas, no invitarlas, ser altivo, soberbio e imbécil, para que ellas tengan algo de interés.

Dejó caer los párpados, el sueño iba haciendo acto de presencia por momentos, aunque el plato de comida lo ahuyentaría para luego atraerlo aún más fuerte.

—Lees demasiado a Irina Yadav —dijo él.

—¿La has leído?

—Lo suficiente como para saber que nos muestra como seres simples y poco avanzados, con una sensibilidad condicionada por una mujer y una debilidad que en la realidad no existe. Una evolución hacia abajo hasta convertirnos en marionetas de una mujer que, por lo que sea, no cae en las zarpas del protagonista por las buenas.

—No has leído a Irina en tu vida. —Al fin decidió enrollar sus espaguetis, ya no humeaban —. ¿Por qué entonces tantas novelas de ella en la biblioteca?

Alzó los ojos y vio la mandíbula de Stoker moverse, y esa vez no fue por una sonrisa que no quería mostrar.

—Son de mi madre, a ella le encantaba.

—Lo siento. —Se apresuró a bajar la mirada—. ¿Cuánto hace?

—Dos años. —No fue capaz de levantar la vista para mirarlo—. ¿Y de los tuyos?

—De mi madre demasiados años, tengo pocos recuerdos. De mi padre seis meses.

—Lo siento.

Dejó caer de nuevo el tenedor en el plato.

—Yo también —espiró despacio.

Y tuvo que coger aire de nuevo y espirar intentando que no se le notase.

—Debe ser complicado cuando los que se quedan ni siquiera son tu familia.

Estuvo a punto de asentir, pero se contuvo. Miró a Stoker.

—También debe ser complicado cuando los que se quedan ni siquiera se llevan bien. —Lo vio sobresaltarse.

—Eso es un tema diferente.

—Claro que es diferente, yo no tengo opciones. Tú sí.

La mandíbula de Stoker volvió a moverse, no sabía si se estaba mosqueando. Igual que cuando contenía la sonrisa, contenía lo que fuese que le estaba pasando en ese momento.

Mía abrió la boca para decir algo más.

—¿Podemos seguir hablando de Irina Yadav? —la cortó él con un tono un tanto soberbio, una ironía sin pizca de gracia, un intento de decirle que no quería seguir hablando de su padre y que ni se le ocurriese mencionarlo de nuevo. Y Mía cerró la boca.

Bajó la cabeza para mirar su plato, al final se lo comería frío.

—Mi madre también la leía, sus primeras novelas, no le dio tiempo de mucho más. Por eso empecé yo a leerla, tenía varios libros de ella en mi casa. —Se metió al fin el rollo en la boca.

Y se hizo el silencio mientras comían, algo que Mía agradeció. Decir que tenía hambre era quedarse corto. Ciertamente su cuerpo necesitaba comida consistente, tanto que no tardó en sentir el estómago hinchado.

No pudo con el fondo del bol, reventaría.

El metre se acercó de nuevo y Stoker dijo algo más en italiano que tampoco entendió.

—¿Has entregado el proyecto? —Daba por sentado que lo había entregado tal cual, solo poniendo su nombre en la parte trasera.

Que es exactamente lo que he hecho.

—A media mañana. —Un camarero retiraba su plato medio vacío—. Y ya he recibido en la plataforma el comentario del profesor. Se alegra de que haya sido tan ambiciosa en el proyecto.

Y ahora sí que Stoker contuvo la sonrisa.

—Ahora viene lo peor —añadió ella y alzó los ojos para mirarlo. La mesa circular para dos comensales hacía que no lo tuviese muy lejos y pudiese verle cada detalle de su cara al completo. Digerir un mazacote de pasta era más sencillo que digerir lo que alcanzaba a ver con los ojos. Comenzaba a acostumbrarse levemente a su compañía, y eso hacía que el atractivo y el halo arrollador de Stoker aumentase considerablemente. Dejaba de ser una valla publicitaria donde se mostraba toda la perfección masculina en el mejor de los sentidos, para ser real. Era muchísimo peor, infinitamente peor, era como tener un pastel con cobertura crujiente de chocolate a milímetros de los labios, sentir el olor oscuro e intenso y no poder sacar ni siquiera la lengua para catarlo.

Espiró despacio.

—¿Qué es lo peor? —Lo oyó preguntar.

Que tengo veinte años y no tengo recursos ni habilidades para parar esto.

—¿Dónde encuentro esas piezas? —respondió.

El metre regresó, esa vez con una bandeja con una especie de tarta rectangular de cobertura de chocolate crujiente, más chocolate derretido y humeante, y lo que parecía helado.

Siempre le gustó la mezcla del frío y el calor.

La boca le salivó de inmediato.

Dejaron una cuchara a cada lado de la bandeja.

Fue Stoker el primero en hundir la cuchara y oír el crujir de la cobertura hizo que su boca salivase aún más a pesar de ya no tener hambre.

—En una fábrica de aviones. —Lo suponía, Stoker tenía acceso a todo tipo de piezas, para él sería como ir a un super y echar en un carro todo lo que necesitaba para construir la máquina voladora más fantasiosa que pudiese crear un inventor de otra época.

Pero ella la única posibilidad que tenía era la de ir a una ferretería y apañarse con lo que pudiese.

—¿Cuándo tienes que entregarlo? —preguntó él.

Mía se concentró en hundir la cuchara y escuchar el sonido de la cobertura.

—La semana que viene. —Dulce, oscuro, a ratos amargo, helado, ardiente. Era para que se le cayesen varias lágrimas.

Saboreó en el paladar y luego lo tragó.

—¿Te han dado tan poco tiempo? —Él volvió a hundir la cuchara por su lado, aquella tarta no duraría mucho entre los dos.

—Me equivoqué de fecha. Lo he entregado tarde, la consecuencia es tener poco tiempo. Por eso el comentario del profesor ha ido con ironía. No cree que lo vaya a entregar. —Su cuchara y la de Stoker se hundieron esa vez a la par.

—¿Por qué?

—Porque no soy capaz de hacerlo. —Volvía todo aquel cúmulo de sensaciones gustativas y sensoriales.

—No eres capaz, ¿eso quién lo dice? —replicó él y ella enseguida dejó de mirar la tarta para mirarlo a él—. Alguien me ha dicho que había un extraño sistema en el tejado del aparcamiento del jardín.

Mía dejó caer los párpados levemente. Era algo que no podría ocultar, ni siquiera tuvo tiempo de deshacerla. La pillarían y esperaba alguna referencia por algún lado; del ama de llaves, de alguien de mantenimiento. Pero no la esperaba del propio Stoker.

—Lo siento —se apresuró a decir—. Pero tu moto se había caído sobre mi bicicleta y no podía levantarla. Espero que no se haya hecho nada.

Vio que Stoker detuvo la cuchara justo antes de hundirla, y levantó la mirada hacia ella.

—¿Tú la volcaste? —Se sobresaltó con la pregunta.

—No. —Lo último que necesitaba era que alguien le echase las culpas.

—Entonces, ¿por qué te disculpas?

Porque últimamente me disculpo por todo. Como si tuviese que justificar mi propia existencia con un lo siento.

Ella desvió la mirada.

—Ingenioso para ser improvisado y con una limitación considerable de materiales —añadió él y ella notó cómo el calor le subía de inmediato hasta las orejas, un bochorno repentino que no esperaba—. Aunque, pidiendo ayuda, hubiese sido más rápido.

—No quiero ser una molestia —se apresuró a decir Mía, el bochorno no se iba—. A parte era muy temprano, hubiese llegado tarde si espero esa ayuda.

—Alguien te hubiese llevado. —Fue rápido en replicar.

—Habría sido tarde aun así. Ya te he dicho que no quiero ser ninguna molestia.

Stoker dejó la cuchara sobre la mesa y dejó caer la espalda en el sillón.

—¿Ese era el trato con tu madrastra? ¿Tú no puedes ser una molestia y ellas sí?

El calor de las orejas se multiplicó, enseguida sacudió la cabeza negando. No podía decir todo lo que le decía Kelly y menos delante de Stoker. En primer lugar, porque no quería actuar de la misma manera que lo hacían ellas, intentando desprestigiarla a la primera de cambio. En segundo lugar, porque a ella misma le daba vergüenza reconocer el trato que solían darle.

—Algo así. —Stoker seguía sin coger la cuchara, al parecer por su parte ya había acabado.

Volvió a negar con la cabeza y él no insistió. Algo que le agradeció. La dejó que acabara con lo que quedaba de pastel, aunque esa vez la observaba todo el tiempo, lo que la hacía tensarse sin remedio.

—¿Y dónde vas con tanta prisa por la mañana? —preguntó cuando ya quedaba una única cucharada en la bandeja.

—A otro trabajo. —Cogió el pastel con la cuchara, pero la dejó sobre la bandeja. Su padre siempre le decía que no era de buena educación coger el último trozo.

Miró a Stoker, aquello le había sorprendido.

—Está en el mismo centro comercial que la tienda, cerca de la universidad, abren temprano, sirven desayunos para estudiantes y trabajadores. Trabajo allí por la mañana, a veces a mediodía antes de abrir la tienda.

—Tienes, ¿veinte años? —preguntó él y ella asintió. No sabía si el acierto en la edad fue por Kelly o lo habría deducido solo—. Trabajas de madrugada en la mañana, vas a clase, trabajas a mediodía y luego trabajas en otro sitio por la noche—. ¿Cuándo cumples los veintiuno?

—En tres meses y medio.

—No los cumplirás. —Stoker cogió la cuchara que había dejado Mía con el trozo de pastel y se lo metió en la boca.

Parecía que para él no era de mala educación comerse el último trozo, y aún parecía importarle menos comérselo de su misma cuchara. Algo que hizo que le ardiesen las orejas de nuevo.

Su gesto consiguió que se demorase algo más en ser consciente de sus palabras. A ese ritmo no llegaría muy lejos, por muchos motivos. Comenzaba a darse cuenta de lo bien que estaba aceptando su cuerpo la cena, en forma de peso importante, relajación y unas ganas terribles de dormir mientras se digería.

Él se levantó en cuanto soltó la cuchara y ella se inclinó para coger el casco del suelo antes de levantarse también, de pie le costaría mucho más trabajo. Fue metiendo las mangas de la cazadora mientras lo seguía hacia la salida. No sabía en qué momento se lo cobrarían, porque allí nadie parecía hacer ni el intento de acercarse a él. El metre se despidió de ellos con una sonrisa a media distancia y Mía se la devolvió.

Esa vez Stoker bajó la moto de la pata antes de que ella se montase, quizás para facilitarle la subida, pero volvió a necesitar su mano. Y aunque no la necesitase, ya le estaba gustando el ritual, un leve contacto con aquellos guantes voluptuosos en cuyo interior había algo duro y al parecer poderoso. Como el motor, como todo lo que desprendía él. Por primera vez, el camino a casa no le resultaba peligroso.

Y la sensación le estaba encantando.

Aunque lo de recoger mi bicicleta aún no lo he valorado.

Hasta el lunes no la necesitaba, se preocuparía el domingo por la tarde.

Se apresuró a colocarse el casco en cuanto oyó el motor rugir. Se inclinó hacia él, ya sabía que cuando aquello arrancase no tendría forma de ir contra la inercia y se agarró a sus laterales.

Eso de estar preparada lo había entendido bien.

El motor volvió a rugir y comenzó a desplazarse.

Recién comida, no sabía si aquel movimiento lo llevaría tan bien como con el estómago vacío. Pero ya reconocía el cambio de velocidad cuando se acercaban a un semáforo. También notó que el cuerpo se le acostumbraba al leve mareo cuando retomaban la marcha.

Aunque estaba segura de que lo peor llegaría cuando saliesen de la ciudad.

No llovía, era una suerte.

Al final no llueve, habría llegado bien.

De todos modos agradecía el transporte. Y la cena.

No quería ni imaginar cómo hubiese llegado a casa, cansada y hambrienta.

Cerró los ojos al sentir un cambio de marcha y su cuerpo basculó hacia atrás. Apretó las manos en él. Se le había olvidado metérselas dentro de las mangas y no se fiaba de soltarse, ya

estaban en una especie de pista, no era el camino que ella solía coger de vuelta a casa.

Esto lo estaba viendo yo venir.

Y era peor de lo que se imaginaba. Iban muy deprisa. Entreabrió los ojos, solo podía ver el lateral de la carretera, las balizas pasaban con rapidez.

Pellizcó la cazadora de Stoker a un lado para soltarse levemente del otro, con los propios dedos se tiraba de la manga para cubrirse la mano y lo vio mover levemente la cabeza.

No te despistes, a ver si nos vamos a matar.

Le iba a explotar el pecho y que él se moviese lo empeoró aún más. Emblanqueció cuando lo vio soltar una mano y llevársela a un lateral de la cazadora, justo al lado de donde ella tenía la suya.

Qué hace, por Dios. ¿Coge el manillar?

Pero él volvió a colocar la mano en la empuñadura.

¿Ahora la otra?

Para llevársela al otro lado, y esa vez pudo sentir un roce en la mano de algo rasposo.

Una cremallera.

Inclinó su cuerpo para verla bien, su mano estaba a pocos centímetros del comienzo de un bolsillo, Stoker abría la cremallera.

Lo del pecho por la velocidad se le fue de repente, o lo que estaba recibiendo lo había eclipsado por completo, dejándolo atrás, como a las balizas.

Contuvo la respiración mientras resbalaba su mano por el cuero hasta meterla en un bolsillo de interior forrado y mullido, donde podía seguir aferrada a él y no recibir el viento helado.

Luego se inclinó hacia el otro lado, esa estaba algo más alejada del bolsillo, tuvo que resbalarla un poco más.

Y lo del pecho se le hizo enorme.

Tragó saliva y volvió a dejarse caer en él.

—¿Vamos demasiado rápido? —Agradeció que le hubiese bajado el volumen del casco, escucharlo resultaba agradable. Una comunicación directa con dios. Un dios irónico al que parecía hacerle gracia su tensión con la velocidad.

Voy a tener que leer los libros de Irina en bucle para salir de esta.

—No estoy mirando, dímelo tú —respondió.

Y lo que se oyó, una especie de espiración nasal, supuso que era algo similar a una leve carcajada. Ella tuvo que sonreír también, le estaba gustando llevar la cara cubierta, podía gesticular a su antojo.

—Piloto aviones, mi opinión no es fiable.

Ella bajó la cabeza y apretó el casco a su espalda en un nuevo aumento de velocidad.

Madre mía. En qué espiral mental de mierda voy a meterme.

Porque le estaba encantando su voz directa al oído y el calor que desprendía a través del interior de los bolsillos. Lo de echarse sobre su espalda mejor lo estaba guardando para digerirlo en la cama.

Porque aquí me salen las bragas volando.

—Pero ya te adelanto que no estoy haciendo nada ilegal, aunque no sea habitual en mí.

Qué considerado. No está haciendo que eche fuego el motor por mí.

Volvió a sonreír, el interior del casco le apretaba en los carrillos cuando lo hacía. Aquellas mejillas demasiado rellenas que le daban una apariencia inocente y joven que no siempre le gustaba. Si hubiese sido como Brit o como esas compañeras sensuales de la facultad, seguramente él podría mirarla con otros ojos, a pesar de sus veinte años. No era ninguna niña.

—¿Cuándo cumples años? —le preguntó.

—En un mes cumplo treinta.

—No los cumplirás. —Apretó los labios después de decirlo.

No oyó ninguna espiración nasal, pero sintió su cuerpo contraerse a través del forro de la cazadora, fue consciente de que por allí dentro también tenía contacto directo con dios, un dios que le estaba encantando.

Reconoció el inicio del camino a la urbanización de las casas.

¿Tan pronto?

Desde que se le había ido la presión en el pecho, el paseo se le estaba tornando de lo más agradable. Tanto que consiguió auparse levemente, a pesar del dolor, para mirar por encima de él.

Esa vez sí notó la espiración nasal de Stoker. Allí le resultaba difícil ocultarle la risa, podía escuchar casi su respiración, la verdadera esencia de su voz y tono con una nitidez envolvente.

Al volver a dejar caer el culo en el asiento sintió mejor su cuerpo a través del forro del bolsillo. Contuvo la respiración.

El camino se terminaba demasiado pronto, el cuento se acababa y regresaba a la realidad. En la que era una intrusa en una casa en la que su madrastra y sus hijas ocupaban cada vez más espacio. A una realidad en la que ella tendría que huir y dejarlo todo atrás. Una realidad en la que estaba demasiado sola, y se había acostumbrado tanto a estarlo que la seguridad y el calor, aunque fuese a través de un forro interior de una cazadora, le estaban resultando tan placenteros que solo de pensar en soltarlo y no volverlo a recibir hacía que una extraña pena la invadiese por dentro. Una realidad en la que Stoker volvía a ser parte de una valla publicitaria que exhibía lo que para ella era la perfección masculina, en más sentidos de los que esperaba. Una realidad en la que lo que le subía pecho arriba solo conseguía vivirlo a través de las letras de Irina.

Cerró los ojos, el balanceo le estaba gustando mucho, mucho. Y si el camino fuese infinito, hasta le hubiese pedido a Stoker que acelerase más.

Espiró sintiendo cómo su cuerpo caía completamente dormido sobre su espalda. Y la moto aminoraba.

Se acaba.

Había sido corto. Muy corto.

Cogió aire, pero no entraba todo lo que los pulmones pedían. No sabía cómo sería la reacción de Kelly si los veía, pero posiblemente a aquella hora estaría dentro con Stoker, sus hijas estarían cenando fuera. No la verían.

Abrió los ojos y basculó el cuerpo. Hasta a través del casco podía escuchar los ladridos de Nilo. La puerta se abría.

Mía sacó las manos de los bolsillos de Stoker, a aquella velocidad leve hasta el aparcamiento no creyó que le hiciese falta agarrarse a ninguna parte. No miró a la caseta del guarda cuando atravesaron la puerta.

Nilo movía el rabo y ladraba a media distancia, parecía que no se atrevía a acercarse a la moto en marcha con la misma confianza con la que lo hacía con su bicicleta. Era evidente que Stoker le imponía algo más.

Pero en cuanto sintió que el motor se apagaba tuvo al perro en pie sobre su muslo.

—Nilo. —Él lo apartó con una mano y alzó la moto para dejarla fijada.

Nilo volvió a ponerse en pie en el muslo de Mía.

Donde más me duele.

Stoker sujetó al perro, que dio unos pasos atrás con tan solo dos patas en el suelo, para que

ella pudiese bajar. En el suelo no fue mucho mejor, el perro se apartó de ellos para volver a ponerse en pie sobre ella, aunque en esa ocasión apoyándose en su pecho. Arañaría el cuero.

Y no es mío.

Sa apartó de Nilo para desabrocharse la cremallera y quitarse la cazadora. El frío del jardín la atravesó por completo, y notó junto al frío cómo su cuerpo iba poco a poco depositándose en el suelo, a la vez que se perdía la ligereza en las piernas.

Se quitó el casco y recibió otro arreón de Nilo.

—Ya vale. —Volvió a apartarlo Stoker.

Mía alzó el casco para devolvérselo a Stoker sin que el perro metiese su hocico dentro.

—Muchas gracias. —Lo acabó metiendo, sin embargo. Como también lo metía en la parte interior de la cazadora.

¿Quién es la dueña de la cazadora, Nilo? Porque es una auténtica afortunada, aunque Stoker no suela buscar a mujeres.

Recogió del cofre la mochila y el abrigo. Vio que él volvía a guardar la cazadora y el casco.

—Por la cena y por traerme. —Lo vio alzar la mano y moverla en el aire para quitarle importancia mientras cerraba el cofre, se oyó un clic.

Vuelve a ser el ser superior encantado de conocerse. Maravilloso. Soy una novata, así también me gusta.

Se apartó de él y de la moto, esquivó a Nilo, que parecía estar encantado de que hubiesen llegado. Se giró para mirar a Stoker antes de irse.

Abrió la boca para darle las gracias de nuevo, pero no quería parecer cargante.

—Buenas noches, Mr Stoker.

Retiró la mano de la cabeza de Nilo y se encaminó hacia la puerta lateral de la casa. Sentía cómo se rompía el carruaje y su ropa volvía a ser la de siempre. Las campanadas sonaban con cada paso que daba alejándose de él. Un zapato perdido, uno que el príncipe guardaba en el lugar más alto del reino de los Stoker, solo que esa vez cuando él encontrase a la dueña todo se tornaría a peor. Estaba segura de que su insistencia no era más que para recriminarle el golpe.

Hizo una mueca mientras abría la puerta. Miró su móvil escaleras arriba.

—Mary, pobre mía. —No le había escrito para decirle que estaba bien.

«Estoy en casa. Agárrate que te caes de espaldas». Envió el mensaje.

No esperó ni a que respondiese.

«Me ha traído Stoker».

Enseguida su amiga escribía.

«Joder, no puedo llamarte, estoy cenando con unos compañeros. ¿Me estás vacilando?».

«No, si no he perdido el conocimiento por el camino y me ha atropellado un coche y estoy delirando en un hospital, Stoker me ha recogido en la tienda, se ha comprado una Niko, y me ha traído a casa».

Llegó hasta su dormitorio.

«¿Ha ido allí a comprar una Niko?».

Tuvo que contener la sonrisa.

«No, pasaba por allí».

Se sentó en la cama para extenderse mejor en la explicación, con detalle suficiente, pero más escueta de lo que esperaba. Quizás le daba cierto bochorno. Le dio a enviar y se tumbó clavándose las pastas de dos libros que tenía sobre la cama.

Se giró para colocarse de lado.

«¿Y no te has hecho una foto con la cazadora?».

«¿Cómo voy a hacerme una foto? ¿Quieres que parezca una matada? Qué vergüenza».

Que viene a ser algo parecido a lo que soy, claro.

Pero aun así quería disimularlo, si es que se podía, todo lo posible.

«Tía, tienes que estar haciendo charcos en el suelo».

Le ardieron las mejillas al leerlo.

«Qué dices, necesitas visita urgente, eh», le dijo Mía.

A Mary siempre le pasaba igual, como se pasase varias semanas sin cercanía masculina, sus frases se tornaban un tanto oscuras.

«Es que me lo estás poniendo en bandeja».

Mía cogió aire y lo echó con fuerza.

«Imagínate».

No, no me imagino.

Llamaron a la puerta y se sobresaltó. Se puso en pie, como siempre le pasaba, una vez que se quedaba inmóvil el dolor se hacía más intenso al retomar el movimiento.

Las puñeteras agujetas.

Abrió la puerta. Si no se había desmayado ni la habían atropellado por el camino y desvariaba en un hospital, Brian Stoker estaba frente a su puerta.

—Tómate esto. —Quitó la rosca de un bote aplastado de plástico.

Abrió la boca para preguntar qué era, pero él aprovechó el gesto para introducirle la boquilla. Lo vio apretar el plástico y una especie de líquido denso le entró en la boca, una mezcla ácida que tragó enseguida y que la hizo retirarse del bote y sacudir la cabeza.

—Entero. —No pudo ni coger aire, tuvo de nuevo el pitorro entre los labios y esa vez con una mano sujetándole la nuca para impedirle la retirada. El líquido le picaba en la lengua.

Al fin se acabó y se pudo retirar.

Miró el bote completamente estrujado en la mano de Stoker.

—Tira esto. —Se lo dio para que lo cogiese.

—Qué cosa más horrible. —Se raspó la lengua con los dientes para quitarse el picor ácido.

Y él contuvo la sonrisa.

—Sí, está horrible, pero te mejorará las agujetas. —Se alejó de ella dando un paso atrás y luego otro—. A las diez abajo en el *parking*.

Mía frunció el ceño viendo cómo se alejaba.

—¿Para qué? —preguntó y él se giró sin dejar de avanzar.

—Para ir a por las piezas que necesitas —respondió y volvió a darse media vuelta para continuar. Lo perdió de vista en el primer cruce de pasillos.

Este está dispuesto a rematarme.

Soltó el aire y volvió a mirar el bote estrujado en su mano.

Y vaya modos.

Contuvo la sonrisa mientras cerraba la puerta.

Con esos modos me tomaría cien como estos.

Dejó caer la espalda en la puerta y cerró los ojos llevándose una mano a la cara para reír.

27

Stoker salió de la ducha con la toalla enrollada y casi sin secar, y se dirigió hacia la puerta del ático, había dejado fuera a Nilo y este la raspaba sin parar.

Aún estaba sobre la mesa la caja rota a la que le faltaba un bote, con uno no sería suficiente para ayudar a mejorar a Mía. La mañana siguiente le daría otro más.

Sacó el móvil de su bolsillo y cerró el chat de los Misters sin abrir los mensajes, no quería ni imaginar lo que estaban diciendo, y eso que fue escueto en su explicación, mejor esperar a estar en la cama, así podría dormirse mientras ellos se mofaban y no los leía al completo.

Miró la hora, aún no era demasiado tarde. Buscó la letra «M» en su agenda y envió un mensaje.

«Buenas noches, Mayte, y disculpa la hora. ¿Sigues siendo la traductora de Irina Yadav? Necesito un favor enorme». Lo acompañó de varios emoticonos.

Frunció el ceño mientras le aparecía en la pantalla un «grabando audio». No tardó en llegarle, un audio sin líneas. Si lo accionaba se cerraba de inmediato, como si estuviese vacío.

«Perdón. Sí, ¿qué necesitas?».

Ladeó la cabeza meditando y tuvo que contener la sonrisa.

«¿Habría posibilidad de que Irina pudiese dedicarme un libro?».

«¿A ti?», respondió Mayte.

Se apresuró a responder mientras reía.

«No, no. A mí no. Es para un regalo».

«Claro, dime el nombre».

«No iría con ningún nombre. Solo quiero una dedicatoria y su firma».

«¿Para cuándo lo necesitas? Irina vive en EEUU, no está en Londres».

«Cuanto antes, si es posible».

«Sin nombre, *ok*. Irina es un tanto peculiar para las dedicatorias, necesito más información o no te firmará nada. Hazme caso, tienes que decirle claramente quién es la persona a la que va dirigido».

«*Ok*, es para una chica joven que lee sus novelas una y otra vez cada noche. Dile que no está en su mejor momento, que está sola y que no parece que le importe mucho a nadie. Necesita saber que todo puede ir a mejor».

«Wow».

Sonrió al leer sus propias palabras.

Madre mía, como se enteren estos.

«¿Puedes guardarme el secreto con estos cinco? Como parte del favor».

«Claro, ¿entonces es para la del lazo negro?».

Volvió a reír al leerlo.

Lo que andarán diciendo si hasta Mayte lo sabe.

«¿Te han dicho algo de un número de pie?».

«Le has ido a preguntar a la que nunca se entera de mucho. Escribe a Vicky».

Escribir a Vicky significaba tener las mofas de los Misters hasta que finalizase el año. Pero Mayte era discreta, estaba seguro de que no diría lo de Irina, al menos a sus amigos y eso era suficiente.

«Muchas gracias, te debo una».

«No hay de qué. Te lo envío a casa directamente, así te llega antes».

Le envió recuerdos para Damon y se despidió de ella.

Sonrió mirando la pantalla aun cuando había cerrado el chat, solo los Misters lo hacían vibrar. Tenía que reconocer que aquel lazo directo con Irina Yadav había sido una bendita casualidad, era prácticamente imposible conseguir una dedicatoria suya, una de las escritoras más famosas del mundo, la favorita de Mía, al alcance de su mano. El orgullo y la satisfacción plena hicieron que su sonrisa se ampliase.

Abrió la caja de aquella muñeca de la que no recordaba el nombre y la sacó del corcho para llevársela a un estante. No sabía si pegaba con la decoración, pero le daba igual. Allí estaba mirándolo con unos ojos enormes.

Sintió el hocico de Nilo en la cadera en un leve empujón. Acarició su cabeza recordando el recibimiento que les dio cuando llegaron. Nilo la había recibido como si fuese él mismo, frunció el ceño.

—A ver si puedes ayudarme. —Se alejó del perro y se dirigió hacia el ventanal donde había dejado el zapato plateado—. Ven, Nilo.

El perro dio pasos rápidos hacia él y enseguida metió el hocico en el zapato, los ojos de Stoker se fijaron en su rabo, el perro lo balanceó levemente.

—Es suyo, ¿a que sí? —Siempre tuvo esa impresión. Y si fuese de cualquier otra se decepcionaría y no sabía muy bien por qué, cuando ese era el zapato que le había hecho un bulto en la cabeza que todavía sentía.

Se sentó en el sillón, el agua del pecho y la espalda comenzaba a secarse. Se llevó el móvil al oído.

—Marlowe, ¿puedes hablar? ¿O está en peligro tu vida?

—Correré el riesgo —sonrió al oírlo—, ¿qué necesitas? Andas muy necesitado últimamente.

Su sonrisa se convirtió en una risa que hizo que inclinase su cuerpo hacia delante.

—¿Por qué mi perro, que es un completo estúpido con todo el que no sea yo, con esa chica actúa como si fuese yo? Más aún, como si fuese su padre, y eso no lo hace ni conmigo.

Oyó la risa de su amigo al otro lado.

—No estoy loco, ya te conté lo de la primera mañana tras ella para no dejarla marcharse. Luego me trajo unas barritas energéticas que ella suele comer. Lo único que come, por cierto.

—¿Cómo?

—Ya le he puesto remedio a eso, pero si no es por Nilo, ni siquiera lo hubiese descubierto. —Miró a su perro de reojo—. Y hoy me ha visto llegar con ella y ha pasado de mí.

Guardó silencio para que Marlowe respondiese.

—Suelen decir que cuando se suma un miembro a una familia, por ejemplo, un bebé, es bueno presentarle su olor al perro. Una prenda, un calcetín, lo que sea para que el perro pueda oler. ¿Sabes dónde se encuentra nuestro olor corporal más intenso? En los pies. Y Nilo convive contigo y un zapato al que rindes homenaje con un buen lugar en tu ático.

—¿Entonces es de ella?

Necesitaba que Marlowe se lo confirmase.

—Lo sabes desde el primer día —respondió su amigo y sonrió—. Desde que el dolor del chichón perdió importancia.

Se llevó la mano a la cabeza.

—De eso nada —replicó y oyó las carcajadas de Marlowe—. Gracias, amigo.

—No tienes que darlas. Un beso. Cuídate.

—Cuídate tú, que lo necesitas más que yo.

Se despidió de Marlowe y miró su móvil frunciendo el ceño. Pero alguien llamó a la puerta.

Se puso en pie y se dirigió hacia ella para abrirla. Oyó una voz de mujer al otro lado.

Accionó el picaporte y saltó el cerrojo.

Era Kelly con una de sus hijas, la más alta, que enseguida desvió la mirada cuando lo vio con la toalla.

—Disculpa, Brian, que no te hayamos avisado —se apresuró a decir la mujer—. Pero es que mi hija cree que ese zapato que guardas es suyo y quiere…

—No es necesario —la cortó—. Gracias de todos modos.

—Bria…

Cerró la puerta en las narices de aquella mujer. Cuanto más se acercaba a Mía, más le repugnaban Kelly y sus hijas. Y eso que Mía era ya una mujer, no se quería imaginar cuando era solo una niña todo lo que tuvo que soportar sin poder defenderse.

—¿Brian? —Oyó al otro lado.

Se retiró de la puerta.

Ve y dile a mi padre que soy un estúpido.

Pero cada vez tenía más claro que no las quería en su casa. Ni a veinte metros de ella.

Bajó los ojos hacia el zapato, recordando lo que le había dicho a Mayte. Era algo que no tenía pensado, fue una idea fugaz cuando regresaban por aquel camino que ella solía hacer solitaria mientras sentía el peso de su cuerpo sobre la espalda.

No podría enterarse de que aquel libro era para ella, de ninguna manera. Como tampoco podría enterarse de que había ido a por un casco y una cazadora de su talla aquella tarde para poder llevarla a casa sin que pasase frío. Tenían los guantes agotados, habían prometido tenerlos listos al día siguiente, pero el resultado sin ellos no le había desagradado en absoluto.

Contuvo la sonrisa.

Y aunque se le olvidase la etiqueta, el metre la cagara diciendo lo de la reserva y a ratos se le notase que cada paso había sido planeado, ella no pareció darse cuenta de nada.

Puso el zapato de perfil para ver el tacón que se clavó en su cabeza. Supuso que eso era solo un anticipo de lo que Mía Austen traería para él después. Porque era la primera vez en toda su vida que iba a buscar a una mujer de aquella manera.

Y aunque sus amigos buscasen cada detalle para una mofa, le había encantado hacerlo. Entre eso y su hazaña con Irina Yadav, se encontraba con una plenitud placentera que no solía sentir si no era con un logro personal y extraordinario.

Le hacía feliz.

28

Abrió los ojos sobresaltada con la hilera de golpes en la puerta. La acababan de sacar de la duermevela tranquila y placentera, no llevaría más de unos minutos en la cama.

—Mía Austen, abre ahora mismo. —¿Kelly? ¿A aquella hora?

Me habrá visto.

Se sujetó al colchón para incorporarse, supuso que aquel líquido ácido que le dio Stoker no era mágico, aún el dolor era terrible. Y el cansancio, esa vez acompañado de un bienestar que la hizo caer dormida sin remedio.

Kelly volvió a golpear la puerta, esa vez con más fuerza.

—Abre, niña —volvió a gritar.

Llegó hasta la puerta y la abrió mientras su mandíbula se estiraba en un bostezo. El sueño y el leve mareo no le permitieron ponerse ni siquiera nerviosa.

Enseguida Kelly la apartó para entrar en el dormitorio, dejándola frente a Brit e Ivy. No sabía qué hacían sus hermanas allí en fin de semana.

Volvió a bostezar.

—Ahora hazte la santa —le dijo Kelly y se giró para mirarla.

Kelly alzó el bote vacío y estrujado que había sobre el escritorio para que lo viesen sus hijas.

—No me he equivocado —añadió su madrastra a sus hijas. Clavó los ojos en Mía—. ¿Qué demonios te has propuesto?

Mía cortó un tercer bostezo tensando la mandíbula y apretando los dientes.

—Esa cara de angelito no me engaña, ¿has ido con el cuento al hijo de Stoker? —Volvió a alzar el bote.

—Yo no he hecho nada. —Se apartó de la puerta y se acercó a la cama.

—No te hagas la tonta aunque te quede bien —le dijo Brit entrando también en el dormitorio. Ivy la siguió y se giró para mirarla cuando pasó por su lado.

—Brian Stoker tenía la caja de una de esas mierdas que vendes en tu tienda —dijo Ivy y su madre la miró de reojo.

—Y otra caja de estas cosas. —Kelly miró el bote en su mano—. Que ya le hemos visto tomar otras veces.

La joven frunció el ceño mirando a su madrastra.

—¿Ahora vigiláis a Brian Stoker? —dijo y vio cómo la mandíbula de Kelly se tensaba.

—Esa cara de angelito inocente puede abrirte muchas puertas, pero ten cuidado, Mía Austen, o atente a las consecuencias.

Kelly lanzó el bote a la mesa, este resbaló y cayó al suelo. Se acercó a Mía y la señaló con el dedo.

—No vuelvas a acercarte a Brian Stoker, ni siquiera a cruzar una palabra con él o cuando regreses a casa nadie te abrirá la puerta. —Se alejó de ella—. Te doy mi palabra.

Kelly salió, Brit la miraba de reojo.

—¿Qué pretendes con Stoker, Mía? —preguntó con media sonrisa—. Esa sarta de sandeces que lees en los libros te está afectando. —Su hermana Ivy rio con ella.

Brit alargó la mano hacia su cara y le dio dos palmadas en la mejilla. Mía le apartó la mano.

Brit dio unos pasos hacia su madre sin dejar de reír.

—Lo mismo piensa que ese aspecto inocente es real y quiere corromperlo —rio y esa vez hasta Kelly rio con ella—. Pero de inmaculada tienes lo que yo.

Ivy la miró también antes de salir, había cogido un libro de los que había sobre la cama. Lo

lanzó y este cayó de mala manera sobre ella.

—Sigue soñando con esos cuentos, hermana. —Salió al pasillo.

Kelly la seguía fulminando con la mirada.

—No intentes retarme, niña. Creo que he sido clara. —Las tres se alejaban de su puerta—. No voy a permitirte ni una más.

Mía empujó la puerta y la cerró sin comprobar si ya se habían dado la vuelta. Apoyó el codo en la puerta y dejó caer la frente en su mano.

Madre mía.

Y eso que solo habían visto la muñeca y el bote.

Contuvo la respiración. No era justo, no lo era. Prueba sobre prueba, que solo hacía aumentar las cuestas para llegar quizás a ninguna parte.

Aspiró y espiró dos veces seguidas, se contuvo, pero soltó el aire de golpe y sus aspiraciones y espiraciones aumentaron. Bajó la mano hasta su sien y se dio media vuelta para echarse sobre la puerta.

Desde hacía meses no había tenido ni un solo motivo, ni uno solo, en el mundo real, para sonreír, para sentir algo que no fuese miedo, angustia, pena… y ahora se estaba eclipsando.

Los ojos se le llenaron enseguida con aquel peso en los párpados aún del sueño. Su respiración se aceleraba. Tuvo que inclinarse hacia delante, como si el estómago se le encogiese y le doliera.

Le dolía.

Rompió a llorar.

29

Se dirigió hacia la cama. Estaba cansado, entre unas cosas y otras había estado toda la tarde fuera. Miró su teléfono.

—Eres un cutre, Stoker. Mira que dejarte la etiqueta en la cazadora. —Era el segundo audio de Wilde, en el primero apenas balbuceaba con la risa. Estaría llorando como poco.

Activó otro de Blake, lo primero que se oían eran carcajadas.

—Encima se cruza con un chaval de veinte años, ojo, veinte años, este treinta, con las mismas intenciones y excusas que él. Stoker, qué vergüenza.

—¿Me vais a tocar mucho las narices? —les respondió él.

—Queremos que sigas haciendo estas cosas para continuar tocándote las narices. —El audio fue de Hércules—. Con las risas que nos estamos echando. Reconócelo, eres el más ridículo de los que llevamos.

Se llevó el móvil a la boca.

—Al menos no soy un cursi, Hércules. Que ni siquiera fuiste capaz de contarlo, nos enteramos por Michelle al tiempo. ¿Érase una vez por toda la marquesina? —Se mordió la lengua al darle a enviar. Solo esperaba que Mayte no se fuese de la lengua o Hércules se la devolvería.

—Me llama cursi el que se ha comprado una muñeca solo porque se parece a cierta muchacha.

Entró un audio de Blake.

—El mismo que ha reservado en el mejor italiano de Londres aun sin saber si la chica iba a aceptar ir con él a cenar.

Antes de que pudiese responder entró uno de Byron.

—Realmente no aceptó, la llevó a traición —dijo su amigo y se escucharon las teclas del piano.

Tampoco pudo responder, Wilde de nuevo.

—Llevas años poniéndonos el *hype* muy alto, y no te esperábamos tan sumamente cutre.

Alzó las cejas.

—¿Me veis cutre? —Esperaba que al menos estuviesen orgullosos, a pesar de las mofas.

—Sí, y *encadenable* —respondió Blake.

¿Encadenable*? ¿Qué dicen estos?*

—De eso nada, no va por ahí.

Entró otro mensaje de Wilde.

—¿Ella no te gusta?

Apretó los labios.

—No.

«Vale».

«Discúlpanos», escribió Blake. «Es que como hemos visto que la has subido a la moto, algo que nunca haces con mujeres, y que encima te has preocupado de ponerla a juego contigo, nos ha hecho dudar de que esta sí te gustaba de verdad».

Llegaron las risas.

«Pero ya sabemos que no, así que retiro lo del *encadenable*. ¿Qué haces mañana?».

Negó con la cabeza.

«Sois unos tocapelotas de mucho cuidado», respondió y recibió varias hileras de risas.

«Os dejo, tengo que levantarme temprano».

«¿Le tienes otro modelito preparado? ¿O va a ser el mismo de hoy?», escribió Hércules.

Alzó la mirada hacia el perchero tras la puerta. Había dudado si comprarlos o no, no sabía hasta qué punto iba a colar que tenía una amiga con las mismas medidas. Contando con que su mano a la supuesta altura de Mía Austen, en el aire, al chico de la tienda, hubiese sido suficiente para acertar con una prenda enteriza.

Miró la pantalla de su móvil.

Más risas.

«Con que encadenable».

Sabía que irían a matar con él. *Encadenable* eran palabras mayores, cuando las cadenas siempre fueron las mofas de sus amigos con él.

Volvió a mirar los dos monos negros.

Creo que me estoy pasando.

Impaciente e impulsivo como siempre en todo, era como si hubiese guardado todo lo *encadenable* durante años para soltarlo de golpe.

Y no era una mujer de la calle, era Mía Austen, hijastra de la nueva novia de su padre. Una joven, además, nueve años menor, precisamente eso que tanto le criticó a Austin Stoker.

O se controlaba o estaría perdido. Y solo traería problemas.

Se dio media vuelta en la cama y perdió de vista los monos negros.

Además, el blanco le queda de maravilla.

Aunque eso ya lo tenía previsto cuando lo compró. Cuando vio las opciones supo que cualquiera de ellas sería acertada, no le hubiese quedado mal ninguna.

Sonrió.

Encadenable.

Los ángeles no llevaban cadenas.

O sí.

Tendría más días para comprobarlo.

30

Llamaron a la puerta cuando ella estaba en la ducha, solo esperaba que no fuese de nuevo Kelly. A pesar de no tener despertador, se había despertado muy temprano para dar vueltas en la cama mientras la voz de Kelly formaba tornados en su cabeza.

Se asomó a través de la puerta del baño, dio una voz preguntando quién era. Era una mujer, pero no su madrastra.

Se lio en la toalla y salió del baño, los pies mojados resbalaban en el suelo, así que no pudo apresurarse. La piel se le erizó con el frío al abrir la puerta.

Era el ama de llaves con un carro con tapaderas plateadas, encima de platos una jarra de leche y varios cuencos con cosas de colores que no se detuvo a mirar. Llevaba colgada del hombro una bolsa enorme de tela.

—Te lo dejo dentro, ¿vale? —dijo la mujer empujando el carro y ella se retiró para que pudiese pasar.

—Gracias, no es necesario. —¿Orden de Kelly? No lo creía, y menos después de lo de la noche.

—Claro que lo es —añadió la mujer cogiendo la jarra de leche y llenando la taza—. No sé lo que sueles desayunar, así que he traído algo de todo.

Con aquella comida tenía para comer un día entero, y le sobraría.

—Si necesitas algo más, solo tienes que pedirlo.

Mía bajó los ojos hacia la mesa y sonrió.

—Algo para la digestión —respondió y la mujer rio.

Cathelyn se descolgó el asa del hombro.

—Esto es del señor Stoker. —Lo dejó sobre la cama y alzó la mirada hacia Mía—. Hijo —aclaró.

Mía intentó no hacer ningún gesto con la cara, pero notaba cómo le subía el calor por el cuello.

Cathelyn se retiró hacia la puerta.

—Que pase un buen día hoy, señorita Austen —le dijo alargando la mano hacia el picaporte. Sonrió antes de cerrar.

Echó todo el aire de golpe en cuanto quedó sola. Soltó la toalla que cayó al suelo y el frío de estar mojada al aire se hizo intenso. Abrió la bolsa, más cuero negro, grueso y mullido. Esa vez negro y en mucha más cantidad.

Frunció el ceño al sacarlo. La cazadora era más larga, interminable. Una sola pieza para vestirla al completo. Y unas botas.

Alzó las cejas y corrió a sacarlas, las giró para ver el número.

Treinta y seis, uno más que el zapato.

Espiró de nuevo con fuerza.

No sabe mi número de zapato.

O no habría botas de aquel tipo tan pequeñas.

No había tenido muchas dudas de si hacerle caso a Kelly o no, aunque las hubiese tenido, se habrían ido de golpe.

Se sentó en la cama, aún desnuda, y cogió el libro que había abierto veinte veces aquella mañana y al que había señalado con marcadores de colores.

Cogió la taza de leche y le dio un sorbo antes de volver a dejarla en la mesa. El olor a pan

tostado, a mantequilla y mermelada y el de la fruta llegaba hasta ella.

Bajó los ojos hacia el libro.

—Te dirán que es mentira, que solo lo imaginas, que pierdes el tiempo —leyó.

Pasó las páginas.

—El viento soplará endemoniado queriendo que te alejes del camino acertado —sonrió al leerlo. Siguió pasando páginas, ladeó la cabeza, era su parte preferida—. Es justo en el peor de los momentos cuando más necesitas aferrarte a eso que te hace feliz, cuando alguien esté dispuesto a venir a arrebatártelo. Pero no saben que es precisamente en ese momento cuando somos capaces de sacar nuestra mayor fuerza.

Cogió aire y lo contuvo.

—No tengas miedo —continuó en las siguientes páginas—. Recuerda que aunque salga mal, las consecuencias nunca alcanzarán la magnitud proporcional de eso que te hizo feliz. Y habrá merecido la pena. El tiempo corre, no lo pierdas ni un segundo. Vuela.

Cerró el libro y miró la hora. Tendría que volar para engullir todo aquello y estar abajo a la hora que la esperaba Stoker. Esperaba que él lo recordase o no se quedase dormido, porque tremendo ridículo iba a hacer arreglada así junto a la moto si él no aparecía.

Bajó la cabeza mientras la invadía una risa un tanto nerviosa. Negó con la cabeza y miró el mono negro.

—¿Qué demonios lo va a olvidar si ha hecho que me traigan esto? —No tenía etiqueta, pero aquellas botas olían a nuevo.

Una amiga…

Soltó el aire. Tendría varias y todas de su misma talla. Entornó los ojos abriendo la cremallera. Brit o Ivy, con sus tetas anchas, altas y redondas, no cabrían allí dentro. Y estaba convencida de que las amigas de Stoker también eran así.

No creyó que eso fuese directo a la piel, tendría que ponerse algo debajo. Miró el armario, por suerte de *leggins* y camisetas de algodón iba bien servida.

Miró el reloj de nuevo. Tenía que darse prisa.

31

No quería seguir esperando en el ático, además quizás ella no se animara a bajar hasta que no lo viese. Desde la ventana podía ver a su padre, a Kelly y a sus hijas desayunando en la marquesina.

Bajó los tres tramos de escaleras y frenó en seco en el último rellano que daba a la salida, frente al espejo, mirándose las cremalleras laterales.

Contuvo la sonrisa y continuó hacia la salida mientras se llevaba las manos a las cremalleras de los bolsillos para abrirlas. La puerta de salida estaba abierta, allí estaba Nilo moviendo el rabo, tendrían que meterlo en la parte de atrás para que los dejase salir.

Se asomó por si la veía salir, pero en aquella parte solo estaba el hombre de mantenimiento.

Salió al porche, ni siquiera pensaba pararse en la marquesina, pero la voz de su padre lo hizo detenerse.

—Me ha dicho Arnold que ibas a la fábrica hoy —le dijo levantándose de la silla y saliendo por la puerta de cristal para acercarse a él.

—Sí, voy a la fábrica hoy —respondió echando un vistazo a las acompañantes de su padre, que aunque no parecían prestarles atención, seguramente estarían atentas a lo que estaban hablando.

—¿Puedes probar el Diamond nuevo? —Su padre alargó un brazo hacia su hombro—. Aún no he decidido si ponerlo a la venta o quedárnoslo, estoy esperando tu opinión.

—¿Ya está listo? —No había pensado en el Diamond.

Su padre asintió con la cabeza. No había pensado en el Diamond, pero le gustaba la idea.

Vio que Kelly se levantaba y enseguida sus hijas la imitaron.

—Nosotras lo vimos ayer, es precioso —dijo la mujer y Stoker tuvo que apretar el estómago.

No era momento de tensar a su padre y quizás volver a discutir con él, porque estropearía por completo una mañana en la que se había levantado con espléndido humor.

—Las llevé ayer a la fábrica —le explicó su padre—. Hubiese preferido que vinieras con nosotros y que pudiesen probar uno de nuestros aviones, pero me dijiste que ibas a salir y no quise estropearte el plan. Otro día.

—Otro día —repitió él observando la manera en la que lo miraba Kelly.

—Otra cosa más —dijo su padre—. Esta misma mañana me ha llegado la invitación del enlace de Hércules Orwell y Michelle Lyon. Dales las gracias de mi parte, estaremos encantados de estar presentes. Y hace mucho tiempo que no veo a Mr Lyon, será una magnífica ocasión.

¿Qué?

Esa sí que no la vio venir.

La madre que los parió.

Sabía que era la intención de Hércules invitar a su padre, pero una vez que entró Kelly en escena le pidió a su amigo que desechase la idea.

Y las ha invitado a todas.

¿Hijastra incluida?

Encadenable, *claro.*

Estaban dispuestos a trasladar todas aquellas sandeces del chat al directo delante de su cara.

Con estas tres incluidas.

Y con unicornios.

Demasiado para digerirlo así de golpe. Un momento importante en la vida de todos los que le importaban, en el que estarían juntos de nuevo y que llevaba meses esperando, enturbiado y fastidiado.

—Y nosotras estaremos encantadas de conocer a tus amigos, tu padre nos ha hablado mucho de ellos —dijo Kelly.

Las tres sonrieron. Era una suerte que tres ya no contasen, de los otros dos no las quería ver ni a cinco metros. O sí. De Marlowe sí.

Contuvo la sonrisa.

—Os los presentaré, por supuesto —les dijo. No lo esperaban, sonrieron con una amplitud que no había visto nunca en ellas.

Pero la idea se le estaba quedando maravillosa en la cabeza.

Vio a su padre mirar por encima de su hombro y, por la expresión, pudo deducir qué era lo que llegaba tras él.

Contuvo la sonrisa. Claro que la idea de Hércules había sido maravillosa.

Como decían todos los que lo estaban preparando, una noche especial, con música, magia, rosas y unicornios.

Y ella.

Kelly y sus hijas no fueron capaces de disimularlo. Era una pena que Mía no pudiese verlas a la misma distancia que él.

Dio un paso atrás para alejarse de los cuatro, aún sin darse media vuelta para mirarla, aunque la curiosidad por compartir visión con ellos tiraba de su cuerpo sin remedio.

Stoker dio otro paso atrás para alejarse de ellos, que no habían sido capaces de decir nada, ni siquiera su padre. No lo esperaban. Lo último que esperaban. Se alegró de haberse decidido aquella misma mañana. Ser impulsivo e impaciente tenía sus ventajas.

Y él quería ver al ángel dentro de un mono de cuero.

—Que pases un buen día —dijo y se dio media vuelta.

Entornó los ojos levemente comprobando que los ángeles dentro de monos de cuero eran tremendamente peligrosos.

Nunca pensó que un lazo de aquellas dimensiones podría quedarle tan bien a aquella indumentaria, ni que una cremallera ajustada hasta el cuello de Mía le resaltase aún más aquellos rasgos dulces que le hacían olvidar una contusión en la cabeza que ya ni a ratos molestaba.

Se acercó a ella, su flequillo dorado se abría dejando paso a sus ojos enormes y grises y los alzó para mirarlo sin levantar del todo la cabeza, quizás por la tensión de los ojos que los miraban. O quizás la culpa era suya, que al igual que su padre, su madrastra y sus dos hermanastras, no había disimulado ni siquiera un atisbo de lo que le estaba pareciendo su imagen.

Y es que aquella imagen era una locura, no sabía si *encadenable* o no.

—¿Nos vamos? —le preguntó cuando estuvo a medio metro de ella, quizás demasiado cerca, no había calculado bien.

—Nos vamos —dijo ella y dirigió sus ojos hacia su padre y ellas. Pudo ver que de la línea de sus pestañas sobresalía una raya negra, y que resaltaba la claridad de sus ojos y el tamaño.

Mía alzó la mano para despedirse de ellos y se apartó de él dirigiéndose hacia la moto.

Stoker alzó levemente las cejas mientras la joven se alejaba.

Si en alguno de los numerosos bolsillos llevaba cadenas, miedo le daba que las sacara.

La muñeca de escaparate era capaz de romper platos y todo lo que se le pusiera por delante.

32

La cruz genital del mono tenía una parte forrada y mullida a la que tendría que acostumbrarse al andar. También le pasaba con las protecciones que tenía por dentro en ciertas partes del cuerpo, como los hombros o los codos. No eran perceptibles, pero una vez puesto podía sentirlos.

A pesar de todo no era incómodo, tenía la piel suave, blanda y flexible. Más incómodas le resultaban, sin embargo, aquellas botas al tobillo, no eran su talla y su pie bailaba debajo. Algo que no pensaba decirle a Brian Stoker. Y aún menos a la corta distancia a la que él se había puesto, por un momento pensó que no la habría visto, que llevaba la cabeza perdida a pesar de estar mirándola, y que chocaría contra ella.

Su gesto hizo que se tensase y que no pudiese concentrarse en Kelly y sus hijas todo lo que le hubiese gustado.

—¡Esteban! El perro. —Oyó a Stoker a su espalda.

No quería volver a mirar hacia la marquesina, aunque estuviese a media distancia. Ellas no se merecían ni una mirada más, y el padre de Stoker le había provocado cierto bochorno inesperado sin saber muy bien por qué.

Quizás porque aquella prenda tomaba un sentido un tanto peculiar, más del que ya tenía de por sí, cuando la de Brian Stoker era exactamente igual, negra con los mismos dibujos y rayas blancos, con la diferencia de tamaño y de forma masculina. Las botas eran exactamente iguales. Y por lo que estaba comprobando, él se estaba colocando unos guantes que ella no tenía.

Si la ropa que llevaba puesta era de la misma dueña que la de la cazadora blanca, habría tenido que ser una mujer con una cercanía especial con él. Las botas no estaban usadas, posiblemente el mono tampoco, como tampoco la cazadora, o bien aquella cercanía habría espirado o bien Stoker guardaba prendas de mujer para cuando tuviese acompañantes. Supuso que con Stoker las fechas de caducidad serían reducidas y si era por otro motivo, pensar la cantidad de posibilidades hizo que su pierna vacilase antes de alzarse hasta la estribera trasera.

Stoker le ofreció su mano para que pasase la pierna al otro lado, gesto al que ya se estaba acostumbrando y esperaba. Mía fue capaz de mirar de reojo un breve instante atrás, a donde estaban todos. Kelly y sus hijas habían vuelto a la marquesina, pero el señor Stoker seguía en pie.

Y vio al hombre mover la boca diciendo algo y sonreír. Sin embargo, sus hermanas no sonrieron un ápice. Mía contuvo la sonrisa.

Os voy a hacer un pequeño homenaje por vuestra simpatía y generosidad conmigo.

Agarró su mano y se alzó con el pie en el soporte, apoyándose con la otra en el hombro de Stoker. Él no lo esperaba, lo notó moverse y hasta girar levemente la cabeza para mirarla.

Y su culo cayó en el mullido asiento, que, a pesar de parecer pequeño, tomaba su curva con una comodidad sorprendente. Con la parte inferior de aquella prenda era aún más cómodo. Y si a eso se le unía el elemento que tenía a centímetros de su pecho, se convertía en el medio de transporte más placentero en que se hubiese subido nunca. Lo de tener a sus hermanastras ardiendo en llamas a unos metros estaba siendo solo el complemento.

Stoker le dio el casco y se apresuró a colocárselo. Poder escucharlo o hablar sin que escuchasen o leyesen sus labios era otra ventaja.

—Creo que a tu madrastra no le ha gustado verte conmigo. —Lo escuchó directo al oído, captando toda su ironía de primera mano.

—No —respondió y lo oyó espirar en una carcajada.

La moto rugió entre sus piernas, con el casco podía escucharla con fuerza, algo habría hecho él para que se oyese mucho más que el día anterior.

Y la moto comenzó a desplazarse despacio hacia atrás para salir del aparcamiento techado.

—¿Te importa? —preguntó él y ella volvió a mirar de reojo, sin mover la cabeza. El cristal oscuro no les dejaría comprobar hacia dónde miraba. Algo que solía pasarle a ella misma con Stoker cuando lo veía rebasarla en la carretera.

—No. —Volvió a escuchar la carcajada y esa vez su espalda se movió hacia delante.

Más rugidos, lo tendría que estar haciendo queriendo o aquel bicho tenía modos y el de la noche anterior era el más suave.

No quería ni imaginar lo del pecho cuando comenzase a tirar. Inclinó su pecho despacio hacia delante, comprobando cómo la línea gruesa y blanca con un pico en medio que formaba el dibujo del mono, coincidía con la que llevaba también el mono de Stoker.

Bajó los ojos para comprobar que hasta la altura del asiento parecía estar hecha para ella, y se inclinó aún más hasta que la línea gruesa dibujada en su pecho se pegó a la de la espalda de él.

Contuvo la respiración, lo que le subía desde el estómago se unió al arranque y aceleración de la moto, y ambas se arremolinaron en su interior. Tuvo que agarrarse a él o bascularía hacia atrás.

—Agárrate bien, lo de ayer fue solo un calentamiento. —Lo oyó decir.

—No me asustes. —Se volvió a escuchar su risa.

Y le estaba encantando escucharla. La moto se detuvo junto a la caseta del guarda, el chico de seguridad abría la puerta automática. Y en el cristal de la ventanilla pudo comprobar el resultado de tal combinación perfecta de colores y formas, una imagen en la que se apreciaba una figura masculina y una femenina, demasiado cerca y compenetrada en postura, y que hasta las líneas blancas en las piernas de la ropa estaban en armonía.

Formaban un conjunto, una única pieza, dos humanas y una metálica, como una escultura, con un aspecto romántico que nunca creyó ver en tantas veces como había visto imágenes similares. Una visión hermosa, más hermosa de lo que esperaba.

Lo del estómago regresó y le subió hasta el pecho, solo quedaba que él acelerara para completarlo.

La puerta aún no se había abierto del todo, él esperaba paciente a tener vía libre. Lo había visto pasar en cuanto el hueco mínimo era suficiente para él y su coloso. Pero ya estaba comprobando que cuando ella iba detrás sus formas eran un tanto diferentes.

Volvió a mirar el reflejo en el cristal, no lo olvidaría en la vida. Una versión de ella que no esperó nunca ver y que le estaba encantando, y el culpable era él.

Sonrió conteniendo la respiración y dejó su peso en él esperando a que iniciase la marcha.

Y bendita culpa.

Solo había una única pega. La única nota discordante en el reflejo era tremendamente fría e incómoda. Se irguió despegándose de él y lo notó moverse.

—No hagas eso cuando voy a arrancar.

Valeeee.

—Es que puedes caerte. —Giró su cuerpo hacia ella—. No es ninguna broma.

La miró a través del cristal oscuro de su casco, no podía verle ni siquiera los ojos, era como si tuviese delante a un robot, una coraza con un interior que le estaba encantando y que hacía que pareciese que ya iban a medio camino a toda velocidad aunque ni siquiera hubiesen atravesado la puerta.

—¿Qué? —preguntó al fin él viendo que ella no decía nada.

—¿No llevas aquí abajo los guantes que llevabas ayer? —Era evidente que los de aquella mañana eran otros, unos con las mismas rayas blancas que el resto de la ropa y las botas.

—No. —Lo vio bajar la cabeza aun con el casco y tirar de la cremallera del bolsillo, que, por cierto, ya estaba abierta.

No tengo quejas.

Aunque él estaba aún de perfil, resbaló su mano hasta meterla en el bolsillo. Era tenso no verle la cara porque él había levantado de nuevo la cabeza para mirarla. Tampoco la vería, así que no sabía qué era lo que miraba.

Stoker se colocaba de nuevo y ella se dejó caer en él para introducir la mano en el otro bolsillo, comprobando que él aún no miraba al frente. Mía miró de reojo a su izquierda.

El reflejo.

No había nada más a su alrededor que mirar. Aunque supuso que él ya lo habría visto muchas veces, tantas como mujeres hubiese transportado con él. Y después de experimentar aquello, era consciente de que serían muchas, infinitas, todas las que él quisiera.

Contuvo su espiración, hubiese sido sonora, le delataría el suspiro. Dentro de aquellos cascos se oía todo, era como retenerse el uno al otro dentro de la cabeza.

Aunque yo ya lo tenía dentro de la cabeza.

Stoker era hasta lo que nunca imaginó y más.

Habría merecido la pena.

Aunque fuesen solo las consecuencias por volar sobre su espalda, las merecería. Le costaría un tiempo, años sin poder poner los ojos en nadie más. ¿Quién después de él? No importaba que solo lo acompañase unas horas y luego se lo volviese a cruzar esporádicamente por la casa.

Después de él tardaría en encontrar algo semejante, al igual que le pasaba después de un libro que le llenaba más de la cuenta y luego en cuanto comenzaba otra lectura, regresaba a él para leerlo en bucle.

Eso mismo, exactamente igual, le pasaría con Stoker.

Al fin notó la inercia, y la fuerza que la contraía hacia él. Notar su cuerpo a través del forro le daba seguridad, estar aferrada a algo que no fuese inerte. Algo que le proporcionaba seguridad, una seguridad infinita que poco a poco iba aliviando la presión del pecho. Y la ligereza, y el miedo. Dejando únicamente lo que le proporcionaba él.

Desconocía si él la sentiría también a través de la tela. Desconocía si se aferraba demasiado fuerte y era una molestia. No decía nada y le daba vergüenza preguntar.

Era extraño no notar el viento a pesar de ver los árboles pasar con rapidez uno tras otro. Si cerraba los ojos, era como estar en una habitación cerrada, sobre un sofá cómodo y completamente envuelta.

Podía sentir el balanceo leve, cuando aceleraba o cuando aminoraba con suavidad antes de cada curva. También la inclinación de cada cuesta y la velocidad de cada rampa.

Y salieron del camino interminable de las casas, que en esas circunstancias se hacía escaso, y llegaron a la carretera, donde enseguida Stoker tomó la entrada a la pista.

—¿Dónde es? —No sabía si le molestaba o distraía que le hablase. No tenía ningún problema en guardar silencio. Allí era placentero hasta el silencio.

—Hay que rodear la ciudad. —De ahí la pista.

No le importaba. Y que fuese en la ciudad de al lado tampoco.

Pero Stoker no tardó en desviarse por una vía de servicio y eso la hizo erguirse levemente para mirar.

Fueron perdiendo velocidad hasta que se detuvieron.

—Ya se me olvidaba —dijo.

¿Ein?

Stoker se quitó el casco, ya reconocía el movimiento cuando la moto se alzaba y se fijaba sobre las patas. Un balanceo y ascender. La mano como apoyo significaba bajarse, luego se bajó él.

—¿Estás mejor? —dijo abriendo el pequeño maletero posterior donde guardaba las cosas. Recordó el meditar de si llevar bolso o no. Con los bolsillos tenía de sobra para el móvil, la documentación y las tarjetas.

—Mucho mejor.

Vio el bote del líquido ácido, bajo él había una bolsa transparente de plástico y en su interior…

Unos guantes.

Gemelos a los de Stoker y, por ende, a juego con la ropa. Aunque mucho más pequeños.

—¿Eso son unos guantes?

—No.

Stoker cerró la tapa del cofre de golpe.

Yo creo que ya este me está vacilando.

Mía dejó el casco sobre el asiento y con rapidez sintió la mano de Stoker, que con el guante puesto le cogía no solo la nuca, sino media cabeza.

—Entero, de una vez, sin respirar —le dijo él y el pitorro entró en su boca de inmediato. No podía hacer otra cosa más que succionar mientras él estiraba el plástico.

Era incómodo chupar teniéndolo a él tan cerca y con la mirada fija en sus labios, supuso que para comprobar que no empujaba la boquilla con la lengua y lo escupía como la noche anterior.

El ácido le invadía la boca haciendo que le picase la lengua. Tensó el cuello y él lo notó porque su mano se tornó más firme en la parte posterior de su cabeza.

—Eres como un bebé —dijo y ella tuvo que contener la risa o derramaría el líquido—. Peor que Nilo.

Y esa vez no pudo aguantar la risa. Por suerte no fue un desastre, succionó lo que le quedaba y sintió que la tensión tras su cabeza se aflojaba.

Se aflojaba, pero no se retiraba del todo. Alzó los ojos hacia él, aún más cerca que en el jardín de la casa, Stoker habría encontrado algo de interés en sus pestañas o en la línea de sus ojos, o quizás dentro de ellos. Algo que le estaba llevando más tiempo del que debería si solo quería comprobar si el líquido estaba dentro y ya no picaba.

—Acabas acostumbrándote a este sabor del demonio —dijo y ella sonrió y al hacerlo algo más en su cara llamó la atención de él. Pudo ver cómo el gesto de su rostro cambiaba de manera instantánea hacia uno más relajado aunque no lo hubiese tenido del todo tenso. Nunca se había fijado en ese gesto en otras personas, quizás porque no solía observar a nadie como lo observaba a él.

—¿Para qué sirve? —preguntó mientras la mano de Stoker resbalaba hacia su cuello antes de retirarse.

—Para recuperar los músculos. Si lo hubieses tomado el primer día, habría sido más rápido. —Se apartó de ella, pero muy poco, un cambio casi imperceptible. Y lo que fuese de sus ojos seguía atrayendo su atención.

—¿Tan evidente era? —respondió y él rio, desviando la mirada hacia las balizas de la carretera.

—No creí que fueses capaz de pisar uno de mis *cum laude*, el que te salvaría el culo en una asignatura. —Si serio le gustaba, sonriendo y con aquel nuevo matiz relajado, podría ser una locura. Un nuevo concepto de Stoker, más cálido y cercano, que podría hacerle perder la poca

cordura que le quedaba respecto a él.

Un Stoker con ironía y sarcasmo, y con un punto infantil que no esperaba. Un hombre a ras del suelo, que ahora podía imaginar haciendo cosas del mundo cotidiano, aunque nada en él fuese del todo cotidiano.

—Han sido de los peores días de mi vida de los últimos tres meses. —Mía hizo una mueca. La cercanía física con él le era tremendamente placentera, demasiado. Algo de lo que debía protegerse o acabaría desvariando cada noche.

Y él invitaba a desvariar de manera extraordinaria, en aquella postura, Stoker tan solo tendría que bajar la cabeza e inclinarse y le alcanzaría los labios si ella levantase la barbilla.

Él dejó de mirar las balizas y volvió a mirarla a ella.

Levantar la barbilla…

Mía, recula.

Por su bien tendría que hacerlo. Aquella distancia física no era natural ni normal, era un espacio íntimo invadido, una invasión que no le importaba en absoluto. Y sus piernas parecían haberse bloqueado porque no daban ni un escueto paso atrás.

Ni él tampoco.

Silencio absoluto mientras un coche pasaba por detrás de las balizas formando una ráfaga de viento y levantando polvo de la vía de servicio.

Sintió el cuero mullido en la parte derecha de la mandíbula en un leve roce.

—Vamos. —La voz de Stoker acompañó el leve roce.

Y se quedó quieta mientras él se adelantaba para subirse a la moto.

Esto tiene que ser una prueba o una maldita broma.

Cogió el casco del asiento y se lo colocó antes de subirse. Esa vez no esperó ni a que le ofreciese la mano, ya no le parecía tan difícil, tampoco se sentía tan cansada como la noche anterior. Se apoyó directamente en el hombro de él y subió para apoyar la otra mano en el otro hombro de Stoker. Lo vio girarse levemente para mirarla de reojo.

Se sentó aún sin despegar ninguna de las manos de sus hombros. No pudo ver la expresión de él, ya se colocaba el casco.

Retiró las manos de sus hombros cuando sintió el rugir y la vibración entre las piernas. Y las introdujo en los bolsillos laterales. Tras ella, en el maletero, había guantes de sobra para ponerse, pero tampoco insistiría mucho para que se los diera si esa era la alternativa.

Se inclinó hacia adelante hasta pegar su pecho a la espalda de Stoker para poderlas meter más adentro y se agarró a él a través del forro.

Preparada.

Sonrió y cerró los ojos para sentir el suave balanceo que los llevaba a acelerar y coger velocidad. Volvió a abrirlos, su pecho aún no se acostumbraba a la aceleración, pero iba mejorando a pasos agigantados. Bajó la mirada para observar las botas de Stoker, las metía entre la estribera y una especie de palanca, y sintió algo en el motor.

Entornó los ojos.

Son marchas.

Como en los coches. Nunca se había planteado cómo se hacía en las motos. Aquello era el sonido del demonio que siempre le dio tanto miedo, desde que jugaba con las niñas en la calle en su antiguo barrio.

Y la velocidad se hizo al fin uniforme. Las balizas pasaban rápidamente por su lado y los árboles parecían una línea verde uniforme.

Vio un coche alto y blanco al frente y sintió la moto moverse hacia el lado. Apretó el

estómago y tensó el cuerpo al sentir la aceleración y mantuvo la respiración cortada mientras lo adelantaban. Era una suerte que él fuese enorme y no pudiese ver a qué velocidad iban. Prefería no saberlo.

—Estás tensa y muerta de miedo. —Regresaban al carril ya delante del coche blanco.

—Ayer estaba muerta de miedo. Hoy lo llevo mejor. —Escuchar aquella espiración nasal de la leve risa le gustaba.

Otro coche, uno azul. Cerró los ojos al notar el movimiento y de nuevo el acelerar, volvió a abrirlos cuando sintió la leve frenada.

—¿No confías en mí?

—Si no confiase en ti, no me hubiese subido aquí nunca.

De nuevo aquella espiración a través de los altavoces internos que lograba envolverla por completo.

Se hizo el silencio de nuevo y su cuerpo se relajó. A aquellas horas un día no laborable, aquella carretera externa estaba tranquila. Dejó que se perdiera su mirada en la hilera de árboles que pasaban veloces uno tras otro.

—¿Cómo piensas solucionar tu problema con el camino por las mañanas? —Lo oyó preguntarle.

—No considerándolo un problema y no teniendo nada que solucionar. —Volvió a sentir su cuerpo a través del forro, notaba que también él llevaba algo de ropa debajo del mono, pero era ajustado, similar a lo que llevaba ella por dentro. Stoker se movía levemente.

—Claro que hay un problema. Hay un chófer libre a la hora que empiezan las clases, si dejas el trabajo de la mañana no tendrías ningún problema.

—Eso no es valorable.

—¿Por qué?

Había varios desvíos, Stoker tuvo que cambiar el carril y su cuerpo se tensó con el movimiento. Sabía que él lo notaba, su cuerpo reaccionaba sin remedio a pesar de querer controlarlo.

—Porque quiero irme de tu casa en dos meses, deberías alegrarte. Una menos —respondió y esa vez notó el cuerpo de Stoker bajo el forro de nuevo, en un movimiento extraño.

—No me alegraré si es a costa de que te expongas todas las mañanas y todas las noches.

Podría haberlo apretado en aquella postura, solo hubiese tenido que dejar que sus brazos respondiesen a aquello que se había abierto en su estómago. Pudo retenerlo, fue una suerte, no era fácil.

—Necesito ese trabajo cuando esté fuera de la casa. Si lo dejo ahora, no lo recuperaría —añadió ella—. Con el de Suki no es suficiente.

—¿Y tu pensión de orfandad? —preguntó y ella alzó las cejas. No sabía si llevaba alguna ironía. Pero si iba con alguna intención, esa vez Stoker se equivocaba. La pensión de orfandad era lo único que Kelly no llegó a tocar, quizá por las ganas de perderla de vista.

—Tampoco es suficiente.

Lo vio negar con la cabeza, todo el casco se movía de un lado a otro.

—No parece que necesites mucho para vivir.

—Existen imprevistos y no tengo a donde acudir. No quisiera verme en la calle.

La vida no es fácil para los que estamos solos. Pero tú tienes a tu padre, un imperio y varias casas. Pasta más de la que puedes gastar. No comprendes otra realidad.

—¿Y te vas sola?

—Depende, tengo varias opciones. Hay una residencia en el campus, pero también una de las

amigas de Suki vive en un piso de estudiantes y una de las estudiantes parece que se va.

—Esa opción suena mejor, no estarías del todo sola. —Lo oyó decir.

—Pero esa opción es más tardía. Y no tengo tiempo.

—Hasta lo que sé, mi padre no os ha dado tiempo.

Para mí sí lo hay.

—¿Tampoco tú las soportas?

Frunció el ceño. Aquel «tampoco» la hizo contener la sonrisa.

—Yo las conozco y estoy en otra situación respecto a ellas —se apresuró a replicarle—. Pero tú deberías de darles una oportunidad.

No por ellas, por ti, idiota. Vas a alejarte de tu padre y es un buen hombre. No merece la pena perder al único que te queda por eso.

—¿Y tú me lo dices?

—Precisamente te lo digo yo, recuerda que Kelly se casó con mi padre, estuve en la misma situación que tú.

—Cierto. —Dejó caer los párpados. Quizás Stoker acababa de ser consciente de ello—. ¿Y cuál es tu consejo?

—Que no te alejes de tu padre. —Volvían a cambiar de carril y esa vez le cogió desprevenida. Le dio un pellizco a Stoker a través del bolsillo sin ser consciente—. Perdón. —Lo sintió contraerse—. Lo siento. —El bochorno la invadió enseguida. Tanto que retiró la mano sacándola del bolsillo, pero él se la sujetó enseguida y la volvió a meter dentro.

—Tengo cosquillas, no es tu culpa —sonrió bajo el casco al oírlo.

Un cuerpo así con cosquillas, lo último que esperaba.

Una debilidad.

Apretó los labios mientras aumentaba su risa. El estómago se le hizo ligero.

—¿Te hace gracia? —La había oído. Aquel casco era tremendamente revelador.

Mía apretó aún más los labios y movió la cabeza negando, no podía responder sin descubrirle que seguía riendo. Era una pena no poder verle la cara.

Cogió aire por la nariz. Recolocó las piernas, aún tenía margen con ellas, igual que con el asiento. Bajó la mirada hasta sus genitales. Unos cuatro centímetros los separaban de él. Aquellos cacharros estaban preparados para un encaje absoluto, si apuraba aquella distancia, sus muslos se pegarían a la parte posterior de los de Stoker.

Otro adelantamiento, inclinó la espalda de nuevo para dejarse caer sobre él. Tenía que reconocer que de pegarse al completo, de arriba a abajo resultaría mucho más cómodo. Además, el cuerpo de Stoker le daba seguridad en medio de aquella ligereza.

Una auténtica tortura ir montada aquí.

Apretó los labios de nuevo. Una tortura que podría soportar durante horas sin una sola queja.

Sintió la marcha de nuevo y el descenso de la velocidad. Una nueva hilera de carriles con carteles.

Coge para donde quieras.

Iría a cualquier parte.

Contuvo la respiración un instante.

Soy demasiado joven para algo como esto.

Apenas comenzaba a experimentar sensaciones fuera de los libros de Irina y tropezaba con algo que no sería capaz de digerir, era consciente. A Stoker no le estaba costando despegar y montarla en una nube, era piloto, no esperaba menos.

Las hileras de árboles volvieron a convertirse en una línea verde. La ligereza era muy similar

al arranque de las montañas rusas.

—Tranquila, soy consciente de que no voy solo —dijo él.

Y Mía frunció el ceño.

A saber a cuánto pondrá el bicho este cuando va solo.

—No he rebasado ni una sola señal desde que estás ahí —añadió cambiando de carril de nuevo.

Y la abertura del pecho fue inmediata, si se hubiese bajado la cremallera del mono lo de dentro hubiese salido disparado. A Stoker era mejor no acercarse, siempre fue su intención. Estaba en lo cierto. Pero nunca solía hacer caso, ni siquiera a ella misma. Nunca fue una niña buena a pesar de que todos le decían que lo parecía.

Bajó los ojos hacia el mono.

Las niñas buenas no visten cuero negro.

Contuvo la sonrisa.

No meten manos en bolsillos ajenos.

Apretó suavemente sintiendo el cuerpo de Stoker dentro.

—¿Tu relación con tu madrastra y sus hijas siempre ha sido igual de mala? —preguntó él.

¿Mala?

Tuvo que reír.

Kelly siempre supo que ella no era manejable ni influenciable, ni mucho menos estaba dispuesta a quedar supeditada a ellas. Por eso la vida en casa nunca fue tranquila.

—Igual no, ha llegado a ser mucho peor —dijo y sintió su risa más clara—. Sobre todo con Brit. —Contuvo la respiración. Hasta el hecho de nombrarla le hacía arder el pecho—. Hace años, cuando Kelly llevaba poco tiempo casada con mi padre, tuve una pelea con Brit en el tobogán de un parque. Hubo más que palabras hasta que nos caímos al suelo. Cuando mi padre y ella llegaron a nosotras, yo tenía un puñado de pelo de Brit en la mano. Creo que desde entonces no ha cambiado su concepto de mí.

Volvió a oír su risa.

—No puede ser por eso. —Su risa aumentó —. Mi madre tuvo que dejar de llevarme a los parques porque ya no sabía cómo disculparse con el resto de padres, y ahora tengo compañeros de trabajo a los que torteaba la cara cada tarde.

La risa de Mía se mezcló con la de él en el sonido de los altavoces.

—Son cosas de niños, se corrige, no es nada malo. Pero no lo esperaba de ti —añadió él.

Claro, tengo cara de angelito, ¿verdad?

—Esa ha sido siempre mi ventaja —respondió ella y la risa de Stoker resonó en el interior del casco mientras sentía su cuerpo moverse en unos leves rebotes.

Podía ver a lo lejos el luminoso en un edificio con el apellido Stoker.

Como la otra vez, aunque esa vez fue evidente el camino más largo, se le había hecho corto. Stoker tenía la habilidad de hacer volar aviones, motos y el tiempo.

Era una recta, la carretera seguía adelante rebasando la fábrica, supuso que más lejos habría algún tipo de desvío. Pero ni con la carretera libre y sin curvas, lo vio acelerar un ápice más.

Lo del pecho se le volvió a abrir.

Me está encantando. Maldita la hora en la que pasó por la tienda.

Infló los mofletes para no soltar el aire de golpe, él lo oiría. Aquello era como compartir cuerpo y cabeza, una sola pieza, los dos.

Cerró los ojos sintiendo otro leve movimiento, la salida de la pista, y los mantuvo cerrados mientras giraban y giraban en un circuito que los llevaba hasta el lado en el que estaba la fábrica.

Esos movimientos los llevaba peor y lo reflejó en un pellizco mantenido en él a través del forro. No dijo nada, y si tuvo cosquillas, las aguantó.

Aminoraban la marcha y se detuvieron frente a una valla de líneas naranjas, no tardaron en abrir al reconocerlo.

Y Mía pudo ver de nuevo el reflejo de ellos en el cristal oscuro de la casetilla. Ahora, que ya no le sorprendía el conjunto y podía fijarse en los detalles, podía reconocer el margen entre los dos, los centímetros para que su pieza encajase por completo en él.

Sacó las manos de los bolsillos y se irguió levemente, ya dentro y hasta un aparcamiento, no necesitaría agarrarse.

Rebasaron al guardia de seguridad y Mía notó cómo el hombre se giraba para mirar.

Dirá el hombre: otra amiga más.

Una más. De tantas.

Se quitó el casco aunque no se hubiesen detenido, iban despacio. El lazo se le había movido, lo colocó con una mano.

Y se detuvieron, el balanceo ya conocido, y el motor dejó de sonar. Podría bajarse.

La mejoría en las piernas era notable, tanto que ahora lo hacía con más rapidez, solo le faltó estabilidad al tocar el suelo. Fallo suyo, no se apoyó en él. Tuvo que cojear con un pie hasta que pudo apoyar el otro. Stoker se sobresaltó con el gesto y la miró.

Qué vergüenza.

Al menos no se había caído al suelo. Sonrió, sin embargo, a ver si así perdía importancia, pero él negó con la cabeza mientras se bajaba también. No dio ni un pequeño traspiés.

Es alto, para él es más fácil.

Contando con que él lo habría hecho miles de veces y ella no. Mía se dio media vuelta y le dio la espalda. El bochorno ascendía. Notó un tirón en el casco que sujetaba con una mano, era Stoker, se lo cogió para dejarlo sobre el asiento, junto al suyo.

—Vamos. —Lo vio abrirse la cremallera, se sacaba algo de dentro. Era una cinta de la que colgaban varias tarjetas. Llegaron a una puerta de cristal y Stoker pasó una de las tarjetas por la ranura—. Hoy es un buen día para venir. Los sábados hay poca gente.

Atravesaron un pasillo de oficinas y llegaron hasta un ascensor.

—Empezaremos por el principio. —Le dio al botón uno. En subir una sola planta el ascensor tardó unos segundos.

La planta se abrió, Mía entreabrió la boca.

—Bienvenida a la fábrica Stoker.

33

Era una suerte tener acceso a toda aquella información y poder ver con sus propios ojos la parte práctica de lo que le enseñaban en clase. Había partes que la fábrica tenía externas y llegaban hechas, pero la mayor parte de los aviones que construían salían de allí.

Stoker también le enseñó los proyectos de maquinarias nuevas que andaba probando su equipo de ingenieros y que su padre supervisaba. Accedieron a una nave donde ya había algún modelo acabado.

—Este lo recogen esta semana —le dijo mientras lo rodeaban.

Era de tamaño medio, un avión privado con pinta de tener un interior de lujo, la parte de telas y decoración de la que ellos no se encargaban.

Al fondo había un avión más plano, parecía una avioneta plana, pero de líneas modernas. Tenía unas finas rayas azul claro y el símbolo del resto de aviones de los Stoker.

Stoker se alejó unos metros de ella.

—Espera aquí un momento —le dijo antes de atravesar la puerta y dejarla sola.

Mía pasó por debajo de una de las alas del avión. Siempre le llamaron la atención las hélices de aquellos aparatos, ya conocía su función, era solo una representación simple de todo lo que producía la magia de flotar en el aire.

El avance del conocimiento humano, impensable para un hombre primitivo, volar era algo solo posible en los sueños. Pero allí estaban los aviones, delante de sus ojos. Miles de personas volaban al día alrededor del mundo, el transporte más seguro de todos. Aunque pudiese parecer mentira.

Era de pocos pasajeros, por el cristal curvo podía ver dos, y parecía que detrás tenía otros dos. Una avioneta plana y ligera para llegar veloz a cualquier parte, nada que ver con el *jet* que estaba al otro lado. Un avión que por sus líneas planas le recordaba a los militares, aunque mucho menos agresivo en apariencia. Ese tenía un pico puntiagudo con una hélice haciendo que su cara fuese más feliz que enfadada.

Dio un paso atrás para verlo al completo mientras se sacaba el móvil del bolsillo para hacerle una foto. Pero vio varios avisos de mensajes. Un escueto mensaje de Mary.

«¿Cómo estás? Flipándolo, ¿no?».

Sonrió al leerla. Le respondió con un «ok».

También tenía un mensaje de Kelly. Frunció el ceño al abrirlo.

«No me he equivocado contigo ninguna de las veces. No sé lo que tramas, pero no vas a salirte con la tuya».

Cerró el chat de Kelly sin ni siquiera responderle. Pero no era la única que le había escrito. Era raro, ellas nunca le escribían. Comenzó con Ivy.

«¿No crees que has apuntado muy alto?». Su hermanastra lo acompañó con risas.

Se apresuró a leer el de Brit, fue la menos escueta.

«Nunca ha tenido novia, solo le interesa pasar el rato. Si lo haces para jodernos a nosotras, que sepas que solo te joderás tú. Si pretendes algo con Brian Stoker, lo único que vas a hacer es el ridículo. Eres una niña y solo estás acostumbrada a estar con niños. Esto es otra liga, muñeca. Prepárate para llorar».

Cerró el chat. No respondió a ninguna de las tres. Dudaba que se hubiesen puesto de acuerdo, seguramente ni siquiera sabían que el resto le había escrito. Eran muy orgullosas para reconocer que tenían un arrebato de celos y envidia.

La tenían, mucha, cuando ella solo había atravesado la puerta con Stoker. Nada más. Aunque

en unas circunstancias algo llamativas que nadie esperaba, ni siquiera ella misma.

Brit podría ser su eterna enemistad, aunque hubiesen pasado los años, nunca se soltaron de los pelos, siguieron tirando tanto como pudieron. Pero en parte llevaba razón.

Otra liga.

Prepararse para llorar. No lo estaba. Estaba cayendo en una red tremenda y estaba quieta dejándose envolver. Como si fuese un juego, uno que estuviese deseando experimentar.

Quizás era eso. Quería experimentar hasta llorar. La haría crecer.

Sintió a Stoker de vuelta y se giró hacia él.

Pero ya no llevaba el mono ni las botas.

Jooooder.

Menudo despliegue de atuendos y destrezas.

Las puertas de la nave se abrían dejando entrar la luz natural.

—Nos vamos —dijo.

¿Ein?

Lo de que hubiese una escalera portátil colocada en el avión, no lo vio venir.

—¿En eso? —No lo podía creer. Era de absoluto irrealismo.

Stoker se inclinó hacia su hombro acercándose a su oído.

—Eso es un Diamond DA 40 —respondió y ella dio un respingo.

Lo que sea. Vuela.

Se giró para mirarlo.

Y lo bien que le queda esa ropa. Yo me muero esta noche cuando recuerde todo esto. Ni libro de Irina ni hostias hoy. Hoy la realidad supera a la imaginación.

Stoker bajó la mirada hacia el mono, de nuevo estaba tan cerca como en la vía de servicio.

—Si llevas algo debajo, te recomendaría que te lo quitases —le dijo y ella tensó el cuello—. Si no llevas nada, lo dejo a tu criterio.

Madre mía.

Se apartó de ella mientras se abría la tapa superior del avión, hacia arriba, dejando al descubierto los asientos de piel color crudo. Stoker se situó a los pies de las escaleras y se giró para mirarla un instante antes de subir.

Ella seguía bloqueada, tardó unos instantes en reaccionar. Se llevó la mano a la cremallera y la abrió. La temperatura fuera de la piel era un tanto diferente, pero supuso que si él se lo había dicho era porque le sobraría en el interior del avión.

Un avión. Ahora.

No lo tenía previsto. Como tampoco tenía previsto la noche anterior montarse en moto, ni que aquella mañana lo volvería hacer y con un mono de motorista, de piel, más llamativo de lo que hubiese visto nunca. Y encima le gustaba.

—¿Y las botas?

Lo vio sonreír desde el último escalón de la escalera.

—No las vas a necesitar. —Sonrió después de decirlo.

Mantener los pies sobre el suelo.

Mala cosa, con Stoker era imposible, literalmente imposible. Perdería la cabeza, la cordura, y lo que fuera que tuviese que mantener.

Resopló mientras salía del mono. Y se quedó en *leggins* y camiseta de algodón del mismo color. Un *look* un tanto simple y cutre, no era una ropa que se hubiese puesto para salir, solo era para llevarla debajo. Encima hubiese llevado un jersey, que al menos le tapase el culo y no se lo dejase a criterio del algodón de las mallas.

—¿Dónde lo dejo?

—Donde quieras.

Miró a su alrededor mientras ya notaba el cuerpo ligero, como si ya estuviese en el aire. No quería parecer acojonada, pero lo estaba teniendo difícil.

—¿Has volado alguna vez?

—Una. —Soltó el mono y las botas en otra escalera blanca similar a la que tenía el Diamond —. En el viaje de fin de curso del instituto.

Dos años atrás, ya lo tenía algo olvidado.

—Entonces son dos —respondió él.

Una de ida y otra de vuelta, claro. Una auténtica novata.

Y en una línea comercial de pasajeros. Nada que ver.

Se agarró a la barandilla y subió los escalones hasta llegar arriba, a una pequeña plataforma donde estaba él esperándola. La ligereza había ido a más, apenas se sentía ya las piernas.

Miró el interior del avión, desde abajo lo veía menos espacioso, pero los asientos parecían terriblemente cómodos. Piel clara, los dos de delante y los dos traseros, como si fuesen en un coche de alta gama, pero con alas y cubiertos de cristal.

Stoker alzó la mano delante de ella, como hacía en la moto, para que subiese.

—¿Dónde me siento?

No tenía ni idea, demasiados botones por todo el frente. Más ligereza en las piernas y ya en el estómago también.

Y él lo está notando.

Stoker le señaló el asiento y Mía le cogió la mano para subir, tocarlo sin que él llevase guantes le gustaba infinitamente más. Se demoró en soltarlo aunque ya tuviese ambos pies en el avión.

Acceder al avión era como acceder a una atracción, con asientos más lujosos, pero en la que sabía que pronto estaría en el aire junto con aquellos sillones.

Él entró tras ella, y lo vio bajar la mirada hacia sus pies cubiertos únicamente con calcetines.

Mierda.

Así no podía ocultar su tamaño, un escueto treinta y cinco. Una auténtica dificultad para encontrar su número en algunos modelos de zapatos, por eso siempre optaba por las deportivas y botas elefante. Los modelos sofisticados solían quedarle grandes. Y ya dejaron de ir con ella hacía tiempo.

El asiento era aún más cómodo que el de la moto, porque esa vez aquello mullido que tomaba las curvas, le recorría la cintura y la espalda. Stoker se inclinó para sujetar las correas del asiento. Pero antes de abrocharla se inclinó aún más delante de sus rodillas, hasta acuclillarse por completo.

Y sintió su mano en el tobillo.

Por Dios, los calcetines que estén limpios. Me muero.

Los dedos de Brian Stoker se clavaron en la parte posterior de su tobillo al alzarle el pie, una sensación sumamente placentera.

Puff

Él miraba su pie, que en su mano parecía aún más pequeño, y Mía se sobresaltó retirando el pie enseguida.

La madre que me parióoooo.

Contuvo la respiración y tragó saliva mientras él alzaba los ojos hacia ella.

A estas alturas… quedaría fatal decirle que es mío. Eso era para haberlo hecho desde el

principio. Madre mía. Va a pensar que soy infantil y estúpida. Y aún más que soy una maleducada.

Volvió a auparse y las manos de Stoker regresaron a sus costados, a los cinturones. Arqueó la espalda levemente al sentir sus manos en las costillas después de pasar las correas por sus hombros, sin mucha prisa.

Y notó presión sobre el ombligo. Sonó el clic.

—Tensa y nerviosa —dijo él y lo vio contener la sonrisa.

Por ti, por el zapato, por el avión. Es que está siendo muy heavy *todo. Lo difícil es que estuviese tranquila.*

Lo vio coger unos cascos y los acercó a su cabeza sin perderle de vista la cara. Le movió el pelo una vez que los tuvo colocados y entornó los ojos alejándose levemente de ella para mirarla, pero volvió a acercar una de sus manos. Mía sintió un cosquilleo en la parte izquierda de la frente.

El flequillo.

Un mechón en el que notaba tirantez, se lo había llevado la diadema de los cascos hacia atrás.

Esa vez Stoker no contuvo nada, sonrió.

Y esa sonrisa es una locura.

Lo miró de reojo mientras se sentaba.

Soy demasiado joven, ok *y posiblemente gilipollas. Pero ¿cómo leches lo hacen las mujeres que andan con este para no derretirse?*

Él no se demoró tanto en abrocharse a sí mismo. Las tiras se ajustaron a su pecho haciendo que su camiseta se tensara, con el mono de piel, había olvidado lo que escondía aquella tela mullida con refuerzos.

Vaya calor que hace aquí dentro y aún no ha cerrado ni la tapa.

Y regresó la ligereza de saber lo que iban a hacer.

Y tiene hasta su punto.

La mezcla de todo ello lo tenía. Además, recibir tal cúmulo de sensaciones rápidas, una tras otra, hacía que parte de su cuerpo se bloquease y sus nervios se frenaran.

Ya me hubiese dado un infarto si no.

Cruzó los pies, enredando un tobillo sobre el otro. Aún sentía una leve sensación en el que le había cogido él. Respiró y quiso echarlo de golpe, pero lo dejó dentro.

Y solo han sido unos dedos en un pie.

Volvió a mirar a Stoker de reojo.

Esto es para no pensarlo.

—No hay escapatoria —dijo él y la tapa transparente comenzó a bajar.

No, no la hay. Tara a perpetuidad se llama esto. Me vas a dejar traumada de por vida.

Comenzaba a asumirlo, acabaría sola toda su vida.

La tapa se cerró al completo, la vista a través de ella era completamente panorámica. Una atracción en primera fila, muy diferente a ir en un avión comercial en el que solo puedes ver la ventanilla.

Lo vio accionar varias cosas y comprobar.

—Mi padre quería que lo probase —dijo mirando en una pantalla.

Mía enseguida se irguió, pero el cinturón no le dio margen. Su respuesta hizo que Stoker la mirase de reojo.

—¿Nunca has pilotado este cacharro?

—No, es nuevo, solo ha hecho vuelos de prueba. —Ladeó la cabeza—. Aunque este podría

considerarse un vuelo de prueba.

¿Y para qué me lo dices? Quedaba precioso en la cabeza imaginarte todos los días montado aquí.

El motor rugió y no tenía nada que ver con el de la moto, por muy potente que ese fuese.

Y comenzó a desplazarse a ras del suelo, como un coche, para salir de la nave.

Y comprobó que el cristal era demasiado panorámico, podía ver el suelo, el cielo, el lateral. Todo.

Y su pecho se preparó para contraerse, hiperventilar y volver a contraerse.

Salieron de la nave y pudo ver numerosos aviones en las pistas.

Stoker hablaba por el micrófono de sus cascos a algún centro de mando. El avión seguía rodando, rebasando aviones y atravesando pistas con señales y banderas que no entendía bien.

Me va a dar algo cuando esto empiece a correr y a levantarse del suelo. Lo de la moto va a parecer un paseo en patines.

Se sobresaltó al ver a Stoker inclinado hacia ella, le estaba observando la cara, no sabía desde hacía cuanto, el avión seguía desplazándose.

—¿No te fías de mí?

Ahora mismo no lo sé. Estoy cagada, así en general.

—Cuando regresemos te respondo a eso —respondió.

La mandíbula de Stoker se movió y enseguida pudo ver en él aquella espiración que acompañaba a la risa y que escuchó varias veces a través del casco de la moto.

Mía dejó caer los párpados.

Uff… llévame al cielo o al infierno. Me da igual.

Seguían avanzando en busca de la pista. Mía se detuvo a ver las pantallas, no entenderlas le daba un mareo considerable.

—¿Siempre lo tuviste claro? —preguntó. Si hubiese tenido más margen de cinturón, se habría inclinado para verla mejor.

—Nací entre aviones, para mí siempre fue algo normal, como para otro conducir un coche.

Su mirada se dirigió hacia otra pantalla, pero las tiras no la dejaban inclinarse, una vez más. Las de él estaban más sueltas, quizás el sentirse sujeta le daría más seguridad, o eso pensó él al abrocharla.

El pecho se le abrió y ya no había mono de piel para contenerlo.

Esto ya es una maldad.

Irina nunca, en ninguno de sus libros, había advertido de que cuando llegaba aquel cúmulo repleto no quedaba más que recibirlo sin poder hacer absolutamente nada más. Estar amarrada, en un asiento mullido y envolvente, frente a un cristal panorámico, viendo cielo y suelo, sabiendo que estás a punto de despegar. Y no había forma de pararlo.

Ni cerrando los ojos.

Además, sería una pena cerrarlos. Luego se lamentaría. No habría muchas más oportunidades.

El avión giró para colocarse frente a una carretera que parecía no tener fin. Mía contuvo la respiración y apretó los dientes.

Stoker no vaciló un instante, como parecía no vacilar en nada. De inmediato se cambió la luz roja a verde.

¿Ni preparada ni nada?

Pero en el fondo lo sabía. Stoker era demasiado rápido, ya lo iba conociendo.

Y el motor comenzó a ascender en el sonido, a la vez que su cuerpo se pegaba al asiento por

la fuerza de la aceleración mientras el pecho se le encogía en un puño. Como en las atracciones, solo que esa vez el límite era el cielo.

La ligereza se le extendió a los hombros y los brazos, y sintió el arrebato de moverlos y apoyarse en la mesa de mandos que tenía delante, o como se llamase aquello, aunque de poco sirviera hacerlo.

Su pecho explotaría si seguía encogiéndose, la presión contra el asiento era considerable, así que su cuerpo decidió abandonarla a una ligereza absoluta y completa.

Ya.

Se levantaban del suelo, y el asiento, y todo el avión se inclinó hacia arriba, haciendo que el asiento la envolviese cada vez más. La necesidad de cerrar los ojos se hizo intensa cuando perdió de vista el suelo y solo el cielo aparecía en todo lo que alcanzaba a ver con la mirada. El cielo le mareaba hasta cuando se tumbaba en un parque boca arriba. Pero eso era un paso más, mirar al cielo con el cuerpo completamente ligero y una presión leve en los oídos, supuso que los cascos ponían de su parte para que no la sintiese completa.

—¿Ves como no era para tanto? —Lo oyó decir mientras seguían alzándose.

Lo dice él, que lo ha hecho miles de veces y que esto es como dar un paseo en moto.

Pero para ella era extraordinario dar un paseo en moto, y sobre extraordinario subir a un avión de cuatro plazas aerodinámico y en primera fila. Y todo eso en unas quince horas.

Y el pecho aguanta y no explota.

Sintió un leve mareo, se enderezaban. Más mareo, no sabía por qué, el avión no parecía moverse, solo el cielo, como si fuese una pantalla en un simulador.

Hiperventiló varias veces, nunca fue muy atrevida para las atracciones ni para subirse a las alturas ni para nada.

Y volvieron a ascender algo más, pero esa vez suave.

Sentía los brazos pesados, la ligereza se iba, aún no lo de los oídos ni la leve inestabilidad. Aunque ya se sentía el avión en su cauce, sereno a pesar de ir volando a saber a qué velocidad. Hasta el motor del avión se estaba relajando en su sonido.

—¿Mejor? —La observaba de reojo de vez en cuando.

Sí, porque vomitar aquí no estaba previsto.

—Mejor. —Tuvo que contener la sonrisa.

Me estoy coronando hoy delante de este. Mejor no valoro lo que tiene que estar pensando.

—Aflójate las correas, ¿puedes? —dijo Stoker y Mía bajó la mirada hacia las cintas. Se llevó la mano a una y lo vio acercar una mano a ella.

—Puedo sola, ¡no sueltes eso! —dijo en un sobresalto y oyó las carcajadas de él.

—No es una moto, tiene un automático de seguridad. —Soltó ambas manos—. No pasa nada.

Ella lo miró de reojo mientras él alzaba las cintas del cinturón.

—No pasa nada —repitió al aflojárselo. Luego le miró la cara y aumentó su sonrisa —. Ya te vuelve el color —añadió pasándole los dedos por la mejilla.

Y regresó la ligereza a su cuerpo a pesar de ya no estar acelerando ni alzándose. Su mano, floja por completo, notó el contacto de la de Stoker.

—No te fías de mí absolutamente nada. —Le apretó la mano, no se la soltaba, volvió a apretársela, quizás intentando que la sangre regresase a ella.

Nada, cada vez menos, tienes auténtico peligro. Un peligro terrible. De esta no salgo normal, intento hacerme a la idea.

Stoker se inclinó hacia el otro lado para asomarse por el cristal.

—Hoy ha sido improvisado y no tenemos muchos permisos de vuelo, pero si quisieras ver

algo en concreto, podemos venir otro día.

Vale, pero con la mano, lo de la mano ayuda mucho.

La sentía apretada bajo la de Stoker y comenzaba a recobrarla y a poder disfrutar de su tacto, y de aquella forma, también de recibir la seguridad que le transmitía él. Se inclinó hacia el otro lado para asomarse por el cristal.

—No estamos a mucha altura, más alto no se vería nada —le decía él mientras ella le comenzaba a hacer fuerza en la mano también.

Pero no tardó en soltarla para tomar el mando con ambas manos, ella seguía perdida a través del cristal, volvió a sentir el leve mareo y esa vez cerró los ojos un instante para volverlos a abrir en cuanto pasó el movimiento. Se habrían desviado hacia otra dirección.

La verdad es que este trabajo que tiene es una pasada.

Vio el ala del avión inclinada de nuevo, otro balanceo y ligereza. Era una pena que en las maniobras no pudiese agarrarla. Puso la mano sobre el cristal, bajo ellos solo había campo verde, arboledas y algunos cúmulos de casas, pueblos de los alrededores de Londres.

Stonehenge.

Desde arriba, allí podía ver las formas de aquellas ruinas megalíticas que tanto misticismo transmitían. En autobús se tardaba más de una hora. En avión minutos.

Lo sobrepasaron y siguieron adelante.

—No soy tan terrible, ¿no? —Lo oyó y sonrió sin mirarlo.

Ahora quiere que le regale los oídos. Se me olvidaba lo encantado que está de conocerse.

Su sonrisa se amplió.

Aunque yo también estoy encantada de conocerlo, no voy a culparlo.

—Tampoco tengo con qué compararlo. —Esa vez sí giró la cabeza levemente para mirarlo.

Y en una de sus risas así es para echársele encima y comerle la boca, aun a riesgo de estrelle. Joder, ¿por qué no hay un manual de qué se hace con uno de estos para no salir tarada?

Bajó la mirada de nuevo al cristal.

Supongo que no se puede hacer nada. Ya me gustaría ver a Brit aquí.

Mejor no imaginársela. Sacudió la cabeza levemente para alejar la imagen de su hermanastra.

Otro movimiento del ala y otro mareo, esa vez no cerró los ojos. Con los ojos cerrados se perdía el espectáculo. Miró a Stoker un instante.

Y mi semana empezó diciendo que tenía mala suerte.

Le hablaban a través de los cascos, pero ella no los oía, solo podía oírlo a él. El avión se balanceó al otro lado, supuso que eso era un giro, pero en el aire todos los caminos eran iguales.

Para eso estarán las pantallas estas.

Se inclinó para verlas. Pero si no entendía ni el GPS de un móvil, un mapa de esos era algo que no llegaría a alcanzar en la vida.

Un balanceo más, esa vez pudo sentir la leve inclinación. Descendían.

Se acaba el paseo.

Pero no del todo, aún le quedaba más.

Mañana será un día terrible.

Y todos los días de su vida.

Se sorbió los labios y volvió a mirar a Stoker de reojo y la manera en la que la parte delantera de su pelo revuelto caía sobre su frente.

Pufff.

Calor absoluto y placentero estómago arriba y abajo. Se llevó el puño de su camiseta a la

nariz y se la restregó.

Esto es una maldad terrible.

Llegaba la presión en el oído y un nuevo cosquilleo más intenso que en el despegue. Descendían aún más, pero leve todavía. Stoker volvía a hablar con alguien a través de los auriculares.

Es como estar a dieta y que te pongan un brownie *chorreando de chocolate caliente en el borde de los labios.*

Y mucho más.

Y a ver qué hago ahora con estos calores, porque ya hasta dudo de que lo del estómago sea por el descenso.

—Bajamos —le dijo él.

Al infierno. Por lo menos yo.

—Aprieta las tiras, lo llevarás mejor.

Me voy a apretar otra cosa.

—No hace falta —respondió, había podido ver a su cuerpo dar un pequeño bote y mirarla.

—Pensaba que estaba siendo una tortura. —Stoker volvía a reír.

No lo sabes bien.

Ella bajó la cabeza y sonrió. Stoker frunció el ceño con ironía y accionó una de las palancas. Esa vez notó que su cuerpo basculaba hacia delante.

Regresaba el mareo, más mantenido, que se cruzó con la presión del oído. Estuvo a punto de cerrar los ojos, no lo hizo, mantuvo la mirada en él, que no parecía vacilar ni un instante.

Podía ver la pista bajo ellos.

Y a través del cristal volvió a ver el pico del avión más grande.

Ahora.

Estaban a punto de tocar el suelo. El avión dio un pequeño bote y pareció agarrarse a la pista con fuerza, rodaban mientras la marcha se aminoraba en un freno firme. Su cuerpo empujaba hacia delante, pero no llegó a despegarse del asiento.

Se detuvieron.

Mía soltó el aire de golpe. Seguramente había sido el mejor aterrizaje que tendría en su vida, aunque solo hubiese vivido tres, desconocía cuántos le quedaban.

—Ahora es cuando todo el mundo aplaude —dijo ella echándose a un lado un mechón del flequillo.

Oyó la risa de Stoker.

Ya ni lo miro cuando ríe.

—Acepto tus aplausos. —Se inclinó en su hombro para decirlo, aunque el avión volvía a ponerse en marcha, esa vez para rodar camino a la nave.

Le encantan los baños de vanidad.

Tuvo que sonreír, acercó una mano al hombro de Stoker y le dio una palmada.

—Muy bien. —El tacto era firme y duro.

Pufff… que cosa más tremenda.

Volvió a palmearle el hombro mientras la risa de Stoker aumentaba.

A cada momento más.

Seguía inclinado hacia ella, sin embargo, no dejaba de dirigir el avión a través de las pistas hacia la nave.

—¿Funciona bien? —le preguntó retirando la mano de su hombro muy a su pesar.

—Perfecto. —Ir a aquella marcha en el avión era similar a viajar en autobús.

Y atravesaron el portón de la nave, donde Stoker dirigió el avión hacia su hueco. Unos operarios se apresuraron a hacer rodar la escalera blanca.

Oyó el clic del cinturón de él. El avión seguía sonando, aunque ya estaba detenido y al parecer apagado, supuso que sería algún sistema de enfriamiento.

Bajó la barbilla para mirarse el cierre en la base de su ombligo, intentó pellizcarlo para abrirlo, pero no surtió efecto. Alzó los ojos y tuvo a Stoker frente a ella, levemente inclinado, mientras la tapadera curva del avión se abría tras él.

Sintió cómo metía la mano tras el broche para retirarlo de ella y oyó el clic, sacó los brazos enseguida y se puso en pie, encontrándose a escasos centímetros de él, que seguía riendo.

A otro que le hace gracia mi cara.

Ella dejó caer los párpados.

—No tenía miedo —le dijo y él empezó a negar con la cabeza sin dejar de reír.

—¿Quieres volver mañana?

Habría respondido que sí de inmediato si él no lo hubiese preguntado con aquella ironía. No sonaba a invitación precisamente.

—No, mañana tengo que hacer ese trabajo, así que vamos a por las piezas. —Llevaban allí toda la mañana y aún no las tenían. Ni siquiera las había visto.

Él frunció el ceño.

—¿Ahora? —Hasta encogió el cuello al decirlo—. De eso nada, ahora tengo hambre.

—Se alejó de ella para salir del avión hacia la escalera—. Y donde quiero comer está lejos por tierra. —Estaba ya en las escaleras mientras se daba la vuelta para ayudarla a salir.

Definitivamente, prefería su mano sin guante.

—Hemos pasado por allí, una pena que no haya dónde aterrizar —añadió y ella tuvo que sonreír.

Hasta los pequeños bultos del suelo de la escalera metálica, bajo sus pies descalzos, fueron placenteros. Encogió los dedos de los pies, Stoker no tomaba mucha distancia con ella. Ni en la vía de servicio ni en el avión ni en la escalera…

O no es consciente o le gusta hacer esto.

Porque estaba siendo tremendamente difícil no mirarlo como una imbécil.

Fue consciente de que aún no le había soltado la mano cuando tiró de ella para que bajase las escaleras.

—Vístete en el servicio, que estos son unos mirones —le dijo frunciendo el ceño levemente —. Ahora vuelvo.

La soltó y se alejó de ella.

Como una imbécil.

A comer. Pensaba que regresarían a casa a mediodía. Pero no. La magia del cuento iba a durar más de lo que esperaba. Cogió el mono que había dejado apoyado en la baranda de la otra escalera y las botas, y se alejó por el mismo lugar que Stoker. Antes de acceder allí había visto el baño, además aprovecharía para vaciarse. No pisaba un baño desde por la mañana.

Estaba abierto y vacío. Había una hilera de lavabos frente a un espejo. Primero entró en uno de los WC y salió para colocarse el mono.

Se sacó el móvil del bolsillo interior, ni siquiera lo había llevado consigo en el vuelo. Tenía un mensaje de Eugene.

Hostias.

Ni se acordaba de que había quedado en que la llamaría. Cogió aire hasta que hinchó los mofletes y lo echó de golpe.

Quitando que en ese momento no sabía a qué hora iba a volver porque no habían ni empezado a buscar las piezas del trabajo, y Stoker pensaba salir a comer lejos, lo último que le apetecía era quedar con aquel chico sabiendo cuáles eran sus honestas intenciones.

«Lo siento, Eugene, hoy va a ser imposible».

Alzó la mirada para ver su reflejo en el espejo, aún no se acostumbraba a verse así. Su imagen se había dado la vuelta por completo. Se puso de perfil para mirarse el pelo, entre el casco de la moto y los cascos del avión, la parte de su flequillo y la delantera del pelo estaban tomando un ligero estilo al pelo de Stoker. La niña buena desaparecía y ya no parecía tan buena. Se lo peinó con los dedos y soltó las horquillas para volver a colocarse el lazo. Volvió a peinarse con los dedos mientras se mordía la lengua.

Tuvo que desviar la mirada hacia la esquina del espejo, en el umbral estaba él, de nuevo vestido con los mismos colores que ella.

Eso de asomarse así por las buenas y sin llamar en un baño femenino, ¿cómo lo llevamos?

—¿Ahora vas a ponerte a peinarte? —le dijo—. Vas a despeinarte en cuanto te pongas el casco.

Mía alzó las cejas aún mirándolo a través del espejo.

—¿Por eso tú no te peinas?

Él frunció el ceño y dio unos pasos hacia dentro del baño para mirarse.

Ohhh, acabo de clavarle la punta de una flecha a su ego.

Pero su pelo estaba como siempre, así que ni se lo tocó.

Absolutamente perfecto así.

No lo tocaría un ápice.

Stoker la miró de reojo también a través del espejo un instante, en silencio. Mía dio un paso atrás para alejarse del lavabo, estaba a punto de ruborizarse, pero él se giró para ponerse de cara a ella y sintió en su barbilla cómo él empujaba levemente para levantarle la cara.

¿Qué hace?

Miró el espejo de reojo siguiendo la mano de Stoker hacia el lazo negro y tiró de él para bajarlo, justo como estaba antes de que ella lo recolocase. Luego le abrió el flequillo.

Y volvió a dejarla tal y como había bajado del avión y de la moto.

Lo vio contener la sonrisa mientras se apartaba de ella para salir del baño. Mía alzó levemente las cejas, lo perdía de vista.

Loca de remate voy a quedar.

Cogió aire, se miró al espejo y lo soltó de un suspiro.

Contuvo la sonrisa y salió del baño. Se sobresaltó cuando él tiró de su mano, estaría apoyado en la pared, no lo había visto hasta que lo tuvo inclinado sobre ella.

Esto de las distancias tampoco lo llevamos bien.

Y no había ningún problema por su parte. La llevó hasta fuera de la nave y la rodearon hasta los aparcamientos, donde esperaba el coloso de los rugidos con los dos cascos encima.

Se lo colocó mientras Stoker se subía, el ritual se estaba haciendo reflejo y mecánico. Agarrar su mano, alzarse en el apoyo, poner la otra mano en su hombro, elevar la pierna, dejarse caer. Rugir, balanceo, rugir, acelerar y despegue.

Después de un avión aquello se estaba haciendo un paseo. Salieron por la valla de rayas reflectantes y enseguida entraron en la pista, seguían alejándose de Londres.

—Muy lejos, ¿cuánto es? —preguntó.

—Setenta kilómetros —respondió—. No es muy lejos, pero una eternidad cuando se tiene hambre. —Lo vio coger uno de los desvíos y acelerar de nuevo—. ¿Te gusta el buey asado?

Su estómago respondió que sí.

—Claro.

—Pues lo vas a flipar. —Volvió a acelerar.

Mía contuvo la sonrisa.

—¿Eres consciente de que no vas solo? —preguntó ella y notó una leve frenada.

—Lo siento, la falta de costumbre.

¿Ein? No iba por ahí, pero… ¿falta de costumbre de no ir solo? ¿Tú? ¿La dueña de este mono y la cazadora blanca? ¿Otras dueñas de otros monos y cazadoras blancas?

—Falta de costumbre. —Se mordió la lengua al decirlo.

—El resto de mis motos solo tienen una plaza, pesan menos y son más rápidas —respondió él con rapidez—. Esta es la única que tengo con asiento detrás.

O sea, ¿esta es la que tiene para los ligues?

Mía hizo una mueca. Aunque no entendiese de motos, podría observarlo, según en la moto con la que saliese de la casa, podría deducir a dónde y a qué iba.

Y es lo que no quiero.

Prefería no saberlo.

—¿Y tienes una colección de ropa femenina para tus acompañantes? —Si no quería saberlo, no entendía por qué lo preguntaba.

Masoquismo puro.

Se oyó aquella espiración con media carcajada.

—Podrían considerarse regalos, algo así. —Lo oyó responder.

—¿Los aceptarán usados? —La risa de Stoker aumentó.

—Seguramente no. Así que puedes quedártelos. —Volvió a cambiar de carril para tomar otro desvío.

Yo no voy a llegar entera ni al restaurante.

—Pues siento estropearte los regalos. Al menos espero que no fuesen importantes.

Y lo sintió moverse y hasta giró levemente la cabeza un instante fugaz.

—No tengo ningún compromiso con nadie, si es lo que quieres saber. No lo he tenido nunca, así que ningún regalo que tenga que hacer tiene importancia.

Brit no se equivocaba. Este solo quiere mujeres fugaces y a echar a volar.

Ese era el problema de leer demasiadas novelas de romance, la idea que se arremolinaba en su cabeza, imaginación poderosa, era bien distinta. Esa idea que Irina transmitía en todas sus novelas en la que todo el mundo podía enamorarse. No importaba quién fuera.

—¿Nunca? —La paleta de colores para pintar al príncipe había conseguido un buen color con Stoker a pesar de estar segura de que muchas lo habrían intentado.

—Nunca.

—¿Por qué?

Volvió a escucharlo reír.

—Todos me hacéis la misma pregunta.

Vaya hombre.

—No me he enamorado nunca.

Hasta se sobresaltó al escucharlo.

—Eso no puede ser. Es imposible.

Y encima lo dice como si fuese una medalla.

Se tensó cuando tomaron una curva, la moto se inclinó algo más que las veces anteriores. Pero estaba tan metida en la conversación que ni le importó.

—Claro que es posible.

—No. —Volvió a oírlo reír—. Quizás no lo recuerdes.

—Lo recordaría. No es algo que se pueda olvidar, dicen.

Mía alzó las cejas.

—En el colegio, más lejos aún —le decía ella—, en la escuela infantil…

—Eso no es enamorarse.

—Claro que es enamorarse, dentro de la capacidad de enamorarse de un niño pequeño. Es el ensayo. —Volvió a escuchar su risa.

—Vale, en ese caso, mi novia de infantil es la única novia que he tenido. —Casi no podía acabar de hablar con la risa—. Dios, la próxima vez que me pregunten, lo diré.

—¿En el instituto?

—Hubo otra, sí, pero no en el instituto, fue en un campamento de verano. Difícil que durase mucho más, siendo irlandesa.

—Van dos. —Se mordió los labios para que no la escuchase reír—. Universidad.

—En la universidad encontré otro tipo de amor, el de una parte de mi familia, y que dura a día de hoy.

—Amigos.

—Amigos. Y hubo otra chica.

Y no se ha enamorado nunca, dice.

—Pero ahí no estaba yo muy centrado que digamos. Así que no cuenta.

—Vale, entonces… ¿cuántas veces no cuenta?

La risa de Stoker aumentó considerablemente.

—He estado a punto de pensar que eras un tío sin capacidad de amor de ningún tipo —le dijo con ironía mientras él no dejaba de reír.

Una nueva inclinación en otra curva.

—Te puedo asegurar que sí la tengo —dijo él al acelerar. Y Mía no supo si era de tomar velocidad o no, pero lo del pecho se le abrió enorme e intenso.

Brit, no tienes ni idea.

—No sé si el problema es mío o no, pero tiendo a echar a correr, me he acostumbrado a hacerlo solo, y ya has visto lo rápido que suelo ir.

—No, no lo he visto. —Dudó un instante mientras ladeaba la espalda para mirar la carretera, una recta vacía.

—¿Que no?

—Solo te he visto pasar de largo en el camino. Y ahora solo veo lo que haces cuando no estás solo. Así que imagina que no estoy.

Vio que su casco se movía negando.

—De eso nada.

—¿Por qué?

—Porque ahora mismo soy responsable de ti.

—Nadie va a reprocharte nada, tranquilo.

A los únicos que les importaba están muertos.

Aunque estaba Mary, ella sí la quería.

Dejó resbalar el culo por la curva del asiento hasta encajarse completamente en él.

Joooder.

Mejor no valorar eso de que sus genitales recayesen directamente en la parte baja de la espalda de Stoker. Movió los muslos, que se pegaron a la parte posterior de los de él. Ahora sí,

eran una pieza absoluta.

—Como si fueras solo. —Dejó caer el pecho en su espalda.

—Te daría un infarto.

—No lo lamentaría nadie —respondió y él rio, lo peor de todo era que no iba con ninguna ironía. Era cierto, sería una liberación para Kelly.

Se agarró a él a través del forro de los bolsillos.

—Preparada —dijo ella y él volvió a negar con la cabeza, pero esa vez lo acompañó aquel sonido nasal. No era por una negación.

—Tú misma.

Madre mía.

Comenzó a sentir la fuerza de la inercia y la presión.

Ya me estoy arrepintiendo.

—Solo tendrás que decirme que pare.

Cerró los ojos y cogió aire despacio.

—En voz alta —añadió Stoker y ella abrió los ojos.

Era como comenzar el despegue, una impresión constante en la que su cuerpo abandonaba la tensión. Exhaló el aire poco a poco y se prometió aguantar el tiempo que él quisiera que durase.

Perdió la noción del tiempo, se mantuvo quieta y en silencio hasta que notó que la inercia cambiaba de rumbo y la llevaba hacia delante, aminoraban, frenaban.

El ritmo normal le resultaba ahora más que cómodo.

—Y no me pidas que lo vuelva a hacer.

—No quiero que lo vuelvas a hacer. —Se enderezó levemente para mirar la carretera, la impresión era ahora de que iban despacio—. Tampoco cuando vas solo.

Lo sintió moverse, aquel gesto inmediato de querer girar el cuello, pero no poder perder de vista la carretera.

Volvió a exhalar despacio, había puesto de su parte. Aunque intuía que todo lo que pudiese decirle o hacer con Stoker era para nada.

La respuesta fue un silencio absoluto que se demoró varios minutos.

—¿Vas a seguir yendo a Londres en bicicleta y de madrugada?

¿A qué viene eso?

—Te lo he explicado antes.

Sintió un escueto sonido; «ajá» o similar.

—Eso sí que es una temeridad. —Por su tono no le había gustado un ápice lo que le había dicho antes. Pero cuando lo dijo ya lo esperaba.

—No tengo opciones —replicó.

—Una opción podría ser no pretender salir de mi casa en tan poco tiempo. No hay prisa, tu familia no parece tenerla. ¿Por qué tú sí?

—Porque no es mi familia. Yo sí tengo prisa.

Lo sintió moverse en una sacudida, y no supo si era porque quería que retirase las manos de los bolsillos. Las saco y él con rapidez le retuvo una.

—La casa no es de ninguna de ellas, es de mi padre y mía —respondió llevándole la mano al bolsillo—. Y puedes estar el tiempo que quieras.

Mía contuvo la sonrisa, y no era solo por el gesto o por las palabras, su tono ahora regresaba al mismo de antes de ese paréntesis incómodo.

—¿Tan pronto piensas dejarme solo con esas tres?

—Tienes que empezar a aceptar a esas tres —replicó intentando que no se le notase que

sonreía.

—No.

—Sí.

Tiene un melón en vez de cabeza.

Lo mismo estaba ahí la dificultad de darle los colores exactos. Era cerrado completamente.

—Esta noche deberías aceptar cenar en familia.

—No es mi familia.

—Tu padre sí.

Se hizo el silencio de nuevo. Y no sabía por qué sentía que tenía que dejar el silencio hasta que él quisiese regresar.

—Voy si tú también cenas en familia.

—¿Yo?

—¿Ves? Pretendes convencerme para que yo haga cosas que tú no harías.

—Intento que vuestra convivencia sea cómoda, y créeme, ahí no soy de ninguna ayuda. Al contrario.

Y más como están hoy las tres. Echando humo.

—¿No vas a cenar con ellos? —preguntó él.

—No.

—Ni yo tampoco.

Tenemos los cojones de oro macizo por aquí.

Bajó la mirada y la alzó de nuevo al ver la cadera de Stoker entre sus muslos. Su mente salió de inmediato de lo que estaba armando en su cabeza para decirle.

Brrrrrru.

Se concentró de nuevo.

—Brian. —Le extrañó llamarlo por su nombre por primera vez y que le resultase familiar. Como si lo hubiese estado pronunciando toda la vida cuando nunca tuvo a ningún Brian cercano —. Yo no pinto nada allí. Pero tú tienes a tu padre. —Bajó la barbilla y apretó los labios—. No sabes lo que yo daría por volver a cenar con el mío.

Sintió el brazo de Stoker pegarse a su propio costado, justo por donde cruzaba el suyo, y apretarle.

—Aunque sea algo que ni siquiera se te pasa por la cabeza —continuó en cuanto le dejó lo de la garganta—, el tiempo no es infinito. La semana que viene, el mes que viene, el próximo año o dentro de diez, puede ser nunca más. Así que deja ya esa soberbia, orgullo o estupidez, porque aquí no cabe.

La moto se inclinó y ambos con ella, salían de la pista. Llegaban a donde fuese que iban.

—Vale. —Alzó las cejas al oírlo—. Pero vienes conmigo.

Mía resopló.

—Así puedes recordarme lo de nunca más si me desvío —añadió y ella contuvo la sonrisa—. Tiendo a olvidar. —Mía negó con la cabeza.

Y la moto se detuvo, un semáforo.

—Aunque creo que tú tenías plan hoy, ¿me equivoco?

¿Eugene? Es verdad, lo escuchaste.

—Ya le he dicho que hoy no podría. —Miraba la luz brillante del semáforo—. Otro día.

—Va a decir que mañana, ¿lo sabes? —Su ironía hizo que dejase de mirar el semáforo y lo mirase a él.

—Mañana… —Tenía que ir a por la bici.

—Se ve que es un chaval de fuertes convicciones.

—Sí que lo es.

—Lo decía por lo insistente. —Stoker arrancó la moto de una manera tan drástica que tuvo que agarrarse desprevenida. Pellizcó su costado. Otra vez.

—Lo siento. —Lo vio encogerse.

Esas cosquillas.

Y llegaron a un lugar cuya entrada tenía dos postes gruesos de tronco y un cartel atravesando de uno a otro, tipo oeste americano. Hasta a través del casco, el olor a barbacoa penetró intenso en su nariz.

Su estómago se activó de inmediato.

Era sábado y parecía estar lleno, a juzgar por el aparcamiento. Allí detrás, además del olor, podía apreciarse el humo. Una valla de madera cubría una zona con mesas también de madera bajo los árboles, todas vacías aunque les diera el sol, supuso que la razón era la lluvia del día anterior, el suelo sería barro.

No esperó a que él anclase la moto, se bajó en cuanto se detuvieron y se quitó el casco para alejarse a lo que parecía un saliente desde el que se veía una explanada de hierba y árboles de un verde vivo que no podía tener cerca en su vida cotidiana. Los lugares en medio de la naturaleza le encantaban. No solía tener muchas oportunidades de ir a ninguno, su vida se reducía a la ciudad, al centro comercial donde trabajaba y al campus. A pesar de estar tan solo a un paso, como acababa de comprobar, estaba siendo como una excursión extraordinaria.

Sintió las pisadas de Stoker tras ella, hasta los pasos entre tierra y hierba sonaban bien.

—¿Ya has estado aquí?

Ya quisiera, casi no he estado en ninguna parte. Aunque esté al lado de casa.

Mía negó con la cabeza. Sintió un cosquilleo en su oreja y dirigió sus ojos hacia su hombro sin mover un ápice su cabeza. Tenía la barbilla de Stoker casi apoyada en ella, quizá él intentaba captar la vista desde su altura.

—Si quieres podemos subir allí cuando acabemos —le dijo y ella enseguida miró hacia su izquierda, donde él señalaba.

Había una montaña, no muy alta y de punta plana, con varios aros de carretera rodeándola.

Espirales después de comer.

Pero la idea le encantaba.

Volvió a mirar hacia su hombro observando que unos pocos milímetros lo separaban de la barbilla firme de Stoker.

—Me encantaría, pero no respondo por mi estómago después de comer —respondió y él rio, y con el bote de su risa sí notó la presión en su hombro casi apoyado.

Luego le dio una especie de pellizco rápido en el costado, lugar similar al que ella lo pellizcó por dentro del bolsillo.

—Vamos, que el estómago me ruge. —Volvió a hacerle el mismo gesto, por encima de la tela mullida y los refuerzos era apenas inapreciable. Una pena.

Pero Stoker no avanzó para que lo siguiese como había hecho otras veces, ni tampoco tiraba de ella, seguía a su espalda.

—¿Qué lleva tu perfume?

¿Cómo? ¿Me estaba oliendo?

—Familia ámbar vainilla, o algo así dicen. —Era la primera vez en toda su vida que le habían preguntado por el aroma en sí y no por el nombre o la marca.

—¿Dulce de leche? —De reojo vio cómo ladeaba la cabeza para acercar más su nariz a ella.

Es el hambre que tienes.

—Ni idea. —Bloqueó su cuello y su cabeza mientras sentía el cosquilleo del pelo moverse en la porción de cuello bajo el lóbulo de su oreja.

Stoker se apartó de ella, pero no mucho, ya nunca se retiraba mucho.

—Lo usaba mi madre —añadió ella, a aquella distancia y a plena luz del tímido sol entre nubes, podía apreciar que el color zafiro de los ojos de Stoker combinaba ciertos matices más claros en los bordes, inapreciables con cualquier otra luz o por la noche, en los que podían verse completamente oscuros, incluso confundirlos con otro color oscuro—. Y lo he seguido usando yo, pero creo que han cambiado la composición, ya no huele exactamente como antes.

Él volvió a acercarse y a ladear la cabeza para oler de nuevo, gesto que hizo que ella desviara de nuevo la mirada hacia la montaña.

—Dulce de leche con galletas. —Lo oyó decir y Mía contuvo la sonrisa. Sintió presión en el codo y luego resbalar hasta la muñeca, donde Stoker cerró la mano sobre la suya—. Espero que lo tengan en la carta de postres. —Tiró suavemente de ella.

Entraron a través de una puerta grande con cristaleras. El interior era completamente de madera, suelo robusto que crujía al pisar y camareros con sombreros de *cowboy*. El olor era aún mejor que el de fuera.

Allí también parecían conocerlo, como en el restaurante de la noche anterior, la mujer de la entrada enseguida le indicó la mesa. Mía pasó, o más bien se dejaba llevar, tras Stoker que aún no le había soltado la mano un ápice. Sonrió a la chica cuando rebasó la mesa alta de la recepción, que la había mirado intentando disimular la curiosidad.

Una más, sí.

Stoker la soltó cuando llegaron a una mesa rectangular frente a un sofá de dos plazas, por el otro lado había dos taburetes. Y la empujó levemente para que entrase entre la mesa y el sofá. En cuanto puso un pie dentro, sintió un empujón en la cadera para que se echase más adentro y dejara sitio. Se giró antes de sentarse, Stoker volvía a empujarla con la cadera para hacerse hueco y se sentó, quedando su cara a la altura del culo de Mía, que tuvo que apresurarse a sentarse también.

Stoker le quitó el casco para ponerlo a un lado. Allí hacía calor, se tiró de la cremallera del mono. Enseguida tuvieron a un camarero para llevarles la carta y se volvió a marchar mientras Stoker se desabrochaba la cremallera y se sacaba las mangas, dejando al descubierto tela negra elástica de algodón, tirante e impecable.

—¿Tienes alguna preferencia? —dijo él inclinándose sobre la carta mientras la tela de piel caía a la altura de su cintura.

Inhumano.

Vio que hasta las chicas de la mesa de al lado miraron de reojo.

Os entiendo, sí.

Mía negó con la cabeza mientras intentaba sacarse las mangas por segunda vez, como había hecho él, pero estaba claro que hasta para hacer eso sentada, necesitaba tener práctica.

Stoker alargó la mano hasta el borde de la manga del mono de Mía y tiró de él, sin apartar la mirada de la carta, para que sacase uno de los brazos, el que estaba más cercano a él. Luego pasó el brazo por detrás de su espalda para llegar hasta el otro y basculó el cuerpo hacia ella para alcanzarlo. Volvió a tener la barbilla de él en su hombro izquierdo, aún más cerca que antes al estar a su lado y no detrás, mientras tiraba de la otra manga para que ella la sacase.

Y Stoker apartó la mirada de la carta para consultarle, pero no lo logró escuchar bien. Aquella barbilla enmarcando sus gruesos labios la despistaba así de cerca, y bastante tenía con

atinar a sacar la manga. Así que solo fue capaz de decir que sí a lo que fuese que se refiriese para pedir. Allí todo estaría maravilloso, le daba exactamente igual.

El camarero regresó cuando por fin pudo sacar la mano de la manga y la tela cayó espalda abajo, liberándola por completo, lo agradeció porque entre el calor del ambiente y el que comenzaba a desprender su cuerpo, lo pasaría fatal.

Stoker hablaba con el camarero, pero su brazo seguía cruzado tras ella, esa vez lo había dejado caer levemente en la parte baja de su espalda, sobre la tela del mono que ahora se arrollaba en el respaldo del asiento.

Miró de reojo, no hacía falta mirar muy lejos, lo tenía pegado a ella, aunque la atención de él seguía siendo para el camarero.

Esto va a acabar conmigo.

Acabaría abrasada y arrasada, como los restos que estaba viendo pasar de bandejas que los camareros llevaban de vuelta.

Mi futuro en una imagen.

Sintió la mano de Stoker en el costado, llamando su atención.

—¿Te parece bien? —No había prestado un ápice de atención a lo que hablaban.

—Perfecto, sí —le respondió a él, y pareció que ni uno ni otro se habían percatado de que estaba completamente desconectada y con un calor abrasante.

Alzó la mirada hacia el camarero.

—Dulce de leche con galletas, claro —dijo el camarero con una sonrisa. Y Mía volvió a sentir a Stoker en sus costillas, en una llamada de atención para que lo mirase.

—¿Sí? —Y con aquella expresión quién podría decirle que no.

Si hasta las de allí atrás se están derritiendo, y yo estoy en primera fila.

—Ahora mismo les traigo la piedra —dijo el camarero alejándose.

Supuso que se refería a aquellos asadores que tenían sobre algunas mesas.

Stoker resbaló la mano por su espalda, sacándola de entre ella y el respaldo.

Noooooooo.

Prefería el calor y la ligereza. Se preocupó por respirar profundo, despacio y disimuladamente.

Había caído ante él tal y como temía, completa y absolutamente, y seguía cayendo agujero abajo con una velocidad del nivel del avión en el que se habían montado. Le gustaba que Stoker le prestara atención, que la mirase, que le hablase, que la tocase con cualquier excusa y que no se despegara de ella un ápice.

Miró de reojo la mesa más allá de la espalda de Stoker y su mirada se cruzó con la de una de las chicas, que la desvió enseguida intentando disimular con el cubierto de mesa. Mía frunció el ceño al verle algo de bochorno a su gesto.

¿Vergüenza? Mira yo, me llega la mierda al cuello, chica.

Quizás porque aquella mujer podría pensar que ella tenía algún derecho «de tanteo» sobre Stoker, porque no era educado mirar a un hombre acoplado a su novia.

Lejos está la realidad de lo que parece desde fuera.

Pero no los conocían, podrían pensarlo.

Volvió a sentir el brazo de Stoker en el mismo lugar y aquel toque en las costillas.

—¿Quieres probar también esto? —Volvió a tenerla rodeada y con la barbilla en su hombro.

Mirarlo tan de cerca se estaba convirtiendo en un placer absoluto, tanto que no tenía por qué darse prisa en contestar, mientras los ojos de Stoker se clavaban en los suyos.

Se ha propuesto que pierda las bragas hoy.

—Vale. —Por probar, si fuese por ella, probaría más de lo que estaba dispuesta a reconocer.

—¡Brian! —Los dos alzaron la mirada a la vez.

Era un hombre alto y elegante, y a pesar de tener ya una edad similar a la que tendría su padre, era atractivo, de pelo oscuro en el que ya le cruzaban algunas hebras plateadas. Debería de ser de la misma edad que su padre. Lo acompañaba una mujer que lo igualaba en altura, de pelo rubio rojizo que le llegaba a la altura de los hombros.

Brian se puso en pie y fue consciente de que era una suerte estar sentada, junto a ellos tres se vería completamente diminuta y ridícula.

—Georgina quería comprobar algunas mediciones. —Oía decir al hombre mientras la mujer del abrigo beis dirigía sus ojos claros hacia ella.

Mía sonrió por cortesía, y de inmediato ella le devolvió la sonrisa.

—Ya le he pasado a Blake las empresas con las que quiero trabajar. —La mujer volvió a dirigir su mirada a Stoker y Mía apartó la vista de ellos, no quería parecer curiosa.

Pero no podía evitar escucharlos. Hablaban algo sobre un evento, uno que no estaba muy lejos de allí. Y su mente enseguida la llevó a una especie de pequeño castillete que estaba pasando de la montaña a la que quería ir Stoker, por algo que había dicho el señor elegante sobre el número de camas en el parador y que lo completarían con un autobús y el hotel más cercano.

Y por lo que estaba comprobando, Brian estaba al tanto de todo y era algo así como parte de los que lo estaban preparando, junto con ellos dos y nombres que estaban saliendo a lo largo de las frases que intercambiaban.

—La ha recibido hoy. —Oía decir a Brian.

—¿Irán?

—Supongo que sí, aún no he podido hablar con ellos. —Los ojos claros de la mujer se detuvieron en ella de nuevo un instante.

La vio inclinarse hacia ella.

—Georgina Lyon. —Oyó a la mujer y Mía enseguida se puso en pie.

Qué vergüenza, por Dios, les llego al pecho a los tres.

Cuando solo era uno el alto era más sencillo, o ya se estaba acostumbrando.

—Mía Austen. —También se inclinó hacia la mujer, o más bien se alzó en el suelo.

El olor de Georgina Lyon llevó a su mente imágenes de la Belle Epoque. Volvió a sonreír a Georgina después de darle el último beso en la mejilla.

Brian y el hombre habían dejado de hablar mientras las miraban.

—Él es Christopher Lyon —dijo Stoker—. Su hija se casa con uno de mis amigos en unas semanas.

Si no fuese porque su mandíbula y barbilla eran exactamente iguales que las de Georgina, hubiese pensado que eran matrimonio. Christopher parecía tan rígido que dudó si sonreírle o no antes de alzarse para darle los dos besos que correspondían.

—Me encanta tu lazo. —Oyó a Georgina, la mujer había ladeado el cuerpo para mirarlo.

Mía volvió a sonreírle, sin embargo, notó que Stoker miró a Georgina con cierto desconcierto y su gesto la desconcertó a ella también.

—No voy a entreteneros más. —Stoker agarró el antebrazo de Lyon y le puso la otra mano en el hombro. Fuesen quienes fuesen, parecían tener un trato cercano—. Un abrazo para la señora Lyon.

Y el hombre asintió con la cabeza y volvió a mirar a Mía.

—Encantado de conocerla, señorita Austen.

Sintió la mano de Georgina en el brazo.

—Un placer —respondió ella y miró a Georgina.

—Espero verte pronto —le dijo y de nuevo su sonrisa se amplió.

Le agradeció el gesto, aunque sentía rojez en las mejillas y no estaba segura de por qué aquel golpe de bochorno. O sería la piedra, que ya estaba sobre la mesa y desprendía calor.

Más aún.

Se alejaron tras despedirse de Stoker. Mía se volvió a sentar.

—Te ha dicho que espera verte pronto porque mi padre está invitado, y también Kelly Austen y sus hijas —soltó Stoker y ella dio un respingo en el asiento.

La piedra desprendió un calor terrible.

—Yo no soy «sus hijas» —respondió.

—Para los efectos de la invitación eso no importa. —El sonido de la carne sobre la piedra la hizo sobresaltarse y tener que apartarse levemente de la mesa.

El camarero soltó sobre la mesa el utensilio de trinchar y unas pinzas.

—Les agradezco el gesto, pero tendrás que disculparme con ellos —respondió.

No obtuvo más respuesta por parte de Stoker, había cogido el utensilio de los pinchos y levantaba aquel filete, que parecía de dinosaurio por el tamaño, para mirarlo por el otro lado.

Notó vibrar su móvil en la espalda y lo sacó de uno de los bolsillos. No sabía por qué su estado de antes y después de la aparición de los Lyon no tenía nada que ver. Quizás porque había conseguido salir de la burbuja celestial en la que se había sumergido con tanto acercamiento de Stoker. Le había venido bien una dosis de realidad, y ser consciente de que ella no cabía en aquella familia. Como le había dicho Kelly, era su sitio, el de ellas.

Y ella tendría que alejarse.

Volvía a ser Eugene.

«¿Mañana?».

Miró a Stoker enseguida, no había fallado en su predicción. Eugene aún escribía, quizás al verla enseguida en línea lo había animado a extenderse algo más.

«Supongo que tu bici quedó en el centro comercial. Si quieres te recojo y vamos a por ella. Tumbando los asientos traseros, creo que cabe».

Un detalle por su parte. Tenía que reconocer que Eugene era un buen chico. Muy muy buen chico, que no había entrado en su vida en un momento apropiado. Primero por su situación complicada y sin tiempo ni ganas de concentrarse en nada más.

La otra razón y más notoria, una de última hora, pero que hacía imposible que lo dejase acercarse más, la tenía al lado de su hombro izquierdo. Se llamaba Stoker y volvía a tener su barbilla, esa vez apoyada por completo, en él.

—¿Me he equivocado? —Al menos tuvo el detalle de no mirar la pantalla de su móvil. La ironía de Stoker la hizo negar con la cabeza—. Pues mañana creo que tienes que hacer un trabajo, ¿lo entenderá?

Ella bajó la mirada hacia la pantalla, Stoker se había retirado, le daba la vuelta al filete, debía pesar más de un kilo como poco. Volvió a sonar fuerte, dejó caer la espalda en el asiento para retirarse de la mesa por si salpicaba.

—Le quedan segundos. —Lo oyó decir.

Le resolvía lo de la bici, y así tendría tiempo para hablar con él, y al menos decirle lo que le pasaba. Merecía saberlo y que dejase de insistir. Solo perdería el tiempo, no lo merecía. Había muchas otras chicas felices si las atendiera.

«Vale, pero solo hace falta que me dejes en el centro comercial. Puedo volver sola», le respondió.

«Perfecto».

—¿Lo ha entendido? —preguntó Stoker cortando el filete.

—Eso para mí es muy grande —le dijo ella inclinándose hacia delante, y él cortó por otro lado.

Llegó otro mensaje.

«Me alegro, tenía ganas de quedar contigo».

Pufff.

Claro que tenía que hablar con él.

—¿Lo entiende o no? —volvió a preguntar.

—Va a llevarme a por la bici —respondió cogiendo los cubiertos mientras él llevaba el filete hasta el plato de Mía—. Gracias. —Humeaba y desprendía un olor maravilloso.

—¿Te gusta? —Cogió el suyo y lo llevó hasta su plato, era considerablemente más grande que el de ella. También él era el doble.

—No lo sé. —Un «no» sonaría revelador.

Y Stoker alzó las cejas.

—Prueba eso —le dijo señalando su tenedor.

Y se lo metió en la boca enseguida.

—¿Te gusta?

—Sí. —Como para no gustarle, la mezcla de especias o lo que fuese que tenía era un espectáculo para el paladar.

—Pues si ese chico te gusta, también deberías saberlo —replicó él.

Lamentó su respuesta infantil e inmadura. Un «no» rotundo hubiese sonado mejor. Volvió a cometer un error de novata. Y ahora parecería imbécil y perdida.

—¿Tiene algún defecto irreparable?

Uno enorme, sí. No es Brian Stoker.

Ninguno lo sería. Cuando Brian Stoker quede atrás, congelado en la parte de su vida de sus últimas semanas junto a Kelly y sus hijas. Allí atrás, cada día más lejos. No habría más Brian Stoker. Y todo lo demás sería en blanco y negro, como Eugene. No había colores en una paleta para remediar eso ni ganas de intentarlo, sabiendo que no saldría un color mejor que el de la mierda. Sería como querer pintar sobre un papel de periódico.

Los príncipes azules de verdad tenían colores absolutamente brillantes.

34

Acabó de enviar el mensaje a Cathelyn y enseguida le respondió que Esteban se encargaría.

Se le abrió una burbuja de chat con risas. Llevaban un rato preguntando por su ausencia durante toda la mañana.

«Nos lee, pero no nos habla. Se está pareciendo demasiado a Byron».

Miró de reojo a Mía, tardaba mucho en comer, quizás porque no quería más y le daba vergüenza dejar más de medio filete, pero el peso era considerable, desde el principio supo que no podría con todo el plato.

Miró su pelo, un mechón se había levantado de la pinza que ahora sabía que sujetaba el lazo. Ella no se lo habría visto, enseguida lo hubiese arreglado como hacía en el baño de la fábrica.

Retiró una de las manos del móvil, pero un nuevo sonido hizo que volviese a ponerla sobre él.

«Dejad de preguntar», era Hércules. «No está desaparecido. Me llegan noticias de que se han encontrado a un Brian Stoker en el asador que hay camino del parador y que iba acompañado de una dulce chica».

Más risas.

«Detalles, queremos detalles», decía Wilde.

«Estas fuentes son discretas y no son de dar muchos detalles, pero Michelle acaba de hablar con Georgina y le ha dicho que nunca imaginó que un lazo *coquette* pudiese combinar tan bien con un mono de motorista».

Volvió a mirar a Mía mientras sentía la vibración en su mano de más risas, no pensaba responderles, ya lo haría luego cuando estuviese solo. Si había cogido el teléfono, era para avisar a Cathelyn de que alguien llevase la bicicleta a casa de inmediato. Y sus amigos sabían la razón por la que no les prestaba atención, y por eso insistían probando una vez y otra y riendo.

Ellos siempre lo solían intuir todo, quizás demasiado pronto.

El perfil de Mía atraía su mirada y lo hacía perderse en ella, quizás más tiempo del que debiera. Y estaba completamente de acuerdo con Georgina en cuanto al lazo y el mono.

Aquel mechón debía de volver a su lugar. Mía se movió en cuanto lo sintió tocarle el pelo. Le gustaba el tacto de su pelo, era suave aunque no fuese un pelo fino, y la onda que se le formaba cuando llegaba a sus hombros no creyó que la hubiese hecho con ningún aparato.

Mía se llevó la mano al lazo también, pero chocó contra la suya, que ya abría la pinza. Tuvo que soltar el móvil, solo con una mano no podía y acabaría despeinándola aún más. Ella pareció darse cuenta de aquel mechón suelto con solo tocarlo, pero él abrió la pinza y lo metió dentro.

—Gracias. —Agradecida y dulce, particularidades que no solía ver mucho últimamente en nadie, porque podrían confundirse con debilidades o inseguridades. Al parecer, ahora lo atractivo era lo tosco, lo estúpido, lo soberbio y la mala educación al hablar, para mostrar seguridad.

Con él lo habían intentado todo, desde la sumisión más absoluta hasta la soberbia absurda y ridícula. Mujeres que se llamaban a sí mismas empoderadas, que no eran más que maleducadas con el ego inflado con fantasías sobre que los hombres no traían nada bueno.

Y en medio de aquella marabunta de mujeres de todo tipo que probaban a lanzarle las cadenas, estaba Mía, que ni siquiera sabía si las tenía preparadas para nadie. Seguramente no.

Tuvo que apartarle el tenedor.

—No consiste en que explotes —le dijo con una leve risa y vio cierto bochorno en su cara. Una cara de forma perfecta y de mejillas redondeadas que le encantaría acunar con la mano. Lo contenía todo el tiempo. Se conformó con su barbilla—. Pido el postre.

Le hizo una señal al camarero y enseguida se acercaron a retirarle los platos, los cubiertos y la piedra que les tenía a ambos las mejillas coloradas del calor.

En cuanto la retiraron, notó el frescor en la cara y el cuello. Aunque tenía que reconocer que aquel color rosado a Mía le favorecía sobremanera.

Una absoluta muñeca de escaparate que no se empeñaba en hacerle ver continuamente que era independiente, segura ni fuerte a través de palabras absurdas o frases que había escuchado demasiadas veces. A Mía no le costaba mostrar debilidades ni estar agradecida y eso no la hacía parecer más débil ni menos independiente. La había visto idear una maquinaria para levantar cientos de kilos en minutos, y había comprobado que su cuerpo y su mente tiraban hacia delante aunque lo tuviesen todo en contra. Era joven, no podía negarlo, y se le notaba en varias cosas en su conducta, pero ya quisieran muchas mujeres maduras que conocía tener aquella fortaleza y aquella decisión por seguir su camino, aunque tuviese que recorrerlo sola.

Así, aquel camino la llevaría hasta donde ella quisiese. Pequeña y de pies diminutos, era una mujer enorme y no necesitaba perder la esencia femenina dulce, vulnerable y atrayente. Atrayente, sobre todo eso. Atrayente a cada uno de sus sentidos y de sus instintos, mostrándoselos en un abanico que podía experimentar y diferenciar varilla por varilla.

Y quizás aquel joven insistente había podido ver todo ello y sabía que no era algo que se pudiese encontrar en cualquier parte, aunque él no tuviese veintinueve años, no era ningún tonto, merecía la pena parecer imbécil e insistir.

Llegó la bandeja de dulce de leche con galletas, el olor era muy similar al de ella.

Cogió una cuchara y la hundió en el dulce, la galleta estaba reblandecida y enseguida tomó la forma redondeada cuando la sacó de él y la acercó a ella, que bajó los ojos hacia la cuchara antes de entreabrir la boca.

La cuchara era terriblemente afortunada.

—¿Sabes si te gusta? —preguntó mientras ella tragaba.

Contuvo la sonrisa al ver su expresión. No sabía qué demonios estaba haciendo con ella. No se había propuesto nada, iba sin rumbo, haciendo lo que le mantenía aquella burbuja constante por dentro que le hacía sentir mejor, sin medir si era correcto, sin valorar si parecía imbécil a ratos, porque la verdad que hasta eso, a esas alturas, le daba igual.

Y solo llevaba dos días cerca de ella. Lamentó la de veces que se fue de la lengua con sus amigos. Ahora entendía. Era más complejo y difícil de lo que se veía desde fuera. Era difícil luchar o contener todo lo que en ese sentido hacía sentir bien, cuando todas las otras opciones hacían sentir terriblemente mal.

Iba por la tercera cucharada y ella le quitó la cuchara para que dejase de darle el postre. Tuvo que contener la risa.

Si estos me vieran.

Se sobresaltó, no lo esperaba y casi no le dio tiempo de abrir la boca, o al menos no lo suficiente. Mía había cogido medio pastel, tremendo trozo. Quizás en venganza por las tres veces que se los había metido casi a traición a ella.

La vio reír.

Estoy comprobando que a ratos de angelito tienes lo que yo.

Tuvo que tragar antes de que llegase una segunda, repleta, una montaña de dulce con la crema, la nata, las galletas, sin piedad hasta el final de su lengua. Tuvo que pararla y oyó de nuevo su risa.

La culpa era suya por empezar.

—Ya. —Le sujetaba la muñeca con la mano y ella seguía riendo.

La otra mano había llegado de nuevo a su costado, al otro lado, a través de su espalda.

Otra vez.

Sin ser consciente, que era lo peor, pero cada vez que lo hacía ella giraba levemente su cuerpo hacia él y podía verla al completo cerca y de frente.

Cerca para comprobar cada mota del gris de sus iris, para ver el brillo irisado en la punta de su nariz que tan de moda estaba y que a ella le quedaba mejor que a la mayoría. Para ver las raíces rubias, sus pestañas bajo el rímel negro, y los labios bajo sus mejillas perfectas, que sonreían y reían. Cada vez eran más terribles las ganas de no hacerse cargo de su respuesta.

—¿No lo vas a hacer más? —preguntó ella, había conseguido zafar su muñeca de él y acercaba otro trozo desproporcionado.

Tenerla cerca era entrar en una zona de riesgo absoluto. Pero siempre le encantó el riesgo, así que fue él mismo el que se acercó a la cuchara y se comió el pastel.

—Tienes un melón por cabeza.

Ya me va conociendo.

Si seguía así, ella probaría poco del dulce y se había propuesto recuperarla de lo que fuese que aquella gentuza de familia política había intentado hacer con su salud. Una dosis de azúcar después de las patatas y de casi un cuarto de proteína de calidad le vendría más que bien, teniendo en cuenta que estaba dispuesta a seguir haciendo aquel camino del demonio para trabajar, estudiar, trabajar y volver a trabajar antes de regresar pedaleando de nuevo.

Le arrebató la cuchara.

—¡No! —La oyó decir, pero enseguida la atrajo hacia él por la cintura y la cuchara entró entre sus labios.

Bajó la mirada para mirarlos desde aquella perspectiva, seguir el camino de la cuchara era toda una tentación. Sería solo un segundo. Un segundo en el que podría meter la pata de manera considerable.

Nada nuevo siendo Stoker. Pero prefería no meterla. En su deriva, en lo que quisiera que fuese lo que estaba haciendo, por primera vez en toda su vida, no tenía prisa.

Contuvo la sonrisa y volvió a llenar la cuchara sin soltarla ni aflojar el brazo que la sujetaba. Mía tuvo que poner las manos en sus hombros en un intento de defensa.

—No soportaré el camino de la montaña. —No sabía si era una advertencia.

—Pues regresaremos y vendremos otro día. —Intentó no ser tan bruto como ella, que hundía la cuchara sin piedad—. ¿Pido otro?

Ella negó con la cabeza, sus mofletes se vaciaban con el último trozo del dulce.

Ya no tenía más excusa para seguir sujetándola de aquella manera. Muy a su pesar tenía que soltarla, lo hizo despacio y las motas de sus iris se difuminaron en la distancia.

—Nos vamos, está más lejos de lo que parece. —Le dio en la nariz y se puso en pie.

No tenía prisa. Ninguna.

Era más, si iban a la montaña y llegaban hasta el puerto, no llegarían a casa hasta la noche.

Y sonaba bien.

35

Estaba lejos y luego tuvieron que hacer el ascenso, aparte de las paradas en los distintos sitios. El parador ahora parecía una pequeña construcción en medio de una hondonada a los pies de un lago, cuando sabía que era grande.

El ascenso tampoco fue ameno, demasiadas curvas, tantas que ya no se tensaba cuando el cuerpo basculaba con la moto.

Mía hizo algunas fotos con el móvil y se acuclilló en el suelo sin dejar de mirar el valle y el lago. Un mirador poco concurrido, quizás por lo retirado, allí no había nada más que una baranda, más arriba había casas y parecía que también cafeterías y similares, y por lo tanto la poca gente que pasaría a contemplar paisajes se detendría allí.

Stoker estaba apoyado en el poste de un mapa que marcaba un sendero para hacer a pie.

—¿Es uno de tus amigos de la universidad? —preguntó encuadrando de nuevo el valle en el que se veía el lago.

—Sí, es al primero al que encadenan. —Dio un respingo al oírlo.

Qué bruto.

Miró a Stoker con el ceño fruncido.

—Bueno, lleva ya tiempo encadenado. Hay tres así, pero él fue también el primero. Supongo que los demás irán por el camino.

Mía encogió la nariz sin dejar de mirarlo.

—¿Por qué lo llamas así? —La joven negó con la cabeza mientras regresaba al encuadre del valle en la pantalla de su móvil—. Haces que parezca terrible.

—Es que es terrible, hacen verdaderas estupideces. —Ni lo miró cuando respondió.

—Defíneme estupidez… —Seguía haciendo fotos, ya a otra parte del valle.

—Si te lo defino, me dirás que es la exaltación del romanticismo elegante al más alto nivel. —Ella lo miró de reojo—. Estupideces que no son capaces ni de contarnos al resto, a ellos mismos les da vergüenza.

—Si son tan brutos como tú, es normal que no lo cuenten. —Volvió a prestar atención al valle.

—Tengo que reconocer que nos echamos unas risas. —Ella volvió a mirarlo de reojo—. Van cayendo escalón por escalón, aunque nunca quieren reconocerlo, hasta que los encadenan y les echan dos cerrojos. —Stoker miró hacia el lago.

—Es decir, que os reís del que va cayendo y luego le toca a otro, que se habría reído de lo que llamas las «estupideces» del anterior, pero acaba haciendo lo mismo, y así hasta… ¿cuántos sois?

Él seguía dejándose caer en el poste. Se cruzó de brazos

—Somos seis. —Pensaba que no iba ni a responderle.

—Pues aún os quedan risas. —Su expresión irónica la desconcertaba. Supuso que mucho no había fallado, aunque dudaba que Stoker diera pie a ninguna risa. Hasta lo que había podido ver, tenía el sentido del romanticismo o la estupidez al nivel de un cardo de carretera.

Acabó con las fotos.

—¿Viven en Londres?

—Solo tres, así que me tocará ir a por los que faltan.

Mía se puso en pie.

—¿A dónde? —Se acercó a donde estaba Stoker y se apoyó con una mano en el otro poste

que sujetaba el mapa.

—A Luxor y al Congo.

Ella frunció el ceño.

—Para ti no será problema —sonrió—. Menuda ventaja tienen. —Y su sonrisa lo hizo sonreír también a él.

Se retiró del poste y de él y se acercó a la moto, aunque regresasen ya, llegarían de noche a la fábrica, se habían parado en el camino dos veces y ambas habían tardado demasiado. Lo del tiempo y Stoker era una relación sobrenatural.

—Kelly y mis hermanastras estarán encantadas de asistir.

—Y yo de que asistan. —Mía hasta se dio media vuelta para mirarlo cuando lo dijo—. Y tú también deberías venir. Además, ya has conocido a parte de los Lyon.

Stoker también se apartó del poste y la seguía camino a donde habían dejado la moto.

—Ya te he dicho las razones.

Ni Kelly lo permitiría.

No podía decírselo. Quería que Stoker tuviese cierta armonía en la casa. Ya él intuía cómo era Kelly, solo tendría que soportarla y llevarlo lo mejor posible, por su padre y por él mismo. Ella no iba a hacer nada por empeorar las relaciones en aquella casa.

—No me valen. —La adelantó mientras se colocaba el casco.

Stoker y sus amigos, dos de ellos solteros. Lo de sus hermanastras tenía que ser de monumento, ya quisiera poder verlas por un agujero en plena acción y con la carta blanca de Kelly.

Y también tenía cierta curiosidad por conocer el entorno de él.

No era ni valorable. Ella no pintaba nada allí, era la hijastra de la novia del padre de Stoker, o sea, absolutamente nada. A parte, Kelly no lo permitiría, ya le había dado demasiadas advertencias sobre que no se acercase a los Stoker.

Y aunque su madrastra lo aceptase por contentar a los Stoker y hacer el papel de madrastra maravillosa, en un evento de gente, como había visto que eran los Lyon, necesitaba un atuendo acorde. Eso se reducía a su vestido de graduación, de cuyos zapatos solo tenía uno. El otro lo tenía Stoker.

Y no pienso pedírselo.

Se quedaría en casa, lo tenía claro.

Lo vio cerrar el cofre. Así que no pensaba darle los guantes que había en la funda de plástico en lo que quedaba de día.

No los necesitaba. Tenía un lugar mejor para resguardar las manos y ya se había acostumbrado a agarrarlo así.

Echó un último vistazo al valle. La verdad era que los Lyon habían elegido un entorno de cuento. No tenía dudas de que sería un auténtico sueño.

Había historias que acababan como las de Irina. No había tanta fantasía en sus libros como creía. Como la mayoría de la gente creía.

Miró a Stoker antes de subirse.

Ni protagonistas tan irreales.

Existían en el mundo real, tanto unas cosas como las otras.

Soñarlas cada vez le resultaba más fácil.

36

Era tarde, así que aunque hubiese convencido a Stoker para que cenase con la familia, habría sido para nada, ya estarían todos acostados. Lo que no tenía claro era si Stoker lo había demorado con la intención de librarse de aquella cena sin que ella le pudiese decir nada.

Nilo no estaba, tal y como había dicho Brian, Esteban lo tendría metido en la parte de atrás para que no echase a correr cada vez que un coche saliese o entrase a la casa.

Mía miró el reflejo del cristal de la casetilla del guarda, se había equivocado aquella mañana, no eran una pieza.

Ahora sí.

Separó los muslos y se apartó de la espalda de Stoker mientras se quitaba el casco, no quería que nadie que estuviese despierto a esas horas los viera así. Aunque que los hubiese visto el guarda ya no tenía remedio.

Las luces estaban apagadas en toda la casa y Stoker redujo la velocidad y detuvo el motor.

Mejor.

La joven se bajó, no pensaba ser una carga añadida, ya hacerla rodar sería suficiente peso.

La casa estaba tal y como la encontraba por las mañanas, en silencio absoluto. Con tenues luces en el jardín y otras estratégicas de seguridad.

—¡Qué bien huele! —dijo deteniéndose en uno de los círculos de setos y flores.

Por las mañanas con la helada el jardín no olía a nada. Y aunque solía llegar cuando anochecía, tampoco lo había notado. Pero a aquella hora el olor era intenso.

—Mi madre tenía una enfermedad en la piel y en los últimos años no podía darle el sol. —Stoker también se detuvo—. Solía pasear por el jardín por la noche.

Flores nocturnas. El vello se le erizó de inmediato y miró enseguida a la marquesina de la parte delantera del jardín. Ahora entendía aquellos cristales correderos con extrañas persianillas que estaban permanentemente abiertas.

—Se la hicieron a ella. —Stoker entendió su gesto. El erizado del vello se le hizo más intenso—. No salía de la casa hasta que anochecía.

Persianas y libros.

Siempre le llamó la atención que hubiese estantes de libros en la propia marquesina, en ese momento estaban vacíos, pero la colección de la biblioteca le indicaba que no siempre fue así.

Volvió a girarse hacia las flores y se inclinó para olerlas.

—¿Cuántos años?

—Nunca estuvo bien del todo, pero si a lo que te refieres es a hacer una vida nocturna y casi al margen del resto, diez años.

Una biblioteca sin ventanas.

Entreabrió la boca y aspiró el aire por ella.

—Lo siento. —Pasó la mano por un grupo de flores.

Mía bajó los ojos hacia las flores, eran de un morado oscuro intenso. Una casa enorme, una jaula que se limitaba a un jardín nocturno como única puerta al exterior.

Naves repletas de aviones y no poder dar más de mil pasos en línea recta.

Los libros de la biblioteca tomaban un significado intenso.

—Soy hijo único, después de nacer yo, eso que ya la hacía enfermar de vez en cuando se activó sobremanera. Y los médicos que la atendían le dijeron que ni siquiera sobreviviría a otro embarazo. A partir de ahí, fue a peor. No es una enfermedad muy común, la produce el propio

cuerpo y no hay mucha investigación para tratarla, y te puedo asegurar que mi padre lo intentó todo.

Podía imaginarlo. Desesperación pura.

—Ella siempre lo llevó mejor que nosotros. Se iba adaptando a cada cambio. —Stoker retomó la marcha y ella dio unos pasos para seguirlo—. Sin embargo, su muerte pareció ser para mi padre una liberación.

Negó con la cabeza y Mía entornó los ojos.

Aquí está el problema Stoker contra Stoker.

—Después de unos meses empezó a hacer cosas que… —Aligeró el paso y Mía se detuvo.

Esto ya lo estaba yo imaginando.

—En mi veintisiete cumpleaños se presentó con una amiga que podría ser amiga tuya. —Alzó las cejas al oírlo.

—¿De veinte?

Ya había anclado la moto y alzó una mano para sacudirla en el aire.

—Veinte no, era algo mayor que yo, o al menos eso me dijo, pero demasiado joven para él. Y fue encadenando otras similares. —Se dio media vuelta para ponerse frente a ella—. Hasta que apareció con Kelly.

—Ella no es tan joven, ¿qué pega tiene Kelly? —Y él frunció el ceño, como si acabase de decir una estupidez.

—¿La querrías para tu padre si estuviera vivo? —Stoker lo preguntó como si ya supiera la respuesta.

Pero no la sabía. Ni se le pasaba por la cabeza.

—Claro que sí —soltó y él alzó las cejas.

—¿Sí?

Ella asintió con la cabeza. Stoker volvió a fruncir el ceño mirándola como si fuese una completa loca.

—¿Con el trato que te dan? —negó con la cabeza y se apartó de ella—. Te haría falta un psicólogo, tienes algún tipo de síndrome de… como se llame.

Le daba la espalda y hasta lo oyó soltar una especie de carcajada sarcástica mientras negaba nuevamente con la cabeza.

—Qué barbaridad.

Esperó a que acabase de despotricar, seguía diciendo sandeces del mismo tipo.

—¿Ya? —preguntó ella y él giró la cabeza.

—Y si son tan buenas, ¿por qué quieres irte? No tendrías tanta prisa. —Giró el cuerpo también y la señaló con el dedo, como si le hubiese cogido una mentira o una hipocresía—. Las quieres tanto como yo. Lo que no entiendo es por qué intentas colármelas a mí como algo que no son. ¿Es por quitártelas tú de encima?

Mía volvió a dejar caer los párpados entornando los ojos.

—¿Has acabado ya? —le respondió.

—Quieres que se queden aquí para quedarte tú con la casa, la que se derrumba. Al fin y al cabo es tuya, ¿no?

Y la joven se cruzó de brazos.

Lo vio abrir de nuevo la boca.

—Brian Stoker —dijo y él la cerró de inmediato—. ¿Vas a acabar de decir estupideces y empezar a pensar que con todo lo que estás diciendo solo me estás ofendiendo a mí? ¿Que cada vez que abres la boca es una nueva falta de respeto y lo empeoras? No necesito un psicólogo, no

tengo ningún tipo de dependencia con ellas, no quiero quedarme con la casa ni les debo nada. Y voy a irme simplemente porque ellas no son mi familia, y ni yo las quiero en mi vida ni ellas a mí.

Lo vio tensar la mandíbula y desviar la mirada hacia los setos.

—Que no sean buenas para mí no significa que no fuesen excelentes con mi padre —continuó—. Las tres lo querían y él era feliz. Si volviésemos atrás y yo pudiese elegir, las elegiría a ellas de nuevo. Y más sabiendo que mi padre no tendría una vida muy larga como para perder el tiempo.

Stoker alzó la cabeza y la miró de reojo.

—Te honra lo que dices, pero no lo merecen.

—No. —Fue rotunda—. Pero él sí lo merecía.

Él la miraba en silencio y Mía suspiró. No pensaba irse aún, no hasta que él lo dijera. Se estaba tomando su tiempo.

—Lo siento. —Pero no le era suficiente—. Mi queja solo era sobre ellas, no era mi intención ofenderte a ti —negó con la cabeza—, lo último que querría… —Entreabrió la boca para coger aire—. Es ofenderte a ti.

Le había costado. Qué mala era la falta de costumbre en eso de disculparse.

—Para no querer, han sido meteduras de pata encadenadas.

—Es una habilidad innata —respondió él con una leve sonrisa.

Mía asintió con la cabeza.

—Lo siento de verdad.

Ella dio unos pasos para rodearlo, su puerta era la de atrás, no la principal como la de él.

—Disculpas aceptadas —dijo al pasar por el lado de él.

Pero a cuatro o cinco pasos más se detuvo.

¿Qué hace aquí mi bici?

Con una cadena de seguridad nueva, quien fuese que la recogiera no tenía la llave de la cerradura.

Se giró para mirar a Stoker, él ya había dado unos pasos hacia su otra puerta, sin embargo no la había perdido de vista ni un momento.

—¿Quién ha…?

—A las diez en la biblioteca —la cortó él—. Tienes que entregar un proyecto, y puede que te ayude.

Lo vio sonreír antes de que la imagen de Stoker se perdiera tras la esquina de la casa. Mía volvió a mirar su bicicleta.

Mañana a las diez.

Pensaba subir las escaleras mientras la carroza volvía a hacerse calabaza, los sirvientes ratas, y su atuendo se tornaba al de siempre mientras sonaban las campanas. Pero no, la magia duraría algo más. Unas horas más quizás.

Se acercó a la bicicleta para comprobar que la nueva cadena era gruesa y tenía colgando dos llaves. Las cogió por el aro que las unía, sacándolas de la cerradura, las tendría que colocar en el llavero.

Mañana.

Contuvo la sonrisa. Un día más. Volar aún más alto si es que eso era posible.

Y la caída será también mayor.

Dio unos pasos hacia la puerta lateral, pero dio un respingo con el sonido.

¿Un reloj? No me jodas.

La segunda campanada se oyó más claro. Procedía del interior de la casa, había visto en el rellano de las escaleras principales de la casa un reloj, tendría que ser ese a juzgar por dónde se escuchaba. Pero nunca lo había oído.

Y no le extrañaba, de la manera que caía rendida durmiendo, tampoco el sonido era muy notorio. Desde los dormitorios tampoco se escucharía.

Atravesó el umbral y corrió todos los cerrojos. Tenía pensado dedicar la noche a repasar y digerir, pero había un cambio de plan drástico. Solo quería que la mañana llegase rápido y ella no tenía la habilidad de hacer volar el tiempo como Brian Stoker, así que solo le quedaría dormir.

Entró en el dormitorio y cerró la puerta. Se llevó la mano a la sien y negó con la cabeza.

No sabía qué estaba pasando ni la razón. Pero la fantasía repleta de posibilidades era tremendamente, tremendamente, tremendamente poderosa.

Arrastró la mano por su cara y luego por su cuello hasta detenerla en el pecho. Y este se alzaba y bajaba acelerado. Volvió a negar abriéndose la cremallera. Ya podía salir todo aquello, nadie miraba.

Resopló mirándose en el espejo.

Qué locura es esta.

Le brillaron los ojos. Era de locos, completamente.

Demasiado joven.

Y me da exactamente igual.

El sentimiento sería el mismo si le hubiese cogido con la edad de Stoker. Pensaba que la diferencia solo estaba en la forma de llevarlo.

También lo llevaría mal.

Miró los libros de Irina sobre la cama.

Merecerá la pena.

Siempre la merecía. Ya lo estaba mereciendo.

Mañana.

Volvió a llevarse las manos a la cara y comenzó a reír.

37

«Ya estoy por aquí». Una vez duchado y en la cama, ya podría ponerse a recibir una tras otra. No sabía si ellos seguirían por allí, era sábado, seguramente sí, Byron solía acostarse tarde y Hércules apenas dormía.

Tenía que contar con los cambios de hora de Wilde, que tampoco era que brillase por sus horas de sueño.

«Chicos, ya nos han devuelto a Stoker». No esperaba que Blake sí estuviese por allí.

«Quince horas sin escribir por aquí, qué fuerte. No lo hemos conseguido nosotros en años y ella lo ha hecho en un par de días», escribió Wilde.

«Claro, claro, podéis seguir diciendo lo que queráis». Se recolocó en la almohada para seguir con la espalda en alto. «No me voy a molestar en absoluto, no soy Blake ni Wilde ni Orwell».

«Y viene muy contento porque no piensa molestarse con lo que le digamos. Brian, ¿te han lanzado otro zapatito?», era Orwell.

—Es que son telita, eh —murmuró.

«Stoker, no nos querías decir a dónde ibas hoy, pero te han pillado». Alzó las cejas al ver ironizar a Marlowe. «Así que empieza a soltar».

«No hay nada que soltar. Os dije que solo la estoy ayudando».

«¿Ayudando a qué?», preguntó Wilde y todos acompañaron su mensaje con risas.

«Tiene que entregar un proyecto esta semana y hemos ido a por piezas a la fábrica».

Blake escribía.

«Eso no tiene mucho sustento cuando el restaurante donde te han visto está mucho más lejos, en dirección contraria a Londres».

«Pensad lo que queráis».

«Esperad, esperad», era Hércules de nuevo, «¿ella no había quedado hoy con el chico que fue a buscarla ayer? ¿El que Stoker dijo que era un novatillo desesperado porque fue sin avisar a buscarla al trabajo y sin saber si tenía otro plan, pretendía llevarla a cenar y después a su casa?».

«Muy bien, Hércules, se nos había pasado el detalle», respondió Wilde.

Hasta Byron estaba escribiendo.

«¿Ha quedado hoy con el chico?».

«No le ha dado tiempo, hemos llegado tarde».

Risas, las esperaba.

«¿Mañana?», volvió a preguntar Byron.

«Tampoco le dará tiempo».

Las risas aumentaron.

«¿Esas son las formas de quitarnos de en medio a la competencia? Qué vergüenza, Stoker», dijo Hércules.

Las risas aumentaron de nuevo.

«Menuda ayuda que le estás dando, ¿y si le gusta el chico?», preguntó Byron.

«El chico no tiene posibilidades».

«¿Le gustas tú?». Frunció el ceño con la pregunta de Byron.

«No lo sé. ¿A qué viene eso?».

«Yo lo que no entiendo es por qué dice que el chico no tiene posibilidades, ¿es porque eres un pelmazo y no le dejas tiempo libre para que quede con otro? ¿O es que el chico de verdad no tiene posibilidades por parte de Mía?», preguntó Wilde.

Risas.

«Nunca subestimes a tus adversarios», había escrito Marlowe.

—Qué dice este. —Se irguió aún más en la cama.

«Ella dice que no sabe si le gusta, y está claro que eso es porque no le gusta. Por lo tanto, no tiene posibilidades. No me echéis la culpa a mí», respondió.

Se hizo el silencio. Ni siquiera hubo risas y eso no sabía si era buena señal, porque se demoraron más que de costumbre.

Wilde escribía.

«Qué genio está hecho. Pocos *cum laude* y matrículas de honor le dieron en las dos carreras».

Ahora sí hubo risas. Byron escribía de nuevo.

«Y tú has dicho antes que no sabes si le gustas, así que está claro que eso es porque no le gustas, ¿no?».

Era como si hubiesen tenido todos el dedo puesto de antemano en el icono de las risas. Llegaron de todo tipo.

Wilde escribía otra vez.

«Y aquí queremos que nos hables claro, aparte de joderle al posible pretendiente, ¿cuáles son tus intenciones con ella?».

«Ninguna, al menos ninguna de las que imagináis por aquí».

«¿No?».

«No».

«Joder, teníamos la esperanza de que estuvieses cayendo como un idiota, y de que te lloviese encima ladrillo a ladrillo cada cosa que has usado para reírte de nosotros».

«Pues no. Sigo igual que siempre, no he cambiado de pensar un ápice. Además, ni siquiera la habéis visto. Es muy joven y no sabe ni qué hacer con su vida. Siento aguaros la fiesta».

Se hizo el silencio de nuevo hasta que vio que Blake escribía.

«Menos mal que tendremos la oportunidad de verlos en directo, ahí sí que no podrá contarnos milongas».

Se apresuró a responder.

«Os vais a quedar con las ganas. No quiere ir. Hércules, te transmito su agradecimiento, pero dice que no es su lugar».

Volvió a hacerse el silencio.

«Tengo que dejaros». Blake fue el primero.

Y enseguida lo siguieron los demás. Frunció el ceño, se fueron demasiado rápido. Quizás había conseguido convencerlos y ya no tenía gracia seguir riéndose de él.

Aun así, le resultó extraño quedarse solo.

Miró el reloj, al menos esperaba dormirse pronto. Puso la alarma, tenía que llegar a la biblioteca con tiempo para preparar las piezas.

Pasó el chat de los Misters y buscó a Mía en la agenda. Había puesto las fotos del Valle en el estado.

No pensaba escribirle, acababa de darle el teléfono durante la cena, y no quería parecerse a aquel tal Eugene, que había vuelto a escribirle al final del día.

No tiene posibilidades.

Cerró la aplicación y dejó el móvil sobre la mesa junto a la cama. Colocó bien la almohada.

Un día más con Mía y aún no sería suficiente.

Para acabar el trabajo, claro.

Se dio media vuelta y estiró las piernas. Cerró los ojos y volvió a abrirlos cuando la imagen del perfil de Mía Austen apareció en su cabeza a todo color.

Resopló y se giró para colocarse boca arriba.

Y las imágenes de ella comenzaron a llegar una tras otra. Se llevó la mano a la cara y volvió a resoplar.

Tardaría en dormirse. No sabía cuánto. Estaba deseando que el reloj marcase las diez.

Volvió a abrir los ojos y miró el teléfono. Se incorporó para cogerlo. Abrió la aplicación de WhatsApp.

Chat alternativo

Vicky: Habéis hecho lo correcto. Somos especialistas con años de experiencia.

Wilde: Jajajajaja.

Natalia: No le deis cuerda, os aviso.

Blake: ¿Se habrá dado cuenta de que hemos abierto esto? Sois muy poco disimulados, se están haciendo silencios muy raros en la conversación.

Hércules: Wilde, pon algo y luego ponemos todos risas.

Marlowe: Y Byron está hablando demasiado, nunca habla tanto. Se va a dar cuenta.

Byron: Hago lo que puedo, lo que no podemos es desaparecer todos a la vez como estamos haciendo.

Blake: Qué torpes, se ha notado que estaba preparado, las risas han entrado demasiado pegadas al mensaje de Wilde.

Vicky: Chicos, no podemos leer el chat. O soltáis cosas por aquí o no nos enteramos de nada. ¿Le habéis preguntado ya cuáles son sus intenciones?

Hércules: Le están preguntando estos. Espera.

Michelle: Yo llevo ventaja, veo los Misters, este y el de las unicornios.

Vicky: Pues ve contando por allí que estos son muy lentos.

Blake: Dice que la chica no le gusta, que solo quiere ayudarla y que todo es imaginación nuestra y por las ganas de reírnos.

Hércules: Por supuesto que son ganas de reírnos, a ese tengo que devolverle todo lo que me lleva dicho a mí.

Blake: Puede decir lo que quiera, lo cierto es que está haciendo cosas que no ha hecho nunca. Lo conocemos desde hace años. Nunca.

Claudia: Que no le gusta dice, qué fuerte. Y casi se la estaba comiendo en el restaurante.

Blake: Jajajaja.

Wilde: ¿Ves? Si no engaña a nadie.

Natalia: No le insistáis más y seguidle la corriente.

Hércules: Yo lo veo muy desorientado. Este no se esperaba que le fuese a pasar nada como esto.

Byron: No podemos dejarlo ahí en el chat sin que le hablemos. Id despidiéndoos y nos vamos todos.

Blake: Yo ya me he despedido, id uno por uno.

Marlowe: Lo estáis haciendo fatal, se va a dar cuenta.

Vicky: Lo están haciendo fatal los otros, ¿sabes? Como si él no fuera del chat de los Misters.

Hércules: Lo hemos dejado solo, lo tiene que estar flipando.

Blake: A lo que vamos. Que la chica no quiere ir a la boda. ¿Qué hacemos?

Vicky: Tranquilo, que va a ir.

Byron: Es que estamos dando por supuesto que a la chica también le gusta él. Y lo mismo nos equivocamos y el que le interesa es el chaval ese que le manda mensajes, al que Stoker no le deja mucho margen.

Vicky: ¿Hay un chico que manda mensajes y Stoker qué? Me interesa.

Marlowe: Jajajaja.

Wilde: Hombre, vamos a ser sinceros, estamos hablando de Stoker, sabemos lo que suele pasar con las mujeres hasta cuando es un capullo y pasa de todo. Imagínate en el plan seductor cutre y mete patas que se trae.

Vicky: Aquí el problema es que ella tiene veinte años.

Blake: ¿Es un problema?

Natalia: Para ella sí, para él es un chollo. La mitad de meteduras de pata del tipo de lo de la etiqueta, no cuentan.

Blake: Pues él siempre lo pone como una excusa para no fijarse en ella.

Natalia: Juega al despiste.

Claudia: Dice Georgina que de niña nada.

Blake: No lo es.

Claudia: Mayte, ¿tienes que decir algo?

Mayte: Yo no. Nada. Os estoy leyendo.

Claudia: Pues yo creo que sí.

Mayte: ¿Yo? No.

Byron: Stoker acaba de escribir a Luke, le ha pedido que le lleve girasoles.

Blake: ¿El qué?

Byron: Girasoles, flores.

Blake: Sí, sé lo que es un girasol. Pero ¿para qué? ¿Para plantarlos?

Byron: No, se los ha pedido en una cesta. Se referirá a un centro de flores. Si es que no tiene ni idea, no ha hecho nada de esto en la vida.

Hércules: Y luego me llama a mí cursi. Pero ¿girasoles? ¿Por qué no rosas?

Blake: Que no tiene ni idea. Habrá dicho la primera flor que se le ha ocurrido, él es así.

Natalia: No, no es la primera flor que se le ha ocurrido. Joder con Stoker. No lo esperaba.

Vicky: Señores, ahora es cuando nadie habla hasta que Natalia explique lo que ninguno hemos visto. Y después nos sentiremos todos gilipollas.

Wilde: Jajaja.

Michelle: Me encanta este momento.

Natalia: En el jardín tiene flores de noche, por su madre, ¿no? Las rosas tampoco le valen. Se ha asegurado una flor de día, además una flor que gira con el sol. ¿El sol os suena? No ha sido aleatorio ni la primera que se le ha ocurrido.

Byron: Se me acaba de poner la piel de gallina.

Mayte: Y a mí.

Hércules: Ufff, los cinco hemos vivido la oscuridad de esa mujer y sabemos lo que significa para él.

Wilde: Me quito el sombrero con Stoker.

Natalia: Libros y flores.

Hércules: Lo que más le gustaba a la señora Stoker, lo único que tenía a su alcance que la hacía feliz.

Natalia: Y quizás la chica Austen tampoco tenga muchas cosas al alcance para serlo. Por una parte no os miente, quiere ayudarla.

Hércules: Estoy esperando a la próxima vez que se atreva a llamarme cursi.

Vicky: ¿Podemos ya confirmar que tenéis a Stoker como un muñeco de nieve en verano a pleno sol?

Wilde: Jajaja, más de lo que esperaba.

Byron: Atentos. Stoker acaba de meterme en un grupo que se llama también «Érase una vez». ¿Ese para qué es?

Blake: Dijo que quería hacer uno para los preparativos.

Marlowe: ¿Todavía no se ha dormido?

Byron: Yo me estoy agobiando, encima con el mismo nombre.

Vicky: Acaba de meterme a mí también y a Andrea.

Mayte: Ahora no os equivoquéis de grupo, a ver si vais a meter la pata.

Blake: Eso es verdad. Acaba de invitarme a mí, voy a cambiarle el nombre ahora mismo.

Marlowe: Pero cámbiale el nombre a este, pedazo idiota, no al otro. Que se va a dar cuenta.

Wilde: Jajaja.

Vicky: Estos chiquillos…

Wilde: ¿Podéis pasar pantallazos de cuando Michelle estaba en el seminario de Hércules? Por favor.

Hércules: Si quieres te paso yo los de cuando Anastasia entró en tu equipo.

Wilde: No, gracias.

Blake: No os desviéis del tema.

Natalia: A ver, la chica no quiere ir y es lógico que no quiera. No sabe quién narices se casa, solo que son amigos de Stoker. No pertenece a la familia Stoker ni la señora Austen es su madre. Por lo que habéis contado, es una chica que está en medio de un cambio de rumbo. Intenta enderezarse con todas sus fuerzas, pero también es su momento más vulnerable. Ella no es consciente de que Stoker está haciendo todo eso por ella, no lo conoce, quizás imagine que él es así con todas las mujeres. Un seductor nato. Para ella la boda es un lugar hostil en el que solo conoce a esas tres que no la tratan bien y a un Stoker en su ambiente que posiblemente ni la mire.

Blake: Entonces, ¿se puede hacer algo?

Vicky: Pero yo no lo entiendo aún, ¿queréis joder a Stoker o queréis ayudarlo?

Hércules: Las dos cosas. Si es posible, claro.

Wilde: Jajajaja.

Vicky: Aquí todo es posible.

Wilde: Entonces las dos cosas.

Byron: Un voto en contra.

Marlowe: Me abstengo.

Hércules: Sois unos rajados los dos.

Claudia: Qué pena que no estamos al otro lado.

Hércules: Eso digo yo.

Vicky: Hércules, Michelle, id mañana a verlo.

Michelle: Hecho.

Hércules: Va decir que no, quiere hacer no sé qué proyecto con ella, además tiene que poner de su parte para ocuparle todo el día y que no pueda quedar con un chico.

Wilde: En ese plan ridículo está.

Vicky: Presentaros sin avisar y liberáis a la chica para que pueda salir. Pero qué se ha creído este tío.

Wilde: Jajajaja. Es Stoker, no busques explicaciones a nada de lo que hace, menos ahora.

Blake: ¿Puedo ser yo el que le fastidie el plan? Por favor.

Vicky: No, tienen que ser Hércules y Michelle.

Hércules: Un placer.

Natalia: Esa chica debe tener su margen, lo mismo quiere cerrar un capítulo con ese chico, o puede que quiera abrirlo y entonces se os acaban las risas y tendréis que apaciguar el palo enorme que se llevará vuestro amigo. Sea lo que sea, mejor cuanto antes y así podréis ayudarlo.

Vicky: Lo que no sé es cómo primero hace lo de los girasoles y luego no es capaz de entender algo simple como lo que ha explicado Natalia.

Wilde: ¿Stoker entendiendo? Qué poco lo conocéis.
Hércules: Yo me encargo de hablar mañana con él. No es tan mendrugo.
Blake: Y según acontecimientos, preparamos su cumpleaños.
Marlowe: Lo mismo hay que llevarlo a tirarse con cuerdas por algún barranco.
Mayte: Uy, eso es muy efectivo.
Blake: ¿Conocéis algún sitio?
Claudia: Sí.
Blake: Pásamelo.
Vicky: Ea, pues ya hemos acabado. Nos vamos.
Wilde: ¿Ya?
Vicky: Ya. Si a lo mejor a la chica ni le interesa y son las ganas vuestras. Nos vais contando.

38

Se le había hecho tarde. Le costó dormirse y el móvil se le quedó sin batería, no sonó la alarma. Miró el reloj, las diez y veinte, Stoker llevaría ya un rato en la biblioteca. Ya llevaba de vuelta los libros de Irina que se llevó la última vez.

Encima que el proyecto es mío, llego tarde. Qué vergüenza.

Parecería una cara dura. Puso la mano en el pomo de la biblioteca para abrir, pero oyó la voz de Austin Stoker dentro y se detuvo.

—Me parece muy buen momento.

—Tengo otros planes para mi cumpleaños. Ni se te ocurra preparar nada.

Se oyó algo cayendo sobre una mesa, algo pesado.

—No vas a usar mi cumpleaños para presentar a tu nueva familia. Si quieres un evento, prepara uno para ti. Además, ya tienes uno social y de los buenos para hacerlo. A la boda de Hércules van los Lyon y muchos conocidos tuyos.

—No es lo que quiero. Me gustaría algo familiar.

—No cuentes conmigo. —Otro golpe más.

—Brian, deja ya esa actitud. Ayer cuando te vi con Mía pensé que habría alguna posibilidad.

—¿Y qué tiene que ver Mía Austen con Kelly y sus hijas?

Se inclinó para escuchar mejor, mirando por el rabillo del ojo que no hubiera nadie por el pasillo.

—Es parte de ellas.

—Eres el único que la ve parte de ellas. Ni siquiera ellas lo ven.

Se hizo el silencio.

—Kelly me ha explicado que ha habido desavenencias con Mía. Pero no tienen ningún rencor. La aceptarían si ella quisiera.

—¿Ellas ningún rencor? ¿El problema lo tiene Mía? Faltaría más.

Volvió a hacerse el silencio.

—Ni siquiera has escuchado al otro lado.

A saber qué andarán diciendo.

—Ni quiero ni lo necesito.

—¿Y tú? ¿Por qué de repente a ella sí la aceptas? ¿Tienes algún interés en ella? ¿O solo te ha interesado cuando has visto que su relación con Kelly y sus hijas no es buena? Porque hasta hace dos días las querías a las cuatro fuera de aquí. Y ahora parece que esa joven no te molesta.

Otro golpe más en la mesa, esa vez con un sonido metálico.

—Querías que las aceptara, ¿no? Pues al menos he aceptado a una, ¿te parece bien?

—Y espero que con ninguna intención, me incumba a mí o no. —La voz del señor Stoker sonaba más cerca a la puerta—. Llevas más de un año recriminándome que salía con mujeres demasiado jóvenes para mí, hasta el punto de que desistí por ti, porque no quería perderte como hijo. Pero ahora una mujer de mi edad tampoco te gusta. Y hasta te vería capaz de intentar seducir a esa joven, actuando en contra de todo lo que me exigías a mí, para fastidiarlo.

—¿Qué estupidez estás diciendo?

—Que entrase la mujer que entrase en esta casa no te parecerá bien. Y que no sé hasta dónde eres capaz de llegar.

Mía se irguió para llamar a la puerta. Fue Austin Stoker el que abrió. Enseguida el hombre le sonrió.

—Mi hijo tiene ya el material preparado —dijo el hombre dejándola pasar—. Creo que va a

salir un proyecto muy interesante. Mucha suerte.

Mía le agradeció las palabras, intentó sonreír, aunque después de escuchar aquella conversación se había quedado un poco desconcertada.

Y triste. Y decepcionada. Aunque no sabía muy bien por qué.

La puerta se cerró y quedó a solas con Stoker, que la miraba desde detrás de la mesa, luego miró hacia la puerta y luego a ella.

—¿Has escuchado algo?

—No —se apresuró a responder.

—Mejor. Porque no cabían más estupideces por su parte.

Ella bajó la cabeza enseguida y comprobó que la puerta estaba cerrada. Una idiotez por su parte, la había escuchado y visto cerrarse, pero no era capaz de concentrarse en sus actos. La tristeza y la decepción crecían, y con ellas las ganas de echar a correr hacia su dormitorio.

Llevaba algunos libros en la mano, los que tenía que devolver a la estantería. Contuvo la respiración.

—¿Estás bien? Has bajado tarde. —Por suerte, para llegar a la estantería tenía que darle la espalda a Stoker.

Estaba bien. Ya no lo estaba.

Puso el libro en el borde de la balda y abrió con él dos libros medio volcados, empujó el libro siendo consciente de que durante las campanadas del día anterior todo había vuelto a ser como antes. Quizás porque la carroza y los corceles solo estuvieron en su imaginación, y nunca dejó de ser una calabaza.

La magia nunca estuvo fuera de su cabeza.

Demasiado joven para que se fijase en ella. Ya lo sabía y, aun así, las palabras del padre de Stoker habían conseguido dejarla caer al vacío.

—Se me olvidó poner la alarma, lo siento. —Se había dejado un marcador en uno de los libros, cayó al suelo, se inclinó para cogerlo. Era evidente que ya no le dolían las piernas. Las sentía aún más fuertes que cuando llegó a la casa Stoker, y ya no dejaría que volviesen a debilitarse.

—Le he dicho a Cathelyn que hoy nos traiga aquí la comida. No creo que aun así nos dé tiempo de acabar.

Se giró para mirarlo y vio que él enseguida inspeccionó su cara. Algo habría notado, hasta para eso era demasiado torpe. Pero ella misma no esperaba aquel sentimiento extraño. Era como si todas sus ilusiones, hasta las que no tenían nada que ver con él, se hubiesen encogido y arrugado, para ser lanzadas a la papelera.

—No importa, puedo acabarlo yo mañana —respondió y él frunció el ceño.

—Puedes acabarlo, ¿antes de irte a trabajar de madrugada? ¿Cuando llegues por la noche? ¿O piensas teletransportarte a mediodía entre las clases, tu segundo trabajo y el tercero.

—Lo acabaré —respondió asintiendo con la cabeza—. No quiero que pierdas el tiempo con esto. Ya me has ayudado bastante.

Stoker bajó la mirada hacia las piezas. Sería eso lo que estaba colocando cuando hablaba con su padre, era un milagro que no hubiese roto ninguna.

—Solo habré perdido el tiempo si sacas menos de un diez —respondió estirando el plano sobre la mesa e inclinándose sobre él.

Mía dio unos pasos hacia la mesa.

—Pero soy yo la que tengo que hacerlo, si no sería trampa. —Y Stoker alzó la mirada sin mover la cabeza.

—¿Quieres repetir esa asignatura? Eso sí que sería una pérdida de tiempo.

El trabajo con un diez le garantizaría el aprobado, solo necesitaría la nota mínima en el examen. Era consciente. Tanto como de que sola no podría acabarlo, necesitaba más tiempo. No lo tenía. Ni quedándose sin dormir lo tendría para el martes.

Repetir, volver a pagar la matrícula, perder el tiempo. No había opciones.

Se acercó a la mesa para ver las piezas que habían cogido de la fábrica. Aún faltaban algunas, no llegarían hasta el lunes.

El pecho le presionaba, era como tener una prensa constante de nuevo contra los pulmones, como los días previos a la llegada a la casa Stoker y los primeros dos días allí.

Hizo pinza con dos dedos para coger una de las piezas, podía reconocerlas y saber dónde iba cada una. Stoker estaba a metro y medio de ella. No había cercanía, ni una mano tras su espalda, ni tampoco parecía tener mucho interés en nada de lo que hubiese en la línea de sus pestañas, como el día anterior, como la noche que la recogió de la tienda.

Stoker no apartaba la mirada del plano.

—¿Cuántos años llevas en la facultad?

—Dos y medio, casi tres. —Lo miró de reojo, Stoker había alzado las cejas y al fin dirigió los ojos hacia ella—. Pero este curso no ha sido muy bueno, así que creo que no cuenta.

Se hizo el silencio mientras él regresaba al plano.

—Que no ha sido muy bueno, ¿qué significa exactamente? —Lo oyó decir y el bochorno la invadió de inmediato.

Podía deducir, por lo que dijo el señor Stoker en la cena aquel día y por los comentarios que había hecho su hijo, que Brian Stoker era un alumno brillante.

Cogió aire y lo contuvo.

—Solo llevo aprobado el semestre de una asignatura. —Ni siquiera miró a Stoker, desvió la mirada hacia la librería. Pensaba que lo solucionaría a lo largo del curso, pero este avanzaba y no solucionaba nada.

Si llegaba a aprobar algo, sería con la nota mínima. Intentaba no pensarlo, entre aquella marabunta de problemas, era una soga que la hundiría aún más.

Pero lo extraño hubiese sido que aprobase algo con la vida tan ajetreada que llevaba últimamente.

—Qué extraño, completamente volcada y con el tiempo que le dedicas, pensaba que serías la primera de la clase. —Cerró los ojos a la ironía de Stoker.

Se hizo el silencio de nuevo, ella había girado también el cuerpo, sin darle por completo la espalda, pero escabulléndose de él de alguna manera.

—Tienes que organizar tus prioridades.

—Las tengo organizadas. —Se dio media vuelta con rapidez. Y se encontró con los ojos de Stoker, con la luz artificial de la biblioteca no se apreciaban los bordes claros, tan solo el zafiro oscuro.

—Cierto, salir de aquí. —Fue su réplica—. A costa de tu tiempo, tu salud y de la posibilidad de un futuro mejor. —Ladeó la cabeza sin dejar de mirarla después de decirlo—. ¿Estás segura?

Mía alzó la mano en el aire y se dio media vuelta para alejarse, le recordó un instante a las escenas familiares que protagonizaba con su padre en sus años de instituto, cuando bajaba las notas.

Pero ahora no se lo decía su padre, se lo decía Brian Stoker, ni siquiera lo conocía bien. Hacía unos días no sabía ni de su existencia.

—Tampoco sabes si estás segura —añadió él y ella frunció el ceño.

¿Tampoco estoy segura? ¿Tampoco? ¿Eso por qué va? ¿Por lo de Eugene?

Eugene, otra vez se le había olvidado escribirle antes de bajar. Le había dicho que si quedaban por la tarde. Luego le escribiría para decirle que en otro momento.

Se giró despacio para mirarlo con disimulo. Él pintaba con un rotulador rojo en el plano y Mía pegó la lengua en el paladar. No sabía hasta qué punto él era una ayuda, ni para el proyecto ni para nada que se refiriese a su vida.

Si tan solo su imagen, concentrada en cualquier otra cosa que no fuese ella, lograba abrirle el pecho y romper aquella prensa que le aprisionaba los pulmones. Lo que fuese que le producía Stoker iba a más y no era capaz de detenerlo.

Idiota.

Juventud, inocencia y falta de vivencias. Le venía grande. En el peor de sus momentos. Le venía demasiado grande. Como le venía grande la propia situación en la que se encontraba y pretender sacar un curso adelante. Le venía todo grande por mucho que quisiese animarse en cada momento. Era muy difícil cuando en todo, absolutamente en todos los campos de su vida; personal, profesional o sentimental, únicamente podía hacerlo por medio de fantasía, mentiras, promesas o posibilidades remotas.

Probabilidades que seguramente nunca se cumplirían, pero eso significaba reconocer que todos sus esfuerzos, sufrimientos y energía perdida eran para nada.

Serían para nada.

No se cumplirían. Tenía delante una muestra de ello. Una muestra física, por fin algo real, Stoker, que podría representar tantas cosas con las que soñaba.

No se cumplirían.

Contuvo la respiración y apretó los puños.

¿Y por qué no?

Su frase favorita de los libros de Irina, la narradora de los sueños imposibles, una frase que cuando aparecía en cada historia lograba erizarle el vello mientras su cuerpo se rellenaba de fuerza y energía.

Pero no consiguió rellenarla de nada.

¿Y por qué no?

No funcionaba. Quizás porque aquella frase estaba concebida para otra historia, para otros personajes. No para ella, no para su novela.

Ella tenía una historia que Irina nunca querría escribir, porque significaba, punto por punto, todo lo contrario de su esencia.

Bajó la cabeza. Tenía solo veinte años, conocía a muchos de su edad, podían tener problemas puntuales unos, otros más dilatados en el tiempo, pero era en su vida en la que cada día era complicado sin mucha opción de tornarse a mejor.

Estaba allí, tenía que irse, Stoker decía que no había prisa, pero sí la había. Kelly no permitiría su estancia mucho más, y menos ahora que ella la estaba retando acercándose a Stoker, más cerca aún de ni lo que su madrastra ni ella misma pudieran imaginar.

Se alejó aún más de la mesa. Siempre se prometió que nada de lo que pasase en su vida echaría a perder sus sueños, sus proyectos, su vida y su futuro.

Pero lo estaba haciendo mal. Muy mal.

La prensa regresó sin piedad a su pecho y aquella presión inaguantable alcanzó su garganta, su lengua y el paladar de la boca. Los cantos de los libros de la estantería se emborronaron.

Stoker le preguntaba si estaba segura. Claro que no estaba segura de nada. Qué seguridad iba a tener, de qué, de dónde. ¿En el querer irse de allí? Era fácil decirlo. En la realidad no era tan

sencillo. Irse significaba navegar a la deriva a expensas de la suerte, y ya había comprobado en veinte años que en cuestión de reparto de suerte, no solía corresponderle mucha.

Y en medio de todo aquello estaba echando a perder sus proyectos. Lo que siempre imaginó que iba a hacer se emborronaba junto a los cantos de los libros hasta que unos y otros desaparecieron por completo.

La lengua pareció que se le pegaba a la campanilla y al querer retirarla emitió un sonido. Tenía que echar a correr, no podría romper a llorar allí, dirigió enseguida los ojos hacia la puerta mientras le rebosaban del todo. No podía limpiarse o él se daría cuenta a pesar de tenerlo a la espalda.

—No, no, no. —Lo oyó decir.

No sabía en qué momento él había rodeado la mesa, quizás desde que se oyó aquel extraño sonido que produjo la lengua y su paladar al despegarse, o quizás ya lo intuía de antes.

Intentó apartarlo de ella, pero Stoker era un bloque inamovible que la envolvió por completo. Cerró los ojos y la parte izquierda de su cara se vio presionada por el jersey de él, un manto mullido sobre algo duro con formas curvas en las que su mejilla no tardó en encajarse. Y cerró los ojos intentando controlar el llanto o le dejaría el jersey manchado de lágrimas y mocos. Porque de separarse Stoker iba a darle poco margen. Quizás por la diferencia de tamaño y anchura, había logrado recubrirla al completo. No podía moverse un ápice, ni correr, ni librarse de aquel apoyo mullido y acogedor.

No recordaba cuándo fue el último abrazo que le dieron. Y no era consciente de lo mucho que necesitaba que alguien se detuviese en ella, aunque fuese para acunarla una de las tantas veces que lloraba.

Una necesidad que no quería que él viese. Volvió a hacer fuerza para retirarlo.

—No te lo he dicho para esto. —Lo oyó decir mientras sus brazos se tensaban a su alrededor para que no escapase.

No tenía importancia lo que le había dicho, no era nada que fuese mentira ni que ella no supiera ya.

Dejó de hacer fuerza para apartarlo y se dejó caer en él. De inmediato notó cómo el pecho y los brazos de Stoker se ablandaban, y su gesto hizo que lo de la garganta apretase aún más, tanto que tuvo que abrir la boca. Pero el aire hacía que le picase aún más.

Entreabrió los ojos y la estantería apareció de nuevo ante ella, con los cantos de los libros algo emborronados todavía y una silueta dibujada en todos ellos. La de ellos dos, de una sola pieza, en la que podía apreciar la forma de cada uno, pero no dónde acababa su cuerpo y comenzaba el de Stoker.

Ahí apreció cómo él bajaba la barbilla y esta se escondía tras su cabeza. Sintió el cosquilleo en el cuero cabelludo y luego el peso.

Había sucumbido por completo a aquella envoltura mientras agarraba los laterales de su jersey y se liberaba de su peso por completo echándolo contra Stoker. Y cerró los ojos al ver cómo la silueta se movía, esa vez a la altura de su espalda. Cerró los ojos al sentir aquella caricia.

—Siento si he sido algo… drástico.

—No es tu culpa. —Mía negó con la cabeza.

—Tampoco es tuya. —Sintió cómo una mano de Stoker se entremetía en su pelo para agarrarle la parte de atrás de la cabeza.

La pinza que sujetaba el lazo resbaló y cayó al suelo. Se apartó levemente de él.

—Claro que es mía. —Su cabeza debía de ser tremendamente pequeña o la mano de Stoker muy grande, si aun sujetándosela podía llegar con el pulgar al rabillo de su ojo.

—Haces lo que puedes. —Le limpió los restos de lágrimas—. Como yo.

Mía apretó los labios para no reír, pero aquel intento de sonrisa a él pareció gustarle.

Soltó a Stoker para limpiarse el otro lado.

—Pues no lo hago bien —dijo pestañeando para que acabasen de caer si quedaba algo y se volvió a limpiar.

—Posiblemente yo tampoco —respondió él e hizo aquel sonido al reír que solía escuchar a través del casco. Esa vez la sonrisa de Mía fue más evidente.

Él le rozó la punta de la nariz con el dedo.

—A cualquier otra persona le diría que no se pusiera límites, que pusiese todas sus fuerzas. —Se inclinó para acercarse a su cara—. ¿Pero a ti? Animarte a hacer eso sería ver, en un mes como mucho, cómo te recogen de la carretera.

Notó cómo Stoker resbalaba la mano desde la parte de atrás de su cabeza hasta su cara.

—Tienes que parar, Mía Austen, o desaparecerás. Y ni se te ocurra decirme que no lo sentiría nadie. —Frunció el ceño y ella bajó la barbilla para reír.

Notó de nuevo presión en la espalda, fue él quien la atraía hacia su pecho. Y ella se dejó caer ligera para que el pecho de Stoker se hiciese a su mejilla de la misma manera que el asiento de la moto o del avión se hacían a su cuerpo.

Volvió a coger un pellizco en su jersey, siendo consciente de que nunca lo había soltado del otro lado, de la misma manera que él tampoco le había soltado a ella con un brazo. Se hizo el silencio unos instantes hasta que ella volvió a retirar la cara de él y levantó la cabeza para mirarlo.

Parecía que ya no era tan extraño mirarlo a aquella distancia, por desgracia para ella, se estaba acostumbrando rápido.

—¿Puedes buscar una solución sola o necesitas ayuda? —preguntó él y Mía negó con la cabeza—. Pues cuando tengas tus nuevos horarios me los dices, porque creo que podremos salvar el curso.

Mía intentó sonreír, luego negó con la cabeza.

—No es necesario, ya haces bastante. —Se giró para mirar la mesa con todo esparcido.

Y ella aún no había hecho absolutamente nada.

—No en todo va a tocarte el lado difícil. —Y sintió la barbilla en su hombro, como el día anterior.

Se retiró de él y la invadió un leve frío a pesar de que la temperatura no bajase un ápice en la biblioteca, pero le gustaba infinitamente más la que había cerca de Stoker.

—Tienes veinte años. —Giró la cabeza hacia él para escucharlo—. Creo que aún puedes permitirte ponerte a ti misma en tu escalera de prioridades.

Y sabía que llevaba razón, maltratándose por fuera y por dentro no llegaría a ninguna parte. Pero desde seis meses atrás sentía que iba a la deriva y que solo podría caminar para delante con todas las consecuencias. No las valoró lo suficiente.

Irse de su casa y alejarse de Kelly era algo que se había propuesto desde mucho antes de que se agrietase su casa. La casa era de los antiguos señores Austen, pero desgraciadamente Kelly la tenía en usufructo hasta que tuviese otro lugar donde vivir.

Miró de reojo a Stoker, solo esperaba no haberle manchado el jersey verde cacería, que nunca supo que ese verde era un color bonito hasta ese momento. Lo era si lo llevaba él tensado en su cuerpo en un hilo que formaba finas líneas en canaletas, con unas coderas en ante del mismo color.

Puedo morirme ya. Ya lo he visto todo.

Apartó la mirada de él. No entendía cómo con todo lo que tenía encima podía estar pensando tremenda sarta de absurdos.

Aunque no tiene que ver una cosa con la otra.

Ella tenía demasiados problemas a cuestas, pero le encantaba tener de frente a Brian Stoker. Y si no lo tenía, le encantaba imaginarlo.

Y eso es otro problema. Uno muy gordo también.

Era alimentar su estado de ánimo para alzarla en otra burbuja repleta de fantasía que se rompería en cualquier momento, como había comprobado aquella misma mañana mientras escuchaba las palabras de Austin Stoker.

Esas palabras fueron la antesala por la que luego el llanto le vino tan fácil.

—¿Ya? —Parecía imposible que media sonrisa pudiera sacarla del abismo. Esa sí era real, no hacía falta imaginarla ni inventarla—. ¿Podemos empezar?

Mía asintió con la cabeza. Necesitaba quitar toda la basura que tenía en la mente, menos la que se refería a él, para concentrarse de lleno en aquel trabajo.

No sabía si podría recuperar el curso, pero al menos sí una asignatura que daba por perdida. Cogió el rotulador rojo y grueso que había visto momentos antes en la mano de Stoker.

—Había pensado en cambiar algunas cosas. —Y él enseguida la miró como si acabase de decir una estupidez.

—Dos años y medio de universidad, casi tres. —La voz de Stoker rezumaba ironía—. Sorpréndeme.

Stoker se apartó del plano para dejarle sitio, pero no tanto como para perder detalle de lo que ella pensaba pintar en él.

39

Que llamasen a la puerta, en medio del silencio y cuando ya unas empleadas habían recogido la comida, hizo que los dos se sobresaltaran.

Nadie había puesto un pie en la biblioteca desde que Austin Stoker salió de allí aquella mañana. Ya estaban tardando mucho sus hermanastras y Kelly en meter la nariz por allí.

—Llevan aquí todo el día. —Kelly le hablaba a alguien.

También se oyó al señor Stoker y la voz de otro hombre, grave, fuerte y atronadora.

Se giró enseguida a la vez que la puerta se abrió.

Estuvo a punto de alzar las cejas, si pensaba que Stoker era alto, no sabía cómo llamar a aquella montaña que se veía tras Austin Stoker.

—Brian, han venido Hércules y Michelle a verte. —Miró a Stoker, era evidente que no los esperaba.

Podía ver a Brit y a Ivy tras el hombre enorme, y una cabeza platina de pelo liso. Mía se agarró a la mesa mientras todo su cuerpo se tensaba. Que la biblioteca no tuviese ventanas no fue asfixiante hasta el momento en que todos entraron en ella.

Se agarró al borde de la mesa como si fuese a caerse al suelo mientras recibía la mirada directa de Kelly.

El hombre alto se acercó a Stoker y le dio un tremendo manotazo en el hombro antes de echarle el brazo por los hombros y abrazarlo. Sonaron más palmas. No sabía la razón por la que a los hombres les gustaba darse una paliza al abrazarse, el sonido de las palmadas revelaba que lo que estuviesen golpeando, estaba tremendamente relleno.

Apartó la mirada de Kelly enseguida para mirar a la joven que los acompañaba. Era más alta que Ivy, aunque llevaba unas deportivas casi tapadas por las campanas de los *jeans* y un jersey grande, similar al que llevaba ella misma, de cuello vuelto y gruesos puntos.

La chica la sonrió como si ya la hubiese visto alguna vez y dio unos pasos hacia ella.

—Ella es Michelle Lyon. —Fue el padre de Stoker el que tuvo que presentarla, porque Brian y Hércules seguían al otro lado de la mesa diciendo cosas y dándose más palmadas.

Michelle Lyon.

Aquel apellido embelesador que tenían los señores elegantes del restaurante. Y aunque el atuendo de su hija no era acorde con el de ellos, la estatura y aquella elegancia en las facciones la hicieron ubicarla enseguida.

Michelle se inclinó para besarla poniéndole una de las manos en el hombro.

—Ella es Mía Austen, la que faltaba por conocer. —Michelle se apartó de ella y miró su cara un instante a corta distancia.

—Encantada. —Sonrisa hermosa que acompañaba a los ojos de color más extraño que hubiese visto. No se les podía llamar azules. La joven bajó la barbilla un instante—. Creo que ayer conociste a mi padre y a mi tía —le susurró.

Mía sonrió de inmediato y pudo ver, tras Michelle, a Kelly tensar la mandíbula. Michelle la rodeó y para hacerlo le puso una mano en el antebrazo, gesto extraño de alguien que no conocía de nada y que a Kelly y a sus hijas no se les fue por alto. Oyó los besos tras ella que le estaría dando Michelle a Stoker.

Se giró para mirarlos, Michelle no la había soltado, sim embargo, la otra mano la tenía sobre el hombro de Stoker.

El cuerpo se le tensó de inmediato, aunque pudiese ver a Austin sonriendo como si no fuese

nada extraño. Eran su madrastra y las otras dos las que la estaban desconcertando.

—Él es Hércules Orwell. —Oyó decir a Brian.

Mía alzó los ojos. Con su estatura ridícula no sabía si ponerse de puntillas, quizás en un acto reflejo lo hizo.

—Wow, ¿qué es eso? —Michelle la soltó mientras Hércules le besaba la última mejilla.

—En lo que llevan trabajando todo el día —respondió Kelly—. Por eso os he dicho que es una suerte que hayáis venido. —Sintió la mano de Kelly en el antebrazo, en cuanto Michelle la hubo soltado.

Mía se sobresaltó al sentirla, quizás porque no la esperaba, o fue el gesto de Michelle al mirar de repente lo que la hizo encogerse.

—Pero Brian ya ha acabado por hoy. Mi hija lo ha tenido todo el día ocupado. —Tiró de ella.

Vio a Brian, que estaba de nuevo hablando con Hércules, mirar enseguida a Kelly.

—No me ha tenido ocupado, señora Austen, me he ofrecido yo a ayudarla.

Su madrastra sonrió tanto que podía verle una mancha de carmín rojo anaranjado en uno de sus dientes.

—Pero una cosa es ayuda, y otra tenerte aquí todo el día. Te vendrá bien estar un rato con tus amigos. Y a ella que le dé el aire un poco. —La llevó hasta la puerta—. Michelle, estaremos fuera.

—Gracias —se apresuró a decir Michelle, aunque no lo escuchó al completo, Kelly cerró la puerta con ellas dos fuera.

Enseguida su expresión cambió por completo.

—Vamos fuera. —No la soltaba.

—¿Por qué?

Kelly la miró sin dejar de avanzar, abrió la boca, pero la cerró.

Sintió un pellizco en una de las esquinas, como si ella fuese a escaparse.

—¿A dónde vamos?

—A la calle.

—¿Qué? —Mía intentó detenerse, pero Kelly tiró de ella con más fuerza.

Y la llevó hasta la marquesina acristalada, que estaba completamente abierta, y la atravesaron hasta llegar afuera.

—No sé qué demonios intentas hacer con Brian Stoker —le dijo.

—No estoy haciendo nada.

Kelly alzó las cejas.

—No me retes ni un minuto, Mía, que aunque no puedo echarte, puedo hacer que tu estancia aquí sea un infierno. Y no pienso pensármelo antes de que acabes poniéndome en ridículo o abochornando con tu conducta.

Mía se inclinó hacia Kelly.

—No me trates como a una idiota, no lo soy. Y no he hecho nada por lo que tengas que preocuparte.

Kelly volvió a alzar las cejas.

—Aparte de tus intenciones, las que sean, y de las que no me fío, estás abusando de la confianza de Brian Stoker. Te dije que no te acercases. —Volvió a tirar de ella hasta que sus pies tocaron la arena cercana a los setos—. Pero al parecer te paseas en moto, vuelves tarde, y te encierras con él en la biblioteca. —Kelly apretó los labios y asintió con la cabeza—. ¿Ahora piensas estar ahí con él y con sus amigos? —negó con la cabeza—. Ahora mismo te vas de aquí. Te dejé muy claras las condiciones. Saldrías por la mañana y regresarías a la hora de dormir.

Como si no existieses, ¿o crees que la puerta de tu dormitorio es la lateral por casualidad? Porque no quiero que te inmiscuyas en esta familia ni lo más mínimo.

Mía abrió la boca para defenderse, pero Kelly se inclinó pegando su cara a la suya.

—Fuera de aquí, Mía Austin, y no regreses hasta que los Stoker y yo estemos acostados —la cortó Kelly antes de que pudiese abrir la boca.

—No pienso hacer nada de lo que me digas —le replicó, sin embargo.

Pero Kelly alzó un pequeño llavero con una llave.

—Las nuevas llaves de tu dormitorio. —Alzó las cejas al verlas. Su madrastra le cogió la mano para dárselas—. Tengo el otro juego yo. Atente a las consecuencias.

—¿Qué? —Kelly le daba la espalda.

Esto no está pasando.

—Móntate en la bici y sal de aquí. —Kelly se alejaba de ella—. Y no estaría de más que compres algo de ropa y material para las clases, mis hijas y yo hemos hecho una limpieza.

¿Cómo?

—¡No puedes hacer eso!

Kelly se giró para mirarla.

—Un golpe de mi dedo en una aplicación de mi móvil y devolveré el reciente pago de tu matrícula. Y de inmediato no serás alumna de nada.

No, no, no.

—Sal de aquí —le repitió—. No quiero que estés hasta que me duerma y no quiero verte cuando me despierte. ¿Lo has entendido ya?

Kelly bajó la mirada para mirarle las manos, solo tenía el llavero.

—Y ve poniendo la cuenta atrás en tú teléfono. —Alzó el suyo—. Yo ya la tengo puesta.

Mía alzó las cejas sin entender.

—Esa pareja que ha venido son unos amigos de Stoker que se casan en un mes. —Pero eso ya lo sabía—. Un parador, pasaremos la noche allí. Cuando regrese no quiero verte por aquí. Ni a ti ni a ninguna de tus cosas.

Kelly separó las piernas para dar un paso lateral, seguía alejándose de ella.

—Un mes. —Sacudió el móvil en el aire—. Cuenta atrás.

Mía frunció levemente el ceño mientras Kelly se alejaba.

—Cuando regreses… —dijo Mía y Kelly enseguida se dio media vuelta para mirarla—. Cuando regreséis vosotras…

Kelly la entendió demasiado bien y tensó la cara de inmediato.

—Inténtalo.

Aún no había podido digerir nada de lo que le había dicho, tampoco el destrozo que le habrían hecho en sus cosas tirando lo que les hubiese parecido. No pensaba ir a esa boda entre el gigante y la joven, aunque ella fuese la chica más agradable que hubiese conocido en meses. Pero ahora le estaban entrando una ganas tremendas de presentarse allí.

Mía miró hacia la zona donde estaba su estrecho balcón, desde el que se cayó el zapato el primer día. El brillo en los ojos fue inmediato.

—Ni se te ocurra subir. Coge la bicicleta o echa a correr, pero sal de aquí ahora mismo. —Fueron las últimas palabras de Kelly antes de volver a darle la espalda.

Tuvo que abrir la boca, no entraba el aire. Se apresuró hacia la bicicleta, que estaba en la pared, donde ella solía dejarla y cada mañana la encontraba en otro lugar. Nadie la había cambiado, el empleado de los Stoker la dejó justo en el lugar en el que ella solía dejarla.

No había cogido bolso ni cartera ni teléfono. Todo estaba arriba.

Ni siquiera se sentó en el asiento, en pie lo haría más rápido, atravesó el jardín a toda velocidad y desvió la bici en un movimiento brusco al encontrarse de frente con Michelle Lyon para no arrollarla.

Ni siquiera pudo decirle adiós, no podía pronunciar palabra, como si la lengua se le hubiese dado la vuelta para entrar en su garganta. El de seguridad abría la puerta, pasó por el mínimo hueco, dándose un golpe en el codo. Aumentó la velocidad sobremanera, no sabía qué camino coger. No importaba. Si se perdía tampoco importaba. O si no regresaba.

La carretera se hizo borrosa, movió la cabeza para sacudirse las lágrimas.

Nada de lo que había valorado y meditado durante las horas silenciosas en la biblioteca servía, nada valía.

Seguía alejándose de la casa de los Stoker.

Un mes.

Le sobrarían días.

O no.

Tenía que salir de allí.

40

Perdió de vista a Michelle, no sabía en qué momento la joven había salido de la biblioteca, mientras Ivy y Brit miraban aquella maquinaria que aún no era capaz de funcionar.

—Mía no hubiese sido capaz de hacer esto sola —dijo Brit y miró a su hermana.

—¿Por qué? —Fue Hércules, que inspeccionaba los planos del proyecto, el que les preguntó. La misma pregunta que hubiese hecho él, de hecho ya había abierto la boca cuando se oyó la voz poderosa de su amigo en la biblioteca.

Ivy resopló.

—Nunca ha sido muy buena. —Ivy hizo una mueca—. Hace unos años su padre siempre tenía que estar castigándola por las notas. Cuando entró en la universidad estábamos seguros de que ni siquiera iba a acabarla.

Esa vez se adelantó a Hércules.

—¿Hace unos años? ¿Cuando tenía quince? —preguntó y oyó la leve risa de Hércules.

—No es una edad muy representativa de capacidades y esfuerzos —añadió su amigo.

Las dos bajaron la mirada hacia la máquina.

—Aunque no lo sea —continuó Brit—. No sería capaz de hacer esto.

La puerta se abrió, era Kelly y tras ella estaba Michelle.

—Brian, tengo que disculpar a Mía. Creo que la han llamado, ¿sabes si había quedado con alguien?

Lo meditó un instante.

—Algo dijo…

—Acaba de irse, no me ha dado tiempo ni de preguntarle a dónde iba. —Kelly miró a Michelle—. ¿Verdad? Siento que no se despidiese. Ella es… como si no hubiese pasado de los quince. Lo siento.

Michelle negó con la cabeza quitándole importancia.

Se oyó la risa de Brit.

—A esto me refería. Te has ofrecido a ayudarla y ha esperado la más mínima oportunidad para escabullirse. —La acompañó la risa de su hermana—. Siempre lo ha hecho.

Ivy asentía con la cabeza.

—Ella siempre ha preferido salir, los amigos… como si nada fuese con ella. —Las dos miraron a su madre—. Pero es mejor no decirle nada.

Vio que Michelle miraba a Hércules.

—Aun podemos salir al jardín, voy a avisar a Margaret para que nos traiga algo —dijo su padre dirigiéndose hacia la puerta.

Kelly hizo una señal a sus hijas, que enseguida la siguieron fuera.

—Michelle, ¿quieres venir con nosotros? —dijo la mujer antes de salir.

—Sí, claro. —Cogió el plano del proyecto y lo alzó en el aire—. Tardo un momento, quiero enseñarles una cosa.

Kelly los miró uno por uno y luego salió, dejando la puerta abierta, como si ellos fuesen a seguirlos de inmediato.

Michelle soltó el plano.

—¿Mía se ha ido? —Cogió su móvil de la mesa para comprobar si tenía algún mensaje.

—Se ha ido —respondió Michelle—. Pero corriendo como si la persiguiera el demonio, casi me atropella y casi se cae con el golpe que se ha dado en la cancela.

Apartó su mirada del móvil para mirar a Michelle.

—Llámala —añadió la joven, pero él ya la estaba llamando.

Esperó hasta que la llamada se cortó al no tener respuesta.

—¿Suele hacer esas cosas? —preguntó Hércules.

Negó con la cabeza, pero enseguida la detuvo. Era cierto que Mía había quedado con ese chico. ¿Pero salir corriendo así?

Hércules le dio una palmada en el hombro.

—Tengo ahí el coche, ¿quieres salir a buscarla? —le dijo—. En bicicleta no habrá llegado muy lejos.

Negó con la cabeza.

—Habrá discutido con Kelly —volvió a negar con la cabeza—. Y lleva aquí dentro todo el día, quizás quiera estar un rato sola.

Después de haberla visto aquella mañana, sabía que Mía estaba al límite. Y él no podía estar todo el tiempo acaparándola, le había dado todo el silencio posible mientras trabajaban, pero quizás no era suficiente.

—No está en un buen momento —les dijo.

Michelle dio unos pasos atrás.

—Si queréis yo os entretengo a los de fuera para que podáis hablar.

Y le agradeció el gesto. No le apetecía estar entre ellos, y más estando seguro de que Kelly y Mía habían discutido por lo que fuese.

Cada vez las tenía más garganta arriba.

Michelle se fue y cerró la puerta.

Miró a Hércules de reojo.

—¿Stoker? —preguntó su amigo y tuvo que contener la sonrisa. Hércules lo zarandeó, tenía que hacer gran fuerza para que no lo desplazase cuando lo hacía. Al menos era más fácil que con Marlowe, con él era imposible no moverse del sitio—. Me sorprendes y me llenas de orgullo, ¿lo sabes?

Volvió a contener la sonrisa.

—A ratos —añadió Hércules apretándole el hombro y Stoker frunció el entrecejo—. Otras…

Se escabulló de la zarpa de Hércules.

—¿No tienes bastante con el chat, que has venido a tocarme las narices aquí? —dijo y su amigo rompió en carcajadas—. Vas a hacerme preguntas, ¿verdad?

—Ninguna. —Se sorprendió al escucharlo—. ¿Las tienes tú?

Stoker negó con la cabeza.

—No estamos en el chat —Hércules sonrió—. Sabes que no usaré nada de lo que hablemos por aquí contra ti por allí.

—Código Misters, ya —sonrió al escucharlo, y esa vez fue él el que le puso la mano en el hombro a su amigo.

Hércules lo miraba con media sonrisa.

—Así que habla, sé que en el fondo no eres tan zoquete. —Rio con sus palabras.

Volvió a negar con la cabeza y se llenó de aire para soltarlo de golpe.

—Me gustaría hacer más de lo que hago. —Miró hacia la puerta—. Pero es como si hubiese un muro y a partir de ahí no pudiera hacer nada.

—Es que hay un muro —respondió su amigo —. Incluso puedes ayudarla a subir, pero a partir de ahí solo está ella.

Bajó la barbilla y alzó los ojos para mirar a Hércules.

—Pero ella no tiene a un grupo de Misters —negó de nuevo con la cabeza—, ni de hadas

madrinas. —Miró la estantería donde Mía solía coger los libros. Allí estaban los libros preferidos de la señora Stoker, los que su madre leía una y otra vez.

—Los Misters y las hadas madrinas también tenemos que pararnos en ese muro y mirar cómo cada uno hace esa parte del camino solo.

Stoker volvió a bajar los ojos.

—Pero no es lo mismo. —Cómo iba a serlo.

—No.

Hasta las sandeces y las risas eran necesarias. Como si cada una ellas soplase para empujar.

—No la subestimes —añadió Hércules.

Chat alternativo

Blake: ¿Qué ha pasado?

Michelle: Pues nada.

Vicky: ¿Cómo que nada?

Michelle: No nos ha dado tiempo de nada. Hemos llegado, la madrastra se ha llevado a la chica y en cuanto he salido detrás de ellas, Mía Austen ha pasado fugaz y se ha ido de la casa.

Claudia: ¿Cómo?

Michelle: Stoker dice que seguro que ha discutido con la novia del padre y que encima hoy no estaba en un buen momento.

Blake: Las madrastras son todas unas brujas.

Claudia: Oye, un respeto.

Marlowe: Jajajaja.

Blake: Perdón, todas menos la señora Lyon.

Wilde: ¿Quién nos iba a decir que iba a ser la madrastra la que nos ha tirado el plan?

Michelle: La madrastra insiste en que Mía había quedado con alguien y por eso se ha ido. Les he sugerido que se ha ido demasiado rápido, y ahora intentan hacerme ver que es por escaparse de hacer el trabajo, que ella es así.

Vicky: Una chica que está todo el día trabajando no echa a correr por no trabajar.

Michelle: Pero ellas no saben que yo lo sé. Me han esbozado una Mía ridícula, vaga, de carácter extraño y algo ligerita de mente, aparte de insolente, desobediente e incontrolable. Que nunca las aceptó, que no quería que la destronaran y que ahora está enfadada por sentirse desplazada.

Blake: Diles que no las crees, porque si fuese así, Stoker no se hubiese fijado en ella.

Michelle: ¿Se lo digo?

Wilde: Jajajaja.

Byron: ¿Cómo les va a decir eso?

Wilde: ¿Por qué no habéis salido a buscarla?

Michelle: Stoker dice que querrá estar sola, que hoy lo necesitaba.

Wilde: ¿Stoker diciendo eso? ¿Stoker comprensivo? No me lo creo.

Byron: Creo que lo mismo no conocíamos de verdad a Stoker. Nos está dejando por mentirosos.

Marlowe: Que sí, que está muy bien que Stoker esté dando un paso en su fase de comprensión. Pero por enésima vez digo que deberían ir a buscarla.

Michelle: Es que lleva ya más de dos horas fuera y no vuelve, y el sol se va. Hércules se ha llevado otra vez a Stoker para dentro porque se estaba poniendo nervioso y se le estaba notando, y le ha soltado una gorda a Kelly y las hijas. Es que no se calla una.

Wilde: Es Stoker, ¿qué esperas?

Vicky: Cuenta, cuenta.

Michelle: Austin Stoker ha preguntado si la joven no había vuelto y Kelly le ha dado a entender que había quedado con un chico. Y las hijas han empezado a darle la razón y se han vuelto a disculpar con Brian por haberlo dejado solo con el proyecto, que no se le ocurra acabarlo él solo porque es lo que ella busca, en teoría. Que le haga el trabajo él.

Blake: Sí, claro.

Michelle: Stoker le ha dicho que ese chico con el que había quedado se llama Eugene, y que no hacía falta que Mía saliera corriendo en bici a buscarlo porque a Eugene no le importaba en

absoluto recogerla, y luego llevarla a la puerta de casa para que no hiciese el camino sola, que encima podría llover. Y a Kelly se le ha quedado la cara a cuadros.

Vicky: Hay que ver lo bien que me cae ese chaval.

Blake: Esa señora es que todavía no sabe quién es Brian Stoker, el padre le podría haber avisado.

Claudia: ¿Dónde está Natalia? Que no habla.

Wilde: Natalia, pronúnciate.

Mayte: No está conectada. Espera.

Vicky: Natalia, te invocamos.

Erik: ¿Esto qué es?

Vicky: Un grupo, ¿no lo ves?

Erik: ¿Y por qué se llama como el otro?

Vicky: Porque Stoker no sabe de este y ha abierto otro y se llama igual, pero fíjate bien que en este pone «II». No te vayas a equivocar.

Erik: A mí no me enredéis, siempre me toca a mí. Me salgo.

Vicky: Mayte te ha metido para que traigas a tu santa esposa, que no aparece. Luego puedes irte si quieres.

Erik: ¿A que no me voy?

Wilde: Jajaja.

Claudia: ¿Dónde está Natalia?

Erik: ¿Ahora mismo? Echándole la bronca al niño, que no sé qué correo le ha llegado de algo que ha pasado en clase.

Claudia: Bienvenidos a la adolescencia.

Erik: Ya ha acabado, le digo que os lea.

Marlowe: Creo que voy a llamar a Stoker.

Blake: Si lo llamas va a saber que hablamos por aquí. Él no ha dicho nada en los Misters.

Byron: Ya está escribiendo Natalia.

Natalia: Estáis lentos, id a por la chica. Ahora.

Marlowe: Menos mal, hombre.

Michelle: ¿Veis? Lo estaba viendo venir.

Marlowe: Pero si llevo diciéndolo yo desde el principio. Y estabais aquí con las milongas de que si Stoker estaba comprensivo.

Natalia: Esa tía tenía preparada la excusa y sabe que Mía va a tardar, quizás ni vuelva esta noche. Así que si no tiene a dónde ir, sin dinero y sin nada, id a buscarla. Pero sin perder el tiempo. Ya.

Michelle: Por eso no coge el teléfono. Tampoco lo lleva, madre mía. Salimos ya.

Blake: Una pregunta, quizás absurda, ¿cómo sabes que no lleva nada?

Vicky: No te frustres, lo de Natalia es otro nivel. Ya te acostumbrarás.

Erik: O no.

Natalia: Es largo.

Wilde: Queremos saber.

Natalia: Hay que entenderlo desde el principio. Stoker ha dicho que Mía no estaba hoy en un buen momento, es evidente que no lo está. En unos meses ha perdido a su padre, ahora su casa, tiene tres trabajos y posiblemente, y por lógica, esté echando a perder sus estudios, eso sin contar con el cambio de casa y que ahora su madrastra y las hijas se hayan fortalecido dejándola aún más vulnerable. Llega Stoker y la sube en un cuento, bastante intenso, por cierto, y durante

horas, que la ha hecho detener ese ritmo extraño de vida que llevaba y pensar de verdad en las circunstancias. Se le habrá venido todo encima. Así que hoy estaba especialmente vulnerable. Momento perfecto para que su madrastra haya tenido la posibilidad de aterrarla, con la comida ya no puede, así que solo quedan dos opciones, alojamiento o pertenencias y hacerle la vida imposible mientras esté allí. Y ha conseguido aterrarla de verdad. Marlowe, cuando se cruzan con algún bicho de la selva ¿alguien se para a coger el bolso o todos echan a correr?

Marlowe: Tengo mochilas para llenar un centro comercial.

Byron: ¿Y con qué fin hacen eso?

Natalia: Ellas confiaban en que Mía pasase desapercibida, ponen de su parte, tenéis lo que ha contado Michelle. Esperaban que nadie la conociese en aquella casa para darle la forma que les convenía y quitársela de encima. Pero no contaban con el hijo de Stoker, un hueso duro para ellas, pero que para Mía ha sido mantequilla.

Byron: ¿Le hacen todo eso solo para quitársela de encima?

Natalia: Ahora ya no solo es eso. Ahora lo hacen porque corren el riesgo de que Mía gane lo que tenía en su casa cuando vivía su padre.

Vicky: Un trono y una corona.

Claudia: Quiero abrazar a esa chica, ¿lo sabéis?

Michelle: Ya vamos en el coche Hércules y yo, Stoker ha cogido por otra dirección. Lo de echar a volar sin avión se lo tenéis que mirar, eh.

Blake: Puf, tiene un cabreo de narices. Mala cosa.

Michelle: Se ha querido parar en la marquesina donde estaba Kelly, y Hércules se lo ha tenido que llevar casi en volandas al aparcamiento.

Byron: Al final ha sido una suerte que estuviera Hércules allí. No sé cómo hubiese reaccionado Stoker solo.

Claudia: Pero ¿le habéis contado lo que ha dicho Natalia?

Michelle: No, le hemos dicho que Marlowe dice que vayamos a buscarla.

Marlowe: Me usáis para lo que os conviene.

Blake: ¿Vamos Dayana y yo? Llegamos en quince minutos.

Byron: Yo cojo el coche también y salgo. Con el viento que se ha levantado, la tormenta que viene y esa muchacha sabe Dios dónde.

Blake: Nos vemos allí.

Vicky: ¿Y habéis dicho que esa tía va a la boda?

Wilde: Sí.

Vicky: Vale.

41

La lluvia se intensificó, los faros del coche de Byron lo deslumbraron y tuvo que apartar la mirada hasta que lo rebasó para frenar cuando lo tuvo a la altura de la ventanilla.

—Nada. —Ni Byron, ni Blake ni Hércules habían visto absolutamente nada de la casa a Londres, ni de la casa al pueblo más cercano.

Y él había ido hasta el centro comercial y la universidad, pero como domingo que era, estaba todo cerrado salvo algunos de los locales de ocio de la planta de arriba, allí tampoco estaban ni Mía ni su bicicleta.

Cogió aire por la boca. Miró hacia el interior de la casa, había algunas luces encendidas en la planta de abajo. Kelly y sus hijas resguardadas de la tormenta, sentadas posiblemente en un sofá de lujo, o tumbadas en una sala de cine, disfrutando de confort, comodidades, empleados y lujo. Y Mía no sabía dónde podría estar.

Tan solo esperaba que hubiese alcanzado a llegar a la casa de aquella tal Mary que parecía ser su única persona cercana.

Hércules y Blake salieron del coche, a pesar de que el agua caía con fuerza.

—¿Tienes el número o la dirección de alguien con quien pudiera estar? —le preguntó Hércules.

Y él negó con la cabeza. No conocía a nadie cercano a Mía que no estuviese dentro de la casa de los Stoker.

—Yo sí —dijo Blake dándose media vuelta—. ¡Dayana!

—¿Por qué gritas? Me tienes detrás. —Blake dio un respingo y volvió a girarse, Dayana estaba al otro lado bajo un paraguas negro y enorme que sujetaba Byron.

Ni siquiera sabía cómo ni cuándo habían llegado. Solo sabía que estaban allí, y que seguían allí después de dar varias vueltas sin mucho resultado, siendo la noche como era y habiendo pasado la hora de la cena.

—Esto se ha roto. —Vio a Michelle patear dos veces un paraguas morado intentando abrirlo mientras el agua le caía pelo abajo—. A la mierda. —Lo lanzó junto a la verja y se puso al lado de Hércules, que como Blake o él mismo estaban directos bajo el agua y con la ropa goteando sin parar mientras la lluvia le rompía en la cabeza y los hombros.

Byron enseguida dejó que Michelle se resguardase bajo su paraguas, aunque ya era para nada, la chica estaba empapada.

Stoker echó todo el aire de golpe.

—No podéis quedaros así —les dijo—. O pasáis dentro para secaros o tenéis que iros a casa.

—De eso nada, nos quedamos hasta que aparezca —dijo Michelle, pero la mirada de Stoker se dirigía a Blake, que seguía sacando cosas del bolso de Dayana.

—¿La tiraste?

—No, trae. —Dayana le quitó a Blake una cartera marrón grande de la mano, que también se estaba mojando. Bajo el paraguas lo abrió y comenzó a buscar en su interior. Vio que le daba una tarjeta a Blake.

Este la miró antes de dársela a él, con cuidado de que no se mojase.

—Llama ahí, y dile a la chica lo que ha pasado con Mía. A ver si puede ayudarnos.

Stoker se apartó de ellos y se acercó a la garita de seguridad para poder ver con la luz de la entrada de la casa. Era una tarjeta, con un nombre y un teléfono.

«Jimena Béquer». Y era enfermera. Sería la razón por la que Blake y Dayana fueron a la

tienda de Mía. Lo que no entendía era la relación entre ellas. Pero al menos era algo.

Marcó enseguida, a los cuatro toques de línea irrumpió un estruendo musical que se cortó de golpe. Escuchó la voz de una chica.

—¿Jimena Béquer?

—Sí, ¿quién es?

—Verás … —Se giró para mirar a Blake y al resto, el guardia de seguridad y otro empleado habían sacado más paraguas para que pudiesen resguardarse—. Me han dado una tarjeta con tu teléfono porque conoces a Mía Austen.

—A Mía, claro —respondió la chica—. ¿Está bien?

—No. —Oyó un sonido extraño al otro lado—. Bueno, no lo sé —rectificó enseguida—. Ella vive en mi casa ahora.

—Ostras, ¿tú eres el piloto? —De momento se oyeron voces de fondo—. ¡Shhh! Que no oigo.

Los «shhh» se sucedieron en el fondo también, y casi pudo deducir quiénes eran las de aquel grupo.

—Ha salido de casa hace unas horas y no llevaba bolso, ni siquiera el teléfono. Y tampoco regresa.

—Un segundo —dijo la chica—. ¡Suki! Mía ha salido de la casa esta tarde y no ha vuelto. —La escuchaba mezclada con el fondo.

Contado así, era tremendamente bochornoso, como si fuese algún tipo de vigilante.

—Habrá discutido con el esperpento ese que tiene por madrastra y le habrá dicho que se vaya otra vez.

Stoker frunció el ceño.

—Creo que tengo por ahí el teléfono de Mary, espera —añadió esa misma voz que respondió a Jimena.

—Suki va a intentar localizar a una amiga de Mía, ¿vale?

—Gracias. —El pecho se le abrió de una manera extraña, en medio de un bucle de angustia que se apretaba a medida que pasaba el tiempo y que le había formado un bloque duro.

Le tocaron el hombro y se giró. Era el hombre de seguridad, le daba un paraguas y él se apartó y negó con el dedo. El empleado se retiró enseguida.

—Suki está hablando con Mary. —Aquel nombre sonaba a música, y hasta la voz fina de Jimena sonaba a música. Miró a Blake, le iba a poner un monumento—. Le está diciendo que no la ha llamado y que lleva queriendo hablar con ella todo el día.

—No tiene el teléfono.

—Dice lo mismo que Suki, que la arpía de la madrastra la habrá echado. Pregunta que si has mirado en la casa de los Austen.

—No llevaba nada, no podría entrar.

Jimena lo trasladó al resto. Oyó varios tacos.

—No, tía, el cementerio está ya cerrado a esta hora. —Oyó que respondía Jimena a su amiga, tuvo que retirarse del teléfono, lo dijo demasiado fuerte—. Esa biblioteca sí, esa es la última que cierra. Vale. ¿Hola?

—Sí.

—Que dice Mary que Mía no es de irse a dar vueltas sin rumbo como una pirada, y que como ya no es hora de estar en la tumba de los Austen, con esta lluvia, que estará en la biblioteca Trusou, cierra muy tarde. Hay una sala de estudio que incluso está abierta toda la noche. Dice Mary que no es la primera vez que se resguarda allí.

Stoker echó el aire de golpe de nuevo, lo del pecho volvía a abrirse, esa vez mucho más.

—Jimena, si la encuentro te debo una muy grande.

—Que va, para nada… Bueno sí, si la encuentras guárdate mi tarjeta por si en algún momento puedes devolverme el favor.

—Hecho.

Miró a sus amigos, seguían esperando.

Si encontraban a Mía, le haría un monumento a Jimena y a Blake.

—Gracias —dijo antes de colgar.

Se acercó a sus amigos y a los coches, acercó el móvil a Blake.

—¿Sabéis dónde está esta biblioteca?

Hércules lo empujó.

—Sube. —Volvió a darle otro manotazo hacia el coche. Apretó el brazo de su amigo.

La conversación con Hércules regresó a su cabeza.

Mía no tenía Misters ni hadas madrinas.

Y no era justo y le apenaba.

Eran tremendamente necesarios.

42

Era tremendamente difícil poder concentrarse en un libro en aquel estado. Cuanto más necesitaba una ventana hacia un estado inconsciente similar al sueño, era cuando más le costaba entrar en una historia.

A través del cristal podía ver la manera en la que caía el agua. La que le caería a ella en cuanto pusiese un pie fuera de allí. No podría volver a casa aquella noche. Ni siquiera tenía abrigo y aún estaba mojada.

Cuando cerrasen tendría que irse a la sala de estudio. No era la primera vez que lo hacía, aunque otras veces lo hacía para estudiar y acompañada de otras compañeras en épocas de exámenes. Era la primera vez que no tenía ni su teléfono, ni su cartera ni sus cosas de la universidad, ni siquiera un libro para entretenerse. El guarda podría echarla si la veía ocupando una mesa sin ser estudiante, como solía hacer con los indigentes.

Era bochornoso. Pero era su inverosímil situación.

De la felicidad de la noche anterior al llanto absoluto. Encogió las piernas en aquella especie de diván que había pegado al cristal. De vez en cuando le sobrevenía el frío de la humedad. No podía estar en la calle sin el abrigo, los grados a aquellas horas bajaban de manera considerable.

No tenía hambre, era una suerte haber llenado el estómago durante dos días completos. Si le hubiese llegado a pasar aquello cuando andaba a base de aquellas barras, no habría aguantado.

Primero yo.

¿Y eso cómo se hacía en su situación?

Ladeó la cabeza sin dejar de mirar las gotas en el cristal.

Era imposible, como era imposible recuperar el curso de la carrera, como lo era poder salir de casa de los Stoker en solo un mes y como lo era el propio Brian Stoker.

Imposible.

Apretó la lengua en el paladar para detener el escozor y el inicio del llanto. Si algo bueno la alzaba un poco, era solo para hacerla caer aún más hondo después.

Dejó caer la cabeza en el cristal. Por más que le diese vueltas todo se veía igual de oscuro. Y pensar en cualquier opción era soñar con imposibles.

Seguía con un libro abierto sobre las piernas, apenas había pasado de las primeras páginas, aunque llevaba allí dos horas.

No rendirse, no llorar era tremendamente difícil. Lo había hecho a ratos, desde que salió de la casa de los Stoker pasó por todas las fases, renunciar a sueños, prometerse luchar por todo lo que quería, volver a desistir, llorar, intentar rebuscar algún hilo de esperanza, animarse levemente, ver la realidad, caer, rendirse, llorar. Y vuelta a empezar.

Era desesperante, difícil y bochornoso pensar en nada bueno en sus circunstancias, cuando tendría que pasar la noche sentada en una silla de madera frente a una mesa vacía, rezando por que nadie se diese cuenta de que estaba allí para resguardarse de la lluvia, del frío y de los indeseables que deambulaban por la noche.

Miró la hora en el reloj de la biblioteca, quizás habría sido mejor decisión haber regresado a casa, lo tendría que haber hecho hacía ya rato, cuando aún podía, bajo la lluvia sí, pero más temprano. Ahora sería una temeridad.

Tendría que quedarse allí.

Y también le daba miedo.

Echó el peso de su cabeza en el cristal, que se empañó levemente con su aliento, y dejó caer los párpados mientras lo de la garganta se hacía fuerte.

Alzó la mirada de nuevo hacia las gotas de agua y se sobresaltó al ver una silueta junto a su propio reflejo. Giró enseguida su cabeza y al ver que no se había confundido al reconocerlo, se irguió enseguida en el asiento.

Stoker sonrió mientras se inclinaba para ponerle una cazadora gruesa de piel marrón y el interior forrado de pelo sobre los hombros, aún guardaba el calor del cuerpo de él. Luego se acuclilló en el suelo junto al diván.

—¿Cómo…? —De todas las posibilidades, tenía la más surrealista de todas delante de sus ojos.

Stoker bajó la barbilla para reír.

—Aún no me conoces —respondió con algo de sarcasmo—. Aunque tengo que reconocer que esta vez he tenido ayuda.

Lo vio girar levemente la cabeza para mirar detrás de él y Mía tuvo que alzar los ojos. A unos metros de ellos, apenas en la entrada de la biblioteca, estaba el enorme Hércules con la chica rubia tan agradable llamada Michelle Lyon. Frunció el ceño, a aquellos dos los conocía, apenas hacía unos días que los vio en la tienda, los que fueron a buscar a Jimena. Había otro hombre, tendría la misma edad de aquel de los ojos grises, era alto, vestía abrigo largo azul, del que se solía poner sobre los trajes de chaqueta. A ese estaba segura de que no lo había visto en la vida. Michelle Lyon alzó la mano para saludarla con ella.

Se irguió aún más, tenía las botas en el suelo bajo el diván. Pero Stoker ya las había cogido. Gesto que les pareció gracioso a aquel grupo de cinco. Pudo fijarse en que todos, incluido Stoker, estaban tan mojados como ella.

—Os habéis mojado por mi culpa, qué vergüenza —dijo bajando la cabeza y quitándole las zapatillas a Stoker para ponérselas.

Él, que seguía con una rodilla en el suelo, alzó la cabeza para mirarla.

—Ni es tu culpa ni es una vergüenza —le replicó, le quitó una de las zapatillas y le agarró el talón—. ¿Dónde demonios ibas a ir?

Mía alzó la mirada hacia ellos un instante y la bajó encogiendo la espalda levemente.

—¿Por qué tu amigo del abrigo marrón te está haciendo una foto? —O vídeo, solo lo vio con el móvil hacia ellos mientras Michelle miraba la pantalla.

Stoker apretó los labios en una mueca de desesperación.

—Porque es un toca narices de los buenos —respondió y Mía apretó los labios también para no sonreír mientras su pie resbalaba dentro de la zapatilla.

Él se puso en pie, le agarró la mano y la hizo levantarse.

—Nos vamos. —Tiró de ella hacia el grupo, que enseguida le sonrieron en cuanto la vieron avanzar tras Stoker.

De cerca fue consciente de que estaban aún más mojados que ella. Michelle tenía el pelo a hebras agolpadas.

—Gracias. —No sabía qué decirles—. Y lo siento.

El del abrigo marrón negó con la cabeza enseguida.

—Realmente hemos venido porque Stoker nos ha prometido una cena maravillosa —dijo y el resto rio.

Llegaron hasta ellos y Michelle enseguida le pasó el brazo por la espalda.

—Casi te atropello —le dijo y la chica rio.

—Nah. —Lo acompañó de una mueca.

Y la joven de pelo oscuro y brillante que vio en la tienda de Suki se colocó al otro lado de Michelle.

—A mí ya me conoces. —La besó en la mejilla.

—Yo soy Alan Blake. —Su abrigo tenía el tono mucho más oscuro en la parte de los hombros, estaría empapado.

Y por último el del abrigo azul, quizás él y Dayana eran los que menos se habían mojado.

—Owen Byron.

—Encantada.

Miraron a Stoker.

—A cenar, ¿no? —dijo Hércules dirigiéndose hacia la puerta de la biblioteca.

—Pero si estáis chorreando —respondió Stoker.

—¿Y tú no? —Blake también avanzaba y se giró para mirarlo de arriba a abajo—. El que más.

Hércules rio, abrió la puerta para que pasara el resto.

—Mira la hora que es, eres un amigo terrible. —Miró a Stoker con sarcasmo.

—Yo tengo hambre también —dijo Dayana atravesando la puerta.

—Después no me echéis las culpas si caéis malos. —Stoker tiró de su mano para seguirlos.

No la había soltado desde que se levantó del diván.

No volvería a perderse. No aquella noche.

El frío, la oscuridad, la incertidumbre y las ganas de llorar desaparecieron.

Seguro que cuando amaneciese podría empujar de nuevo.

Chat alternativo

Blake: (Foto enviada)

Wilde: Jajajaja, esa foto la enmarco.

Marlowe: Me alegro de que la hayáis encontrado.

Natalia: Equipazo.

Claudia: Me quedo tranquila, que os aproveche la cena.

Erik: Pues sí que sois buenos.

Mayte: Preciosidad de foto. Decidle que no vuelva a perderla.

Vicky: ¿Veis? Os dije que éramos especialistas con años de experiencia. Un día hemos tardado. Ahí tenéis a Stoker con la rodilla en el suelo poniendo el zapato a Cenicienta.

Mayte: No te eches flores, que ha salido bien de chiripa.

43

Hércules y Michelle los llevaron hasta la puerta de la casa, la verja comenzó a abrirse como si el coche fuese a entrar.

Mía rodeó el coche hasta la ventanilla de Michelle. El coche era negro y tremendamente alto, lo que hacía que los viese grandes hasta estando en pie y ellos sentados. Vio a Stoker por la ventanilla del conductor darle la mano a Hércules y se oyeron más palmadas.

—Muchas gracias —se lo dijo a Michelle, Hércules seguía despidiéndose de Stoker.

Y ella arrugó la nariz y negó con la cabeza. Su pelo se había secado por completo y volvía a ser liso como cuando llegó a casa de los Stoker.

—Si vuelves a echar a correr —le respondió Michelle y miró hacia la casa—, que sea escaleras arriba.

¿Ein?

Pero Michelle sonrió como si nada después de decirlo.

—Te veo en unos días. —Mía alzó las cejas—. En el cumpleaños de Stoker.

No hizo falta que le respondiese, su cara le estaría diciendo que no pensaba ir o que no estaba invitada o que no tenía ni idea.

Así que Michelle dejó caer la espalda hacia atrás en dirección al asiento del conductor hasta meterse entre Hércules y el volante para mirarlo a él y a Stoker, que estaba aún en la ventanilla.

—Mía está invitada.

—¿A qué? —Stoker parecía no saber tampoco nada.

—A tu cumpleaños.

—Sí —Hércules respondió por él.

Michelle volvió a erguirse y mirarla a través de la ventanilla con el cristal bajado.

—Te veo entonces en unos días.

Esto está siendo muy difícil.

Asintió sin más remedio. Michelle señaló hacia el lado del conductor, supuso que lo estaría señalando a él.

—Le gustan las motos y los aviones —susurró inclinándose hacia la ventanilla—. Pero también los libros y la música metal. —Volvió a arrugar la nariz—. Teniendo un amigo pianista, suena un tanto extraño.

Tuvo que reír al escucharla.

—Cualquier cosa le gustará, no te rayes mucho buscando —añadió y los miró de reojo—. ¿Vais a acabar ya? Mañana todos tenemos que levantarnos temprano. —Volvió a inclinarse, esa vez hacia Hércules—. Menos tú, claro. —Iba dirigido a Stoker.

Stoker rio y se retiró del coche.

—Te llamo mañana. —Oyó decir a Hércules.

Mía los despidió con la mano y el coche se alejó. Ya no llovía, pero el aire apuntaba a un nuevo chaparrón aquella noche.

Se dirigieron los dos hacia la cancela abierta y vio que Stoker esperó a que entrase ella primero.

Mía lo miró de reojo y contuvo la sonrisa.

—No ha sido una buena idea ir a cenar con ellos —le dijo él enseguida—. Prefería la idea que tenías de mí antes de hoy.

La sonrisa de Mía se amplió.

—No te esperaba tan desastre. —Dejó de mirarlo a él para mirar las flores, que mojadas

desprendían un olor aún más intenso—. Creo que los *cum laude* y las matrículas de honor me han despistado.

—Son unos exagerados, ¿lo sabes? —Su voz desbordaba ironía.

Se detuvieron a unos metros de la marquesina.

—Mañana no tienes bici —le dijo él. La habían dejado en la biblioteca, no se acordó de ella hasta que iban camino a casa y decidió recogerla el día siguiente—. Pero no tengo problema en llevarte. —Stoker bajó la barbilla y luego alzó los ojos—. Y probar ese desayuno que hacéis allí.

—No es nada del otro mundo, te lo advierto —respondió Mía y Stoker sonrió desviando su mirada hacia las flores también. Habría notado aquel olor suave y elegante que lograba relajar a pesar de que la mayor parte había sido una tremenda basura.

—Por la noche también podría recogerte, esta vez en un coche, para ir a por la bici y venir aquí —continuó—. Pero creo que tienes pendiente una recogida de bici con un chico llamado Eugene.

Alzó las cejas. Lo último de lo que se había acordado aquella tarde era de que había quedado con Eugene. Se llevó la mano a la sien.

—Lleva desde el viernes esperando. —Ladeó la cabeza al decirlo.

Cómo voy a acordarme de Eugene contigo delante.

—¿Y el proyecto? —Tampoco le daría tiempo de entregarlo.

—Cuando vuelvas.

Frunció el ceño pensativa.

—Pero será tarde. —Volvió a mirarlo a él, Stoker hizo una mueca.

—Estoy de vacaciones, no me importa.

¿Me está animando a que quede con Eugene?

No pudo evitar que su cabeza buscase razones enseguida.

No le intereso y quiere dejármelo claro.

Esa opción hacía que sus pies se hundiesen en el suelo y que no le apeteciese ni que amaneciera.

¿Cree que me gusta Eugene?

—Te dije que no estaba segura —le dijo y lo vio inclinar la cabeza hacia delante para escuchar el resto—. Pues ahora sí lo estoy.

—¿Y él lo sabe? —Mía negó con la cabeza—. Pues debería saberlo.

Stoker no preguntaba el resultado de su seguridad, no le gustó que no preguntase. Ni era buena señal. Bajó los ojos enseguida mientras notaba el calor en las mejillas.

Mía, habíamos quedado en que él era solo fantasía. ¿Por qué te hundes en el suelo cada vez que muestra que su interés en ti no tiene nada de extraordinario?

Porque lo estaba viviendo como algo real. Porque por dentro, sus sentimientos, sus ilusiones y todas las secuelas físicas que conllevaban, eran reales.

—Debe saberlo. —Alzó de nuevo la mirada hacia él.

¿Sería capaz de decirle a Eugene la verdad completa? Sería el primero en saberlo, ni siquiera Mary lo sabía. Decirlo en voz alta era como reconocer la estupidez y la poca cordura.

Pero ella no podía evitar aquel sentimiento solo porque Stoker no estuviese en su misma realidad. Una puerta de cristal cerrada, blindada, y al otro lado estaba él. Y eso no significaba que ella pudiese pasar de largo.

Cogió aire y lo contuvo. El amor y las posibilidades no tenían por qué tener ninguna relación. Lo mismo pasaba con Eugene, su puerta de cristal estaba cerrada frente a él.

Enamorarse era enamorarse, no sabía por qué tomaba sentido peyorativo y ridículo cuando al

otro lado había un imposible. ¿Por qué daba vergüenza reconocerlo aunque fuese con una amiga? Porque parecería tonta seguramente. En cambio, si Stoker la correspondiera, esa ridiculez desaparecería de la mente de todos.

No tenía sentido cuando el sentimiento era exactamente el mismo. Y era bueno. Maravilloso. Lo mejor que había sentido en la vida y lo único que había en sus circunstancias que no era oscuro.

Pero era ridículo.

¿Por qué?

No había razones con sentido.

Ridículo no. Pero peligroso sí.

Si en aquel mismo estado, en cualquier momento, Stoker apareciese con otra muchacha y la presentara en casa como algo especial, ya no tendría ningún lugar para agarrarse y no perderse a la deriva.

Pero Stoker nunca ha tenido novia. No va a hacerse con una en un mes o lo que sea que yo esté aquí.

Improbable. Era una suerte para ella que no se enamorase nunca.

No hay mal que no le venga bien a alguien.

Sonrió a Stoker mientras los bucles repletos de absurdos se agolpaban en su cabeza.

—Hasta mañana. —Él le dio en la barbilla antes de alejarse. Pero se detuvo en seco un momento y se giró alzando el móvil con la mano—. Esa amiga tuya, Jimena, me ha dicho que cuando pudiese podría devolverle el favor. ¿Cómo podría hacerlo?

Mía abrió la boca apretando los dientes.

—Está en la mierda, como yo —respondió y vio en la oscuridad media sonrisa de Stoker—. Es enfermera, busca un trabajo.

Stoker alzó las cejas.

—Creo que es por lo que tus amigos fueron a buscarla —añadió Mía y lo vio fruncir el ceño —. Pero creo que no... —Él volvió a acercarse a ella—. Aún no le han dicho que no, pero sé que… —Sacudió la cabeza—. No lo debería haber escuchado, pero Blake le dijo a Dayana algo de que a alguien le daría un infarto.

Y el ceño de Stoker se frunció aún más.

—Por el apellido que dijo, que no lo hubiese recordado antes de esta noche —continuó Mía y señaló con el pulgar a la verja—, creo que se refería a tu amigo pianista.

Y en la expresión de Stoker vio que encajaba lo que estaba escuchando. Mía alzó las manos.

—Creo que quizás se desconcertaron un poco, si no estás acostumbrado puede llamar algo la atención. —Movió la cabeza—. Pero te aseguro que Jimena es una chica maravillosa.

Stoker se acercó aún más a ella.

—Si tu padre estuviese vivo y necesitase la ayuda de una enfermera, ¿se lo confiarías a ella? —preguntó cogiéndole del brazo.

—Completamente. Sin dudarlo.

Stoker asintió varias veces sin dejar de mirarla.

—Le harías un favor enorme, puedo asegurártelo. —Si había alguna forma de ayudar a Jimena, lo intentaría. Sabía bien lo que era la desesperación superlativa. La joven la tenía también.

Y la habían encontrado gracias a ella. También ella misma se lo debía o hubiese estado toda la noche en cualquier parte y no en su cama.

—¿Y si fuese un trabajo en el que tuviese que estar interna? —preguntó.

Las sombras de su cara se distorsionaron y pudo verlo mejor. De cerca y a media luz, Stoker era un auténtico sueño.

—Viviendo en la casa del paciente, aunque tuviese un horario, días libres…

—Ufff, el favor sería aún mayor.

El casero estaba a punto de echarla de la habitación del piso compartido.

Stoker alzó las cejas.

—¿Sí? —preguntó a Stoker—. ¿Podrías ayudarla?

—No le digas nada aún. Necesito tiempo, unas semanas, no muchas. —Se llevó el dedo a los labios—. Y aún menos a Blake o a Byron o a Mi…

Mía negó con la cabeza.

—A Michelle sí. —Lo vio contener la sonrisa—. Incluso nos ayudaría. Déjame a mí. —Llevó el dedo hacia los labios de Mía—. Mientras… —Los presionó con él.

—Vale —sonrió aun sintiendo la presión.

Y los dedos de Stoker regresaron a su barbilla.

—Ahora a la cama. —Se alejó de ella de nuevo.

¿A la tuya?

Sacudió la cabeza y se dio media vuelta.

A la mía.

Miró de reojo para comprobar si él ya había entrado antes de girar para dirigirse hacia la puerta lateral. Lo vio entrar y siguió su camino.

Frenó en seco.

La cazadora.

No podía quedarle más grande, de talle, de mangas, de hombros. Se perdía en su interior de pelo, que desprendía calor y un aroma a él que la hacía querer echarse con ella en la cama y acurrucarse dentro.

Un sueño. Uno enorme. La noche había cambiado por completo.

44

La luz interior aún estaba encendida y no le extrañó que su padre y Kelly, y también sus hijas, acudiesen a la escalera principal a recibirlo. Era la razón por la que no le había pedido a Mía que entrase por allí. No entendía la manía de aquellas mujeres de separarla del resto.

Se alegró de que Hércules no le permitiese hablar con ninguno de ellos cuando estaba alterado. Prefería hacerlo así, tranquilo, con el pecho asentado, y con Mía camino de su dormitorio.

—Habéis tardado mucho. —Su padre fue el primero en hablar.

—No es fácil encontrar a alguien sin tener cómo contactar y sin tener ni idea de dónde está.

—Pero la habéis encontrado —respondió su padre.

Era extraño que Kelly y sus hijas no dijesen ni una palabra, ni siquiera para acusar a Mía de haber hecho que varias personas la buscasen bajo la lluvia durante demasiado tiempo.

—He visto que también han venido Blake y Byron.

—Sí —respondió a su padre.

—Les dije a los empleados que los invitasen a entrar, pero volvieron a irse contigo.

Seguían calladas, solo hablaba su padre. Las tres sabían que tenían las de perder.

Lo que no sabían era que hasta calladas también las tendrían.

Se dio media vuelta hacia ellas.

—Y ha sido una pena —respondió a su padre—. Porque me hubiese gustado que entrasen. Tenía muchas ganas de que conociesen a Blake.

La cara de Kelly se transformó de inmediato en una más relajada.

—Aunque habrá más ocasiones, mi cumpleaños, por ejemplo —continuó y las hijas sonrieron al igual que su madre y asintieron al unísono las tres.

—¿Nosotras? ¿A Blake? ¿Por qué? —preguntó Kelly mirando a sus hijas, como si aquello fuese un honor.

Stoker dio unos pasos hacia ellas.

—¡Brian! —Su padre lo conocía demasiado bien.

—Porque es el mejor abogado de Londres, y quizás de todo Reino Unido. Tanto como para quitaros el usufructo de la casa de los Austen y que no tengáis a donde ir cuando salgáis de aquí, si vuelves a echar a Mía de esta casa.

—¡Brian! Por favor.

Se retiró de ellas, ni siquiera miró a su padre.

—Papá. —Comenzó a subir las escaleras—. A partir de mañana necesitaré un coche y un conductor, por la mañana y por la noche. —Se detuvo en el rellano—. Si alguna de ellas necesita transporte, contrata a un chófer nuevo.

Volvió a darles la espalda.

—Cathelyn trasladará mañana las cosas de Mía Austen a la entreplanta del ático —añadió—. Si es una invitada más, no veo sentido a que siga en la parte del servicio.

Volvió a girarse.

—¿Los hay? —La pregunta era directa para Kelly.

—Llevo días queriendo cuadrar con Cathelyn una mudanza a otro dormitorio. —Fue su padre de nuevo. Kelly y sus hijas parecían mudas.

—Pues ya no es necesario, aunque tendrás que decirle que mañana prepare dos cubiertos más en el comedor para la cena. —Volvió a subir escalones sin dejar de mirar a Kelly—. Creo que no os lo he dicho hasta ahora y lo siento. Bienvenidas a la casa Stoker.

Entró en el ático y enseguida el perro se metió entre sus piernas y casi lo hizo caer. Lo de Nilo era algo que también tenía que solucionar, no podía estar encerrado todo el día, sería también sugerencia de la arpía jefa.

Le acarició la cabeza.

—Además vamos a dar grandes paseos hasta que acabe las vacaciones —le dijo al perro sacudiéndole la parte de detrás de las orejas, la preferida de Nilo—. Ya verás el plan.

Miró el móvil, alguien había escrito mucho, supuso que sería Blake, el resto estaba conduciendo, él era el único que iba de copiloto.

No se equivocaba, había resumido, demasiado escueto, lo que había pasado con Mía. Le extrañó no ver ningún mensaje previo de Hércules, o bien este había llamado a sus amigos cercanos o había otra opción paralela que era mejor no imaginar.

El último mensaje era de Wilde.

«Stoker, cuando no te gusta una chica y solo quieres ayudarla eres tremendamente admirable».

Negó con la cabeza.

«Esta vez no ha sido mérito mío. Sin Blake no la habría encontrado».

«Es que un abogado cabrón en el equipo siempre es una ventaja». Rio al leerlo.

«Siempre. Ahora mismo acabo de amenazar a la madrastra con él», respondió y Wilde le puso risas.

«Haces bien, las madrastras son su especialidad», dijo su amigo. «Dicen por ahí que la chica es más dulce que los bastones de caramelo navideños».

¿Sí ¿Dónde lo dicen? Porque por aquí no han dicho nada.

«Me ha llamado Byron hace un momento». Pero ya no había quién lo arreglase.

Tienen otro grupo.

Y allí habría ido a parar su foto arrodillado y calzando a Mía.

«Es una pena lo que están haciendo con ella», escribió él.

«Pero ahí está el príncipe Stoker, dispuesto a combatir dragones, brujas y lo que se le ponga por delante».

«No todo, Wilde». Allí no parecía haber nadie más. El resto aún no habría llegado a casa. Y Marlowe estaría lejos de la antena que le daba cobertura. «Yo solo puedo llevarla hasta el muro».

«El muro, eso me suena», respondió Wilde. «Pero si la acompañas, ni el muro le parecerá tan alto ni tan difícil lo que viene después».

«Es tan…». Envió el mensaje sin terminar.

«Guapa».

Wilde es terrible.

«Aparte. Si vieras cómo la hemos encontrado hoy. Nos ha roto a todos. Puedes imaginar a Byron».

Wilde volvía a escribir.

«Recuerda que esa chica sacó su bici de debajo de tu moto con unas cuantas herramientas. Dale herramientas y siéntate a ver qué más construye. Lo mismo te sorprende de nuevo».

Sonrió al leerlo. Wilde confirmaba lo que llevaba pensando toda la noche.

Los Misters eran tremendamente necesarios.

45

La limpieza que le habían hecho Kelly y sus hermanas había sido bien exhaustiva. Por suerte solo habían cogido lo que estaba a la vista, y no habían rebuscado mucho. La caja con un único zapato estaba envuelta, tal y como la había dejado en el fondo del altillo.

Se colgó la mochila y bajó hasta el jardín. Y en el camino que llevaba a la puerta automática había un coche con el techo tan bajo que parecía que acababa de salir de una plancha industrial. Nunca lo había visto allí, así que supuso que estaba bajo la casa con más coches que sabía que tenían los Stoker. Lo habrían usado poco, el rojo brillante no tenía ni una mota de polvo, ni signos de lluvia y, aunque no podía ver mucho a media luz, seguramente ni un arañazo en el brillante y llamativo rojo de la carrocería.

Él ya estaba dentro, dos huecos mínimos, uno para cada asiento, frente a tantos mandos y botones como el avión. La puerta se abrió sola.

—Buenos días. —Se descolgó la mochila notando el calor del interior del coche en medio de la neblina con la que estaba a punto de amanecer.

—¿Buenos? —Él alzó la mirada hacia el cielo—. Yo creo que no.

Hasta ella tuvo que inclinarse para entrar dentro, pero una vez sentada, pudo notar que el espacio era mucho mayor de lo que pensaba.

El coche comenzó a emitir un sonido.

—Cinturón. Nos vamos. —Lo vio darle a algo y el sonido cambió a otro diferente.

—Despegamos, dirás. —Miedo le daba el sonido de aquel motor.

Oyó la risa de Stoker mientras tiraba del cinturón buscando con la mirada la ranura para abrocharlo. La metió en donde creía que iba, la mano de Stoker llegó hasta la suya, dirigiendo el enganche hasta que oyó un clic. El sonido agudo del coche se detuvo.

Se dejó caer en el asiento y dirigió la mirada hacia el salpicadero y la cantidad de pantallas, agujas y marcadores. Hasta el cristal tenía números luminosos.

—¿No te lías entre esto y el avión? —Ladeó la cabeza mientras el coche se movía para salir.

Giraron después de atravesar la puerta y su espalda se pegó al asiento con la inercia del acelerón que dio Stoker. Tuvo que agarrarse al salpicadero.

—Yo creo que sí. —Echó el aire de golpe, por suerte coger velocidad había sido solo cuestión de segundos—. Los confundes.

Lo miró de reojo al oír aquel sonido nasal que acompañaba a las carcajadas sordas de Stoker.

—Hay quien no soportamos esa sensación, ¿lo sabes? —añadió ella dándose una palmada en el pecho.

—Cuando aprendas a conducir, serás de esas personas que arman colas en la carretera, al que todos pitan —respondió él.

Ella frunció el ceño, Stoker se inclinó y la miró, el cuerpo de Mía se tensó de inmediato y le empujó el hombro para que mirase hacia delante.

—¿Conduzco mal? —Y no había ironía. Acababa de tocar su ego, quizás en su punto más alto.

—No sé si mal, pero si no me da un infarto, acabaré con un latigazo cervical.

Lo miró de reojo, Stoker había alzado las cejas. Era el punto más alto de su ego, no había dudas.

—El día que subas a un coche con Brandon Wilde vas a saber lo que es un latigazo cervical.

Aminoró la marcha antes de entrar en la carretera principal que los llevaba a la ciudad. En cuanto lo vio mirar si llegaban coches, Mía se agarró a la puerta del coche, sabiendo lo que

tocaba de nuevo.

Apretó la mano en el agarre mientras su cuerpo se pegaba al sillón. Echó el aire cuando pasó.

—Exagerada. —Lo oyó protestar.

En aquella carretera larga podía ver claramente el inicio del día en un mínimo borde del horizonte. Cuando amanecía ella ya solía estar por las calles de Londres, habían salido más tarde y, teniendo en cuenta las velocidades de Stoker, podrían haberlo hecho mucho más. Llegarían temprano.

—No hay prisa —le dijo sin perder de vista el horizonte cada vez más iluminado.

—No la tengo. —Notó que la miró un instante de reojo—. Hoy van a mudar tus cosas a otro dormitorio.

—El mío me gusta.

—El otro es mejor. —Sonó a réplica.

Lo miró de reojo.

—¿Por qué? —No necesitaba otro dormitorio.

—Porque está en la otra parte de la casa. —No sonó muy convincente teniendo en cuenta quiénes vivían en la otra parte de la casa.

—¿Y eso es mejor? —lo dijo con ironía y lo vio contener la sonrisa.

—Tu vecino más cercano seré yo, por supuesto que es mucho mejor. —Stoker alzó la barbilla y la miró un instante bajando los ojos. Luego miró a la carretera de nuevo—. Estarás en una entreplanta que hay entre el piso donde duermen tus hermanas y el ático. ¿No has visto una cristalera curva que hay justo debajo de mi ventanal?

Siempre pensó que aquella curva era parte del ático de Stoker.

—Sí.

—Ese fue mi dormitorio hasta los dieciséis años —continuó él.

Mía contuvo la sonrisa.

—Te agradezco el detalle, pero no era necesario. —Desvió la mirada hacia el cristal. Todo el cielo se aclaraba, la niebla se abría levemente y caían las primeras gotas de lluvia.

—Claro que era necesario. Era absolutamente necesario —respondió Brian—. No pueden echarte a un lado así.

—Ya te lo he dicho. No son mi familia. Eso no lo arregla un cambio de dormitorio.

—No, pero al menos en mi casa no van a apartarte como si fueras un estorbo.

Contuvo la sonrisa al oírlo y giró la cabeza hacia él.

—Gracias. —No sabía por qué hacía eso. Aquella percepción egoísta y soberbia que tenía de Brian Stoker era pura fantasía, como todo lo demás que lo envolvía en su cabeza—. De todos modos, intentaré que sea el menor tiempo posible.

—Y estoy seguro de que vas a conseguirlo. —Lo oyó decir y ella tuvo que contener la sonrisa.

Con el cielo amanecido y sin sentir la humedad y la lluvia, en el interior acogedor y reducido de aquel coche de techo aplastado, era capaz de ver más positivas las circunstancias.

—Una compañera de piso de Jimena va a dejar un hueco libre en unas semanas. Hablé anoche con ella.

Y lo vio removerse en el asiento mientras se unían al tráfico de la ciudad, con carreteras más estrechas, semáforos y coches a ambos sentidos.

—¿Y te gusta la opción?

—Sí.

Cualquier opción le gustaría, y también ninguna. Todas las opciones tenían un defecto, uno

que tendría que ir digiriendo los días previos y posteriores. En ninguna estaría Stoker. No lo vería más.

—Entonces espero que al menos las últimas semanas que pases en la casa Stoker sean de tu agrado —sonrió al decirlo y la miró un instante.

Hasta el infierno sería agradable con aquel ser cerca. Cuanto más lo conocía, menor importancia tomaba el infierno. Y Kelly, y Brit, y también Ivy.

Ya podía ver las luces de las letras del centro comercial. Llegaban.

46

Se había sentado en un rincón, y la cafetería se llenó enseguida de gente. Era una suerte que su desayuno lo tuviese ya en la mesa, de otra manera hubiese tardado demasiado. Aunque no tenía prisa.

Mía no era la única camarera, había dos chicas y dos chicos más. Así que no todas las veces tuvo la misma suerte al ser atendido.

En la mesa de al lado había dos chicos, llevaban sudaderas iguales y con un nombre que le sonaba a cadena de tiendas de deporte. Desde que se habían sentado habían llamado a Mía dos veces, pero ella estaba ocupada. Así que fue otra camarera la que los atendió.

Los Misters no habían escrito ni una letra a pesar de todo lo de la noche anterior. Y eso confirmaba sus sospechas de que había otro grupo. Y no era justo, aunque él fuera el primer organizador de grupos alternativos.

A Marlowe era fácil sacarle las palabras cuando quería.

«Me han llamado de la tienda de trajes. Que ya ha llegado el muestrario de pajaritas. ¿Las compro rosas entonces?».

Contuvo la sonrisa y dejó el móvil en la mesa. Oyó la risa en la mesa de al lado, la de los dos chicos. Al mirarlos vio el enorme lazo negro de Mía Austen, la parte trasera del jersey y el comienzo en la curva de sus *leggins*, a una altura traicionera teniendo en cuenta que él estaba sentado.

—He tenido el fin de semana un poco complicado. —La oyó decir—. ¿Te traigo otra cosa?

—No, está bien. No te voy a hacer dar más vueltas —respondió el chico.

—¿Y el próximo sábado? ¿También lo tienes complicado?

¿Otro?

Se inclinó hacia delante para que el culo de Mía no le tapase a los chicos.

No eran tan jóvenes como Eugene, quizás veinticuatro o veinticinco.

Aficionados también.

—No, pero se van complicando a medida que avanza la semana. —La oyó responder y los chicos rieron.

—Pues planéalo ya y así no hay forma de que se complique —añadió uno de ellos.

—Suki estuvo aquí este sábado, ¿sabes que se presentan a un concurso?

La risa de Mía era lo mejor que podía escuchar por la mañana. Supuso que para otros también.

—Y no te puedes imaginar lo bien que lo hacen.

—¿Sí? Quiero oírlas.

—Creo que pronto hacen la primera actuación, una especie de ensayo para ver cómo funcionan con público.

Vio que uno de los chicos se llevó la mano a la sien riendo.

—Menudas locas. —Su risa aumentó.

—¿Te vienes entonces? —El otro chico hasta alargó la mano para alcanzar la muñeca de Mía.

—Cuando avance la semana os digo a través de Suki. —Mía se alejó de la mesa.

—Esta semana trabajamos por la mañana, nos verás todos los días —sonrió el otro joven.

Todos los días, claro.

Otra mesa llamó a la joven y esta enseguida se retiró. Stoker removió su taza de leche, ya medio vacía.

—Un pelo en la leche, ya no vengo más por aquí —dijo y los chicos lo miraron enseguida.

—¿Sí? Llevo desayunando aquí unos meses y nunca me había pasado —le respondió uno de ellos.

Stoker inclinó la taza para que mirasen.

—¿Ves un pelo rubio ahí? —Uno de ellos entornó los ojos—. ¿Lo ves? Encima largo.

—No se ve desde aquí, pero solo hay una chica rubia. —El chico se alzó en el asiento y lo vio levantar la mano para llamar a la única camarera de pelo rubio dorado que había allí.

—No, déjalo. ¿No hay otro sitio por aquí?

—Sí, pero no son tan agradables.

—¿Aquí son agradables? —les preguntó alzando las cejas.

Uno de los jóvenes lo miró con el ceño fruncido y luego dirigió su mirada hacia la taza de Stoker y después a la suya.

—No sé quién te habrá atendido, pero Mía es muy simpática. —Removió con la cuchara sin dejar de mirar la taza.

—Le habrá atendido Conchita, que desde que la ha dejado el novio no está muy centrada en el trabajo —dijo uno de ellos y su compañero asintió.

—Pero que te atiendan bien no puede depender de que les vaya bien con el novio o no —negó con la cabeza volviendo a mirar la taza—. Entonces esta chica del lazo es muy simpática, ¿hasta que la deje el novio?

Los dos sonrieron.

—Mía no tiene novio.

—Sí, sí que tiene. —Ni siquiera los miró, seguía removiendo la leche—. Y encima pelos en el desayuno. —Stoker negó con la cabeza y volvió a inclinar la taza para enseñársela a los chicos, que por mucho que entornasen los ojos no veían absolutamente nada.

—¿Le pasa algo a su leche, señor? —Una voz hizo que enseguida pusiera la taza en la mesa.

Levantó la cabeza, era uno de los camareros.

—No, nada —respondió enseguida.

Uno de los chicos se inclinó hacia el pasillo.

—El señor dice que se ha encontrado un pelo rubio en la leche —dijo uno y Stoker desvió la mirada hacia la pared.

—¿Cómo? —El hombre enseguida se inclinó hacia la taza.

Ya la estoy liando. Si es que los Misters tienen razón.

—No se ve, ¿era rubio? —El hombre había apoyado las manos en la mesa.

—No tiene importancia, sería mío, seguramente.

—Has dicho antes que era largo. —El otro joven también se había inclinado en el pasillo.

El hombre se irguió y movió la cabeza buscando.

—¡Mía!

Madre mía.

Hércules le iba a dar palos hasta el día de su cumpleaños como se enterase.

Mía llegó hasta ellos. Era normal, completamente normal que aquellos dos jóvenes prefirieran desayunar allí antes que en otra parte si comenzaban el día con un instante de esa sonrisa. Él también lo haría.

—¿Tú has traído la leche a este señor?

—Sí.

—No. —Sonó completamente a la vez y el hombre enseguida lo miró a él.

—Pues discúlpate y traerle otra taza. Había un pelo rubio dentro. —Lo vio dar un paso hacia

él—. Y ponte la redecilla, que no se vuelva a repetir.

El hombre se fue y pudo notar hasta el rubor en las mejillas de Mía, un rubor que no le era del todo desconocido en otras situaciones. Y que a ella solo hacía que realzarle toda la belleza que desprendía su cara.

Desayunaría allí cada día sin pensarlo. Aunque visto el resultado, mejor que no apareciese más por la cafetería.

—Lo siento. —Ella miró dentro de la taza y Stoker se la quitó enseguida.

—Más lo siento yo. —Se giró en el asiento para mirar al camarero—. ¿Es tu jefe?

—Sí —Mía resopló—. Te traigo otro.

—No tiene importancia, déjalo. —Ya no sabía cómo arreglarlo.

Solo esperaba que él no le dijese nada más. Apoyó el codo en la mesa y negó con la cabeza mientras la dejaba caer en la mano.

—Mía, ¿tienes novio? —Oyó decir a uno de los de al lado.

Apretó la frente con la mano y se la llevó a los ojos.

Madre mía, qué desastre.

—No —respondió como si fuese evidente y con algo de desconcierto por la pregunta.

Los jóvenes enseguida lo miraron a él. Y su gesto hizo que Mía también lo mirase, con el ceño fruncido. Le recordó a la expresión de su madre cuando él metía la pata hasta el fondo siendo niño.

—¿Que no? —respondió y la expresión de desconcierto de Mía aumentó—. ¿Y Eugene?

La joven se inclinó hacia delante.

—¿Eugene?

—¿Eugene? —dijeron los chicos casi al unísono y empezaron a reír.

El novato parezco yo. Mejor que me vaya.

Se puso en pie enseguida.

De esto ni palabra a los Misters, que me acribillan.

—Pensaba que sí —añadió y cogió su bandeja, Mía enseguida se la quitó—. Me voy.

La chica lo miró de reojo y en su ojos obtuvo la respuesta.

Irme. Lo mejor que hago, sí.

—Te veo luego —dijo ella en medio de una especie de suspiro y alejándose de la mesa.

Los dos jóvenes lo miraban desconcertados.

—Es mi hermanastra —se apresuró a decirles.

Estoy perdiendo facultades a un ritmo espantoso.

Ambos se miraron y volvieron a mirarlo a él.

—Pues encantados, somos amigos de Suki.

Stoker asintió como si conociese a Suki, aunque de alguna forma sí la conocía.

Miró un instante a donde estaba Mía y la vio cruzar el salón de punta a punta para preguntarle algo al otro camarero.

Solo esperaba no haberle entorpecido mucho el trabajo. Negó con la cabeza a su propia estupidez.

Dio media vuelta, se dirigió hacia la salida.

47

Suki miró la hora. Los lunes nadie solía ir a última hora, no era como los viernes o sábados.

—He visto a Eugene pasar hace un rato —le dijo la chica—. Puedes irte ya si quieres.

—No importa. —Estaba en su horario de trabajo aún.

Jimena salió del almacén. Había estado escuchando la máquina de coser toda la tarde. Estaría haciendo ya la ropa de la actuación. Apoyó los antebrazos en la mesa de cristal de la caja, como solía hacer, dejando caer todo su cuerpo.

—Recuerdo que no hace mucho te veía muy contenta cuando ese chico venía a buscarte —sonrió. Jimena cambiaba mucho cuando no llevaba aquellas dobles líneas pintadas en sus ojos y sin peluca. Pero ahora que estaba acostumbrada a verla, le parecía preciosa de las dos maneras.

De todas las amigas de Suki, era la que, vestida y maquillada, más se parecía a una muñeca de anime de verdad. Quizás la forma de su nariz pequeña, la curva puntiaguda de su barbilla, y un cuerpo con un busto considerable tenían algo que ver.

Jimena ladeó la cabeza buscando su cara.

—Y que no te importaba salir antes —añadió y amplió su sonrisa—. Pero claro, antes no existía Mr Stoker.

Dio un respingo al escucharla.

—No tiene nada que ver —respondió. Suki atendió enseguida a su conversación.

—¿No? —Jimena seguía buscando su cara.

Mía negó con la cabeza.

—No. —Fue la propia Jimena la que respondió mientras Mía bajaba la barbilla hacia el gato Maneki-Neko, el que Stoker no dejaba de empujar con el dedo para que el brazo se balancease más rápido.

Cogió aire despacio.

—No. —Fue Suki la que respondió ahora—. ¿Qué tiene que ver Stoker? Ese tío solo es guapo a reventar, está que te cagas, es listo, pilota aviones, conduce motos y encima parece que se preocupa por ella. —Suki se inclinó para mirarle la cara también—. Y encima vive en una mansión y tiene pasta para cinco vidas. Qué tonterías dices, Jimena, ¿cómo va a enamorarse de un tío así? Todos los días te encuentras a un montón de esos.

Jimena bajó la cabeza para reír, luego su atención volvió a estar en Mía.

—No le debes muchas explicaciones a Eugene, solo era un amigo. —Jimena le metió un mechón de pelo tras la oreja—. Sé escueta, directa y clara al dejarle claro que no es posible.

Suki sonrió.

—No es posible, tu competencia es de nivel Dios —dijo Suki y Mía negó con la cabeza riendo.

—No es exactamente así. —Le dio con el hombro a Suki.

—¿No es nivel Dios? —Suki alzó las cejas.

—Que sea ninguna competencia. —Bajó la mirada de nuevo hacia el gato y empujó con el dedo su brazo.

—¿Por qué? —preguntó Jimena.

Mía rodeaba la mesa para colocarse frente al gato.

—Precisamente porque es nivel Dios. —Volvió a darle con el dedo—. Será una competencia en otro lugar, con otro tipo de mujer. No conmigo.

Jimena se inclinó hasta que su cara estuvo al lado del gato Maneki, se pegó tanto a él que

tuvo que reír.

—¿Tú no eres nivel Dios? —Suki había arrastrado una figura similar a la de la muñeca que se llevó Stoker y la puso en el centro de la mesa.

—Eres la mujer que más se parece a ella que hayamos visto en nuestra vida, y eso que hemos visto a chicas vestidas de ella —dijo Suki girando la muñeca y colocándola de cara a Mía—. Y según los fans anime, está entre las diez más guapas.

Mía contuvo la sonrisa.

—Esto es el mundo real. —Miró la muñeca—. Y yo no me parezco a ella.

Volvió a darle con el dedo al brazo del gato.

—Y tengo veinte años —añadió.

—Casi veintiuno —replicó Suki.

—¿Y él tiene…? —preguntó Jimena.

—Cumple treinta en unos días.

Suki volvió a arrastrar la muñeca.

—¿Te la envuelvo? —dijo y Jimena rio.

Mía rio también mientras negaba con la cabeza.

—Ya tiene una —respondió y las dos chicas rieron a carcajadas.

Miró al gato de nuevo.

—Envuélvemelo a él.

Las risas se cortaron de repente y hasta Suki frunció el ceño.

—¿El Maneki?

Mía asintió con la cabeza, volvía a empujarle el brazo.

—¿Por qué un Maneki? —Jimena rodeó la mesa para verlo de frente.

—Porque le gusta el mecanismo. —Volvió a empujarlo.

Las dos chicas la miraron, Suki hasta había entornado los ojos.

—Competencia nivel Dios —dijo quitándole la etiqueta al Maneki y Jimena asintió con la cabeza—. Vete ya y díselo a Eugene.

Mía apretó los labios y se retiró de la mesa.

—Vete ya, anda —añadió Suki.

Jimena se agachó y abrió los portones bajo la mesa.

—Suki, ¿le ponemos el papel leñero ese de Sailor Moon? El de las estrellas.

Suki se agachó junto a Jimena, se las oyó trastear y discutir cuál era el papel mejor para un piloto, al que le gustaban también las motos y una muñeca con un lazo negro.

Rio mientras entraba en el almacén para coger su bolso. Tenían la mesa interior repleta de retales de tela a medio coser.

Se colgó la mochila y salió fuera. Ya tenían varios rollos de papel sobre la mesa y seguían discutiendo.

—Mía, ¿a que este es mejor? —Suki alzó uno celeste con unos Maneki dorados por todo el pliego.

—Con ese ya se va a imaginar lo que es —replicó Jimena.

—Con cualquier papel se va a imaginar lo que es, no tiene caja y el paquete va a tener forma de gato Maneki con un brazo alzado. ¿Cuál es el regalo? Pues un gato Maneki con un brazo alzado.

—Anda ya.

Mía se despidió de ellas sin dejar de reír.

Salió con el móvil en la mano para llamar a Eugene, pero no hizo falta. El chico estaba a

unos metros de la puerta, justo en la entrada de una salida de emergencia, apoyado en la pared.

—No te esperaba tan pronto —le dijo él sonriendo—. Pero mejor. ¿Dónde vamos?

En cuanto sintió su mano en la espalda se tensó de inmediato. Incomodidad suprema, incluso rechazo y ganas de que la retirase. La antítesis de cuando lo hacía Stoker.

¿Lo quieres más claro, Mía?

Por mucho que les dijese que no a todos, hasta a sí misma, no había más forma de engañarse. ¿Que sentía que hasta para eso había tenido mala suerte? Pues posiblemente. Hubiese sido más fácil que todo lo que le pasaba con Stoker le ocurriese con Eugene en vez de con él.

Pero era imposible.

Imposible.

48

No fueron muchos toques de llamada, Stoker no tardó demasiado en cogerle. Se escuchaba música de fondo, un hilo instrumental, como si estuviese en alguna tienda o centro comercial.

—¿Tan pronto has acabado? —Por el tono sabía que lo estaba diciendo sonriendo—. Es una sorpresa que seas más rápida que un Diamond.

Ella bajó la cabeza para reír. Había sido rápida, escueta y directa, como le había dicho Jimena. Eso sin contar con que ella también tenía ganas de que acabase rápido. Ahora mientras escuchaba su voz podía entender por qué.

—Se ha ido pronto —le dijo.

Y era verdad, en cuanto soltó todo lo que tenía que soltar, Eugene se marchó. Y lo hizo con cierto bochorno que le recordó a ella misma. En su cabeza Eugene era una representación de ella misma frente a Stoker.

Lo oyó reír.

—¿Dónde estás? —preguntó él.

—Cerca del campus. —Justamente en la parada de un autobús que la llevaba a la zona de la biblioteca.

—Envíame la ubicación, no estoy lejos, aunque tardo unos minutos.

—No hace falta, voy a ir a recoger la bici, ya no llueve.

—Tu bici ya está en mi casa. —Lo oyó decir.

No me lo puedo creer.

Los Stoker no iban a ganar para cadenas nuevas si cada vez que la recogían de alguna parte tenían que romperla.

—Entonces estoy jodida —respondió ella y volvió a oírlo reír.

Y aún se estaba preguntando por qué lo había llamado, cuando realmente no tenía nada que decirle, solo escucharlo. Pero aunque su mente le repetía un «no lo llames» mientras pasaba el dedo por la pantalla, cuando fue consciente el teléfono ya estaba marcando. A partir de ahí ya no importaba lo demás.

Pero reconocer ante Eugene que estaba enamorada de otro le había dejado el cuerpo en una especie de burbuja ligera que no ubicaba en ninguno de los dos mundos, ni en el real ni en el imaginario. Decirlo había sido como arrastrar a Brian Stoker con ella a su vida cotidiana.

—Envíame la ubicación —le repitió.

Y le estaba encantando.

Echó el aire de golpe y se dio cuenta de que él lo habría notado.

—¿Esta también se la lleva? —Frunció el ceño al escuchar una voz femenina.

—Póngalo con el traje. No, ese no, este —respondía Stoker, se habría quitado el teléfono del oído.

Le envió la ubicación en un mensaje. Hasta pudo oír cómo pitaba el móvil de Stoker a través de la llamada.

—¿Y aquella de allí? —volvió a preguntar la joven.

—No, esa no. Es como querer ponerle una pajarita a un gorila salvaje.

La risa de la chica llegó hasta el teléfono.

—Un segundo, Mía. —Se escuchó la voz más fuerte.

—Este va sin nada.

—Sí, el grande sin nada. —Su voz se alejó de nuevo—. La naranja para este, y la roja para

ese de allí.

Se oía de nuevo a la chica.

—Ese da igual, pónsela gris mismo, pero el oscuro, así va a juego con el piano.

Rio al escucharlo.

—No, verde no, ¿no tienes un color más claro?

—Estos de aquí.

—Pufff. —Oyó un ruido en el teléfono—. Dime un color.

—¿Un color para qué? —Intentó que no notara que estaba riendo.

—Si tuvieses que elegir un traje. Un vestido, ¿de qué color sería?

—No sé… —Frunció el ceño—. Me gusta el azul claro.

—Azul claro.

—Sí, pero el azul de los bebés no. Uno que se parezca al gris.

—¿Como el color de tus ojos?

Exacto.

Contuvo la sonrisa.

—Esta de aquí —volvía a hablarle a la chica—. Vendremos unos días antes para los arreglos, por si las medidas no están bien.

—Sí, tengo aquí la cita a nombre de Mr Byron.

—Esa es.

—Pues nos vemos ese día. Muchas gracias, Mr Stoker.

Oyó otra voz que se despedía de él y luego los pasos que lo estarían llevando a la salida.

—Soy el encargado de la ropa de los Misters para la boda de Hércules. No es tarea fácil, ¿sabes? Cuando conozcas a Marlowe lo entenderás.

Mía volvió a reír.

—Yo tenía otra idea, pero me la han cambiado varias veces —resopló—. A ver si lo consigo para la próxima.

Frunció el ceño.

—¿Quién es el próximo?

—Blake, si Wilde no da una sorpresa. Pero aún queda lo suficiente como para olvidarnos de esta. —Él mismo rio—. No sabes el lío que está siendo.

Ahora se oía el claxon del coche.

—¿La estáis preparando entre todos? —Le resultaba extraño, pero solo tenía que mirarlos para comprobar que lo de ellos era un paso más. Había conocido a hermanos más distantes que lo que tuvo delante durante la cena de la otra noche.

—Sí, y parte de la familia de Michelle. ¿Sabes que tiene un tío mago?

Eso sí que no lo esperaba.

—Prepárate para un auténtico espectáculo —añadió Stoker.

Su sonrisa se perdió de inmediato.

—No…

—No vas a ir, ya —lo dijo como si lo acabase de recordar—. Ahora los conoces, qué excusas tienes.

Y no le disgustaban. De hecho, a pesar de no haberlos visto nunca, se encontró de lo más cómoda con ellos, infinitamente más de lo que se encontró nunca con Kelly, Ivy y Brit.

Claro que le gustaría ir. Puestas a burbujas, ¿por qué no?

—¿No tienes vestido?

—Sí. —Precisamente azul grisáceo. Uno de vuelo hasta la rodilla con el corpiño con algo de

brillo. Un bonito recuerdo de su padre.

—¿Zapatos?

Ufff.

—Sí. —Ya se buscaría la vida con ellos.

—¿Problema?

El coche plano de Stoker se detuvo en la acera frente a la parada del bus.

Tú, y yo cuando floto contigo.

Y un evento de aquella envergadura, con escultores, músicos, magos, nivel de cuento magnánimo, y con Stoker en su más puro ambiente, iba a acabar con su cordura. Eso sin contar con si él iba con compañía, que no le había preguntado ni pensaba preguntarlo.

Me quedo en casa leyendo a Irina Yadav.

Que a veces solía meter en sus novelas aquel tipo de fantasías perfectas. Y en ellas también había magos y músicos…

Huye.

Estaba a punto de echar a perder su vida sentimental para siempre. Después de aquello todo sería Eugene tras Eugene. Se tensaba tan solo de pensarlo.

La puerta se abrió.

—Gracias.

—No ha sido ninguna molestia, ya te he dicho que estaba cerca.

—Aun así, gracias. —Esa vez no necesitó ayuda para abrocharse.

—El príncipe rechazado ha huido —dijo él haciendo una mueca. Luego se inclinó hacia ella —. ¿Te dijo algo más tu jefe?

Mía negó con la cabeza.

—Es el padre de Suki, y un buen hombre. —Frunció el entrecejo—. ¿De verdad había un pelo mío en la leche?

—Sí, claro.

—Es la primera vez que me ha pasado en todo el tiempo que llevo allí.

Y había tenido que ser precisamente en la taza de Stoker.

—Pues ha sido una suerte. Imagina si es a otro cliente. —Le revolvió el pelo bajo el lazo. Luego empezó a reír.

—Podrías haber disimulado.

—Lo siento, tampoco sabía que aquellos chicos se lo iban a decir al dueño.

—¿Cómo no se lo iban a decir? Son amigos de su hija, no son extraños.

Vio que Stoker encogió la nariz levemente.

—¿Y por qué les dijiste que mi novio es Eugene?

Stoker dio un manotazo en el aire y puso el coche en marcha.

—Da igual —dijo, su forma de acelerar en la ciudad era mucho más soportable.

Se detuvieron en el primer semáforo. Y Stoker cruzó el brazo por delante de ella, como si fuese a salir disparada de un momento a otro.

—Le he dicho a Cathelyn que prepare dos cubiertos más en el salón esta noche.

Y era como salir disparada.

—No.

—Sí.

—¿Por qué?

El semáforo dio luz verde y continuaron.

—Porque te vendrá bien.

Está desvariando.

—Después de… creo que no. —Se giró hacia la ventanilla. Lo último que deseaba era cruzarse con Kelly, menos aún sentarse con ella en la misma mesa.

Además, Kelly le había dejado claro que no la quería por allí, se lo tomaría como otro reto por su parte, que osara a cenar en familia con ellos, cuando un papel simbólico en aquella familia era lo último que Kelly quería para ella.

—Yo voy a estar también —dijo Stoker y lo miró de reojo.

—Tu temple es peor que el mío, no vas a ser de ninguna ayuda —le respondió y lo vio bajar la barbilla para reír.

Y qué hago yo contra esa risa.

—No me conoces. —La miró un instante.

Sí, sí te voy conociendo ya.

—¿Y para qué quieres un simulacro de cena familiar repleto de hipocresía y falsedad?

—Te lo diré esta noche, después de la cena. Creo que tenemos que acabar algo en la biblioteca.

Resopló.

Se llevó la mano a la sien.

El puñetero proyecto.

49

Estar en una entreplanta bajo el ático significaba compartir escalera con Stoker, lo cual era tremendamente placentero cuando su compañía no se acababa en el jardín, sino que continuaba hasta la propia puerta.

Su nueva habitación tenía un ventanal curvo por todo el largo de la estancia. Tenía un baño tres veces más grande que el otro. Y un vestidor cuya escueta ropa no ocupaba ni la quinta parte.

Tenía una mesa de trabajo y un sillón de lectura en el que podía tumbarse al completo. Y hasta disponía de televisión y algo de tecnología.

También la cama era mucho más grande, quizás de metro y medio de ancho.

Desconocía cómo sería el ático, pero si era más grande que aquello, Stoker tendría un paraíso en la última planta.

Mary lo había flipado con el vídeo. La escuchaba a través de los auriculares mientras se aupaba para comprobar que la caja de zapatos envuelta con un jersey estaba en el altillo, tal y como la tenía colocada ella en el armario pequeño.

—Está ahí, tía —le dijo a su amiga.

—¿Vas a ir a esa boda?

—Ya te he dicho que no.

—Eres idiota, de verdad. ¿Por qué no?

Ya se estaba arrepintiendo de haberle contado lo mismo, palabra por palabra, que le había dicho a Eugene.

—Porque no pinto allí nada. Paso de sentirme…

—Sentirte qué. —No le gustó el tono de su amiga—. ¿Temes que en el mundo real Stoker pase de ti? Allí no le temes a Kelly, ya estás acostumbrada a que te trate como un estorbo, en una fiesta eso pierde importancia porque puedes perderla de vista. Le tienes miedo a él.

Apretó los labios uno contra otro y hasta los mordió por dentro.

—Sería horrible, ¿verdad? Y más delante de tu madrastra y de esas dos. Te lo arrojarían en cuanto pudiesen —Mary rio—. ¿Y sabes qué? Que eso que piensas es solo una posibilidad entre muchas otras posibilidades.

Se llenó de aire y lo echó de golpe.

—¿Qué otra posibilidad hay?

—Que se presente con una tía y te jodas mucho.

Se llevó la mano a la frente.

—Terrible, ¿verdad? —continuó Mary—. ¿Lo visualizas?

Frunció el ceño.

—¿Por qué me dices esas cosas? —Se sentó en la cama.

—Porque tienes la capacidad de sentir reales todas las posibilidades de lo malo y lo peor que pueda pasarte. Y, sin embargo, eres incapaz de hacerlo igual con lo bueno. ¿Por qué no imaginas que en esa fiesta Stoker se pone de rodillas y te dice que está perdidamente enamorado?

—Porque eso no es la realidad.

—¿Y lo otro sí? Mía, cariño, no puedes estar viendo y reviviendo continuamente todo lo malo que aún no ha pasado y que quizás nunca pase. Porque será como si continuamente te estén ocurriendo cosas malas. Y eso no te dejará disfrutar de lo bueno. Y créeme que aunque esto no vaya a ninguna parte, no lo vas a olvidar en la vida. Disfrútalo todo lo que puedas.

—¿Qué demonios quieres que disfrute? ¿De mis fantasías con él?

—De ti —respondió Mary y ella frunció el entrecejo—. De ti cuando estás cerca de él. No te

creas que eso suele pasar mucho. ¿No te gustaba soñar con las novelas de Irina? Pues ahí tienes la tuya. La de Mía Austen. Luego podrás releerla tantas veces como quieras.

Su mirada se perdió a través de las gotas que estaban pegadas en el cristal. Hasta las cortinas de aquel dormitorio indicaban que no estaba en el ala del servicio. Y las vistas desde allí eran mucho mejores, podía ver parte del camino que llevaba a Londres, con sus subidas y bajadas. Un bosque lleno de bruma que a esas horas aún debería estar cruzando, si no hubiese sido por Stoker.

Y, sin embargo, ya estaba duchada y vestida para bajar a cenar.

—Mary, tengo que irme.

—¿Me llamas luego?

—Lo intentaré, pero hoy me caigo de sueño. Ayer dormí bien poco. —Volvió a echar el aire.

—Mañana hablamos. Suerte. —Oyó un beso sonoro. Se lo devolvió.

Se puso en pie dejando el móvil en la cama, y se quitó los auriculares.

De mí.

Oyó un sonido tras la puerta y se acercó a ella. Tuvo que inclinarse, el sonido procedía de debajo de la puerta, aquella fina línea entre la madera del suelo. Era como una respiración profunda y seguida.

Es Nilo.

Abrió la puerta y un perro enorme se abalanzó sobre ella.

—¡Nilo! —La voz de Stoker así de firme acojonaba.

Se giró rápido para poner la espalda en la pared y que el perro no la tirase al suelo. La voz de Stoker al parecer solo le afectó a su cuerpo, y nada al perro. Le alcanzó la oreja con su lengua rasposa, también parte del flequillo y cuando Stoker tiró del collar para apartarlo de ella, Nilo alargó la lengua como un camaleón y le alcanzó la boca. La boca por dentro.

Encogió toda la cara en una mueca.

Qué ascooooooo.

Echó a correr al baño ante la risa de Stoker. Mientras se lavaba con la pasta de dientes lo oía reñir al perro. Sin embargo, cuando salió Nilo miraba a su dueño moviendo el rabo.

—Creo que no le impones mucho.

—Normalmente sí. —Lo sujetó de nuevo al verle las intenciones de saltarle a ella—. ¿A Kelly no le gustan los perros?

—Que va, nada. Nunca he tenido perro por su culpa. —Alargó la mano hacia Nilo, vio que daba otro arreón hacia ella y él lo detuvo. Se acuclilló en el suelo para rascarle el pecho.

—Pues para no estar acostumbrada, no se nota. —Lo oyó decir.

—He tenido muchas amigas con perro, no tan grandes. —Se miró la mano repleta de pelo castaño rojizo—. Tiene sus pegas, supongo. Kelly es una maniática de la limpieza, no sé si sería por eso. —Volvió a acariciarlo.

Nilo se iba acercando cada vez más hacia ella, Stoker seguía sin fiarse de soltarle el collar.

Notó el peso del perro sobre ella, se dejaba caer, como si quisiera tumbarse sobre ella. La haría caer igual.

—Nilo, no seas plasta. —Lo oyó decir y rio.

—No es plasta, es simpático.

—¿Simpático? No sabes lo que dices.

Mía se puso en pie, comprobando que el algodón de sus *leggins* estaba lleno de pelo.

—¿Y por qué tú nunca llevas pelos de perro en la ropa? —preguntó mientras se sacudía.

La risa de Stoker aumentó.

—Tengo un rodillo quita pelusas junto a la puerta que va muy bien —respondió—. Le diré a Cathelyn que te traiga uno.

Otro tirón del perro hizo que Stoker tensara el brazo, lo tuvo que arrastrar para sacarlo del dormitorio.

—Y no le des confianza con dejarlo entrar o no podrás sacarlo de aquí —añadió aún inclinado y tirando de Nilo.

En cuanto vio que Mía cerraba la puerta, soltó el collar del perro, que bajó algunos escalones sin dejar de mirarlos. Cuando vio que ellos lo seguían, comenzó a bajar con más rapidez dejándolos atrás. Por el hueco de la escalera comprobó que el perro se dirigía directamente a la salida de la casa, al jardín.

Stoker comenzó a bajar más deprisa tras él.

—Nilo tiene que salir al jardín un momento, ¿vienes? —Lo vio saltar los últimos escalones.

—No pienso entrar ahí sola. —Mía lo imitó, pero en su caída notó que la planta de los pies se le endurecía, produciéndole cierto dolor. Un dolor momentáneo que se fue enseguida.

Demasiado rápido.

En coche, en moto, en avión o bajando las escaleras. Salió hasta el jardín, ya era de noche, pero había dejado de llover. Sin embargo, la hierba y las plantas desprendían cierto olor a humedad que intensificaba su aroma original.

Stoker se había adelantado más allá del techo donde estaban aparcados los coches. Una zona lateral menos decorada y arenosa donde suponía que Nilo hacía sus necesidades.

Siguió alejándose de la casa, nunca había estado en aquella parte, más allá de la puerta del servicio. La verja donde encerraban a Nilo cuando Stoker salía para que no lo siguiera estaba abierta.

Vio a Stoker con una pala.

—Los jardineros luego lo usan para el jardín —dijo pisando el pedal de una papelera de lata de tamaño medio. La tapa se levantó y Stoker giró la cabeza alzando la nariz. Mía tuvo que reír con su expresión hasta que echó el contenido de la pala dentro. Solo parecía tierra, pero podía deducir con qué estaba mezclado—. ¡Nilo, vamos!

Pero Nilo echó a correr hacia la otra parte del jardín.

—¿Cuántos años tiene? —dijo ella dirigiéndose hacia el otro lado, al del aparcamiento y el jardín decorado, por donde se había perdido el perro.

—Cuatro… y medio —respondió él soltando la puerta de la verja que hizo cierto chirrido hasta detenerse a media abertura—. Antes de él tuve otro, y antes otro.

—Qué suerte.

—Mis padres pensaron que sería una buena responsabilidad para mí hacerme cargo de una mascota. —Stoker se detuvo, se le había soltado uno de los cordones de la zapatilla, la izquierda.

Se inclinó en el suelo para atársela.

—Cada vez que uno muere me prometo que no tendré ni uno más, pero luego no tardo ni dos meses en traer a otro —negó con la cabeza poniéndose derecho.

—¿Por qué no ibas a tener otro? —Ya lo tenía en pie y junto a ella.

—Nunca has tenido perro, no tienes ni idea de lo que pasa cuando no están —respondió—. Pensarás que es una idiotez lo que estoy diciendo cuando he perdido a mi madre. Vale, no se puede comparar. Pero esto es algo que tú eliges pasar una y otra vez.

Mía lo miró de reojo.

—¿A cambio de qué? —preguntó ella y lo vio contener la sonrisa.

—De algo que me gusta. —Nilo regresaba hasta él, le pasó la mano por la cabeza—. Mucho.

—Entonces merece la pena. —Ella pasó la mano por el lomo del perro mientras los rebasaba.

Se detuvo al ver su bicicleta apoyada a un lado de la pared, bajo el techo y a un par de metros de la moto de Stoker. De la cesta sobresalían lo que desde allí parecían molinillos, entornó los ojos buscando darle forma en la oscuridad.

Y a medida que iba dando pasos hacia ella, los molinillos fueron tomando forma, la de unas margaritas gigantes de centro oscuro y pétalos similares a las llamas.

Girasoles.

Llegó hasta la cesta, habría una docena. Le llamó la atención el grosor de los tallos, y al coger uno comprobó que no era nada desproporcionado, contando con el peso de la planta.

—Los jardineros han pasado por aquí hoy. —Oyó decir a Stoker a su espalda.

Ella contuvo la sonrisa.

—No hay girasoles en el jardín —respondió. Era evidente, un girasol era la antítesis de las plantas nocturnas de la señora Stoker.

—Ahora sí.—Sonrió al escucharlo.

Pasó los dedos por los pétalos. Una combinación de colores que sin ser llamativa atraía a la vista.

—Si te gustan, dile a Cathelyn que te los suba a la habitación.

—¿Puedo quedármelos? —Soltó el girasol en la cesta y se alejó de la bici.

—Claro, si los han dejado olvidados ahí es porque no los necesitaban.

Mía se dio media vuelta para echarle un vistazo más a la cesta. El efecto de textura de aquella mezcla de colores era realmente encantador hasta con la poca luz de la noche. Los visualizó en el jarrón de la mesa circular del dormitorio.

Sonrió sin dejar de mirarlos mientras daba unos pasos hacia delante. Retiró la mirada de ellos y se detuvo en seco antes de chocar contra Stoker.

Esperó que aquella forma de inspeccionarle la cara a corta distancia no fuera por su torpeza y su casi tropiezo por no ir mirando por dónde andaba.

—Ahora sí, vamos al comedor —dijo él.

Lo siguió dentro de la casa y por el pasillo. El comedor era el mismo rosado de la primera noche. Tenía que reconocer que en su compañía no resultaba tan terrible como pensaba. Era más, en su compañía no le desagradaba en absoluto cualquier lugar, cualquier compañía, y nunca pensó que algo como eso pudiera ser posible.

El reloj seguía girando las agujas demasiado rápido, sin remedio. Aunque esa vez el reloj lo tenía ella por dentro.

La puerta del salón estaba cerrada, se detuvieron en la puerta y Stoker puso la mano en el picaporte, inclinándose levemente hacia ella. Notó cómo le apretaba la mano con la que tenía libre mientras la miraba de reojo con una leve sonrisa.

La soltó y abrió la puerta, dejándola pasar primero. El señor Stoker fue el primero en saludarlos.

—Pensábamos que íbamos a cenar solos —añadió el hombre mirando la hora.

Stoker se apartó de la puerta para que entrase el perro.

—Nilo necesitaba salir —respondió Brian y Mía pudo ver cómo Kelly tensaba la cara con la entrada del perro.

Le estorba el perro tanto como yo.

Pero aquella noche se los iba a tener que comer a los dos con lo que fuese que hubiesen preparado para la cena.

Las sillas estaban distribuidas de la misma manera que la primera noche, fue el padre de

Stoker el primero en tomar asiento, en el extremo de la mesa, de cara al resto. Sintió tras la espalda un leve roce de Brian para que lo siguiera. Lo vio retirar la silla que había junto a su padre, en uno de los laterales, donde estuvo ella la primera vez. Y ella retiró la que estaba a su lado, mirando de reojo cómo al otro lado, en el extremo de la mesa contrario al señor de la casa, iba su madrastra.

Y en el lado de delante Ivy y Brit. Esta los miraba a ella y a Brian, uno y otro, como intentando deducir algo más de lo que estaba viendo.

Pensará que me he liado con este o algo.

Claro que lo pensaban. No habían vuelto a escribirle mensajes, pero lo dieron a entender muy bien. Lo único que temió fue que se lo dijesen al padre de Stoker, eso sí la abochornaba sobremanera. Por muy acostumbrado que el hombre estuviera a la vida ajetreada de su hijo, no era lo mismo. Aparte era mentira.

Ya quisiera yo que fuese verdad.

Había un proceso para digerirlo, reconocerlo de verdad ante ella misma y ante otros. Y se alegraba de haberlo hecho, ahora cierto desconcierto que conllevaba todo aquello se disipaba dejándola solo a ella.

Disfrutar de mí.

Y de todo lo real que estaba viviendo aunque no hubiese nada más de lo que tenía. Aun así, era maravilloso.

Nilo llegó despacio, sin acercarse a nadie, y se tumbó tras su silla y la de Stoker, de lado y cogiendo todo el lateral tras ellos. Vio que Kelly lo miró de reojo. Estorbaba, claro que estorbaba. Estorbaban los dos. Y quizás hasta Brian Stoker, que ya sabía que no era un aliado.

Cogió aire, lo contuvo y hasta pudo erguirse en la silla. No era el único estorbo en el salón. Alzó los ojos para mirar a Brit, pero ella no dijo una palabra.

—Me gusta que estemos todos aquí —dijo Austin Stoker y se apenó por el pobre hombre, sabía que su hijo no lo había hecho con mucha ilusión, pero al menos era un paso. Al hombre se le veía contento, sin embargo. Era normal, era su único hijo.

Como yo.

Ella siempre se sentaba al lado de su padre en las comidas también. Sabía que para su padre era importante cierta parsimonia en la casa, aunque su infancia con Brit no fuese muy ejemplar.

Una familia con un fragmento importante, dos pegadas con un pegamento invisible, una vez quitado el pegamento, se volvía a fragmentar. Eso era ella con Kelly y sus hijas, un viejo jarrón roto, pegado y vuelto a romper, que nadie tenía interés en remendar.

—Mi hijo me ha dicho que estuviste en la fábrica el sábado —dijo el señor Stoker y pudo ver en la cara de las mujeres que no lo sabían—. Y que hasta probaste con él el Diamond. —Las miró a ellas—. Un nuevo avión. —Y de nuevo miró a Mía—. ¿Qué te pareció?

—Demasiado rápido —Brian respondió por ella y no pudo disfrutar de la cara de sus hermanas al ser conscientes de su paseo en avión.

Mía contuvo la sonrisa.

El primer plato era un puré.

—¿Pilota mal mi hijo? —Y cualquiera le decía que sí. Aquel hombre estaba tremendamente orgulloso de su obra humana, pensar que podría fragmentarse algo como eso le apenó sobremanera.

Enseguida negó con la cabeza.

—¿Te ha llamado Alfred? —Esa vez Stoker le hablaba a su hijo—. Serán solo unos días.

—No importa. —Él ya se había acabado el primer plato cuando ella no iba ni por la mitad—.

Pero ya les he dicho que en las próximas semanas no pueden contar conmigo.

—Sí, tienes que ir a por Wilde y Marlowe, lo sé.

Todo lo que estaba escuchando significaba Stoker fuera de la casa, no sabía cuánto tiempo. La idea de que estuviese fuera y quedarse sola con aquellas tres no la agradaba. Una fase más que digerir y tragar antes de marcharse de allí. Era lo que tocaba y correspondía.

—Mía se quedará a cargo de Nilo mientras estoy fuera. —Enseguida miró a Brian.

¿Yo?

El perro levantó la cabeza cuando escuchó su nombre.

Brian la miró y ella asintió.

—¿Mía? Pero si ella no está aquí nunca —dijo Ivy frunciendo el ceño. Mía notó que Brit le había dado con el pie a su hermana.

Y Brian levantó la mirada hacia ella.

Pufff.

—Podría dejártelo a ti, que pasas aquí la mayor parte del día —le dijo Brian y su hermanastra se tensó. Mía levantó el pie y pisó la zapatilla deportiva de él con el talón.

Notó su mirada un instante, antes de volver a mirar a Ivy.

—Pero es un perro con un carácter peculiar —añadió Stoker en otro tono más suave.

No hay manera. Y quiere darme ejemplo a mí.

—Antes de irte, ¿podrían ir ellas un día por la fábrica? Me gustaría que probasen uno de nuestros aviones. Y por supuesto que lo llevases tú.

Le cambiaban el plato vacío a Stoker y a su padre por una merluza al horno.

—No voy… —Volvió a presionar el pie de Brian. Era como presionar un pedal de freno al motor Stoker, tremendamente explosivo, Mía tuvo que contener la sonrisa—. No voy muy lejos, podrá ser cuando vuelva.

Dejó de presionar y volvió a recibir una mirada fugaz de Stoker. Sin embargo, su padre estaba tan contento que hasta presionó el redondeado hombro de su hijo, que conseguía tensar cada prenda que se colocaba sobre ellos.

—¿Hay algo especial que quieras para tu cumpleaños? —volvió a preguntar el hombre y su hijo negó con la cabeza.

El hombre se inclinó hacia él.

—Son tus treinta, hijo. Ya hablaremos.

Brit miraba a Stoker.

—¿No quieres una moto nueva? —Su hermanastra ladeó la cabeza.

—Tiene quince abajo y una fuera —respondió el señor Stoker—. Pero él sabe que puede pedir lo que quiera.

—Si pudiera pedir lo que quisiera… —soltó su hijo en un tono regio de nuevo.

Mira que es.

Volvió a pisar el freno en el empeine de Stoker.

Mía giró la cabeza para mirarlo.

—¿Qué sería? —Sonrió a pesar de no dejar de hacer presión en su pie bajo la mesa.

A pesar de no haber acabado con el puré, un empleado ya le había puesto el plato de merluza humeante por delante.

Stoker volvió a mirar a su padre.

—No quiero ningún tipo de fiesta, papá. —Por fin su tono no desprendía ironía, ni soberbia ni resentimiento—. Me apetece algo familiar, con Blake, Byron, Hércules, Dayana y Michelle. Nadie más. —Mía hizo más presión en su pie, tanto que hasta le dio una punzada en el lado,

cerca del ombligo—. Y con vosotros, claro.

Su padre sonrió ampliamente, volvió a apretarle el brazo a su hijo. Mía dejó de aprisionarle el pie, pero no lo retiró de él, dejó el talón apoyado en la punta de la zapatilla de Stoker, por si tenía que volver a usarlo.

Ivy la miraba fijamente.

—¿Te gusta tu nueva habitación? —Kelly fulminó a su hija con la mirada. Quizá había apalabrado no decir absolutamente nada sobre su cambio de habitación o su estancia en la casa, pero costaba que Ivy entendiese las cosas.

—Me encanta, sí —respondió. No era capaz de cenar dos platos. Con un trozo de merluza tenía de sobra.

Brian vio que ella soltaba el cubierto, y pinchó la merluza y se la echó en su plato.

—Brian, por favor. —Vio el bochorno en el hombre—. Puedes pedir los que quieras.

—Pero este ya está hecho y tengo prisa. —Pescado blanco y tierno, eran dos bocados para Stoker.

Brit volvió a mirarla a ella y a Stoker. Quizás la falta de escrúpulo de Stoker con ella y un trozo de pescado empezado avivaba aún más la idea que tenían en la cabeza.

—¿Quieren postre? —preguntó el chico que les servía. Mía negó enseguida con la cabeza, Brian hizo lo mismo. Se limpió la boca con la servilleta y se puso en pie y miró a su padre.

—Tenemos que irnos—le dijo. Luego miró a las tres mujeres—. Buenas noches.

Retiró la silla para apartarse de la mesa.

—Mía. —Le dio en el hombro para que se levantase. Nilo ya estaba dispuesto para seguirlo.

—Buenas noches. —La joven arrastró la silla para dejarla en su sitio, sin embargo, Stoker no se preocupó de hacer lo mismo.

Cuando se dio la vuelta para salir él ya había salido del salón, dejando la puerta abierta. Se apresuró a seguirlo, cerró la puerta, Stoker estaba en el pasillo y con la cara un tanto tensa.

—¿Qué? —le dijo cuando tiró de ella.

—Esta cena era para ti, no para mí. —Volvió a tirar de ella camino de la biblioteca. Susurraba, sin embargo.

Ella se inclinó levemente.

—No puedes estar todo el tiempo lanzando puñales y buscando pelea.

Se retiró de ella alzando las cejas, como si Mía fuese un fantasma.

—¿No puedo decir lo que pienso?

Ella le dio un manotazo en el brazo.

—Lo que no puedes es decir lo primero que se te viene a la cabeza, tal y como se te pasa por la cabeza. Eso es lo que no puedes hacer si quieres concordia. ¿La quieres? —Ahora fue ella la que se retiró de él—. Y como si estuvieses a punto de explotar todo el tiempo.

Bajó los ojos hasta los pies de Stoker. Uno de ellos, el izquierdo, tenía la punta tiznada de negro. Tuvo que contener la sonrisa.

—Tienes que saber cuándo frenar, y no solo en un coche, en una moto o en un avión. También aquí y en todas partes. —Tiró de él para que siguiese avanzando por el pasillo—. Frenar, ¿te suena de algo?

—No. —Al menos lo reconocía.

Nilo la rebasó empujándola y dio un traspiés, él la sujetó enseguida.

—¿Y cómo es que tengo que hacerme cargo de él? —preguntó siguiendo a Nilo con la mirada, que se detuvo en el pasillo y miró para atrás a ver si continuaban adelante.

—¿No querías un perro? Pues durante los días que yo esté fuera tendrás un perro —

respondió él. Llegaban a la puerta de la biblioteca—. Kelly y sus hijas no lo quieren cerca, así que seguramente pasará los días encerrado en la parte de atrás. Y no quiero eso para él.

Mía pasó la mano por la cabeza de Nilo antes de entrar en la biblioteca, el animal la siguió.

—No sé si serán dos o tres días. —Miró a Nilo mientras cerraba la puerta—. Solo tendrás que tenerlo contigo mientras estés en casa, jugar un rato en el jardín. —Stoker se inclinó en el suelo para acariciarlo—. No te dará mucho trabajo y Cathelyn limpiará los pelos de tu habitación. Esteban suele estar pendiente de su comida.

El animal miraba a su dueño con la boca entreabierta y la lengua a un lado.

Tenemos algo en común, yo creo que por eso nos llevamos bien. Los dos miramos a Stoker como si fuéramos imbéciles mientras se nos cae la baba.

Se puso en pie de nuevo y le cogió una mano.

—A ver qué te parece. —La llevó a la segunda sala, donde estaba el proyecto.

Ostras.

La maquinaria que parecía un boceto de otros siglos, con tuercas y otros mecanismos a la vista, estaba completamente acabada.

—Pero, por qué…

—Solo esta vez. —Y sonó a advertencia firme—. Por las circunstancias. La próxima vez yo solo pasaré por aquí para supervisarte.

Se acercó al aparato.

—Mañana te acercará uno de los conductores de la familia para que puedas llevarlo, de hecho, te llevará y recogerá cada vez que lo pidas.

—No es necesario —se apresuró a decir mientas giraba una manivela que ponía en marcha el conjunto.

—Pues entonces no lo pidas, pero lo que realmente no es necesario es que todo sea tan difícil —respondió él y tuvo que mirarlo. Aun no digería tener acabado el proyecto. Se venía la nota máxima—. Te supervisaré este y el resto de trabajos, material de examen, todo. Puedes trabajar las horas que quieras, combinando los trabajos que te plazcan, pero no lo tendré en cuenta en absoluto.

Mía bajó la mirada hacia la manivela.

—Te advierto que no soy tan rápida como tú —le dijo dándole una vuelta más.

Reconocer una inteligencia media resultaba bochornoso ante alguien con una mente como la que debía tener Stoker.

—Eso no tiene importancia. —Lo oyó decir.

Retiró la mano de la manivela.

—Gracias. —Había perdido la cuenta de las veces que se lo había dicho. Tantas que ya había dejado de entender las razones. Fijó la mirada en la manivela y volvió a girarla. Dar las gracias ya no era suficiente y el desconcierto cada vez que la ayudaba se hacía más intenso—. ¿Por qué lo haces?

—¿El qué? —Stoker guardaba los planos.

—Ayudarme.

Lo vio rodear la mesa para ir a una de las estanterías.

—Porque pretendes hacer algo tremendamente difícil, y estás decidida con todas las consecuencias. Así que es una forma de que lo lleves lo mejor posible.

—¿Pero tanto? —negó con la cabeza. Ni siquiera a Mary le cuadraba tanta ayuda desinteresada. Pudiera ser que Stoker fuera un alma completamente caritativa, que tampoco sería extraño después de que Alan Blake le explicase lo de la fundación Misters. El resto de

posibilidades eran tan oscuras que no lograba verlas.

—Si te refieres a la habitación, solo quiero que tengas lo mismo que tienen tus hermanas aquí. No es ninguna ayuda.

Mirándolo por ese lado, llevaba razón.

—Por eso quería que bajaras a cenar hoy. Para que viesen cuál era tu sitio en la casa Stoker el tiempo que decidas estar aquí.

¿A tu lado?

Lo miró enseguida.

—Y que nadie intente quitártelo —añadió él apoyando las manos en la mesa. Luego se retiró de ella—. Y es temprano, vete a descansar y a recuperar las horas de sueño de ayer.

Que suponía que era lo mismo que iba a hacer él. Había dormido tan poco como ella y, teniendo en cuenta el proyecto acabado, habría estado todo el día desde que regresó del desayuno.

Siguió a Stoker intentando no bajar la mirada ni un ápice a la forma en la que se ajustaba su pantalón. Se detuvo en una estantería, la que ya conocía. Entornó los ojos hacia un libro de pasta azul con letras doradas. No era una edición normal, nunca la había visto en ninguna biblioteca a pesar de que el libro sí lo conocía.

Lo sacó de entre el resto de libros. Era una novela con una sola palabra en el título.

Azul.

Era de pasta dura, aterciopelada, una auténtica preciosidad. Lo abrió y dio un respingo.

No puede ser.

Se llevó enseguida la mano a la boca y la tirantez en la garganta fue inmediata. Solo había visto aquel garabato por internet, era prácticamente imposible tener un libro de Irina Yadav firmado.

Pero allí estaba, con una dedicatoria con letra redondeada y elegante, que ocupaba casi toda la página al tener las palabras separadas unas de otras.

«A ti, que sueñas con algo que crees imposible, necesitas saber que en la realidad está más cerca de lo que crees.

Con amor,

Irina Yadav».

Se mordió la manga del jersey. Irina Yadav, que imaginaba en una especie de limbo celestial, como si no existiera del todo entre los humanos, había tocado ese libro. Pasó el pulgar por su firma, no era nada impreso, estaba escrito a mano. De su mano, de la misma que salían todos aquellos sueños maravillosos.

—¿Mía? —Se dio media vuelta al oírlo llamarla.

—¿Tienes un libro firmado de Irina Yadav? —Su voz sonó tan a fan absoluta, que le recordó a Suki y compañía en otro ámbito.

—¿Sí? —Lo vio acercarse y se inclinó para mirarlo.

¿Y ni siquiera lo sabe?

Stoker se irguió de nuevo y se alejó de ella.

—Si tanto te gusta, quédatelo.

¡Qué! No jodas.

Quedó paralizada, tanto que él se tuvo que dar media vuelta porque no lo seguía para salir de la biblioteca.

—¿No lo quieres?

—Sí. —Miró el libro de nuevo, no reaccionaba bien. Solo quería gritar, dar pequeños saltos

ridículos, y llamar a Mary.

—Pues para ti. —Puso la mano en el pomo para que ella saliese—. Vamos.

Se apresuró a salir y vio a lo lejos que Cathelyn ya subía un jarrón con las flores. Miró enseguida a Stoker.

—Le he enviado un mensaje. —Se adelantó él al ver lo que ella iba a decir.

Mía bajó la mirada hacia las pastas del libro, lo llevaba como si fuese una corona sobre un cojín camino de un altar.

Azul le encantaba. Tenía un toque de cuento de princesas medievales que la llevaba a un limbo maravilloso. Una historia con la belleza que solía caracterizar los libros de Irina, y con aquella forma de describir sentimientos que calaba por dentro.

La edición era tan bonita que le daba pena hasta usarlo para leerlo. Tenía los cantos con dibujos.

—No he visto este libro en esta edición en la vida. —Mía lo puso de canto.

—Ni yo tampoco. —Lo oyó decir comenzando a subir las escaleras.

—Debe de ser de esas ediciones que hacen mínimas. —Se cruzaron con Cathelyn, que ya bajaba y les sonrió dándoles las buenas noches.

Stoker no respondió, Mía se detuvo en su rellano, él tendría que seguir subiendo.

—Una noche más que tengo que darte las gracias. —El trabajo y ahora el libro. Se lo pegó al pecho mientras él movía la mano quitándole importancia.

Pero sí que la tenía. Mucha.

Le subió una especie de energía pecho arriba que la hizo sonreír. Puso una mano en el hombro de Stoker para auparse, y aun así era difícil desde su altura. Ni siquiera alcanzó la parte central de su mejilla y eso que él había bajado levemente la cabeza, quizás porque pensaba que quería decirle algo en el oído.

El beso sonó y hasta Nilo alzó las orejas al escucharlo.

Soltar la impulsividad y no meditar como hacía Stoker no tenía nada de bueno. Al menos no si no le daba igual todo, como le daba igual a él. No fue capaz de mirarlo a la cara, ni a él ni tampoco a Nilo, aunque fuese un perro.

La he cagado. La he cagado mucho.

—Buenas noches. —Se apresuró a abrir la puerta y cerrarla. Se dejo caer en ella.

Oyó la respiración de Nilo bajo la puerta hasta que la voz de Stoker hizo que se alejase de ella para seguir subiendo.

Cogió aire fuerte y lo soltó de golpe.

50

—Venga ya, Mía, solo es un beso en la mejilla, ni que le hubieses comido la boca —dijo Mary desde el otro lado de los auriculares. Mía estaba echada de lado en la cama con el libro de Irina abierto por la parte de la dedicatoria.

—Es que estaba de subidón y no sé. —Volvió a leer la dedicatoria—. A ti que sueñas con algo que crees imposible, necesitas saber que en la realidad está más cerca de lo que crees. —Y le encantaba.

—Lo que viene a decir Irina es que en la realidad te puedes beneficiar a Stoker, ¿no?

Dio un respingo al escucharla.

—Mary, por Dios. —Frunció el ceño—. El próximo finde te tienes que buscar un algo y desquitarte. Que hasta que no se te pase la calentura te pones muy bruta.

—Un algo. —Oyó la risa de su amiga—. Ya quisiera, tengo que estudiar. Tía, ¿y cómo tienen un libro firmado por Irina?

—No tengo ni idea, si Stoker no sabía ni que estaba ahí. —Miraba los cantos pintados—. Y la edición es taaaaan bonita. Menuda joya. —Pasó las páginas con cuidado.

—¿Estás segura de que a un tío así le quieres regalar una *frikitada* como es el gato?

—Sí. —No tenía dudas.

—¿Has pensado ya cómo vas a recuperar el zapato?

—No.

—Pues piensa rápido. Si decides ir a esa boda, no vas a ir coja, ¿no?

—Compraré otros, ¿qué más da?

—Claro, porque encontrar zapatos de fiesta de tu número es muy fácil, ¿no?

—Los encontré una vez, puedo volver a encontrarlos.

—Si tú lo dices… qué más da. Díselo, ya se le habrá pasado el golpe, si es que le hiciste daño.

Hasta se sentó para seguir hablando.

—¿Con lo bien que se está portando conmigo? Ya no puedo dar un paso atrás.

—Dile que no te diste cuenta.

—Claro, claro…

—Te disculpas.

Soltó el aire de golpe.

—Necesitas el zapato.

—Voy a buscar otro, ya te lo he dicho.

Mary rompió en carcajadas.

—Bonita forma de seducir al tío que te gusta. Estampándole un tacón en la cabeza.

Mía se entremetió los dedos en el flequillo y dejó caer la frente en la palma.

—Soy un desastre, sí. —Alzó la mirada hacia los girasoles, quedaban tan bien entre aquellos colores grises y blancos que le encantaban. El punto de color que necesitaba—. Pero me encanta, cada día más.

—Pues hazle caso a Irina.

Rio al escucharla.

—¿Y cómo se hace eso? —negó con la cabeza dejando caer una mano en la tapa del libro.

—¿Y si todo lo hace por una razón que no estás contemplando ni un segundo?

Ladeó la cabeza sin dejar de mirar la tapa del libro.

—Quiere ayudarme.

—Ayudarte no es irrumpir en tu vida de esa manera. —Las palabras de Mary hicieron que lo del pecho se abriese, desplegando todo lo bueno que era capaz de reunir a pesar de sus circunstancias.

—Para mí es irrumpir en mi vida, para él quizás solo sea dos ratos al día que dedica a ayudarme. Pero esos ratos yo los hago enormes, ¿sabes? Como hoy, esos dos ratos que he pasado con él me han llenado el día y la noche. Él estará durmiendo ya a pierna suelta.

—Mía, sea como sea, estás haciendo un vínculo con ese tío. Conocemos el que hay en tu parte, no el que hay desde la suya.

—Mary. —Se cruzó de piernas—. Vamos a ser sinceras. Sinceras de verdad, vamos a dejarnos de cuentos y de historias fantásticas. Centrémonos.

—Ilumíname, porque a mí se me está yendo la pinza y cada vez lo veo más claro.

Lo del pecho se abrió aún más.

—Sabemos cómo es Stoker.

—Lo sabrás tú, yo no tengo ese privilegio. —Su amiga rio.

—Mary, lo quiere todo rápido, es impulsivo y tiene decisión en todo lo que hace. Si fuese otra cosa, ¿no crees que ya hubiese intentado algo? ¿Tú ves a ese tío necesitando hacer ningún esfuerzo para tener a una mujer al lado? ¿En serio? Se le lanzarán al cuello. Yo me lanzaría.

—Pero no lo haces.

—¿Cómo voy a hacerlo? ¿Quieres que haga el ridículo? Va a decir que cómo he sido capaz de aspirar a tanto.

—Bueno, tampoco te pases. Eres una mujer maravillosa. Pues claro que tienes que aspirar a tanto, ¿qué te crees?

—Hasta con sus defectos es absolutamente maravilloso. —Estiró las piernas y se dejó caer de espaldas en la cama.

—Puffff, estás muy mal.

—Terriblemente mal —rio al decirlo.

—Sube al ático, anda.

—Ni loca.

Arrastró el libro de Irina hasta colocarlo a su lado.

—¿Le has devuelto la cazadora que te dejó ayer?—preguntó Mary y ella bajó la mirada, el vestidor estaba abierto y allí estaba colgada.

—Huele a él, no se la pienso devolver todavía. A lo mejor mañana. —Se rio de su propia estupidez.

—Madre mía.

—Cuando se rompa la burbuja lo voy a pasar muy mal —negó con la cabeza.

—Aquí la única burbuja que se debería de romper es la que tienes dentro del higo. —Se tapó la cara al escucharla—. Déjalo pasar y hazlo memorable.

—Mary, ya se te está yendo la pinza. Llama al chaval aquel que te dio candela tres días seguidos y dile que se pille unos días libres otra vez. Te vendrá muy bien.

—¿Sí? ¿Verdad?

—Seguro.

—Y tú piénsalo. A vivir que son dos días y uno llueve. —Mary lanzó un pedo con los labios —. La vida es una mierda la mayor parte del tiempo, disfruta de lo que tengas a tu alcance.

—Mary…

—Ya que te hace tantos favores, uno más…

—¡Mary!

Las risas de su amiga hicieron que tuviese que quitarse el auricular.

51

Había empezado Byron, que solía ser prudente, diciendo en el chat que Luke acababa de preparar otro ramo de girasoles. Ya no le quedaban aliados en ninguna parte. No sabía cómo le habían hecho el lío, pero al final acabó soltando todo lo de la cafetería.

«Stoker siendo Stoker hasta el final de sus días», había escrito Wilde, lo intentó en audio, pero no podía ni hablar. Hasta se oían las risas de Anastasia.

Hércules escribía, no tardó en entrar su mensaje entre las risas del resto.

«Tío, ahora en serio, y te lo voy a decir con todo el amor de un amigo, ¿tú eres tonto o eres tonto?».

Las hileras de risas de Blake casi hicieron desaparecer el mensaje de Hércules. Entró uno nuevo de él.

«Por una vez en tu vida, ¿eres capaz de pensar las cosas? Al menos para no joder a la chica, que bastante tiene encima como para tener que aguantarte a ti y a tus estupideces».

«A todo esto, nos tienes que dar una explicación coherente de las razones, ¿vale? Porque en ese ímpetu tuyo de ayudarla no ubicamos que te inventases un pelo en una taza para que unos chavalines no fuesen más por allí». Mucho estaba tardando Blake en preguntarlo.

Comenzó a escribir para responderle.

«No tengo ni idea, la verdad. Lo hice y ya está».

«Tú tienes un morro que te lo pisas».

—¿Byron ha dicho eso? —dijo hasta incorporándose.

«Reconócelo», dijo Wilde.

«No tengo nada que reconocer», escribió y acercó el dedo al botón de enviar. Borró el mensaje. Y volvió a escribir.

«No».

Llovieron las risas.

«La única que no lo está notando es esa pobre chica», respondió Byron. «Tampoco está en una situación en la que pueda ver muy claro nada ni delante de su cara. Cada vez que me acuerdo de cómo estaba allí encogida en la biblioteca…».

«No la recuerdes mucho, que tal y como está Stoker últimamente de sensible para según qué cosas, lo mismo te jode el piano».

Hizo una mueca al mensaje de Blake mientras llegaban más risas.

«A mí se me ha caído un mito con este tío», había escrito Wilde. «Hasta Nilo lo está haciendo mejor».

Negó con la cabeza al leerlo.

«Por eso Nilo se va a ganar unos días en su dormitorio, y este seguirá inventando que hay pelos en las tazas para ahuyentar a la competencia», escribió Marlowe. «¿Y mañana qué vas a hacer? ¿Escupir las sillas donde se sientan los chavales? Stoker, voy a hablarte muy claro porque esto se te está yendo y mucho. Tienes que echar el freno y pararte a pensar qué es lo que quieres».

«¿Somos conscientes de que va a cumplir treinta años en unos días? Porque por los mensajes que le estamos escribiendo parece que tenemos aquí a un chaval de quince», escribió Wilde.

Hércules escribía también.

«Yo es que todavía no me puedo creer las tonterías que está haciendo».

«Hércules, parece mentira que no lo conozcas», le dijo Blake. «Nada nuevo, pero más

llamativo porque es un ámbito sentimental, y ahí no lo habíamos visto nunca. Y se está coronando».

«¿Sigue por aquí?», preguntó Wilde. «Mira qué callado está ahora, con todo lo que habla siempre».

«Sí, sigo por aquí. Y vale, hoy he hecho el imbécil, lo reconozco. Pero todo no lo estoy haciendo mal, o al menos tan mal, ¿no?».

Hércules escribía.

«Hoy no te vamos a dar ningún baño de gloria por aquí. Así que como te ha dicho Marlowe, piensa bien qué quieres. Y si la quieres a ella, le dices tus intenciones y que ella decida si quedarse o retirarse. Y si no estás seguro o no la quieres, te retiras tú. Porque al final vas a seguir haciendo el idiota, y la vas a dejar jodida y también vas a terminar jodiendo sus circunstancias, que ya de por sí no son las mejores. Y no se lo merece, es una buena chica».

Sonrió al leer eso último.

«Tampoco se merece un capullo como tú y tener que aguantar tus arrebatos infantiles toda su vida. Que menuda condena», había escrito Blake.

De nuevo risas.

Se dio media vuelta en la cama y dejó el móvil sobre el colchón. Pronto tendría que hacer la maleta de nuevo. Si un día cualquiera estando con Mía dos escuetos ratos le parecía poco, ahora tenía que estar unos días fuera.

Le vendría bien. Quizás eso disiparía lo que fuese que le estaba pasando y regresaría siendo él de nuevo. Como siempre. Y no volvería a hacer el ridículo como aquella mañana en la cafetería. Se llevó la mano a la cara. Tenía que reconocer que no podía culpar a los Misters por todo lo que estaban diciendo, lo merecía.

Por capullo.

Se puso boca arriba y se llevó la otra mano también a la cara. No le estaba gustando aquella versión de él. Como si todo lo que solía ridiculizar en los demás se le hubiese caído encima de golpe y a niveles bochornosos.

Se acabaron las flores y los libros dedicados.

Y las cazadoras, y llevarla al trabajo y quedarse a desayunar mirándola como un imbécil, y montarla en ningún avión. Aunque se había comprometido a ayudarla con las asignaturas del año, ya no podía faltar a su palabra.

Resopló. Volver a la situación natural de Stoker, solo quería eso.

Solo han sido unos días de desvarío. Estoy a tiempo.

Unos días en los que se había metido hasta el cuello. Por no pensar las cosas, como siempre.

Cogió el móvil.

«Lleváis razón. Estoy haciendo el imbécil y puede que hasta la chica se esté confundiendo. Me retiro. Y además vuelvo al trabajo, me vendrá bien salir de esta casa, que entre unas cosas y otras, estoy desvariando. Gracias, chicos».

Le dio a enviar.

Chat alternativo

Byron: Yo creo que la hemos cagado, dice que se retira.

Blake: Anda ya, ya te digo que ese tiene que decir cinco o seis veces más que se retira para que lo veamos recular. Llevamos margen.

Natalia: Es que hoy se ha cubierto de gloria el chaval.

Hércules: Hay que echarle el freno, hemos hecho bien. A ver si así por lo menos se piensa más las cosas que hace.

Mayte: ¿La echarán del trabajo por eso?

Vicky: Por eso no, pero como siga haciendo el imbécil más días, ni lo dudes.

Marlowe: Con la que le hemos liado no creo. Y si lo vuelve a hacer, me comprometo a ir yo mismo a darle una colleja.

Wilde: Jajaja, que una colleja de Marlowe no es ninguna broma.

Vicky: A nosotras no nos habréis colado a un tóxico para que le ayudemos, ¿no? Mira las que nos retiramos somos nosotras.

Hércules: No, él no es así, haznos caso. No sé lo que le pasa.

Wilde: No lo sabe ni él.

Marlowe: Stoker es territorial, pero el problema es que no tiene territorio, en esa tierra él no es nadie. Así que le jode que le meen por allí.

Vicky: O sea, que ni come ni deja comer.

Marlowe: Exacto.

Vicky: Pues vuestro amigo se está librando porque no estamos al otro lado. Se iba a cagar.

Claudia: Jajajaja.

Marlowe: Eso desaparecería por completo una vez resuelto que él tuviese un lugar, ni siquiera hace falta que sea un lugar privilegiado, puede ser un perfil bajo y joderse, pero desistir. En las tierras sin jerarquía es donde más peleas tengo aquí siempre.

Natalia: Entonces ella no le ha dado ningún lugar.

Marlowe: No.

Vicky: Pues muy bien hecho, que se joda.

Wilde: Jajaja.

Blake: La verdad es que lo está haciendo muy bien. Stoker no está acostumbrado a que una mujer no le dirija ni una señal. Es como si estuviera esperando a que él actúe o quizás ni siquiera espera que él actúe.

Marlowe: Consecuencia, Stoker intentando que otros no marquen un terreno que tampoco es suyo, de manera cutre y bochornosa. Lo hizo con Eugene, y ahora lo ha hecho aún peor con estos chavales. Y mañana lo hará con otro si se da el caso.

Claudia: Jajajaja. Qué vergüenza.

Hércules: Pero vergüenza. Yo creo que mañana voy a ir a hablar con él, parece que entra un poco más en razón hablando en persona.

Marlowe: Y entrará en razón, pero luego vienen las hormonas, que las tiene muy al límite, y se le olvida.

Blake: Jajajaja.

Vicky: Entonces Stoker es la típica gaviota en la playa, que siempre hay una de esas, que cuando le echas comida se pone al lado sin comérsela a pelearse con todo el que intenta

llevársela, ¿no?

Blake: Y siempre acaba igual, mientras se pelea con alguna que viene de frente a cogerla, llega otra por detrás y se la quita.

Mayte: Jajaja.

Hércules: Lo que yo os diga, la gaviota más tonta de la playa.

Byron: Si Stoker nos leyera…

52

Entró en la habitación dejando a Hércules en el salón del ático. Nilo lo seguía mientras cogía la maleta. En cuanto la puso en el suelo, el perro agachó las orejas y el rabo, aunque fuese un animal, la expresión le cambió por completo.

Stoker tuvo que contener la sonrisa.

—Te vendrán bien unos días fuera —decía Hércules con una voz que retumbaba por todo el ático—. Así organizas toda esa paja que tienes en la cabeza.

Abrió la maleta en la cama y comenzó a guardar la ropa. Oyó cómo llamaban a la puerta, Nilo echó a correr. Conocía a quien fuese que estaba al otro lado, no ladraba con mucho genio.

—¡Nilo! —La voz de Hércules sería lo bastante persuasiva como para que el perro se apartase y lo dejase abrir.

Stoker se asomó, era su padre.

—¿Puedo hablar un momento con mi hijo?

—Claro. —Vio que Hércules se apartaba de la puerta—. ¡Brian, te espero abajo!

Resopló al ver a su padre dirigirse hacia la puerta del dormitorio.

—¿Y por qué esa repentina vuelta al trabajo? —preguntó su padre mirando la maleta—. Te llamaron para que cubrieses un vuelo, no para presionarte y que regresases.

Miró a su padre antes de meter un puñado de ropa interior en la maleta.

—No ha sido cosa mía. Me gusta que estés aquí —añadió su padre.

—Ha sido mía, no me viene bien alargar mucho las vacaciones. —Regresó al vestidor a por camisetas y algún jersey—. Además, necesito una semana este mismo mes, lo sabes. Ya sería demasiado. Sabes que no me gustan los privilegios de hijo del jefe.

Su padre ladeó la cabeza y con la mano estiró una de las camisetas que se había doblado.

—Solo que me resulta extraño. Primero me dices que quieres vacaciones, luego que quieres alargarlas. Y ahora que quieres cortarlas de golpe. —El hombre seguía inclinado colocando bien las camisetas. Levantó los ojos—. Y aunque no intente buscar muchas explicaciones a las cosas que haces, no deja de llamarme la atención tu cambio de actitud de anoche a hoy.

El hombre se irguió y se cruzó de brazos.

—¿Hay algo que tenga que saber? —Se detuvo por el tono en el que su padre le hablaba. Dejó caer los pantalones en la maleta y lo miró.

—Nada. —Respuesta escueta y con un tono que hizo que su padre alzase las cejas—. ¿Te preocupa algo? Ya estuve cenando contigo, esa mujer y sus hijas. He aceptado esa salida en avión a donde sea, ¿has dicho este sábado? Y ahora me quito de en medio, que será lo mejor para todos.

—¿Para todos? ¿O para ti?

Lamentó haber dicho ese «para todos», a su padre no le pasó desapercibido.

—Me extraña que tú hagas lo mejor para todos cuando eso no te incumbe a ti. Aunque tampoco… —Austin negó con la cabeza—. No sé lo que buscas, Brian. —Lo vio suspirar.

Cerró media cremallera y luego se acordó de que no había metido los calcetines.

Volvió a abrir.

—Mía Austen. —Oyó decir a su padre y levantó la cabeza enseguida—. ¿Qué has hecho, Stoker?

Frunció el ceño enseguida.

—Kelly lo intuye aunque no te conoce de nada, y yo que te conozco demasiado bien lo sé.

Brian se detuvo a medio camino entre el vestidor y la cama.

—¿Qué es lo que ves? —le respondió como si su padre estuviese diciendo una estupidez.

—Que todo ese afán tuyo por ayudarla ha desaparecido en una sola noche.

Acabó de girarse hacia su padre para ponerse de cara a él.

—Sé más claro. —No esperaba que le dijese lo que pensaba que estaba a punto de decirle.

—Que son las consecuencias de no pensar lo que haces, y debería darte vergüenza.

—Más claro.

—Brian, tiene solo veinte años.

Abrió la boca para responder a su padre, pero las palabras se hundieron en él mucho más de lo que pensaba y necesitó coger aire.

—Ni ella es una niña, ni yo soy un depravado, si es a lo que te refieres —le replicó en cuanto recuperó el aire—. Fuera, aparte de eso, no la he tocado.

A pesar de su subida de tono, su padre seguía tranquilo.

—No me refería a eso, me refería a que es demasiado joven y que debería darte vergüenza hacer con ella lo mismo que haces con el resto.

—Te estoy diciendo que no la he tocado —replicó a su padre.

Cerró la maleta sin los calcetines. Los compraría en el aeropuerto. Se estaba encendiendo sobremanera y necesitaba salir de allí.

—Entonces, ¿por qué actúas como si lo hubieses hecho? ¿Porque era lo que pensabas hacer? ¡No! Tú no piensas nada hasta que lo haces. Entonces es mejor que te vayas, sí.

Su padre salía de la habitación.

—¿Es por Kelly? ¿Ahora intenta hacerte ver que se preocupa por su hijastra? ¿Ahora teme que yo intente…? ¿Qué demonios me estás diciendo?

Su padre se giró hacia él antes de salir.

—No he hablado ni una palabra de esto con Kelly —respondió el hombre manteniendo la tranquilidad—. Solo intento decirte que tienes las mujeres que quieras para seguir haciendo lo que haces. Déjala a ella.

Cerró la puerta y lo dejó solo.

Nilo lo empujó en la pierna, él era infalible para detectar sus estados de ánimo. Dejó caer la mano en su cabeza y volvió a echar el aire de golpe.

—Cuídala, ¿vale? —Levantó la maleta de la cama y la echó a rodar hacia la puerta del ático.

Chat alternativo

Vicky: Míralo, huyendo como las ratas.

Blake: Qué cobarde.

Wilde: ¿A qué viene la bronca del padre? Qué fuerte.

Natalia: Por una parte es el cabeza de familia y aunque no es su familia, todas viven en su casa y se siente responsable, más aún de una chica sin padre, creo que las hermanastras sí tienen padre, ¿no?

Hércules: Sí.

Natalia: Aparte se le ha ido un poco más a lo personal, a la parte íntima de una chica de veinte años. ¿Hay una hermana? ¿Hija de Austin Stoker que pudiera tener esa edad si viviera?

Wilde: Que va, es hijo único, su madre estaba siempre enferma, no podía tener más hijos.

Natalia: ¿Una hermana del padre? Por lo que sea, Mía Austen le toca alguna fibra cercana.

Byron: Ahí no tenemos ni idea. Pero he pensado lo mismo cuando lo que le ha dicho es que no se le ocurra hacer lo que hace con las demás mujeres. Por lo que sea, no quiere que le haga lo mismo a ella.

Vicky: Que vendrá a ser echarles un polvo y salir corriendo, no vaya a ser que lo cojan, ¿no?

Mayte: Qué vergüenza, Vicky.

Claudia: Jajajaja.

Blake: Básicamente, sí.

Vicky: Bueno, tenéis el código de Misters y no sabemos si realmente ha pasado algo, pero ha salido corriendo igualmente.

Wilde: Sí.

Natalia: No ha pasado nada. Ha salido corriendo porque lo está flipando con él mismo, y con las tonterías que está haciendo. Que piensa que así se le va a pasar. Lo que no sabe es que no se le va pasar, sino que va a ir a peor. Marlowe, ¿sin vigilar la tierra de nadie?

Marlowe: Va en contra de la naturaleza.

Natalia: Y de las hormonas.

Wilde: Jajaja.

53

No sabía por qué el hecho de que no se despidiese de ella, de que cuando llegase no estuviese, le iba a poner el cuello a ras del suelo.

Llevaba toda la semana yendo y regresando en bicicleta, sin solicitar ni un día el conductor de los Stoker, a sabiendas de que este estaba dispuesto cada mañana. Quizás necesitaba echar por alguna parte aquello que se le engurruñaba en el pecho y lo hacía así, pedaleando con más rapidez de lo que lo solía hacer. Yendo al trabajo, a clases, volviendo a trabajar y estudiando en cada hueco que tenía.

Tenía que reconocer que con una buena alimentación se llevaba mucho mejor. Porque o no estaba tan cansada, o la parte suya que se había hundido y ardía la llenaba de energía.

Lanzó la pelota de Nilo lejos y esta chocó contra el muro de la casa, aquel jardín se les quedaba pequeño, al perro y a ella. Si una de las noches llegaba más temprano, lo sacaría fuera, había campo de sobra para que pudiese correr sin límites.

Ver la moto de Brian Stoker cubierta por una funda negra, era más tétrico de lo que esperaba. No le había escrito ni un solo mensaje desde la primera noche, únicamente para decirle que cuidase de Nilo.

No tenía la obligación de despedirse.

No la tenía, pero se estaba haciendo alguien cercano, quería ayudarla y de repente todo aquello se había esfumado con él. Un «me voy» hubiese sido suficiente. No hubiese necesitado más para no sentirse un seto de aquella casa.

Nilo le llevaba la pelota, vio el coche de su hermanastra atravesar la verja automática. Las dos llegaban en él.

Lo último de lo que tenía ganas era de verlas. Volvió a lanzar la pelota del perro. No estaba en su mejor momento y ellas parecían intuirlo siempre. O la sacarían de sus casillas o acabaría en su dormitorio llorando.

La burbuja se había roto o se había tornado oscura. Quizás le había indicado cuál era en realidad su lugar. El de un seto, el de un árbol.

—Buenas noches, Mía. —Giró la cabeza al oírlas.

Iban a pasar de largo y era una suerte.

Pero Brit entornó los ojos hacia el aparcamiento techado, donde había dejado su coche. Su mirada se dirigió hacia la moto enfundada de Stoker y luego la miró a ella. Mía volvió a lanzar la pelota.

—¿Es lo que te ha durado el cuento? —dijo Brit y ella la miró de reojo—. Ha acabado demasiado pronto.

—¿Cómo ha sido? —Esa vez fue Ivy, y la hizo girarse al completo hacia ellas.

—¿Cómo ha sido qué? —replicó enseguida. Ivy entornó los ojos y se inclinó hacia delante.

—Lo que tú y yo sabemos —añadió Ivy y Brit emitió un sonido de asombro abriendo mucho la boca. Luego rio.

Mía negó con la cabeza.

—Tú no sabes nada de mi vida —le respondió volviendo a lanzar la pelota a Nilo.

—Sabemos lo suficiente como para imaginar —respondió Ivy y ambas rieron—. Y a él no le ha debido gustar tanto como esperaba.

—¿Al príncipe no le ha gustado la princesita desvalida cuando ha visto…? —Brit detuvo su sarcasmo de golpe y sus palabras, mientras seguía a Nilo con la mirada hasta que se colocó entre ellas dos y Mía, aún con la pelota en la boca, el rugido fue grave y continuado. Mía le agarró el

collar enseguida, aunque si saltaba no iba a poder sujetarlo con su peso y estatura. Ella no era Stoker.

Brit dio un paso atrás mientras Ivy se escondía tras su hermana. Algo tremendamente ridículo cuando esta era mucho más alta. No se detuvieron hasta que pisaron el porche.

—Dejarte con el perro, en ese escalafón estás. —Les dieron la espalda y entraron en la casa.

Mía echó todo el aire de golpe.

—Nilo, me has acojonado. —Se inclinó en el suelo—. Qué susto.

El perro soltó la pelota sin dejar de jadear con su lengua caída a un lado. No sabía cómo había podido gruñir a nadie. Mía volvió a coger aire por la boca y bajó la cabeza apoyando la frente en la cabeza de Nilo para volver a echarlo de golpe.

—No te ofendas, que no es verdad lo que dicen. —Le rascó con fuerza en el cuello y hasta sus orejas se movieron. Mía levantó la cabeza—. No estoy en tu mismo escalafón. A ti te quiere más.

Esquivó el lengüetazo del perro.

—Al príncipe no le ha gustado la princesita desvalida cuando ha visto qué. —Ladeó la cabeza—. Sé por dónde iba. —Encogió la nariz—. Las dos iban por lo mismo.

Se puso en pie.

—Pedazo de gilipollas están hechas. —Nilo enseguida se dispuso a seguirla. Era curioso, era como si el perro una vez que Stoker no estaba, pasase verdaderamente a ser suyo. Le había visto los mismos detalles que le veía con su dueño. Se sentaba tras su silla en la biblioteca, se tumbaba junto a la cama, aunque aquella mañana lo encontró a los pies, sobre el colchón.

—Chico, quitamos las cacas y nos vamos a la biblio, ¿vale? —Pasó a la parte arenosa y cogió la pala—. A tu dueño ya le vale. —De noche era difícil verlas cubiertas de arena—. Aunque tengo que reconocer que sería peor si no estuvieses tú. Así estamos los dos estorbos juntos. —Hundió la pala y la levantó para llevarla a la basura de metal.

Suspiró mientras buscaba más minas en la arena, la primera noche pisó una.

—Además, te has quedado tan tirado como yo. —Volvió a echar el contenido de la pala a la basura. No se veía ninguna más, con el peso que tenían aquellas dos, pocas más habría echado.

Nilo llegó hasta sus piernas de nuevo buscando que le rascase.

—Y lo echas de menos. —Sacó la mano de los pelos de Nilo y se apresuró a salir de la parcela arenosa.

El perro apretó el hocico en el bolsillo y Mía sonrió. En el centro comercial había una tienda de mascotas. Le había llevado a Nilo un paquete de galletas blandas que desprendían un olor intenso y que a él parecían gustarle y mucho. Se sacó una y se la dio.

—Esto para compensar la pena —le dijo.

Tendría que comprarlas más grandes, esas no le duraban ni medio segundo, parecían ir directas a la garganta.

—Huelen a rayos, pero a ti te saben a gloria. —Le dio unas palmadas y abrió la puerta de la casa para entrar.

Bajó la mirada, Nilo seguía a su lado. No era ninguna molestia encargarse de él. De hecho, era al mirarlo cuando el gurruño del pecho se disipaba levemente. Era su perro, de él, algo que ella sabía que él quería. Y lo tenía con ella. Stoker se lo había dejado a ella.

Y eso es real.

Quizás era porque intentaba aferrarse a lo que fuera, pero de tantas cosas que se le pasaron por la cabeza desde que conoció a Stoker, Nilo era la única posibilidad que podía palpar de verdad.

Volvió a pasar la mano por la cabeza de Nilo.
No estaba en el nivel de un seto de la casa Stoker.

54

Con Nilo estaba conociendo en más profundidad el jardín de los Stoker. No sabía que había otra fuente, justo en la esquina, cerca de la garita del guarda de seguridad. Había un banco de piedra curvo, cubierto de cojines, y dos columpios de hierro también con cojines a juego, que a pesar de estar a la intemperie se encontraban tremendamente limpios.

Aquella esquina cuidada, decorada con más flores y aquellos cojines estaba tan escondida que le transmitía algo tétrico. Tanto que no se atrevía ni a sentarse.

Nilo se detuvo en el banco y comenzó a oler los cojines.

—Mía. —Era la voz del señor Stoker—. Te estaba buscando.

Nilo se apresuró a llegar hasta él, fueron solo unos segundos para que el hombre le rozase la cabeza y regresó hasta ella.

El señor Stoker miró la fuente un instante y luego a ella.

—Le he dicho a Brian que anule el vuelo, he decidido que iremos otro día.

Mis hermanastras van a estar que trinan. Por mi culpa, esta vez sí lo es.

—No sabemos la hora a la que vamos a regresar, no es exacta y tampoco quiero que llegues tarde. Y no me parece justo que vayamos sin ti —continuó el hombre.

—No me importa en absoluto —se apresuró a decir.

—Que no te importe a ti no significa que esté bien —la corrigió el hombre. Negó con la cabeza.

Austin Stoker echó una mirada hacia el banco de piedra y los cojines.

—Me resulta extraño ver a alguien aquí —dijo el hombre dando unos pasos hacia aquel rincón—. Desde que se reformó el jardín esto ha quedado aquí apartado.

—No lo había visto hasta hoy —dijo ella y lo vio girar la cabeza para mirarla aunque estuviese de espaldas. Gesto que le reconocía a su hijo, y que a ella tanto le gustaba.

—Y podrían haber pasado meses sin que lo vieras. —Stoker volvió a mirar hacia la fuente—. Era uno de los rincones nocturnos de la madre de Brian.

Mía se pasó la mano por el brazo enseguida. Lo que aquel lugar desprendía era precisamente eso, algo tétrico, un recuerdo congelado, uno triste, arrinconado, abandonado y escondido.

Contuvo la respiración.

—A ti tampoco es frecuente verte de día por aquí —añadió Austin y Mía sonrió levemente —. Por otras razones, claro.

Y ni siquiera aquel sábado debería haber estado allí, si Suki no hubiese cerrado la tienda porque tenían la primera actuación. Era la razón por la que le dijo al señor Stoker que no podría dar el paseo en avión, comer en otra ciudad, pasear y regresar. Le había prometido a Suki que iría a verlas.

—Fueron tantos años. —La joven bajó la barbilla al escucharlo. El suspiro de aquel hombre tampoco ayudó a que la sensación mejorase, volvió a pasarse la mano por el brazo—. Cuando conocí a Violet ella tenía tu edad.

Alzó la cabeza enseguida al escucharlo. Hizo el mismo sonido que hacía su hijo bajo el casco, el de una carcajada nasal.

—Y a los seis meses ya era la señora Stoker. Brian nació al año siguiente y ya comenzó la pesadilla.

Su cabeza comenzó a hacer cuentas, aquella mujer murió mucho más joven de lo que pensaba. Y evidentemente, era más joven que Austin Stoker. ¿Cuántos años?

Entornó los ojos hacia Stoker, intentando recordar la edad que dijo Kelly la primera vez que

habló de él. Ahora no recordaba ni siquiera si lo llegó a decir.

Austin dio unos pasos hacia atrás y se sentó en los cojines. Le hizo una señal para que se sentara. Mía se acercó al columpio que estaba justo junto al filo del banco donde estaba sentado Stoker.

Se balanceó suavemente, ni siquiera chirriaba, estaba completamente cuidado.

—Violet trabajaba en la tienda de uniformes que se encargaba de hacer los atuendos de los trabajadores de la empresa. —Le miró de reojo—. Aquel mes compré uniformes para dos veces más de la plantilla que tenía.

Mía bajó la cabeza para reír.

—Y un día le pregunté que si quería venir conmigo a cenar cuando cerrase la tienda y el taller. Y me dio un no rotundo y se metió en la trastienda. —En esa ocasión fue Stoker el que rio.

—¿Por qué? —Mía también reía.

—Al tiempo me confesó que era porque alguien le había dicho que no se fiara de los pilotos, que éramos unos golfos. Y no le faltaba razón.

La risa de Mía aumentó.

—Violet no era una mujer a la que le gustase salir como a otras de su edad. El tiempo que no trabajaba se dedicaba a cuidar de su tía, que estaba en silla de ruedas. Y a leer. Y como ves, también le gustaban las flores.

Mía recorrió los setos con la mirada, todos recortados al milímetro con sus correspondientes flores, que durante el día permanecían durmientes, esperando a la noche para desplegarse en todo su esplendor.

—Así que creo que nos habría puesto una cruz a todos los pilotos que llegásemos a la tienda. —El hombre se encogió de hombros.

—Insististe, imagino.

La risa de Austin aumentó.

—Una noche la esperé en la puerta y le dije que la quería acompañar a casa y aceptó. Y lo hice la siguiente noche. Y otra más… —Él también se detuvo en las flores que se asomaban entre los setos, las que desprendían aquel olor intenso por las noches—. Y después de unas dos semanas, de camino a su casa, le pedí que cenase conmigo. Y me dijo que sí.

—Quizás a usted lo vio diferente al resto —le dijo Mía empujando el suelo con el talón para que se balancease el columpio.

Él negó con la cabeza.

—Yo no era diferente al resto —sonrió—. Ella sí era diferente. Tanto que mientras cenábamos supe que iba a casarme con ella.

Mía se inclinó para mirarlo sonriendo.

—No sé lo que te ha contado mi hijo, pero te aseguro que la quise hasta el último día, y después de esos días. Y la sigo queriendo ahora.

—Noooo —susurró Mía acercando la mano a la mejilla del hombre. Lo vio sorber con rapidez aguantando lo que fuese que le habría sobrevenido.

—Al principio su enfermedad era liviana, no le impedía llevar una vida normal. Pero una vez tuvo a Brian, lo que fuera se aceleró —negó con la cabeza, esa vez Mía apartó la mirada para que el hombre se recuperase sin que estuviera a su vista—. Violet siempre quiso tener una niña. Pero cuando nació Brian dijo que ni en sueños imaginó tener un hijo tan hermoso, tan inteligente y, lo más importante, absolutamente sano.

Se hizo el silencio de nuevo.

—Brian me preguntó una vez —Austin se detuvo un instante para recuperar la voz—, que si

yo hubiese sabido que el embarazo fue el desencadenante, si me hubiese negado a tenerlo a él. —Esa vez el hombre la miró—. Por supuesto que no, porque él hizo a su madre más feliz de lo que yo la hubiese podido hacer jamás.

Mía acercó una mano hacia la de Austin y la apretó. Nilo se le metió entre las piernas y apoyó la barbilla en su muslo, mirando a Austin Stoker. El hombre bajó la mirada hacia el perro.

—Gracias por lo que estás haciendo con Nilo, debería encargarse Esteban, disculpa a mi hijo.

—No es ninguna molestia. —Apartó la mano del señor Stoker para agarrarse al columpio, no podía balancearlo con Nilo así—. Además, las gracias tengo que darlas yo.

—No eres ninguna molestia —respondió enseguida el hombre—. Es curioso. —Lo oyó coger aire y erguirse en el asiento, llenando sus pulmones por completo—. Violet siempre decía que tendría una hija. Una niña con pelo dorado que pasearía con ella por el jardín, para oler las flores y leer en estos bancos. —Miró de nuevo al hombre, que apretó los labios un instante—. Años después hay una joven de pelo dorado paseando por este jardín y leyendo en estos bancos.

Lo había hecho las dos últimas noches en las que estaban más cercanos a la casa, mientras Nilo corría de un lado a otro y se cansaba para que luego no estuviese toda la noche de una punta a otra de la habitación despertándola con estornudos y otros ruidos. No sabía que él la había visto.

—Siento haberte dado la tabarra con mis historias —dijo el hombre con cierta ironía y ella sonrió negando con la cabeza.

Nilo levantó las orejas y de inmediato la cabeza. Se retiró de Mía enseguida y ambos tuvieron que girarse para mirar qué había llamado la atención del perro.

Y lo del pecho de Mía se desplegó enorme, como si hubiese estado esperando, conteniéndolo y agolpándolo durante días, haciéndolo crecer para soltarlo todo de golpe y desestabilizarla por completo.

—Esteban me ha dicho que estabas aquí —Brian se dirigió a su padre.

Nilo se acercó a él un instante, un leve instante, ni siquiera esperó a que Stoker lo alcanzase con la mano, regresó con ella, metiéndose entre sus piernas y apoyando la barbilla en su muslo.

Y al fin Brian bajó la cabeza para mirar al perro y a ella.

—¿Esto que es? —rio y su padre rio con él.

—Ya ves, en cuanto faltas te reemplazan —respondió el hombre a su hijo acariciando a Nilo.

Stoker se acercó a ellos sin dejar de mirar a Nilo con cierto desconcierto. Mía notó cierto balanceo en el columpio, Stoker se había agarrado a él.

—¿Por qué ese cambio esta mañana? —preguntó a su padre de nuevo.

El hombre y Mía alzaron la mirada hacia él.

—Porque Mía hoy no puede, tiene que estar aquí antes de las ocho.

Tuvo que contener la sonrisa y congelar los músculos de la cara cuando vio la sorpresa en la cara de Stoker.

—Prefiero hacerlo un día que podamos todos.

Stoker soltó el columpio y se retiró de él.

—Pues yo no sé si podré otro día —respondió y ella lo miró de reojo.

—Seguro que encontramos el momento, no hay prisa —dijo el hombre.

Mía volvió a meter los dedos en el pelo de Nilo. El gesto del perro, que no se retiraba de ella aunque estuviese allí su dueño y la expresión de sorpresa que Stoker no había podido contener, unido al despliegue del pecho, hicieron que algo le subiese ombligo arriba, algo que le daba energía y fuerza y unas ganas de enfrentar las circunstancias un tanto irremediables. Y eso era extraño en ella.

Se puso en pie y Nilo se retiró de ella para dejarla pasar. Ver que el perro pensaba seguirla aumentó aún más todo lo de dentro.

—Lo siento, me he dejado el teléfono arriba. —Y se lo había dejado, pero no tenía importancia cuando nadie iba a llamarla.

—Mía —le dijo Austin—. ¿Necesitarás el coche hoy?

—Para ir sí, para volver no. —Intentó controlar los músculos de la cara para no hacer ningún gesto—. Hasta mañana.

Se quedaría en casa de Suki.

—Perfecto —dijo el señor Stoker—. Que lo pases bien, Mía.

Alzó la mano para despedirse del señor Stoker y de Brian.

Y te vas a quedar con las ganas de saber a dónde voy. Que te he visto querer preguntarlo dos veces y no te has atrevido delante de tu padre.

Nilo la seguía.

—Oye, mi perro. —Se detuvo y giró la cabeza para mirarlo.

Miró a Nilo y lo empujó para que regresase con él. Y el animal avanzó hasta Stoker y se dejó acariciar.

Mía siguió su camino, no había atravesado el arco de setos por el que se accedía a aquel rincón cuando ya lo tuvo de nuevo con ella. Desde allí se oían las carcajadas del padre de Stoker.

55

Sería el lugar al que iba aquella noche, pero estaba en bucle escuchando uno de los discos que Suki solía poner en la tienda. Como si ya no lo hubiese escuchado lo suficiente. Pero ayudaba y mucho a la energía que mantenía por dentro.

No esperaba ver a Stoker con aquella cara cuando su padre le dijo que ella no estaría, era una mezcla de sorpresa, decepción y hasta un hilo de resentimiento, supuso que Nilo tenía algo que ver en el asunto.

Había puesto un espejo de aumento sobre el escritorio, Jimena le había explicado una línea de ojo que según ella le iría perfecta a los suyos.

Había sacado la lengua mientras extendía el gel con un pincel.

—Como una punta de flecha. —Cerró el ojo, lo había borrado cinco veces y vuelto a hacer. Una raya sementera, gruesa, ojo de gato, que le estiraba los ojos haciéndolos menos redondos. Y que quedaba muy bien aunque no se echase sombra de ningún tipo.

Se miró el otro.

—Uno a la primera, el otro al sexto intento —resopló.

Se puso en pie para mirarse. Había cambiado el lazo negro enorme por una diadema que le había dado Suki. Ladeó la cabeza para poner la postura que ponían todas ellas para las fotos. Por suerte, el vestido que le había dejado Suki, y que era de una amiga, no era del todo salido de un cómic. Solo era un vestido rosa con la parte de arriba de elástico y una falda de dos volantes. Encima llevaba una chaqueta vaquera corta. Le dijeron que se lo pusiera con unas botas bastas de cordones, no lo veía muy claro. Pero una vez visto todo junto, llevaban razón.

Acabó con el rímel, más iluminador que de costumbre, consejo de Jimena, y brillo rosa en los labios.

Creo que no voy a desentonar del todo allí.

Se dio media vuelta para mirarse por detrás, llevaba bajo el vestido unos *shorts* por si acaso los volantes le jugaban una mala pasada. No estaba acostumbrada a los vestidos.

Movió la cabeza al ritmo de la canción, aquel estribillo tenía algunas frases en inglés.

Comenzó a reír.

—Al fin las locas me meten en esto. —Su risa se amplió. Volvió a entonar las frases en inglés.

Nilo pasó por delante de ella casi dejándola caer para dirigirse hacia la puerta. Movía el rabo sin ladrar.

Ostras.

Era Stoker, Nilo se lo estaba diciendo. Comprobó que no tenía ningún churrete en la cara de pintura y quitó la música. Por suerte no estaba muy fuerte, no sabía si se escucharía desde fuera, supuso que no.

Abrió la puerta y la expresión que Stoker había puesto en el rincón de la fuente se repitió de nuevo. Aunque esa vez intentó disimularla bajando la cabeza hacia Nilo y cogiéndolo del collar.

—He venido a por mi perro. —Tiró de él mientras el perro se dejaba caer a un lado para que tuviese que arrastrarlo—. Muchas gracias por encargarte de él, ya veo que ha ido muy bien.

—Claro. —Ella lo ayudó empujando el culo del perro hacia fuera.

—¿Los pelos de perro bien? —Lo oyó preguntar con cierto sarcasmo y tuvo que contener la sonrisa.

—Con el rodillo sí, pero Cathelyn ha tenido que cambiar la colcha todos los días. No tendrías que dejarlo dormir en la cama.

Stoker levantó la cabeza enseguida.

—Yo no lo dejo dormir en la cama —respondió y ella alzó las cejas.

—Un detalle que tendrías que haberme dicho.

Stoker soltó al perro y lo miró negando con la cabeza.

—Menudo cara dura. Vamos —le dijo a Nilo.

Ella tuvo que contener la sonrisa de nuevo. Se echó mano a la parte trasera de los volantes y se irguió enseguida. No podía seguir ayudando a Stoker sin enseñar el culo.

Si es que no estoy acostumbrada a faldas.

Aún menos de vuelo y tan cortas. Los *shorts* habían sido más que necesarios.

Él se irguió y se apoyó con una mano en el marco de la puerta sin dejar de mirar al perro, que hizo el intento de meterse más adentro de la habitación, pero encogido, como si quisiera mimetizarse en el suelo y que no lo viesen. Hizo reír hasta a Stoker.

—¿Me he quedado sin perro? —preguntó frunciendo el ceño.

—No. —Ella metió la pierna para detener a Nilo mientras se bajaba los volantes con la mano.

Volantes, donde tenía la mirada fija Stoker, quizás ahora estaba siendo consciente, detalle por detalle.

—No vienes hasta mañana —le dijo—. ¿Y las clases y todas esas cosas que tenías que entregar y estudiar?

Pero ¿qué le pasa hoy? ¿Tanto estrés da el avión?

—Ya está hecho todo —respondió y él alzó las cejas—. Están en el escritorio de la biblioteca. Me faltaba planificación y distribución del tiempo. Una de las amigas de Suki es especialista en eso.

Stoker asentía sin perder aquella expresión de mandíbula tensada.

No sé si será por el perro, pero me está hasta gustando verlo así. Está como resentido, ¿no?

Él volvió a inclinarse para arrastrar a Nilo.

—Ya veo que has solucionado tu problema de transporte.

¿En serio?

—Lo hiciste tú antes de irte. —Cuando eras encantador la mayor parte del tiempo y no como has venido.

Stoker soltó a Nilo de nuevo.

—Te lo decía porque como ahora posiblemente no vuelvas a montarte conmigo en la moto, quizás necesite el mono.

Mía bajó la barbilla.

¿Me está insinuando que va a quedar con una tía? Sí, me está insinuando que va a quedar con una tía.

—¿Lo quieres ahora? —Intentó que su cara no reflejase nada. Ni siquiera la sorpresa de que no hubiese caído una sola piedra pecho abajo, hasta el suelo. Solo calor. Un calor enorme.

—Ya que lo dices, sí. —Stoker había alzado la barbilla para bajar los ojos más al mirarla.

Se retiró de la puerta, pasándose las manos por los volantes de atrás antes de darle la espalda.

—Déjalo. —Apenas había entrado en el vestidor—. Otro día me lo sube Cathelyn.

¿Ahora no lo quiere?

Se mordió la lengua. Aquel calor le estaba gustando.

—No me importa, ya lo tengo aquí —alzó la voz para que la oyese. Y el calor aumentó.

Esta sensación no la conocía.

Subía pecho arriba hasta la garganta y hasta las punzadas eran placenteras.

—No lo quiero. —Lo oyó decir desde la puerta.

Mía encogió la nariz.

¿No lo quiere, dice ahora?

—Cuando lo necesite te lo pediré —añadió Stoker y ella se asomó.

—¿No será más fácil tenerlo tú?

Él movió la mano y Mía volvió a colgar el mono. Regresó a la puerta, Stoker no se iba.

—¿Has dormido poco? —preguntó cogiendo el bolso redondo vaquero con pequeños volantes que hizo Jimena para el conjunto. En tan solo unos minutos.

—No, ¿por qué?

Mía salió de la habitación y cerró la puerta. Nilo la seguía a ella.

—Se te ve cansado —dijo al pasar por su lado, seguía apoyado en el marco de la puerta, ya cerrada, a pesar de que ella había pasado a milímetros de él.

—Pues no estoy cansado. —Stoker se dio la vuelta para ponerse de cara a ella—. De hecho, quizás salga hoy.

Ella lo miró de reojo.

—Entonces, ¿te saco el mono o no?

Es que este calor me está dando un morbazo*… Y él así también. Es como si se estuviese inflando.*

Stoker dio unos pasos hacia ella y le cogió la barbilla mientras bajaba los ojos hacia la parte izquierda de sus labios. Pasó el pulgar, tendría alguna mancha, no se habría mirado bien.

No quiere el mono. No ha tenido intención de llevárselo en ningún momento.

El calor se disipó para dejar paso a una sensación tremendamente placentera. Una que la animaba a auparse y levantar la cabeza hasta alcanzarle la barbilla, y algo más arriba.

Los labios gruesos de Stoker calmarían aquel calor del pecho, quizás era lo que le estaba pidiendo el cuerpo. Por su mano en su cara tuvo aquel efecto placentero.

Lo de este hombre y mi cuerpo no es ni medio normal.

Contenerse, cómo y por qué, si era su cuerpo el que se lo pedía. Se lo llevaba pidiendo desde que aquellos pinchazos de fuego comenzaron en el rincón de la fuente cuando lo vio con aquella expresión.

Pero los pinchazos no los había sentido nunca y le gustaban, y quizás aún podían aumentar más. Bajó la barbilla alejándola de él, de su mano y de su barbilla.

—Voy tarde. —Dio un paso atrás para alcanzar las escaleras—. Buenas noches.

Bajó las escaleras mientras Nilo la seguía.

56

—Mía, abróchame esto —le pidió Suki. Se escuchaba la música de otro grupo, desafinaban demasiado.

—Estoy temblando —dijo otra de ellas.

Subió la cremallera del corpiño de Suki.

—Lo vais a hacer muy bien. —Se retiró de Suki y cogió el móvil. Lo llevaba colgado del cuello y en vibración para poder sentirlo entre tanto alboroto.

El camerino tenía un espacio mínimo. Tuvo que apartarse para que Tainaka, una de ellas, pasase con el bajo colgado.

Suki la miró de reojo, le encantaba cómo le quedaba la peluca rosa.

—¿Qué pasa? —le preguntó cuando la vio abriendo una foto.

—Es Stoker. —Ladeó la cabeza viendo una foto de Nilo acostado en el suelo delante de su puerta del dormitorio cerrada.

—¿El piloto? —La del bajo se dio la vuelta enseguida para mirar su móvil.

Y se vio rodeada de tul, pelucas y guitarras eléctricas.

—No le respondas —dijo Jimena.

La chica del bajo empujó a su amiga.

—¿Cómo no le va a responder, con lo buenísimo que está? —Volvió a asomarse al móvil y le dio con el dedo a la foto del perfil de Stoker para que se abriese—. Mira.

Nakano se echó la guitarra atrás para cruzársela en la espalda y poder acercarse.

—Lo que tendrías que decirle es que se viniera para aquí —dijo y rieron—. Sayu, ¿tú que dices?

A veces le era difícil encajar a Jimena en aquel nombre, Sayuri. Pero para Jimena parecía ser su nombre de pila de toda la vida. Miró a Suki antes de mirarla a ella, alzó la mano e hizo como un corte con ella en el aire.

—No le escribas. —La abuchearon.

—¿Por qué? —preguntó Tainaka.

—Porque no le ha escrito en días, ¿por qué le escribe hoy? ¿Porque ha vuelto y se aburre? Que juegue con el perro.

La última de las chicas en acercarse, Kagura, emitió un «uh» largo y agudo.

—Tía. —Era Tainaka de nuevo—. ¿Pero tú has visto a este muñeco? Yo pegaría un póster suyo en mi cuarto si tuviese sitio.

Volvieron a reír.

«¿Qué hago?». Fue el mensaje que escribió después.

Suki puso la mano sobre la pantalla del móvil.

—Muñeca, mírame. —Suki hasta le sujetó la barbilla para que no la moviese—. ¿Te gusta?

Sintió pedorretas a los lados.

—Suki, tiene cojones la preguntita. —Aún no reconocía las voces si no las miraba—. ¿Cómo no le va a gustar?

Mía tragó saliva.

—¿Has caído como una idiota, verdad? —Suki bajó la voz y entornó los ojos—. ¿Has caído del todo? Con alma y cuerpo, me refiero.

Se oyeron risas. Mía negó con la cabeza, las risas aumentaron. Suki la soltó.

—Yo voto por que le responda —dijo y sus amigas aplaudieron, salvo Jimena, que se cruzó de brazos.

Mía se acercó el teléfono a la boca para grabar.

—Puede ser por las galletas, están en el primer cajón del escritorio, a la izquierda. —Soltó el botón.

Apretó los labios y los soltó emitiendo un sonido. Miró a las chicas que observaban su cara.

—Ya se acabó —dijo Suki—. Hasta dentro de media hora nada.

Tainaka puso un dedo en el móvil de Mía.

—Este está muy bueno, ¿pueden ser veinte minutos? —dijo Tainaka y rompieron en carcajadas.

Suki negó con el dedo y volvieron a reír. Hasta Mía se llevó la mano a la cara riendo.

Jimena la empujó suavemente por los hombros hasta alejarla del grupo.

—A pesar de lo que pueda aparentar —le dijo—, me gustó la forma en la que te buscaba la otra noche.

Mía le quitó una mancha de purpurina que Jimena tenía a un lado de la barbilla.

—Pero ha llegado hoy tan… raro —negó levemente con la cabeza y encogió la nariz.

—A ver, Mía, tienes que partir de la base de que los tíos tienen un pequeño porcentaje potente de Neandertal —respondió la chica y Mía rio—. Y otro porcentaje potente de gilipollas, así en general. —La risa de Mía se convirtió en carcajadas—. Entonces es bueno darle un margen de estupideces de dudosa explicación. De ahí en adelante es cuando tienes que valorarlo.

Se llevó la mano a la cara para reír.

—Me ha dicho Suki que nunca has tenido novio. —Jimena ladeó la cabeza sin dejar de mirarla—. No has tenido ninguna fase de calentamiento ni de entrenamiento, tendrías que salir directamente al juego de élite. —Se encogió de hombros—. Chica, es lo que hay.

—Tendría que pasar de él, ¿verdad? —dijo Mía y Jimena sacudió la cabeza.

—Al contrario, te estoy diciendo que salgas a jugar.

Mía abrió la boca. Jimena le dio unas palmadas en el hombro.

—Tenemos que salir. —Jimena hizo una señal con la mano al resto para que la siguieran.

—¿Entonces le escribo o no le escribo? —preguntó al verlas pasar.

Suki se giró para mirarla.

—Haz lo que te parezca, es una regla que impusimos, pero aquí todas se las saltan y hacen lo que les sale del higo. —Se oyó una risa, no sabía de quién era—. Haz lo que te salga a ti.

Fueron saliendo una por una del camerino.

—Grábanos —dijo una de ellas.

Chat alternativo

Blake: Bravoooooo.

Vicky: Ole, Cenicienta.

Claudia: Esa reinaaaaa.

Wilde: Ay, Stoker.

Marlowe: A ver por dónde sale ahora este.

Byron: Aquí sigue dando vueltas, me ha pedido que toque, pero no me deja ni concentrarme. He tenido que dejar de tocar. Me ha preguntado que si quiero salir.

Marlowe: ¿Ves? Quiere sacarle a la chica dónde está para ir. Pégale una colleja.

Blake: ¿Con quién le has dicho que hablas?

Byron: Con el grupo de música.

Wilde: Cuando te vea dar la primera carcajada se va a creer que estás hablando con los de la música por los cojones.

Byron: Pues no digáis burradas.

Hércules: ¿Pero le ha preguntado dónde está?

Byron: Creo que sí. Pero ella tarda mucho en contestarle.

Blake: Bravoooo.

Wilde: Bien por la chica.

Hércules: Que se joda.

Natalia: Bravo.

Claudia: Sí, señora.

Byron: Atentos, le ha respondido que donde está no va a gustarle. Que no es su rollo.

Wilde: Jajajaja.

Marlowe: Bien.

Blake: Toma, Stoker.

Mayte: ¿Vosotros sois sus amigos?

57

Contra todo pronóstico, hasta el de ellas mismas, Suki y las suyas habían pasado de fase en el concurso. Así que la celebración fue larga, demasiado larga para lo que estaba acostumbrada. Era como si a las cinco les hubiesen dado cuerda para siete meses, una vez en la habitación de Suki, no dejaban de hablar sin parar y reír.

Mía recordó haber cerrado los ojos por la mañana, a la hora del desayuno de la cafetería del padre de Suki.

Y los abrió quizás demasiado tarde también. Pagaría aquel descontrol de sueño toda la semana.

—Tía, qué fuerte —decía Nakano tirando la bandeja con los restos en la basura del burguer.

Habían pensado en almorzar antes de irse cada una a su casa. Pero a aquella hora ya no había más que cadenas de hamburgueserías con comida.

—Yo no me lo creo todavía —respondió Jimena sorbiendo las últimas gotas de refresco.

Mía sonrió vaciando su bandeja también. Ya había llamado al chófer de los Stoker.

—Ni siquiera vosotras confiáis en vosotras. Mala cosa —les dijo.

Suki tenía el codo apoyado en la mesa, entre papeles arrugados de envolturas de hamburguesas.

—Mía, ¿tú dabas una libra por nosotras?

—Sonáis bien y me gusta cómo canta Jimena. —Jimena sonrió al cumplido.

Suki no cambió su postura un ápice. Ya sin peluca, su cara cambiaba por completo. Habían dejado de parecer muñecas, ahora eran reales de nuevo. Sabía que todas ellas, una por una, preferían su otra versión.

—¿Te ha vuelto a escribir?

Mía negó con la cabeza. Su último mensaje, en el que le dijo que el sitio no era de su rollo, no obtuvo respuesta. Vio a través del cristal al chófer de los Stoker.

—Tengo que irme, os veo mañana.

—Descansa, que vaya noche —le dijo Suki y todas rieron.

El chófer de los Stoker era un hombre serio y poco hablador. Supuso que eso sería parte de su contrato. Se subió al coche y enseguida emprendieron la marcha hacia la casa.

Tenía más sueño del que pensaba, estaba como lenta y adormilada. Dejó caer la nuca atrás y cerró los ojos. Allí perdió la noción.

—Señorita Austen. —Era una voz lejana, muy lejana—. Señorita Austen, hemos llegado.

El sonido de un motor fuerte, como el de un avión, la sobresaltó. Por un momento no supo dónde estaba, si era de noche, de día, ni si tenía que irse directa a trabajar.

Le dolía el cuello de la postura, giró la cabeza y lo notó crujir. El sonido del motor fuerte sonó de nuevo. La puerta estaba abierta, el chófer estaba junto a ella, y detrás de él una moto grande y negra haciendo un ruido tremendo.

Cerró las piernas de inmediato y se irguió enseguida.

—Lo siento. —Se dispuso a salir.

La verja se cerraba, Stoker habría entrado tras ellos.

Vamos, que me ha visto roncando en el asiento de atrás.

Y la despertó a acelerones del motor, aunque la moto estaba ya parada.

Se bajó del coche y cogió su bolso, iba algo mareada. Sacudió la cabeza y dio unos pasos. Solo esperaba que durmiendo no se hubiese restregado la cara, Jimena le había pintado los

rabillos perfectos, no quería que ahora Stoker la viese como un mapache.

Se cruzó con él en el suelo del porche, y Stoker alzó las cejas enseguida.

Sí, llevo la misma ropa de anoche.

Como más le gustaba Brian Stoker era vestido en tonos marrones. Si hubiese podido detenerse a mirarlo mejor, seguramente el suelo se habría perdido. Pero él parecía más pendiente de su ropa.

Mía había dormido con los *shorts* y una camiseta de Suki. Pero tal y como se encontraba, quizás volviese a levantarse con la misma ropa la mañana siguiente, porque caería muerta en la cama.

Tuvo que dar un paso atrás al ver a Nilo encima. Por suerte la pared no estaba lejos y pudo apoyarse en ella. Esa vez tuvo que quitárselo sola de encima, Stoker no hizo absolutamente nada.

—Nilo. —Le apartó la cara para que no la alcanzase con la lengua y lo echó abajo.

Pudo verse en la sombra de la pared de la escalera que su pelo a un lado no estaba totalmente peinado, sería del coche. La diadema la perdió en el dormitorio de Suki, y no la habían encontrado. Se pasó la mano por el pelo y se dispuso a subir los escalones.

—¿Eres capaz de llegar hasta arriba? —Su voz desprendía todo eso de la tarde anterior.

Y el calor empieza.

No le respondió, subió los primeros escalones. Pero vio que Stoker se quedó abajo y se detuvo para ponerse la mano en la parte trasera de los volantes y esperar a que se adelantase a ella. Él no lo hacía, así que se giró para mirarlo.

Y era justo lo que él estaba mirando, los volantes de su falda, quizás para comprobar dónde estaba el límite o lo que había debajo.

—¿Así has estado toda la noche? ¿Intentando pasar la última? —La rebasó en la escalera, ella lo siguió con la mirada.

—No había escaleras —respondió y siguió ascendiendo tras Stoker.

Stoker se detuvo en la entreplanta que llevaba a la habitación de Mía y esperó a que ella pasase delante, pero fue Nilo el primero en pasar y llegar hasta la puerta de su dormitorio.

—No eran las galletas —dijo Stoker con peor tono.

—Quizás sea tu actitud —lo dijo demasiado rápido, sin pensar, sin meditar ni un segundo lo que estaba a punto de decir.

Mierda.

Tendría que ser el sueño, que le mermó la paciencia y la cordura.

Llegó a la puerta y se apresuró a abrir.

—Mi actitud. —No podría escabullirse, tenía que enfrentar lo que había dicho. Tuvo que dar media vuelta y ponerse frente a él—. ¿Qué le pasa a mi actitud?

Stoker había acortado distancias. Tan cerca era complicado hablar con él. Pero al menos el sueño se estaba disipando considerablemente.

—Estás…

Imbécil.

Stoker se inclinó levemente hacia ella, como lo hizo la noche anterior.

—Dilo —dijo él y se inclinó aún más, demasiado cerca esa vez. Ni siquiera tendría que alzarse para alcanzarle la barbilla.

Era ver en primer plano toda la perfección masculina en una sola muestra. La forma curva de sus labios estaba tan cerca que hasta pudo sentir el leve aliento de su respirar.

—No vas a decirlo. —Dio un paso atrás, pero corto, lo suficiente para retirarse una mínima parte de ella.

Mía alzó las cejas.

—Como hay otras cosas que no eres capaz de decir —añadió él.

Mía frunció el ceño.

—¿Qué estás diciendo? —Su cuerpo quiso huir, como decía Jimena, aquello era comenzar a jugar directamente en la élite. No estaba preparada. Agarró el pomo para entrar y darle con la puerta aunque fuese en las narices.

—Que eres infantil y yo tengo que dejar de perder mi tiempo —respondió.

¿Cómo?

Sus piernas, que estaban dispuestas a entrar en el dormitorio, se detuvieron de inmediato.

Más calor.

—¿Yo, infantil?

Stoker volvió a acortar distancias con ella.

—Dilo. ¿Lo piensas? Pues dímelo en voz alta.

Ella se alzó de puntillas. El fuego era enorme.

—No sé si ya te fuiste de aquí hecho un capullo, y por eso ni siquiera te despediste de mí, o si solo has regresado hecho un capullo. Es como si tuvieses un berrinche absurdo. ¿Me dices a mí infantil? Tú sí que eres infantil.

Stoker se retiró de ella de inmediato. Sus palabras habían conseguido tensarlo más de lo que esperaba.

—¿Quieres saber lo que es infantil? Infantil es dejar caer un zapato por un balcón y ni siquiera bajar a disculparte.

Hostias.

—No —replicó y Stoker alzó las cejas.

—¿No reconoces que es tuyo? No has sido capaz de ir a recogerlo. Ni siquiera de decirme que es tuyo. ¿No eres infantil?

Ella dio unos pasos hacia él. El calor subía y le cosquilleaba la garganta.

—Infantil también es pinchar las ruedas de la bici o echarle la moto encima para que no pudiese cogerla. ¿Lo reconoces?

—No.

—Entonces el zapato no es mío.

Puso un pie dentro del dormitorio. Pero Stoker se inclinó acortando distancias de nuevo.

—¿Reconoces la atracción desde el primer día? Porque te la he visto en cada momento.

—¡No!

Había alzado demasiado la voz por la sorpresa de la pregunta, no la esperaba, no la esperaba en absoluto. Se había delatado sola, aquel «no» sonó tan exagerado que sonó a un «sí» cobarde.

Infantil.

—No —repitió él con un aire soberbio. Acababa de agarrarla por la parte de atrás de la cintura.

—¿La reconoces tú? —Fue rápida en replicar y Stoker apartó de inmediato sus brazos de ella, como si su cuerpo lo estuviese quemando.

—Por supuesto que no. —Sonó a evidencia absoluta.

Mía dio un paso hacia el interior del dormitorio y dejó suelta la puerta que basculó hasta que quedó a media distancia del marco. Stoker se alejaba.

—¿No es tu zapato?

—No. —Apretó los labios, él ya subía las escaleras.

—Pues sube a probártelo y demuéstralo.

Cerró la puerta de golpe y se llevó la mano a la frente.

Joder.

Jugar se le daba tremendamente mal. Se llevó la mano a la garganta, le seguía picando, y el calor en el pecho aumentaba por segundos.

Jugar.

No sabía.

Infantil.

Bajó la barbilla y contuvo la respiración.

El calor la ahogaba.

Su cuerpo no quería negarse a seguir jugando.

Consecuencias. No quería saberlas.

58

Enseguida oyó cómo llamaban a la puerta y sintió a Nilo exhalar aire por debajo de la puerta. No habían pasado ni cinco minutos, ni siquiera había podido calmarse.

No esperaba que subiese a por el zapato, era más, estaba seguro de que no lo haría. Pero allí estaba. Tras la puerta. Dispuesta a aceptar que era suyo y seguramente a disculparse.

Abrió la puerta y la dejó entreabierta, fue Nilo el primero en entrar.

—Pasa. —Se alejó de la puerta casi sin mirarla, lo justo para ver que se había quitado la chaqueta vaquera.

Desde la noche anterior sentía la curiosidad por saber cómo era el vestido sin chaqueta. Quizás porque era elástico y estaba acostumbrado a verla con jersey, salvo el día que se desabrochó el mono y pudo verla con una camiseta de algodón algo más ajustada.

Cogió el zapato y salió al salón. Mía estaba a media distancia entre la puerta y el sofá, era la primera vez que podía intuir su cuerpo casi al completo a través de la ropa.

—¿Te suena? —preguntó en el único tono que le salió, que no era el mejor.

—No. —Y su respuesta hizo que el calor que se aplacaba despacio se diera la vuelta de golpe.

Mía seguía empecinada cuando él sabía bien que nadie en toda la casa tenía un número tan pequeño de pie.

La vio bajar la mirada hacia el zapato cuando lo tuvo a apenas un par de metros. Sus pestañas desde aquella perspectiva eran dos abanicos enormes que hacían sombra en sus mejillas redondeadas. Y alargó la mano para cogerlo. No solo sus pies eran pequeños. Ahora que le veía el brazo desnudo, por primera vez, pudo comprobar que también sus muñecas eran estrechas, tanto como sus tobillos. No le sería fácil encontrar zapatos. Las botas que compró con el mono de piel tuvo que cogerlas un número más porque no las hacían más pequeñas.

Tanto se había fijado en la parte de arriba del vestido de Mía que no fue consciente de que iba descalza hasta aquel momento. La vio hacer el intento de coger el zapato de su mano, pero fue rápido en apartarlo.

Si pensaba escabullirse de probárselo delante de él, no pensaba dejarla.

La vio abrir la boca para decir algo, pero la joven la cerró enseguida.

—¿Te importa? —preguntó él alzando el zapato.

Mía estaba seria, en silencio, como si estuviesen a punto de pillarle una travesura.

Así que dio un paso más hacia ella y se inclinó en el suelo dejando caer en él una rodilla. La vio levantar uno de sus talones despacio y enseguida él lo agarró para alzarlo, con cuidado para que no perdiese el equilibrio, pero su cuerpo no basculó en absoluto, así que lo alzó algo más hasta que tuvo su pie a la altura de su pecho.

—¿No es tuyo? —Colocó el zapato junto a su pie—. ¿Estás segura?

—Segura.

La rodilla de Mía se movió al inclinar la punta del pie para que le pusiese el zapato.

—Lo veremos. —Metió los dedos de la joven dentro del zapato y encajó la parte delantera, aún le faltaba meter el talón, pero simplemente así era evidente que le estaba bien.

Subió los dedos hasta su tobillo y los tensó levemente contra él para acabar de ponerle el zapato.

Y sigue diciendo que no es suoa.

Alzó los ojos para lanzarle una mirada vacilante antes de empujar el tacón para que la planta

le encajase dentro.

Pero enseguida sus ojos se desviaron hacia los volantes del vestido, entre ellos, estaban los muslos desnudos de Mía que acababan en cierta oscuridad. Sintió el movimiento en la mano, ella misma había empujado el zapato y con aquel movimiento sus muslos se separaron y aquella oscuridad pareció abrirse, partirse en dos y dejar entrever un interior rosado que seguía despegándose y mostrando su interior.

—Ya has comprobado que no es mío. —La oyó decir mientras el zapato caía al suelo.

Le soltó el tobillo de inmediato. Ella se inclinó para recoger el zapato.

—Creo que me debes una disculpa —añadió ella cogiendo el zapato del suelo—. Lo tiraré a la basura por ti.

Stoker apretó los labios, seguía con la rodilla en el suelo, si alzaba la mirada aunque fuese un instante, se desviaría sin remedio de nuevo, aunque ella ya no tuviese la pierna alzada.

Cogió aire despacio y lo contuvo. La tensión en su pantalón había sido inmediata y quizás hasta evidente.

—¡Nilo! —Vio al perro pasar por su lado veloz.

La puerta se cerró.

Se llevó la mano a la frente.

Tenía que apagarse, por fuera y por dentro.

Iría directo a la ducha.

59

«Jajajaja». Era lo único que lograba ver en el chat de los Misters.

Blake fue el primero en escribir algo coherente.

«Eso de que tenía cara de angelito que no ha roto un plato y que le ponías un lacito y era Alicia la de Wonderland, ¿cómo era?».

«Qué os gusta tocar las narices», le respondió y las risas se multiplicaron.

«Espérate, espérate», era Hércules, «nos estás diciendo que después de la que has liado con el zapato, la chica ha llegado, se lo ha probado delante de tus narices, ¿y ni siquiera lo has visto?».

«Y encima se lo ha llevado», añadió Wilde.

«Sí, así ha sido», escribió Blake.

Volvieron las risas.

«¿Tú eras el que decía que nada superaría la obra número cinco?». Era Hércules de nuevo. «Pues te acaban de hacer un jugadón de nivel».

Más risas.

«Te habrás dado una ducha, imagino», era Marlowe.

«Y se tendrá que dar otra en un rato», dijo Wilde y todos rieron de nuevo.

«¿Podemos decirte ya que te lo mereces?», escribió Blake y se apresuró a contestar.

«No».

Solo provocó más risas.

Entró un mensaje de voz de Blake.

—Con la que ha dado a todo el mundo con el dichoso zapato. —Lloraba de la risa.

«Es que ha sido un auténtico jugadón», dijo Hércules. «Necesitabas cruzarte con una reina y no lo sabías».

Hasta Byron ponía risas sin parar.

Tú ríete también, que verás.

Wilde escribía.

«Stoker paralizado por eso. A mí se me está cayendo un mito».

Muchas más risas.

«Se ha unido que ella le gusta mucho más de lo que aún está digiriendo, y que es lo último que se esperaba. La frescura y la poca vergüenza se le ha cortado de golpe», dijo Marlowe.

«Y la chulería», añadió Hércules.

Soltó el móvil. Cuanto más lo pensaba más se encendía, lo malo era que lo hacía en más sentidos de los que hubiese querido.

Negó con la cabeza, si pensaba era peor. Nunca se le dio bien pensar.

Salió del dormitorio y bajó los escalones con rapidez, tanto que en los últimos dio un salto y cayó frente a la puerta del dormitorio de Mía. Llamó con el puño.

Se escuchó algo al otro lado, una silla arrastrarse. Pero tardaba demasiado en abrir. Puso el puño para llamar de nuevo, pero se arrepintió en el último momento y bajó el brazo.

Quizás no quería abrirle. No estaba dormida, había oído la silla.

Cogió aire despacio. Ya se estaba arrepintiendo de haber bajado a seguir haciendo el imbécil.

Alzó las cejas al escuchar la puerta, se abría. Mía ya no tenía el vestido rosa, ahora llevaba un jersey, solo un jersey que le quedaba como un vestido y que ya le había visto, ese u otro parecido, con los *leggins* o con pantalones vaqueros.

—¿Por qué has hecho eso? —Por su tono se recordó a Hércules cuando le recriminaba una actitud.

—¿Qué? —preguntó ella.

Ya ni siquiera le parecía la cara de un angelito, estaba claro que no lo era si se le buscaba las cosquillas. Era hermosa, más de lo que era capaz de reconocer, no podía ver nada más al mirarla que una mujer que conseguía que hiciese el imbécil una y otra vez sin encontrar muchas razones para hacerlo que no fuesen bochornosas.

Cogió aire y lo fue soltando mientras bajaba la mirada hacia los labios de Mía.

—¿Qué es lo que buscas?

Si era confundirlo, fastidiarlo o sacarlo de quicio, tenía el poder de hacerlo cuando quisiera, a pesar de tener poca habilidad.

—Me dijiste que subiese a probarme el zapato. He subido a probarme el zapato. —Ella se retiró de la puerta sin cerrarla.

La agarró de la manga del jersey para que no se alejase más.

Con jersey o con un vestido rosa, con cualquier cosa que se colocara y posiblemente aún más con ninguna. Mía le atraía sobremanera, y el plano había cambiado a uno que no esperaba. Y en ese estaba comprobando que aún tenía menos formas de defenderse. No con ella.

Dio un paso para colocarse justo en el umbral de la puerta y atrajo el cuerpo de ella hacia él para luego rodearle la cintura con el brazo. El cuerpo de Mía tomaba forma bajo el jersey.

Le entremetió la mano en el pelo hasta llegarle a la nuca. Como cuando la agarraba para que no se escabullese del pitorro del suplemento de sabor ácido y picante.

Cuando él tenía que contenerse porque sus labios entreabiertos y de cerca le gustaban sobremanera.

Estaba despeinada, no estaba acostumbrado a verle la cara rodeada de tanto pelo, siempre llevaba esa parte recogida. Y no sabía de qué manera le gustaba más.

Ella no hacía por apartarse, tenía una mano dejada caer en el brazo con el que le sujetaba la cintura, la otra la tenía en su pecho. Colocación estratégica para apartarlo en cualquier momento, pero sin hacer un ápice de fuerza.

Se inclinó algo más, esperando ver su reacción, pero no hubo presión en él ni intenciones de detenerlo.

La miró a los ojos un instante antes de volver a bajar la mirada hacia sus labios. Más cerca que ninguna de las otras veces y, llegado a ese punto, no podía ir en contra de la inercia de su cuerpo.

Entreabrió los labios y cubrió los de la joven y los notó abrirse aún más. Su gesto hizo que la apretase contra él antes de ladear levemente la cabeza y buscar su lengua, aún escondida. Y no tardó en encontrarla.

Todo el calor que llevaba acumulado en el pecho se extendió de inmediato por todo su cuerpo, mientras el cuerpo de Mía se pegaba al suyo.

Resbaló la mano de su nuca hasta el cuello, ahora era ella la que había ladeado la cabeza y buscaba su lengua mientras dejaba caer su peso en él.

Se dejó invadir tanto como Mía decidió mientras sentía que sus dedos le apretaban el pecho y el hombro. Y su gesto fue como pisar el acelerador en la pista de despegue.

Le sujetó la cara un instante para retirarla levemente de él mientras cogía aliento y volvió a encajarle los labios en los suyos, resbaló la mano por su espalda hasta llegar a sus caderas y buscó el borde del jersey. Notó su piel bajo ella, seguía sin llevar nada debajo.

Abrió la mano al completo y hundió los dedos mientras volvía a apretarla contra él y esa vez su cuerpo, por puro reflejo, contrarrestó aquel tirón pegando su sexo en ella. La sintió sobresaltarse.

Y los labios de Mía se retiraron de él.

—Lo siento. —Ni siquiera supo por qué lo dijo, quizás porque era su don meter la pata sin darse cuenta. Demasiado rápido. Era eso.

Pero sus disculpas no parecieron hacer ningún efecto, ella presionó su pecho para alejarlo, y le facilitó el trabajo retirándose de inmediato.

—Lo siento —volvió a repetir.

No tendría que haber bajado, bajar había sido un error.

—No es tu culpa —respondió ella.

Mía ni siquiera lo miraba, dio un paso para alcanzarle la cara y que lo mirase un instante. Pero ella cerró la puerta, esta se quedó a milímetros de su cara.

Alzó las cejas.

O le ponía remedio o de aquello iba a salir más que mal parado, aparte de no dejar de dar espectáculos bochornosos.

No recordaba que le hubiesen rechazado nunca llegados a ese punto. Pero ni siquiera eso le importaba, lo único que le preocupaba era el sentir haberla cagado sobremanera.

Negó con la cabeza y subió los escalones. Solo la tendría que haber besado, o mejor ni siquiera eso.

Repasó los minutos con ella para averiguar qué era lo que había hecho mal, para no repetirlo de ninguna manera. Cuando le tocó las nalgas bajo el jersey no pareció importarle, seguía apretándole con los dedos. Fue el arreón, estaba convencido.

Quizás ahí pensó que yo podía pretender otra cosa.

Cuando ni siquiera había pensado nada. El sentimiento de bochorno fue a más.

Si es que no tengo remedio.

Se llevó la mano a la cara.

El freno nunca fue lo suyo y si tenía el cuerpo de Mía contra el suyo, intuía que eso era pasar a otro nivel.

Resopló entrando en el ático. No se detuvo en el salón, fue directo a la ducha. Ya iban tres.

60

Mary reía al otro lado del teléfono, o de los auriculares. Había tenido que cortarla cuando Stoker llamó a la puerta, por suerte colgó la llamada.

Volvió a echar el aire por la boca.

—Más tonta que tú no hay. ¿No le has enseñado ya el potorro? Ea, pues sigue adelante.

Mía volvió a coger aire, le ardían las orejas. Aún podía sentir la presión en el culo, y aquel roce directo en sus genitales, haciendo intuir la forma de los encantos que Brian Stoker tenía preparados para cualquier mujer que intimase con él.

—No puedo, tía —volvió a resoplar.

—¿Que no? Pero si estás que vas a hacer un charco en el suelo. —Mary rompió en carcajadas de nuevo.

—Tía, que no. —Se llevó la mano a la frente—. Qué vergüenza.

—Que no pasa nada, vergüenza ni vergüenza.

—Sí, sí es una vergüenza. Él…

—¿Él qué? —No respondió a Mary—. Mejor —Tampoco hizo falta que le respondiese—. Imagínate. Imagínateeeeee. Al final el charco lo voy a hacer hasta yo imaginando.

Tuvo que reír.

—Mía, no tienes de qué avergonzarte. Y ya te adelanto que no va a ser nada de lo que puedas arrepentirte. ¿Con un tío así? ¿Arrepentirte? Dios mío, Mía. Echa a correr, ya.

Mía negó con la cabeza, aunque una parte de su cuerpo, la que no lograba enfriarse, la empujaba a subir escalón por escalón.

—¿No?

Miró la puerta.

—No.

Volvió a resoplar.

61

Stoker abrió la puerta, tenía el pelo mojado, aún goteaba, quizás esa era la razón de las manchas oscuras de su camiseta de algodón, se la habría puesto en cuanto escuchó la puerta con el cuerpo mojado. Por abajo solo llevaba ropa interior, bóxer de licra que no dejaba mucho margen a la imaginación.

—Ya te he dicho que lo siento —dijo él, pero Mía avanzó para entrar haciendo que él tuviese que apartarse de la puerta.

La joven se apresuró para cerrar antes de que Nilo pasase. Se le oyó darle con la pata a la puerta, pero lo último que quería era estar a la vista, ni siquiera a los ojos de un perro.

Puso la mano en el pecho de Brian Stoker, claro que estaba mojado bajo la camiseta, y desprendía un olor que le gustaba. Él había bajado los ojos para mirar su mano y luego a ella, creyó que en un intento de averiguar sus intenciones.

Pero no le dio mucho margen de que meditase, se alzó en el suelo de puntillas para llegarle a los labios. No encontró impedimento, pero tampoco encontró algo similar a lo que Stoker desprendía abajo. Simplemente dejó los labios a la espera de lo que ella decidiese hacerle.

Y lo entendía después de su reacción a otro tipo de conducta. Pero su cuerpo actuó por reflejo, en cuanto notó que aquel juego continuaba en un ámbito en el que no sentía ninguna seguridad. Palabras mayores.

No la sujetaba, no la apretaba ni mucho menos buscaba bajo su jersey, no hacía absolutamente nada más que quedarse quieto, inmóvil.

Se retiró de sus labios, seguía alzada sobre las puntas de los pies.

—¿Qué es lo que quieres? —La pregunta hizo que se sintiese estúpida, y quizás lo era. Porque sabía muy bien cuáles podrían ser las consecuencias desde que se quitó las bragas y subió al ático.

Pasó los dedos por la barbilla de Stoker y se la agarró. Sentía su cuerpo tenso, absolutamente contenido, muy diferente al calor que le había transmitido abajo.

Volvió a acercar sus labios a los de él y siguió sin encontrar impedimento, esa vez logró que entreabriese la boca para que entrase en ella, y hasta sintió un pequeño pellizco al retirarlos de él.

Alzó los ojos para mirarlo.

—Quiero que hagas lo que haces siempre —le respondió y él alzó levemente las cejas.

—Y ¿qué es lo que hago siempre? —Aquello pareció hacerle gracia.

Estar tanto tiempo de puntillas comenzaba a hacérsele incómodo. Pero no podía bajarse, no podría alcanzarlo bien con los pies en el suelo. Con los pies en el suelo se le hacía lejano, inalcanzable. Y comenzaba a comprobar que no lo era.

Resbaló una de las manos por su pecho, el algodón se le pegaba a la piel mojada. Su sexo le respondió con un calambre. Bajó la mirada ombligo abajo del cuerpo de Stoker, aquella curva no tenía la misma forma que cuando abrió la puerta, tomaba una forma más similar a lo que sintió abajo que la hizo retroceder, arrepentirse y huir.

Apretó los dedos en su pecho y contuvo el aire.

Volvió a mirarlo a él.

—Acelerar. —Retiró la mano de él para agarrarse los bordes del jersey. El frescor en todo su cuerpo al aire fue inmediato—. Y no detenerte.

Dejó caer a un lado el jersey.

—¿Sin pensar en las consecuencias? —Stoker seguía inmóvil, sin embargo, la curva en su ropa interior seguía tomando forma.

La joven negó con la cabeza, volviendo a apoyar una mano en su pecho. Esa vez la arrastró hasta su hombro. Y se dejó caer en él para llegar hasta sus labios. Los encontró entreabiertos, así que no tuvo que hacer ningún esfuerzo para meterse entre ellos.

Sentir que Stoker la rodeaba en la piel desnuda hizo que el calor entre las piernas se intensificase a base de punzadas. Apretó los muslos para intentar contrarrestarlas.

Lo sintió arrastrar una mano espalda arriba hasta su cuello, pero despacio, con suavidad, sin apretarla en absoluto, hasta que logró cogerle la cara para inclinarse y atraparle por completo la boca. Mía al fin fue capaz de poner las plantas de los pies en el suelo. Stoker la hizo retroceder unos pasos, seguía arrastrando sus manos a un lado y otro de su espalda mientras ella metía la mano bajo el algodón de la camiseta.

Era justo, si ella estaba completamente desnuda, que también lo estuviese él, al menos de cintura para arriba. En cuanto al resto del cuerpo de Brian Stoker, solo se había prometido no volver a huir.

Pasar a la siguiente fase del juego, la que le aligeraba las piernas.

Tiró de su camiseta y se la sacó por la cabeza, dejándola a un lado, junto a su jersey. Y esa vez sí la apretó contra él llevando los labios hasta su cuello.

Comprobó en el roce con el algodón ajustado de la ropa interior de Stoker que la siguiente fase del juego eran palabras mayores, unas palabras que aún no conocía.

Volvió a dar unos pasos hacia atrás, la llevaba hasta el dormitorio y su pecho comenzó a tomar velocidad, como aquel Diamond en la pista de despegue, produciéndole el mismo cosquilleo en el estómago y en las piernas.

Ligereza que la hizo no ser consciente de que la había alzado del suelo para tumbarla en la cama de una forma tan suave que su cuerpo se hundió despacio mientras el colchón cogía la forma. Él volvió a atraparle los labios, aunque fue tan solo un instante. Su interés seguía en su cuello y su hombro, y el roce de su sexo contra el algodón que la separaba de aquello duro de él aumentó la envergadura, y el balanceo, y la presión.

Lo sintió bajar la mano por su costado y alcanzar su muslo, la parte interior del muslo. El pecho seguía tomando velocidad y hasta tumbada pudo notar ligereza en las piernas. Encogió el estómago al sentirlo tocarla mientras sus labios seguían pecho abajo.

Y no pudo evitar apretar los aductores.

Él se dio cuenta de su gesto reflejo y enseguida retiró los dedos de su sexo y también los labios de su pecho para alzarse levemente y mirarla. La joven seguía con la respiración contenida.

Voy a morirme de la vergüenza ahora mismo.

—Nunca he llegado hasta aquí —le dijo mientras sentía cómo el bochorno le inundaba la cara al completo.

Qué.

Vergüenza.

Pudo comprobar en su cara que no lo esperaba, no lo esperaba para nada, y el bochorno aumentó. Había estado jugando sin saber. Ese era el problema.

—Entonces paramos. —Stoker separó su cadera de la de ella.

Y ella se apresuró a negar con la cabeza, despacio. Vio el desconcierto en el rostro de Stoker.

—Si no es un problema, claro —dijo a media voz, la vergüenza no se iba.

Sintió su mano en el cuello, la llevó hasta su mandíbula para cogerle la cara, y le acarició con el dedo pulgar recorriéndosela desde la sien hasta la barbilla.

—¿Un problema? —Hasta él le habría notado la vergüenza. Quizás ahora estaba entendiendo

la manera de escabullirse que tuvo en el dormitorio de abajo. Él negó con la cabeza despacio. Luego contuvo una leve sonrisa y volvió a acariciarla con el pulgar, esa vez de abajo a arriba—. ¿Cómo va a ser un problema?

Presionó sus labios con los de ella y volvió a mirarla sin soltarle la cara.

—¿Lo has hecho más veces? —lo preguntó en un susurro y a él pareció hacerle gracia.

Pero verlo asentir hizo que parte de su bochorno se disipase y que la ligereza en las piernas no le impidiera el movimiento.

Y también y sin mucha explicación se intensificaron las punzadas en su sexo.

—Confía en mí —respondió él y ella le agarró la cara con las dos manos.

—Lo hago. —Fue ella la que le cogió los labios con los suyos y tiró de él para que se dejara caer de nuevo sobre ella mientras su estómago y muslos se relajaban a medida que sentía su peso sobre ella.

Le apretó las manos en la espalda. No sería rápido, supuso. Algo que tendría que ser sumamente difícil para Stoker.

Mary le dijo que no sería nada de lo que luego se arrepentiría. ¿Arrepentirse? Era él. Cómo iba a arrepentirse.

Le apretó los hombros al sentirlo bajar ombligo abajo y cerró los ojos.

Una vez más iba a descubrir de mano de Brian Stoker lo que solo había vivido a través de las letras. Sabiendo ya que, junto a él, siempre, la realidad lo superaba con creces.

62

Tuvo que apartar la maleta de ruedas para dejar sitio a un grupo que pasaba para desayunar.

Mía le llevó el tazón de leche, lo último que le faltaba para comenzar a desayunar.

—Si encuentras un pelo, ni se te ocurra decirlo —le susurró la joven y él tuvo que reír desviando la mirada.

Mía volvió a alejarse. Su móvil sonó, tuvo que alzarse en el asiento para sacárselo del bolsillo. Era Byron.

—Dime. —Bajó la mirada hacia su plato.

—Sé que te ibas hoy por la mañana y como ayer desapareciste, pues quería saber cómo estabas.

Contuvo la sonrisa.

—Estoy bien, salgo ya para el aeropuerto. Regreso el jueves.

—Pues me alegro de que estés bien, hasta en la voz te noto infinitamente mejor que la última vez. Y quiero que sepas que me alegro.

Volvió a contener la sonrisa.

—¿Y a qué se debe ese cambio, Mr Stoker? —La voz tranquila de Owen Byron se cruzó con el sonido de las primeras teclas del piano.

—Código Misters —respondió y las teclas se detuvieron.

—Miedo me da escuchar esas palabras, viendo el encadenamiento de meteduras de pata que llevas, una tras otra y sin parar.

—Pues por primera vez creo que no la he metido en absoluto.

Vio pasar a un grupo de chavales con el uniforme de los del otro día y se sentaron dos mesas más a su derecha. Mía se había acercado a ellos y oyó cómo uno de los chicos le hizo un comentario sobre la redecilla del pelo. Desconocía si sería el mismo de la otra mañana, no recordaba su cara.

—Estás guapa de todas las maneras. —Oyó a otro de ellos.

Stoker bajó la barbilla para sonreír y negó con la cabeza recordando su hazaña de la otra mañana.

—A ver cómo te explico esto sin romper el código de caballero —le dijo a Byron.

—Pufff. Mala cosa —respondió Byron y Stoker rio.

—Ha sido algo que no me gusta hacer y que solo he hecho cuando me han mentido o me han insistido mucho. Es más, la última vez fue hace mucho y me prometí no repetirlo jamás.

A Blake o a Wilde nunca se atrevería a decirles nada como aquello.

—¿Y con ella sí? —Regresaron las teclas del piano y una suave melodía.

—Sí. —No dudó al responder. La buscó con la mirada.

Mía se había detenido con una de las compañeras.

—¿Y cómo te sientes ahora? —No sabía si Byron usaba el piano para sacar hasta la ficha dental. Pero era imposible no responderle.

—Privilegiado. —Su amigo acababa de dar una leve carcajada. Las teclas seguían sonando —. Elegido.

—Suena muy bien. —Le encantaba la forma de tocar de Owen Byron.

Mía se acercaba con una bandeja con cosas para los jóvenes.

—Y tranquilo. —Ladeó la cabeza y regresó a su desayuno—. Y me encantaría que también estuvieses tranquilo tú, así que voy a colaborar en la búsqueda de tu enfermera.

—Ufff, ¿tú? No me da ninguna seguridad —rio al oírlo.

—De hecho, ya la tengo.
—No.
—Ni siquiera te he hablado de ella y ya dices que no.
—Porque nada de lo que recomiendes puede ser bueno.
—¿Por qué? —Tuvo que contener la sonrisa.
—Ya la está buscando Blake.
—A esta no le importaría trabajar como interna, ¿supera eso a las que ha encontrado Blake?
Se hizo el silencio y hasta las teclas dejaron de sonar. Stoker sonrió.
—Es una buena chica, Byron —añadió.
—Brian.
—De verdad.
—Blake aún tiene unas semanas.
—Semanas para que le salga trabajo a mi candidata y la pierdas.
Removía la leche con la cuchara.
—No me fío de ti.
—Pues deberías empezar a confiar en mí.
Se la bebió con rapidez. Era la hora de irse.
—Tengo que dejarte, te llamo cuando llegue a Bruselas. —Se puso en pie.
—Cuídate, y cuidado con esos trastos —dijo su amigo y Stoker sonrió.
Cogió el asa de la maleta y la hizo rodar por el pasillo. En cuanto Mía escuchó el sonido de las ruedas se acercó a él.
—Me voy —le dijo observando la mezcla de colores de sus ojos.
Ella asintió. Le colocó dos dedos debajo de su barbilla para levantársela despacio.
—Te veo el jueves —sonrió al decirlo. El jueves sonaba lejano—. Cuida de mi perro.
Ella contuvo la sonrisa. Él seguía observando sus ojos.
—¿Tu jefe te dirá algo? —le preguntó y Mía frunció el ceño.
—¿De qué?
—De esto. —La rodeó por la cintura y le sujetó la nuca. Apretó los labios contra los de ella.
La soltó y la joven se retiró mientras él reía.
—Te tiene fichado desde el otro día, ya no lo sé —le dijo dándole un manotazo en el pecho.
Volvió a acariciarle la barbilla.
—Hasta el jueves. —Retiró la mano de ella.
—Hasta el jueves, Mr Stoker. —Mía contuvo la sonrisa al apartarse de él.
La miró mientras se alejaba, agarró el asa de la maleta de nuevo y salió de la cafetería.
Hasta el jueves le parecía una eternidad.

Chat alternativo

Blake: Habíamos subestimado a Stoker. No nos ha necesitado para nada.

Claudia: ¿No me digas?

Hércules: Le ha salido bien de milagro. Pero sí, parece que solo lo ha enderezado.

Mayte: Pues me alegro un montón.

Vicky: ¿Y qué ha pasado?

Hércules: No podemos saberlo con mucha exactitud, solo intuimos. Tenemos un código Misters.

Claudia: ¿Y eso qué es?

Hércules: Un código de caballeros, no hablamos ni nombramos intimidades con féminas.

Mayte: Qué educado y qué bonito.

Vicky: Igual que nosotras. Lo hemos tenido siempre. No es educado hablar de esas cosas, ¿verdad?

Claudia: No, no lo es.

Mayte: No es educado, no.

Erik: ¿Cómo?

Natalia: Por supuesto que no.

Vicky: Entonces nos vamos, ¿no? Blake, disuelve.

Blake: Voy.

Natalia: Un honor, nos vemos en unos días.

Wilde: Gracias por todo.

Vicky: Pero si no hemos hecho nada. No nos des las gracias. Nos vemos en unos días.

Marlowe: Nos vemos.

Blake: Cierro, eh.

63

Volvió a lanzarle la pelota a Nilo.

—Te lo dije, ¿a eso? Aprende todo el mundo rápido. —Reía Mary al teléfono—. Además entiende de motos, estará acostumbrado a quitar los topes.

—Maryyyyyy —resopló al escucharla.

Mía miró la moto de Stoker con la funda puesta.

—Y la semana pasa tan lenta —dijo cogiendo de nuevo la pelota que le había llevado el perro.

—Claro, ahora el enganche es peor, ¿verdad? —resopló al escucharla.

—Mary —le reprendió.

—Y dale un par de semanas. Verás.

—¡Mary! ¿Quieres dejar de hablar de eso? —Ya no sabía si hubiese sido mejor no haberle contado nada.

Y no le hubiese contado nada si no fuese porque le chivaron a Suki el beso que le había dado Stoker antes de irse. Y se iba a enterar de todos modos. Echó en falta la discreción de Suki y Jimena, que no hicieron ni un solo comentario, quizás porque no tenían la confianza con ella como Mary. Fuera como fuese, lo de Mary no era ni medio normal.

—Solo te quiero decir que te prepares, porque a partir de ahora el enganche a él va a ser brutal. Porque ahora se unen todas las varillas del abanico, y va a ir a más.

—Ahora es cuando viene lo mejor, antes de que venga lo peor, ¿no?

Oyó el resoplido de Mary.

—¿Puedes disfrutar y dejar de pensar?

—La verdad es que no. —Nilo regresaba corriendo.

—¿Te escribe?

—Sí.

—Entonces, ¿qué pasa?

Cogió aire y lo soltó de una vez.

—Que todas pasan por su vida de manera escueta y temporal. Creo que ya tengo un reloj activado con la cuenta atrás. Desde la otra noche.

—¿Por qué?

—Porque no me dice… No sé, nada de lo que siente. Solo va hacia delante, como con el avión.

—Mía, te lo has tirado cinco veces, ¿qué quieres que haga el chaval? ¿Que te pida matrimonio?

—No, pero al menos que me diga cuáles son sus intenciones. Porque quiero saber a qué me voy a tener que enfrentar.

—Es mejor que no lo sepas, imagínate si te dice que solo quiere el tonteo este temporal, y ya no vas a disfrutar una mierda. Mejor no saber.

Resopló.

—Trinca todas las veces que puedas por si acaso.

—¡Mary!

Se inclinó para coger la pelota de la boca del perro.

—La última vez y nos vamos —le dijo a Nilo y le lanzó la pelota lo más lejos que pudo.

—Ahora en serio, Mía. Escúchame. Sé que tienes ganas de saber qué es esto para Stoker,

pero es pronto, muy pronto para preguntar. Y lo mismo por ser tan pronto no vas a escuchar lo que te gustaría, así que solo vas a perder la oportunidad de disfrutarlo.

—¿Y me quedo así?

—A ver, Mía, si te dice que no quiere nada, ¿qué vas a hacer? Has caído como una puñeterísima idiota. Le has abierto todo lo que tenías por abrir, hasta lo que no habías abierto en tu vida. ¿Crees que eso se va a parar porque te diga que eres una más? Y una mierda. Así que no te jodas tan pronto. La caída va a ser igual. Diferente es que lo quieras saber porque si no escuchas lo que quieres, no te acercas más a él. ¿Eres capaz de hacer eso?

Guardó silencio.

—¿Eres capaz de hacer eso? —volvió a preguntar su amiga.

—No sé lo que haría. —Le había dicho a Nilo que era la última vez, pero le lanzó la pelota una vez más.

—Yo te voy a decir lo que harías, te irías a tu dormitorio a llorar y correrías el riesgo de acostumbrarte a llorar todas las noches el tiempo que haga falta. Y te lo dice una que ha visto a su hermana llorar durante semanas y meses porque el tío le decía que estaba a punto de dejar a su novia.

—¿Cómo está tu hermana? ¿Al final dejó a ese tío?

—Seeee. Me metí en su dormitorio y le dije: No la va a dejar, ni antes de finales de año, ni antes de finales del próximo año, porque tiene un chollo contigo, ahora tiene a dos.

—¿Ese día lo dejó? —Se dio media vuelta para regresar dentro de la casa.

—No, tardó unos días más. Pero creo que esa noche empezó a digerir. Antes de eso estaba como un muerto, tía, no reaccionaba a nada de lo que le hacía él. De sus mentiras y sus promesas inútiles. Escucha, soy joven y aún no entiendo mucho, pero para mí que si un tío alarga el asunto a mañana, el mes que viene, más adelante, es que no le interesa y no lo va a hacer nunca. No quiero que esto se lo apliques a Stoker aún, todos necesitamos un margen, eh. Pero él, con la experiencia que tiene, creo que ya debe intuir por dónde va esto.

Mía bajó la mirada.

—Entonces, ¿qué hago? —El tiempo que pasaba fuera hacía que su cabeza tuviese más margen para pensar. Y como siempre, todos los bucles se dirigían hacia el lado oscuro.

—Trinca todo lo que puedas. Por si acaso.

—Maryyyy.

—Hombre, si te dan la patada, por lo menos que te la den harta.

—¡Mary!

64

El avión era considerablemente más grande que el Diamond, pero más pequeño que los de línea.

Kelly la rebasó dándole con el bolso en el hombro. Tuvo que apartarse para dejar pasar a Brit y a Ivy. Prefería cruzárselas cuando la acompañaba Nilo, no solían ni dirigirle la mirada.

Había tenido que pedirle el día a Suki, y había faltado a clase, pero ya el señor Stoker cambió la fecha una vez por su culpa, no quería que lo volviese a cambiar. Kelly estaba deseando meter la nariz en un avión privado.

Sonaban los ventiladores, una especie de calentamiento aunque estuviese parado. La puerta aún estaba cerrada.

Su mirada enseguida se dirigió hacia la ventanilla de delante a ver si podía verlo. Había estado varios días fuera, y aunque la había llamado y solía escribirle, no era lo mismo.

Ya estaba la escalera blanca dispuesta en la puerta del avión.

Y la puerta se abrió, una chica salió a la plataforma, tras ella otra y un hombre, todos con el mismo uniforme. Esperó a que pasaran todos delante de ella, no le importaba quedarse la última.

Siguieron saliendo más personas de la tripulación, solo los conocía de oídas, no podía ponerles cara a aquellos nombres que decía Stoker. Y para qué negarlo, lo guapas que eran las empleadas de los aviones de los Stoker no contribuía mucho a su seguridad. Y más sabiendo que alguna había caído a los pies de Brian Stoker, aunque por suerte para su cabeza ninguna de ellas estaba sobre el avión en aquel momento.

Había muchas cosas que tenía que arreglar con ella misma. Empezando por no darle tantas vueltas a sus fantasías dañinas.

Se detuvo tras el señor Stoker, que se había parado con uno de sus empleados y alzó la mirada hacia la puerta. Y al fin salió él.

Buaaaaaaa, qué guapo vestido así.

Desvió la mirada enseguida, por si alguien la estaba mirando, pero con Brian Stoker bajando las escaleras nadie iba a mirarla a ella.

El parapente que era la espalda del señor Stoker delante de ella, se quitó de inmediato para saludar a su hijo.

—Claro, id subiendo. —Lo oyó decir—. Nos vamos ya.

Brit tenía gran habilidad para subir sin temblar con tremendos tacones, todas se fueron deteniendo en él para un escueto beso en las mejillas. El olor llegó hasta su nariz en cuanto Ivy siguió subiendo escalones.

Y lo tuvo delante. No podría acercarse mucho ni besarlo con su madrastra y sus hermanastras entrando en el avión. Así que solo lo miró a media distancia mientras él contenía la sonrisa.

—Bienvenida —le dijo él antes de que ella siguiese subiendo escalones. Se giró con ella para subir también—. Te presento a mi otra casa.

Ella sonrió.

—Me gusta.

—Cuando entre en la pista no te va a gustar tanto —respondió él y se detuvo en la plataforma.

Ella negó con la cabeza en una sacudida.

—Me fío de ti —le dijo y encogió la nariz.

Vio a una de las azafatas, la que estaba tras Stoker, reír.

Stoker bajó la mirada, no sabía bien si le estaba mirando la nariz, los labios o la barbilla. Fue ahí donde llegaron sus dedos en una caricia rápida.

Todas las mierdas con las que había rellenado la cabeza durante días dejaban de tener sentido cuando tenía delante el rostro perfecto de Brian Stoker. El roce de sus dedos en su cara hizo el resto.

Él le hizo un gesto con la cabeza para que entrase. En la entrada le sonrió una chica.

Se veía tremendamente amplio por dentro, por fuera no podía intuirse aquel interior, forrado en madera, con mesas que parecían de una sala de estar y sofás de piel blanco roto.

Intentó que su expresión no reflejase lo que era ver aquel despliegue de lujo en un compartimento que *a priori* pudiera parecer simple.

Brit tenía un mando en la mano y vio cómo una pantalla plana se movía saliendo del suelo hasta colocare frente a un sillón.

Madre mía.

Cuando ya se había acostumbrado al lujo de la casa Stoker, llegaba otra cosa que lo superaba. Demasiado para digerir. Encima el poder de viajar con rapidez y en aquellas condiciones de punta a punta del mundo.

Se sobresaltó al sentir cerca del hombro la barbilla de Stoker, pensaba que se había quedado en la puerta.

—En un par de semanas voy a por Brandon Wilde y Laurence Marlowe —le dijo en un susurro—. ¿Te vendrías?

Se giró enseguida para mirarlo.

—Serán solo dos días —añadió retirándose de ella.

Mía frunció el ceño.

Y al infierno también iría contigo.

No sabía cómo le iba a devolver los días a Suki y a su padre, cuando no tenía tiempo físico para hacerlo.

Lo vio perderse pasillo arriba tras una puerta de madera. Una de las azafatas cerró la puerta corredera.

—Despegamos en unos minutos, señorita Austen —le dijo con una amplia sonrisa.

Que me ponga las bragas, me siente y me amarre, vale.

Había un sillón solitario en uno de los laterales, debía llevar su nombre, sentarse junto a sus hermanastras no era una opción. Con el único que habría compartido uno doble sería con el señor Stoker, y él iba con Kelly.

Aquello era como viajar en el sillón más cómodo de uno de los salones de la casa Stoker. Y porque no entró más al fondo al ver el baño y lo que había más atrás como hicieron sus hermanas, para tocarlo y verlo todo.

Era una hora y media de camino aproximadamente, le había dicho el señor Stoker, no saldrían de Reino Unido. Regresarían a última hora de la tarde.

Cogió el móvil y escribió a Suki para preguntarle por los días antes de desconectar la red del móvil, lo dejó en una pequeña plataforma lateral que tenía el sillón y se apresuró a abrocharse el cinturón.

Giró la cabeza para mirar por la ventanilla, no entendía el porqué de los sonidos. Puso los dedos en el cristal mientras el avión comenzaba a rodar. Tenía que reconocer que saber que era él el que lo llevaba hacía que su cuerpo se tranquilizase. Solo era una sensación de unos segundos, su cuerpo acabaría acostumbrándose a aquellas subidas y bajadas.

De todos modos, no era muy diferente cuando estaba cerca de él, aunque no estuviese montada en ningún avión.

Sintió cómo en el pecho se le desplegaba aquello que le producía calambres y ligereza, el

avión no había llegado a la pista, sabía bien quién era el que lo producía, sin necesidad de cacharros que corrían demasiado.

Miró un instante hacia la puerta de madera, la chica la había abierto y pudo ver el pasillo que llevaba a la cabina, pero ella abrió otra puerta lateral y entró un instante para volver a salir y seguir pasillo adelante. Ladeó el cuerpo a ver si alcanzaba a verlo.

Y allí estaba.

—Son mis dos mejores pilotos. —Oyó decir al señor Stoker.

—¿Sí? ¿El otro chico? —Era Brit.

Acaba de activar el modo lagarta.

No pudo hacerlo con el muro de Stoker.

Pero el muro no era tan alto.

Contuvo la sonrisa.

El avión se colocó en la pista. Y como sabía demasiado bien, Stoker no vacilaba ni un segundo en absolutamente nada.

Las luces se hicieron tenues.

Y aquella sensación invadía su cuerpo mientras comenzaba lo del pecho. Ni en mil vidas se acostumbraría a aquello. Parecía una tremenda broma que se hubiese acabado enamorando de un piloto.

Cuando creyó que el pecho le explotaría, su cuerpo se hizo ligero. Despegaban. Oyó que Brit decía algo, en aquel momento su voz era lo último que quería escuchar.

Llegó lo del oído y el ligero mareo, y más presión en el pecho y el oído.

Sabía que cerrar los ojos no era una solución que funcionase, ya que la sensación y el mareo no se iban a oscuras.

Oyó de nuevo la voz de Brit y las miró de reojo.

—¿La otra vez vomitaste? —susurró Ivy riendo—. ¿Qué haces con un piloto si no soportas volar?

Le lanzó una pedorreta a Brit.

—Niñas. —Kelly las calló enseguida desde el fondo del avión.

Seguían inclinados tomando altura. Brit ladeó su cuerpo hacia el pasillo para acercarse más a ella.

—Un estreno con suerte —le dijo su hermanastra.

Mía dio un respingo al escucharla. Era imposible que lo supiesen, quizás lo imaginaban desde el principio. Se lo insinuaban muchas veces, hasta que la insinuación coincidió con la realidad.

Brit giró la cabeza para mirarla en la penumbra del avión.

—¿Hiciste mucho el ridículo? —rio.

Mía ladeó su cuerpo de la misma forma que lo había hecho Brit para acercarse también.

—Ya quisieras haber tenido la oportunidad de hacer el ridículo —le soltó en otro susurro.

Hasta Ivy emitió un gemido de asombro. Pero Brit seguía riendo. Esa vez su hermanastra se acercó aún más, tanto que sacó parte de su cuerpo del sillón.

—¿A cuántas de estas se habrá tirado en cada viaje? —le susurró cerca del oído.

El arrebato de engancharle de los pelos después de tantos años se hizo real.

—Señorita —corrigió a Brit una de las azafatas—. Por favor.

—¡Niñas! —Era de nuevo Kelly.

Sus hermanastras seguían riendo. Brit apoyó el codo en el sillón, seguía de lado, de cara a ella.

—¿Cuánto tiempo te durará un tío de estos? —le preguntó en otro susurro.

Ivy tenía una risa tan aguda que no ayudaba en la presión de los oídos. Un nuevo mareo la invadió, el avión se colocaba derecho despacio.

Prefiero el Diamond.

Quizás porque allí solo lo tenía a él.

Brit se desabrochaba el cinturón. Una de las azafatas volvió a abrir la puerta corredera.

Mía miró los botones del sillón, también el suyo tenía un mando como el que le había visto a Brit en la mano. Siempre admiró eso de su hermanastra, su intuición para saber cómo funcionaban las cosas aunque no las hubiese visto en la vida.

Ella también tenía una pantalla plana ascendente. Al menos iba a estar entretenida durante el viaje. Lo pasaría dándole a los botones hasta averiguar cómo funcionaban y cuáles eran las opciones. Preguntar a las azafatas era como despejar las dudas de que era medio imbécil. Y ya había comprobado en la sonrisa de la chica de la plataforma que algo podrían saber de ella y Stoker. No quería parecer una medio imbécil.

Se quitó el cinturón para echarse hacia delante y presionó uno de los botones, eran controles sobre el sillón.

—Tiene hasta masajes. —Se sobresaltó al oír a Stoker y se giró enseguida hacia los mandos.

—¿En serio? —Presionó otro que tumbaba el respaldo.

—Claro, mira. —Pasó la mano por delante de ella mientras se apoyaba en el brazo del sillón con la otra. Algo empezó a burbujearle en los lumbares—. ¿Lo notas?

Mirar la cara de él, estando medio tumbada, no era buena cosa llegados a puntos extremos. El cuerpo tenía una memoria perfecta para según qué cosas. Y para eso su mente iba a más velocidad que el avión.

Stoker le dio a otro botón y el burbujeo aumentó, él seguía observando su cara.

—¿Te gusta más que el Diamond? —le susurró.

—No —respondió ella y él contuvo la sonrisa.

—Aquí cabe más gente.

—Ese es el problema —dijo ella mirando de reojo a los asientos de sus hermanastras, y él rio.

—Pero también somos más para pilotar. —Stoker entornó los ojos—. Tiene sus ventajas. —Le cogió la mano—. Ven conmigo.

Lo vio girarse hacia el fondo del avión.

—Voy a llevarla a ver la cabina, tiene un profesor de aeronáutica un tanto exigente.

—Son todos iguales —rio el señor Stoker.

Mía frunció el ceño mirando a Stoker mientras lo seguía a través de la puerta corredera de madera. La cabina estaba al fondo, podía ver al otro piloto compañero de Stoker. Pero él enseguida abrió otro compartimento a un lado del pasillo y tiró de ella cerrando la puerta con rapidez.

Se vio con la espalda en una pared de la misma madera que el resto del avión, rodeada de percheros con chaquetas colgadas.

—Tiene sus ventajas —repitió él.

Por ahí iba el comentario, si es que soy muy lenta.

Se inclinó sobre ella y le agarró la parte de atrás del cuello para besarla. Se retiró levemente de ella y la miró.

Y muy inocente.

Stoker se dejó caer de nuevo en ella y esa vez no tardó en meterle las manos bajo el borde del

jersey y abrirse paso entre la ropa interior hasta llegar a los elásticos que le cortaban el paso hacia la zona que estaba buscando. Siguió besándola mientras le bajaba los *leggins* y la alzó del suelo para que abriera las piernas y se enganchase a él, volvió a presionarse contra ella.

Que iba a enseñarme la cabina, decía.

Volar estaba a punto de tomar otro sentido.

Solo esperaba que aquel compartimento estuviese insonorizado.

65

El último viaje había sido corto, apenas una noche fuera, una noche que aprovechó para dormir, últimamente dormía considerablemente menos. La razón era evidente, tumbada junto a él en una cama era muy difícil coger el sueño.

Lo empujó con las nalgas, no quería que se quedase dormido, ni siquiera habían cenado, apenas acababan de llegar a casa, y ella tenía que bajar a la biblioteca a acabar un trabajo, pero estando él lo acabaría más rápido.

Sintió el peso de la frente de Stoker en la parte posterior del hombro y un beso más abajo que le cosquilleó en la piel. Empujarlo con el culo no había sido buena idea, ahora lo tenía pegado a sus nalgas y eso podía significar demorarse y ni cena ni biblioteca ni trabajo.

Se dio media vuelta para ponerse de cara a él, pero no le dejó completar el movimiento y acabó con la espalda en el colchón y con medio cuerpo de Stoker encima.

—Hay que bajar —le dijo ella sonriendo, pero apenas le dejó acabar la frase.

—¿Hay que bajar? —Volvió a besarla y le cogió la cara con la mano para besarla de nuevo.

Se estaba acostumbrando a que en sus horas libres, cuando él no estaba de viaje, Brian Stoker fuese prácticamente una extensión de su cuerpo, y aquellos momentos eran lo mejor del día.

Se retiró de él.

—Hay que bajar —le repitió ella y él bajó la barbilla para reír. Si tiempo atrás, cuando solo lo tenía a media distancia, aquella risa conseguía abrirle el mundo dentro del pecho, a unos centímetros de sus ojos era otro nivel.

Mía dejó caer los párpados sin dejar de mirarlo, la sensación siempre era la misma. Cuando no estaba era como seguir soñándolo, como si solo fuese un personaje de Irina que no podía dejar ir de su cabeza. Pero luego él regresaba y la fantasía continuaba. Era real.

Le agarró la cara con las dos manos, solían verse pequeñas en su cuerpo, demasiado Stoker para agarrar solo con dos manos.

—¿Podemos acabarlo mañana? —preguntó él. Sabía que estaba cansado de los viajes, no lo culpaba.

Ella se encogió de hombros.

—Te cuesta horrores levantarte temprano. —Dejó caer su frente en la de él. Recordó la primera mañana, cuando tuvo que levantarse para recoger a Nilo del camino. Tuvo que contener la sonrisa.

—Si me despiertas tú, no. —Aquel beso se alargó más de lo debido, luego se retiró de ella para coger su teléfono de la mesita de noche—. Voy a decirle a Cathelyn que suba la cena.

Mía se sentó al otro lado de la cama y cogió su jersey del suelo.

—Me voy a dar una ducha —dijo metiéndoselo por la cabeza.

Él se lanzó a su espalda.

—¿Sin mí? —Que le mordiese en el costado no lo soportaba. Dio un grito y oyó su risa.

Se giró para mirarlo.

—Voy por la ropa y subo. —Puso una mano en su cabeza para apartarlo.

Salió al salón del ático, descalza era mucho más agradable la madera del suelo de aquella parte que la de mármol escaleras abajo.

Entró en su dormitorio mientras sentía a Nilo echar a correr al jardín. Regresaría cuando le pareciese.

Cogió la ropa y abrió la puerta para salir, pero vio al señor Stoker subiendo al ático y cerró

enseguida el dormitorio. No sabía hasta qué punto el ama de llaves y los empleados eran discretos.

Se mordió el labio, no la había pillado desnuda en la habitación de su hijo por segundos. Se apresuró a ponerse unos pantalones debajo y unas deportivas y abrió la puerta de nuevo.

Al señor Stoker se le oía desde la planta, ni siquiera habría entrado, tampoco se extrañaba de que él no lo dejase entrar, ni siquiera habían recogido la ropa del salón, estarían aún sus bragas por allí en medio.

—No pienso hablar de eso contigo y menos aquí. —Oyó a Brian.

—¿Ahora también eres capaz de decirme que no la has tocado? —Alzó las cejas con las palabras del padre de Stoker y se llevó la mano a la cara mientras la vergüenza le llegaba hasta las orejas.

Se hizo el silencio un instante.

—No tengo que darte explicaciones de nada —respondió al fin su hijo—. Es una mujer y no he hecho nada malo.

—Ese es el problema, Brian, que es una mujer y para ti nada de lo que hagas será malo.

Se oyó como un portazo, pero la puerta volvió a abrirse.

Mía salió al pasillo y se metió en el hueco de la escalera, quería seguir escuchando. Solo oía susurros, tuvo que subir varios escalones.

—¿Pero qué es lo que te pasa? —le preguntaba Stoker a su padre.

—Que es joven, apenas está construyendo su vida y no quiero que vengas tú a romperle los trozos.

—¿Y por qué iba a romperle yo los trozos?

—Porque no sabes ser de otra manera.

—¿Y esto a qué viene, papá? Siempre te ha dado igual lo que yo hiciera con mi vida, ¿ahora no?

Se oyó otro portazo, quizás el señor Stoker iba a salir, pero cerró de golpe. Tuvo que subir más escalones.

—Porque ella no tiene aquí a su padre.

Oyó la risa de Stoker.

—Nunca, ningún padre me ha dicho nada.

—Porque no te han tenido delante.

Tuvo que contener la risa al oír al señor Stoker y el tono con el que le había respondido a su hijo.

—¿Vas a decírmelo de una vez o no? ¿Cuáles son tus intenciones con ella?

—No lo sé.

—No lo sabes.

Mía se mordió el labio.

—No lo pienso.

La puerta volvió a abrirse y tuvo que bajar varios escalones.

—Por supuesto que no lo piensas. —Stoker salía del dormitorio.

—Papá, déjalo ya.

—Por un momento pensé que esta vez sería diferente.

—Déjalo ya.

Mía tuvo que meterse en el dormitorio y encajar la puerta para que no la viese.

—Ella debería saberlo. —Esa vez el portazo sonó rotundo.

Abrió la puerta despacio y se asomó al hueco de la escalera, el señor Stoker ya estaba abajo.

Se dio media vuelta para subir y se encontró de frente con Brian Stoker. Y pudo ver en primera línea cómo el sueño y la fantasía se dispersaban.

Mary tenía razón, era mejor no saber, era la única forma de disfrutar, aunque tuviese sus ratos de dudas, la mayor parte del tiempo había conseguido disfrutar de aquellas semanas.

Pero sus días magníficos se habían caído por el hueco de escalera.

Stoker miró su cara y desvió la mirada enseguida. Quizás no hacía falta ni preguntar si lo había oído o no. Y su cuerpo no lograba reaccionar, ni le punzaba el pecho ni le pesaba una piedra estómago abajo ni tenía ganas de echar a correr y llorar. No sentía absolutamente nada y eso era malo, muy malo, porque era que su cuerpo había activado una defensa, la de la pasividad absoluta, ante algo que le costaría mucho digerir.

El sueño se acababa, ese día o cualquier otro, Stoker tenía fecha de caducidad para ella y a partir de ese momento no podía permitirse pensar en ninguna otra posibilidad, se acabó el imaginar para ella.

Él bajó los escalones que quedaban hasta llegar a ella.

—Debería saberlo —le dijo cuando vio que acercaba una mano a su cara—. Ahora ya lo sé.

—No es… exactamente así.

Entornó los ojos despacio, la protección de su cuerpo iba más allá de su interior, hasta la leve caricia de Stoker resultó diferente a las otras.

—¿Entonces cómo es?

—No lo pienso. —Desistió de tocarla al ver que no reaccionaba.

—No es algo que ni siquiera se tenga que pensar. —Exhaló aire y se apartó algo más de Stoker—. ¿Qué sientes?

Stoker guardó silencio un instante.

—Algo que me gusta. —Mía tenía que reconocer que esperaba menos.

Pero deseaba más.

—Esa respuesta no es muy clara. A estas alturas ya deberías saberlo. —Ladeó la cabeza—. ¿Qué sientes?

Él no solía pensar tanto las respuestas.

—Tampoco me has dicho tú lo que sientes. —Y sus palabras sí tuvieron reacción en ella. La del calor en el pecho, comenzaba a sentir algo de nuevo.

—Porque nunca me has preguntado. ¿Quieres saberlo? Pues pídeme que te lo diga.

Pero él no abrió la boca.

—No te interesa —hablo ella de nuevo.

—No es eso. —No hacía ni el intento de acercarse—. Creo que es algo que no se debería de hablar. No ahora.

Se sobresaltó al oírlo.

Mañana, en una semana, el mes que viene. Nunca.

Estaba pasando. Justo estaba pasando.

—¿Por qué? —Comenzaba a respirar por la boca, comenzaba a ir sintiendo poco a poco.

Y miedo le daba.

Stoker dio un paso hacia ella.

—No es igual que las otras veces, ¿te vale eso?

¿Que si me vale, dice? ¿Me intenta convencer o conformar?

—No intentes arreglarlo. —Le vio la intención de acercarse a ella y lo detuvo con la mano.

—No intento arreglar nada, tú ya sabías que no soy de…

—Que no te enamoras nunca, ya —lo cortó, quería acabar cuanto antes esa conversación.

Tardaría en digerirla cien veces más de lo que estaba durando.

—No al menos como todo el mundo, ni siquiera sé lo que es eso. —Hasta se cruzó de brazos.

Y lo dice tan fresco.

Mía negó con la cabeza.

—El problema es que yo sí soy como todo el mundo. —Abrió la puerta de su dormitorio.

Sintió a Brian tras ella.

—Pienso que lo importante es que va bien. —Se giró al escucharlo y tuvo que pegarse a la pared, o fue él quien hizo que se pegase a la pared echando su cuerpo encima—. Me gusta estar contigo.

Encogió el cuello hasta dejar caer la nuca en la pared rehuyendo de los labios de Stoker.

—¿Te gusta estar conmigo hasta cuándo? —preguntó y él frunció el ceño—. ¿Te has enamorado de mí?

Y las arrugas de su entrecejo se ampliaron.

—¿No? —respondió ella misma.

—Yo no he dicho eso.

Mía inclinó la cabeza para que respondiese él.

—Ya te he dicho que no sé lo que es eso. No lo sé.

Era exactamente lo que esperaba que dijese.

—Según tú, cuando no se está seguro, es un no.

Stoker negó con la cabeza mientras se alejaba de ella.

—Esa teoría no se puede aplicar en mí, es diferente —replicó quitándole importancia.

Tiene un morro que se lo pisa.

Ella seguía callada esperando a que él dijese algo más.

—Tengo sentimientos buenos que…

Mía acercó su cara a la de él.

—Que no tienes ni idea. —Volvió a apartarse de él y empujó la puerta del dormitorio.

—¿Dónde vas?

—A la ducha y a la cama.

—¿Por qué?

Se giró para mirarlo.

—¿Por qué? —Ni siquiera que estuviese molesta lo entendía—. Tienes la capacidad emocional de un cardo de carretera.

Entró en el dormitorio.

—Por supuesto que no. —Le cerró la puerta antes de que pudiese pasar.

—Hasta mañana —le respondió.

—¿Es lo que quieres? Pues hasta mañana. —Lo oyó responder.

Sí, claro, enfádate tú también.

Aunque no fuera con él. Todo por caer encima.

Volvió a sentir algo en la puerta.

—Tienes ropa tuya en mi dormitorio —dijo él desde el otro lado, con el mismo tono de enfado repentino. Como si fuese ella la que había metido la pata.

—Échala a la ropa sucia. —No pensaba abrirle.

Ya no podría abrirle. El estómago se le había encogido hasta el tamaño de una patata. Estaba a punto de soltarlo por completo.

—No soy tu criada —replicó él.

—Entonces déjala donde está. —Se retiró de la puerta, no podría seguir respondiéndole, la

lengua ya estaba endurecida en su paladar. Se llevó la manga del jersey al entrecejo.

Resopló sin dejar de mirar la puerta.

—Supongo que mañana no querrás venir conmigo a ninguna parte.

No respondió.

—Pues muy bien.

Ahora sí oyó las pisadas en la escalera. Se alejaba, y además de todo lo que le dolía dentro, se cruzó una especie de pánico instantáneo. Como si ya no hubiese forma de que él volviese a bajar las escaleras de nuevo.

Una sensación tremendamente extraña, terrible, un duelo, una despedida, despedirse de algo que se encontraba en su interior y que le había dado sus mejores momentos, pero que ahora corría el riesgo de que se convirtiesen en una pesadilla.

Se dejó caer en los pies de la cama y de ahí resbaló hacia el suelo sin dejar de taparse la cara con las manos.

Stoker se había ido y de un momento a otro ella misma se sentiría culpable y se lamentaría de haberle dicho todo lo que le dijo. Pero no debía de lamentarse, era la verdad, eran sus temores y sus sentimientos.

¿Por qué ya se estaba arrepintiendo?

Apretó los dientes y apoyó la frente en las rodillas.

Aquel sentimiento de culpa aumentaba al recordar los momentos previos a la visita del señor Stoker.

Una nube rota.

Habían sido solo unos minutos. Y ahora todo lo que tenía dentro parecía horrible. Hacía unos minutos todo estaba bien.

Pero ahora no.

Y aquel sentimiento de culpa extraña le producía verdadero terror. ¿Era eso lo que pasaba cuando se caía en garras del que no se debería? ¿Era ese el problema de la hermana de Mary? ¿De tantas historias como escuchaba y que nada tenían que ver con lo que había visto tras la ventana de los libros? ¿Qué se hacía para evitarlo, para no caer?

No tenía ni idea. Ella solo había conocido a Stoker y había abierto a él todo lo que tenía. No había dejado nada más. Quizás ahí estaba el problema y el error, siempre había que dejar más guardado, algo que nadie pudiese tocar ni romper.

Algo parecido a lo que hacía él.

Pero ya no tenía remedio.

Lo quería y aquella sensación mala le tiraba por dentro hasta el suelo.

Dolía.

El llanto aumentó.

66

No sabía ni donde había dejado el teléfono. Siguió el sonido, estaba en el sofá, bajo una camiseta. La apartó.

—Blake —dijo descolgando.

—Te he llamado porque no me has respondido a ninguno de los siete mensajes que te he enviado.

—No los he visto. —No había cogido el teléfono desde que llegó a casa.

Miró la hora, ya era tarde.

—Te quería preguntar por pasado mañana.

—¿Por qué?

—Tu cumpleaños, guaperas.

—Y porque no te olvides la semana que viene de llevar a Marlowe directo a la tienda de trajes. Me ha llamado la encargada y dice que es el arreglo que ve más complicado y que necesitarán unos días.

—Sí, no hay problema. —Se había retirado del teléfono para comprobar si ella le había escrito.

—No te oigo bien.

—Que sí, que yo lo llevo. —No había nada más que los mensajes de Blake y algunos en los Misters.

—¿Qué te pasa?

—¿A mí? Nada —se apresuró a responder.

Oyó la risa de Blake.

—Ese nada da mucha curiosidad —dijo su amigo sin dejar de reír.

Resopló.

—No tengo ni ganas de hablar de eso.

—Uhhhhh, la curiosidad aumenta.

Negó con la cabeza a las palabras de Blake.

—Ha venido mi padre a tocarme las narices y Mía lo ha escuchado, y bueno, en fin. Da igual. En un rato se le habrá pasado y subirá.

—Ahm. —No le gustó aquella respuesta de Blake.

Se hizo el silencio un instante.

—¿Qué? —tuvo que preguntarle a Blake.

—Que ha sido una sorpresa. No se podía saber. —La ironía de Blake lo hizo resoplar.

—¿El qué?

—Que ibas a meter la pata. —Esa vez su tono fue aplastante.

Apartó la ropa del suelo con el pie mientras se dirigía hasta su dormitorio. Pero se dio media vuelta antes de entrar.

—Yo no he metido la pata. —Se dejó caer en el marco de la puerta.

—Claro.

Cuando se dio cuenta había llegado andando hasta la puerta, dio la vuelta para poder seguir andando por el salón.

—Mi padre se ha tomado a Mía como una hija o yo que sé —resopló—. Le ha salido la vena paternal. Y ella lo ha oído.

—¿Lo ha oído a él? ¿O a ti? —replicó su amigo.

Blake no servía para hablar en ese momento. No servía ninguno, ni siquiera Byron. Por eso prefirió no hablar con ninguno de ellos, callarse y esperar.

—Entonces, ¿os pongo dos habitaciones en el mirador?

—Te digo que se le va a pasar.

—Porque siempre se les pasa, ¿verdad?

—Siempre. —Miró hacia la puerta, le pareció oír algo. Hasta se acercó para abrir. No había nadie. Cerró.

—Stoker… dime la verdad a mí, ¿esta vez no es diferente?

—Sí. —Se detuvo a mitad de camino entre el sofá y el ventanal—. Y se lo he dicho, que lo sepas.

—¿Se lo has dicho entre soberbias y vanidades vacilantes, quitándole la más absoluta importancia, como si estuvieras hablando del tiempo?

Meditó un instante intentando recordarlo.

—Se lo he dicho.

—Ahm. —No sabía bien la razón, pero no le gustaban esas respuesta de Blake.

—Pero querrá que le diga todas esas falacias que cuenta en las novelas Irina, y eso no es real. Al menos yo no soy así.

Escuchó cómo Blake reía lejano, se habría apartado el teléfono del oído.

—Stoker. —Blake carraspeó un instante—. ¿Has pensado… que solo está intentando aclarar qué es lo que pretendes hacer con ella?

—Sí, claro.

—¿Y qué le has dicho?

—Que es algo que no pienso, ni me gusta pensar, que nunca me he enamorado y que no sé lo que es eso. Que ahora mismo no lo tengo claro.

—No me lo puedo creer, ¿así?

—Con esas palabras o con otras parecidas, ahora mismo no recuerdo. Pero también le he dicho que me gusta estar con ella. Lo he reconocido. No le he dado a entender ni un momento que esto sea pasajero.

—Guau. —La ironía de Blake lo estaba desesperando—. Qué despliegue de coherencias, debe ser maravilloso para ella.

Stoker resopló.

—Entonces creo que entiendo que tu padre intente hablar contigo.

—No habla conmigo, me echa bronca tras bronca.

—También lo entiendo.

Volvió a resoplar.

—No me sirves, no ayudas.

—¿Quieres de verdad la ayuda de un amigo? Ahí va, baja y habla con ella.

—¿Yo?

—¿Ella?

—Por supuesto, es la que me ha dado con la puerta en las narices.

Blake estaba reavivando lo de su pecho y su risa lo aumentó más.

—¿No la quieres?

—Yo no he dicho eso nunca.

—Tampoco dices que sí —se apresuró a replicar Blake. Se hizo el silencio un instante.

Stoker cogió aire.

—Porque yo no soy así. —Movió la mano en el aire—. Como Hércules, como tú, como

Wilde y como tantos otros.

—¿Sinceros?

—Sensibleros… encadenables. —Encogió la nariz.

—Qué falta hace aquí la mano de Marlowe. —Oyó decir a Blake y Stoker hasta se tapó la cara con la mano.

—Vale, entonces para que nos entendamos todos, no te has enamorado en absoluto porque tú nunca te enamoras, aunque no quiere decir que no la quieras, pero tampoco la quieres. Quieres estar con ella porque esta vez es diferente a las otras relaciones que has tenido, aunque tampoco quieres una relación de pareja, ni darle un lugar en tu vida, eso es encadenarte, ponerte sensible con ella y todas esas cosas que te avergüenzan y que siempre has ironizado en los demás para echarte unas risas. ¿Es más o menos esto?

—Blake, voy a colgarte.

—Deja de hacer el gilipollas de una vez y baja a ser sincero con ella, quitándote toda esa paja de la cabeza. Que tiene que haber una joven pasándolo mal por tus pamplinas.

—Solo está enfadada, se le va a pasar.

—¿Cuándo? —preguntó Blake.

Stoker miró el teléfono. Ya era demasiado tarde, no creyó que esa noche subiera.

—Mañana.

—Pufff… Stoker, te merecías que te dieran una patada en el culo. Pero para siempre. Porque creo que no tienes arreglo.

—Estoy en mi derecho de no hacer lo que hace todo el mundo, ¿no?

—Por supuesto —regresó el tono aplastante de Alan Blake—. Pero entonces déjala ir. Porque creo que no eres precisamente el príncipe que ella soñaba. Aunque pudieses parecerlo.

—No la estoy obligando a estar conmigo. También podría irse ella, ¿no?

—Stoker, creo que te lo he dicho ya antes, pero por si acaso… ¡gilipollas! —Stoker cogió aire y lo contuvo—. Te veo pasado mañana.

Dejó caer el móvil en el sofá de nuevo. Ni rastro de Mía ni de Nilo tras la puerta.

Chat alternativo

Claudia: Blake, ¿esto qué es otra vez?

Wilde: ¿Otra vez aquí?

Natalia: Qué sorpresa.

Blake: Mayte, te pongo otra vez de administradora también, ¿vale?

Erik: A mí esta vez podríais haberme dejado fuera, ¿no? Lo digo porque yo entré de rebote y tampoco aporto mucho.

Wilde: Jajajaja.

Hércules: Era cuestión de tiempo.

Marlowe: Yo lo estaba viendo venir, no sé por qué.

Claudia: Jajajaja.

Michelle: Cuidado ahora otra vez con los grupos, a ver si la vamos a cagar.

Byron: Madre mía, este hombre.

Blake: ¿Te ha dicho algo?

Byron: No, ¿lo llamo?

Blake: Te va a poner de mala leche.

Byron: Buf, entonces lo llamo mañana.

Mayte: Hola a todos de nuevo.

67

Bostezó mientras cerraba la vitrina. No había nadie en la tienda, mal día para que no entrasen clientes, necesitaba no tener tiempo para pensar. Así que se puso a limpiar las vitrinas, al menos era un trabajo para no parar.

Volvió a bostezar, había dormido muy poco. Al poco de coger el sueño volvió a despertarse y a partir de ahí no hubo manera.

—Niña. —Suki pasaba por su espalda y se inclinó para hablarle—. Tienes ahí al muñeco, por si no lo habías visto.

Y no, no lo había visto.

—Lleva un rato fuera, ¿no le has dicho que al final te quedas?

Dejó caer los párpados a través del escaparate y miró la hora. Habían quedado en cenar e ir al cine porque ella salía más temprano. Pero después de la discusión, y de que él le dijese que si no pensaba ir con él a ninguna parte y no responderle, pensaba que no iría. Era más, pensaba que se habría cancelado la idea y le dijo a Suki que prefería quedarse para recuperar horas.

Suspiró poniéndose en pie.

—Si te tienes que ir te vas, que no sea yo un impedimento entre tú y esa escultura, por Dios.

—Suki, no la líes más —decía Jimena desde la caja.

Jimena no trabajaba allí, pero casi parecía una más con las horas que empleaba en coser ropa en la trastienda.

Dio un paso atrás.

—Salgo un momento —les dijo.

Salió de la tienda, allí estaba Stoker, esperando como un día cualquiera. Ladeó la cabeza para mirarlo.

Le entraron ganas de soltarle un «qué haces aquí», pero sacudió la cabeza. Lo vio inclinarse, pero al ver que ella no dio un paso más, desistió de la idea de besarla.

Verle aquel gesto aplanó considerablemente la piedra que le apretaba el pecho. Era como si le lanzaran un flotador en medio del mar entre olas enormes que la hundían sin parar.

Y no debía sentirlo así. Porque realmente no había cambiado nada de lo que le hacía daño.

Stoker alzó las cejas como si no lo entendiese.

—No te esperaba —le dijo y las cejas de Stoker se alzaron aún más.

Creo que las mujeres te tenemos muy mal acostumbrado. Yo la primera.

Pero muy a su pesar, mucho se temía que no sería ella la que le enseñase. Aquel flotador se estaba haciendo grande y la estaba haciendo feliz.

—Habíamos quedado en cenar y el cine, ¿recuerdas?

Mía desvió la mirada y negó con la cabeza.

—Eso fue antes.

Cuando estaba subida a una nube.

Pero estaba comprobando que aunque no tuviese una nube, un flotador también le servía. Y eso era terrorífico.

Stoker se inclinó para hablarle.

—Después te pregunté si ya no querrías venir conmigo a ninguna parte y no respondiste. Así que pensé que era un sí. De hecho, ya tengo las entradas. —Alzó el móvil.

Frunció el ceño mirándolo. Él había entendido perfectamente lo que significaba aquel silencio. No entendía por qué había ido hasta allí.

Tuvo que agarrarse a la barandilla y cogió aire despacio.

—¿Nos vamos? —Lo oyó preguntarle.

Irse con él a donde fuese, claro que quería. De hecho, su cuerpo sentía una especie de inercia desesperada hacia el cuerpo de Stoker y que todo regresara a su estado original, aquel que había tenido menos de veinticuatro horas antes.

La oportunidad de que el sueño regresara, pero con una consistencia vaga que difuminaría todo lo bueno que pudiera pasarle. ¿Podría ser feliz allí? El sentimiento que le estaba transmitiendo el salvavidas de ver que podía recuperar lo que tenía le decía que podría ser feliz, si renunciaba a algunas cosas.

Pero también podía retirarse, decirle que no, y que Stoker se molestase aún más y que ya no hubiese más oportunidades. Y el pensar que ya se acababa definitivamente la hacía regresar a los pies de la cama la noche anterior.

Quería bascular su cuerpo, dejarse caer en él…

El pecho le punzaba y notó el peso en los ojos.

—No. —No pensar. Pensar dolía. A veces la filosofía de Stoker era la acertada.

—¿No? —Que se asombrase de verdad, que no fuese aquel teatro que estaba haciendo Stoker de seguir adelante como si no hubiese pasado nada, le había cogido completamente desprevenida, hizo que su decisión tomase forma.

—No. —Sonó mucho mejor que el primero, y la expresión de sorpresa de él aumentó.

—¿Y no podrías habérmelo dicho antes?

—Te lo he dicho, no esperaba que vinieras. —Era momento de retirarse.

Dio media vuelta para entrar en la tienda.

—¿Y qué significa esto exactamente? —La sujetó para que no se alejase.

Ella lo miró de reojo. De nuevo sentía que eso era la liga de élite. No estaba preparada para decir algo que ni siquiera había decidido aún.

—Significa que no quiero ir contigo a cenar y al cine. —De nuevo sorpresa, una sorpresa que a Stoker no le gustaba en absoluto.

Era mentira, sí quería ir con él, estaba deseando ir con él. Pero no quería entrar en aquellas nuevas circunstancias, no aún, posiblemente hasta las nuevas circunstancias le gustasen aunque le tocase sufrir. No. Quería seguir soñando.

Volvió a avanzar hasta la puerta de la tienda.

—¿Sigues enfadada? —Y se volvió hacia él de un sobresalto.

—Mira que eres inconsciente, Brian. —De la forma que él miró hacia un lado, estaba claro que no era la única que se lo decía—. ¿Enfadada? No estoy enfadada.

Y eso último hizo que volviese a mirarla de inmediato. Quizás él también acababa de recibir un flotador, porque enseguida la rodeó por la cintura y le cogió la barbilla.

—Entonces, ¿por qué no has querido darme un beso? —Stoker bajó su tono de voz y la mirada hacia sus labios. Unos labios terriblemente peligrosos que tenían una especie de imán con los suyos.

No podía retirarse, su cuerpo no obedecía.

—Porque eres un idiota. —Era mejor que lo hiciese él.

Y lo hizo, aunque tampoco tanto como le hubiese gustado. Le apartó la mano de la cintura.

—Ni siquiera entiendes lo que me pasa —negó con la cabeza, cogió aire y lo soltó.

—Claro que entiendo lo que te pasa. —El tono de voz de Stoker regresaba al mismo del pasillo de la planta del dormitorio—. Pero yo ya te he dicho mi manera de pensar. Así que no me pidas todas esas falacias que te tiene Irina metidas en la cabeza.

¿Quéeeeeee?

—Eso no es real. Es mentira —añadió Stoker.

Iba empeorándolo por momentos.

—Qué sabrás tú de lo real de los libros de Irina. —No pensaba seguir discutiendo la sarta de absurdeces que decía Stoker, cada cual peor—. Tienes la sensibilidad de una roca de acantilado.

Y no era algo que hubiera dicho al azar. Según Irina, hasta el príncipe más gris guardaba su sensibilidad tras el escudo para mostrársela a su verdadera princesa. Aunque la guardasen en lo más profundo, aunque intentasen ocultarla. Si te cruzabas con un príncipe que estaba duro, lo mejor era buscar a otro.

Stoker no era su príncipe. Ahora solo tenía que decidir qué hacer con un príncipe que le habían prestado.

Y le dolía.

—¿Lo sabes tú? —Lo oyó decir y volvió a mirar a Stoker, lo de la garganta no podía más, tiraba dirección al pecho. Y este se apretaba dentro, aprisionando y empujando a romper a llorar —. No lo sabes.

Porque tú eres el primero, capullo. Y las voy a aprender todas de una vez.

—Tú ya sabías cómo era yo y no te importaba.

La culpa es mía por meterme donde no debo ni sé.

—No sabía que tú, siendo tú, me dolería. —Se alejó de él.

Lo sintió cogerle la mano de inmediato.

—Pues no quiero que te duela —dijo él.

Quizás fue su propia reacción de asombro a su gesto repentino y a un tono un tanto más diferente del que había usado en la disputa. Pero Stoker le soltó la mano enseguida. Esa vez no había sentido un flotador en medio del mar, era un barco, uno con helipuerto en el que había algo que pudiese volar y dejarla de nuevo en una nube con consistencia como para que no cayese.

—Si puedo hacer algo… —Pero el barco desapareció, solo quedaba el mar. Y ya ni flotador.

—No volverme loca —volvió a negar con la cabeza.

—¿Y eso cómo se hace?

Teniéndolo de frente, era muy muy difícil. Y más pareciendo que podría poner de su parte. Pero no se trataba solo de poner de su parte. Y menos en un carácter de ideas fijas e inamovibles como era el de él.

—Alejándote de mí. —Se oyeron las campanillas de la entrada de la tienda en cuanto atravesó el umbral.

Mía se detuvo un momento. ¿Eso era lo que quería? No, no lo era. Lo quería a él.

Se giró para mirar tras ella. Stoker ya no estaba y lo de la garganta aumentó.

Abrió la boca para exhalar el aire. Apretó los labios. Miró a Jimena y Suki, que la observaban.

—Ni te muevas, Suki —dijo Jimena—. Si la abrazas, empezará a llorar.

—¡Bah! No es malo llorar por un tío, Sayu. —Suki la rodeó con los brazos.

Jimena no había dicho ningún disparate.

—Esto es el cuento de siempre, nosotras llorando y ellos *ofendiditos* y con un cabreo de narices. —Oyó decir a Suki—. ¿Quieres que te descambie el Maneki?

Y en mitad de las lágrimas soltó una carcajada. En lo último que había pensado era en el gato Maneki. Pero llevaba razón, el cumpleaños de Stoker era el día siguiente. Mala cosa, reciente e incómodo. Encima tener que estar allí con Kelly y sus hijas.

—No se lo regalarás, ¿no? —añadió Suki y la risa de Mía aumentó.

No era momento de risas. Pero con lo que tenía encima, aún peor que antes, la ironía de Suki

hizo que tuviese que limpiarse las lágrimas del llanto sin dejar de reír.

Mía volvió a mirar hacia la puerta.

—¿Y ahora qué? —preguntó a las dos.

—Pufff. —Jimena hizo una mueca—. Vete a saber, volverá, huirá como una rata.

Pensar en que huyera, en que no regresase, hacía que se arrepintiese de todo lo que le había dicho.

—Se buscará a otra —dijo Mía.

Y la sensación de haber metido la pata se cruzaba con una punzada extraña en el pecho que le provocaba cierto vértigo.

—Todo depende —respondió Jimena—. Pero si huye y no vuelve o se va con otra, créeme que es el mayor favor que te ha hecho la vida.

Eso quedaba perfecto en palabras. Pero mientras tanto tendría que digerirlo. Y necesitaba salir de la casa Stoker cuanto antes. Ahora se haría una pesadilla estar allí.

Suki le dio a Jimena con el codo.

—También puede volver y pretender que todo sea como él quiere —le dijo Suki a su amiga.

—Claro, genia, es lo que ha hecho hoy. Lo mismo lo intenta otra vez cuando pasen unos días. —Jimena la miró a ella—. Lo has hecho muy bien, ¿sabes?

Mía negó levemente con la cabeza, lo de la garganta regresaba.

—Malditos sean todos —protestó Suki—. No deberíamos ni de dedicarles unos minutos de nuestras vidas a la ristra de capullos estos —añadió.

—No, pero el destino nos los coloca estratégicamente para que caigamos de vez en cuando. —Jimena le echó el pelo para atrás—. Y no pasa nada.

La joven le cogió la barbilla.

—No vas a descambiar el Maneki —le dijo Jimena—. Vas a llevarlo mañana.

Suki hasta se giró para mirarla.

—Pero no se lo merece —le replicó Suki.

—No tiene nada que ver con Stoker. —Jimena apartó la mirada de ella para dirigirla a Suki —. ¿Ves quién tiene la culpa de que sean unos egocéntricos? No son el centro del mundo. Que les den por el culo.

—Vale —respondió Suki.

Y las dos volvieron a mirarla a ella.

—Tú ahora tienes una obligación contigo misma. Quizás la más importante de tu vida —le dijo Jimena—. Y piensa que es imposible reconstruir nada mientras huyes. El correr ahoga y te impide hacer nada más.

—Sayu, que filosófica estás hoy.

—Es que he empezado otra vez a ver la serie esa de los músicos y me ha puesto blanda —respondió y Suki empezó a reír.

Jimena le soltó la barbilla.

—Eres una preciosidad y una verdadera heroína como las de estas vitrinas —añadió Jimena de nuevo dirigiéndose a ella—. Es muy difícil que ese idiota no pueda verlo, pero si aun así no lo ve o lo ha visto pero le da igual, que vaya tirando.

—Te voy a hacer un regalo. —Suki abrió la vitrina y acercó las manos a un personaje.

Mía sonrió.

Era el protagonista de la muñeca del lazo negro, la que se llevó Stoker.

—No hace falta que te hablemos de él, ya lo conoces —dijo Suki poniéndolo en la mesa. Jimena suspiró—. Es tuyo. —Lo arrastró hasta ella.

Mía le agradeció el gesto. La verdad era que aquel personaje estaba al nivel de una auténtica novela de romance, de las más potentes. Podría decirse que era el personaje idóneo y perfecto, de los que llegaban a hacer suspirar, un guerrero fuerte, decidido, protector… y con la sensibilidad masculina encerrada tras una coraza.

Una delicia de historia que le amenizaba las tardes tranquilas de clientes.

—Gracias. —Lo cogió con ambas manos.

—Ve recogiendo tus cosas, nosotras lo vamos metiendo en la caja. Vete a casa.

Y se lo agradecía. Necesitaba una ducha, tumbarse, recuperar el sueño. Dormir.

Envió un mensaje al conductor de la casa. Se colgó la mochila y abrazó a Suki y a Jimena. Le habían metido la caja en una bolsa azul.

—Descansa, anda.

Salió de la tienda y se encaminó hacia la puerta doble de cristales, que se abrieron de par en par en cuanto la detectaron.

Y se detuvo en seco.

Había subido la moto enorme a la acera, la tenía arrancada ya rugiendo. Y sobre el asiento de atrás estaba su casco y la chaqueta de piel blanca.

—¿Qué haces? —le preguntó ella.

—No quieres ir a cenar, pues llevarte a casa —respondió él como si fuese evidente.

—Ya he llamado al chófer.

—Era evidente que no lo ibas a necesitar, le di la tarde libre. No está.

Cogió aire por la boca y lo echó de golpe. Stoker la miró frunciendo el ceño.

—No pienses ni por un momento que estoy aquí para convencerte de que cenes conmigo. Solo voy a llevarte a casa, no hay conductor.

Ella desvió la mirada. Así no iba a tener muchas formas de reconstruirse. Aún menos cuando la idea de estar pegada a él, aunque fuese el rato del camino, le agradaba de cualquiera de las maneras.

Era decepcionante, pero estaba comprobando que el enganche a él era real, como al chocolate, como al azúcar o a otras cosas de las que decían que era peor salir.

Una dosis de Stoker.

Solo una.

—Me has dejado claro, muy claro, lo que quieres —añadió él mientras ella se acercaba para colocarse la chaqueta y el casco—. Y puedes estar tranquila, yo no soy hombre de perseguir mujeres como un perrito faldero imbécil y ridículo. Sé retirarme.

Perfecto.

Metió la mochila y la bolsa en el maletero y lo cerró. Se sujeto a él para subir y se colocó.

Y no pienso meterte las manos en los bolsillos aunque se me congelen.

Con estar a pocos centímetros de él, la dosis de Stoker era suficiente. Era pronto, iría a peor los siguientes días cuando necesitase una dosis mayor, como cuando regresaba de los viajes.

—Además, pienso lo mismo, yo tengo mis convicciones y tú las tuyas. Son incompatibles.

Eso ya lo escuchó desde el interior del casco, aunque su visera estaba abierta. Brian la miraba, solo podría verle los ojos.

—Me alegra que hayas llegado a esa conclusión —le respondió—. Hace treinta minutos no parecías entenderlo.

—Pues lo entiendo perfectamente.

Stoker le cerró la visera tan rápido que Mía se sobresaltó. El acelerón fue tan, tan, tan brusco que no tuvo más remedio que aferrarse a él. Y también tuvo que apretar el estómago y cerrar los

ojos.

—¿Ahora vuelves a tener miedo? ¿Ya no confías en mí? —Lo oyó preguntarle.

—Nunca he dejado de tener miedo. —Fue su respuesta.

—¿Nunca? ¿Alguna vez has confiado en mí? —Abrió los ojos al escucharlo.

—Todas las veces.

Por desgracia.

Atravesaron una calle larga y Stoker giró en un cruce.

—Ahí es dónde había reservado hoy. —Se detuvo en un semáforo.

Mía giró la cabeza para mirar, nunca había estado allí, como nunca había estado en ningún lugar al que él la hubiese llevado.

—¿Has cancelado la reserva? —le preguntó.

—No, ¿ahora sí quieres cenar? —y lo dijo girando la cabeza hacia ella.

—No, pero deberías haberla cancelado y no fastidiar al restaurante.

Se oyó una especie de bufido en los auriculares y enseguida apretó las manos a su chaqueta con un nuevo despegue a ras del suelo

—Se te van a quemar las manos. —Lo oyó decir.

Ella ladeó la cabeza para mirar sus bolsillos, los llevaba abiertos. Meterle las manos allí significaba pegar el pecho en su espalda, dejarse caer y perderse. Algo que su cuerpo estaba deseando.

Y sus manos aún más.

Arrastró una mano despacio hasta uno de los bolsillos, meter la otra significaba envolverlo en un abrazo.

Cerró los ojos y exhaló el aire despacio mientras introducía la mano en el otro bolsillo.

Vio que ya dirigía la moto hacia la pista.

—¿He sido tan terrible? —preguntó.

¿A qué viene eso?

—No has sido terrible, ¿qué dices?

Eras perfecto, salvo por ese bloqueo que tienes de sentimientos. Ya vendrá alguien a desbloqueártelo.

—Quieres que me aleje de ti, lo parece.

Mía frunció el ceño.

—Acabas de decir hace cinco minutos que lo entendías y que estabas de acuerdo.

—Y estoy de acuerdo.

Se hizo el silencio. Lo sintió moverse en el asiento, no estaba del todo cómodo o tranquilo.

—¿Estabas bien? Yo te veía bien —comenzó él de nuevo.

—Claro que estaba bien. —Pensar que iba a seguir en silencio hasta la casa era pedir demasiado.

—¿Qué esperabas de mí? ¿Que fuese un ridículo? ¿Tanta importancia tiene?

Es brutísimo.

—No tiene nada que ver con eso de ser un ridículo. —Hasta le sacó las manos de los bolsillos para retirarse de él. Le faltaba el aire y no había forma de encontrarlo amplio dentro de aquel casco—. Que tampoco sé bien a qué te refieres.

—A que me pongan un collar y una cadenita, y que me premien con cada cursilería que haga o me echen en cara cuando no. Y encima sentirme feliz —negó con la cabeza—. Vas cayendo despacio y feliz, como la muerte de la rana, sin darte cuenta, hasta que te conviertes en… un calzonazos. Y encima tienes que pedir de rodillas que acepten encadenarte del todo, hacerte

firmar el papel que hace las cadenas firmes, y que te marquen como hacen los ganaderos con las bestias con un sello de hierro aunque lo llamemos anillo.

Madre mía.

—Menuda película extraña que tienes en la cabeza —dijo ella—. Y en mi caso, Brian Stoker, no se trata de eso. Se trata del muro que tienes a la hora de abrir sentimientos y transmitirlos.

Él volvió a girar la cabeza.

—Y mira para delante —se apresuró a decirle enseguida—. No es un defecto. Algún día llegará una mujer con la que puedas abrir tus sentimientos y enamorarte sin que te sientas ridículo. Y te encantará.

Esa vez detuvo el intento de girar la cabeza de nuevo, entraban en un cruce, el del camino a casa.

—Y algún día llegará un hombre que… Solo intenta que no sean palabras vacías ni te mientan. Hay hombres muy mentirosos que solo dicen lo que querrás escuchar. Y eso tampoco vale. Tienen que demostrarlo en todos los sentidos.

Mía ladeó la cabeza solo para comprobar si era Brian Stoker quien hablaba bajo aquel casco.

—¿Y eso cómo se hace?

—No tengo ni idea. —Contuvo la sonrisa. A veces era tremendamente encantador. La mayor parte del tiempo.

Una dosis de Stoker.

—Pero supongo que es algo que cuando se ama, debe de salir solo.

Era una suerte tener puesto el casco y que no pudiese verla. Las dosis de Stoker le curaban el alma. Ya lloraría después.

—No somos de fiar prácticamente ninguno —añadió él—. Así que no te dejes embaucar por cualquiera.

—Lo intentaré, pero Jimena dice que os colocan de manera estratégica para que de vez en cuando vayamos cayendo con alguno.

Y esa vez sí giró la cabeza para mirarla.

—Mira adelante. —Lo empujó con la mano.

—¿Eso dice?

—Sí.

—¿Para justificar que un día estáis muy enamoradas de uno, luego le lloráis durante días para acabar después enamorándoos de otro? Y empieza otra vez.

Tuvo que reír con su deducción.

—Los hombres hacéis lo mismo, pero sin llorar.

—Eso no es enamorarse, solo son calentones. —Volvió a girarse un instante para mirarla—. Tampoco te dejes caer con esos.

¿Ahora es experto en amor y relaciones?

—¿Con quiénes?

—Con los que solo busquen sexo.

—¿Por qué? —preguntó ella frunciendo el ceño.

Stoker apartó la moto a un lado de la carretera, la frenada hizo que su cuerpo se apretase con el de él.

—¿Qué pasa? —No sabía si habría sido un pinchazo.

Stoker se bajó ya con el casco quitado y tiró del suyo para quitárselo a ella, que enseguida miró la rueda delantera.

No le dio tiempo de mirar la trasera, su cuerpo se elevó del asiento, Stoker la levantaba sin

ningún esfuerzo, su peso le permitía manejarla como a una muñeca.

—Pero ¿qué pasa? —volvió a preguntar mientras él la soltaba en el suelo.

Y la enganchó como cuando le quería dar aquellos bebibles de sabor horroroso. Sin que pudiese mover ni el cuerpo ni la cabeza.

—Tú y yo, eso pasa —respondió él.

Y verle claras las intenciones hizo que regresase la ligereza y todo eso que le provocaba Brian Stoker.

—Esto no funciona así. —Y los labios de Brian Stoker se presionaron en los suyos absorbiéndolos por completo mientras apretaba su cuerpo contra él.

Sí, sí funciona así.

El efecto en su pecho fue inmediato. Placer absoluto mientras el abanico se abría pleno.

Entreabrió la boca y lo vio retirarse levemente para rozarle la nariz con la suya y ladear la cabeza volviendo a besarla.

Uffff. Esto es inhumano.

Quería ponerle la mano en el pecho para retirarlo. Quería, era su intención, una orden que su cuerpo no parecía escuchar. En parte lo entendía, lo de su pecho estaba deseando abrirse y sentir aquello, y ahora abierto no quería volver a plegarse y arrugarse apretándole como una piedra dura. Stoker atrapaba sus labios, uno y otro sin cesar.

Tenía que apartarlo.

Lo sintió aflojarle la presión en la cintura, pero solo fue para volver a apretarla mientras presionaba sus labios unos segundos. Cuando sus labios se separaron, el sonido fue notorio.

—Ya. —Su cuerpo no había funcionado, solo le quedaba la lengua y a esta él no le daba mucho margen tampoco.

Ya hasta que tú quieras.

Si volvía a besarla de nuevo, no podría separarse de él. Las dosis de Stoker le estaban encantando.

Stoker frunció el ceño, volvía a parecer sorprendido u ofendido.

—¿Por qué? —respondió él desviando la mirada hacia la moto.

—¿No decías que lo habías entendido?

No has entendido nada.

—Lo he entendido bien, pero ahora acabas de decir que por qué vas a alejarte de hombres que solo quieren sexo. ¿A ellos no vas a exigirles nada y a mí sí? —Estaba ofendido sin duda alguna. Y era una pena no tener colocado el casco y poder soltar a rienda suelta todas las risas que le estaba provocando su expresión. No conocía aquella versión de Stoker, o no había sabido reconocerla.

Romper carcajadas en el estómago era muy complicado.

—¿Ahora te ríes? —Se apartó de ella negando con la cabeza.

Intentó cortarlas cuanto antes. Cogió aire por la nariz despacio.

—Porque eres brutísimo. —Alzó la mano en el aire y la movió, luego se acercó a la moto para subirse. Cogió el casco del asiento—. No es lo mismo, no tiene que ver nada con esto.

Fue a subirse, pero lo miró y su expresión le decía que su mente necesitaba una iluminación.

—¿De verdad no lo ves? —Cogió aire mientras desviaba la mirada y soltó el aire de golpe a la vez que su pecho rebotaba con él. Un suspiro que le demostraba que estaba ya preparado para cerrarse y doler.

Y con lo que sentía cuando estaba junto a él era una auténtica pena.

—Yo estoy enamorada de ti, ¿lo estás tú de mí? —Era simple y sencillo. Puso un pie en la

estribera para subirse—. Exijo lo mismo que yo sea capaz de dar. —Puso el culo en el asiento.

Pero él no se montaba. Se había acercado a ella y estaba allí quieto, mirándola.

—Es pronto para que puedas decir eso —dijo con un tono tranquilo, seguía mirándola de cerca, como si quisiera hacer una inspección por partes de su cara.

Ella le puso una mano en el pecho y lo empujó levemente. Le estaba encantando su forma de mirarla.

—Qué vas a saber tú… —Y se apresuró a ponerse el casco antes de que la enganchase otra vez o acabaría desnuda en el ático.

Que realmente es lo que me gustaría.

Tensó los muslos intentando contrarrestar la respuesta a sus pensamientos. Volvió a suspirar. Stoker ya se subía.

Arrancó la moto de nuevo, pero antes de iniciar la marcha soltó el manillar y le cogió las manos para llevárselas a los bolsillos.

No dijo nada el resto del camino. Llegaron al fin a la casa, la verja se abría y la atravesaron directos al techado de los coches.

Allí estaba su bicicleta y era día de girasoles. No los dejaban todos los días, tan solo las mañanas que iba el grupo de jardineros, a veces cada dos días, otras cada tres.

Pero con lo que tardaban en secarse, Cathelyn solía ponerle más jarrones por la habitación.

Vio que Stoker abría el maletero mientras ella se acercaba para recoger sus cosas, y cuando se giró con ellas en brazos él la estaba mirando de reojo. No dijo nada, tampoco le daba la mochila y la bolsa.

Mía alargó la mano para cogerlas.

—Yo lo llevo, voy para arriba también —dijo él apartando la mano.

Se oyeron las patas de Nilo, llegaba corriendo como siempre. Vio que Stoker se adelantaba para evitar que le saltase encima a ella.

—Espera, mira. —Mía lo rodeó y se puso delante—. ¡Nilo!

El perro echó el freno, tan drástico que hasta sonó un derrape a un par de metros de ella. Se sentó de inmediato.

Ella se sacó del bolsillo una de las galletas y se la lanzó. Nilo la cogió en el aire.

Miró a Stoker.

Supera eso.

—Esto es lo que pretendéis hacer las mujeres con todo —dijo él negando con la cabeza y ella no pudo aguantar la risa.

Nilo volvía a sentarse pidiendo otra.

—Aún no ubica muy bien cómo funciona. —Ladeó la cabeza sin dejar de mirarlo—. Piensa que se lo voy a dar cada vez que se sienta, en cualquier momento.

Stoker la rebasó dirección a la casa, miraba al perro.

—Primero te preMían —le dijo a Nilo—, luego se convierte en una obligación. Y al final lo acabarás haciendo simplemente para que no se enfaden porque no lo haces.

Stoker negaba con la cabeza.

¿Eso iba por algo?

Tuvo que contener otra vez la sonrisa mientras lo dejaba adelantarse. Alcanzó las escaleras y vio que Stoker aminoraba la marcha hasta que ella estuvo a dos escalones de los que subía él.

En el rellano lo adelantó y se dio media vuelta para ponerse frente él.

—Muchas gracias. —Agarró el asa de la mochila y el de la bolsa.

Stoker bajó la mirada hacia la bolsa azul mientras abría la mano para facilitarle que la

cogiese.

—¿Eso es mi regalo? Pensaba que no querrías ir —dijo él de nuevo con el mismo tono resentido al que ya se estaba acostumbrando y que parecía alimentarse más según le respondiese.

Un juego más del que tendría que entender el funcionamiento. Estaba segura de que cuando aprendiese hasta ese juego le gustaría con Stoker.

—No, es un regalo que me ha hecho Suki. —Y pesaba lo suyo—. Y claro que iré.

Stoker frunció el ceño.

—¿Por qué no iba a ir? —Le encantaba cuando su ceño se fruncía aún más.

—Porque me has pedido que me aleje de ti, ¿no has pensado que a lo mejor ahora no quiero que vayas? —Aprender a alimentar eso en Stoker iba a ser muy sencillo.

—Eso sería un arrebato infantil y estúpido, algo que puedo entender de un universitario de veinte años. Pero tú vas a cumplir treinta, señor Stoker, ¿no quieres que vaya?

Abrió la puerta sin dejar de mirarlo. No respondía.

—Aún no lo he decidido —respondió.

Mía se detuvo.

—¿Lo decidirás cinco minutos antes? —preguntó y Stoker alzó las cejas—. Entró y puso el tacón de la bota en la puerta—. Hasta mañana.

Cerró la puerta cuando aún Stoker no había bajado las cejas.

Dejó la bolsa y la mochila en el suelo. No tenía del todo ganas de llorar, muy lejos de su estado la noche anterior. Y una parte de ella aún quería reír con las tantas expresiones y matices de Stoker.

Negó con la cabeza.

De entre todos los hombres, había dado con un auténtico desastre.

68

No solían importarle las bromas de los Misters, pero no sabía por qué comenzaban a picarle.

«Ahora en serio», les escribió a sus amigos. «Se acabaron las bromas. Como veis, todo ha sido como siempre, habéis fallado. Y yo me retiro, así que no habrá más».

Se hizo el silencio un instante, un silencio demasiado largo, contando con que nadie escribía ni grababa audios.

«El que nunca se ha enamorado se retira. Y ahora qué haremos nosotros en este chat que me estaba dando la vida», dijo Wilde y Blake le respondió con risas.

«Lo que no entiendo es por qué dice que se retira, cuando según cuentas, parece que es ella la que te ha retirado, ¿no? Pregunto», dijo Blake.

Iban a tocarle las narices hasta el final. Cogió aire y lo contuvo. No era su mejor día ni su mejor noche. El reloj acababa de marcar el primer minuto del día de su cumpleaños y los treinta habían comenzado con su paciencia cubierta por un papel de calcar, fino y quebradizo. Mantenerla iba a ser arduo.

«No es así», les soltó enseguida.

«¿No? Pues ilumínanos porque no entendemos».

«Ella dice estar enamorada, así que no quiere seguir con lo que sea que tenga conmigo porque mis pensamientos son diferentes».

Blake envió un mensaje.

«O sea, que te ha retirado ella».

Apretó los labios al leerlo.

«¿Cómo llevas tu primera vez de retiro involuntario?». El turno de tocarle las pelotas era de Wilde.

Escribió enseguida.

«Lo llevo muy bien, es más, pienso que es lo mejor. De hecho, tendría que haberlo hecho yo, que soy mayor que ella y por lo tanto tengo más madurez».

Volvió a hacerse el silencio, ni siquiera hubo risas. Al fin escribía Hércules.

«Eso de más madurez habría que discutirlo. Y lo de haberlo hecho antes tú, ¿es por tener que quedar por encima siempre?».

Resopló.

«Porque es lo mejor. Ella está inflada de ideas sensibles y románticas y eso no va conmigo».

Ahora escribía Byron.

«Y yo, que entre los girasoles, la ayuda extraordinaria y desinteresada que le estabas dando, la forma en la que la has defendido con su madrastra para darle un sitio en esa casa, y esos paseos en moto, avión, las cenas, los regalos… comenzaba a pensar que eras un sentimental de novela».

Y esa vez, al tragar saliva, le costó que le corriera garganta abajo. Y eso que ellos solo sabían la mitad de la lista.

«Pues ya estás viendo que no».

Volvió a hacerse el silencio. Algo extraño cuando ellos no paraban cuando estaban en mitad de una conversación. Quizás ya no les interesaba nada de lo que les tuviese que decir.

Escribía Hércules de nuevo.

«Pues no pasa nada, chaval. Nosotros ya lo imaginábamos. Pero nos pueden las risas, ya sabes».

Frunció el ceño al leerlo.

«¿El qué imaginabais?».

Hércules volvía a escribir.

«Que eso no llegaría a ninguna parte».

¿Cómo?

No entendía por qué después de pedirles demasiadas veces que dejasen aquello, ahora le molestaba que Hércules confirmase que se acabaron las risas y las bromas, y su interés por Mía Austen y él.

«Señores, se acabaron las risas. A ver quién es el próximo», dijo Wilde.

Y la molestia se fue tornando a otra cosa, algo que dolía, enfadaba y le daba cierta tristeza.

«Pues ya van quedando pocos», decía Blake. «Byron y Marlowe».

Marlowe escribía también.

«Que va, conmigo no contéis. Lo mismo Stoker nos sorprende otra vez. Siempre anda entre mujeres. Es el que tiene más posibilidades de daros las risas».

Dio un respingo al leerlo.

«¿Yo?».

Marlowe escribía para responderle.

«Claro, lo de siempre. Stoker siendo Stoker, después de una, otra, ¿no?».

Y hasta eso le enfurecía.

«A todo esto, ¿la chica va mañana? ¿O la has vetado?», preguntó Blake.

«Por supuesto que no la he vetado. ¿Por qué iba a vetarla?».

Blake respondía.

«No lo sé, porque estuvieses molesto con ella».

«No tengo razones para estar molesto. Está invitada».

«A mi boda está invitada también», dijo Hércules y él apretó de nuevo los labios.

«No querrá ir», se apresuró a responder.

«No pasa nada, lo entiendo», respondió Hércules.

No entendía por qué, pero se estaba encendiendo cada vez más.

Aunque no hubiese ironía ni risas, se encendía.

Su cumpleaños comenzaba tremendamente mal.

Chat alternativo

Blake: Le estamos dando la razón a Stoker, ¿seguro que eso es bueno?

Natalia: Ni lo dudes.

Wilde: Debéis tener en cuenta que es Brian Stoker.

Natalia: No importa. Necesita hacer una reflexión consigo mismo. Le estáis ayudando.

Blake: ¿Dándole la razón? No lo conocéis. Este no va a reflexionar nada. Tremendo zoquete está hecho.

Vicky: Jajaja.

Marlowe: Cuando yo llegue sí que va a reflexionar.

Claudia: Hércules y Michelle, suerte mañana.

69

Al llegar a la casa comprobó la cantidad de coches que había en el aparcamiento y en otras partes delanteras de la casa, el coche de los Stoker que la llevaba ni siquiera había podido acabar la zona techada.

Reconoció el coche de Hércules Orwell, en el que los llevó el día que la recogieron de la biblioteca.

Stoker no le había escrito, y eso que ya hacía rato que había empezado, con lo cual seguía estando invitada a la cena. Sin embargo, eran muchos los coches que había en la casa y hasta en la puerta, nada que ver con lo que Brian le había contado que quería para aquel día. Habría cambiado de opinión.

Como también había cambiado de opinión ella misma. Si ya llevaba toda la tarde dudando si ir o no, la cantidad de coches y el ruido de voces procedente del salón más grande de la casa le estaban despejando sus dudas.

Tampoco Nilo estaba por allí, lo habrían encerrado en la perrera trasera.

Resopló mirando de reojo la puerta del salón abierta, vio a uno de los empleados de los Stoker salir de él y mirarla también. La rebasó a toda prisa.

—Buenas noches, señorita Austen —le dijo y ella le respondió enseguida.

Vio una sombra, alguien más salía del salón. Así que subió varios escalones a prisa, el propio empleado sería consciente de que estaba huyendo. Lamentó que Stoker no le hubiese escrito para decirle que no fuese, hubiese sido más fácil, menos tenso y menos bochornoso no asistir.

Llegó al rellano y enseguida alcanzó la siguiente hilera de escalones.

—¡Mía! —Se detuvo en seco, y notó cómo se endureció su cara, alguien la había pillado en su huida.

Enseguida se agarró al pasamanos y bajó la mirada por el hueco de la escalera.

Era Michelle Lyon.

—Me alegro de que ya estés aquí —sonrió con amplitud.

No me lo puedo creer.

Mía sonrió conteniendo un resoplido. Michelle se acercó al primer escalón. Llevaba un pantalón suelto de algodón, un jersey de cuello ancho y una boina, todo de color blanco crudo.

La joven subió un pie al primer escalón, dejando el otro pie en el aire, y también se agarró al comienzo del pasamanos.

—¿Vas a cambiarte? —preguntó Michelle mirándose la ropa—. Aquí no te pienses que todos somos tan elegantes. —Luego la miró a ella y encogió la nariz—. Yo te veo perfecta.

Mía fue a responder, pero cerró la boca y ladeó la cabeza. Michelle subió varios escalones más.

—Iba a subir a soltar las cosas y a coger el regalo de Stoker —respondió y la sonrisa de Michelle se amplió.

Luego Michelle basculó su cuerpo hacia atrás, sin soltarse de la barandilla, para mirar la puerta del salón.

—Si quieres te espero aquí. Da mucha vergüenza llegar sola cuando la reunión esta empezada —dijo la joven y Mía alzó las cejas.

No iba a tener forma de escabullirse. Michelle la miró de reojo.

—¿Prefieres entrar sola ahí? —preguntó y Mía dio un respingo.

—No. —Entrar sola era mucho peor. Una de las razones por las que no quería ir. Hermanastras, madrastras, amigos de Stoker que no conocía, y un homenajeado con el que ahora

se palparía la tensión.

No pintaba nada allí. Pero Michelle parecía estarla esperando. Así que su idea de soledad en un lugar inhóspito con gente reacia a su presencia se había difuminado por completo.

Mía cogió aire y lo contuvo. Michelle subió unos escalones más.

—Si no quieres bajar, lo entiendo —dijo Michelle—. Pero me encantaría. —Volvió a agarrarse de la barandilla para dejarse caer hacia atrás y mirar hacia la puerta del salón. Luego se inclinó hacia Mía—. No te creas que yo tampoco estoy muy cómoda ahí. Dayana aún no ha llegado y solo conozco a estos cuatro, que se ponen a hablar de sus cosas y pasan de mí.

Mía contuvo la sonrisa. Al principio dudó de que Michelle supiera nada de ella y Stoker, pero al parecer sí que sabía. Entornó los ojos hacia ella. Michelle lo sabría a través de él y la curiosidad le pudo.

—¿Qué os ha dicho Stoker? —Y a Michelle le sorprendió que fuese tan directa.

Michelle volvió a subir unos escalones más.

—No mucho. —Encogió la nariz—. Tienen un código de caballeros. —Movió la mano como si fuese una tontería—. Pero sé lo suficiente como para estar convencida de que no tendrías razones para quedarte arriba. Tienes menos razones que tu madrastra, tus hermanastras o que algunas amigas de Stoker, y están ahí tan panchas.

Mía alzó las cejas y Michelle pareció ser consciente de que la había sorprendido con eso último. Volvió a mover la mano en el aire.

—Por favor, baja —añadió la chica frunciendo el ceño.

Solo pensar en atravesar esa puerta hacía que sus piernas tomasen ligereza. Subió uno de los escalones de espaldas para no darle la espalda a Michelle. Pero esta subió los escalones a zancadas y se apresuró a cogerle la mano.

—Entiéndelo —le dijo negando con la cabeza.

Michelle la soltó despacio mientras ella se daba la vuelta para seguir subiendo.

—Mía Austen, sé que te gustan las historias. —Oyó a Michelle a su espalda—. Debes de saber que no hay ninguna sin ogros ni brujas.

Tuvo que detenerse y darse media vuelta para mirarla. Michelle seguía sonriendo.

—A partir de ahí, ¿a qué le temes?

Mía cogió aire y lo soltó de golpe. Tragó saliva para suavizar la garganta. No hacía falta mucha explicación para frases que *a priori* podían parecer un sinsentido o un disparate. Pero aquellas frases escuetas le habían atravesado el pecho por completo, haciendo vibrar el interior de su garganta y que le pesaran las cuencas de los ojos con algo de humedad.

—Solo sé que tengo que salir corriendo de aquí —respondió y Michelle sonrió.

—Entonces no te olvides de dejar un zapato atrás. —Michelle bajó los escalones despacio, Mía seguía observándola.

Ambas dieron un respingo al escuchar la primera de las campanadas del reloj de la casa de los Stoker. Michelle giró la cara para mirarla, la joven reía mientras otras campanadas sonaban a un ritmo constante.

—Érase una vez —dijo y arrugó la nariz un instante.

Mía bajó la cabeza, volvía a tragar saliva. Luego desvió la mirada.

—Érase una vez una pesadilla —dijo Mía y Michelle dio una carcajada. Mía alzó los ojos para mirarla—. Eso va a ser para mí. —La risa de Michelle aumentó—. No sabes lo gafe que soy para todo.

El reloj dejó de dar la hora. Se oyó una puerta abrirse y jaleo de platos, sería el servicio, la hora de la cena.

¿A qué le temía? A que todo lo que producía algo bueno se diese la vuelta.

—¿Tú tuviste ogros y brujas? —Una vida idílica, le costaba imaginarlo.

Michelle asintió con la cabeza y alzó una mano por encima de ella.

—Tuve un ogro enorme —respondió con ironía.

Mía se inclinó hacia delante para reír.

No me lo puedo creer.

—Y si hablaras con Dayana… —Michelle entornó los ojos.

¿Dayana?

Eso lo esperaba igual o menos. Conociendo a Blake lo poco que lo conocía, no creyó que fuese algo muy turbio.

Mía miró hacia un lado. La ligereza de las piernas aumentaba, quizás porque había decidido saltar.

—Vale. —Miró a Michelle y su sonrisa era radiante—. Espérame.

Michelle se cruzó de brazos y dejó caer la espalda en la pared de la escalera.

Se apresuró a subir, soltó la mochila en cuanto entró y cogió el enorme Maneki envuelto de encima de la mesa redonda que estaba cerca de la ventana, con su bolsa llamativa.

Bajó y Michelle estaba en el mismo lugar que la había dejado. Mía fue aminorando el paso a medida que llegaba hasta ella.

—Gracias —le dijo.

Michelle movió la mano en el aire.

—Solo quería que supieras que no estabas sola —respondió Michelle bajando a la par de ella —. Me tienes a mí, a Dayana, a un ogro enorme, a un abogado chungo, a un pianista, y a algunos más que no conoces.

Pensaba que después de lo que había hecho, sería también alguien no grato para los amigos de Stoker. La miró de reojo.

—Pero que conocerás pronto —añadió Michelle y Mía se sobresaltó.

Negó con la cabeza.

—No me pidas eso, por favor. —Sabía por dónde iba Michelle.

Michelle la agarró de los hombros.

—No soy un hada madrina, pero confía en mí. —La joven sonrió.

Mía volvió a negar con la cabeza.

—No puedo, eso no… no es lo mismo.

Michelle le apretó los hombros.

—Por supuesto que no es lo mismo, es mucho mejor —Michelle sonrió—. Hércules y yo queremos que vayas. Y mi madre, y mis tías. Y todos los Misters. —Michelle alzó las cejas mientras lo decía—. Somos muchos los que queremos que vayas. No vas a estar sola. No vas a estar sola ni un momento —Michelle sonrió arrugando la nariz.

—¿Y Stoker? —Mía negó con la cabeza—. Si ni siquiera estaba convencido de que viniese aquí.

Michelle le soltó los hombros para retirarse de ella y mirarla con sarcasmo.

—Ni siquiera estaba convencido de que vinieses aquí, ¿de verdad te crees todas las paparruchas que dice este tío? —Abrió los ojos como platos y volvió a acercarse a ella—. ¿En serio?

Mía tuvo que contener la sonrisa.

—En parte —respondió y esa vez fue Michelle la que contuvo la sonrisa.

Dieron unos pasos más hacia la puerta.

—Pues eso ya es mucho —respondió Michelle en un susurro y la risa de Mía aumentó.

Estar en el umbral de la puerta era un reclamo para que los invitados mirasen. Así que no tardó en escurrirse tras Michelle hacia uno de los laterales del salón mientras Michelle la seguía con la mirada, dando una vuelta completa sobre sí misma.

Mía recorrió el salón, estaban allí sus hermanastras, claro estaba. Brit llevaba un vestido color mostaza tan ceñido que hasta le marcaba el sujetador. Ivy lo llevaba verde. Su madrastra llevaba falda y chaqueta fucsia oscuro.

A un lado estaba la tripulación de Brian Stoker, no era capaz de recordar la cara de todos, pero con una azafata y con el copiloto ya pudo deducir el resto. Había otro grupo de personas, mujeres y hombres que no había visto en la vida, y era en el que estaba él.

Localizar a los Misters no era ningún problema si estaba Hércules Orwell. Y hasta ellos llegó seguida de Michelle, colocándose enseguida junto a Owen Byron.

Los sintió como la casilla segura en un parchís ante la mirada de Kelly, Brit, Ivy, y la de Stoker y sus amigos.

Todos con atuendos tan modernos y vistosos, llevar unos simples *jeans* claros de campana y un jersey, hubiese sido un tanto llamativo. Así que agradeció que Michelle fuese de las suyas. La joven le ponía bien la parte lateral del jersey sobre los *jeans*.

—Me alegra verte de nuevo —le dijo Byron.

—Y a mí veros. —Le puso una mano en el brazo a Byron y enseguida lo notó tensarse.

—No lo toques mucho, no lo lleva bien. —Una cortina de pelo rubio platino apareció delante de su cara antes de ver los ojos violeta de Michelle—. No es nada personal contigo.

Blake corroboró las palabras de Michelle con un movimiento de cabeza. Mía retiró la mano de Byron enseguida.

—Lo siento —se apresuró a decirle.

—No te preocupes —respondió Byron.

Juraría que había visto a Stoker tocarlo, o quizás había sido a otro de sus amigos. Tal vez entre ellos podían hacerlo. Fuera como fuera, lo estaban hablando como si Byron no estuviese delante y no le vio ninguna reacción bochornosa al pianista. Como si fuese algo convencional.

—De verdad que lo siento. —Más bochornoso estaba siendo para ella.

—Que no pasa nada. —Fue Blake el que le respondió.

Hay tres Misters y Michelle, y he ido a tocar al único que no se le puede tocar. Soy una crac.

Stoker la había visto entrar, pero seguía en medio de una conversación y risas con aquel grupo, no le vio ni la intención de acercarse, gesto que Kelly no pasó por alto, algo les dijo a sus hijas y estas miraron a Stoker y a ella.

Si no fuese por ellos, estaría tremendamente incómoda, había sido una suerte que ya los conociera. Bajó la mirada hacia su bolsa, vio en una mesa los regalos de Stoker, la hubiese soltado allí si no fuese porque todos estaban abiertos.

—No tiene paciencia ni para esperar a la tarta, ya los ha abierto todos —le dijo Byron a su lado—. Ahora se lo das.

—Si viene —añadió Blake, que le daba la espalda al grupo de Stoker.

Pero Hércules estaba de frente y no le quitaba la mirada de encima a Stoker. Mía miró de reojo a Michelle.

—¿Ves como me tenía que haber quedado arriba? —le susurró.

—¿Tan mala compañía somos? —preguntó Blake y ella contuvo la sonrisa.

Mía negó con la cabeza. Pero ahora Kelly y sus hermanastras sabían que lo que fuese que había entre Stoker y ella estaba acabado, momento que sabían que iba a llegar y que esperaban

con ansias. Ahora lo usarían contra ella.

Tenía que salir cuanto antes de la casa, era algo que había hablado con Jimena, si había la posibilidad de un hueco, aunque fuese en el sofá de aquel piso compartido mientras se iba la otra inquilina, lo aceptaría.

Miró a Hércules de reojo, seguía sin perder el contacto visual un ápice con Stoker. Blake giró la cabeza para mirarlo también, vio que el gesto de Blake hizo que Kelly y sus hijas desviasen de inmediato su atención. Nuevamente Blake los miró a ellos conteniendo la sonrisa.

—Si te resultan muy molestas a partir de ahora, puedes llamarme y veremos —le dijo a Mía.

—Muchas gracias.

Michelle lo señaló.

—Es muy efectivo, eh. —Y con ella sí tuvo que sonreír.

Y no sabía si había sido por la mirada fulminante de Hércules Orwell, pero Stoker rodeó a Blake para llegar hasta ella.

—Felicidades. —Sonó con mucha más seguridad de la que esperaba. Posiblemente Alan Blake había puesto de su parte sin saberlo haciéndole ver que Kelly no era nada a lo que tuviese que temer.

—Gracias por venir. —Stoker le quitó la bolsa de la mano.

Frunció el ceño al sacarlo de la bolsa y ver el tamaño enorme. Vio que Michelle sonreía mirando el paquete. Y el interés se extendió al resto de los Misters, que se acercaron a él. Era una suerte que la espalda de Orwell fuese grande, así tapaba las miradas curiosas de su supuesta familia.

El olor a Stoker se abría paso entre todos los demás y cada vez era capaz de apreciarlo más nítido. No era buena cosa, aquel olor estaba relacionado con demasiadas cosas y ninguna de ellas ayudaba a su cuerpo.

Alzó la mirada para ver la cara de Brian, que lo miró antes de hundir los dedos en el papel y rasgarlo.

Y lo bien que le sientan los treinta.

Que se acercase, aunque fuese en un lugar con mucha gente, tenía ese efecto aturdidor en ella, en él no era muy capaz de actuar, solo seguir el ritmo, el que fuese que él quisiese marcarle. Ni siquiera sabía cómo fue capaz de hacerlo la noche anterior, tan decidida. En ese momento no sería capaz de decirle ni la mitad.

Era como si todo lo que le producía Stoker se hubiese multiplicado durante el día, o quizás se había empeñado tanto en disuadirlo que lo único que había conseguido era aumentarlo y hacerla dudar hasta de sus decisiones.

Porque su cuerpo era traicionero. Mucho. Y solo quería una cosa, estar cerca de él.

Y el Maneki apareció en todo su esplendor bajo el papel. Lo vio contener la sonrisa.

Sabía que le gustaría.

Le quitó todo el papel, que recogió Byron para ponerlo a un lado de la mesa, y lo miró al completo. A ella siempre le gustó ese Maneki, enorme, feliz, regordete. Brian empujó la pata con un dedo y esta se balanceó. Y volvió a contener la sonrisa.

—Me gusta. —La miró a ella y se inclinó a un lado de su cara mientras la agarraba del brazo. Le dio un beso en la mejilla—. Muchas gracias.

Formal, correcto, nada del otro mundo. Algo que habría hecho con todos, salvo con Kelly. Pero su cuello se tensó de inmediato al sentirlo retirarse, había sido un fragmento de segundo, apenas inapreciable, un leve roce con su nariz en la oreja, como si hubiese querido acercarla a ella un instante.

¿Para olerme?

Alzó los ojos para mirarlo. Pero él ya se dirigía con el Maneki hacia la mesa para dejarlo con el resto de los regalos. Y no sabía si el resto se había dado cuenta, pero el silencio fue incómodo.

Sonó el timbre de un mensaje y enseguida Byron, Blake, Michelle y Hércules se llevaron al mano hasta su móvil.

Stoker regresó con su grupo de amigos, aunque no se detuvo en ellos, siguió adelante hacia su tripulación.

El servicio llevaba bandejas con canapés y similares. Llegaba la hora de la cena. Y como tantos días y tantas noches, tenía un hambre atroz.

Chat alternativo

Wilde: Pero contad algo, que nos aburrimos.

Michelle: No hay mucho que contar. Hemos cenado y han traído la tarta. Byron ha tocado el cumpleaños feliz, Stoker ha soplado las velas y nos la hemos comido.

Vicky: ¿La chica sigue ahí?

Byron: Sí, dijo que no quería tarta y que se subía ya, pero aquí estamos entreteniéndola todavía.

Hércules: Stoker no se acerca a ella, normal que quiera irse.

Mayte: ¿No quiere acercarse a ella? ¿Por qué?

Natalia: Uno, está ofendido y ahora quiere que sea ella la que lo busque. Dos, si se acerca, estos van a ver claramente que nada de lo que dice es verdad y que ella le encanta.

Blake: Y es verdad, solo se ha acercado un momento cuando Mía le ha dado el regalo, y ya te digo yo que este está hasta el cuello.

Mayte: Ains, que le ha llevado su regalo y todo, qué ricura de chica.

Wilde: Un regalo de los que suelta Nilo es lo que le tendría que haber llevado.

Claudia: Jajajaja.

Mayte: No seáis así, que él también le ha hecho algunos regalos a ella, ¿no?

Marlowe: Sí, pero el regalo gordo no se ve a simple vista, que es él mismo. Decidle a la chica que huya, que todavía está a tiempo.

Michelle: No, no está a tiempo. Se le cae el alma con Stoker. Pobrecita, está hasta el cuello.

Vicky: Y él lo sabe y se crece. La suerte de ese es que yo no he estado allí. Se iba a cagar.

Wilde: Jajaja, tienes una oportunidad, una sola, la boda de Michelle.

Michelle: No sé, no está muy convencida. Solo quiere irse de aquí. Ahora me acaba de decir que se va de la casa a un piso compartido, le han escrito diciéndole que tienen un hueco.

Vicky: ¿Que no va? ¿Y qué estáis haciendo que no la convencéis? Mira que sois torpes.

Michelle: Estamos haciendo lo que podemos. Llevamos toda la noche Hércules y yo pegados a ella para que se sienta cómoda.

Blake: Doy fe, están con ella todo el tiempo.

Michelle: Es que ya va a parecer hasta raro, solo nos falta proponerle un trío.

Wilde: Jajajaja.

Claudia: Jajajaja.

Marlowe: Jajaja.

Mayte: Usa el comodín Irina. Dile que va.

Vicky: Eso.

Natalia: No es una chica interesada, eso no va a valer por mucho que le guste Irina Yadav. Enfócalo a un trato, ella te promete ir y tú le darás una sorpresa enorme que no va a olvidar en la vida.

Marlowe: ¿Y qué está haciendo Stoker?

Blake: Ahora está coronándose de gloria con unas muchachas. Solo está dejándose alabar, no va a ir a palabras mayores.

Wilde: Jajaja, es que no puede ser más cutre este hombre.

Vicky: ¿Esas tenemos? Se va a cagar.

Mayte: ¿Cómo está ella? Es normal que se quiera ir.

Byron: Ella es como si tuviese asumido que al no acceder a lo que quiere Stoker, la fuese a sustituir por otra. No le ha cogido de sorpresa en absoluto.

Vicky: Pues no es momento de ser una dama. Es momento de esperar a que todos se vayan y lanzarse al cuello de Stoker para que compruebe que todo lo que está haciendo es un farol cutre para darle celos y que lo que realmente desea es a ella.

Michelle: ¿Te pongo en línea directa con ella?

Vicky: Eso quisiera yo.

Hércules: Esto se ha acabado, nos vamos.

Natalia: Dadle a la chica los regalos de Stoker para que los suba, él no podrá con todos. ¿Duermen en la misma planta, no?

Blake: Venga.

Vicky: Eres una crac, tía.

Apenas fue capaz de alcanzar la mejilla de Michelle, llevaba el Maneki en brazos y más bolsas que le habían dado Blake y Hércules. Eran los últimos, no entendía cómo habían ayudado a recoger papeles y regalos, si había allí empleados.

Stoker había regresado del jardín, de despedir a los invitados en los coches, se había demorado.

—Ahí dentro ya no queda nada. —Hércules también se había cargado con las bolsas, que ahora pretendía dar a su amigo.

—¿Quiere que subamos los paquetes, señor Stoker? —Cathelyn salía del salón.

—Ya los subo yo. —Vio que Byron no llevaba nada más, así que llegó con la mirada hasta ella.

En cuanto Hércules se liberó de las bolsas se colocó junto a Blake, frente a ella. Con el Maneki en los brazos y apoyado en el pecho, era casi imposible que la pudiesen besar.

Dayana sí consiguió alcanzarle un cachete y el beso fue sonoro.

—A ver si se va a caer por las escaleras —le dijo a Blake en un susurro.

Byron le quitó algunas bolsas a Mía.

—Mira que sois bestias —susurró también liberándola de parte de la carga—. Stoker, ¿puedes con estos?

Brian había puesto ya un pie en el primer escalón.

—Dame. —Cogió las bolsas de las manos de Byron, Mía se fijó en que al parecer Stoker sí que podía tocarlo, o quizás no importaba en un gesto cotidiano. Fuera como fuese, los Misters tenían ciertas libertades entre ellos, y entre ellas estaba traspasar de vez en cuando la cúpula invisible que envolvía a Byron.

Ellos se retiraron de la escalera enseguida.

—El miércoles vas a por estos, ¿no? —preguntó Blake.

—El jueves los tendréis aquí —Brian sonrió a su amigo.

—Ten cuidado, a ver si los pierdes por ahí —le respondió Blake—. Nos vemos el jueves.

Hércules alzó la mano de lejos para despedirse. Michelle, sin embargo, la miraba a ella, era la única que no se había retirado de la escalera.

—Mándame la dirección, ¿vale? Y te diré a qué hora pasa el coche para recogerte —le dijo y Mía asintió.

No sabía ni cómo había conseguido convencerla, y menos después de la actitud de Brian Stoker, supuso que la actitud cercana de ella, de Dayana, y de los tres Misters que conocía había facilitado las cosas. Hasta Byron, dentro de sus rarezas, era tremendamente familiar con ella.

Les sonrió mientras ellos atravesaban la puerta de salida. Cathelyn cerró.

—Buenas noches, señorita Austen —le dijo la mujer.

Mía se giró hacia las escaleras para subir, agradecía haberse liberado de parte del peso de las bolsas. Stoker ya estaba en el último tramo de escaleras. Hasta a solas pretendía seguir con la actitud distante, era lo que tocaba. Siempre supo lo que pasaría, ahora cualquiera de sus amigas pasaría a ocupar su lugar, y luego otra, y luego otra y así hasta que una le echase el freno al fin. Si es que alguien era capaz de frenarlo.

Eso ya no es cosa mía y no debería importarme.

Jimena le había escrito, tenían permiso del casero para alojarla las semanas que faltaban hasta que una de las estudiantes se marchase. Solo tenía que pagar una pequeña cantidad por un hueco en el sofá. Jimena le dejaría guardar la ropa en su habitación, no le cabría toda, quedaría atrás

una parte hasta que pudiese volver a por ella.

Pero era un comienzo, y aunque no era la forma en la que quería irse ni estaba tan feliz como siempre creyó que estaría en aquel gran paso, era algo por lo que empezar.

Un comienzo conmigo misma.

Algo que nunca había tenido y que sabía que era tremendamente necesario.

Llegó hasta el rellano donde estaba su dormitorio y subió la última hilera de escalones. La puerta del ático estaba abierta, Stoker se acercaba a ella.

—Gracias —le dijo cogiendo el Maneki de los brazos de Mía. Vio que él lo miró antes de pegárselo al cuerpo de la misma forma que lo había hecho ella.

Se oyeron las pisadas de Nilo en las escaleras, subía hasta ellos una vez liberado. Mía levantó la mano esperando sentir el cosquilleo de los pelos del animal.

Pensó que se apresuraría a entrar en el dormitorio y cerrar. Pero no, volvió a mirarla a ella mientras el perro se acercaba a él.

—He oído que Michelle te ha hablado de enviarte un coche —dijo él.

—Sí. —Mía ladeó levemente la cabeza intentando descubrir en la expresión de Stoker si era algo que le molestaba. Pero él pareció darse cuenta y enseguida se giró para entrar en el ático—. He decidido ir, lo siento.

—No tienes que sentirlo, no es mi evento, no decido yo. —Lo vio agarrar la puerta para cerrar.

Y no parecía molestarle en absoluto.

—Espera. —Agarró el collar de Nilo con una mano mientras se llevaba la otra al bolsillo.

Stoker detuvo la puerta y la basculó para abrirla al completo de nuevo. Mía le dio un sobre de plástico con algunas galletas de perro.

—Ya te dije que a mí no me sirven. —Bajó los ojos para mirar a Nilo.

—Ya no estaré entre tú y tu perro —le dijo y lo vio sobresaltarse y mirarla con rapidez—. Me voy.

Stoker dejó caer los párpados.

—¿Te vas a dónde? —Stoker lo dijo como si hubiese sido una idea loca e imposible que no creía que pudiese hacer realidad.

—Al piso donde vive Jimena. —Stoker no cogía las galletas.

—¿Por qué? —Su tono cambió, quizás ahora sí que no lo veía tan imposible.

—Porque su casero ha dado permiso para que esté allí mientras se queda libre la habitación que estaba esperando. —Y no sabía por qué tenía que darle tantas explicaciones.

Stoker seguía sin coger las galletas, así que bajó el brazo.

—Me refiero a que por qué te vas así ahora, de repente. —Era evidente que eso le estaba sentando peor que el hecho de que fuese a la boda de Michelle Lyon.

—Es algo que estaba planeando desde hace tiempo, ya lo sabes. —Empujó levemente a Nilo para que entrase en el dormitorio de Stoker.

—No de esta manera, ¿es otra vez por Kelly? ¿Es por mí? —Tuvo que erguirse para mirarlo, soltando al perro.

—¿Por ti? —Encogió la cara en una mueca.

—Sí, por mí. Es lo único que ha cambiado, ¿no?

Y vio que estaba convencido de lo que decía.

—Es por mí —respondió. Nilo quería retirarse de la entrada del ático, pero lo frenó con la puerta. Stoker no parecía querer ayudarle con el perro—. Ni por ti, ni por Kelly ni por esas dos. Por primera vez lo hago por mí.

Sin su ayuda no podría hacer a Nilo entrar por mucho que se empeñase.

—No te pido que lo entiendas.

—Es que no lo puedo entender. —Stoker se apoyó en el marco de la puerta, seguía con aquel tono con un hilo de enfado, aunque podía apreciar que lo estaba intentando contener—. Aquí tienes una casa, Kelly no puede hacer nada para que te vayas, está solucionado el transporte y yo en nada desaparezco por días. No necesitas más que…

—Qué sabrás tú lo que yo necesito —lo cortó agarrando el collar del perro, y al levantar la cabeza comprobó que ahora Stoker sí que estaba enfadado—. Además —intentó no subir el tono, seguir hablando con la misma tranquilidad, a pesar de que sus formas estaban prendiendo todo lo que Michelle, Dayana y los Misters habían aplacado abajo—, no pienso hablar esto contigo. Todo lo que diga solo sirve para empeorar tu actitud, y ya de por sí me incomoda.

Se hizo el silencio mientras se ayudaba con la pierna en el culo de Nilo.

—¿Ves como es por mí? —No sabía si el silencio había sido solo para que él volviese a llegar a la misma conclusión.

—Tú solo eres una parte de la razón. —Consiguió que el perro se desplazase unos centímetros.

—Sí soy una de las razones, y piensas marcharte, ¿cuándo? ¿Mañana? —Ella levantó la cabeza para asentir. La expresión de enfado de Stoker aumentó—. Entonces no entiendo por qué has aceptado ir el sábado a la boda de Hércules y Michelle, cuando estamos allí todos a los que no quieres cerca.

—Es diferente. —Volvió a desplazar unos centímetros al perro, Stoker no se quitaba de en medio. Solo un gesto en su ayuda y conseguirían meterlo en el ático. Pero seguía allí, estorbando en mitad de la puerta y sin mover una mano.

—¿Diferente por qué? —Si se apartaba le facilitaría el trabajo y mucho. Pero solo se movió para soltar el Maneki a un lado de la puerta y regresar a su lugar mientras Mía volvió a mover a Nilo, llegó con él hasta las piernas de su dueño.

La joven resopló, se estaba acalorando del esfuerzo. Aún inclinada, miró a Stoker.

—Porque habrá mucha gente. Será como no estar, ya lo has visto abajo.

Stoker se cruzó de brazos.

—¿Y eso te ha molestado? —preguntó él con soberbia.

¿En serio?

Ya no podía empujar más al perro con Stoker en medio. Se puso en pie, estaba más cerca de él de lo que le hubiese gustado.

—Te ha molestado —volvió a decir él y esa vez no preguntaba.

Le has prestado atención a todas la mujeres de la fiesta salvo a mis hermanastras y a mí…

Exhaló el aire de golpe, sin embargo, su cuerpo se invadió con cierto calor mezclado con ligereza.

Claro que me ha molestado.

Lo consideraba presenciar una nueva selección de acompañante de Stoker, algo que aunque sabía que pasaría no le gustaba estar delante. Pero ahora cabía la posibilidad de que fuese solo una pantomima para molestarla, como estaba reflejando su actitud. Estaba claro que no sabía jugar. Era torpe. Y encima aquellos juegos no le gustaban en absoluto.

No sé jugar.

Se irguió de nuevo y lo miró.

Mirarlo tan de cerca aumentaba el calor y la ligereza. No era algo que pudiese controlar demasiado. Si a eso le sumaba las dudas que comenzaban a surgirle sobre las razones por las que

Stoker había estado parte de la noche entre mujeres, aumentaba aún más el calor y la ligereza. Y aún más la curiosidad por descubrirlo.

A la mierda con el Érase una vez.

Le agarró los bordes del cuello de la camisa y se alzó para echarse sobre él, atrapándole los labios por completo. Se hizo el silencio absoluto mientras lo besaba, solo roto por el sonido de sus labios al retirarse un ápice para que ella volviese a atraparlos.

Enseguida se vio envuelta y llegó el primer arreón para moverla del sitio hacia el marco de la puerta.

Esto va a ser una metedura de pata de monumento.

Se prometió mantenerse firme, pasara lo que pasase. Y había caído a la primera. Como estaba comprobando en sus labios, en sus manos y en la forma en la que Stoker le quitaba el jersey y el resto de la ropa, todo lo de abajo había sido solo una pantomima. La molestia de ver la posibilidad de otras con él le pudo, la curiosidad le pudo, y también el calor, y la ligereza. Y le pudo hasta el ego que pensaba que no tenía por comprobar que nada de lo que estaba viendo era real y que en sus deseos, en los de él, solo estaba ella.

Y Stoker estaba dejando claro que era así.

Le quitó la camisa y lanzó los labios hacia su pecho. Lo sorbió tan fuerte que hasta lo oyó quejarse cerca de su oído. Recibió una nueva embestida y en esa pudo comprobar que los encantos escondidos de Stoker estaban preparados para darle todo lo que su cuerpo pidiese.

Alzó una pierna para que cayesen sus bragas al suelo y él aprovechó su gesto para agarrarle el muslo y con rapidez inclinarse en el suelo. De manera inconsciente, su mano izquierda se metió por su pelo para empujarlo entre sus piernas.

Exhaló todo el aire de golpe al sentirlo.

Ni siquiera habían cerrado la puerta. Estaban en la última planta, pero los pasillos de las escaleras solían hacer eco.

Solo esperaba que Kelly y sus hijas no andasen aún por allí. Sería un auténtico latigazo para ellas.

71

Abrió los ojos, la luz de la mañana entraba plena en el ático. Nilo dormía en el suelo a un lado de la cama.

Ya se me ha ido la hora.

Alzó la cabeza para mirar el reloj que él solía tener en la mesita de noche, al otro lado de la cama, en el que solía dormir él. Y un poco más allá de un enorme cuerpo perfecto de piel tirante estaba el reloj despertador de campana. Era tarde, muy tarde.

Volvió a dejar caer la cabeza en la almohada. La batalla de aquella noche había sido como ir y venir a Londres cuatro veces o más, quizás más que ninguna otra que hubiese pasado con él. Así que, que no se despertase temprano no era ninguna sorpresa.

Jimena estaría esperándola. Su móvil estaría en su pantalón aún, y este estaba fuera del dormitorio, en el salón del ático.

Se sujetó al colchón con las manos para alzarse. Pero enseguida sintió un agarre en sus caderas y estas se desplazaron hasta él, sintiendo su entrepierna al completo en las nalgas.

—¿Dónde vas?

¿Cómo que a dónde voy?

Se giró para mirarlo.

—Tengo que hacer las maletas. —El sobresalto del cuerpo de Stoker fue evidente.

—¿Qué? —Él se incorporó en la cama para sentarse.

Mía bajó los pies de la cama.

—Me mudo, te lo dije anoche. —Buscaba en el suelo por si había alguna prenda suya.

Stoker no respondía, así que volvió a girarse para mirarlo.

—Al piso de Jimena —añadió ella.

—Sé lo que me dijiste anoche. —Regresó de inmediato el tono ofendido y ella frunció el ceño—. Pero pensaba que aún tendrías que pensarlo.

Ella se puso en pie.

—Ya lo he pensado.

—Pensaba que lo tendrías que pensar otra vez. —Él se puso en pie también y entró en el vestidor.

Mía salió fuera, allí estaba su ropa. La puerta aún estaba entreabierta. Se apresuró a colocarse la ropa interior y los pantalones.

—¿Por qué? —No obtuvo respuesta.

Stoker había sido más rápido que ella en vestirse, ya estaba con pantalón de algodón y camiseta tras ella. Se dio media vuelta para mirarlo.

Y si lo vio ofendido y enfadado en la cama, lo de ahora no sabía cómo llamarlo.

¿A estas alturas pensabas que…?

—No ha cambiado nada, Brian —le soltó y dio un paso atrás metiéndose el jersey por la cabeza.

Lo vio abrir la boca para replicar, pero la cerró de golpe. Apretó los labios antes de responder.

—Por supuesto que no ha cambiado nada.

Ella negó con la cabeza dándose media vuelta para salir del ático.

—¿Ves como es mejor que me vaya?

Porque ahora ya sé que resistencia pongo poca. Ninguna.

Cogió aire, aquello era como regresar al primer día de nuevo. Vuelta atrás. A llorar, a

lamentarse y a dudar de si había hecho lo correcto o con lo que sufriría menos. Ahora, además, tenía algo más por lo que castigarse, había tambaleado en su decisión, la había cagado por completo pasando la noche con Stoker.

Y encima él se había creído que seguirían en el mismo plan de antes. Como si ella se hubiese convencido de seguir así, viendo que no había otra opción.

Y no era así. Estaba muy lejos de ser así.

—No se volverá a repetir —le dijo antes de salir.

Cerró la puerta del ático. Tuvo que coger aire de nuevo y soltarlo. La garganta apretó sobremanera. Irse era lo mejor. Sin duda.

Estaba convencida de que había hecho lo correcto.

72

«Se acabó, me retiro», escribió en los Misters mientras se abrochaba el mono de piel.

Blake escribía.

«Eso ya lo dijiste el otro día», respondió su amigo y no tardó la risa de Wilde tras el mensaje de Blake.

«Y creo que lo ha dicho alguna vez más, ¿no?», añadió Wilde.

«Sí, pero la vez anterior era porque decía que iba a irse del chat. Esta es por Mía Austen otra vez», escribió Hércules.

Llegó la risa de Marlowe.

«¿Y entre la otra retirada y esta qué diferencia hay?», preguntó Marlowe.

«Un código Mister», respondió.

Y las hileras de risas se sucedieron.

«Eso viene a ser que te creías que te habías salido con la tuya, ¿no?», dijo Blake.

«Encima dice que se va». No sabía si aquello último debía de decirlo, pero le ardía hasta la cara y no era solo por el mono de piel.

«Creo que es lo correcto», dijo Hércules. «Además, ¿por qué quieres que se quede? Ya has dicho que te retiras, ¿no? Así no hará falta ni que te retires. Ella desaparece y ya».

Apretó los labios.

«¿Vas a ayudarla a mudarse?», preguntó Byron.

«De eso nada, no pienso volver a acercarme a ella».

«¿Porque te ha dado calabazas después de un código Mister? ¿Eso no solía pasar al revés?», dijo Wilde y las hileras de risas proliferaron por el chat.

«Vas a venir a Londres andando, ¿lo sabes?», respondió y llegaron más risas.

«Entonces hablo yo, que estoy en Londres y no tienes que recogerme en avión», escribió Hércules. «Para que nos quede claro, ¿ese teatro cutre que hiciste anoche con tus invitadas de última hora, completamente aleatorias y que ya no son tu estilo, no te ha servido de nada más que para comprobar que ella no piensa hacer lo que tú dices ni a llevar la relación que a ti te parezca?».

«Creo que sí», dijo Blake. «Que ha sido exactamente así».

«Puedes repetirlo en la boda el sábado», escribió Wilde. Nuevamente risas.

Stoker cogió aire, le ardían hasta las orejas.

Miedo le daban todos los Misters juntos cerca de él y de Mía Austen.

«No quiero pitorreos el sábado, os lo advierto».

«No, no, ninguno», respondió Wilde.

«Confía en nosotros», dijo Blake.

Negó con la cabeza al leerlos.

«Luego hablamos, me voy un rato con la moto».

Guardó el móvil sin esperar respuestas. Se asomó al ventanal. Uno de sus empleados llevaba una maleta y varias bolsas al coche.

Mía Austen se marchaba.

73

Una chica de la parte de ropa de señoras se llevó a Anastasia y quedaron solos los seis con las tres empleadas de ropa de caballero. Ya tenían preparados los trajes.

—El problema era el de Marlowe —dijo Blake señalando uno de los trajes más anchos.

La joven alzó la mirada para ver a su amigo. Era solo unos pocos centímetros más alto que Hércules, pero no sabía si era por la anchura, se notaba la diferencia.

Tuvo que contener la sonrisa al ver la expresión de la dependienta.

—Tiene que estar el sábado por la mañana —insistió Blake.

La misma expresión de la dependienta se extendió a las otras dos. Ya no parecía que les resultase tan agradable atenderles como cada vez que fueron a la tienda.

—Yo ya les envié las medidas —dijo Marlowe—, ¿me vais a hacer probarme eso?

Hércules desvió la cabeza riendo.

Wilde levantó la mirada para observar a Marlowe.

—Fiarse de unas medidas cogidas por ti con vete a saber el qué —dijo y se oyeron las carcajadas de Blake—. Claro que vas a probártelo.

Una de las dependientas cogió una bandeja de metacrilato.

—Estos son los fajines y pajaritas que escogió el señor Stoker. —Enseguida Marlowe se giró para mirarlo.

—A ti ninguna. —Le dio con la mano en el brazo.

—Es que no me la pensaba poner. Ni eso en la cintura.

—Esto no va en la cintura, pedazo de bruto. —Stoker cogió la seda de otra de las bandejas de metacrilato—. Va así.

Se la dejó caer cuello abajo como una bufanda.

—Intenta ponerme eso en donde sea —respondió Marlowe y se apartó de él riendo—. Paso.

Stoker negó con la cabeza.

—No he visto a Hércules nervioso hasta hoy —dijo Byron tras Wilde.

—Porque ya nos ha visto a todos aquí y sabe lo que se viene —dijo Wilde metiéndose entre Blake y él para alcanzar la bandeja—. Verde. —Empujó a Stoker—. Muy bien, chaval.

—Y el mío rojo. —Blake levantó el suyo.

—Vais a parecer todos monigotes de tarta. —Se oyó la voz de Marlowe—. ¿Las camisas no las había con más pliegues?

Stoker vio cómo una de las dependientas tuvo que darles la espalda.

—Y encima la chaqueta blanca, vamos a parecer camareros —añadió Marlowe y Stoker rompió en carcajadas.

—Es blanco roto, y es para hacer juego con Hércules —le replicó.

—Los pantalones son blanco roto y los nuestros dices que gris, pero de noche se van a ver casi negros, vamos a hacer juego con los camareros.

Wilde se había agarrado al hombro de Wilde para reír mientras Marlowe cogía su chaqueta para ponérsela. Hasta Hércules empezó a reír antes de que se la colocara. Una de las dependientas se acercó a él.

—Esto no me va a cerrar —dijo metiendo el segundo brazo.

—Es que no tiene que cerrar de arriba a abajo, es así, con esa curva abierta —le dijo él poniendo bien el cuello de Marlowe, a la dependienta le costaría llegar allí.

—Pues es horrible. —Marlowe se giró para mirarse en el espejo.

Cruzó los brazos para comprobar el movimiento y la dependienta dio un respingo.

—No, no haga eso, Mr Marlowe —dijo la chica enseguida y él se detuvo y la miró.

—¿Me está diciendo que no voy a poder mover los brazos? —preguntó y la risa de Wilde se oyó de nuevo.

Stoker lo miró, Wilde se había puesto la mano en el entrecejo, se apartaba de ellos hacia la entrada de la tienda. Acabaría llorando.

—No es eso, podrá moverse, pero tiene que entender que es una chaqueta y no es tela elástica, no puede hacer esos movimientos bruscos tensando la tela.

—O sea, que no puedo moverme —Marlowe negó con la cabeza y los miró a ellos—. Vais a tenerme toda la noche vestido de fantoche y sin poder moverme. —Miró a Hércules—. Podrías haberme esculpido para colocarme allí y me hubiese ahorrado el viaje.

—No se te puede sacar de la selva —le respondió Hércules.

Ahora fue Blake el que se apartó con los dedos en el entrecejo sin dejar de reír, aunque sus carcajadas habían entrado en un bucle sin romper. Rompieron cuando estaba más alejado, en una zona de sofás para acompañantes de clientes. Byron se acercó a él.

—Cualquiera que nos vea pensará que hemos venido bebidos, qué vergüenza —dijo y fue el propio Stoker el que tuvo que girar la cabeza para reír.

La joven cogió alfileres a la chaqueta de Marlowe.

—¿Hay que quitarle más tela? —preguntó y la joven dio un respingo. La voz de Marlowe rompiendo el silencio, aunque fuese con carcajadas de fondo, tenía su efecto de siempre.

—Es para que no le haga pliegues, podrá moverse mejor cuando le soltemos de aquí, que es donde necesita más espacio.

—Pues no sabe lo que se lo agradezco, ponga toda la tela que pueda, por favor.

La chica tuvo que contener la sonrisa.

Stoker se apoyó en la mesa de cristal donde estaban las bandejas.

—¿Me dejas hacerte una foto con el móvil? —preguntó con ironía y recibió una mirada de Marlowe que, si no fuese uno de sus mejores amigos, lo hubiese hecho recular.

—Lo que lo tendríamos es que haberlo grabado. —Wilde había regresado con los ojos rojos —. Se nos van las mejores.

—Tranquilo, quedará en la memoria —le respondió él poniendo una mano en el hombro de Wilde.

Wilde cogió aire despacio intentando tranquilizarse. Pero con la expresión de Marlowe mirándose en el espejo, ya con los alfileres en la chaqueta, no era para que la risa se le pasara mucho.

—Vamos a por los zapatos. —Tiró de Blake —. Están al otro lado de la tienda.

—Míralos con Hércules —le respondió sorbiendo la nariz y limpiándose los párpados—. Yo me quedo vigilando a Marlowe. —Volvió a sorberse la nariz y resopló. Luego dio una última carcajada, como si le hubiese faltado una por soltar, la sobrante.

Luego Blake miró la bandeja de metacrilato.

—¿Cuál es tu color? —le preguntó.

—El azul —dijo tirando del hombro de Hércules.

—Yo lo veo gris —dijo Byron.

—Es azul. —Miró a la chica de la tienda—. Azul…

—Helado.

—Eso.

Blake lo miró de reojo.

—¿Para ir a juego con quién?

—Con nadie, de hecho pensaba cambiarlo.

—Pues cámbialo. —Su amigo se retiró de la mesa para que se acercara de nuevo.

Bajó la mirada hacia la seda. El color de los ojos de Mía Austen, debería cambiarlo por otro cualquiera.

—Da igual, no hay tiempo. He reservado para comer. —Miró a Marlowe—. Así que deprisa.

Se retiró de la mesa y siguió a Hércules y a una de las dependientas hacia la zona de la zapatería.

Blake lo siguió con la mirada hasta que desapareció tras una de las columnas.

—Ahora rápido, que no hay tiempo, necesitamos un traje de mujer —le dijo a la dependienta y esta alzó las cejas tanto que los pliegues de su frente la hicieron parecer una señora mayor.

—Pero tiene que ir a la zona de señora —le respondió la chica.

Blake negó con la cabeza.

—No podemos movernos de aquí —añadió Blake—. Y Mr Stoker no puede verlo ni enterarse.

Las cejas de la chica se alzaron aún más.

—Pero… —La expresión de la chica era un poema—. ¿Qué tipo de traje?

Wilde cogió la seda de Stoker.

—Azul helado ha dicho antes. Uno de este color.

La chica bajó los ojos para mirar la tela.

—Pero necesitaría saber qué tipo de estilo quiere y la talla, claro.

Wilde se abrió paso para ponerse a su lado y miró a Blake.

—Y al que mejor se le da esto es el que no puede saberlo. —Wilde hizo una mueca.

—A mí no me preguntéis, que no he visto ni a la chica.

Las dos dependientas miraron a Marlowe después de que dijese aquello.

—Qué vergüenza —murmuró Byron a su espalda—. Parecemos unos pirados.

Regresó la risa de Wilde.

Marlowe se quitaba la chaqueta.

—Ufff… qué liberación. —Se la dio a la muchacha.

—Byron, tú tienes más idea ¿no? —preguntó Wilde.

—¿Yo? —Byron rodeó la mesa para ver la tela azul hielo.

—Un vestido de fiesta, como los que llevan Anastasia o Dayana, y a ver la talla. —Blake se dirigía de nuevo a la chica, empujó a Wilde—. Tú vigila que no venga Stoker. Medirá un metro cincuenta y poco, aproximadamente.

—¿Y no puede venir a probárselo?

—No.

Las chicas se miraron.

—Un traje largo tendría el riesgo de que le arrastrase —dijo una de ellas—. Yo creo que mejor opción sería uno corto, de mucho vuelo. ¿Es joven?

—Veinte años. —Era lo único exacto que tenían.

—¿Y qué talla?

—Pufff. —Esa vez fue Marlowe el que se retiró a reírse.

Blake miró a Byron.

—Es… delgadita y pequeñita, no sé —dijo Byron—. ¿Como se llamaba esa cantante que le gusta a mi padre? —Byron cerró los ojos queriendo recordar—. Kylie Minogue. Algo así.

Una de las chicas frunció el ceño.

—La talla más pequeña que tenemos, pero aun así podría necesitar un arreglo —la joven

negó con la cabeza.

Marlowe regresó con ellos.

—Yo creo que esas cuatro nos han mandado a comprar el vestido para descojonarse de nosotros —dijo Marlowe.

Las dos chicas hablaban una con la otra.

—Quizás haya una manera —dijo una—. No sé si quedará ese modelo porque llevo ya dos meses en caballero, pero… había un vestido de dos piezas que la parte superior es tipo corsé con cuerdas y ballenas y se adaptaría a sus medidas. La parte de abajo es una falda de vuelo de doble capa con un cancán de tul.

Se hizo el silencio mientras los cuatro miraban a las muchachas sin decir nada.

—No tenemos ni idea de lo que es un corsé, ni ballenas ni una doble capa ni un tul de cancán. Pero si usted piensa que le va a quedar bien, nosotros lo dejamos a su criterio —dijo Blake.

Wilde comenzó a reír otra vez mientras una de ellas hablaba por teléfono.

—¿Necesita zapatos? —preguntó la otra chica.

—Esa sí nos la sabemos —respondió Wilde—. Un treinta y cinco.

Las chicas se miraron.

—No trabajamos números tan pequeños, tendríamos que pedirlos a medida.

Marlowe volvió la mano.

—Tiene ya los dos, ¿no? —les dijo Marlowe a ellos.

Enseguida llegó una tercera joven con un traje dentro de una funda.

—Es para estos señores —les dijo una.

—Para nosotros no, es para una amiga —replicó enseguida Marlowe.

La sonrisa de la chica se amplió mientras abría la funda. Era una tela con cierto brillo, un color llamativo, estaba claro. Una falda con muchas blondas, de color azul y algo con cuerpo debajo que solo se veía cuando la chica levantaba la tela.

—Tiene mucho volumen —les explicaba.

La parte de arriba era entallada y de escote recto, la tela tenía como un hilo que formaba una línea fina brillante, con algunos pequeños cristales ensartados, que hacía que reflejase aún más la luz. También los tenía en el borde de la falda.

Byron cogió la seda de Stoker y la acercó.

—¿Qué os parece? —les preguntó.

—Yo no distingo bien los colores —dijo Marlowe.

—El color es el mismo, teniendo en cuenta que hasta es la misma tela, aunque esta seda esta mezclada.

Se hizo el silencio de nuevo reflejando que no tenían ni idea.

—Yo lo veo bien.

—Y yo.

—Es muy bonito —dijo Byron.

—Pues este —le dijo Blake a las muchachas.

—Para el pelo… algo que llevéis en el pelo. Esas aureolas brillantes. —Hasta a ellas les sorprendió que el que lo había dicho fuera Marlowe.

Blake y Wilde se inclinaron para mirarle la cara.

—¿Marlowe? Qué crac —dijo Wilde y hasta las dependientas rieron.

—¿Queréis flores preservadas, cristal, nácar…?

—Cristal —dijo Byron.

Enseguida se dieron la vuelta para mirarlo.

—¿Tú sabes de lo que están hablando? —preguntó Blake.

—No, pero el cristal me gusta y el vestido tiene cristal.

—Pues ya está. —Blake se volvió hacia las muchachas—. Todo en la misma cuenta que los trajes y el envío con el resto a la dirección que les di, a nombre de Mía Austen.

Las dependientas sonrieron. Una venta exprés y algo aleatoria.

—¡Misters! —Era la voz de Stoker—. ¿Habéis acabado?

—Sí. —Marlowe se retiró de la mesa comprobando que ya no había ni rastro del traje y de la funda.

—Por aquí —les dijo.

Les agradecieron la atención a las muchachas y se dirigieron por donde había dicho Stoker.

—No se ha dado ni cuenta —dijo Wilde y les puso la mano para que le diesen una palmada los otros tres.

—¿Lo dudabas? —Blake le guiñó un ojo.

—Ahora solo falta que le quede bien, pequeño detalle —dijo Byron con ironía—. Buff no sé yo si esto es forma de comprar un vestido.

—Por algo las hadas madrinas son siempre mujeres —dijo Marlowe—. No tíos que no tienen ni idea de lo que están comprando —Marlowe negaba con la cabeza—. Hasta para eso ha tenido mala suerte la pobre chica. Cinco brutos comprándole un traje y a Stoker como príncipe. Debería huir del cuento.

Wilde tuvo que callarlo. Ya estaban en la zapatería y había una docena de zapatos en el suelo.

—Eso tiene que ser muy duro —dijo Marlowe enseguida—. Por ahí sí que no paso. Los pies no.

Wilde tuvo que retirarse para reír a carcajadas. Aún les quedaba tarea con Marlowe.

74

Era extraña la sensación. Casi una semana fuera de la casa Stoker solo había hecho que sus nervios por aquel evento aumentasen, quizá porque parecía que llevaba más días en aquel piso compartido de los que realmente llevaba y eso hacía que la casa Stoker, Kelly y sus hijas y hasta el propio Brian Stoker pareciesen lejanos. Y que Stoker pareciese lejano no disminuía en absoluto sus ganas de verlo.

Miró su pequeña maleta de ruedas. Había llamado a Cathelyn, la mujer le hizo el favor de preparar el traje azul de la graduación, lavarlo y plancharlo, de estar guardado las arrugas eran considerables y las planchas de la casa Stoker estaban al nivel de una tintorería. Le había enviado una foto al móvil, estaba impecable ya en su funda. Iría con el resto de trajes camino del mirador.

Las indicaciones eran claras, llegar allí, dar el nombre, subir a la habitación y arreglarse para la noche. Ni siquiera había podido comer a mediodía, tenía el estómago hecho un ovillo.

Esperaba a que el chófer llamase al porterillo, se había asomado una veintena de veces para ver si veía algún coche llegar, pero tampoco sabía el coche que era, así que de poco le servía.

—Mía. —Se sobresaltó al escuchar a Jimena—. Así no vas a disfrutar una mierda —le dijo.

Se giró para mirarla y aspiró por la boca.

—No voy a disfrutar una mierda, es algo que tengo asumido.

Jimena frunció el ceño.

—¿Por qué? Parecen gente muy amable —dijo ella acercándose.

—Lo son, pero no es mi sitio —negó con la cabeza—. Ahora menos que nunca. —Soltó el aire de golpe.

Jimena le peinó el pelo con las manos.

—Podrías haberte hecho unas ondas o algo, ¿da tiempo a que te peine? —preguntó y ella negó con la cabeza.

—Da igual, las ondas no van a arreglar nada.

—Verte guapa ayuda mucho, ¿lo sabes? —Volvió a peinarla con los dedos—. Si estás guapa así, imagina si pusieras de tu parte. —Ladeó la cabeza y le subió la barbilla con la mano—. Por una noche… —sonrió—. Como hacemos nosotras, como si fuese un hechizo, ¡zas! —Jimena rio —. Para luego volver a ser tú.

—¿Y de qué va a servir? —Mía volvió a negar con la cabeza—. No va a mirarme, me haga lo que me haga.

—No quiero que te mire él, quiero que te veas tú. —Jimena le puso una mano en el pecho.

Mía alzó las cejas.

—¿Lees a Irina Yadav? —preguntó y Jimena empezó a reír.

—No solo leo cómic, ¿lo sabes? Y si me dejas, esas ondas que ya tienes serán aún más espectaculares. Serán solo unos segundos.

Mía sonrió, asintió con la cabeza. Jimena echó a correr al interior de su dormitorio. Esperaba que el chófer se retrasase, lo último que necesitaba era ir a medio peinar.

La joven regresó con un tubo cerámico bastante grueso.

—No es lo que parece —le dijo y Mía tuvo que reír—. Siéntate, anda. Y no te muevas, no quiero quemarte una oreja hoy.

Mía arrastró una silla hasta cerca del enchufe.

—Tiene un calentamiento exprés. —Movió su pelo—. Dios lo que se me acaba de ocurrir. Espera.

Volvió a echar a correr hacia dentro y regresó con otro aparato. Esa vez mucho más

sofisticado.

—Este lo guardas en la maleta, tiene un efecto que me encanta, pero es mejor que lo hagas cuando ya te acabes de poner horquillas y lo que lleves en la cabeza. —Se inclinó para enseñárselo—. Solo mechones sueltos, lo metes por aquí, le das a este botón y se te queda como si hubieses secado el pelo con trenzas pequeñitas. —La joven volvió a cogerle la barbilla—. Espera. —Volvió a echar a correr.

Mía negaba con la cabeza riendo. Tendría que haberle pedido que la arreglase al completo. Jimena regresó con un caja de plástico.

—Llévate esto, es una decoración para el pelo. —Abrió una pequeña portezuela, había brillantes diminutos dentro—. Son de clip, solo tienes que prensarlos en un mechón pequeño, ¿vale? No te pongas mucho que pareces un árbol de navidad. Menos es más. Si se pierden a tomar por culo, mira todos los que tengo.

Mía cogió la caja.

—Gracias —le dijo.

El rizador de Jimena emitió un pitido desagradable.

—Ahora quieta. —La vio mover el labio inferior mientras cogía una parte de su pelo—. ¿Cómo es estar enamorada así?

Frunció el ceño al oírla.

—¿No tenías un novio?

—He tenido dos —respondió Jimena—. Pero si hubiese estado enamorada… no se hubiesen convertido en humo en mi vida. Podríamos considerarlo como un estado transitorio enamoradizo. Supongo que puede dar más fuerte, ¿no?

Mía bajó los ojos.

—Si no te corresponden es una mierda —respondió—. En mi caso me siento pequeñita, insuficiente, no lo sé. A Stoker no se le puede conquistar, al menos yo no puedo. Me hagas ondas, me pongas esto en la cabeza o me la vendes. Él no busca nada en nadie. Al menos en nadie que haya conocido. Todas somos estados transitorios como tú dices. Le da exactamente igual que hoy sea yo y esta noche cualquier otra.

—¿Y eso es lo que temes? ¿Que esta noche sea otra?

Mía resopló.

—Una parte fea de mí, sí. —Hasta llegó a soñarlo una de las noches previas—. Quizás haya ya otra. Solo sé que no quiero estar delante. —Sintió cómo le temblaba algo en el pecho—. Sé que tendría que haber dicho que no iría, no haberme dejado convencer. Pero hay otra parte fea de mí que me empujó a aceptar.

—¿Cuántas partes feas tienes? —rio Jimena.

—Más de las que me gustaría.

—¿Y las otras partes? ¿Qué te dicen?

Meditó un instante.

—Una que acepte lo que sea, pero que no me aleje de él. —Volvió a sentir lo del pecho.

—Pues esa parte de ti que te dice que tragues, me parece una parte muy muy fea.

Mía contuvo la sonrisa.

—Otra me dice que lo de esta noche será mi culpa y que me lo merezco por imbécil.

—Esa parte es horrenda.

Suspiró.

—¿Tienes partes que te traten bien?

Mía se encogió de hombros.

—Las que me dicen que no debo conformarme y que debo aspirar a algo mejor. Porque no debo apagarme a la primera.

Bajó la cabeza.

—Pues creo que solo teniendo esa parte, las feas irán desapareciendo poco a poco. —El calor cerca de su oreja era incómodo.

El timbre sonó.

—Voy yo. —Jimena cogió el telefonillo—. Tarda unos minutos.

Colgó.

—Termino el último. —Regresó a su pelo, regresó el calor a su oreja—. Ni te muevas. El tembleque tampoco vale, eh —rio la chica.

Y hasta Mía tuvo que reír.

Cómo sería el asunto que hasta Jimena se había dado cuenta de que en cuanto sonó el timbre, todo su cuerpo había tomado una ligereza similar a los aviones cuando despegaba Brian Stoker.

Se llenó los mofletes de aire y resopló.

—No tengas prisa con el maquillaje, en cuanto llegues empiezas por si tienes que borrar —le decía Jimena—. Y no tengas miedo de usar colores fuertes. —Retiró el rizador de su cabeza y se asomó para mirarla desde arriba—. Esos colores te quitarán la dulzura completamente. —Entornó los ojos—. Lo veo…

Mía la retiró riendo.

—Me voy, que si te dejo no me reconocerán ni los novios. —Se puso en pie y cogió la maleta.

—Huye —le dijo Jimena en cuanto le besó la mejilla—. Y pásalo bien.

Mía sonrió cuando Jimena le guiñó un ojo.

Echó a correr escaleras abajo, aquel edificio era antiguo y no tenía ascensor. Después de un dormitorio enorme con baño propio, había sido una adaptación dormir en el sofá de un salón con un baño compartido e intimidad cero. Pero bueno, había sido su decisión y lo estaba llevando bien, sorprendentemente bien. No eran las incomodidades lo que la entristecía.

—¿Señorita Austen? —preguntó un señor con bigote mientras abría la puerta de un coche grande y oscuro.

—Muchas gracias. —Que la recogiesen como si fuera una estrella de cine hizo que tuviese que mirar a los lados para comprobar si alguien estaba mirando y que se le cayese la cara de vergüenza.

Se metió en el coche. Sabía que los chófer no solían hablar, era parte del trabajo discreto y distante que se les pedía. Así que se arrimó al lado de la ventanilla, intentando no dejar caer del todo la cabeza para no despeinarse.

Se colocó los auriculares y cerró los ojos. Concentrarse en la música la tranquilizaba, por norma general, pero aquella ligereza no se iba.

Probó a respirar tranquila, una vez y otra, la punzada del pecho no se iba del todo.

Cuando entreabrió los ojos ya habían salido de la ciudad hacia una pista lisa.

Abrió su bolso, uno tipo mochila grande, y sacó una libreta en la que había escrito frases que le ayudarían a motivarse, idea de Mary. Pero a los pocos minutos entendió que a lo único que le ayudaría sería a vomitar por tener la cabeza agachada mientras el coche se movía.

Volvió a cerrar los ojos y a concentrarse en la música. No daba con ninguna canción que le apeteciese escuchar. Quizá Pink, que solía tener una fuerza sobrenatural en la voz, conseguiría animarla. Buscó en su móvil la *playlist*.

Movió la cabeza con las primeras notas, parecía que funcionaba, al menos la primera de ellas.

Volvió a cerrar los ojos. Claro que funcionaba, no era rápido, pero había conseguido que aquel tembleque en el pecho se difuminase.

No se había probado el vestido de la graduación. Temía que no le estuviese bien, tendría que habérselo llevado a Jimena para que se lo arreglase. Desde lo de su padre, y con el ritmo de trabajo y estudios que llevaba, literalmente sin parar, había perdido peso. Nunca fue grande, pero tampoco tan delgada como estaba en ese momento. Hasta una parte de su cabeza, la fea, pensaba que quizás a Stoker le hubiese gustado más su otra versión. Y seguramente sí, viendo el volumen de pecho y culo de sus amigas, que no serían más que una muestra de las mujeres de las que se solía rodear. Parecidas a Brit, no falló.

A ella misma también le gustaba más verse en su otra versión, cuando los botones de los *jeans* no se le quedaban sueltos.

Pero contra eso sí que no podía hacer nada. No podía llenarse con un inflador, había lo que había y no había más.

Posiblemente, aunque su versión hubiese sido la anterior, estaría en las mismas. Negó con la cabeza. No podía seguir con aquellos pensamientos. No podía.

Cogió aire y lo contuvo. Ahora entendía muchos de los complejos y de las inseguridades de tantas chicas como había conocido. La mente podía ser traicionera en circunstancias normales, pero a ratos era un auténtico flagelo de puntas de acero. Corría el riesgo de perderse a sí misma. Y era lo único que no podía permitirse perder, porque no tenía nada más.

Nada más que a mí misma.

Ni por Brian Stoker, ni por nadie, absolutamente nadie. No se perdería.

Abrió los ojos y respiró.

Era fuerte, más de lo que creía. Había conseguido sobrevivir aquellos meses completamente sola y con Kelly poniéndole trabas, incluso maltratándose a sí misma con una alimentación pobre y un ritmo frenético, algo que lamentaba haber hecho y que no volvería a repetir. Pero lo había superado. Había conseguido trabajar tanto como para poder despegarse de su madrastra y, aunque tuvo su crisis en los estudios, los estaba remontando.

Lo había conseguido.

Volvió a coger aire. No se iba a permitir perderse.

No.

Ni era tan débil ni era tan torpe ni era tan tonta.

Oyó un estruendo a pesar de los auriculares, como un trueno. Se irguió en el asiento y se quitó uno de ellos enseguida, el trueno cada vez era más fuerte.

Entonces algo pasó fugaz por delante del coche, grande, negro, no era del todo desconocido. El corazón se le aceleró de inmediato mientras el trueno y él se alejaban a una velocidad que hizo que el conductor negase con la cabeza.

Mía entornó los ojos, él se hacía pequeño en la carretera. No sabía a qué velocidad iría. Mucha, demasiada. Su respiración seguía cortada mientras todo su cuerpo se hacía completamente ligero al ser consciente de lo que encontraría al final del camino.

A él.

Y a mí.

Stoker era ya un punto oscuro en la pista. Se le tensó la garganta y notó cierto brillo en sus ojos. Sintió que ir allí había sido una decisión más que acertada. Necesaria.

Encontrarme a mí.

Y a su látigo de puntas de acero y a sus partes feas. De frente.

Y poderles decir que se acabó.

75

Había mucha gente en la entrada del parador, todos con una maleta pequeña y varios de ellos con un traje enfundado. Solo esperaba que el suyo hubiese llegado a tiempo.

Se acercó despacio a la recepción. Tuvo que detenerse en seco para chocar contra una señora alta de pelo castaño, la seguía un hombre de tamaño similar a Hércules Orwell.

—¿Has cogido la llave? —Se había vuelto para mirar al que supuso sería su marido y él alzó una tarjeta negra.

Mía tuvo que dar un paso atrás, su gesto llamó la atención de la mujer que la miró de reojo con unos ojos claros transparentes, algo tremendamente llamativo en una piel morena.

Ambas se sobresaltaron cuando el hombre que la acompañaba dio un leve grito.

—Me has pasado las ruedas por el pie —dijo él deteniéndose, pero ella siguió su camino.

—Lo siento.

—Sí, seguro que lo sientes. —Tuvo que contener la risa al escuchar la ironía con la que él le respondió.

—Eres un quejica, no ha sido nada. —Se seguía quejando.

Mía enseguida se colocó en la cola y miró hacia una de las paredes de la entrada. Una pared alta de varios metros y completa de cristaleras. Unas cristaleras que habían cubierto con una lona negra para que no pudiesen ver el exterior.

De la puerta de cristal en aquella pared salían dos hombres, uno alto y delgado y otro de más baja estatura.

—He comprobado las conexiones y perfectas —dijo uno de ellos.

El más alto se detuvo y recorrió la sala con la mirada.

—He vuelto a perder a mi mujer —dijo y su acompañante rio—. Y miedo me da.

Mía tuvo que contener la sonrisa, los hombres pasaron detrás de ella y entraron en un pasillo. Estuvo varios minutos en la cola hasta que le tocó su turno.

—¿Mía Austen? —La chica de la recepción repitió su nombre—. *Suite* número trece, penúltima planta.

Y le tendió una tarjeta negra como la que le había visto al matrimonio de la maleta.

Trece, número mala pata.

Contuvo la sonrisa y se retiró de la recepción. Por el mismo pasillo por el que se habían marchado los dos hombres de antes, vio salir al señor Stoker, a Kelly, a Ivy y a Brit.

Si no hubiese sido por el hombre, que siempre fue amable con ella, ni siquiera se hubiese detenido.

—Mía. —La besó enseguida.

Sin embargo, ella no fue capaz de hacerlo con Kelly y sus hijas, ni ellas hicieron el intento tampoco.

—¿Te va bien en tu independencia? —preguntó el señor Stoker y ella asintió sonriendo.

Vio que Brit miró la tarjeta en su mano. Quizás el color delataba que no era un dormitorio normal. La envolvió con la mano.

—Hay ahí una sala con dulces, té y leche —le dijo Kelly—. Por si te apetece.

—Además, están ahí los Misters, ya los conoces —añadió el señor Stoker.

Mía se retiró de ellos tirando de su maleta.

—Primero creo que voy a soltar esto —les dijo—. Hasta la noche.

Se giró hacia los ascensores, era evidente que Kelly y sus hijas estaban encantadas de estar

allí. No podían estar más sonrientes y felices, ni siquiera pusieron mala cara al verla. Como si al fin hubiese dejado de ser una molestia. Y lo había dejado de ser. No vivía en la casa ni estaba cerca de Stoker, justo lo que su madrastra quería.

Entró en el primer ascensor en el que se hizo hueco, junto a otro matrimonio.

—Traerla aquí ha sido una temeridad por vuestra parte. —El hombre resopló—. No pienso acercarme a ella en toda la noche. Y debería avisar a los que conozco para que tampoco lo hagan.

Mía lo miró de reojo y su cuerpo se infló enseguida conteniendo la respiración.

Es Thomas Damon.

No fue capaz de mover ni un músculo de la cara.

No me lo puedo creer. Es Thomas Damon.

Y la mujer que lo acompañaba la estaba mirando, así que apartó enseguida la mirada de él.

Voy a parecer una lela.

Miró al frente y lo vio de nuevo a través del espejo.

Es Thomas Damon.

Lo mirase por donde lo mirase, era Thomas Damon. Una leyenda del terror que solía leer en su adolescencia, cuando leía más géneros que el romántico, la luz y la oscuridad con fantasía. Hasta que solo se quedó con la luz.

Estoy compartiendo ascensor con Thomas Damon.

Aire. Le faltaba. Y el ascensor iba deteniéndose en cada planta y cada vez estaba quedando más vacío, hasta que solo quedaron ellos tres.

No puedo con mi vida.

Volvió a mirarlo de reojo mientras la puerta se abría. Ambos le dejaron paso.

Thomas Damon acaba de dejarme paso.

Se apresuro a salir y sacó los labios como si fuese a silbar para soltar el aire despacio. Había sido una sorpresa, así de sopetón, lo último que esperaba.

Que fuerte. Cuando se lo cuente a la Mary y a la Suki.

Sacudió la cabeza mientras buscaba los números de las habitaciones impares.

Oyó unas ruedas, mucho más gruesas que las suyas, en un pasillo que cruzaba. Y una risa cantarina.

—¿Dónde vas con eso? —Las risas no la dejaban hablar.

—Al dormitorio de Natalia —le respondió otra mujer.

Y al fin encontró la puerta número trece.

—¿Pero qué llevas ahí? —De nuevo la risa.

Introdujo la tarjeta y la puerta se abrió. Una *suite*, lo que podía llamarse una *suite* en toda regla. Un parador así solo podía tener una habitación de estilo clásico, como la de un castillo barroco, pero enorme, con un ventanal que daba al valle y con un baño que, a juzgar por lo que podía ver desde la puerta, era más grande que la habitación que tendría en el piso de Jimena.

Princesa por un día.

Era lo que le había dicho Jimena. Un hechizo, ¡zas!

Había una barra con ruedas donde estaban colgados dos trajes enfundados. Frunció el ceño y se acercó al carro perchero.

Abrió unos centímetros del primero, era claro, no era suyo, se habrían confundido. Además, parecía de hombre.

Se sobresaltó agarrándose al carro del susto cuando sintió la puerta abrirse. Stoker tenía la mano en el picaporte.

—Ducharme y voy —decía.

A través de la puerta pudo ver a Blake, que llegaba hablando con un hombre enorme, enorme, enorme, más que Orwell, y de pelo rubio que hacía que Blake pareciese un muñeco.

—Que aún conservo rastros de mi parte oscura, me ha dicho, ¿tú lo crees, Marlowe? —decía Blake—. ¿Conservo rastros de mi parte oscura?

—Damon ha dicho que ni nos acerquemos a ella.

¿Thomas Damon?

Y hablaban de la misma mujer, sin ninguna duda.

Una temeridad.

Lo había dicho un maestro del terror.

—La noche apunta maneras —añadió Blake.

Stoker reía, aún de espaldas a ella. Mía contuvo la respiración mientras él se giraba.

Y no la esperaba allí. La sensación enseguida fue como si se hubiese colado, como si fuese una intrusa, el bochorno le llegó hasta la cara.

—Me dieron la tarjeta abajo —se apresuró a decir. No estaba bien explicado. Le dieron la tarjeta porque estaba asociada a su nombre.

Apretó los dientes esperando a que Stoker reaccionase, porque tardó más de lo que esperaba.

—¡Blake! —Y estaba furioso, muy furioso.

Sin embargo, Blake se acercó asomándose como si no hubiese nada extraño en la habitación, saludándola con la mano.

—¡Blake! —volvió a decir Stoker.

Vio que el hombre del pelo rubio largo desvió la cabeza, quizás para reír.

—¿Qué? —La voz de Alan Blake correspondía con su semblante de no notar nada extraño.

—¿Por qué está ella en mi habitación?

Vaya cabreo.

—Me voy, no hay problema —se apresuró a decir ella agarrando su maleta. Pero Blake alzó la mano para que no se moviese.

—No hay más habitaciones libres —le dijo enseguida Blake. Luego miró a Stoker—. Y te pregunté si os ponía habitaciones separadas y me dijiste que no.

Y el enfado de Stoker iba a más.

—Pero eso fue «antes de» —le replicó.

Sin embargo, estaba comprobando que a Blake poco le afectaba el enfado de su amigo. Una actitud que le estaba gustando, hasta entornó los ojos, esperando la respuesta de Blake.

—Tampoco me dijiste nada «después de». —Ni siquiera tardó en responderle con la misma frescura que al principio.

De nuevo el amigo desvió la mirada para reír. Stoker tensaba la mandíbula.

—Muy bien —le dijo entrando en el dormitorio para dirigirse al perchero. Cogió su funda—. Marlowe, me voy a tu habitación.

Stoker salió de allí con rapidez.

—¿Por qué a la mía? —Lo oyó preguntar con una voz grave que era similar a un rugido.

—Porque tú estás acostumbrado a dormir en el suelo.

Mía bajó la cabeza para reír. La tensión se iba.

—¡Qué dices! No pienso dormir en el suelo.

Blake fue el último en retirarse de la puerta.

—Bienvenida —le dijo antes de seguirlos.

La puerta quedó entreabierta, se apresuró a cerrarla.

—Pufff. —La cosa empezaba con sorpresa tras sorpresa. Pero un lugar así apuntaba maneras.

No podía demorarse en arreglarse, como decía Jimena, permitirse el ensayo error que nunca se permitía por ir demasiado justa de tiempo. Así que abrió la maleta para sacar los zapatos y el neceser de maquillaje y se metió en el baño.

Ya estaba duchada, así que solo tenía que maquillarse. Un espejo de aumento de luz azul clavado en la pared y con brazo regulable era todo lo que necesitaría para maquillarse el resto de su vida. Nunca tuvo uno, pero podía ver cada pequeño gránulo que se salía de su *eyeliner*. Sacó una paleta de sombras y un pincel.

Jimena le dijo que usase colores fuertes, se probó uno en la mano, demasiado verde. Probó con otro, el azul oscuro tampoco, debería ser el gris. Pintó con varios en el dorso de la mano y salió para verlos junto al vestido y elegir qué color le vendría mejor, porque estaba ya dudando hasta con uno morado oscuro, por el contraste.

Bajó la cremallera del vestido y el «zas» del sonido del metal se cruzó con su grito.

La tela lisa de satén estaba completamente cortada, hecha tirones, trizas de tela y una de ellas cayó al suelo.

Su cuerpo quedó paralizado. No se lo podía creer.

El parador al completo comenzó a derrumbarse junto a todo lo que imaginó que habían preparado abajo.

Se retiró del perchero, despacio, como si aún no pudiese creer lo que estaba viendo mientras la garganta se le rompía por dentro y los ojos se le llenaban con rapidez.

Retrocediendo, sus pies chocaron contra la parte baja de la cama. Se acuclilló en el suelo. Ni siquiera era capaz de reaccionar ni de pensar.

Era lo último que esperaba.

Sorpresa tras sorpresa. Ya lo sabía antes de ir. Que todas no fueran buenas era algo con lo que contaba.

Pero aquello había superado todo lo que imaginó.

76

Había anochecido, ni siquiera se había levantado del suelo para encender la luz, seguía apagada mientras iba perdiendo de vista los objetos del dormitorio en la penumbra, y su traje parecía ahora el camisón roto de un antiguo fantasma. Una visión tétrica que representaba muy bien sus circunstancias.

Había escuchado movimiento en el pasillo y aún más bajo el ventanal. Los primeros invitados salían al lugar donde se celebraría la ceremonia, a uno de los lados del parador.

Pero ella no se había levantado del suelo. Seguía paralizada.

Era un vestido, un vestido roto en el peor momento. Un vestido que además fue un regalo de su padre. Contuvo la respiración, ya no le quedarían muchas más lágrimas. Cada vez que se restregaba un ojo, el dorso de su mano se tiznaba de gel negro y rímel.

Cogió aire por la boca, pero su pecho rebotaba y no lo dejaba entrar de una vez. Si no había bajado a recepción para preguntar cuál era la habitación de Kelly y sus hijas, había sido por no dar el espectáculo en la boda de dos personas que la habían tratado de la mejor de las maneras. Y allí estaba la prueba, una planta exclusiva de familiares y amigos, y un autor como Thomas Damon.

No merecían que ella soltase su berrinche con aquellas tres. Ya lo haría en otro momento, tenía mucho tiempo. Aquello no se le pasaría nunca.

En cuanto a quedarse toda la noche en la habitación, no le quedaba más remedio. No podía bajar con unos *jeans* y un jersey a una ceremonia.

Lo sentía por fallar, aunque no fuese su culpa. O sí. Nunca tendría que haber dejado nada que le importase en casa de los Stoker con una madrastra y unas hermanastras de aquella calaña.

Hasta en la distancia estaban dispuestas a fastidiarla. Quizás para asegurarse de que ella nunca regresaría. Eso esperarían, que ella echase a correr de vuelta a Londres.

Pero ni siquiera era capaz de levantarse del suelo, a los pies de la cama. Se sorbió la nariz.

Oyó un sonido leve, como si unos tacones estuviesen cerca de la puerta. Volvieron a sonar, con murmullos esa vez.

Y llamaron a la puerta con tres golpes de puño.

—Servicio de hadas madrinas. —Oyó claramente y más murmullos.

Frunció el ceño.

¿Y eso qué es?

No sabía quién demonios podría ser ahora, pero no estaba en el mejor momento para nada.

—Se han confundido, no he pedido nada —respondió sin saber si la oirían desde fuera.

—No nos has pedido, pero nos necesitas, créeme —respondió la misma voz de mujer de nuevo.

Se sujetó al colchón para ponerse en pie. Tenía las piernas entumecidas de estar en el suelo tanto tiempo. Encendió el primer interruptor que tuvo cerca, que era de un foco junto a la cama, tipo lectura. Y se dirigió hacia la puerta.

La abrió despacio y se asomó. Eran tres señoras, una de ellas la que vio abajo, que pasó la maleta por encima del pie de su marido, la segunda era la acompañante de Thomas Damon y la tercera una alta y delgada, de pelo rubio, con la cara muy tirante a pesar de que no era ninguna jovencita.

—Siento que hayamos tardado tanto —dijo la rubia—, pero desde que a esta —señaló a la de los ojos claros—, se le han aflojado los párpados no le cogemos el punto al maquillaje.

—Párpado encapotado se llama —añadió.

La mujer de los ojos claros le dio un codazo y la rubia sonrió.

—Pero ya estamos aquí.

La mujer que acompañaba a Thomas Damon llevaba una percha con un traje enfundado. No esperaron ni a que las dejara pasar, enseguida la empujaron hacia dentro.

—Así que no tenemos mucho tiempo.

—Pero preséntanos, que se va a creer que somos unas piradas —dijo la posible esposa de Damon colgando el traje junto al roto.

Las tres se colocaron frente a ella.

—Somos las tías de Michelle Lyon, Natalia, ella es Mayte, y yo soy Vicky. Y hoy somos tus madrinas —dijo la rubia observando los churretes negros en su cara—. No te esperábamos tan mal.

—Es que mira lo que han hecho las hijas de puta. —La de los ojos claros era Natalia y se había acercado al carro perchero.

—No hemos fallado, querida amiga, eran capaces —respondió Vicky, que era la que más hablaba.

Llamaron a la puerta de nuevo.

—¿Ya van a venir a interrumpirnos? —Mayte miró la hora en su móvil. Se escuchó otra voz de mujer fuera.

—Es Claudia. —Vicky se apresuró a abrir y una nueva mujer, esta vez de flequillo y pelo liso castaño claro, se asomó—. Os habéis dejado el tocado allí.

—Te dije que lo cogieses tú —le dijeron a Mayte.

—Me dijiste que cogiese el traje y lo he traído.

—Y yo traía la maleta —dijo Natalia—. ¿Quién es la que no traía nada?

La que se asomaba a la puerta rio. Y reconoció aquella risa de escucharla en el pasillo.

—Hola, Mía, soy la madre de Michelle Lyon —dijo sonriendo—. No puedo quedarme, tengo pufff abajo. Os veo en un rato.

Las despidió con la mano y cerró la puerta.

Con el tocado se referían a una caja blanca cuadrada que ahora Vicky tenía en la mano. Mía alzo los ojos hacia su traje.

—No sé exactamente lo que estáis haciendo aquí y os agradezco que hayáis venido a verme, pero… —suspiró—. No puedo bajar.

Vicky la cogió por los hombros.

—¿Que no vas a poder bajar? —rio.

—Ese era mi traje —respondió Mía.

—Peor es cómo tienes la cara. —Alargó la mano hacia la maleta que llevaba Natalia—. Niña, saca las toallitas. Aquí ya no se llora más hoy.

Pero sus ojos se llenaron de lágrimas de nuevo.

—Me han jodido bien. —El llanto aumentó.

—Ya quisieran. —Sintió el frío de una toallita en la mejilla—. Mayte, abre eso.

Entornó los ojos mientras Mayte descubría la funda.

Hasta en la penumbra brillaron los diminutos cristales del borde y el cuerpo del vestido.

—Nunca te metas en ninguna de estas sin un hada madrina. Aunque tu caso es un poco especial.

La garganta seguía tirando y los ojos pesaban sobremanera, cada vez más.

—¿De quién es? —preguntó.

—Es un regalo de los Misters —respondió Natalia mientras Mayte despegaba la frondosa

falda del conjunto donde pudo ver el tul que levantaba las blondas desde abajo—. De los Misters al competo, incluido Stoker, pero él no sabe que ha pagado su parte.

—Es más bonito de lo que esperábamos —dijo Vicky—. Cinco tíos comprando un vestido de invitada. —Hizo una mueca—. Ni siquiera sabíamos el color. —Vicky se acercó al conjunto—. Nos dijeron azul. —Levantó la seda y miró los pequeños cristales agolpados en el filo—. Azul, tú sabes, la paleta de colores para los hombres es una versión resumida. —Mía tuvo que reír mientras se limpiaba las lágrimas. El detalle de los amigos de Stoker solo había hecho que aumentar lo de la garganta y los ojos. Y hasta lo del pecho—. Azul marino, celeste, azul pavo, turquesa… todo es azul para ellos, así en general, abarcando todo. Lila, cardenal, violeta… es morado. —La risa de Mía aumentó—. Pero lo han hecho muy bien.

Mayte descolgaba el vestido. Vicky miraba su cara.

—Como hoy no vas a llevar lazo, vamos a intentar que no tengas cara de angelito que no ha roto un plato, eh —rio la mujer, y las otras dos también—. Así que manos a la obra.

77

La idea de Jimena les pareció lo más cuando se la explicó y ellas mismas le hicieron los mechones con aquel aparato y le cogieron los clips de brillantes. Como si Jimena hubiese podido ver aquel vestido por un agujero y conocer lo que le iba o no.

Sin embargo, más le llamó la atención a las cuatro que fuese enfermera y que Stoker hubiese tenido la idea de que trabajase para Byron. De hecho, su particularidad, por la que Blake la rechazó, no les pareció ninguna pega en absoluto.

Las tías de Michelle hubiesen podido ser la familia que habría querido en su vida. Y cualquiera. En nada la tuvieron riendo mientras recomponían aquel derrumbamiento absoluto en el que se había sumido cuando vio el desastre en el vestido.

—Ya. —Vicky se apartó de ella para dirigirse a una cómoda donde estaba el tocado de pequeñas flores de cristal—. Ahora llega la magia de verdad.

Lo llevaba cogido con ambas manos, como si fuese una corona. Natalia la miraba e hizo una mueca.

—Cómo le gusta —murmuró y Mía tuvo que reír—. Está encantada.

Vicky la había oído y la miró con sarcasmo de reojo, pero fue solo un instante, enseguida se dirigió a ella. Las tres estaban de frente, pegadas unas a las otras, como si quisieran ver el punto medio en su frente para colocarla.

—Esto es magia del mundo real, querida —dijo Vicky sonriendo—, un verdadero hechizo. —Mayte sonrió también mientras Vicky alzaba la diadema por encima de la cabeza de la joven —. Esta noche eres libre de hacer lo que realmente desees, sin temer a equivocarte, a que te juzguen, a que tú misma te arrepientas o a meter la pata, porque esta noche, Mía Austen, la única y absoluta protagonista de tu historia, eres tú. Y no habrá madrastras ni hermanastras que te enturbien todo lo que deseas, ni príncipes que te hagan dudar de cada paso que hayas decidido dar. Porque es tu historia, tu cuento, y tú decides a quien quieres en él y de qué manera. —Le entremetió los pequeños peinecillos de la diadema en el pelo, como si realmente fuese una corona. Mayte se apresuró a fijársela con horquillas—. Hoy estaremos contigo, sin embargo, de ti depende que el hechizo se rompa por la mañana o que dure toda la vida.

Las tres la miraron. Vicky le agarró la barbilla.

—Lo has hecho muy bien —volvió a sonreír—. Muy muy bien. —Sin embargo, alzó el dedo índice—. Pero, importante, no permitas las manos, bajo ningún concepto, que el príncipe meta una sola mano debajo del vestido hasta que no escuches todo lo que sueñas oír de él. Porque no mereces menos.

Mayte empezó a reír y empujó a su amiga.

Mía negó con la cabeza.

—El príncipe no va a acercarse —dijo ella y Vicky entornó los ojos.

—Si no se acerca, puede subirse a la moto y marcharse por donde vino, pero a trescientos por hora como poco.

Mía contuvo la sonrisa.

Mayte se inclinó sobre Vicky para acercarse a la joven.

—Creo que falta algo importante —le dijo la mujer, luego miró a Vicky—. ¿Puedo añadir una magia más?

—Toda tuya —le respondió Vicky.

Mayte la miró mientras Natalia sonreía mirando a su amiga.

—Imagina que sabes el final del libro. —Ladeó la cabeza poniéndole bien uno de los mechones con brillantes—. Y que es el que tú querías. —La sonrisa de Natalia se amplió al escuchar a Mayte—. El que tú quieres —repitió—. Todo el tiempo sabes el final, pase lo que pase.

Saber el final.

Mía alzó las cejas mientras un abanico se le abría en el pecho.

El final que yo quiero.

El poco improbable, el imposible, el que estaba negado para ella.

Lo del pecho se abría aún más y hasta un halo de ilusión logró recorrerle el estómago y darle ligereza a las piernas, ligereza placentera que regresaba ombligo arriba.

—Pues mi magia hoy es para ti. —Le cogió la cara—. Que sepas que todo acabará exactamente así.

Mía sonrió.

—Esta me va a quitar el puesto, esto no vale —murmuró Vicky a Natalia y las tres rieron.

Las tres se retiraron de ella y Mía pudo verse en el espejo. El conjunto, una vez puesto, parecía de una sola pieza. La cinturilla de la falda no le quedaba del todo ceñida, pero como llevaba un lazo que se ataba en la parte de atrás, no supuso ningún problema. El vuelo era sublime, le recordaba mucho a los vestidos que llevaban las estrellas de los años sesenta. Y eso hacía que aquellos mechones de ondas diminutas, más roqueros o de fantasía, a los que le habían puesto con pequeños brillantes, hiciesen un contraste aún mayor.

También le gustaba el metalizado en sus mejillas, más que el rubor subido de tono que solía llevar y que la hacía parecer una muñeca. Había perdido su esencia dulce y la había ganado en algo en otra cosa, tanto que ni siquiera echó de menos los kilos perdidos. No parecía una ruina de lo que fue hace tiempo. En ese momento no.

Natalia le acercó el bolso, color plata como los zapatos.

—Este es regalo nuestro, ya imaginábamos que se les olvidaría comprar el bolso —dijo y esa vez rieron las cuatro.

—Ese complemento es inexistente para ellos —añadió Vicky moviendo la mano.

Mía lo miró, era una pequeña bombonera de tela, para enganchársela en la muñeca. Bajó la mirada hacia sus zapatos. Por suerte había recuperado el perdido.

Natalia abrió la puerta y cogió una bolsa que había junto a la puerta, casi la había olvidado por completo.

—¿Este es el regalo para Hércules y Michelle? —preguntó Natalia y Mía asintió con la cabeza—. Hay que llevarlo a la sala de los regalos. Vamos, que lo de abajo tiene que estar ya lleno. —Miró la hora.

—Vamos bien, es que a la gente le encanta llegar mucho antes y saludarse durante una hora. —Sacudió la cabeza—. Como si no hubiese tiempo después.

Se giró para señalar a Mía.

—Lo vas a flipar ahora —dijo y se oyó la risa de Mayte.

El pasillo y el ascensor estaban ya vacíos, solo tuvieron que esperar a que este subiese desde la planta cero. Dentro, Mía miró a Mayte de reojo.

—Tu marido es Thomas Damon, ¿verdad? —No sabía cómo preguntarlo. Mayte contuvo la sonrisa.

—Es todo oscuridad —dijo Vicky con ironía y Mía sonrió.

El ascensor se abrió, en el *hall* tampoco había ya casi nadie, principalmente eran solo empleados.

Una cabeza de pelo liso y rubio platino que creyó reconocer hizo que se girase de inmediato. Aunque era imposible que fuese Michelle a aquellas horas, estaría en la *suite* principal arreglándose.

Una hermana gemela.

Recordaba que se lo había dicho. Seguía a un hombre alto, aunque no como Orwell y bastante más delgado, de tez clara y rostro tenso, que caminaba como si ella no fuese su acompañante. La chica aceleró el paso.

—¿Este qué pasa? ¿No se va a cortar ni aquí? —dijo Vicky en un tono completamente diferente al que le había oído en todo momento—. Mira que me cago en su puta madre en dos segundos.

—Shhh —la calló Mayte—. Se lo hemos prometido a MK.

—MK mucho hacernos prometer, pero tampoco ella le pone remedio, y Christopher es el primero que lo va a coger por el cuello un día de estos. Delante de mí que no abra la boca, por si acaso no respondo.

—MK no puede poner remedio tal y como está ahora mismo, te lo he dicho veinte veces —dijo Natalia.

—Por eso es nuestra hora. —Vicky los siguió con la mirada—. En cuanto rompa uno, vamos todos detrás en manada. Este no sabe que está jugando a la ruleta rusa.

Mía frunció el ceño mientras seguía con la mirada a la pareja.

—Egocéntrico, egoísta y se está cargando a la niña —añadió Vicky—. Mírala, no va a disfrutar una mierda hoy de la fiesta de su hermana.

—Ella ya sabía que no iba a disfrutarla —dijo Natalia, caminaban hacia la salida—. En el momento en el que ella tiene una oportunidad de brillar por encima de él, la eclipsa.

Natalia entornó los ojos hacia la hermana de Michelle.

—Y si lo consigue, sabe fastidiarlo de otra manera —añadió Natalia.

—Natalia, lo hemos prometido —dijo Mayte—. Si faltamos a esa promesa, solo conseguiremos que MK se aleje y deje de confiar en nosotros.

Natalia miró a Mayte.

—Yo solo he prometido no echarle el perro encima aunque lo escuche levantarle la voz.

Hostias.

—¿Y si es así por qué sigue con él? —No sabía si debía preguntarlo.

Natalia alzó una mano.

—Es un productor y director audiovisual buenísimo y comenzó siendo su mentor, luego pasó a ser esto. —Hizo un ademán con la barbilla hacia la parte de fuera—. No puedo ni decir la palabra. Pero al parecer sigue la misma línea que en su forma de enseñarla, que es hacerla sentir torpe, inútil y siempre, siempre, debe estar un paso o dos por debajo de él, si no lo está, él la empuja para que lo esté, y si no puede, busca una excusa para enfadarse, que creo que es lo que está pasando ahora mismo. No es fácil de explicar, así que te voy a poner un ejemplo bruto, ¿vale? Tú ahora te acercas y le dices que es guapa, que hoy está espectacular y que no hay un color igual de ojos como el suyo, ¿vale? Y él se muere de envidia. Se enfada.

—Pero eso es un complejo, ¿no? —preguntó y Natalia entornó los ojos.

—Eso es querer ser un Dios por narices —respondió la mujer.

—Eso es ser gilipollas. A su antigua novia/alumna la tenía igual. Pero le gustó más MK, así que liberó a la otra, porque sería una liberación absoluta para ella. Y aquí está con esta, que es, supongo, lo que cree que él merece. Una chica brillante, de buena familia, con un apellido conocido, guapa y a la que puede hacer creer que es la elegida de Dios por estar con él —dijo

Mayte—. Y aquí estamos esperando a que lo mande a tomar por culo.

—Un tío así no se lo merece ni la más bruja del pueblo —añadió Vicky—. Y menos mi niña —negó con la cabeza—. Dice que siempre estuvo bajo el paraguas de su hermana y ahora quiere arreglar sus asuntos sola —negó con la cabeza de nuevo—. Pero el arreglo ha sido irse a vivir con él. Así que Christopher está a punto de pasarse la promesa por el forro si Natalia no lo contuviera.

Mía miró a Natalia frunciendo el ceño.

—No es tan sencillo —respondió Natalia rebasándolas—. Ella realmente piensa que es un Dios, y que tiene ese carácter insoportable porque es un genio. Hasta lo compara con…

Enseguida las dos mujeres miraron a Natalia.

—¿Con quién? —preguntó Mía.

—Mayte. —Vicky le hizo un ademán a Mayte con la cabeza.

Mayte se retiró de ellas.

—¡Ahhhh! Mis genios de la lámpara. —Se oyó junto con el sonido de tacones a la carrera.

Mía se dio media vuelta enseguida. Una joven con tremenda melena de rizos enroscados rodeó a Vicky.

—Mi Ana preciosa. —Vio a Vicky bascular levemente hacia atrás del empujón de abrazo. Era alta, pero muy delgada, era evidente que Ana pesaba más.

Luego llegó el turno de Natalia, con mucha más estabilidad y fuerza, no se movió un ápice del suelo en el abrazo.

—Te presento a Anastasia, una de las mejores arqueólogas del mundo —dijo Natalia y Mía alzó las cejas, era jovencísima. Cuando Stoker le habló de ella no la imaginaba así.

Vicky se inclinó hacia delante.

—Ella es un genio, Wilde es un genio, y Thomas Damon, y Christopher Lyon, y Mr Byron… Ese tío que va con MK no es más que un gilipollas.

—Pufff —dijo Anastasia—, ¿estáis hablando de…? —Natalia asintió—. Estuvo allí en Luxor después de vosotras para ver si le interesaba la historia de Sekemer. —Ana hizo una mueca—. Buscaba algo más profundo, dice.

—No le interesaba porque era idea de MK, no suya —replicó Natalia.

Anastasia se detuvo en Mía.

—Y tú debes ser Cenicienta. —Le miró los pies enseguida.

—Recién salida del horno —respondió Vicky.

—Me encantan tus pies. —La chica sonrió mientras le cogía la mano para girarla y que los moviese—. He encontrado mucho calzado de ese tamaño en el desierto. Creo que era el número habitual de las mujeres en otra época. —Anastasia le pasó el brazo por los hombros y le dio un beso en la mejilla—. Bienvenida. ¿Y Mayte?

—Ha ido a por refuerzos —dijo Vicky y Anastasia comenzó a reír.

—Tengo que salir, que me ha dicho Wilde no sé qué de unas flores. Os veo fuera. —Se alejó de ellas para salir al jardín.

La chica se apresuró jardín abajo. Vicky y Natalia avanzaron y atravesaron también la puerta.

Mía abrió la boca cuando vio lo que había tras la bajada del jardín.

Delante de una fuente enorme de tenues luces lilas que parecía teñir el agua, había una escultura de dos hojas que por un instante le parecieron manos y por otro, unas alas abiertas. Era una plataforma a la que se accedía por tres escalones.

Qué fantasía.

Bajo las escaleras de la plataforma estaban las sillas de los invitados, aunque desde aquella

perspectiva no podía verlas tan bien, a los lados y hasta llegar a la fuente, había unas enredaderas de plantas, de las que sobresalían espinos de piedra.

Aquel jardín era como si acabase de salir del mundo real y entrar en una fantasía absoluta.

—Érase una vez un mundo de Misters y unicornios. —Oyó decir a Vicky a su espalda. Natalia y ella la rodearon para adelantarla y la llevaron hacia un lado del jardín, haciendo que la joven le diese la espalda al jardín y a los invitados.

—Michelle te tenía una sorpresa, lo que pasa es que Mayte no es tan rápida, te quedas con Natalia que ahora mismo vuelvo —le dijo Vicky antes de irse.

Mía miró a Natalia. No había una mujer madura tan hermosa y que el color de su vestido tuviese el mismo de sus ojos aumentaba aún más su atractivo.

—¿Y no podéis ayudar a esa chica? La gemela de Michelle —le dijo.

Natalia contuvo la sonrisa.

—Ni lo dudes. —Le guiñó un ojo.

Natalia alzó la mirada por encima de su cabeza y Mía enseguida hizo por darse la vuelta, pero Natalia la sujetó sonriendo.

—El regalo de Michelle —le susurró.

Se oían tacones.

—No la toques, Vicky, ¿para qué la tocas? Si sabes que no le gusta. —Frunció el ceño al oír a Mayte.

—Qué más da.

Vicky fue la primera en llegar hasta ellas y se puso frente a la joven. Pero no la miraba.

—Esta noche, querida, no la vas a olvidar en la vida.

Natalia la soltó para que se diese la vuelta.

Tuvo que abrir la boca para coger aire, pero no entró un ápice. Era alta, tanto como Vicky. Su piel oscura resaltaba en el verde agua de su camisa de seda brillante que acababa en un fajín bordado antes de que comenzase la llamativa tela bordada de una falda en forma de sirena. Llevaba el pelo recogido en una cola de caballo de un color oscuro y brillante.

La invadió el olor de mil flores juntas, cada una de una tonalidad diferente que se perdía cuando se mezclaban y hacían el olor difícil de entender.

Los ojos se le llenaron de inmediato. Era Irina Yadav.

—Teníamos ganas de que la conocieras —dijo Vicky.

Irina se quedó a un metro y medio de ella. Bajó los ojos para mirarla sin sonreír un ápice.

—Es Mía Austen —añadió Mayte y sus palabras provocaron un leve movimiento de cejas de Irina.

Irina Yadav me está mirando.

—He leído todos sus libros —se apresuró a decir—. Todos, algunos decenas de veces. Me encantan. Los leo cada noche, me animan a levantarme cada día. —Parecía que le habían dado cuerda, tendría que ser bochornoso escucharla así, pero no era capaz de reaccionar de otra manera—. Es usted la mejor escritora del mundo. La mejor.

Irina Yadav me está escuchando.

Pero Irina no sonrió un ápice, seguía observando su cara centímetro a centímetro. Se puso una mano en su cintura.

—He publicado setenta novelas —dijo.

Irina Yadav me está hablando.

—Las he leído absolutamente todas. Y también sus reflexiones y cartas de amor —seguía hablando sin respirar, absolutamente acelerada.

—¿Y tienes…?

—Veinte años. —Le temblaban hasta las muñecas, quería saltar como el día que vio su firma.

—Veinte años —repitió Irina—, setenta novelas, veinte años, lo cual quiere decir que la mayoría de experiencia con hombres es a través de las letras. —Entornó los ojos dejando caer levemente los párpados—. No de letras cualquiera, sino de mis letras. Exactamente de mis letras. Lo cual es un problema.

Dio un paso hacia ella, el olor se hacía más intenso, ya no olía nada en el jardín que no fuese ella. Su olor, tampoco lo olvidaría. El de Irina.

Y la escritora contuvo la sonrisa.

—Para él y para ti —añadió.

Mía alzó las cejas.

—¿Vas a ayudarnos? —preguntó Vicky.

Irina la miró de reojo.

—¿A molestar a vuestros invitados? Ya lo hago, Damon no está siendo demasiado rápido en avisarles de que no se acerquen a mí, a los Misters llegó tarde.

Esta es de la que hablaban… una temeridad. ¿Irina, una temeridad? ¿Por qué?

—Lo que no sé es si solo está avisando a los que le conviene porque con otros le convenga más que se crucen conmigo. —Alzó las cejas y miró a Mía—. Como a ese joven alto que va con Mary Kate Lyon.

—¡Hostias! —dijo Vicky abriendo mucho los ojos—, ¿le has dicho algo y me lo he perdido?

Irina volvió a mirarla, como ella hacía, moviendo únicamente los párpados y ni una pizca la cabeza.

—No, solo le he recomendado a Mary Kate mi libro *Paleta de colores*. —Mía contuvo la sonrisa. Elección más acertada imposible.

—¿Y puedes decirle algo luego? Cuando la barra libre, pero delante de mí —preguntó Vicky de nuevo.

—Vicky, no soy un arma que puedas arrojar contra quien te parezca.

—Sí, sí lo eres —le respondió Vicky y Mayte le dio un codazo a su amiga.

Irina dio otro paso más hacia ella, el peso en los ojos de Mía aumentó. La mujer seguía mirándola, aún no se creía que pudiese ser verdad.

—Mía Austen —Irina pronunció su nombre y la oyó coger aire y mirar un instante a Mayte —. Era el nombre que tendría que haber ido en la dedicatoria, ¿no?

La joven dio un respingo.

¿Cómo?

Irina volvía a mirarla a ella.

—¿E…? —No le salía la voz. Lo de la garganta fue inmediato, tuvo que abrir los párpados estirando lo que pudo para que no le llorasen los ojos—. ¿Era para mí?

La última palabra apenas se oyó. Y por primera vez Irina sonrió.

—Es curioso cómo puedo encontrar a personas que hacen justo lo contrario que yo —dijo la escritora—. Stoker te hace creer que lo que tienes más cerca de tu mano no es posible, y yo que lo inalcanzable lo tienes al alcance de tu mano. ¿Cuántas como esa te ha colado?

La risa de Vicky resonó en aquella esquina del jardín.

—Varias. —Fue la propia Irina la que se respondió sola. Luego se apartó de Mía—. No eres la única Austen que he conocido hoy. Llevaba un rato buscando la pieza que faltaba.

—¿Vas a ayudarla? —preguntó Vicky, pero Irina miró a Natalia.

—Ya lo he hecho, durante años, letra por letra —respondió y volvió a mirar a Mía de reojo

mientras se daba la vuelta—. Ahora no necesita ayuda. Ya lo tiene.

—¿Qué es lo que tengo? —preguntó Mía y la escritora se detuvo al segundo paso para volver a mirarla.

Irina sonrió levemente.

—La recompensa. —Le vio un leve movimiento de nariz.

—Le habían roto el vestido —dijo Mayte, pero Irina no dejaba de mirarla a ella—. A trozos. Para que no pudiese salir del dormitorio.

—Pero está fuera del dormitorio y su vestido está impecable —respondió Irina. Volvió a contener la sonrisa—. Que paséis una buena noche.

Vicky dio unos pasos detrás de ella, pero Natalia la sujetó.

—Y tú ni has abierto la boca —le dijo Vicky y Mayte rio—. Cagada.

—¿Yo, cagada?

—Sí, tú.

—Irina y yo tenemos otro lenguaje —replicó Natalia.

—Sí, claro.

La escritora se volvió a detener y se giró de nuevo para mirarlas, estaría a unos pocos metros aún.

—Seguid así y acabareis en una novela —les dijo.

—Callaos, que lo cumple —murmuró Mayte.

—Que lo cumpla —dijo Vicky—. Pero a mí me pones muy zorrona, ¿vale?

Irina se dio la vuelta con rapidez para darles la espalda, esa vez Vicky sí habría conseguido arrancarle la risa.

—Anda ya, ¿quién va a querer leer libros sobre nosotras? —dijo Natalia.

Vicky la miró con sarcasmo.

—A lo mejor te sorprendería.

Mía seguía observando a Irina mientras se alejaba. Era una pena no haber podido acercarse más, abrazarla, darle las gracias por tanto como le había dado durante años. Pero tenía un extraordinario halo a su alrededor que impedía acercarse más. Una sensación extraña que le impedía invadirla de algún modo. Aunque estaba viendo que a Vicky le daba exactamente igual.

Vio acercarse a un grupo de hombres, cuatro exactamente, todos vestidos iguales, de pantalón oscuro y camisa y chaqueta clara, con un fular que colgaba a ambos lados de sus gargantas tras los cuellos de la chaqueta, de seda brillante y de colores diferentes. Todos salvo uno, que no llevaba ni pajarita a pesar de estar vestido igual que el resto.

Al verlos pudo deducir cómo iba vestido Stoker, y estaba deseando verlo con aquel atuendo elegante y masculino en su máximo esplendor. El toque del fular, tan poco visto, les daba una apariencia de auténticos Misters, esa vez de concurso de belleza.

Vieron cómo se retiraron formando un arco en su camino para pasar lo más alejado posible de Irina.

—Mira, mira cómo se retiran los cagaos —dijo Vicky y Mayte empezó a reír.

—Es que no es para menos —reía también Natalia—. Has conocido la versión amable de Irina, ya verás.

La risa de Mía aumentó.

—¿Quién es el ser de luz que comparte su vida con esta mujer? —preguntó Blake sonriendo.

—Jayden Larsson, el que está con Thomas ahora mismo —le respondió Mayte—. Es encantador.

—Qué barbaridad —reía Wilde.

Mía dio unos pasos hacia ellos, se cogió un pellizco en la tela de cada lateral de la falda e hizo una escueta reverencia a los cuatro.

—Muchas gracias —les dijo y ellos sonrieron—. No habría podido bajar de otra manera.

—Pero os faltaba el bolso —dijo Vicky y Natalia le dio un codazo.

Las miradas de los cuatro se dirigieron hacia el bolso que Mía llevaba de la muñeca.

—¿Dónde está Stoker? —Oír a Natalia preguntar por él hizo que sus piernas se hicieran ligeras de inmediato.

—Buscando a la señora Lyon —respondió Blake.

Natalia se adelantaba a todos y vio que Blake y Wilde comenzaron a seguirla.

—Falta MK, que se nos ha perdido —dijo Vicky.

Mía empezó a seguirlos cuesta abajo en el jardín.

—Verás el novio. —Mayte bajó la voz.

—Es que él no es testigo, ni padrino ni de honor ni de nada.

Mayte alzó las cejas.

—¿MK arriba y él abajo como un simple mortal? —le respondió Mayte.

Natalia, que encabezaba la comitiva, se giró para mirarlos.

—Por eso mismo MK debe ir con Marlowe.

Hostias.

Marlowe debía de ser el enorme del todo, el de la selva que le decía Stoker. Ni con la chaqueta había perdido del todo la pinta.

—¿Porque no hay huevos? —dijo Vicky adelantándose y recorriendo el jardín con la mirada buscando mientas el resto reía.

Se llevó el móvil al oído.

—Amor —decía al teléfono—. ¿Está todo listo? —Seguían avanzando—. Hércules no ha bajado aún. —Miró hacia la puerta—. Y no encontramos a MK. Vale. —Los miró—. Stoker ya está con Claudia. Entonces, ¿qué hacemos con la Mary?

—Está ahí —dijo Natalia dando unos pasos hacia el lateral—. Voy a por ella.

Mía la divisó con la mirada, la gemela de Michelle estaba a los pies de la plataforma, hablaba con una mujer mientras el hombre que la acompañaba hablaba con otros dos invitados.

Vicky le agarró del brazo.

—Tienes que ir a coger sitio, que esto empieza, pero… Blake, ¿cómo de impredecible es Stoker?

Se oyeron toda clase de sonidos por parte de los Misters.

—No intentes deducirlo —le respondió Blake a media distancia.

—¿Si le busco un acompañante a Mía se cabreará?

—Mucho.

—Perfecto. —Tiró de ella—. Marlowe, tú no te separes mucho de Stoker.

Mayte detuvo a Vicky.

—¿A quién vas a buscarle? —le preguntó a su amiga.

—Al hijo de Mr Scar, ¿te parece bien?

—No, es muy fresco y a ver si se le va a ir la mano y la chica se va a llevar un disgusto y Stoker lo va a coger por el cuello de la camisa. —Mayte sacudió la mano.

—¿En serio? ¿Ese tío? Pero si parece que no ha roto un plato. ¿Entonces quién?

—No recuerdo ni el nombre, el hermano de Mr Scrub, ese muchacho parece formal.

—Qué horror. —Se escuchó la voz de Wilde entre los Misters mientras los cuatro las observaban hablar.

Mía tuvo que sujetarse la barriga para reír.

Las dos mujeres se giraron hacia ella.

—Es buen chaval, pero si se le van las confianzas nos avisas a nosotras o a Marlowe.

—¿Yo otra vez? —dijo él y Blake rompió en carcajadas.

Volvieron a tirar de ella, dejando atrás a los Misters.

—Resuelto.

Llegaron hasta donde estaban las sillas de los invitados, algunos ya estaban sentados y divisó al señor Stoker y a Kelly con sus hijas.

Mía agarró el brazo de Vicky.

—Esta noche, el hechizo, puedo hacer lo que desee, ¿verdad?

Vicky sonrió.

—Exacto.

El pecho se le llenó de inmediato, lo que había en él no se detuvo ni a meditarlo. Rodeó a Vicky y a Mayte y se dirigió hasta ellos.

—¡Mía! —La voz del señor Stoker hizo que las tres la mirasen.

Kelly emblanqueció, mientras Brit abría los ojos mirando las blondas de la falda.

—Pero qué belleza —añadió el señor Stoker—. Un vestido precioso.

Mía sonrió al señor Stoker. Ivy no reaccionaba. Brit seguía los cristales del corpiño hasta llegar a su cara.

—Y el color, no sabía que venías a juego con mi hijo.

Ni yo tampoco.

Tragó saliva, no lo esperaba. Quizás la cara de aquellas tres tendría algo que ver con eso. Un motivo más para erguirse y que lo del pecho subiese despacio hasta su garganta.

—No había visto el vestido hasta algo antes de bajar —le respondió al señor Stoker—. Ha sido un regalo.

La cara de Kelly se tensó, Brit miró enseguida a su madre.

Pero Mía las fulminó a las tres.

—El otro también lo fue —añadió dando un paso hacia ellas tres, tuvo que esperar a que una a una la fuesen mirando a la cara—. Era un regalo de mi padre.

Mía se apartó de ellos.

—Pero eso ya lo sabíais, hijas de puta.

Las tres dieron un respingo compenetrado, quizás no lo esperaban delante del señor Stoker.

Volvió a dar un paso atrás retirándose de ellas.

—Señor Stoker. —Se disculpó con un ademán de cabeza antes de darse media vuelta y regresar con las tías de Michelle.

Ufff, si no ceno no pasa nada. Estoy llena ahora misma.

Comenzaba a gustarle aquella magia.

En pie había tres hombres, uno de ellos Thomas Damon y otro que reconoció como el de la entrada que iba con Natalia. Ellas dos estaban con ellos.

—El mejor mago del mundo, el enemigo número uno de Natalia, y a este ya lo conoces —le dijo Vicky en cuanto los alcanzó.

—Ella es Mía Austen —dijo Mayte.

Mía les sonrió a los tres, la expresión de Damon al volver a mirar a su mujer y a Vicky hizo que tuviese que contener la sonrisa.

—¿Habéis acabado ya de liarla? —preguntó Damon y Mía tuvo que reír—. ¿O vais a dejar parte aún para la celebración?

Vicky no le prestó atención.

—¿Os acordáis del nombre del hijo de Mr Scrub? —preguntó.

—Del hermano —la corrigió Mayte.

—Eso.

El mago y el otro hombre miraron a Damon. Pero enseguida llegó hasta ellos la madre de Michelle, Claudia.

Y dijeron que Stoker estaba con ella.

Basculó su cuerpo para mirar de reojo.

Y allí estaba, dejó de mirarlo de inmediato mientras el pecho le empujaba los latidos hasta la garganta.

Azul grisáceo.

Sobre el blanco roto de la chaqueta, la combinación perfecta para su tez y la forma de su rostro. No era capaz de aspirar aire ni por la nariz ni por la boca.

Mía volvió a mirar a Stoker.

Impresionante es poco.

Y lo pilló mirando sus pies.

Vicky había cambiado de conversación de manera drástica.

Azul grisáceo.

Bajó los ojos hacia su vestido. Volvió a mirar a Stoker.

Y sus ojos se cruzaron con los zafiros de él un instante.

—Diles que vengan ya, entonces. —Fue Claudia la que se dirigió a Stoker.

Qué guapo, por Dios.

Sin haber cogido ni un ápice de aire, fue capaz de espirar lo que fuese que quedara en sus pulmones.

—Mi segundo nombre, Arthur —dijo Damon en cuanto Stoker estuvo a unos metros—. Arthur Scrub.

Vicky alzó el dedo pulgar.

—¿Para qué lo queréis? —preguntó él.

—Para usarlo.

Ufff.

Siguieron adelante y las dos mujeres se avisaron una a la otra.

—¡Arthur! —Sellaron a un chico que tendría pocos años más que ella. Era bien parecido y elegante, aunque después de ver a Stoker todo le parecía gris y apagado—. Hola, qué de tiempo.

Mía vio que Irina estaba dos bancos más adelante y que se había vuelto a mirar a Mayte y a Vicky de reojo.

—Qué guapo.

—Qué elegante.

Irina las seguía mirando.

—Tenemos aquí a una amiga de Michelle y los Misters que viene sola. Y claro, estamos todos arriba… ¿Te importaría que se siente contigo?

—Cuídala bien, ¿vale? Nos vemos al otro lado en la cena.

—Muchas gracias.

Le dieron un empujón hacia el banco y Mía se sentó junto al chico, sintiendo cómo todas las bolsas de su falda se extendían hacia los lados abriéndose en un llamativo abanico.

—Hola, soy Arthur —le dijo el chico con una sonrisa.

—Yo soy Mía. —Vio una chaqueta parecida a la beis de Stoker y los ojos se le fueron de

inmediato.

Pero había cinco hombres vestidos iguales y era Byron, que se había acercado a un lateral de la plataforma donde había un piano blanco. Luego se bajó y se dirigió hacia el fondo de los bancos.

El murmullo cesó de inmediato en cuanto las luces bajaron y el color lila de la fuente se hizo intenso. El silencio fue absoluto.

Enseguida giró medio cuerpo hacia atrás y pudo ver una silueta enorme en la calle central que formaban las dos hileras de bancos.

Y comenzó a escucharse el sonido de unos violines, junto a más instrumentos que no reconocía. El vello se le erizó enseguida con el primer cambio de luces que hizo que las siluetas comenzaran a tomar forma.

Entornó los ojos. Hércules iba acompañado de una mujer que ella ya había visto alguna vez.

Georgina Lyon.

Ladeó la cabeza recordando que Hércules no tenía familia. Tampoco allí era un problema, ya había visto que su verdadera familia era enorme.

La música se alzó y las luces volvieron a cambiar. No sabía qué tipo de juego podía hacer que pareciese que había partículas doradas a media altura en el camino que tenían que seguir los de la comitiva.

Contuvo la respiración, un metro más atrás de Hércules iba Stoker, con Claudia al otro lado. Las partículas doradas que formaban las luces atravesaban las chaquetas claras y continuaban suspendidas.

En la penumbra de los invitados, cuando solo el hilo central estaba iluminado, pudo observar a Stoker tanto como quiso sin temer ser vista.

Aunque hoy no tengo que temer por nada.

Era el hechizo, hacer lo que quisiera hacer, lo que deseara hacer. Y ella solo deseaba mirarlo el momento fugaz que él tardó en pasar por su lado, respiró despacio y pudo apreciar su olor.

Jimena le preguntó cómo era sentir el amor de aquella manera intensa y casi desesperada. Y tenía que recocer que, a pesar de las circunstancias, que no eran las mejores, era tremendamente maravilloso.

Merecía la pena. Lo decía Irina. Y como estaba comprobando, Irina solo decía la verdad.

Sentir lo que sentía cuando Stoker estaba cerca, claro que merecía la pena. Por un instante fugaz, por una mirada de segundos, porque solo pasara por su lado como si no la hubiera visto. Merecía la pena.

La merecía. Aunque no volviese a besarlo en toda una vida, la merecía. Físico, espiritual, terrenal y fantasioso, completo y absoluto. Podía sentir el silencio de todo su cuerpo, dejaba de hablar, solo podía sentir. Sentir en mayúsculas.

Stoker pasó de largo y lo siguió con la mirada hasta que llegó a la plataforma, donde Claudia lo soltó para subir al otro lado, pero él le tendió la mano para ayudarla.

Mía contuvo la sonrisa. A pesar de todo, era un auténtico caballero. Traes ellos iban Alan Blake y Natalia. Blake hizo el mismo gesto, aunque Natalia solo apoyó su mano en él para no despreciarle el gesto, parecía que aquella mujer era capaz de subir esos escalones y muchos más de metros de altura en tacones enormes. Le hubiese gustado verla en su juventud.

Tras ellos iba Byron con Vicky, y Mía comprobó que a Vicky le daba exactamente igual si Byron no quería que lo tocasen, de la misma manera que le daba igual que a Irina no le gustase. Estaba agarrada de su brazo como el resto. Aunque luego fue Natalia la que se adelantó para darle la mano para subir y no poner a Byron en el apuro.

Wilde y Mayte fueron los siguientes y cada uno se dirigió a un lado de la plataforma, y de aquellas hojas que desde los bancos parecían suspendidas en el aire.

Enorme Marlowe, Mía tuvo que fruncir el ceño al mirarlos. Hasta alguien de una estatura como MK Lyon podía verse reducida de manera considerable. La delgada mano de Mary Kate se perdía entre el bíceps y el antebrazo de Marlowe, que hacía tensar la tela de la chaqueta.

Mía contuvo la sonrisa. Si el novio de Mary Kate tenía alguna pega, podría decírselo a Laurence Marlowe con total libertad. Tuvo que apretar los labios para no soltar la carcajada mientras los seguía con la mirada.

El pelo claro de Marlowe se veía un tanto más dorado al lado del de MK, que era más blanquecino. Si hubiese llevado los complementos en el mismo tono rosa que el vestido espectacular de seda rosa de MK, la imagen habría sido absolutamente perfecta, embelesadora con aquellas motas doradas suspendidas en el aire que ahora parecían perseguirlos al ser los últimos.

En cuanto MK y Marlowe llegaron a los pies de la escalera, se detuvo a mirar con curiosidad si el gesto de Marlowe podría ser similar al del resto de sus amigos. No era algo que fuese con su semblante, ni con aquel rugido que tenía por voz ni con su forma de mirar a todos, como lo haría cualquier animal en la selva al salir de los matorrales. Seguridad aplastante y arrolladora, y MK le resultaba frágil como un cervatillo a su lado.

Pero el gesto de Marlowe fue diferente, Mía entornó los ojos. En cuanto Mary Kate retiró su mano de él y la dejó caer, la de él la siguió, aun rebasándola para que en la inercia chocase contra la de ella, y poder alzársela mientras la joven se levantaba el vestido para no tropezar escalón por escalón.

La mirada de Mía enseguida se dirigió hacia dos bancos más adelante, al que ocupaba Irina Yadav, en el extremo, justo en el pasillo. Una segunda fila con un punto de vista perfecto. Curiosidad absoluta por saber qué habían visto unos ojos cuya especialidad era la conducta humana relacionada con las sensaciones y sentimientos.

Delante de Irina y en primera fila, junto a Damon y el resto de hombres de la familia, estaba aquel chico cuyo rostro y expresión no alcanzaba a ver por tenerlo de espaldas. Y si era sincera, tampoco le importaba. La belleza de todo lo que estaba viendo, en todos los sentidos, superaba con creces la oscuridad que ni él ni nadie pudiera eclipsar.

Parte de la magia, supuso. No tenía competencia.

Un sonido rodante hizo que ella y el resto de invitados se girasen para mirar atrás. El sonido procedía del suelo.

Qué pasada.

Eran esferas, decenas y de diferentes tamaños, la música se hizo más intensa, a los violines se le unieron una multitud de instrumentos. Y las luces doradas comenzaron a brillar a la par que se iban encendiendo las esferas marcando un camino.

No imaginaba cómo podría ser el vestido de Michelle Lyon conociendo su estilo. Así que verla aparecer con un sencillo vestido liso del mismo tono blanco roto que la ropa de Hércules, que caía por su cuerpo como si acabase de salir de un Olimpo griego, sin más complemento que el de su padre, no la sorprendió en absoluto.

Siendo ella, únicamente ella como siempre, y quizás fuese la novia más hermosa que había visto en su vida.

Y a juzgar por la expresión del resto de invitados, la mayoría estaría pensando lo mismo.

Las esferas se fueron abriendo a medida que ellos avanzaban. Miró a Hércules de reojo, apenas los conocía, pero consiguieron que su garganta se tensase. Sus madrinas, sin embargo,

iban unos cuantos pasos más allá en aquel sentimiento. Mayte le limpiaba las lágrimas a Vicky y Natalia se retiró al extremo de la plataforma, como si allí nadie pudiese verla.

Cuando pasaron por delante de ella, pudo ver cómo las esferas se iban tras Michelle y Christopher Lyon, como si ellos la atrajesen. Y el padre de Michelle dejó a su hija junto a Hércules a los pies de aquella escultura mientras se retiraba para encabezar la línea que formaban los Misters. Las mujeres también se alinearon al otro lado.

Entonces Mía fue consciente de que aquella escultura no era más que una segunda plataforma. La de ellos dos.

Bastante más alta que un escalón, que ambos tuvieron que subir. Y en cuanto Michelle colocó el primer pie en la hoja izquierda, la de su lado, las esferas en el suelo comenzaron a vibrar. Vibraban fuerte y algunas comenzaron a saltar en el suelo.

Y se fueron encendiendo despacio con tenues luces brillantes, similares a las de las estrellas. Y se alzaron a la vez que lo hacía ella para subir el segundo pie a la hoja.

Y siguieron alzándose encendidas, buscando un hueco alrededor de ellos.

Qué preciosidad, por Dios.

Volvió a mirar a Irina de reojo. Aquello debía de superar la más privilegiada imaginación.

78

La cena era en un salón interior recubierto de rosas por todas partes, el olor que desprendían era tan intenso que parecía que estaban en un jardín. Pero lo espectacular de aquella decoración estaba en el techo. Con multitud de velas colgantes o, más bien, imitaciones muy buenas de velas con luces de distintas tonalidades que parecían flotar en el aire a distintas alturas.

Una fantasía absoluta, como la ceremonia, y como supuso que era lo que llegaría después.

Se había sentado junto al chico simpático llamado Arthur y un grupo de jóvenes que, aunque se hubiesen presentado, no conocía el nombre ni de uno de ellos.

—Min, pasa el paté. —Oyó a su derecha.

Supuso que Min tendría que ser el chico coreano que tenía en la hilera de enfrente, por lo poco que lo había escuchado hablar sabía que hablaba bien el idioma, pero no reaccionaba a la petición de un comensal del otro lado. Así que ella misma cogió la pequeña bandeja y cuando fue a levantarla Min alargó la mano y la dejó caer en la mesa.

—Lo siento —se apresuró a decir colocándose bien las gafas.

Mía frunció el ceño mirándolo, no parecía que le hubiese hecho ninguna broma.

—No tiene importancia. —Ella le sonrió mientras se levantaba de la silla para recogerlo de la mesa, sin embargo, un camarero se apresuró a ayudarla. Tuvo que apartarse para dejarlo.

En pie podía ver todo el salón. Ivy y Brit estaban en la otra punta, junto a su madre. Tuvo que coger aire para tranquilizarse.

No tardó en divisar la mesa de los Misters, quitando la mesa nupcial, era la más llamativa, quizás por la claridad de sus ropas. Pudo ver de lejos a Dayana y a Anastasia, a los cinco Misters, y una silla vacía.

Que supiese no faltaba nadie, y por lo que estaba viendo nadie la había ocupado.

Mía sintió un cosquilleo en la mano, bajó la mirada.

—Ya han terminado —le dijo Arthur sujetándole la mano.

Mía miró la mesa, quizás el camarero terminó hacía unos segundos y ella seguía en pie mirando la otra mesa como una imbécil.

Dio un paso para entremeterse en la silla y antes de sentarse echó de nuevo un vistazo para comprobar si la silla seguía vacía, pero tuvo que apartar la mirada enseguida al ver que Stoker también la miraba a ella. Estaba sentado junto Marlowe y este acababa de ponerle su mano enorme en la nuca.

—No me había dado cuenta —le dijo a Arthur mientras se sentaba y retiró su mano de la de él.

Aquello le hizo recordar las cercanías iniciales con Stoker y lo diferente que era la reacción en su cuerpo.

—¿Habéis visto a Damon y a Yadav? —preguntó una chica de flequillo recto y gafas circulares—. Qué pasada.

—Damon sabíamos que iba a estar aquí, lo de Yadav ha sido una sorpresa —dijo el chico coreano—. Pero no es aconsejable acercarse a ella.

Arthur rio a su lado.

—¿Por qué? —preguntó.

Pero nadie le respondió, ni siquiera ella.

Se sobresaltó con un sonido serpenteante. Por reflejo agachó la cabeza. Eran espirales luminosas saltando de un lugar a otro, a media altura, pero algunas tan bajas que parecían rozar el pelo de los comensales.

Min le hizo una señal con la mano para que le atendiese.

—Tranquila, no queman —le dijo.

Nuevas serpentinas luminosas se fueron sucediendo.

—Lo de esta gente es de otro mundo —dijo Arthur.

—Con escultores, decoradores, un arquitecto y un mago, ¿esperabais menos? —dijo Min y los que los rodeaban rieron.

Mía sonrió mirando al techo del salón, ni siquiera parecía tener techo sobre ella, entre las velas colgantes, las flores y el juego de luces, era como si solo se viera oscuridad al fondo, como si estuviesen al aire libre de la noche.

Qué fantasía de familia.

Se irguió para volver a mirar el salón. Las tías de Michelle estaban en otra mesa similar a la de los Misters. Alzó las cejas al ver allí a Irina.

Pobre Mr Damon, él que la quería lejos.

Tuvo que contener la sonrisa.

79

Empezar temprano a cenar, acabar temprano y tener más horas de fiesta. Era lo que decidieron por votación unánime cuando organizaron aquello. Sin embargo, ahora no sabía si quería que la cena no acabase, o que el evento completo acabase cuanto antes.

Llegó el primer plato cuando aún no había ni probado los entrantes ni el champán.

—¿De quién es esa silla? —preguntó Anastasia.

—De Mía —respondió Dayana.

Alzó la mirada hacia Anastasia, que se había levantado buscando a Mía.

—¿Y por qué se ha sentado allí? —dijo Ana volviéndose a sentar.

—Porque no lo sabrá —respondió Wilde.

—O porque ha visto que ese de ahí que está sentado al lado de su silla tiene la cara hasta el suelo y no querrá sentarse aquí —dijo Blake y Wilde empezó a reír.

—Yo no tengo la cara hasta el suelo —replicó Stoker.

—No, eres el alma de la fiesta. Byron, trae el micrófono.

Seguir replicándole a Blake era para nada.

—Yo creo que no lo sabe —dijo Byron—, ¿alguien se lo ha dicho?

—Cuando hemos salido de la ceremonia ya no estaba —dijo Wilde.

—Se fue con ese chico con el que está sentada —respondió Dayana.

—Pues id a por ella, si tanto interés tenéis —les dijo él.

Blake alzó las cejas.

—Eso es lo que tú quisieras. —Su amigo negó con la cabeza—. También puedes ir tú, eh.

Stoker movió la mano en el aire y se dejó caer en el respaldo de la silla.

—Pero no solo es esto, ¿y lo de la habitación?

—Lo de la habitación fue tu culpa.

Stoker asintió

—¿Y lo del traje a juego? —Se levantó con la mano la seda.

—Era la opción B, por si la madrastra y sus hijas le rompían el suyo. —Alzó las cejas al escucharlo—. Y se lo han roto, así que lo lleva puesto. Por cierto, es regalo tuyo también en una sexta parte. Te dará las gracias, supongo. O no.

Frunció el ceño, luego negó con la cabeza.

—Y ahora una silla vacía al lado de la mía.

—Eso sí es culpa nuestra —respondió Wilde y Blake rompió en carcajadas.

Marlowe carraspeó, la carcajada le cogería tragando. Anastasia y Dayana se miraron.

—No lo entiendo. —Volvió a dejar caer la espalda en el respaldo de la silla.

—No conoce a nadie aquí, viene con nosotros. —Blake hizo un rodeo con su dedo índice alrededor de la mesa, una de las pocas redondas del salón—. Lo normal era que estuviera en nuestra mesa.

Stoker miró hacia la mesa de Mía. Hablaba con el chico que estaba a su lado, aunque el del otro lado se inclinó echándole el pelo hacia atrás para decirle algo.

—Pues ahora sí conoce a alguien aquí —dijo él.

—Por eso está su silla vacía —respondió Blake como si fuera evidente.

Miró a Blake de reojo.

—¿No era porque no lo sabía?

—Es que no lo sabe —dijo Byron.

Stoker negó con la cabeza.

—No sé por qué tenemos esta conversación de besugos. —Dejó caer la servilleta de tela en la mesa.

—Porque Ana ha preguntado que por qué está esta silla vacía y se lo estamos explicando.

—Ya sé lo que ha preguntado Ana —replicó y Blake alzó las cejas—. Pero ya ni siquiera estamos hablando de la silla.

—Porque tú has empezado a hablar de ella, de la habitación, del traje…

De nuevo las risas de Wilde y el carraspeo de Marlowe. Byron solo cogía aire.

Marlowe se inclinó hacia su plato.

—¿No vas a comer tampoco el primer plato?

Stoker empujó el plato con la mano.

—No me gusta.

—Pide que te traigan otra cosa —le respondió Marlowe.

Negó con la cabeza.

—Pues deberías, que el otro lado que nos espera es oscuro y peligroso —dijo Wilde y Blake empezó a reír—. Al final se pondrá malo de la leche a mitad de la noche y nos joderá la fiesta.

—Pues que sepas que te echamos en un ladito del jardín y seguimos nosotros— dijo Blake.

Bajó la mirada hacia el plato. Por fin en algo llevaban razón.

—¿Vais a ir a por ella o empezamos? —dijo con cierta tensión en la voz, cogiendo su cuchara.

Se hizo el silencio, así que alzó la mirada hacia ellos, pero ellos miraban hacia la mesa de Mía, lo que hizo que él la mirase también. Le estaban sirviendo su plato ya.

—Si queréis voy yo a por ella —dijo Ana y al oírla, cierta dureza que mantenía en el pecho por dentro se fue desgranando.

Blake lo miró a él.

—¿Qué? —le preguntó su amigo.

—¿Me preguntas a mí?

—Si quieres le pregunto al maestro de ceremonias, que está ahí sentado —le replicó Blake.

Marlowe carraspeó de nuevo.

—Nos has incitado dos veces a ir a por ella, claro que te pregunto a ti.

Marlowe lo miró de reojo. Sin embargo, el ruido de la silla de Ana hizo que la mirase. La joven se había levantado y se alejaba hacia la mesa de Mía.

Fijó la vista en ellas, Anastasia se había inclinado para hablarle. No vio que Mía negase con la cabeza, solo miraba al chico que estaba en frente de ella mientras le respondía.

—Pues no vas a tener suerte. —Oyó decir a Marlowe y lo miró enseguida.

—¿Qué dices?

Marlowe se limpió la boca con la servilleta.

—Que deberías empezar a comer.

Anastasia regresaba sola.

—No sabía lo de la mesa. —Anastasia se encogió de hombros—. Allí no había sitio, han pedido un cubierto más, por eso está tan apretada con el chico de al lado.

Stoker miró un instante, ya le estaba pareciendo rara tanta cercanía en la mesa.

—Ha empezado el primer plato y está hablando con Min-joon sobre series coreanas, que lo siente y que ahora vendrá en el segundo plato. —Anastasia se sentó de nuevo.

—Min-joon tiene novia, así que no es ningún peligro —dijo Wilde riendo.

—¿Qué me importará a mí que sea o no un peligro? —Volvió a coger la cuchara.

Lo del pecho se seguía desgranando y comenzaba a notar que se iba extendiendo despacio la

tranquilidad.

—Ese no, pero el del otro lado es el hijo de Mr Scar y antes nos ha dicho Mayte que es un fresco y que tenga cuidado, que hasta se le puede ir la mano.

—¿Quién? —Fue tan brusco para mirarlo que hasta se alzó levemente de la silla.

Sintió la mano pesada de Marlowe en la nuca, que emitió un leve sonido sordo al caer sobre él.

—Come. —Dirigió su cabeza hacia el plato.

Dayana contuvo la sonrisa y miró de reojo a Blake, que negaba con la cabeza.

Se metió la primera cucharada en la boca y oyó que Byron y Marlowe saludaban a alguien. Alzó la mirada, eran Claudia y el padre de Michelle.

—¿Vais bien por aquí? —preguntó el señor Lyon.

Una de las serpientes rizadas de luces doradas pasó a centímetros de su cabeza, pero él ni se inmutó.

—¿Por qué está esa silla vacía? —preguntó Claudia.

—Ooooootra vez —murmuró y oyó la risa sorda de Marlowe.

Cristopher escuchaba la explicación de Blake, exacta a la anterior, mientras se colocaba tras Byron.

—Está con el hijo de Scar, ese muchacho es que… la culpa la tiene el padre, es un buen hombre, pero no se puede educar a los hijos sin límites. Si podéis, traedla aquí.

Soltó la cuchara, su cuerpo reaccionó alzándose de nuevo de la silla, pero la mano de Marlowe en la nuca lo frenó en seco.

—Come —le repitió.

Cogió aire por la nariz mientras miraba a su amigo de reojo.

—¿Y tu padre? —Escuchó al señor Lyon que se inclinaba hacia Byron.

—Está con Luke en la mesa de la izquierda, pero no se moleste, vaya cuando pueda. Hoy de todos modos no está en su mejor día. No lo va a reconocer.

Lyon le dio una escueta palmada en el hombro. Los Lyon se alejaron hacia otra de las mesas.

Al rato vio pasar el segundo plato mientras Blake llenaba las copas de champán a los que ya se habían bebido la primera.

Él no había probado la suya. Vio pasar los primeros segundos platos del menú. No tardó en entregar el suyo, aunque estuviese a medio comer.

Sin embargo, los camareros esperaban alrededor de la mesa a que acabasen de comer el resto.

Miró hacia la mesa de Mía, no sabía si habría terminado, ella seguía hablando con sus compañeros de mesa. Le gustaba más cuando la pillaba mirando.

Acababa el primer plato y nadie iba a por ella.

—Ana, creo que ya ha acabado —dijo.

Y Wilde tuvo que coger la servilleta para llevársela a la boca al reír.

—Stoker. —Era Byron, desde el otro lado de la silla vacía—. ¿Quieres que venga? Pues levántate y ve tú a por ella.

Alzó las cejas, que se lo dijese Byron era lo último que esperaba. Se puso en pie y dejó caer la servilleta en la mesa.

Sabía que en cuanto se diese media vuelta empezarían a decir barbaridades a su costa. Pero ni siquiera habían llegado al segundo plato y ya se había levantado a buscarla.

Siguió la hilera de comensales hasta llegar a la espalda de Mía. Su pelo se abría dejando ver su hombro desnudo. La reacción de sus dedos fue inmediata, entreabrió los mechones para llegar hasta su piel.

El contacto cálido hizo que lo que quedaba de tensión en su pecho desapareciese por completo.

Ella giró la cabeza para mirarlo. Sin lazo y con una diadema de cristales, podría ser la cenicienta más bonita que hubiese visto en la vida. Lo era, para qué engañarse. Aunque con aquella versión hubiese perdido dulzura y ganado en sensualidad. Le gustaba de todas la formas, hasta dormida.

Resbaló la mano desde su hombro hasta su muñeca y le agarró la mano para ayudarla a levantarse y la retiró de la mesa.

De cerca podía verse que la seda de su vestido era la misma que llevaba él. Las blondas de la falda parecieron enredarse en su pierna.

—Te has equivocado de mesa —le dijo.

—Sí, me lo ha dicho Ana. Pero ya me han preparado esta y estaba hablando con ellos, me sabe mal cambiar a la mitad de la comida.

Frunció el ceño mientras la escuchaba.

—¿Y no te sabe mal dejar una silla junto a mí vacía?

Ella se alzó de puntillas para mirar.

—¿Está al lado de la tuya? —La vio perder el equilibrio y la sujetó por la cintura, rodeándola por completo.

—¿Eso es bueno o malo? —le dijo él y ella lo miró mientras regresaba los talones al suelo.

Pero su brazo se negaba a dejar de rodearla.

—Dímelo tú. — Mía lo dijo como si fuese evidente.

Tuvo que contener la sonrisa al ser consciente de que más cerca estaban en aquel momento.

—Ven conmigo. —No pensaba repetirlo. Aquellos demonios llamados Misters lo habían conseguido aunque cuando se sentó en la mesa le pareciese impensable levantarse e ir a por ella.

Mía lo miraba a los ojos, primero a uno y después a otro, como si estuviese desvariando.

—No. —Fue firme.

—¿Por qué?

La joven se alejó de él y le dio la espalda para regresar a su asiento. Pero se detuvo y lo miró de reojo.

—¿Por qué no me dijiste que le pediste un libro a Irina para mí?

Yo sabía que hoy se lo decían, y no han tardado nada en hacerlo.

—Porque no quería que pensaras que…

—Que tenías un detalle conmigo y que ese libro era para mí —lo cortó ella—. Me hubiese encantado saberlo.

Abrió la boca para replicar, pero la cerró de golpe.

—Pero te gustó. —Fue lo único que se le ocurrió decir.

Ella se volvió a poner de cara a él.

—Es una de las cosas más bonitas que me han hecho en la vida. —La oyó decir y tuvo que contener la sonrisa al escucharla—. Y ni siquiera lo sabía.

Le cogió el brazo y la volvió a apartar de la mesa.

—¿Y ahora que lo sabes te enfadas? No lo entiendo.

—Porque no pensabas decírmelo nunca. —Dio un paso hacia él, las ondas de su vestido volvían a meterse entre sus piernas—. ¿Qué más cosas no me has dicho?

No le respondió, se hizo un breve silencio y Mía dio un paso atrás, hacia la mesa.

—Vale —le respondió para que se detuviese—. He hecho cosas que no he hecho nunca en la vida. Cosas que me avergüenza reconocer. No lo saben ni ellos. —Señaló a la mesa de los

Misters—. ¿Contenta?

—Cuando me lo digas con menos soberbia y menos chulería, quizás sí esté contenta. —Volvió a retirarse de él.

—Pides demasiado.

—Puedo pedir lo que quiera —replicó.

—¿Ah, sí? —Volvió a sujetarla—. ¿En eso consiste esto? ¿Puedo pedir lo que quiera yo también?

Le estaba encantando cuando el vuelo del vestido de Mía le atrapaba las piernas.

—¿Qué es lo que quieres? —Belleza absoluta en la cercanía.

¿Qué era lo que quería? Lo tenía delante de sus ojos.

Se detuvo a mirarla antes de responder, siendo consciente de que era exactamente eso lo que quería.

—Que no te separes de mí esta noche.

Ella no lo esperaba, la vio contener la sonrisa, intentar disimularlo. No fue del todo capaz. Y su reacción hizo que Stoker se apresurase a volver a rodearla de nuevo, esa vez con los dos brazos.

—Ven conmigo. —Hacía pocos minutos que se había prometido no repetirlo, pero allí estaba, volviéndoselo a decir.

—¿Eso es lo que quieres? —Le gustaba la tranquilidad que solía mantener Mía a pesar de que a veces él tuviese formas bochornosas.

Quitó uno de los brazos de su cintura para cogerle la barbilla y subírsela levemente.

—Sí. —Bajó los ojos hasta los labios de Mía, tenían un brillo rosado que resaltaba su grosor.

Se inclinó despacio, como si sus labios lo llamasen de alguna manera.

—Voy a acabar de cenar aquí. —La voz de la joven lo hizo detenerse. Y volver a erguirse enseguida.

Cogió aire, mantener la calma era algo difícil.

—¿Por qué?

—Ya te lo he dicho, me han acogido en su mesa, son amables conmigo y me parece una ofensa levantarme a la mitad de la comida e irme, porque a ti se te haya ocurrido hace cinco minutos que quieres que vaya contigo —respondió ella con firmeza, Stoker frunció el ceño, lo del pecho regresaba, duro y caliente—. Me lo podrías haber dicho cuando me has visto, pero ni siquiera me has mirado.

—Sí te he mirado. —Estaba endemoniadamente guapa—. Cómo no iba a mirarte.

Se lamentó de haberlo dicho, fue una respuesta rápida y refleja, y aunque lo dijese con un tono que reflejaba que estaba ofendido y comenzando a enfadarse, vio el efecto en ella.

—Después hablamos —lo dijo tranquila.

Pero a él lo del pecho le subía hasta la garganta.

—¿Después? —respondió él, su soberbia crecía, era consciente, Mía dejó caer los párpados —. Después a lo mejor ya no quiero. —Pero eso no le cogió a Mía de sorpresa y verle la expresión similar a la de los Misters cuando él decía alguna estupidez hizo que lo invadiese cierto bochorno—. Y ten cuidado con ese, que dicen que es un fresco.

Mía miró a donde él señalaba.

—Arthur no es un fresco —respondió volviendo a mirarlo a él—. El fresco es el de mi derecha.

Lo del pecho le iba a explotar.

—¿Por qué dices que es un fresco? —La soltó para rodearla y poder acercarse a la mesa—.

¿Te ha hecho algo?

Mía le puso una mano en el pecho para detenerlo. Él la miró, viendo que su expresión seguía recordándole a la de los Misters.

—Porque ya me han avisado —respondió ella.

El bochorno aumentó. Tuvo que apretar los labios mientras Mía se daba media vuelta para avanzar hasta la mesa. No ir con él no había sido ningún farol, de verdad pensaba quedarse.

—Después te diré si he cambiado de opinión —soltó y él mismo desvió la mirada en cuanto lo dijo, no tenía remedio.

—Seguramente sí, por eso no pienso ir a buscarte. —La oyó responder sin ni siquiera mirarlo.

—Pues muy bien. —Dio un paso atrás y se dio también media vuelta para regresar a su mesa —. Yo tampoco pienso volver a buscarte.

—Pues muy bien. —La oyó decir y apretó con fuerza los labios—. Espero que no cambies de opinión nuevamente.

Stoker entreabrió la boca para echar el aire. Eso último había sido una piedra enorme que se atascó en la garganta. Tragarla significaba que cayese con todo el peso hasta sus pies, hasta en mitad de un enfado de lo que tenía a punto de explotar podía sentirla.

En cuanto alzó la mirada hacia los Misters y vio a Wilde limpiándose con la servilleta lamentó aún más haber ido a buscarla.

Se hizo el silencio cuando retiró su silla para sentarse. Pero los sonidos guturales y los sorbidos de nariz, sumados a los ojos rojos de Wilde, le hacían ser consciente de que estaban deseando romper.

Stoker negaba con la cabeza mientras se sentaba.

—¿Qué? —preguntó Blake.

—Ahora sí, definitivamente me retiro —dijo y Wilde ya no pudo más, hasta se encorvó para reír.

—Ya lo has dicho tres veces que recuerde —dijo Blake serio, y hasta Byron soltó una carcajada.

—Pero esta vez es la definitiva —replicó con un fondo de risas de varios estilos.

Marlowe aguantaba la risa mejor que el resto. Lo miraba de reojo y se fijó en su plato.

—Come o no te dejaré probar el champán —le dijo.

Wilde volvió a sorberse la nariz, vio que Anastasia le daba un codazo y él cogió aire intentando que se le pasase.

Hércules y Michelle habrían ya acabado la comida o quizás tampoco en aquellas circunstancias tuviesen ya hambre y estaban en pie. Fue Michelle la primera en quedar libre en un grupo y acercarse.

—Owen —se colocó tras Byron—, dice Mateo que ya está ahí el DJ haciendo las pruebas.

—Acabo cuanto antes —respondió Byron.

—De eso nada. —Ella levantó la mano para que ni se le ocurriese levantarse. Pero luego su mirada se dirigió hacia la silla vacía.

Stoker enseguida desvió la mirada hacia el lado contrario.

—¿Por qué hay aquí una silla vacía? —preguntó la joven.

Wilde dio hasta un respingo mientras se llevaba la servilleta a la boca para ahogar las carcajadas. Los codazos de Ana ya no servían de mucho. Blake no podía abrir la boca.

—Es de Mía. —Fue Byron el que habló, Blake no podía decir una palabra o rompería a reír —. Pero no lo sabía y está sentada en la mesa de la universidad.

—Ah. —Michelle basculó el cuerpo para mirar—. Está con Min y la profesora McQueen. —Ladeó la cabeza sin dejar de mirar—. Puaf, y con el hijo de Scar, ¿quién ha puesto ahí a ese tío?

—Yo. —Blake alzó la mano—. La idea era agrupar por edades, en la del padre se hubiese aburrido.

Se escuchó una palmada sorda, era Hércules en la espalda de Marlowe.

—Vais lentos —dijo Hércules con ironía. Cuando Stoker lo vio dirigir la mirada hacia la silla vacía apoyó el codo en la mesa y dejó caer la sien en la mano—. ¿Por qué está…?

Las carcajadas de Wilde y Blake lo hicieron callarse.

—Es de Mía. —Fue Michelle la que le respondió, esa vez ni Marlowe estaba para hablar—. Pero se ha equivocado y está en la de Min-joon y MacQueen.

Hércules miró a sus dos amigos, que no podían parar de reír. Luego repasó el resto de la mesa, con Anastasia y Dayana intentando mantener la compostura. Byron, que se había enroscado hacia su plato para que no se diesen cuenta de que estaba a punto de reír también. Y con Marlowe negando con la cabeza.

—Es que era raro, los cubiertos estaban medidos y repasados —dijo Hércules mirando de reojo a Wilde, que se limpiaba las lágrimas con la servilleta. Wilde volvía a coger aire por la nariz.

Esa vez la atención de Hércules fue para Blake, no estaba tan mal como Wilde, pero tampoco era capaz de pronunciar muchas palabras.

—¿Cómo te ha ido con Irina? —Hércules empujó el hombro de Blake riendo y este resopló.

La risa de Wilde aumentó de manera considerable. Blake se pasó la mano por la nariz mientras se sorbía.

—Han sido solo unos segundos. —Se le quebró la voz y carraspeó.

Irina Yadav era todo lo que esperaba de una estrella de las letras, altiva, soberbia, elegante y un tanto distante. Apenas gesticulaba, le presentasen a quien le presentasen, se limitaba a mirarlos uno por uno como si quisiera atravesarlos con la mirada. Lo tenso llegó cuando Blake le dijo que era un honor tenerla allí, le soltó una escueta sarta de barbaridades que hizo que hasta Marlowe rompiese en carcajadas, más por lo inesperado y surrealista de las circunstancias. Lo más llamativo fue que no erró en una sola palabra.

—Para qué abrí la boca —dijo Blake y hasta Dayana tuvo que reír.

Wilde se echaba aire con la carta del menú, que era una especie de papel desgastado y envejecido.

—Damon dice que ni nos acerquemos —dijo Byron y miró la mesa donde estaba Irina con Vicky, Mayte y Natalia—, ¿cómo lo están haciendo ellos?

Michelle rio mirando también a sus tías.

—Bueno… con tía Mayte no hay problema, Irina se lleva asombrosamente bien con ella, con mi tío Damon cero absoluto —volvió a reír—. Con Natalia suele tener muchas confrontaciones. —La joven entornó los ojos—. Son como si las olas de dos corrientes se cruzasen, ahora arrasa una, luego arrasa otra. Mayte hace lo que puede entre ellas, así que no suelen hablarse. Y Vicky, bueno, es Vicky, da igual que sea Irina o quien sea.

Byron sonrió mirándolas.

—Lo que dice Damon es verdad —dijo Blake—. Traer a esa mujer a un evento como este es una temeridad.

Stoker desvió la mirada hacia Mía. Le hubiese gustado estar presente cuando la joven la conoció, la asistencia de Irina Yadav era algo que no había querido decirle en ningún momento. La sorpresa sería aún mayor.

Tenía que reconocer que después de conocer la devoción que tenía su madre por sus letras y luego la de Mía Austen, esperaba otra cosa de la autora. Debía ser un tanto frustrante encontrarse a una mujer a la que era difícil acercarse, mucho menos hablarle. Atendía a sus lectores, o eso decían por ahí, pero siempre salvando las distancias. A Irina no le gustaban las fotos espontáneas, tampoco que la alabasen demasiado. Y con la cercanía era aún peor que Byron.

Era una pena que Mía Austen no pudiese disfrutar de ella.

La mano de Marlowe en su nuca hizo que regresase a la mesa.

—Come —le dijo y esa vez le empujó levemente la cabeza a su plato.

—¿Todavía no habéis terminado el segundo plato? —La voz de Vicky hizo que Stoker alzase la cabeza—. Venga, hombre, que hay que irse al otro lado.

Byron se puso en pie.

—¿Mateo ya ha acabado? —preguntó Byron a Andrea.

—Termina, no te preocupes, no hay prisa —le respondió el mago y Byron volvió a sentarse.

—¿De quién es ese cubierto? —preguntó Vicky y regresaron las risas, esa vez se unieron también las de Michelle y Hércules.

Stoker negó con la cabeza y apoyó la mano en el hombro de Marlowe para mirar hacia atrás y soltar una carcajada también.

—Menuda noche —dijo suspirando y mirando a su amigo.

Natalia y Erik se acercaban también.

—Mayte se ha ido un momento y no pienso quedarme sola con Irina —dijo Natalia a Vicky moviendo la mano en el aire.

Natalia enseguida dirigió los ojos para la silla también, luego directamente a él. No hizo una sola pregunta. Siempre le impuso aquella mujer, no podía imaginarla junto a Irina, por suerte no se llevaban bien, una alianza entre las dos debía ser algo terrible.

Alargó la mano hacia Natalia, que estaba apoyada en la silla vacía, para que lo atendiese un instante. Y la mujer se acercó a su silla, vio que Erik le sujetó la cadera y se la movió.

—Ten cuidado con el tacón.

Stoker contuvo la sonrisa, no era la primera vez que veía a Erik huyendo de las agujas que la mujer llevaba en los pies, y que debían de ser un terror, desconocía si intencionado o no.

Natalia se inclinó levemente hacia Stoker.

—¿Qué ha dicho cuando la ha visto? —preguntó y Natalia contuvo la sonrisa.

Abrió la boca para responder.

—Que viene Irina, que viene Irina. —Oyó la voz de Blake.

Enseguida Natalia se irguió y al erguirse pudo ver que junto a Erik y tras Marlowe estaba la figura alta, delgada y elegante de Irina Yadav.

—No es de buena educación dejarme sola cuando todos se levantan, señora Valkyrie —le dijo.

—Ha sido para evitar males mayores en un sitio como este, señora Larsson —respondió Natalia.

Observó que Erik se retiró dejando un hueco entra ellas dos, solo roto por la silla de Marlowe.

—Evitar males mayores es que su marido siga conservando un alto porcentaje de masa muscular, aunque pasen los años, y así usted pueda permitirse moverse cómodamente en sitios como este sin que le molesten señores de mediana edad. Lo suyo ha sido una huida.

Vio los labios de Marlowe unirse y tomar forma como si fuese a silbar.

—Pues si lo prefiere, estaré pegada a usted toda la noche. —Natalia alzó las cejas y la

escritora sonrió—. Seré una maravillosa compañía.

—Toda la noche no, pero a ratos me encantaría. —Irina hizo un ademán con la cabeza—. Natalia. —Y dio un paso más hasta quedarse en el hueco entre su silla y la de su amigo.

—Irina —respondió Natalia con otro ademán, aunque ya la tuviese cerca. Vio a Marlowe mirando a una y a otra con disimulo.

No sabía si aquello pudiese ser el inicio de una amistad o una guerra, extraña y tensa, pero a fin y al cabo no eran mujeres muy comunes.

Irina bajó los ojos hacia él.

—Señor Stoker. —Pasar de largo de los ojos moteados de aquella mujer era un privilegio que no había conseguido esa vez. —Esta es la segunda ocasión que tiene para agradecer el libro y la dedicatoria que me pidió y que le hice llegar a través de mi traductora, no sé si quizás estaba esperando a un momento en el que no estuviesen sus amigos delante —añadió Irina, no sabía cómo esa mujer podía decir tanto seguido sin tomar aire. Debía de tener unos pulmones en perfecto estado. Vio cómo Marlowe desviaba la mirada para reír—. No se moleste en presentarme a la destinataria de mi dedicatoria, ya lo han hecho por usted, aunque dudo que fuese a presentármela, sería reconocer que ese libro que entregó de manera casual y aleatoria iba dirigido expresamente a una lectora mía a la que le hubiese hecho infinitamente más ilusión saber que iba de su parte.

—Eso no lo esperábamos. —Oyó decir a Hércules y algunas risas.

—Muchas gracias, señora Larsson —respondió, sin embargo, esperando para ver si había acabado con él—. Ha sido usted muy amable.

—Es extraño que diga eso cuando me culpa de llenar de fantasías la cabeza de una joven de veinte años con algo que no es real, ni existe ni es posible. Entiendo que está acostumbrado a que las mujeres hagan lo que usted quiere, cuándo y cómo lo quiere, usted decide y ellas no ponen impedimento, le llaman, le buscan, a veces hasta le persiguen como he podido ver esta tarde en la entrada del parador, buscando atenciones. Por lo tanto, aprecio que usted, señor Stoker, solo tenga que mover una mano para tener a las mujeres que quiera alrededor danzando, sin hacer ni el más mínimo esfuerzo. Porque usted lo vale.

Desvió la mirada hacia sus amigos, ninguno reía, casi ni pestañeaban mirando a Irina.

—Debe saber que mis libros no son ningún manual para jóvenes inexpertas respecto a hombres como usted, por mucha similitud que pueda tener con alguno de mis protagonistas. En mis libros solo muestro que el único compromiso que debe tener una mujer en la vida es única, exclusiva y absolutamente con ella misma. Aunque tenga veinte años. Y le está suponiendo un problema.

Su cuerpo se sobresaltó en la silla y miró a Irina con el pecho ardiendo.

—A mí no me está suponiendo un problema.

—La mujer que quiere está en otra mesa acompañada de otras personas y entre otros pretendientes mientras que su silla está junto a usted, vacía. Por supuesto que le está suponiendo un problema. Un problema que ni admite ni lleva bien ni sabe solucionar.

Tuvo hasta que tragar saliva antes de responderle.

—Usted se está confundiendo y este no es momento ni lugar para que yo se lo pueda explicar —le replicó.

Una réplica que pareció gustarle a Irina. Ni siquiera sabía que aquella mujer era capaz de sonreír levemente. Su madre la llamaba la reina del romance, no sabía qué demonios podría ser capaz de escribir una mujer así y que encima provocase buenas sensaciones. Era terrorífica.

—Puede elegir momento y lugar cuando quiera, y estaré encantada de escucharle. Pero ya le

advierto, soy escritora especialista en romance y llevo escritas más de setenta novelas a base de observar lo que conllevan los sentimientos en las conductas de los humanos, en multitud de circunstancias. Puede intentar engañarse a usted mismo, puede intentar esconder todas las veces que se le nota que está hasta el cuello para que ella no lo sepa, puede perder su tiempo pretendiendo engañar a sus amigos con sus sandeces, pero no gaste ni un minuto de su tiempo en intentar engañarme a mí. Porque es inútil, señor Stoker.

Irina se retiró de su silla y miró al resto, que estaban pletóricos admirando el espectáculo.

—Sé que Arthur Thomas Damon os ha dicho que era una temeridad traerme —les dijo y se detuvo entre Byron y Wilde—. Entiendo que cuatro estéis disfrutando con esto, pero ¿lo de usted y usted, señor Byron y Marlowe? Eso sí que es una verdadera temeridad. Porque se lo va a cobrar en cuanto tenga ocasión.

Wilde se llevó la mano la sien riendo, Blake negaba con la cabeza aguantando la carcajada. La mirada de Irina se dirigió hacia Marlowe.

—Yo vivo en la selva, señora Larsson, estoy fuera de peligro —respondió él con ironía.

Irina entornó los ojos.

—Pensaba que la selva estaba llena de peligros, hay leones, ¿no? Como especialista, ¿no los considera peligrosos? —replicó Irina y Marlowe frunció el ceño.

—No son un peligro para mí.

Irina contuvo la sonrisa.

—Le deseo suerte con ellos.

Luego dirigió los ojos hacia Owen Byron.

—Algún día la caja de cristal tiene que abrirse. Y va a abrirse aunque usted no quiera. —Se acabaron las risas de golpe y las miradas irónicas de unos y otros, de manera drástica, cuando Irina acercó su mano al hombro de Byron—. Y ya le adelanto que va a doler, pero eso ya lo sabe, señor Byron.

Retiró la mano de Owen y se alejó.

—¡Dios! —Blake se llevó las manos a la cara y comenzó a reír.

Wilde miró a Stoker.

—¿Qué se siente?

—¿Con qué? —Stoker lanzó la servilleta de tela directa a la cara de Wilde, su amigo la atrapó en el aire.

—Después de que te haya pasado un tanque por encima y en marcha lenta.

Resonaron carcajadas de nuevo.

La mirada de Stoker se dirigió hacia Mía, seguía hablando con aquella gente. Uno de los chicos había pasado el brazo por el respaldo de su silla y, por lo tanto, ella se había echado hacia delante sin pegar la espalda en la silla.

La mano de Marlowe en su nuca hizo que dejase de mirar.

—¿Piensas comer? ¿O prefieres estar toda la noche así? —Miró a Marlowe, casi no lo estaba escuchando.

—¿Recurriría a mí? —preguntó en voz baja a Marlowe y volvió a mirar a Mía—. Si él hiciese algo que ella no quiere. ¿Recurriría a mí?

—No, recurriría a mí.

Enseguida se giró para mirar a Marlowe.

—¿A ti por qué?

—Porque es lo que le han dicho que haga —su amigo rio.

Stoker negó con la cabeza. Miró el camino por donde se había ido Irina.

—Impulsivo, impredecible, inconsciente… —empezó a decir y el resto de sus amigos se callaron para escucharlo. Habían quedado solos de nuevo, hasta Dayana y Anastasia se habían ido con las unicornio. Blake, Wilde y Hércules estaban en pie y se habían agolpado alrededor de él, Marlowe y Owen. Miró a Blake—. Habéis tenido un grupo, ¿verdad?

Owen levantó la mano.

—No puedo mentirte. Hemos tenido dos —dijo su amigo pianista—. Lo cerramos y hubo que abrirlo de nuevo.

Volvió a negar con la cabeza, esa vez le sobrevino una carcajada mirando a Wilde. Sin embargo, ahora ninguno de sus amigos reía.

—Para joderme, supongo.

—Una de las intenciones, sí. —Hércules se apoyó en el respaldo de la silla vacía de Mía Austen.

Stoker volvió a negar con la cabeza.

—Nos hemos reído lo suyo, no te lo voy a negar —decía Wilde apoyándose en su hombro—. Pero todo ha sido con la mejor de las intenciones.

—Pues siento haber sido un completo fracaso y haberos hecho perder el tiempo —suspiró.

—¿Así te ha dejado Irina? —Hércules le dio un manotazo en el hombro.

—Irina no ha dicho ninguna mentira —dijo él y hasta Marlowe se enderezó en la silla al escucharlo. De inmediato los tuvo a todos inclinados a su alrededor.

—Nunca las dice, contábamos con ello —dijo Hércules—. Pero tampoco nunca nos has podido engañar a nosotros. A ratos solo te seguíamos la corriente.

—Fue cosa de Natalia —dijo Wilde y contuvo la sonrisa al escucharlo.

Hércules seguía apoyado en la silla y Stoker le cogió la mano para apretársela.

—Siento las risas en su momento. —Y recibió otro manotazo en el hombro mientras miraba a Blake y a Wilde—. Lo siento.

—No seas tonto —le dijo su amigo quitándole importancia.

—Pero cuando he sido consciente de que todos estabais en el grupo, hasta ellas, y todo lo que habéis hecho… —Miró a Byron—. No merezco tanto.

—¿Por qué? —Byron reía.

—Porque soy un imbécil y aquí tenéis el resultado.

Wilde se inclinó en su hombro.

—Pero eres un imbécil adorable —dijo Wilde con ironía.

—¿Te ha gustado el vestido? —preguntó Owen.

Asintió con la cabeza.

—Está siendo una tortura horrible, sí —respondió y todos rieron.

Stoker se llevó las manos a la cara y empezó a reír apretándose el entrecejo.

—No quiere ni que me acerque a ella y se ha ido de la casa Stoker. Cada vez más lejos… —Volvió a apretarse el entrecejo—. Qué desastre.

Se hizo el silencio. Sintió un empujón a su izquierda, sería Marlowe.

—La noche solo acaba de empezar —dijo Blake.

—Síiii, todavía tengo más ocasiones y tiempo de meter la pata —respondió y volvieron a reír.

Bajó la cabeza y notó una mano en el hombro que lo zarandeó.

—¿La quieres? —Fue Hércules el que le preguntó.

Alzó la mirada hacia él.

—No he estado haciendo el imbécil una vez y otra por nada, ¿no? Eso era evidente —dijo y

Hércules entornó los ojos—. Claro que la quiero.

Stoker dejó caer la espalda en la silla.

—Señores, me he enamorado y estoy hasta el cuello, encadenable o como queráis llamarlo. Y aquí estoy. —Miró a Blake de reojo—. Después de meses preparando esta noche con todos vosotros, no estoy disfrutando una mierda. —Miró a Wilde—. Por hacer cosas de Stoker, nada nuevo.

Miró su plato y lo empujó con la mano.

—Lo siento, Hércules —dijo empujando también su cubierto.

—De eso nada. —Hércules se inclinó para acercar su cara la de él y le rodeó el hombro—. A por ella.

—A empeorarlo otra vez —respondió y Marlowe alzó las cejas.

—¿Y si no lo empeoras? —rio Marlowe—. A por ella.

Miró a Marlowe de reojo.

—Me tenéis en sobreestima. Voy a liarla otra vez, además ya le he dicho que no volvería a buscarla.

Wilde reía, se cruzó de brazos.

—Y como siempre sigues la línea de todo lo que dices, ¿verdad? —La risa de Wilde aumentó —. A ver con qué nos sorprendes, genio.

Frunció el ceño y miró a Byron. Su amigo le hizo un gesto con la cabeza hacia la mesa de Mía.

—Vamos, Stoker. —Era la voz de Blake—. Es hoy o nunca.

Se puso en pie, retiró su silla y avanzó unos pasos dándole la espalda a los Misters.

—Y la voy a cagar. —Se detuvo. Solo era una oportunidad, después de esa noche Mía se perdería.

Bajó la cabeza y cogió aire.

Por una vez voy a hacer las cosas.

Giró para tomar otra dirección, rebasó su propia mesa ante la mirada desconcertada de los Misters.

—¿Pero dónde vas? —preguntó Wilde.

Recorría el salón con la mirada y apresuró el paso. Contuvo la sonrisa, se exponía a salir despedido y despedazado por una bomba, o a acabar planchado en el suelo por un tanque.

Se detuvo a un metro de su espalda, donde el olor comenzaba para convertirse en insoportable unos instantes después.

—Señora Larsson —la llamó.

—¿Sí? —No esperaba que se diese la vuelta, y le daba igual.

—¿Tiene arreglo?

Hablaba a la cola de caballo tirante y brillante de Irina.

—¿Puede ayudarme? —volvió a preguntarle.

—¿Por qué quiere mi ayuda? —preguntó ella moviendo levemente la cabeza.

—Porque Mía entiende todo lo que usted transmite. Y porque usted es el último vínculo que me queda con ella. —Miró de reojo hacia el otro lado del salón donde estaba Mía—. Solo tengo una oportunidad, hoy. Enséñeme.

Después ya no sabía cuándo la volvería a ver. Mía ni siquiera vivía ya en su casa. Estaba cada vez más lejos, un paso más y la perdería del todo.

—Y no quiero perderla —añadió y tragó saliva para suavizar la garganta.

—¿Por qué? —Otro movimiento de cabeza leve y el pelo de su cola se movió con ella.

—Porque la quiero.

Irina se giró para ponerse de cara a él. No sabía que aquella mujer era capaz de sonreír, una sonrisa sin sarcasmo ni ironía ni soberbia. Solo una sonrisa, sin más, aunque fuese leve y escueta.

Pero Irina miró por encima de su hombro, había algo detrás de él.

—Dese la vuelta, señor Stoker —le dijo y él se giró. Los Misters lo habían seguido, también las tías de Michelle se habían acercado, pero al verlos mirando se detuvieron a un par de metros de ellos—. No está solo y le aseguro que tiene lo suficiente para hacerlo sin mí. De hecho, ya lo ha hecho sin mí, y hasta sin ellos.

Contuvo la sonrisa.

Vicky se acercó frunciendo el ceño.

—¿Cómo? —se dirigía a Irina—. Te hemos pedido ayuda nosotras y nos dijiste que no, ¿a él vas a decirle que sí?

—Me preguntasteis si quería ayudarla a ella. —Irina bajó la barbilla sin dejar de mirar a Vicky—. Es él el que la necesita.

Y los ojos de Irina se dirigieron directos a Natalia.

—Cuando murió mi primera editora fui consciente de algo que se me había pasado durante años. —Luego lo miró a él—. Ellos.

Irina dio un paso atrás alejándose de ellos.

—Vicky, hará falta alguno de tus hechizos.

Y Vicky sonrió.

—Busco a Andrea —respondió Vicky e Irina le guiñó un ojo.

—Señor Stoker, debe saber que ni dispongo de mucho tiempo ni estoy cómoda en ninguna conversación o compañía. Así que sea breve —le dijo Irina—. Sígame.

Salió por una de las puertas del salón tras los pasos apresurados de Irina Yadav.

80

Irina y él salieron hasta un jardín lateral, allí solo había, entrando y saliendo, técnicos de luces y sonido. Irina avanzó algo más y se detuvo.

—Voy a ser muy directa, señor Stoker, acaba de poner ahí dentro en marcha una maquinaria que ni en sus mejores aviones, así que le aconsejo que no la desperdicie ni un ápice —le soltó.

Stoker contuvo la sonrisa.

—Dicen que son muy buenas en lo suyo.

—Las mejores que conozco en el mundo real —respondió—. Y posiblemente le funcione esta noche. Pero no es eso lo que me preocupa.

—¿Le preocupa entonces que yo meta la pata? —Que hasta Irina dudase de él le bajó cierta energía que habían levantado los de dentro.

—Me preocupa que usted desprecie y ridiculice las bases de mi trabajo, a lo que decidí dedicar mi vida. Nunca creyó que fueran reales.

Stoker frunció el ceño.

—¿Me puede decir entonces por qué está su amigo ahí dentro uniendo su vida a la de Michelle Lyon? Y no me vale ninguna de sus sandeces.

No había mucho que meditar.

—Porque está enamorado.

Irina alzó las cejas.

—Esa es la versión escueta y simple. ¿Cree que eso es suficiente para que yo, escritora de novela romántica, haya decidido dedicarme a ese tipo de letras? Setenta novelas, ni siquiera cuento con las que aún no se han publicado, mil palabras la hora, cien mil palabras por novela, por setenta novelas. ¿Cuántas horas de mi vida? ¿A una mentira? —Irina hablaba tranquila, hasta su tono había cambiado y no era el altivo de siempre. La escritora negó con la cabeza.

—Pero sus historias no son reales, es fantasía. Usted las adorna y quizás en la realidad son un tanto diferentes, pero usted hace que las expectativas sean altas y luego todo es una decepción —respondió con la misma tranquilidad que lo había hecho Irina—. Es a lo que me he referido siempre, nunca quise… despreciar su obra. Al contrario. —De inmediato le sobrevino la tirantez en la garganta—. Usted acompañó a mi madre durante los peores años de su vida. Ni mi padre ni yo podremos agradecérselo lo suficiente.

Irina sonrió levemente.

—La hizo feliz cuando todo era oscuridad —añadió, pero apenas fue capaz de acabar la frase.

No sabía qué le podría estar pasando, había sido abrir una pequeña tapa en algún lugar de su cuerpo y todo estaba saliendo de una manera muy exagerada. Hasta lo de su madre, más que superado, afloraba ahora.

Se giró para que Irina no lo viese, ella guardó silencio un instante.

—¿Por eso has acudido a mí? —La oyó preguntarle.

Pero lo de la garganta aumentó a límites que no esperaba. Tragó saliva, pero aquello no solucionó nada.

—El último vínculo con ella —añadió Irina repitiendo la frase que él le había dicho momentos antes.

Tenía que ser buena, muy buena en lo suyo, como para haber hilado una frase cualquiera justo en la dirección correcta. Irina iba directa a lo profundo. Comenzaba a entender por qué su madre la adoraba, y por qué Mía Austen la adoraba.

—Cuando mi madre murió… —Se sorbió la nariz—. Lo primero que hice fue encargar una

corona repleta de girasoles. Porque era el fin de la oscuridad para ella. —Tuvo que encorvarse. Irina había abierto su bolso y le tendió un pañuelo.

Cogió el pañuelo de la mano de Irina.

—Y llegaron los girasoles de nuevo —dijo Irina y él asintió con la cabeza—. ¿Se acabó la oscuridad para ella?

—Hice lo que pude, tendría que haber hecho más. —Cogió aire y lo echó de golpe.

—No me ha respondido.

Stoker alzó las cejas meditando.

—No lo sé. —Realmente no lo sabía.

—No lo sabe. Debería de saberlo.

—No le pregunté. —Volvió a respirar despacio, ya pasaba lo de la garganta.

—¿Por qué? —preguntó Irina.

Con Irina no se atrevía a divagar en las respuestas, tampoco podía engañarla.

—Porque si le preguntaba era… —Explicarlo era complicado.

—Era entrar en su caja, y entonces usted tendría que compartir también la suya, y entonces solo tendrían una para los dos —lo cortó Irina y él levantó la cabeza para mirarla.

Ella dio unos pasos rodeándolo para ponerse frente a él.

—Exactamente en eso consiste. —Irina ladeó la cabeza sin dejar de mirarlo—. Usted conoce mejor que yo la historia de Hércules y Michelle Lyon, así que debe recordar la marquesina de cristal. Una marquesina de cristal para ellos dos. —Frunció el ceño mirándola—. Aunque fuera lluevan tormentas —añadió Irina—, a todo el mundo le caen tormentas, no es ninguna tragedia. Pero debes procurar que tu cristal sea fuerte y que no se resquebraje ni un ápice. —Irina movió la mano en el aire—. Porque el interior de la caja es tu refugio y seguramente será lo mejor que tengas en toda tu vida. Hay que tener cuidado con las fisuras, eh —dijo Irina e hizo una leve mueca—. Hay quien las tapa con flores, pero eso no quita que siga entrando el agua —negó con la cabeza enseguida—. Acaban proliferando y todo se desmorona y… hay que empezar desde el principio con una caja individual, hasta que alguien nuevo la ocupe. Mi consejo es que repase el cristal cada día, porque la mayoría de grietas se ven venir y se pueden arreglar.

Stoker asintió despacio con la cabeza.

—Y todo esto… usted lo resume en… estar enamorado. Vale, corra y dígale a la señorita Austen que está enamorado. No va a funcionarle porque es escueto y simple.

Bajó la barbilla siendo consciente de que había estado a punto de cagarla otra vez, así que bendita la hora en la que decidió hablar con Irina.

—Mía no quiere que usted deje de ser lo que es, ella se enamoró con todos sus defectos, así que borre de su cabeza de inmediato que es una decepción en el plano romántico. No lo es en absoluto —añadió Irina y él enseguida alzó los ojos sintiendo cómo lo de la garganta volvía a tirarle, como si las cuerdas vocales se le hubiesen enganchado en un anzuelo—. Ella solo quiere compartir una caja de cristal con usted. Una fuerte, no una llena de fisuras y goteras como le está mostrando usted ahora mismo, la suya propia, digo —continuó Irina y él tuvo que reír—. Eso da muy poca confianza, y aún menos en la situación de la señorita Austen, es lo último que necesita. Huir de usted ha sido lo más sensato que ha hecho esa chiquilla por ella misma. Y por la parte que me toca, me ha hecho sentir muy orgullosa.

La vio sonreír y él sonrió también.

—Ahora la pregunta es… ¿está dispuesto a compartir una caja fuerte con Mía Austen? Porque si no lo está, detenga ahora mismo a ese monstruo que acaba de despertar ahí dentro llamado Vicky Caruso —añadió la mujer y él volvió a reír.

Comenzó a sentir el peso en los ojos de nuevo, un brillo perezoso que hacía que el rostro de Irina se distorsionase levemente. Irina alzó las cejas esperando su respuesta, mientras que la humedad en sus ojos crecía. Tragar saliva no servía.

—¿Dónde ha estado usted todas estas últimas semanas? —Fue lo único que pudo decir y rio aun siendo consciente de que lo de los ojos le volvía a rebosar.

Irina sonrió.

—En decenas de libros por todo el mundo.

Stoker volvió a sonreír. Se limpió la nariz con el pañuelo.

—Ahora dígame, señor Stoker, ¿dónde está la mentira, el adorno o la fantasía? —Irina dio un paso atrás para retirarse de él—. ¿Expectativas altas? Todo el mundo tiene derecho a una caja propia. Y a una caja compartida, la más hermosa y confortable que pueda imaginar.

La escritora se dio la vuelta y se alejaba.

—Señora Larsson. —Se apresuró a seguirla—. Y si no tengo que cambiar… —Esa parte no le convencía mucho.

—Usted no puede cambiar, básicamente porque nadie cambia. —Regresó la soberbia, el estado altivo y el darle la espalda de nuevo—. No haga promesas que no puede cumplir, pasará el tiempo y ella acabará dejándolo cansada de esperar. Ella tiene que quererlo tal y como es. No intente volverse azul por sí mismo, aparte de convertirse en un calzonazos y perder su identidad, es inútil. Deje que ella lo coloree.

Él se detuvo un instante frunciendo el ceño mientras Irina seguía la marcha apresurada. Echó a correr tras ella de nuevo.

—¿Y cómo puedo arreglarlo siendo yo? Quiero decir… haciendo cosas de Stoker. —Se llevó la mano a la sien, lo que acababa de decir era tremendamente bochornoso.

—No tengo ni idea, señor Stoker, usted no es un personaje de ninguna novela que yo haya escrito.

Tuvo que contener la sonrisa al oírla. Irina volvía a ser Irina, muy lejos de la mujer que acababa de ver, con una capacidad sobrenatural de hacer entender y de llenar y rellenar el interior de una manera que no sabía explicar.

—¿Y si meto la pata? —volvió a preguntar.

—Usted cuenta con esa ventaja, hay muchas expectativas de que meterá la pata. A ella no le sorprendería.

Volvió a contener la sonrisa.

—Dosifique la soberbia y la chulería —añadió Irina—, solo le llevará a fisuras absurdas y perderá mucho tiempo arreglándolas. Tiempo que no estará disfrutando de lo importante.

Irina se detuvo en seco y él tuvo que frenar para no chocar contra ella. La mujer alzó un dedo.

—Ese amigo suyo pianista. —Irina entornó los ojos—. ¿Será usted capaz de recordar algo?

—Claro. —Irina alzó las cejas—. Lo intentaré.

La mujer asintió con la cabeza.

—Cuando llegue el momento, que sus particularidades no lo condicionen, ni usted ni al resto de sus amigos. Actúen como si fuera cualquier otro.

—No lo entiendo.

—Si Byron hubiese sido usted, ¿qué habrían hecho sus amigos?

Ahora sí lo entiendo.

Irina volvió a darle la espalda.

—Suerte, señor Stoker.

Él se detuvo, Irina iba en otra dirección distinta a la que tenía que seguir él.

—No es necesario que me hable de usted.

—Claro que es absolutamente necesario. —Irina ni echó la mirada atrás—. De otra manera parecería usted un amigo. Y a mí no me gusta tener amigos. Así que ni se le ocurra tutearme.

Contuvo la sonrisa al oírla.

—Gracias, señora Larsson.

No obtuvo respuesta, ni un gesto ni un ademán con la cabeza.

Tampoco lo esperaba.

Se dio una palmada en el pecho. Recibir el fenómeno Irina de primera mano había sido muy necesario. Un tanque, una aplanadora a marcha lenta.

Y una manera de sentir a su madre presente de alguna manera.

Cogió aire despacio. Esperaba no coronarse mucho.

Pondría de su parte.

81

Había acabado la comida, vio pasar veloz al mago de Vicky junto a otro hombre y a Owen Byron. Había unas personas repartiendo unas extrañas pulseras de cilindros de goma, supuso que sería parte de algo de la fiesta.

Se puso en pie mientras unos empleados se acercaban con unas cajas para repartirlas en su mesa. Vio que Min-joon le dio una tarjeta a quien las repartía. Buscó la suya para entregarla también. Eran unos códigos de invitados, ella no tuvo que presentarla en la puerta ni en ninguna parte, supuso que porque iba con los familiares directos de Michelle.

Pero la suya no estaba en aquella caja. No era su mesa, no le sorprendía.

—Van a traerla —le dijo la chica y siguió con el reparto al resto.

—No te preocupes, si no la encuentran te dejo la mía —le dijo Arthur.

Ella movió la mano quitándole importancia al hecho de no tenerla.

—¿Mía Austen? —preguntó un joven y ella levantó la mano.

Fue a cogerla, pero el chico retiró la mano y le indicó que colocase la muñeca. Habría jurado que las otras eran más finas. Frunció el ceño en cuanto sintió el peso al sentirla ajustada.

—Muchas gracias —le dijo al chico antes de que se retirase, enseguida se apresuró a mirarla.

Pero las luces se apagaron.

Era extraño, Michelle y Hércules ya habían salido del salón, solo quedaban allí los invitados.

Comenzó un ritmo de algo que parecía un tambor, un «pum pum» que poco a poco se iba acompañando de un coro angelical. Y una puerta doble del salón comenzó a abrirse despacio.

Qué leches…

Podía esperarse cualquiera cosa de aquella gente. El salón seguía en la penumbra, solo se veía la puerta, que ya dejaba ver un pasillo largo con plantas colgantes y una iluminación tenue.

Por ellas se acercaban lo que parecían criaturas fantásticas, alzó las cejas al verlos. Bailarines vestidos con mallas que simulaban plantas o árboles, entraban, despacio y con movimientos extraños de danza. Les decían que acudiesen a ellos.

Y se puso en pie enseguida mientras que la música y el coro subían el tono.

Rodeó la mesa, tenía que esperar, había mucha gente y el túnel no era muy grande.

Los guías, aquellos bailarines, habían llegado hasta el salón.

Una bocanada de fuego iluminó el salón de golpe y provocó algunos gritos. Llegó una segunda y se cruzó con una tercera. La danza continuaba alrededor de los escupe fuegos y volvían a incitar a la gente a que entrase por la puerta.

Se agarró los laterales del vestido, quizás buscando algo donde agarrarse por la propia ligereza que le estaba provocando todo aquello, la música, la tenue luz del túnel, aquellas criaturas contorsionándose y danzando… eran como un imán absoluto. Como estar dentro de un verdadero cuento.

Se detuvo un momento a unos metros de la puerta mientras más gente la rodeaba haciendo que apenas pudiese ver, un hombre planta movía la mano para indicarles al primer grupo por dónde debían entrar.

Regresaba el tambor a ritmo continuado y más lanzallamas, mientras más criaturas salían de aquel bosque. Entraban. Eran, como si no pudiera ser de otra manera, los Lyon, al completo, Christopher, Georgina, Claudia y los hijos de esta, una multitud de varones de distintas edades. Y MK, y aquel acompañante que todos detestaban. Y el marido de Georgina.

Tras ellos fue Vicky, sin más compañía que la de los Damon y los Valkyrie, bien sabía que

su mago estaba teniendo algo que ver en todo lo que estaba ocurriendo.

En mi próxima vida, quiero un tío mago.

Tendría que esperar su turno y ni siquiera sabía cuál era. Bajó enseguida la mirada hacia su vestido o más bien hacia su mano, que lo agarraba.

Frunció el ceño, la pulsera se estaba encendiendo.

Qué coño.

Una de las criaturas daba vueltas de campana por el suelo, se asustó por que lo hiciese tan cerca de ella, poco más y se metía bajo su vestido. Y allí quedó agazapado mirándola. Enseguida lo siguieron otros contorsionistas y bailarines. Hombres y mujeres árboles y plantas.

Movían los brazos al ritmo de la música y del tambor, indicándole que los siguiera.

Dio un paso adelante, pellizcando la tela de la falda con más fuerza, y volvió a detenerse, esa vez frente la entrada de la puerta.

Su pulsera estaba iluminada ya al completo, supuso que aquello marcaba el momento de entrar. Los invitados que dejó a su espalda no tenían nada iluminado en la mano. Pero uno de los hombres planta la detuvo alzando la mano.

Contuvo la respiración al ver que su pulsera no era la única iluminada. Había más, unas cuantas más. Blake y Dayana atravesaban la puerta del túnel riendo.

No me lo puedo creer.

Bajó la mirada enseguida hacia su pulsera, y encontró otra pulsera iluminada cerca de la suya.

—El mismo error que con la habitación y la mesa, supongo. —Lo oyó decir a su lado.

Miró ambas pulseras, las suyas eran azules, cuando acababa de ver entrar a Marlowe con un aro amarillo.

—Pues lo siento mucho —dijo alzando la mirada hasta él y se cruzó con los ojos de Stoker.

—Y yo también lo siento —replicó él.

—Pasa tú delante. —Ya tenían a la criatura delante moviendo los brazos para que lo siguiesen.

—Cuando salgamos del túnel. —Le cogió la mano y tiró de ella.

Mira que es fresco.

Tuvo que contener la sonrisa.

Y siguieron a la criatura mientras el coro volvía a sonar, el bailarín se echó al suelo a rodar, Stoker tuvo que agacharse para atravesar el umbral lleno de hojas colgantes. Y el bailarín volvió a ponerse en pie una vez dentro para mover la mano y que lo siguieran, señalando el fondo.

Solo podían ver más plantas, como un bosque repleto, no se apreciaba absolutamente nada del fondo. El túnel hizo un recodo donde había una decoración, un torreón iluminado, repleto de enredaderas como las que caían del techo. Siguieron adelante, la música se oía nítida dentro, a través de algunos altavoces escondidos entre las plantas.

Qué puñetera fantasía.

Un nuevo recodo, más tétrico, brujas, garras, y un unicornio blanco delgado y consumido al que estaban atrapando. Apretó la mano de Stoker de manera inconsciente.

No hay cuentos sin ogros ni brujas.

Él se detuvo con su gesto. La criatura que los guiaba los rodeó para volver atrás y dejarlos solos, pero no tardó en llegar una nueva, esa vez más tétrica y oscura, que imponía cierto miedo. Las plantas se acabaron, todo era más oscuro, un túnel del terror en cualquier parque de atracciones, muros de piedra a los lados y bailarines que se contorsionaban como si estuviesen atrapados por algo invisible.

Y sonaron truenos mientras avanzaban, Mía tuvo que mirar al techo, no era mucho más alto que la cabeza de Stoker, parecía que iba a caerse abajo, la lluvia sonaba con fuerza, un efecto, no estaba lloviendo fuera, pero tan real que sin quererlo se había pegado más a él de lo que debiera.

—No estarás lamentando mucho no haber entrado sola —rio él y ella se detuvo y lo miró de reojo.

Es un pedazo de idiota de cuidado.

Le soltó la mano y lo empujó a un lado y la risa de él aumentó. Pero en cuanto dieron unos pasos, Stoker volvió a agarrarla. La lluvia cada vez sonaba más fuerte.

Regresaban las plantas, esa vez acompañadas de flores. Y el final del túnel.

Los seres oscuros los rodearon y se fueron túnel atrás de nuevo a por nuevos invitados.

Quedaron solos, el túnel se estrechaba, más lluvia. Un último recodo, esa vez con un espejo ovalado empañado y, como si alguien lo hubiese puesto con un dedo, había escrito «Érase una vez». El vello entero se le erizó al leerlo.

Pudo ver más criaturas en la salida, el frescor que procedía de allí le indicaba que saldrían a un lugar amplio.

Pero recibió un empujón y su cuerpo cayó a un lado, luego hacia atrás, y de espaldas contra la pared. De inmediato tuvo a Stoker a unos centímetros de ella.

Le dio un manotazo en el pecho, aunque sus propios labios se estaban entreabriendo sin remedio, preparados para lo que él quisiera.

—Solo quería comprobarlo.

—¿El qué? —Lo empujó para que la dejase salir de entre él y la pared.

—Que te sigo gustando más que otros —respondió y contuvo la sonrisa.

Mía frunció el ceño y entreabrió la boca eligiendo qué podría decirle. Pero nada de lo que se le ocurría era bueno.

Pero mira que tiene morro.

Stoker fue a cogerle la mano de nuevo, pero ella la alejó de él.

—No. —Y lo vio mirarla con cierta ironía.

Lo rodeó dejándolo atrás, caminó por el final de aquel túnel. En la salida había más seres. Esa vez tenían otra indumentaria, una más clara con plumas, aunque tampoco tenían forma de pájaros exactamente. Tal y como hacían los otros, les indicaban que se acercasen a ellos.

Ella no tenía estatura para tener que agacharse bajo las plantas, pero lo hizo por reflejo. Que tuviese los latidos acelerados por el instante tenso del interior con Stoker no impidió que se le cortase hasta la respiración al alzar la mirada.

Madre de Dios.

Sería el jardín, el suelo era completamente de césped, pero estaba cubierto por una cúpula alta y completamente cerrada, no sabía de qué tipo de material porque en ella se proyectaba el interior de un torreón, uno alto a juzgar por lo que se veía a través de los falsos ventanales. Era como estar a muchos pies de altura, ventanas altas y enormes, y en cada uno de sus cristales estaba escrito «Érase una vez». Se repetía por toda la cúpula, centenas de veces.

Desde el techo colgaban telas donde se balanceaban más seres alados de un extremo a otro de la cúpula.

Fantasía tras fantasía.

Ni el coro, ni el tambor ni ninguno de los instrumentos formaban parte de ninguna grabación. Estaban allí, haciendo aquella música celestial en directo. Y tras ellos y en alto, estaba la plataforma de un DJ, que no supo qué trabajo podría estar haciendo en un lugar como aquel.

Vio a Byron junto al director de orquesta y al mago de Vicky no muy lejos de ellos, con más

seres fantásticos que iban pasando en hileras hasta el centro de la cúpula, donde el césped acababa y había un círculo blanco y grande, una pista de baile o una pista de circo. Daba igual, era mágico.

Dio unos pasos adelante al sentir que las blondas de su falda se movían, Stoker iba tras ella. Se apartó para dejarlo salir, y lo miró aún con la boca entera abierta.

Cuando él le dijo que eran varios preparando la fiesta, se pensó cualquier cosa menos aquello. Una boda de la alta sociedad, sí, pero no aquel despliegue.

Él se inclinó en su hombro.

—¿Alguien dirá que no sabemos preparar una boda? —le dijo junto al oído.

¿Una boda? Yo me casaría cien veces así.

Bordeando toda la cúpula, estaba el servicio de bar tras unos arcos, aún vacíos de invitados ya que ellos eran de los primeros, pero con los camareros ya preparados.

La pulsera no se apagaba, supuso que no se volvería a apagar hasta que amaneciese. Pero no solo no se apagaba, sino que cada vez brillaba más. Miró hasta el suelo, volvió a sentir a Stoker en su hombro.

—Es un regalo de Andrea, no vayas a creer que todos los invitados van a tener una.

La esfera de cristal llegó hasta ella llena de humo celeste grisáceo. Se inclinó para cogerla. Al contacto con su mano el humo comenzó a desvanecerse.

Hasta Stoker había fijado los ojos en la esfera esperando ver su interior.

Y el humo desapareció por completo.

Un zapato.

Alzó los ojos hacia él.

—Érase una vez. —Stoker bajó la mirada hacia sus zapatos—. Aquí cada uno tiene el suyo.

Le cogió la mano, estaba tan bloqueada por la manera en la que la estaba absorbiendo aquel ambiente que se dejó arrastrar por él, que daba pasos hacia atrás para no dejar de mirarla.

—Y al parecer tú ahora tienes uno también. —Le levantó la mano y la movió obligándola a girar sobre sí misma, su vestido se abrió por completo. El coro en directo y no a través de los altavoces del túnel, lograba poner la piel de gallina, el tambor resonaba en toda la cúpula y los instrumentos la rellenaban al completo de un sonido fantasioso y celestial.

—Aunque en un principio me pudieras parecer una versión de Alice en Wonderland —comenzó a reír, le dio una vuelta más sin dejar de avanzar hasta que se vieron rodeados de criaturas mágicas, mientras que los ventanales del torreón se oscurecían como si se estuviese haciendo de noche—. O un angelito que no hubiese roto un plato. Pero no. —Una vuelta más, lo de su vestido en el giro era una fantasía—. Ahora eres parte de esto. ¿Qué te falta?

—Un zapato —respondió ella.

Y él se detuvo y tiró de ella para que basculase hasta su pecho, rodeándole la cintura de inmediato.

—Y un príncipe —añadió él.

Ella entornó los ojos mientras Stoker se inclinaba despacio hacia ella.

—Un príncipe que no eres tú. —Le puso la mano en el pecho para empujarse ella hacia atrás y separarse de él.

—¿Por qué?

—Porque no quisiste serlo.

Pero él volvió a tirar de ella y volvió a rodearla.

—¿Y si hubiese querido? ¿Lo habría sido? —preguntó él mirándola de nuevo más cerca, lo del pecho se le abrió grande.

Ella negó con la cabeza, ver la expresión de Stoker hizo que fuese más divertido. Se retiró de él de nuevo.

—Habrías sido mi rey. —Se escabulló de él viendo cómo Stoker contenía la sonrisa.

—Y tú habrías sido mi reina —replico él envolviéndola por detrás, la giró y la dejó caer hacia atrás, como si fuese un movimiento—. Pero tampoco quisiste.

Ella frunció el ceño.

—Eso no es ser una reina, por supuesto que no quise. —Miró hacia los lados—. ¿Esta es una de tus tretas para bailar conmigo, pero sin que me dé cuenta de que estoy bailando contigo?

Él contuvo la sonrisa de nuevo, no fue capaz y se le escapó aquello que a ella le gustaba tanto.

—Nadie puede bailar hasta que los novios abran el baile, yo solo estoy hablando contigo. —La irguió de nuevo, pero era complicado poner los pies firmes cuando la cúpula entera se había convertido en cielo nocturno, con más «érase una vez», esa vez en un plateado que hacía juego con las estrellas.

Le alzó la mano, la que tenía la esfera.

—Tu pulsera y la mía están conectadas —dijo quitándole la esfera y echándola a rodar. Mía fue a recogerla, pero vio que la esfera se escabullía de ella y lo seguía a él.

Stoker se dio la vuelta para mirarla.

Un regalo de Andrea.

Había dado por hecho que era para ella. Lo de aquella forma de reír era una locura, consiguió abrirle el abanico grande y amplio.

Pero Stoker se alejó y se metió entre la gente desapareciendo de su vista. Bajó la mirada hacia su pulsera, se apagaba despacio.

Y no quería que se apagase. La agitó, como sabía que se solía hacer con pulseras similares, pero la luz se seguía perdiendo.

Pues nada. Sin esfera, sin príncipe, y con dos zapatos.

Suspiró mirándose los pies.

Sintió un leve aire sobre la cabeza, uno de los trapecistas había pasado muy a ras de la gente, se oyeron murmullos. Alzó la cabeza, se balanceaban alrededor de la cúpula con aquellas telas entrelazadas, en la pared regresaba el torreón. En el centro de la pista seguían danzando las criaturas fantásticas. Giraban todas a la vez y sus plumas se abrían.

Tuvo que dar un paso atrás para que no se diesen con los giros, luego otro más. Abrían hueco en la parte central.

Mía se dio cuenta, los invitados tenían que dejar libre la pista blanca. Se dio la vuelta para dar unos pasos al césped. Se formó un coro alrededor del círculo blanco donde estaban los bailarines, la música acababa y las criaturas formaron una hilera en el borde a la vez que seguían con las contorsiones mientras iban dándole la vuelta. Las voces del coro se alzaron y los que danzaban se echaron al suelo. Agazapados, ahora entendía el traje, agazapados eran todo plumas, sin mucha forma, ni de pájaro, ni de grifo ni de absolutamente nada que reconociera.

Los del techo también quedaron quietos, cada uno en una postura, colgando de su tela. Las luces se apagaron, hasta el proyector de la cúpula se apagó.

Y la cúpula volvía a encenderse despacio y también el círculo blanco del suelo mientras sonaba el comienzo de otra melodía.

Se oyeron murmullos cuando el proyector tomó forma, la del interior de un gran salón de castillo, con un suelo de mármol brillante que hasta podía reflejar a Michelle y a Hércules, que ya estaban en el centro. Pero no fue una imagen de ellos congelada, como en muchos

espectáculos, era como si las luces y el proyector también los hubiesen llevado a ellos bailando, primero a media luz y luego completa.

Mía frunció el ceño, era el único momento en los eventos en que podía sentir transmitida la vergüenza que tendrían que estar pasando los protagonistas.

Aun así sonrió al verlos. En la música predominaba el piano, no esperaba menos, aunque pronto se cruzaron violines y flautas. Un musical en directo junto al espectáculo visual, al colorido, a las telas, a los trapecistas y a las plumas de sus ropas, que sin mucho esfuerzo lograban ponerle el vello del revés.

Una locura.

—Hola. —Miró a su derecha, eran Arthur y el joven Scar. Cada vez tenía menos ganas de compañía, prefería disfrutar aquel espectáculo sola, sin conversación, sin cercanía. Una desconocida absoluta para todos. Era la mejor forma de disfrutar y de meterse en un cuento de la vida real.

—Ha sido una suerte que lleves ese vestido, ha sido fácil encontrarte —dijo el joven Scar.

Regresó la mirada hacia Michelle y Hércules. Le acababan de romper la magia. Así que dio un paso adelante para volver a coger distancia entre ellos y cualquiera que no fuese una criatura con plumas.

Érase una vez.

Auténtico y absoluto. La música era absolutamente embaucadora y envolvente.

Cerró los ojos un instante mientras sentía el aire que desprendía el balanceo de los trapecistas.

Y sintió algo en la parte derecha de la cintura, enseguida abrió los ojos mientras encogía el estómago. Stoker ladeó el cuerpo para mirarla tras su hombro.

Y su estómago se soltó relajándose de inmediato. Por un momento pensó que pudiese ser cualquier otro. Le cogió la muñeca para que viese que la pulsera volvía a estar encendida.

—¿Cada vez que te acercas se enciende? —preguntó ella dejándose agarrar la mano. Él seguía tras su espalda y seguía con la otra mano puesta en el lateral de su cintura.

—Y puede encenderse cuando te busco —respondió él y ella alzó las cejas bajando la mirada hacia la pulsera.

—¿Y cómo funciona? —Le soltó la mano a Stoker para mirarla de cerca.

—Por iones y por botones —le dijo al oído, soltarle la mano había sido un error, ahora la tenía libre para colocársela al otro lado de la cintura—. No te molestes, solo la mía tiene control.

Ella lo miró de reojo.

—¿Te ha tocado la buena y a mí la secundaria? —preguntó y lo vio reír.

Y a mí va a volverme loca hoy.

Volvió a mirar hacia Michelle y Hércules, un cambio leve en el suelo a otro escenario y colorido la hizo detenerse. El castillo se desplomaba y el sonido de los cascotes al caer hizo que hasta ella se tensase, como si de verdad la cúpula fuese a caer abajo.

Pero enseguida la luz se abrió en el claro de un lago. Un auténtico paisaje de cuento y fantasía, y el piso verdaderamente parecía agua.

Sintió que la mano de Stoker llegaba de nuevo hasta la suya y el arrebato y la necesidad de dejar caer la espalda en él se hizo firme.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

Había dicho que no volvería a buscarla. Pero allí estaba…

—Pedirte que bailes conmigo antes de que lo haga otro —respondió él y ella tuvo que hacer un esfuerzo para no reír.

—¿Por qué? —La risa le sobrevenía de nuevo, aguantarla era tremendamente difícil.

—Porque es lo que hago siempre contigo, adelantarme antes de que lo haga otro. —Frunció el ceño al escucharlo—. Y estoy dispuesto a entretenerte todo lo que pueda para que no bailes con nadie más.

Madre mía.

Cogió aire y lo contuvo. No lo había visto, ni una sola vez lo vio.

—Aquí tampoco va a funcionar lo del pelo en la taza para espantar a la competencia, ¿no? —le dijo al oído.

Mía se llevó la mano a la cara.

La madre que lo parió.

—¿Eso es lo que haces? ¿Espantar a chavales? ¿Los consideras competencia? —Intentar no reír eran palabras mayores.

—Cuando no sé si me quieres contigo o no, sí. Es lo que hago mientras espero a que te decidas —dijo él y ella volvió a taparse la cara con la mano.

—Pero qué demonios de competencia vas a tener, Brian —le dijo y él se encogió de hombros.

—O sea, que te gusto más que otros —replicó él riendo.

Y ella le dio un manotazo en el hombro.

Mira que le gusta. Y a mí también.

—Aun así, ¿y si no quiero bailar contigo? —le dijo y él miró de reojo tras su espalda.

—Entonces estos dos serán muy felices de probar suerte —dijo él y ella negó con la cabeza —. ¿Vas a bailar conmigo?

—¿Tengo margen de pensarlo? —La luz estaba comenzando a cambiar, seguramente no.

Los seres de plumas se levantaban.

—Te doy diez minutos para pensarlo —dijo él alzando su mano para que se diese media vuelta y se colocase frente a él.

Y ella se dejó girar y agarrar de frente.

—Y mientras pienso, ¿qué? —Sintió un toque en la punta del pie izquierdo para que lo moviese. Y cuando lo movió lo sintió en la punta del otro.

—Mientras piensas ya se me ocurrirá algo. —De nuevo otro leve puntapié.

Y así con todo, sin que me dé cuenta.

Dejó caer los párpados sin dejar de mirarlo.

Y cómo es capaz de que aun así no pierda la magia.

Era lo que percibió siempre, una magia junto a él a la que no fue capaz de resistirse, a la que no se resistiría tampoco esa noche. No tenía armas contra Stoker, él tenía la llave de sus sentimientos y de todo lo que los rodeaba.

Lo vio hacer un giro rápido y la alzó levemente del suelo para luego soltarla.

—¿Dónde has aprendido a bailar así? —le preguntó riendo.

—¿Sabes a la de fiestas de estas que he ido? Cuando llegaba una invitación a casa rezaba por que se la comiese el perro.

Volvió a alzarla del suelo, esa vez más alto, pero se la dejó caer en su pecho para que se agarrase a sus hombros y de ahí cayera despacio.

—Muy bien —le dijo él riendo.

—Es la primera vez que lo hago. —Mía encogió la nariz.

Stoker se inclinó acercándose demasiado a su cara.

—Es un privilegio ser el primero —le dijo a media voz y su respiración se cortó de

inmediato.

Bajó enseguida la mirada y luego volvió a alzarla hacia él.

—Fue un privilegio ser el primero —añadió.

Lo del pecho se abrió cubierto de plumas como las de los danzarines que tenían alrededor.

No fue capaz de aspirar ni de espirar aún.

—No sé los minutos que llevas pensando si bailar o no, pero puedo darte algunos más.

—Qué considerado —respondió ella y Stoker le alzó la mano para girarla sobre sí misma.

Ya le daba igual que la viese sonreír. La música se alzaba y eso no ayudaba mucho a nada más que a que aquel ambiente y él la absorbiesen por completo. Y en una de aquellas alzadas en el aire, dejarse caer por completo sobre él y rodearle el cuello.

Tenía el vello erizado, quizás por una caricia en la parte posterior desnuda del hombro al volverla a agarrar para seguir bailando.

—¿Desde cuándo? —preguntó ella. Era como si las teclas de Byron estuviesen dentro de ella, por todo su cuerpo y cada vez que estas se cruzaban con los violines y aquellos golpes de tambor, se encendía un nuevo nervio que atravesaba su cuerpo, iluminado con el mismo azul de la pulsera, que hacía que las plumas se le removiesen por dentro en una espiral exactamente igual que la que formaban los bailarines dando piruetas—. Desde cuando… estoy bailando mientras pienso.

Stoker sonrió.

—Todo empezó con un zapato de tacón directo a mi cabeza —respondió y ella bajó la cabeza para reír.

—Lo siento. —Alzó la cabeza de nuevo.

—No es suficiente, me dolió durante días —respondió él con ironía y la risa de Mía aumentó —. Pero también siento todo lo que le hice a tu bici.

—No es suficiente, llegué tarde dos días y me llevé la bronca del padre de Suki.

Él frunció el ceño.

—No te creas que me siento orgulloso de las estupideces que hago.

—Consigues que no tengan mucha importancia —dijo ella y él negó con la cabeza—. Y eso es muy difícil.

Tuvo que reír con la expresión de ironía de Stoker.

Sin embargo, se detuvo.

Pero la música seguía, hubiese seguido bailando, de hecho, ni siquiera era consciente del tiempo que lo había estado haciendo.

—Tienes el tiempo que necesites para pensar. —Stoker miró de reojo hacia donde estaban Arthur y el otro chico—. Además, ellos quieren bailar contigo también.

Que se separase de ella y ver que el brillo de la pulsera se apagaba, hizo que se fuesen desprendiendo las plumas poco a poco y cayesen al suelo.

Stoker le cogió la cara.

—Sabes que la paciencia no es lo mío. —Le encantaba cuando bajaba la mirada hacia ella sin acompañar con ella la cabeza. Ella negó con la suya riendo levemente—. Lo mismo en cinco minutos se vuelve a iluminar la pulsera.

La risa de Mía aumentó.

Puede iluminarse cuando quieras.

Stoker le alzó la mano y se la llevó hasta los labios.

—Señorita Austen, está usted hoy deslumbrante. —Le besó la mano. Volvió a mirar a los dos chicos—. Entiendo a esos dos.

Echó una risa corta, de aquellas que le gustaba escuchar a través del casco de la moto.

Y la soltó despacio mientras se alejaba.

Las plumas habían caído, una por una.

Se dio media vuelta mirando a su alrededor, no había sido consciente de los cambios en el escenario, de la cantidad de gente que bailaba, de las serpientes luminosas que volaban entre los trapecistas. El cuento por el que se había visto absorbida por completo tenía un único elemento; él. No hacía falta nada más para que elevase los pies del suelo.

—Mía. —Habían tardado demasiado poco en llegar hasta ella. Aún no había salido del todo del cuento, la pulsera apenas tenía luz, pero quedaba algo de brillo. No había acabado, su cuerpo se negaba a salir al mundo real. Le gustaba más el otro mundo, en el que la zambullía Brian Stoker.

Se dio la vuelta y les dio la espalda un instante para cerrar los ojos. Regresó el coro que se unió al piano, y al tambor y a las teclas de Byron que marcaban cada uno de sus latidos.

Y algo más. Abrió los ojos al escuchar el primer trueno. Un segundo trueno hizo temblar los cristales del torreón mientras la magia de la música se mezclaba con algo sintético y electrónico. Y ahora entendía qué pintaba allí un DJ junto a Byron.

Se oyó un grito cuando un segundo ritmo electrónico se mezcló con el coro, con los violines y con las teclas de Byron.

Pero qué puñetera locura es esta.

Entornó los ojos para mirar hacia los músicos. Y allí junto a ellos estaban todos los Misters, incluido Stoker. Blake le había echado el brazo por los hombros.

La música celestial se había acelerado mientras más ritmos se unían. Los trapecistas seguían basculando, pero ahora se unían unos focos que basculaban con ellos, más similares a los de una discoteca.

Conocía aquel tipo de música, iba acelerando poco a poco, para preparar el oído y los latidos de los que estaban en una pista, para luego romper.

Llego un trueno más, y luego otro mientras que la música pareció detenerse de golpe. Nuevos gritos. Alzó la mirada, el cristal de los ventanales se resquebrajaba.

Va a romper.

Dio un paso atrás. Romperían; los truenos, los cristales y la música.

Cerró los ojos al escuchar el estruendo de cristales y su cuerpo se encogió por reflejo, realmente parecía que iban a caerle encima.

—Tranquila. —Era una voz masculina—. Son solo efectos.

Había gente saltando y notó algún golpe. Y sintió una mano sobre los hombros.

Metió el codo para apartar a Scar. Aquello se había convertido en una discoteca en medio de un cielo estrellado.

—Uuuuhhhh. —Una silueta salió de entre las plumas bailando y dando pequeños saltos.

Detrás de ella una segunda figura algo menos alta y más ancha. Pero no pudo ver la tercera ni la cuarta, Vicky tenía su cara pegada a la de ella.

—¿Qué haces sola? Vente con nosotras. —Vicky dio un manotazo al aire cerca de Arthur, volvió a la cara de Mía—. ¿Este tío de aquí está esperando algo en concreto? Pregunto.

—Llévame contigo. —Se agarró a Vicky.

Vicky volvió a dar una manotazo en el aire, esa vez más cerca del chico.

—Aire —le dijo—. Escucha, busca a Austin Stoker, que hay dos chicas encantadoras que han dicho que quieren conocerte. Corre —añadió.

Volvió a sentir un brazo por encima de los hombros, pero era el de Natalia. Apoyó la frente

en su hombro para reír.

—¿Qué hacemos con el otro? —preguntó Vicky—. Espera, se ha retirado solo, no sé si habrá escuchado lo de las dos chicas encantadoras. Solucionado.

Se sacó de debajo del brazo una botella de champán.

—Cómo mola la mezcla que han hecho con la música. —Le dio una copa y empezó a llenársela.

—Ha sido Byron —dijo Mayte, Vicky sacudía la botella.

—Ya me ha hecho el lío Blake, me voy a cagar en la madre que lo parió —dijo Vicky y la madre de Michelle dio unas carcajadas—. Se ha llevado la llena y me ha dejado la vacía.

Dayana las rebasó dando pequeños saltos y con los brazos arriba.

—Niña, dile a tu novio que ya le vale —protestó y Dayana se giró riendo.

Anastasia le cogió la mano.

—No me creo que tú con veinte años no bailes esto —le dijo atrayéndola hacia ella para bailar. Mía se dejó llevar tras ella.

Michelle llegaba con los brazos arriba y se detuvo a bailar enfrente de Dayana.

—No os peguéis mucho bailando —les gritó Vicky—. Que a los tíos se les disparan los pensamientos, a ver si luego los Misters os van a proponer cosas raras.

Las carcajadas de Claudia superaron los decibelios de la música. Anastasia consiguió que bailase.

El primer trago de champán fue directo a la garganta y se clavó allí como mil agujas. Hizo una mueca con la cara y Anastasia rio.

Vio a alguien abriéndose paso por detrás de Anastasia, era la joven que tenía el mismo rostro de Michelle, pero su tez y su semblante eran muy distintos.

—¿Ya estás con la cara hasta el suelo? —Fue Natalia la que se lo preguntó.

MK le hizo una señal con las manos, un tiempo muerto de los partidos, y Natalia alzó las cejas.

—Tu tía tiene dos cositas, solo te digo eso —le dijo Vicky—. Mayte, trae la otra botella.

Mayte dio una copa de cristal a MK.

—Tú bébete eso, que cuando la magia no funciona… —le dijo Vicky—, pone las cosas del revés sola.

—Uhhhhhh. —Fue la voz de Claudia al cambiar la música y pasó por delante de ellas para bailar con Dayana.

—Niñas, brindemos —dijo Mayte alzando la copa.

—Pero yo la tengo vacía —dijo Anastasia bebiendo lo que le quedaba y poniéndola delante de Mayte.

Claudia se metió en medio de las cuatro a mover los hombros. Era una alegría que al menos una tuviese su estatura.

—Ahhhh. —El grito fue de Dayana.

—Se veía venir que se la echabas encima —le dijo Mayte a Claudia.

—Escucha, pues queda poco —dijo Vicky moviendo la botella y volcándola en la boca.

—¿Pero no había barra libre? —respondió Claudia.

—Pero ha llegado la gente a desfasar y han arrasado con el champán. Han ido a por más los camareros —respondió Natalia.

—Qué te esperabas. Aquí la mayoría hace años que no se mete una juerga de estas —dijo Claudia.

—Mira aquella gente. —Todas miraron a un grupo de señoras, no serían mucho mayores que

las tías de Michelle. Alzaban la copa arriba y abajo al ritmo de la música—. ¿Ves? Acaban de retroceder treinta años.

Un camarero se abría paso.

—Señora Lyon. —Se detuvo en Claudia—. Las dos botellas que me ha pedido. ¿Necesitan algo más?

Claudia cogió las dos botellas. Mayte se acercó a ella para quitarle una.

—Lo que yo no entiendo es que si hay barra libre de todo, por qué solo se acaba esto —dijo Mayte dándole vueltas, el tapón salió disparado al cielo y cayó sobre un grupo que había cerca. De inmediato, Natalia le giró el cuerpo para que dejase de mirar y diera la espalda al grupo en el que había caído el tapón.

Claudia había metido la cara tras Vicky riendo.

—Creo que le habéis dado al padre de Stoker —dijo Michelle.

—¿En serio? Qué vergüenza. —Mayte se alzó de puntillas.

Dayana, que no se había enterado de nada, acercó la copa para que se la llenasen. Y Mía miró la suya, que estaba a medio beber, y la acercó también.

Vicky estaba de puntillas también.

—¿Esa es tu madrastra? —le preguntó y Mía miró.

—Sí.

—Trae la otra botella.

—No, no, ¿qué vas a hacer? —Mayte la sujetó.

—Pegarle un taponazo. Por hija de puta. —Vicky empezó a darle vueltas al metal.

Mía se tapó los oídos. Claudia entró en risa floja profunda mientras que ellas dos forcejeaban. Natalia se tapaba la cara negando con la cabeza.

El tapón salió disparado directo a Natalia, que no logró esquivarlo del todo, rozó su culo y salió desviado hacia las señoras que estaban desfasando. La botella empezó a borbotear champán hasta que Mayte y Vicky gritaron, y la pusieron derecha sin dejar de gritar.

—Vicky, por Dios. —Mayte le quitó la botella—. Que nos vas a dejar sin champán.

Mía se echó a un lado, había una hilera de personas que querían pasar. Los conocía, eran el marido de Natalia, el padre de Michelle, el mago y Damon. Mía les dejó hueco para que pudieran meterse entre ellas y llegar a sus esposas.

Sin embargo, pasaron de largo sin detenerse un ápice. Alzó las cejas viendo cómo se alejaban, hasta las señoras que desfasaban se quedaron mirándolos al pasar.

—¿No os han visto? —preguntó y Dayana rompió en carcajadas.

—*Nuo* —respondió Vicky.

Vio que alguien con una chaqueta clara se abría paso hasta ellas. Era Blake. Alzó a Dayana en el aire para darle un beso, luego la soltó y al girarse se encontró con la mano alzada de Vicky dándole un alto.

—Aquí no te acerques, trilero —le dijo.

Las carcajadas de Anastasia fueron aún más agudas que las de Claudia.

—¿Qué?

—Que me cambias las botellas llenas por vacías. Paso. —Movió la mano en el aire—. Mayte, que ni las toque. Estas son nuestras.

—¿Yo? Yo no te he cambiado nada.

—Que no, dice. —Claudia lloraba de risa en el hombro de Mía.

—Además, se ha llevado dos que no ha devuelto —dijo Dayana apoyándose en el hombro de Blake.

—Menuda mierda de barra libre que has contratado —le dijo Vicky a Blake—. Que estamos aquí peleándonos por las pocas botellas que hay.

A Anastasia le iba a dar algo riendo, se había retirado encorvada y daba palmas con las manos.

—Es que no sé qué ha pasado. —Blake dio unos pasos hacia Vicky.

—¿Qué va a pasar? Que con estos invitados que habéis traído hay que poner barriles con grifos, como en la Edad Media —respondió Vicky.

Se escuchó una nueva hilera de risas de Anastasia y más palmadas. Mía la sujetó del brazo, Anastasia se limpiaba las lágrimas.

—Y trae refuerzos, mira. Natalia, coge tú las botellas, que contigo no hay huevos. —Vicky tiró del brazo de Natalia.

Marlowe se arremangaba las mangas de la camisa, que ya la llevaba por fuera del pantalón y sin chaqueta. Miraba para atrás.

—Se ha chocado conmigo y encima me dice que parezco un gorila.

Mía frunció el ceño. Stoker se acercaba dándole palmadas en el hombro a Marlowe.

—Que no pasa nada. —Lo oyó decirle a su amigo. Stoker se dirigió a Blake—. El hijo de Scar.

—¿Tan pronto? —Blake alzó las cejas.

Vicky se giró hacia Mayte.

—Yo te he dicho que hemos sido los últimos en coger las botellas. Mira las mujeres de allí, sabe Dios cuántas habrán pillado.

Miró tras Stoker, era Scar, que tal y como le había dicho Vicky, estaba con Kelly y sus hijas. Los cuatro miraban a Marlowe. Este se dio la vuelta para mirarlos.

—¿Esa cacatúa me va a decir que parezco un gorila? —dijo Marlowe y vio cómo el hijo de Scar y Kelly se sobresaltaban.

Vicky los rodeó hasta llegar a Marlowe, entornando los ojos y mirándolos.

—La cacatúa no ha dicho nada, ha sido el muchacho, ¿no? —dijo.

Mayte se apresuró a meterla de nuevo entre ellas.

—¡Vicky!

—No me has dejado meterle un taponazo, ¿tampoco puedo llamarle cacatúa?

—No.

Anastasia se sujetó a Dayana, no se podía poner derecha de la risa, pero además había resbalado con algo y aunque Dayana quiso agarrarla, cayó al suelo en cámara lenta.

Aun en el suelo, seguía riendo mientras se sacaba algo de debajo del culo. Era una de las bolas del mago.

—¿En serio? —dijo Vicky llegando hasta ella, Marlowe se apresuró a recoger a Anastasia del suelo.

Vicky negaba con la cabeza con la bola en la mano.

—¡Mía! —Se la lanzó y luego miró a Stoker—. ¿La has intentado usar aquí con tanta gente? ¿En serio?

—Llevo un rato buscándola —respondió Stoker haciendo una mueca.

—Entre tantos pies, choques y patadas, lo normal es que se pierda y haga caer a alguien.

—Shhhh —intentó callarla Stoker.

Mía miraba la esfera, volvía a desaparecer el humo.

Un girasol.

Regresaron los bailarines cubiertos de plumas a su pecho.

Miró a Stoker de reojo antes de darle la espalda y poder sonreír tranquila.

Los girasoles eran suyos.

Un grito hizo que levantase la cabeza enseguida, MK dio otro grito y otro bote y se dio un manotazo en el pecho con otro bote más. Marlowe tuvo que sujetarla para que no lo pisase.

Mía vio algo salir revoloteando de nuevo.

—Ahhhhhh. ¿Qué era eso? —Aunque ya no tenía nada se dio dos veces más en el pecho.

—Un grillo —respondió Marlowe mientras MK huía a la otra punta del grupo como si el grillo fuese a perseguirla.

Tuvo que reír al ver la cara con la que Marlowe negaba con la cabeza, mientras MK volvía a sacudir su vestido rosa, comprobando que el grillo no se había quedado en ninguna parte de los pliegues de la tela.

Vio que Vicky apartaba un instante a Stoker y le sujetaba la muñeca donde llevaba la pulsera. Apretó los labios para no reír.

Pero enseguida su atención se dirigió hacia su izquierda. Sujetó a Anastasia, no le gustaba de la forma con la que un imbécil la había apartado.

De inmediato, Natalia se movió colocándose justo en medio de su paso.

Ostras, que este es el novio de MK.

Esperó a ver si a Natalia la apartaba de la misma manera que lo había hecho con Anastasia.

Con esta no hay huevos, ¿no?

—Igory, creo que le debes una disculpa a Anastasia —le dijo Natalia. No se apartó un ápice.

Mía vio que hasta Marlowe atendió a su gesto.

—Lo siento, ha sido sin querer —le dijo intentando rebasarla.

Pero Natalia se desplazó.

—A mí no, a ella —volvió a decirle y él se giró.

Aún de lejos.

—Ha sido sin querer —le dijo con un ademán de mano.

Natalia no tuvo prisa en quitarse, y una vez Igory pasó tras ella hasta donde estaba MK, lo siguió con la mirada.

—Llevo un rato buscándote. —Lo oyeron decir.

—Te dije que me iba un rato con mi familia.

—Es donde te he buscado, con tu padre, te he buscado con tus hermanos, y te he buscado con tu tía Georgina. Lo que no esperaba es encontrarte aquí.

—También esta es mi familia.

—¿Sí? Entonces yo no conozco a nadie de tu familia o tu familia va cambiando en cada reunión. Porque a esta gente no la he visto en mi vida.

Vio que Ana unía los labios como si fuese a silbar.

Vicky pasó por delante de ella y de Ana, tan rápida que casi las pisó.

—Dejadme pasar, que me voy a cagar en su puta madre —dijo y ellas dos la sujetaron antes de que lo hiciese Mayte.

Vicky basculó su cuerpo para escuchar.

—Al menos podrías haberme dicho que viniese contigo.

—No te he dicho que vinieses porque llevas un rato saliéndote al jardín solo y dejándome sola a mí.

—Porque necesito silencio ahora mismo.

Vicky las miraba a ellas.

—Pues si necesitas silencio, salte al jardín —murmuró Vicky encogiendo la nariz—. Y deja

de dar por culo.

Pero MK no dijo nada.

—Me termino de tomar esto y salgo contigo al jardín.

—De eso nada, deja de beber eso, que empiezas a hacer tonterías. Y a ti no te pega.

Vio que le quitó la copa de la mano. Vicky miró a Mía entornando los ojos.

—Eso lo ha dicho por nosotras, que no nos puede ver —le susurró.

—Ya se han ido —le dijo Mía, que estaba de frente a ellos.

—Reloj y cuenta atrás —dijo Claudia girando la cabeza hacia Natalia—. Por favor.

Natalia asintió con la cabeza.

—A mí se me ha cortado todo el rollo. —Vicky miró hacia atrás—. No me lo puedo creer. Mayte.

Mayte se llevó la mano al pecho.

—Ha sido mi culpa, no me he dado cuenta, estaba pendiente de MK.

Claudia alzó las cejas.

—Que se han pirado con las botellas —dijo.

Mía empezó a reír, algo brillaba en su mano. Su pulsera se encendía despacio.

Natalia empujó a Claudia.

—Vamos a hablar del reloj y de la cuenta atrás mientras traen más. —Volvió a empujarla. Mayte y Vicky las siguieron.

Mía se dio media vuelta y vio pasar a Stoker por detrás suya riendo mientras la música se detenía. Regresaron las llamas a la cúpula, una nueva actuación. Miró un instante a la pista, viendo que todo el grupo se había dispersado. Hércules y Michelle estaban ya lejos, pudo ver a Blake y a Dayana caminando hacia donde estaban los músicos. Wilde y Ana estaban a media distancia de ellos aún, pero en un momento que era mejor no interrumpir.

De Marlowe no había ni rastro.

Volvió a mirar de reojo tras su espalda.

—Girasoles —dijo ella hacia su propio hombro, sabía que él la estaba escuchando, no estaba mucho más atrás.

Los invitados se agolpaban alrededor de la pista. Más bailarines, más fuego, más música celestial. Y esa vez algo más.

Bolas de cristal, como las que llevaba Michelle Lyon, como la que llegó hasta ellos con el zapato o como la que hizo caer a Anastasia.

Aún llevaba la suya en la mano y la sintió vibrar mientras podía ver por encima de la cabeza cómo se alzaban las de la pista.

Stoker le pasó ambos brazos alrededor de la cintura, apoyó la barbilla en su hombro y levantó la esfera.

—¿Por qué se mueve? —preguntó ella.

—Interferencias.

—¿Con qué? —Estaban las dos pulseras allí, pegadas, una en su muñeca y otra en la de Stoker.

—Con el domador absoluto de esferas de cristal —respondió Stoker y Mía alzó la mirada, no podía ver nada, solo la luz y los sonidos de asombro de la gente—. Él es el verdadero mago. Al resto solo nos presta su magia, pero no funciona cuando él está cerca.

Sonrió al escucharlo.

Dejó caer despacio su cuerpo hacia atrás y los brazos de Stoker la envolvieron por completo.

—Claro que funciona. —El cristal seguía vibrando en su mano, como si quisiese echarse al

suelo y salir rodando con el resto.

Mía acercó la esfera a la cara, para ver de cerca el girasol.

—¿Por qué girasoles?

—Porque fue el último regalo que le hice a mi madre. —Lo oyó decir.

El orgullo en sus propios ojos fue inmediato, tanto que hasta el pequeño girasol se emborronó levemente.

—El libro fue importante para mí, pero si tuviese que elegir, me quedo con los girasoles.

Sintió presión en el hombro.

—No tienes que elegir, tienes las dos cosas. —Lo oyó decir. Y dejó caer su peso aún más en él, que respondió con la presión en su cintura.

Las plumas del pecho estaban pasando de fase, a un nivel que no sabía ni que existía. Y eso que ya las tenía alzadas.

Stoker se llevó su mano a los labios y la besó.

—Esa es para ti —le dijo soltándola.

Noooooo.

Se giró con rapidez, recibió su mirada de la forma que más le gustaba, con los párpados entornados y una leve sonrisa.

—Claro que hubieses sido mi reina. —Le cogió la barbilla—. Porque te quiero, Mía Austen.

Yo no sé qué clase de magia es esta, pero me está encantando.

—¿Eso también se te ha ocurrido hace cinco minutos? —preguntó ella con ironía y él contuvo la sonrisa, negando con la cabeza despacio.

A mí me matas hoy.

—Hace ya tiempo que lo sé —respondió él.

Muerta en el suelo ya.

—No sé si podrá ser un efecto secundario de un porrazo en la cabeza —dijo con ironía y ella empezó a reír—. Y sí, fui consciente de que eso no era algo habitual en mí y que me podría estar enamorando, pero pensaba que podía ser un estado transitorio y reversible —negó con la cabeza —. Ya me ha explicado Irina que es mucho más complejo. —Alzó las cejas al oírlo—. Ahora sé por qué hice cosas que no había hecho nunca. —Le levantó aún más la barbilla—. Estaba construyendo —sonrió—, para que estuvieses bien mientras te mantuvieras cerca de mí.

El vello se le erizó al completo. Bajó la mirada un instante para dar una leve carcajada y volver a mirar a Stoker.

—¿Has hablado con Irina? —No imaginaba a los dos conversando. Aunque era difícil imaginar a Irina conversando con nadie.

—Me ha metido el puño dentro del pecho, ha cogido todo lo que había, me lo ha sacado y me lo ha puesto delante para que lo vea. He pasado por todo tipo de sensaciones y sentimientos, pero me ha dejado una sensación… de claridad absoluta.—Él frunció el ceño buscando la palabra—. Ahora sé a dónde deseo ir. Y me encanta lo que puede esperarme.

Mía sonrió.

Fue consciente de que había agarrado la solapa de la chaqueta de Stoker, quizás de manera inconsciente, no quería que se volviese a ir.

—Puedo esperar el tiempo que necesites —le dijo él y frunció levemente el ceño haciéndola sonreír—, pero ten en cuenta que tienes el control absoluto de mis estados de ánimo, así que ten piedad si me vas a tener esperando meses.

La risa de Mía aumentó.

Volvió a besarle la mano.

—Y si te decides —añadió—, trae todos los colores que puedas. —Esa vez le arrancó una carcajada—. No va a ser fácil.

Ella negó con la cabeza.

Si hasta gris me gustas, pedazo de tonto.

Apretó su mano antes de soltarla y alejarse de ella.

No sabía si el cancán de tul y las blondas de la falda estaban diseñadas para hacerla levitar en el suelo como las bolas de Andrea.

Dio unos pasos hacia uno de los postes que sujetaba la cúpula y se sujetó en él. Su cuerpo seguía sin recuperar el peso. No sabía de qué manera, si todo lo que estaba sintiendo era bueno, lo de la garganta no se iba del todo. Ni lo de los ojos.

—¿Has visto a mi mago por aquí? —Oyó la voz de Vicky, que buscaba alrededor—. Ha terminado la actuación y ha venido una turba de gente y se lo ha llevado. Espero que me lo devuelvan entero —añadió.

Mía se encorvó para reír. Vicky entornó los ojos mirándola.

—Ohhhh. —Le pasó el brazo por los hombros y se la pegó a su pecho—. Estás en el estado más maravilloso que encontrarás en la vida, y si va bien te llevará al otro estado maravilloso que es el del hogar y el de la familia. Y es lo único que va a importarte porque todo lo demás es meramente accesorio. —Volvió a apretarla—. Stoker es muy afortunado. —Se retiró de ella para cogerle la cara—. Y tú también.

Vicky sonrió.

—Y a partir de ahora, tienes a cuatro hadas madrinas para lo que necesites.

Vicky no hizo más que empeorar lo que tenía en la garganta y en los ojos.

—Pufff —dijo la mujer limpiándole el rabillo de los ojos—, tú necesitas… — Luego la miró un instante en silencio y le vio proferir una sonrisa sarcástica—. Ven conmigo. —Le dio la mano y tiró de ella—. Que estos hechizos se me dan de puta madre, son mi especialidad.

—¿Sobre qué?

Vicky hizo una mueca como si no tuviera importancia.

—Es una sorpresa, ya verás.

Mía frunció el ceño, se dejó llevar por Vicky hasta el jardín abierto.

82

Era toda una experiencia caminar junto a Irina y que todo el mundo se abriese paso dejando un margen considerable. Una vez pasado lo peor y conociendo las peculiaridades de Irina Yadav, ya no era tan difícil regresar a ella y pedirle un favor. Dura como una piedra, aquella capa de Irina, tras la máscara de maquillaje, gomina, laca y un aroma insoportable, era tremendamente débil.

Stoker divisó a su padre, y rozó el codo de la escritora para indicarle que desviase el camino.

Y llegaron hasta él, que alzó la vista hacia el rostro de Irina. No la conocía.

—Papá, ella es Irina Yadav —dijo siendo consciente de que acababa de echarle una losa a su padre desde el cuello hasta el suelo.

Su padre agarró una mano de Irina con las dos manos.

—Señora Yadav. —Agitó la mano de Irina con las suyas. Stoker le dijo a su padre que la soltase con un ademán, pero enseguida tuvo que desviar la mirada, la expresión de su padre no lo ayudaba en absoluto a contenerse—. Es un honor y un… —El hombre se detuvo—. Usted…

Seguía sin mirar a su padre. Ni a Irina. Tragó saliva mientras los invitados y la decoración se distorsionaban. Tuvo que sorber la nariz con disimulo.

—Mi esposa… —Su padre no era capaz de acabar una sola frase entera. Quizás comprobar que a pesar de todo lo que siempre le recriminó en su conducta, su interior no era lo que pensaba hizo que todo aquello aumentase—. Gracias.

—Me lo ha dicho su hijo —respondió Irina.

Sintió la mano de su padre apretarle el brazo y se giró levemente.

—Mi hijo. —La voz de su padre se enronqueció de inmediato mirándolo. Los ojos de su padre se tornaban claros cuando se humedecían. Nunca había sido consciente de ello.

Recibió una palmada en la cara y enseguida su padre le rodeó el cuello y lo apretó en un abrazo. Y con aquel gesto lo suyo aumentó de manera considerable. Por suerte fue escueto, recibió otra palmada en la cara.

—Hoy estaría muy orgullosa de él —dijo su padre.

—Estoy segura —añadió Irina.

Stoker enseguida miró a su padre con un leve sobresalto.

—Muy orgullosa —repitió su padre y sonriendo levemente—. Y yo también. —Su sonrisa se amplió—. Aunque yo siempre estoy orgulloso de él.

Volvió a abrazarlo y esa vez Stoker lo retiró levemente o lo haría llorar allí en medio.

—Pensaba que no estabas de acuerdo —le dijo. Lo habría visto con Mía, aunque no la había besado en toda la noche, la cercanía tampoco era muy normal.

—Desde que la vi la primera vez estuve de acuerdo —respondió su padre—. Antes que tú, seguramente.

Vio que Irina contuvo la sonrisa.

—¡Señora Yadav! —Era la voz de Kelly—. Qué honor.

Aún con los ojos algo tintineantes y con la tirantez en la garganta, una carcajada salió de su estómago y se llevó la mano a la cara. Kelly no sabía lo que acababa de hacer.

—La señora Austen, presumo —dijo Irina con su voz soberbia. Aunque Kelly lo único que apreció fue que era conocida por una estrella literaria, y de inmediato la vio inflarse como un pavo.

—Sí. —La sonrisa de Kelly era absolutamente radiante.

—Tiene dos hijas —siguió Irina—, jóvenes, hermosas y seguramente muy capaces.

—Sí, estoy muy orgullosa de ellas —respondió Kelly—. Son mi vida.

—Entonces deles a sus hijas la oportunidad que se merecen y no las corrompa impidiéndoles ser felices porque tienen que ocupar su tiempo, su energía y su estado de ánimo en no dejar que otros salgan adelante y encuentren la suya. Esa corrupción aumenta considerablemente cuando ve que alguien a quien usted le gusta hacer insignificante alcanza metas que están vetadas a sus propias hijas. —Definitivamente Irina podía hablar y hablar sin tomar aire—. Matar de hambre a su hijastra está mal, aun cuando ni siquiera la casa que regenta es la suya propia, sino una mansión que le han prestado de manera temporal —continuó y Kelly alzó las cejas completamente petrificada—. Despreciarla, amenazarla y asustarla está mal. Y romperle el vestido para que ni siquiera tenga una oportunidad esta noche, está mal. Sumado a que ese vestido era importante para Mía Austen, la hace a usted una mala persona. Y está arrastrando a sus hijas con usted. Son jóvenes, aún está a tiempo de corregirlo. Ni Mía ni sus hijas tienen la culpa de que usted sienta haber llegado tarde todas las veces y de que todos sus matrimonios fuesen de segunda esposa, a pesar de que usted sí que ha llegado a enamorarse como nunca. Es algo que usted tiene que digerir y asimilar completamente sola.

Irina dio un paso hacia atrás para alejarse de ellos.

—No es ningún honor para usted conocerme en persona, solo ha visto mi nombre en las manos de alguien a quien detesta.

Apretar los labios no estaba siendo suficiente para no sonreír.

—Soy especialista en romance y sé reconocer cuando alguien está enamorado, y puedo asegurarle que el señor Stoker está completa y absolutamente enamorado de su hijastra. No puede hacer nada contra eso. No pierda el tiempo, y dedíqueselo a sus hijas. Seguramente se lo agradezcan.

Irina lo miró a él y le hizo un gesto con la cabeza antes de marcharse. Pero enseguida giró la cabeza para mirar a Kelly, su cara se estaría derrumbando de la misma manera que lo hizo la proyección en la cúpula.

Kelly se dio la vuelta con rapidez y echó a andar a pasos apresurados hacia la salida de la cúpula.

Stoker dirigió la mirada hacia su padre.

—Lo siento —dijo el hombre.

—No es tu culpa —respondió.

Stoker sintió un apretón en el brazo, su padre se retiraba.

—Joder, me lo he perdido. —Se sobresaltó al oír la voz de Vicky y se dio media vuelta. Ella seguía con la mirada a Kelly hasta que se perdió de vista.

—¿Cómo ha estado Irina? —preguntó la mujer conteniendo la sonrisa con sarcasmo.

—Impecable —respondió mientras Vicky se acercaba.

Bajó los ojos hacia las manos de Vicky y sonrió.

Vicky lo llevaba sobre una tela de plumas, como la que llevaban los bailarines de su circo en la fiesta.

Acercó la mano hacia el zapato y lo cogió. Pequeño y delgado, solo conocía un pie que pudiese encajar allí.

—Y la guía. —Le dio otra esfera de cristal, esa vez vacía—. Ya sabes cómo funciona, pero no la pongas en el suelo hasta que salgas al jardín, aun así —se alzó de puntillas recorriendo el salón con la mirada—, no te garantizo que la bola vaya a buscar a Andrea o a Mateo y no sean la princesa que esperas.

Stoker rio negando con la cabeza.

Vicky se encogió de hombros.

—Los dos somos «los desastrosos» del grupo, no se sorprenderá nadie —añadió Vicky y la risa de Stoker se amplió—. Pero no importa ser desastrosos, no afecta, créeme. Te adorarán igual y pensarás que no lo mereces.

Stoker sonrió y apretó el brazo de Vicky.

—Gracias.

Ella negó con la cabeza quitándole importancia. Y le hizo un ademán para que saliese de allí.

La esfera vibraba en la mano. Solo esperaba que la llevase hasta ella o Wilde acabaría en el hospital con un paro respiratorio de la risa.

83

Vicky estaba tardando mucho y empezaba a tener frío en los hombros. Y en el pie. El banco de forja estaba helado y traspasaba la tela del cancán y la seda, congelándole completamente el culo.

Oyó el crujir de la hierba y entornó los ojos, una esfera salió de entre los setos, rodando a duras penas, como si hubiese algo reteniéndola.

Se detuvo a unos metros de ella y luego comenzó a vibrar y a retroceder levemente.

El crujido procedente de los setos la hizo sobresaltarse. Vio caer algunas ramas mientras Stoker salía de entre ellos, sacudiéndose la chaqueta. Cayeron más ramas.

—Se ha perdido varias veces. —Lo oyó decir y Mía se llevó la mano a la cara para reír—. Aparte de que sigue una línea recta, haya setos o lo que sea que ella pueda atravesar, aunque yo no.

La risa de Mía aumentó tanto que todo su cuerpo botaba en el asiento, mientras que él seguía sacudiéndose las hojas con una mano. En la otra llevaba el zapato.

Fue consciente de que la foto que iba a hacer Vicky de su zapato era una treta similar a las tantas que inventaba Stoker. Y lo agradecía sobremanera.

Él se acercó a ella riendo y se inclinó en el suelo, a sus pies.

—Ahora sí. —Lo oyó decir—. Sin trampas. —Alzó las cejas con ironía. Sentir la calidez de su mano en la piel helada del tobillo hizo que todo su vello se erizase.

Stoker metió la punta del pie en el zapato, luego lo encajó al completo, y sonrió.

—Señorita Austen —dijo él—. Estoy literalmente a sus pies.

Mía le cogió la mano para que se levantase y en cuanto lo vio a su altura se incorporó y saltó sobre él rodeándole el cuello, Stoker fue rápido en agarrarla para que no resbalase al suelo.

Cogida en brazos, lo tenía a la altura del pecho.

—Señor Stoker. —Bajó los ojos hasta sus labios—. Estoy literalmente a sus pies.

Sonrió al oírla.

—Tienes el control absoluto de mis estados de ánimo y de la luz de cualquier camino que quiera recorrer. Así que tenlo en cuenta siempre —le dijo y él frunció el ceño.

—No pueden estar en un lugar mejor.

Ella entornó los ojos.

—Quédate y ya verás —añadió él.

Ella le pasó la mano por la cara.

—Te quiero. —Y lo vio sonreír, pero ella interrumpió su sonrisa pegando sus labios a los de él.

Sintió su cuerpo resbalar despacio hasta el suelo. Stoker se apartó de ella.

—Entonces, ¿ahora soy tu rey? —Lo oyó preguntar y tuvo que reír.

—¿Y eso se te ha ocurrido…? —dijo con ironía.

—No se me había pasado por la cabeza hasta que te he escuchado antes eso de que hubiese sido tu rey. Y ahora tengo una necesidad absoluta de ser tu rey —respondió y ella dejó caer la frente en su pecho para reír.

Se retiró de él para mirarlo.

¿Qué hago contigo?

—Ahora eres mi rey, sí. —Se alzó de puntillas para rozar su nariz con la de él.

—Y tú mi reina. Además, te otorgo el poder de darme con la corona en la cabeza cada vez que no entre en razón. Con un zapato no, no me gustó la experiencia.

Volvió a esconder la cara en su pecho para reír. La alzó de nuevo, y el olor a Stoker penetró

en ella cuando se inclinó para besarla. Un beso que se alargó en el silencio del jardín, con el lago como sonido de la fiesta.

Un silencio que se seguía alargando, cuando le dio un instante para coger aire y volver a atraparla mientras le sujetaba la nuca y la basculaba ligeramente hacia atrás, para volver a alzarla del suelo. El césped crujía en el suelo.

La fiesta es por la otra dirección.

No iban hacia la cúpula. No le importaba. El hechizo, fuera el que fuese, le estaba encantando. Y ya le habían dicho que de ella dependía que surtiera efecto toda la vida.

Haría lo posible porque así fuera.

—Ostras, esta música me encanta. —Claudia levantó las manos y daba pequeños botes alzando los talones del suelo.

Natalia empujó a Claudia para que fuera al lado, la plataforma no era muy grande. Se quitó los auriculares.

—Tías, ¿qué hacéis ahí? —Vicky se abría sitio tras Mayte para subir.

—Que el DJ está en el descanso —dijo Natalia.

—Digo sin mí. —Cogió los auriculares—. ¿Esto cómo va, Nataly?

—Pruebas la canción de después y entra cuando le das ahí a la velocidad con la que lo muevas.

—Ahm.

—Quítale eso —dijo Mayte—. Va a liarla.

Pero en el momento que la vieron ponerse las manos, una sobre cada auricular y mirar la pista moviendo la cabeza con la música, supieron que no habría forma de quitarla de allí.

Claudia rompió en carcajadas.

—¿Dónde está Mía? Hace un rato que no la vemos.

Vicky negó con la cabeza.

—Si la esfera no se ha perdido mucho, ahora mismo está contra algún muro del jardín —dijo y la risa de Claudia aumentó mientras se llevaba la mano a la cara.

Natalia negaba con la cabeza.

—Hostias, vaya temazo que voy a poner —dijo dándole a la placa. Cortó la música a la mitad y la siguiente entró demasiado rápido.

Tanto que se notó un corte brusco y la gente miró hacia la plataforma. Vicky movió la mano en el aire.

—Si no se ha notado casi, coño. —Volvió a sacudir la mano para que dejasen de mirar—. Qué gente más exigente.

Claudia se había agarrado a Mayte para inclinarse y reír.

—Hostias, tía, *Stay*. Ahí se va a notar el chorro de años que tenemos —decía Mayte riendo.

—Y la mayoría aquí. Míralos, de subidón —respondió Vicky.

—Mira. —Era Mayte la que reía, tiró de Claudia—. ¿Tu marido está bailando? Tu marido está bailando. No me lo puedo creer. Grábalo.

Era difícil que Claudia pudiese grabar nada.

—Staaaayyyy —cantaba Vicky.

—Viene gente —dijo Natalia.

—A hacer peticiones de música de hace treinta años, pasa siempre.

Era un grupo de señoras, uno de los grupos que más estaban disfrutando de la fiesta.

—Me encanta —dijo una de ellas mientras se ponía a bailar delante de la plataforma, como si fuese un soldado desfilando con rapidez.

Otra de las mujeres se acercó y puso un pie en el escalón. Natalia tuvo que ayudarla cuando vio que hacía dos intentos de subir y no podía.

—¡Señora Lyon! —Hablar a gritos se estaba haciendo un clásico a aquellas horas—. Llevo tiempo queriendo conocerla. Mi marido es cliente del suyo y mis hijas estuvieron con las gemelas en el colegio.

Claudia se acercó a ella sonriendo.

—Encantada de conocerla. —La mujer le dio la mano y la zarandeó en el aire—. Su marido

tiene un atractivo sobrenatural —añadió y Claudia se petrificó, incluyendo su sonrisa.

Mayte le dio un pellizco a Natalia.

—Nos tenía cardiacas a todas las del colegio. —La mujer rio—. Llevo años enamorada de su marido. Así que quiero que sepa que la entiendo perfectamente y que cinco hijos me parecen hasta pocos.

Natalia se tapó la boca mientras todo su cuerpo botaba aguantando las carcajadas.

—Es algo que hemos hablado alguna vez en el grupo, con un marido así, para qué gastar el tiempo en otra cosa, ¿verdad? —siguió la mujer—. Es un gusto conocerla, eh. Que pasen buena noche.

—Gracias, muy amable —se apresuró a decir Claudia con su sonrisa congelada.

—Que lo paséis bien también —dijo Natalia ayudándola a bajar, aún su estómago botaba con la risa contenida.

En cuanto la soltó rompió en carcajadas, tanto que tuvo que sujetarse en la mesa de mezclas.

—¿Veis? —dijo Mayte—. Por eso le dije a Blake que no se debería poner barra libre en fiestas así, porque luego pasan estas cosas.

Claudia se llevó la mano a la cara.

—Madre mía —dijo riendo.

Vicky acababa de cambiar de canción, de la misma manera cutre que la vez anterior. Pero esa vez al público le pareció dar igual.

—Vamos, Iri. —Oyeron gritar a Vicky—. ¡Esa Irina! Ayúdala a subir, Natalia.

Natalia se dio media vuelta y encontró a Irina a los pies de la plataforma.

—Trae una botella. Ha encontrado una botella —decía Claudia.

—Irina es Dios —dijo Vicky mientras Mayte la cogía de la mano de Irina.

—¿Dónde la has encontrado? No hay ni una en ninguna parte.

—No buscáis bien —respondió Irina.

—Mayte no, que siempre le da a alguien. —Natalia le quitó la botella a Mayte.

Y vieron cómo Irina contenía la sonrisa.

—He venido a brindar con vosotras —dijo Irina y Natalia, que ya le daba vueltas al metal, se detuvo y la miró.

—¿Con nosotras por qué? —preguntó Natalia.

—Porque no vuelvo a venir a nada que vosotras organicéis —respondió Irina poniendo su copa vacía.

—¡Cuidado ahí! —El tapón saltó aunque Natalia no lo terminase de desenroscar.

—Luego decís que soy yo —protestó Mayte.

Vicky se inclinó sobre Irina, tan cerca que ella basculó su cuerpo hacia atrás para alejarse.

—Mayte, quítale el churrete que se ha dejado ahí al lado del ojo, justo lagrimal abajo en la línea… —Vicky la miró sonriendo levemente.

Irina se llevó la mano al ojo.

—Ese no lo habías visto, ¿no? —Vicky le repasó con la mirada el otro ojo—. Ahí un poco también.

Se retiraron de Irina el poco margen que les dio la medida de la plataforma.

—Irina. —Natalia llenaba la copa de Mayte—. Queríamos consultar contigo una idea… un proyecto en el que hemos pensado —le dijo a Irina.

—Claro —respondió Irina mientras Natalia llenaba su copa.

—Esperad un momento. —Ahora fue Vicky, que le dio a algunas teclas de la mesa y bajó el volumen de la música—. Así no tenemos que gritar, coño.

Vieron a la gente mirar a la plataforma de nuevo. Vicky volvió a mover la mano en el aire.

—¡Órdenes del director! —gritó.

Y pareció convincente.

—Verás —continuó Vicky—. Tenemos a Mary Kate Lyon trabajando en una gran productora, formándose con un gran director y muy… dedicada a su carrera. —Claudia asentía dándole la razón—. Pero creemos que antes de decidirse a qué especialidad dedicar su vida, debería probar otros géneros. —Entornó los ojos—. Audiovisuales, me refiero.

Irina asintió con la cabeza despacio.

—Y Claudia tiene una agencia de periodismo y hace unos meses comenzó con pequeñas producciones de reportajes —continuó Natalia.

—La idea es ir ampliando esos reportajes —dijo Claudia—. Y hemos pensado que MK podría realizar alguno, de una manera un poco más ambiciosa. En uno de esos momentos que le sobrevienen de vez en cuando, en los que… quiere salir de lo que hace, pero duda o se asusta de emprender algo sola.

—Sería algo diferente a lo que está haciendo, será un reto y toda una experiencia que creemos que le vendrá muy bien. Un cambio de aire unos meses. —Mayte alzó su copa llena.

—Algo al aire libre, supongo —dijo Irina y todas asintieron—. ¿En la selva?

Asintieron con más énfasis.

—Un reportaje sobre… una reserva, un modo de vida, un…

—Lo estamos afinando aún —dijo Claudia—. Nos quedan pequeños detalles.

—Hablaríamos también con Blake, porque si los Misters participan, daría más publicidad a su fundación y al trabajo que hacen en África.

Irina volvió a asentir con la cabeza.

—¿Qué te parece? —preguntó Vicky—. Como especialista en… proyectos.

Irina contuvo la sonrisa.

—No te vamos a mentir, tú has iluminado la idea de este proyecto —dijo Natalia e Irina la miró a ella enseguida—. Al menos me has iluminado a mí.

Irina alzó la copa y todas la imitaron.

—Me parece un proyecto muy interesante —dijo y acercó su copa a las de ellas, hizo el ademán de chocarla con las suyas, pero no la rozó un ápice—. Y que me gustaría estar informada sobre el desarrollo de ese proyecto, y del resultado, por supuesto. —Miró a Mayte—. ¿Será posible?

Irina sorbió de su copa y esta bajó el nivel de líquido considerablemente.

—Yo me retiro por hoy. —Irina se apartó de ellas para bajar—. Y lo dicho, no volveré por aquí.

—Pero si en el fondo te caemos bien —le dijo Vicky y la hizo detenerse.

—Dejémoslo en que no me disgustáis. —Su mirada fue directa hacia Natalia—. Ninguna.

Volvió a darles la espalda para bajar.

—Ya sabemos que Kelly Austen se marcha de la casa Stoker, de hecho ni siquiera está ya en el parador —dijo Natalia—. El señor Stoker va a dejarle una pequeña propiedad en Londres mientras arreglan su casa, pero se ha desvinculado por completo de ellas.

Pero Irina no se detuvo ni las miró.

Blake estaba a los pies del escalón y lo vieron alzar una mano para ayudar.

—Señor Blake, ¿sería tan amable de apartarse? —le soltó.

—Solo intentaba ayudarla.

—No soy tan mayor ni tan torpe, no se haga el caballero, que tampoco lo es —respondió

Irina y Claudia se llevó la mano a la boca riendo.

Irina bajó sola y sin ayuda mientras Blake se apartaba.

—Si ha venido porque ha visto a la señora Valkyrie descorchando una botella como la que usted lleva un rato buscando, que sepa que ha perdido su tiempo porque no se la van a dar. Y si se lo está preguntando ahora mismo, sí, es la misma botella que usted estaba buscando, no sé si la reservaba para una reunión de amigos de última hora, algo muy conmovedor, pero muy egoísta por su parte. Como le dije antes, aún conserva restos de su parte oscura.

Irina rodeó a Blake mientras se oían las risas en la plataforma del DJ.

—Puede llamar a mi marido en cuanto tenga un hueco esta semana. —Irina se giró levemente —. Esta noche no ha ganado una nueva amiga, señor Blake, pero sí ha ganado una nueva benefactora para su fundación.

Ni siquiera se despidió. Siguió su camino hacia Jayden Larsson, que estaba junto a Thomas Damon.

Las carcajadas de Claudia resonaron al ver la expresión de Blake antes de retirarse por donde había llegado, Irina siempre era efectiva, inclusive con un abogado del demonio.

—Será lo que sea —dijo Vicky apoyándose en la mesa de mezclas—, pero es para desplegarle una alfombra por delante de donde pise —añadió riendo y miró a Natalia de reojo—. ¿Tú que dices?

—Que tiene que ser muy difícil ser ella —respondió su amiga—. Ya has visto cómo traía los ojos.

Mayte se acercó a ellas.

—Y contando con que salvo a nosotras, al resto es la primera vez que los ve —dijo y las otras tres sonrieron.

Natalia negó con la cabeza.

—No puede permitirse ser de otra manera. —Bajó la cabeza y movió una de las teclas, el volumen de la música subió—. No puede acercarse más de lo que se acerca —suspiró—. Un palacio de hielo y cristal.

—Con Jayden —añadió Vicky.

—Por suerte, sí —respondió Natalia.

Las cuatro se miraron.

—Pues ya hemos salido de una más —dijo Vicky.

—A ver cómo sale el proyecto. —Claudia se bebió lo que quedaba en su copa.

—No lo penséis más, para adelante —Vicky negaba con la cabeza.

—Es que hay que pensarlo, primero hay que vendérselo a Blake, que no es ningún idiota. Luego convencer a Marlowe, que es… pufff —decía Mayte—. Y luego encontrar el momento con MK.

Vicky dio un manotazo en el aire.

—Igory es gilipollas, nos dará decenas de posibilidades con sus peleas estúpidas y sus bucles con MK, eso no me preocupa. —Se dio la vuelta para mirar a los Misters—. Me preocupan estos dos. Natalia, ¿cuánto queda de botella?

Natalia la agitó.

—Hay media o más.

—Pues vamos a invitar a Alan Blake de su botella escondida, la que le ha birlado la reina Irina —dijo Vicky saltando de la plataforma—. Es el último champán de la fiesta, espero que esté bien empleado.

Claudia se sujetó a ella para saltar y rio aún en el suelo.

Mayte miró a Natalia mientras esta bajaba y le daba la mano para que pudiese bajar también.

—Algún día no saldrá bien —dijo Mayte.

—Intentemos que no sea hoy. —Natalia las dejó pasar delante.

Formaron una fila hasta la otra punta, donde estaban los Misters a unos metros del piano de Byron, él seguía tocando para unos pocos que lo escuchaban alrededor.

Allí estaban también Andrea, Erik, Christopher y Damon, que acababan de dejar a Jayden Larsson.

—¿Cotilleando sin mí? —les dijo Vicky en cuanto los vio agolpados—. Qué falta de respeto.

Resonaron las risas. Stoker estaba de regreso y Vicky lo miró de reojo, luego le guiñó un ojo a Andrea.

—Estábamos hablando de Byron —dijo Wilde.

Mayte miró a Byron, tocaba concentrado en su piano, junto a él y de espaldas a ellos había una chica de pelo oscuro y largo.

—¿Que está a dos piezas de que le echen un pedazo de polvo y no lo sabe porque no levanta la cabeza de las teclas?

Las risas estallaron de manera considerable. Hasta Christopher Lyon se llevó la mano a la cara para reír.

—Básicamente eso, sí —respondió Blake—. Solo que no hemos sido tan ilustrativos.

Volvieron las risas.

Se apilaron frente a Blake, que estaba entre Christopher Lyon y Dayana.

—Venimos a devolverte esto, a medias, pero a devolverlo —le dijo Vicky.

Blake las miró una por una.

—Ya me está dando miedo —dijo y hasta Lyon comenzó a reír. Blake lo miró a él—. Tú las conoces.

Dayana se inclinó tras él tapándose la boca para reír.

—Y no pienso abrir la boca —respondió Lyon y la risa de Wilde podía competir de cerca con la de Claudia.

Damon se inclinó hacia ellos.

—Pues yo sí pienso abrir la boca —dijo y las carcajadas del resto aumentaron—. Blake, te quieren enredar con algo.

Dayana les hizo unas señas por detrás de Blake, les decía con gestos que sí y que contasen con ella. Vicky le guiñó un ojo.

—Te van a hacer el lío, ¿lo sabes? —le dijo Stoker mirando tras el hombro de Blake a Dayana.

—¿Qué queréis? —preguntó Blake y todos se agolparon para no perderse detalle.

Mía se alzó de puntillas junto a Anastasia.

—Hemos pensado en una manera de hacer promoción a algún trabajo de… —dijo Claudia.

—La fundación —añadió Blake.

—Sí, bueno, más o menos. No, realmente no tiene nada que ver con la fundación —respondió Mayte.

—Pero podría tener algo que ver con la fundación —dijo Vicky.

Wilde tuvo que apartarse para reír.

—Lo que Vicky quiere decir es que queremos hacer un negocio, que financiaríamos nosotras, y que podría servir para darle publicidad a la fundación —tuvo que intervenir Natalia—. A cambio de una pequeña colaboración no económica sin importancia por parte de vosotros seis.

Vicky la señaló con el dedo.

—Eso es.

Pero Blake fruncía el ceño mirándolas a unas y otras.

—Muy bien, pero me necesitais a mí para…

—Para que nos consigas esa aportación —dijo Vicky.

Sonaron las risas de nuevo.

—La aportación no es económica, es en especie, esa es la que necesitaríamos —dijo Claudia y Vicky le dio un codazo.

—Pero si alguno de estos quiere poner pasta también, que la ponga —dijo y sonó la risa ronca de Marlowe—. Sí, tú ríete —murmuró Vicky y esa vez fue ella la que recibió un codazo.

Blake desvió enseguida la mirada hacia Marlowe, no se le había pasado por alto el murmullo de Vicky.

—Y exactamente, ¿qué queréis? —Volvió a mirarlas a ellas.

—Te estoy diciendo que te quieren hacer el lío. Diles que no, sea lo que sea —le dijo Damon y volvieron las risas.

Vicky sonrió a Damon con ironía.

—Estamos aún afinando los detalles —dijo Mayte—. Se nos acaba de ocurrir hace un rato.

Esa vez fue Stoker el que estalló en carcajadas.

Blake meditó un instante.

—Cuando lo tengáis claro me presentáis el proyecto —dijo.

—Te van a liar. —Era Damon de nuevo y todos rieron.

Vicky se separó de ellos.

—Como no podemos brindar porque la «barra no libre» no nos lo permite, que sepáis que ha sido un honor haber preparado esta fiesta con vosotros.

Llegaron más risas.

—Voy a fichar a Mateo para los eventos de los Misters —dijo Blake y Vicky negó con el dedo agarrándose al brazo de Andrea

—Mateo es exclusividad nuestra. Esta vez os lo he prestado por Michelle —sonrió a Michelle Lyon—. Pero se acabó. A partir de ahora, si queréis magia, os apañáis vosotros solos.

Se oyeron algunos pitidos y más risas. Claudia y Christopher se colocaron junto a Vicky y Andrea. Los siguieron Damon y Mayte. Y por último Eric y Natalia.

—Ya vamos teniendo una edad… —dijo Claudia y Lyon la miró con el ceño fruncido.

Natalia se giró para mirarlos a ellos.

—Y ya va tocando el relevo. —Alzó la mano para despedirse.

Blake le hizo una reverencia.

—Maestras —dijo.

—Un honor —les dijo Hércules.

Anastasia negó con la cabeza y echó a correr para abrazar a la primera que encontró, que fue Mayte.

—No te preocupes, no estaremos muy lejos —le susurró Vicky—. Cuidad de los seis locos estos.

Ana asintió riendo.

Volvieron a despedirse con la mano. Esa vez fue Mía la que echó a correr para abrazar a Vicky.

—Gracias. —Le besó la mejilla—. Nos veremos, no sé cuándo, pero nos veremos.

Natalia empujó a Vicky.

—Anda, vamos, no aguanto más los tacones —dijo y Vicky empezó a reír.

Atravesaron la carpa hacia la puerta que la comunicaba con la entrada del parador.

Epílogo

El camino recto hacia la fábrica de los Stoker duraba solo unos minutos, después de un tiempo corto independizada en el piso de estudiantes y unos meses viviendo en el ático, comenzaba a acostumbrarse a la velocidad y al despegue, aunque no conseguía pillarle el gusto aún.

Pellizcó a Stoker a través del forro del bolsillo del mono de piel cuando sintió el cambio de marcha y él se movió levemente.

Mía sonrió.

Cosquillas.

—No nos va a dar tiempo de llegar a la tienda.

—¿Por qué ha puesto la boda con tan poca fecha de margen?

Una azafata de la tripulación de Stoker se casaba con un escaso mes de margen.

—Porque está embarazada.

—¿Y qué más da? —Frunció el ceño.

—Que la fecha era para dentro de seis meses y dice que no va a caber en el traje —dijo él y ella tuvo que reír.

—¿Qué edad tiene ella? Parece muy joven —preguntó y Stoker giró la cabeza levemente, uno de aquellos movimientos que conseguían sacarle el corazón por la garganta.

—Mira adelante. —Le dio en la espalda.

—¿Me estás diciendo que es muy joven para casarse? —preguntó él y aceleró algo más.

—Solo te he preguntado la edad que tiene.

—Porque te parece muy joven, es lo que has dicho —replicó él—. Eso quiere decir que tú no querrías casarte conmigo porque eres muy joven.

—Pero ¿qué dices? —Encogió la cara todo lo que le permitió el interior del casco.

—¿Me dirías que no? —Lo oyó decir y alzó las cejas.

—No lo sé. —Sacudió la cabeza.

Y él volvió a mirarla.

—¿Que no lo sabes?

—¿Quieres mirar a la carretera? —Le dio en el hombro de nuevo.

—No lo sabes, eso es un no —dijo él—. Si fuera que sí, lo sabrías.

—Es que no voy a pensar ahora en eso —respondió ella—. Esas cosas se piensan en su momento. No así.

—¿En su momento? —Stoker frenó y desvió la moto hacia una vía de servicio, la reconoció como la del primer día que pisó la fábrica, donde él le dio aquel líquido horrible.

Y allí se detuvo y se quitó el casco.

—¿Qué haces? —le preguntó ella cuando él mismo le sacó el caso de la cabeza y la cogió en brazos para bajarla.

—Pedirte que te cases conmigo.

—¿Quéee? —negó con la cabeza.

—Ahora mismo. —Y tuvo que reír al verlo tan convencido.

—No pienso casarme contigo —dijo ella y él alzó las cejas.

—¿Por qué? —Y encima parecía ofendido.

—Porque se te acaba de ocurrir y porque lo que quieres es únicamente saber si yo te diría que sí.

—¿Y me dirías que sí? —Se inclinó hacia ella con una expresión de ironía que la hizo reír.

—Estás loco —le dijo dejando caer los párpados, Stoker le cogió la mano y se inclinó apoyando una rodilla en el suelo.

—¿Así es? —preguntó y se abrió un trozo del cuello del mono—. Mía Austen, ¿quieres casarte conmigo?

—Estás loco —le repitió ella—. Y yo también tengo que estarlo, porque la respuesta es sí.

Stoker se puso en pie con rapidez y la alzó en peso para besarla. Dejándola caer despacio. Se despegó de sus labios.

—Vamos a dar la vuelta —dijo cogiéndola y subiéndola a la moto.

—¿Para qué?

—Para ir a comprar un anillo. —Le cogió la mano—. ¿Los hacen tan pequeños?

Mía tuvo que reír.

—Claro que los hacen tan pequeños, si los encargas y tardan tiempo, por eso estas cosas no se hacen así por las buenas —respondió ella mirándose el dedo—. Además, no necesito ningún anillo.

—Por supuesto que necesitas un anillo.

—¿Por qué?

—Porque necesitas tener algo que lanzarme a la cara cada vez que te arrepientas —respondió él dejándose caer sobre el asiento de la moto y acercándose a su cara. Mía le rodeó el cuello.

—No voy a arrepentirme —le respondió rozando su nariz con la de él y apretando con un beso.

—Por supuesto que te arrepentirás muchas veces —sonrió cogiendo el casco—. Menuda condena.

Mía sonrió colocándose el suyo. Stoker se encajó entre sus piernas.

—¿Preparada? —Lo oyó decir.

Se dejó caer en él y metió las manos en los bolsillos de su mono.

—Preparada. —Los dedos de la mano izquierda rozaron algo. Fue capaz de arrastrarlo con ellos y lo cogió para sacarlo del bolsillo.

—¿Qué? —preguntó Stoker girándose.

No me lo puedo creer.

Se quitó el casco. Parecía el de una niña, completamente diminuto, un anillo de juguete rodeado de pequeños brillantes y uno grande en el centro.

Él se había bajado y estaba frente a ella. Aunque ella todo lo veía emborronado en ese momento.

—Sí que los hacían tan pequeños, pero han tardado casi cuatro semanas —dijo él sonriendo. La cogió de nuevo para bajarla.

Mía cogió el aire y lo fue soltando intentando no romper a llorar.

—Y yo he comprobado que las expectativas conmigo son las que son. —La risa de Stoker aumentó y la hizo reír a ella también—. Pero así es más fácil sorprenderte.

Le cogió el anillo de la mano.

—Ahora sí. —Le separó los dedos—. Señorita Austen, a partir de este momento es usted mi prometida.

Iba a llorar, ya comenzaba. Se llevó la mano a la cara.

—No, no, no —dijo él quitándole la mano de la cara para poner la suya—. ¿Cuando hago las cosas mal ríes y cuando lo hago bien lloras? Algo no va bien.

Dejó caer la cara en él para reír. Luego se apartó y dio un salto, como ya acostumbraba a hacer, para envolverle el cuello y que él la cazara en el aire.

—Te quiero —le dijo ella apretando sus labios con los de él.
Sintió fuerte la presión en la cintura.
—Te quiero. —Stoker metió la nariz en su cuello.
Y la dejó caer poco a poco hasta el suelo para volver a besarla.
Una caja para los dos, un príncipe gris y un compromiso con ella misma.
Las bases que le mostró Irina. Y como todos sabían, Irina siempre decía la verdad.
Y ella estaba dispuesta a comprobarlo durante toda la vida.

Nota de autora

Gracias por leer *Mr Stoker, el tercero de la serie Místers,* y espero que hayas disfrutado con su lectura. Te agradecería que dejaras un comentario sobre ella en su página de Amazon contándome qué te ha parecido. Es mi manera de conocer el resultado de mi trabajo y también una forma de conoceros a quienes me leéis. Que sepáis que los leo absolutamente todos.

Si es la primera novela mía que lees, tienes disponibles muchas más, solo tienes que escribir en el buscador de Kindle: Noah Evans. También puedes seguirme en Facebook (Noah Evans) o Instagram (Noah_Evans_oficial) para estar al día de próximas publicaciones, firmas y eventos. Me encanta teneros por allí, donde suelo ir contando el proceso de mis novelas.

Gracias por seguir conmigo en cada nueva novela, sois la razón por la que me siento a escribir cada día.

Vendrán muchas más, sigue la serie con **Mr Byron**.

Un abrazo, Noah.